

LETRAS UNIVERSALES

# Chevengur

Viaje con el corazón propicio

Edición de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova

Traducción de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova

CÁTEDRA  
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:

Xtdtyueb

## INTRODUCCIÓN

Diseño de cubierta: Diego Lara

A Vicente

Ilustración de cubierta: *Trinidad*, de Andréi Rubliov

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Editions Robert Laffont, s.a., París, 1996

© Ediciones Cátedra, S. A., 1998

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 45.495-1998

ISBN: 84-376-1684-0

*Printed in Spain*

Impreso en Huertas, S. A.

Fuenlabrada (Madrid)



Andréi Platónov en 1947.

ANDRÉI PLATÓNOV 1899-1951

*La densa materia de la existencia*

Andréi Platónov (Andréi Platónovich Klimiéntov)<sup>1</sup> entró en la «gran literatura» rusa en 1927, con la publicación de una serie de relatos y novelas cortas agrupados bajo el título de *Las esclusas de Epifán*, aunque su primer libro —*La electrificación*, de carácter periodístico— había sido publicado en 1921, y Platónov trabajaba en la prensa desde el otoño de 1918. Sin embargo, en 1927 surgió el escritor.

Decía el historiador y crítico de literatura Víctor Shklovski<sup>2</sup> que «los escritores surgen como los paisajes: va fluyendo un río, hay un árbol, otro árbol y, como resultado, se ha conformado el paisaje». Sus componentes son distintos en cada caso. Así *Chevengur*, la obra cumbre de Platónov —escrita, según algunos críticos, en 1928-1929, fechada por la editorial moscovita Sovremiennik en 1927 y publicada por vez primera en Rusia a principios de 1988—, tiene sus raíces en la novela de peregrinación y en la novela de aprendizaje y formación, en *Don Quijote* de Cervantes, *Wilhelm Meister* de Goethe y *Almas muertas* de Gógol; se nutre de la épica rusa y de la esperanza y la fe que dominaron los primeros años de la revolución. Confluyen en *Chevengur* la atroz experiencia

<sup>1</sup> Platónov es el nuevo apellido, derivado del nombre propio —Platón— del padre del escritor, que fue registrado oficialmente por éste último a mediados del año 1920.

<sup>2</sup> Víctor Shklovski, *La energía de la equivocación. Acerca del argumento*, Moscú, Soviétski pisátel, 1981.

colectiva de la terrible sequía que golpeó las regiones más ricas en cereales los años 1920, 1921 y 1924, la idea —o, más bien, la intuición del escritor, muy personal y en absoluto propiciada por el contexto de la época—, de que el hombre es un ser metafísico [Berdiaév]<sup>3</sup> y la visión apocalíptica —profundamente rusa— que no concibe la existencia de grandes esperanzas sin los holocaustos que las acompañan.

Las obras de literatura —al igual que las personas— crecen o disminuyen con el paso del tiempo; las mejores van depurándose, bañadas por las aguas salobres de la Historia. En cuanto a *Chevengur*, el lector tiene ante sí la más importante novela rusa del siglo XX.

\*

La gran literatura prácticamente desconoce finales felices [Shklovski], como tampoco los conoce la vida humana. La escritura equivale, entre otras cosas, a un acto, es decir, a la elección de una situación y, por lo tanto, a la negación de otras situaciones posibles. Lo sabían muy bien escritores como Tolstoi, Dostoievski y Chéjov; su desesperanza, sus miedos y equivocaciones, la férrea voluntad y la obsesión creadora, su incapacidad de mentir [Tolstoi: «Al talento, aunque éste quisiera mentir, el talento mismo no se lo permitirá.】 nos han ayudado a algunos a conocernos un poco mejor a nosotros mismos. Y en este sentido *Chevengur* enlaza no sólo con la tradición literaria rusa del siglo XIX, sino también con las historias de Gilgamesh y de Odiseo.

Afirmaba Sancho Panza —quien sabiamente prefería conocer las respuestas antes de oír las preguntas— que Don Quijote era un hombre temerario, con lo cual quería decir que era un hombre convencido de la viabilidad de lo imposible. [«Lo imposible es la novia de la humanidad, nuestras almas vuelan hacia lo imposible...», escribió Platónov en una de las cartas dirigidas a su mujer.] Ése fue el motor que llevó a Odiseo de vuelta a su añorada, polvorienta y peque-

<sup>3</sup> Nikolái Berdiaév, filósofo ruso, Kiev, 1874-Clamart, 1948, *Intento de una autobiografía filosófica*, Moscú, Misl, 1991.

ña Ítaca tras diez años de viaje, y el que ayudó a Gilgamesh a asumir su condición de hombre mortal. Ambos, el astuto y el grande, surcaron el *mare tenebrum* plagado de monstruos, se sumergieron en sus densas aguas infestadas de sangre y se vieron tentados por la amarga invitación a un viaje sin retorno.

Para Platónov la revolución representó, en sus inicios, el comienzo de una larga peregrinación del pueblo hacia el futuro, una fuerza ideal que conseguiría la unión de la humanidad entera a través de la verdad, de la bondad y de la belleza. [Según uno de los personajes de *Chevengur*, «La revolución es una aventura: si no nos sale, eso querrá decir que los obreros han tenido mala suerte.】

Aún constatando que la «historia» representa un proceso irreversible —del mismo modo que las tragedias griegas son irreparables bajo ese cielo «que permanece cerrado» [Festugière]—, en *Chevengur* Platónov consigue acelerar, comprimir y hasta derogar a veces el tiempo a golpe de imaginación, convirtiendo el futuro en un presente físico y concreto. Los diversos meses que comprenden la acción de la tercera parte de la novela<sup>4</sup> —la historia de la comuna chevengureña— se convierten en un solo largo día durante el cual —como dice Michelet referiéndose a la Revolución francesa— todo es posible, el futuro deviene presente y el tiempo se ve pulverizado.

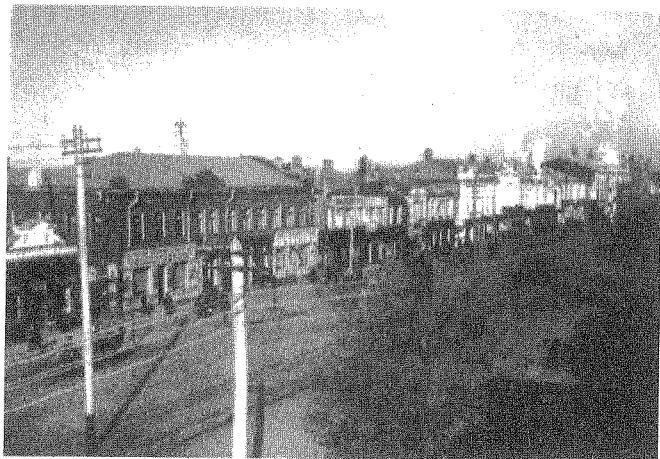
Muchos de los que conocieron a Platónov en los años veinte destacaban su parecido físico con el joven Dostoievski<sup>5</sup>. Pasados los años, cuando el parecido físico quedó borrado por sufrimientos y arrugas, fue perfilándose otra semejanza, más profunda e importante: al igual que Dostoievski, Platónov llegó a ser, en primer término, un escritor-antropólogo: hacia descubrimientos acerca del ser humano. En su Vorónezh natal, ciudad edificada en 1586 y situada en las estepas

<sup>4</sup> En opinión del crítico e historiador de la literatura Liev Shúbin, la composición de *Chevengur* consta de tres partes: el relato sobre la procedencia y la formación de Alexandr Dvánov —el personaje principal de *Chevengur*—, basado en la novela *El origen del maestro*, publicada en 1929; el viaje de Dvánov y Kopionkin por Rusia en 1922; y la historia de la comuna de Chevengur.

<sup>5</sup> L. Shúbin, *En busca del sentido de la existencia individual y comunitaria. Sobre Andréi Platónov*, Moscú, Soviétski pisátel, 1987.

del río Don, le llamaban «obrero-poeta» y «obrero-filósofo»; era hijo de un ferroviario. Especialista en regadíos hasta 1928, autor de obras criticadas metódicamente a partir de 1929, padre de un hijo fallecido a los diecisiete años tras su regreso del *Gulag* —los campos de concentración stalinistas—, corresponsal de prensa durante la II Guerra Mundial, enfermo de tuberculosis desde 1944, barrendero y tramoyista en los últimos años de su vida, el camarada Platónov escribía sobre la libertad como deber de todo hombre, sobre la insopportable carga que supone ser libre y sobre la dialéctica de la pasión que impregna nuestro mundo. Continuando los preceptos éticos de Dostoievski y de Chéjov, Platónov amplió la obligación, planteada por éstos, de «sufrir por todos» a la de «sufrir por todos y por todo», incluso por aquella hoja seca que «Vóschev cogió y ocultó en el compartimento secreto del saco en que guardaba todo tipo de infelices y despreciables objetos. “Tu vida ha carecido de sentido”, reflexionaba Vóschev con la avaricia de la compasión. “Quédate aquí. Yo averiguaré para qué has vivido y para qué has muerto. Ya que nadie te necesita y te encuentras tirada en medio del mundo, yo te guardaré y te recordaré”»<sup>6</sup>. Compasión y misericordia —en medio del «olor a tristeza de las yerbas caducas», bajo «un cielo sin salida, que convertía al mundo entero en un lugar vacío»— son otros dos conceptos que dominan la obra del escritor. Platónov no justifica ni defiende a sus personajes, sino que recrea el universo contradictorio de cada uno de ellos desde la comprensión, desde ese humanismo sabio y doloroso que logran alcanzar únicamente los elegidos. Al igual que para Dostoievski, todos los hombres representan para Platónov el «recipiente que contiene aquel líquido admirado, aquella materia oscura, agitada y preciosa, que se llama el alma» [Virginia Woolf].

Su interés por los cuentos populares rusos —durante un período se había ganado la vida redactándolos para distintas editoriales—, su proximidad al «ingenio y el encanto de la



<sup>6</sup> Andréi Platónov, *La excavación*, Madrid, Alfaguara, 1990; Barcelona, Círculo de Lectores, 1992; traducción de Helena Kriúkova y Vicente Cazcarra.

vida infantil»<sup>7</sup> y la fascinación por la técnica dieron como resultado tanto en *Chevengür*, como en *La excavación* (novela breve terminada en 1930 y publicada en Moscú en 1987), una mezcla fantástica, casi surrealista. Creador de imágenes bellas y terribles en el sentido que le dieron a la palabra «imagen» los poetas formados bajo el signo del manierismo y los surrealistas<sup>8</sup>, Platónov confiere, por ejemplo, al en apariencia corriente mujik Elisiei, cuya espalda «estaba cubierta de una costra completa de suciedad sobre la que crecía un pelaje protector», dimensiones mitológicas cuando éste va hacia el horizonte arrastrando él solo la hilera de los noventa y ocho ataúdes vacíos, amarrados con cuerdecitas «en colectiva comunión». En semejantes escenas, secuencias con potencial cinematográfico, el *logos* se trasciende a sí mismo, vuelve a ser *mythos* y, paradójicamente, sitúa la narración literaria en un terreno que escapa a la racionalidad del discurso.

La «segunda vida» del escritor comenzó, tímidamente, en 1958, cuando se publicó un pequeño libro que recogía algunos de sus relatos. Para la mayoría de los lectores rusos el nombre de Platónov nada decía, pero tampoco los críticos e historiadores de la literatura, ni las personas que llegaron a conocerle personalmente, que le querían y se acordaban de él, tenían por entonces una visión suficientemente clara acerca de su genialidad. A esto habría que añadir que incluso hoy en día aquel que quisiera estudiar la obra de Platónov e intentar comprenderla en toda su complejidad constataría atónito un considerable vacío en lo que a la investigación biográfica y literaria se refiere. Y es que nunca estuvo de moda, ni creó «escuela» alguna; sino que —como todo genio— se alzó como montaña solitaria, de ígneo cristal transparente.

Los personajes de *Chevengür* —esclavos del espejismo que es la lucha justiciera y justificadora de la existencia— son aquellos cuyas «naves partirán siempre hacia Sicilia por más

<sup>7</sup> *Alegre humanidad* es como llamaba Platónov a los niños.

<sup>8</sup> «Las imágenes son cosas con una realidad tangible en el contexto de la obra literaria: no la sensación abstracta de miedo, sino aquello que causa el miedo mismo», en Theodore Ziolkowski, *Imágenes desencantadas. Una iconología literaria*, Madrid, Taurus, 1980.

que cada cual tiene más o menos conciencia de que van hacia su destrucción» [Tucídides], confirmando por enésima vez lo inexorable y lo absurdo del destino humano. Pero mientras los barcos sigan navegando y las velas no se conviertan en jirones, vivir en el espíritu y en la historia será para ellos una Aventura y un Milagro.

#### ALEXANDR DVÁNOV, EL «ALQUIMISTA»

En su deseo de sustraerse al tiempo, los alquimistas anticiparon la esencia de la ideología del mundo moderno.

MIRCEA ELIADE

Alexandr Dvánov, Stepán Kopionkin y Prokofi Dvánov, hermano de leche del primero, son la paráfrasis de los tres hermanos (héroes-arquetipos del cuento ruso) cuyos viajes están plagados de un sinfín de pruebas de índole física e intelectual. Los caminos recorridos por los tres suelen ser múltiples y variados, pero todos llevan al mismo punto: a un «jardín cerrado», a la ciudad de Troya, al castillo del Santo Graal, al Castillo de Kafka, al palacio con siete aposentos de Santa Teresa o, como en nuestro caso, a Chevengur, donde Dvánov y sus dos compañeros intentan *irrumpir en la eternidad* organizando el comunismo al margen del resto del mundo. Se trata del Centro, de ese espacio sagrado sin construir en el cual, según Mircea Eliade, el hombre no puede vivir. Aquel que pueda acceder al centro, el que sea aceptado allí, entrará, a modo de los primeros cristianos, en una comunión nueva para él; allí encontrará aquello que desea encontrar; y en ciertas ocasiones, puede encontrarse consigo mismo. Esa especie de huida hacia la eternidad va cubriendo poco a poco la pequeña ciudad, a sus habitantes y las infinitas estepas de «pavor de la noche», tejiendo la telaraña de un cielo «vacío y frío» que no deja «salir fuera de él las estrellas», y desatando, al final, la cólera del tiempo sobre el infierno de Chevengur.

Kopionkin muere en combate, mientras que el más joven, Dvánov, se adentra a lomos del caballo de Kopionkin en el

líquido mortuorio del lago Mútevo «en busca del camino que en tiempos, movido por la curiosidad, había recorrido su padre hacia la muerte» voluntaria. Huérfano y pequeño aprendiz del maestro ferroviario que lo apadrinó, Dvánov, maestro él también, padece esa *sed mística* conocida como «la sed del saber» —su padre, dice Platónov, había muerto «a consecuencia de su curiosidad mental». Antes de recalcar en Chevengur, Alexandr había recorrido los pobres parajes de la inmensa «Rusia encantada», donde «tanto la tierra como el cielo eran desgraciados hasta la extenuación: la gente vivía aquí separadamente, sin actuar, igual que se apaga la leña que no es juntada para la hoguera». Dvánov busca el Paraíso, aquel paraíso medieval y renacentista descrito por Lorenzo Médici como «un jardín lleno de frutales, flores, riachuelos, pájaros y todo tipo de cosas que proporcionan el bienestar de los hombres»<sup>9</sup> y elige Chevengur, «la tumba de los *lapti*»<sup>10</sup>, para organizar allí «la felicidad diaria de los trabajadores». Entrañable soñador taciturno y puro, convencido de que «logaría atrapar el paso de las horas», Dvánov pertenece al «ejército de los que están dispuestos a morir por la gran obra del amor»<sup>11</sup>; y la tragicomedia de la Historia no podría haber celebrado sus liturgias sin alimentarse de los cuerpos y la sangre de los Dvánov. La unión con «el débil y olvidado cuerpo» del padre atrapado por el elemento mineral del lago es la fusión del hijo con su patria histórica, el reencuentro con la razón y consigo mismo. Es el acto de recorrer la vida en el sentido inverso y de asimilar la muerte como una segunda ni-

<sup>9</sup> Véase también el concepto de *tridesiátoe tsárstvo* —reino muy lejano, difícil de alcanzar— de los cuentos populares rusos: a veces se trata de jardines situados en una isla «bellísima, llena de distintos árboles con frutos de toda clase», o donde hay «frutos exquisitos, plantas y flores». Según la etnógrafo E. Eleónskaya [Moscú, 1994], *tridesiátoe tsárstvo* suele ser definido mediante las mismas imágenes que el mundo del más alla, siendo este último la prolongación de la existencia terrenal. Uno de los personajes de *Chevengur*, Kiriéi, dice que «una vez hubo comunismo en una isla en el mar».

<sup>10</sup> Una especie de alpargatas confeccionadas con corteza de tilo trenzada, que usaban los campesinos rusos. De *cheva*, un *lápot* desgastado, y de *gur*, tumba, cripta, según V. Vasíliev en *Tragedia nacional. Utopía y realidad*, *Nash Sovremennik*, núm. 3, 1988.

<sup>11</sup> Alexandre Blok, gran poeta simbolista ruso, 1880-1921.

ñez a través de los elementos primordiales del misterio [G. Durand], como lo son el agua o la tierra.

Tras «el seco mar de la vida», la delgadez de Dvánov, causada por «felicidad y preocupación», se sumerge al fin en esa sustancia simbólica de la muerte que es el agua [Bachelard] para servir de alimento esta vez a los peces y a las yerbas acuáticas; para convertirse, definitivamente ya, en el sueño de una sombra [Píndaro].

El pequeño alquimista que ofrendó «su propio cuerpo mediante el trabajo» a los habitantes de Chevengur se disuelve en el silencio púrpura del amor y el olvido.

#### STEPÁN KOPIONKIN, EL «GUERRERO»

Ocurrió aquel año que un día [...] sopló un viento huracanado que traía fuego, y la gente se aterrorizó, pues pensaba que había llegado el Día del Juicio. El suelo tembló, las aguas del Tigris se volvieron rojas y en Wasit apareció sangre en la tierra sin que nadie supiera la causa<sup>12</sup>.

Kopionkin posee ese «rostro internacional» cuyos rasgos «se habían ido difuminando en contacto con la revolución». Ama a Rosa Luxemburgo: «En la parte interior de su gorro Kopionkin había cosido un cartel con la imagen de Rosa Luxemburgo. Estaba pintada de colores tan bellamente, que no había mujer en el mundo que se le pudiera comparar. Kopionkin estaba convencido de la fidelidad del cartel, y no se atrevía a descoserlo para no enternecerse.» Hombre «incapaz de hablar fluidamente más de dos minutos», se halla dominado por la nostalgia del Paraíso *artificial*, personificado para él en «el veraniego y cercano país del socialismo, en el que [...] Rosa Luxemburgo resucitaría y se convertiría en ciudadana viva». Guerrero preciso y minucioso, pero sin crueldad ni pasión por la sangre vertida, mata a los *kulaks* (campesinos ricos), a los bandidos y a los miembros del Ejército Blanco del

<sup>12</sup> Ben Kazir, «El principio y el fin», en Mahmud Darwish, *Memoria para el olvido*, Guadarrama, Eds. del Oriente y del Mediterráneo, 1997.

mismo modo que «la campesina expurga de malas yerbas el mijo».

Es el último San Jorge —viejo, extenuado e inconsolable—, al que la revolución dio la oportunidad de sentir en profundidad. Su lucha, su caballo y su consagración a la Bella Dama, Rosa-Revolución, representan la repetición del arquetipo mítico: la capacidad mágica, o al menos el intento de «cambiar» el mundo en un gesto reiterado por el ser humano a lo largo de siglos y milenios. «Kopionkin abrigaba esperanzas y estaba convencido de que todas sus obras y todos los caminos de su vida conducían inexorablemente a la tumba de Rosa Luxemburgo. Tal esperanza inflamaba su corazón y le provocaba la necesidad cotidiana de hazañas revolucionarias. Cada mañana Kopionkin ordenaba a su caballo que se dirigiera a la tumba de Rosa. [...] Para Kopionkin todos los caminos y los vientos se dirigían a Alemania, y aunque no fueran en esa dirección darían la vuelta a la tierra y acabarían por llegar a la tierra de Rosa. Si el camino era largo y Kopionkin no se topaba con el enemigo, su agitación se hacía más honda y emocionada. Una ardiente melancolía se iba agolpando en su interior y no había hazaña capaz de aplacar el solitario cuerpo de Kopionkin.»

Caballero liberador a la vez que verdugo<sup>13</sup>, dominado por la ciega necesidad de la acción, parece no tenerle miedo a la muerte. Representa a uno de esos hombres para los cuales la creencia se torna pasión que no puede ser transformada en pensamiento ni, por lo tanto, expresada verbalmente, y para los cuales existir significa vivir en la pasión misma.

Su caballo, Fuerza Proletaria —«un animal muy robusto más propio para transportar troncos de árbol que personas, capaz de comerse la octava parte de todo un bosque joven» y de beberse «un estanque entero de tamaño medio»<sup>14</sup>, y cuyas pezuñas destrozan las costillas de un caballo corriente—,

<sup>13</sup> «En la religión helénica (igual que en la germánica), el muerto aparece en forma de caballo, pero, al mismo tiempo, también en forma de caballero o de poseedor de un caballo.» Malten, citado por Vl. Propp en *Las raíces históricas del cuento*.

<sup>14</sup> Véase la petición hecha habitualmente por los animales totémicos para adquirir la fuerza mágica: «Dame de comer durante tres días.» *Ibid.*

es el atributo indispensable del héroe, un animal de cualidades mágicas; es el «ayudante»<sup>15</sup>: «Kopionkin sentía un gran respeto por su caballo y, en cuanto a estima, éste ocupaba el tercer puesto: Rosa Luxemburgo, la Revolución y, a continuación, el caballo. [...] Cuando viajaban, Kopionkin no se molestaba en orientar al caballo. Fuerza Proletaria elegía por sí solo una de las bifurcaciones y siempre iba a parar allí donde se precisaba del brazo armado de Kopionkin.» Y es Fuerza Proletaria el que le sirve a Dvánov de último barco, el que le transporta al «más allá del ser».

Corazón humano, maravilloso, sombrío, contradictorio y terrible, Kopionkin dice que no puede dominarse ante un hombre afligido, que le subiría a su caballo y le llevaría a la lejanía de la vida. Pero es el caballo quien lleva el cuerpo del amo —excavado por las heridas y muerto— a su lugar natal en la olvidada libertad esteparia, a su casa-cuna definitiva.

No llegó Kopionkin a poseer el tan ansiado sentido de la vida, ni descubrió la anhelada felicidad eterna. Tan sólo soportó las fatigas de su alma, combatió y cumplió con su misión: ha muerto.

CHEPURNI EL «JAPONÉS»,  
PRESIDENTE DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO  
DE CHEVENGUR

Somos desiertos, pero desiertos poblados de tribus, de faunas y de florlas.

GILLES DELEUZE

Es, en realidad, Chepurni quien completa esa comunidad de caballeros medievales —rehenes y mártires de una sola idea— formada por Alexandre Dvánov y Stepán Kopionkin. Vive desde hace algún tiempo en un centro provincial llamado antiguamente Chevengur donde ahora, según el presidente del comité revolucionario, «es el fin de todo»: la historia

<sup>15</sup> *Ibid.*

universal ha sido abolida y el sol proclamado único trabajador permanente —«el hombre no trabaja porque todos los impuestos y las obligaciones corren a cargo del sol»— mientras que Chevengur entero se halla «en el comunismo como pez en el agua». Sus habitantes han llegado a no tener ni necesidades, ni ocupaciones. Y aunque Kopionkin se siente triste al principio y duda al no observar «en Chevengur un socialismo manifiesto y evidente —nada de esa enternecedora belleza, contundente e instructiva, en medio de la naturaleza, donde hubiera podido nacer una segunda y pequeña Rosa Luxemburgo, o renacer científicamente la primera»—, calla ante los argumentos de Chepurni.

La «oficina» de éste —Sóviet de la humanidad social de la región liberada de Chevengur— se encuentra en el ambón de la iglesia, en un espacio que, en palabras de Kopionkin, «apesta a Dios húmedo». Sobre la entrada de la iglesia se leen las palabras del Hijo: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré*; y las reuniones del comité se celebran bajo la mirada inquisitorial del Dios Savaoth, pintado en la bóveda<sup>16</sup>. El gran vigilante, el testigo de los crímenes más ocultos observa, impasible, el nacimiento de primeras palabras mancas en las bocas de los hombres. Sabedor de que se debe confiar en «el ojo del alma» y no en «el ojo del cuerpo»<sup>17</sup>, contempla, imperturbable, cómo sufre Chepurni, cómo reflexiona y formula las ideas revolucionarias su secretario, el joven «depredador» Prokofi Dvánov, cómo éste y Klavdia —el tercer miembro del comité— «juegan» en el atrio y, tal vez, también contempla, inalcanzable, esa extraña ciudad donde la revolución «había hecho del alma la principal profesión» para los chevengureños. El producto final de esta profesión es, según Chepurni, la amistad y la camaradería, y ocupa casi por completo los días de los habitantes de la ciudad.

El presidente del comité revolucionario logra acuñar él mismo —mientras se baña en el río en compañía de Kopion-

<sup>16</sup> Hasta el siglo XIX, los pintores de iconos rusos tenían la costumbre de incluir dentro del cuadro la imagen del llamado *el gran ojo* acompañada de la palabra «Dios».

<sup>17</sup> Dimitrie Cantemir, *Divanul*, Bucarest, Editura pentru literatură, 1969.

kin y con ayuda de éste— sus «cuatro tesis»: el sol, el agua, la tierra y el viento —elementos imprescindibles y suficientes para que el comunismo de Chevengur prospere—; sabe además «que la naturaleza hacía tiempo que estaba al tanto de que había comunismo en la ciudad y que la lluvia no la mojaba a destiempo». Esta visión más bien chamánica, hace que el partidario de la política del comunismo impuesto mediante la fuerza armada, el hombre profundamente socializado, sea, a la vez, una especie de «teólogo popular» [M. Eliade]. A modo de algunos filósofos, Chepurni expresa, sin darse cuenta de ello, la idea de que la naturaleza no es algo *para saber*, sino que es algo *para pensar* —y *para imaginar*, añadiría—, siendo el pensamiento propiamente dicho la negación de cualquier ciencia cerrada.

Cuando Kopionkin lo ve por primera vez, profundamente dormido a lomos de su caballo, reconoce en él a un «hombre bondadoso, indigente y compasivo»<sup>18</sup>; más adelante Chepurni —quien había sido gravemente herido en el frente y quien tras curarse había aprobado el examen y obtenido el puesto de practicante de la compañía, dotado de una memoria «inmensa aunque desordenada»— complementará la sabiduría y la tristeza selénica de Alexandre Dvánov y el ardor de Kopionkin con su «duda interior», con «ese presentimiento que es incapaz de consumirse mediante el pensamiento y de calmarse», con su permanente desasosiego mental.

Si tiene razón Platónov y es cierto que *todo lo bueno y valioso sale del sufrimiento y de la soledad*, entonces también Chepurni entrará en el Reino de ese aire azul que «gravita sobre Chevengur como elevada añoranza» y se fundirá con las nubes —«la vida corre en mí como las nubes», dice en un momento dado— después de ser aplastado por las patas de los caballos enemigos; también él cumplirá con su misión: morirá.

El mesianismo —aunque inconsciente en este caso— y la terrible, la abrasadora impaciencia —denostados, rechazados, acertadamente aborrecidos por terminar habitualmente en horcas, sacrificios o ríos de sangre—, han sido, hasta hoy,

<sup>18</sup> Fiódor Dostoievski, uno de los personajes de *Chevengur*, imagina el socialismo «como una sociedad formada por personas buenas».

el único motor conocido que ha conseguido hacer que *algo* se moviera en las profundidades glaciales de la conciencia humana, de nuestras conciencias. «Todo hombre es pasto de sí mismo», dice uno de los campesinos-filósofos de Turguéniev, mientras que Tolstói —quien comparaba al ser humano con el río— utiliza en el epígrafe de *Anna Kariénina* la idea encerrada en la frase *Mía es la venganza; yo [me] daré el pago merecido* [Epístola a los Romanos, 12.19]; ciertamente, la *culpa* —el *miasma*— de Chepurni, Kopionkin y Dvánov no tiene expiación: los dioses callan, y es el hombre quien se condena a sí mismo. Pero también, y curiosamente, se cumple en la novela de Platónov algo más, aquello a lo que se refería Dostoievski en su artículo sobre *Anna Kariénina*: todos eran culpables, y resultó al final que no había culpables.

El hombre va fluyendo y encierra dentro de sí todas las posibilidades: antes era estúpido y ahora es inteligente, era malvado pero se ha hecho bueno, y viceversa. En eso consiste la grandeza del ser humano. Y por ello no se le debe condenar. ¿Castigar?, pero ¿a qué hombre? Le habías condenado, mientras que él ya es otro. Tampoco se debe decir «no amo». No bien acabas de pronunciarlo, y todo se ha transformado<sup>19</sup>.

No es *Chevengur* una invitación al perdón universal, ni al estado de beatitud coral —por algo calificaron los estudiosos el género de la novela como *antiutopía social con elementos de sátira*. Es la expresión de la eterna búsqueda de la verdad, acto inherente, según Berdiáev, a los mejores representantes del pueblo ruso; es la perpetuación de aquella tradición literaria rusa que no disociaba lo estético de lo ético. Harto conscientes —hasta la desolación misma— de que la existencia humana es, en su esencia, tanto racional como irracional, tanto razonable como absurda, los escritores que representan esta tradición saben además que la esfera de lo irracional y de lo absurdo suele ser para los seres humanos infinitamente más amplia que la esfera de lo racional y de lo razonable; y

que tan sólo el amor —profesión principal: el alma— puede paliar un poco el horror y la soledad —*orfandad*, en términos de Platónov— que siente el hombre al contemplar el negro abismo del tiempo:

Pudo comprobar [Zajar Pávlovich, padre adoptivo y maestro de Alexandre Dvánov] de nuevo que por muy malvado, o inteligente y valiente, que fuera el ser humano, no dejaba de ser, de todas formas, triste y digno de compasión, y moría cuando se debilitaban sus fuerzas.

## EL LENGUAJE

Los personajes de Platónov hablan tal y como son: espontáneamente, siendo la espontaneidad la que determina en ellos un estado de perpetuo descubrimiento del mundo. Los *hombres recónditos* viven con el corazón y su principal medio de conocimiento es la intuición del corazón [«Estar cerca del corazón humano», así es como definía Platónov su tarea de escritor].

El universo de sus palabras podría ser comparado con el de los primeros hombres, inmediatamente después de haber sido arrojados del paraíso. Para expresar su estado de manera más completa, buscan los caminos más cortos del pensamiento y del habla, incurriendo en una especie de errores infantiles de lenguaje; y, dejando de lado «la complejidad de las palabras», alcanzan a menudo la esencia misma de las vivencias y de las cosas; nos encontramos ante la demostración perfecta de que «lenguaje y mundo van íntimamente conexos»<sup>20</sup>.

En los personajes de Platónov se percibe en todo momento el niño que hay en ellos: para el escritor, el hombre está siempre ligado a su niñez, convirtiéndose de nuevo en la última etapa de su vida en solitario y libre, como lo era de niño: «Aunque los años pasaban, Zajar Pávlovich comprobaba con asombro que no cambiaba ni se hacía más inteligente

<sup>19</sup> León Tolstói, *Diario*. 1898.

te, sino que seguía exactamente igual que cuando tenía diez o quince años. [...] Al contemplar su rostro en los cristales de los faros de las locomotoras, Zajar Pávlovich se repetía a sí mismo: «Es asombroso: no voy a tardar en morir y sigo como siempre».

La llamada «paradoja platonoviana» consiste en la idea de que la dificultad de expresión aporta claridad al sentido, porque esa dificultad lleva consigo un elemento de contenido muy concreto, casi físico. Las incorrecciones, digresiones y tautologías son parte consubstancial de la estructura de *Chevengur*, constituyendo un sistema lingüístico y poético irrepetible. Las expresiones aparentemente absurdas lo son únicamente desde el punto de vista del automatismo y de la inercia de nuestra habla habitual, desde el punto de vista de los significados lingüísticos establecidos en la conciencia social colectiva, pero no en cuanto a su correspondencia con la realidad circundante.

Ese constante «desdén» —o las «dudosas formas de expresión»— de Platónov por las fórmulas establecidas, tradicionales, para definir nociones conocidas por todos<sup>21</sup> llega a modificar la semántica de los sustantivos con significado abstracto como son «la vida», «la muerte», «el alma», «el miedo», «el tiempo», «la soledad», «la paciencia», «el amor», «la felicidad» o «el recuerdo», que vuelven a ser aquellos «objetos sensibles que existen en la realidad y se sienten existir» [W. Wordsworth]. El tiempo, según Platónov, se mueve o se inmoviliza en el sentido directo —como cualquier otro objeto físico y concreto—, mientras que la oscuridad y el silencio son materias densas y tangibles, hasta tal punto que podrían ser diseccionadas con la punta de un cuchillo<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> V. Smirnóva, «Nueva interpretación de los sustantivos con significados abstractos en el universo literario de Andréi Platónov», *Ciencias filológicas*, núm. 5, Moscú, 1983.

<sup>22</sup> Para Jarms, el tiempo era «un caldo alto, largo y anchuroso. / Y la vida, la pierna del tiempo». Poema «Alegria», 1930. Daniil Jarms, San Petersburgo, 1905-Leningrado, 1942; poeta y escritor, uno de los cuatro fundadores del grupo literario OBERIU (Asociación de Arte Real), formado en 1927 en San Petersburgo.

En su ardor por «descubrir inmediatamente el perdurable sentido general de la vida», los héroes de *Chevengur* re-constuyen, re-descubren y re-inventan el mundo y la lengua; los estados del alma se tornan palpables —«A Prushevski le parecía que todos sus sentimientos, todas sus inclinaciones y su antigua tristeza se habían juntado en su cabeza y habían percibido la fuente exacta de la que procedían, hasta producir el mortal aniquilamiento de lo ingenuo de toda esperanza»—, y la existencia de los sentimientos llega a ser autónoma, capaz de llenar el alma y el corazón del hombre en el sentido fisiológico<sup>23</sup>.

Lo grandioso de este experimento lingüístico reside en la sensación de inmediatez que logra producir en el lector —el ser humano nace repetidas veces ante nuestros ojos con cada palabra que pronuncia, con cada movimiento físico de su alma; la sólida materia de su aparente simpleza vulgar estalla en mil fragmentos para condensarse en poesía, para situarse en el más elevado plano de la existencia—, y en su proximidad a la Cábala, según la cual la creación del idioma y el reparto de los significados es, a la vez, la creación del universo.

Durante su periplo por una Rusia que a Dvánov le parece yerma, agotada y deshabitada, éste y Kopionkin se topan en la aldea Janskie Dvóriki con Fiódor Dostoevski, el cojo mandatario del comité revolucionario de la comarca, llamado antes Ignati Moshónkov<sup>24</sup>. El delegado del comité revolucionario no sólo había cambiado su propio nombre en honor del famoso escritor, sino que había decretado —«con el fin de impulsar el autoperfeccionamiento de los ciudadanos»— la revisión de nombres y apodos de sus paisanos. No contento con esa acción, y para complicarlo un poco más, Dostoevski completa su campaña exigiendo a los hombres que vivan como había vivido el portador anterior del nombre elegido, «de lo contrario, se le confiscaría [al ciudadano vivo] el glorioso nombre». Dostoevski, a quien ya no le reconforta el montón de libros que tiene en casa y quien, como todo filó-

<sup>23</sup> M. Simoniúk, *La obra de A. Platónov. Artículos e informes*, Vorónezh, 1970.

<sup>24</sup> Del sustantivo *moshonka*, escroto.

sofo que se precie, piensa por su cuenta, reflexiona sobre «los nuevos adelantos de la existencia»: «pensaba en la unión libre entre hombre y mujer, en el sentido soviético de la vida, en la posibilidad de suprimir la noche para acrecentar las cosechas, en cómo organizar la felicidad en el trabajo diario, en la naturaleza del alma [...] y acerca de muchas otras cosas que le atormentaban y que hacían que por las noches no dejara descansar en paz a su familia». Al lograr visualizar en su cabeza, con la ayuda de Dvánov, el socialismo —«un cielo azul claro, un poco húmedo, que se nutría de la respiración de las plantas forrajeras y los opulentos lagos de parcelas cultivadas»—, Dostoevski entra en trance meditativo y, tras permanecer sin dormir y sin comer durante cuarenta noches y cuarenta días inmerso en el «ensimismamiento de su obligación», exclama al alcanzar el *punto medio*, el *punto fijo de la emancipación alrededor del cual giran todas las cosas*<sup>25</sup>:

—¡Os traeré el socialismo! ¡Aún no habrá madurado el centeno y ya tendremos el socialismo!.. ¿Por qué estaré tan melancólico?, me decía. Y era que echaba de menos el socialismo.

Al reparto de los nombres le sigue el reparto del ganado: los caballos, las vacas y las ovejas son trasladados a las casas de los campesinos pobres. Y Kopionkin se despide del pequeño creador de ese fragmento del universo —cuyos actos podrían ser interpretados como la *repetición* o el *recuerdo* de las etapas de la creación del mundo— con una advertencia: «¡Ojo, en verano el socialismo tiene que asomar ya por entre las yerbas! ¡Vendré a comprobarlo!»

El *hombre irrepetible, local, temporal e inescrutable* de Platónov —todos esos mecánicos, maquinistas, campesinos pobres, peregrinos, activistas del Partido, soldados rasos de la revolución, mujeres de edad indefinida, ancianos cansados de tanto trabajar y niños envejecidos por la miseria, todos esos seres humanos tallados por el hambre, el dolor y la orfandad

<sup>25</sup> Joseph Campbell sobre el yoga en: *Las máscaras de Dios: Mitología oriental*, Madrid, Alianza, 1991.

universal— consigue explicar con sus aparentemente torpes palabras lo más profundo de los estados del espíritu humano, definir el mundo a pesar de la mudez y transformar el *logos* en carne seca y sangrante.

Kopionkin [mortalmente herido] se tumbó boca arriba para descansar.

—No me mires, Sasha, ¿no ves que no puedo existir?... Dvánov se dio la vuelta.

—No me mires más, me da vergüenza ser un cadáver deante de ti...

Yo dije: «¿Hasta cuándo, Señor?» Dijo: «Hasta que se vacíen las ciudades y queden sin habitantes, las casas sin hombres y la campiña desolada...» [Isaías, 6, 11].

## LOS COLORES Y LOS TROPOS

Turbia y aburrida comenzaba la noche; los niños, que acaban de descubrir la existencia de las pesadillas nocturnas, le tienen miedo a ese tipo de noches: suelen no dormirse, y siguen con la mirada a sus madres para que éstas tampoco se duerman y les protejan del horror.

Pero los adultos son huérfanos...

[*Chevengur*]

Y habitan un mundo que a primera vista parece «incoloro».

Esta nominal ausencia de color se sitúa exactamente entre el *blanco* y definitivo olvido —la muerte— y el *negro*<sup>26</sup> abismo de la existencia; según los griegos, la memoria escribe con letras negras sobre fondo blanco, mientras que la expresión «una línea blanca sobre blanca piedra» designa lo indistinguible, omitido y desaparecido. Sin embargo, los colores sí existen en *Chevengur*, aunque da la sensación de que no deben ser mencionados: así, como una operación íntima, má-

<sup>26</sup> El blanco: color cálido, muro sin fin; el negro: color frío, agujero negro. En Vasili Kandinski, *Cursos de la Bauhaus*, Madrid, Alianza Forma, 1991.

gica y substancial [Bachelard], se entendía antiguamente el extraño, el innombrable procedimiento de la tintura.

La «ardiente melancolía», el «fluente e inmenso aire» o la «brillante caballería de la noche» —las «lunas blancas» y las «estrellas brillantes de medianoche», en el folklore de muchos y distintos pueblos— fueron captados en su momento por Giotto, Andréi Rublióv, Klee y Kandinski, así como por los pintores de iconos y de miniaturas medievales. La casi completa omisión de los adjetivos-colores se ve sustituida en *Chevengur* por los sustantivos adjetivados —«sомнolienta lluvia», «vacua y apesada oscuridad» [del gusano], «lívida oscuridad», y «espesa inquietud» —«tiniebla espesa» en las escrituras sagradas y en el folklore<sup>27</sup>. En el libro que recopila nueve cuentos populares rusos relatados por Platónov<sup>28</sup> encontramos, aparte del dorado y el plateado, únicamente cuatro referencias literales al color: el negro, el amarillo, el azul y el gris, que designan los sustantivos sangre, yerba, cielo y la pluma de un pájaro. En *Chevengur*, los sustantivos se transforman directamente en colores: «la negra alegría de su [Chepurni] desbordante cuerpo» (el negro y el rojo), «el muerto vellisco del valle» (el ocre, los verdáceos y el marrón), «el fresco lago del cielo» (la gama de los azules y los verdes) y el «triste y deshabitado día» (los grises y los azulados, con tendencia hacia el blanco).

El procedimiento empleado por Platónov —el de la *definición cromática indirecta*, a través de la metáfora— lo encontramos en la manera poética de ver, de pensar y de expresar el mundo de las épocas arcaicas: cuando las yerbas, flores y árboles se llamaban *cabellos de la tierra*, las nubes eran *montañas o fuelles*, el arcoíris *puente, anillo o cinturón*, y el fuego *gallo*

<sup>27</sup> En los cuentos populares rusos el adjetivo *gustói*, espeso, forma pareja estable con el sustantivo bosque. En un número elevado de cuentos, el héroe se encuentra con un bosque denso, oscuro, impenetrable y misterioso —significados que encierra una sola palabra: *gustói*—, y es allí donde comienzan sus aventuras. Para Vl. Propp, el bosque espeso del cuento representa el lugar donde se celebraba el rito —especialmente, el de la iniciación— y la entrada al reino de los muertos. Véase también frases como: «Más allá de esta estepa hay un bosque espeso.»

<sup>28</sup> *Anillo mágico*, Moscú, Soviétskaia Rossía, 1970.

rojo<sup>29</sup>. También el uso repetitivo por parte de Platónov de los mismos, o parecidos, epítetos y giros remite a una de las características principales del lenguaje épico —«el espesor de la oscuridad», «el espeso aire vital», la «fuerza espesa» [del buen humor de Chepurni], «el abatido espacio», «la abnegación de la noche», «la regular palidez de la noche», «la luz de la noche», «flores pálidas de impotente luz nocturna», «una luz mortecina y brillante», la «espesura de la noche», «vacío y penitente Chevengur», «el vacío del oscuro aire» o la noche transporta «con mimo sus floridas estrellas por encima de los vacíos y sombríos lugares de la tierra»: los sustantivos se *adhieren* entre sí en un proceso —casi alquímico— de formación de nuevos *efectos de sentido*. Debido a ello, *Chevengur* logra algo tan propio de la práctica pictórica pero infrecuente en la literatura<sup>30</sup>: crear la sensación de esa oscuridad iluminada, o el *color sonoridad*, que tanto le había obsesionado a Kandinski.

Del mismo modo que lo hacían los pintores pre-renacentistas —árcaicos y medievales—, Platónov se sitúa dentro del adyacente mundo que está recreando sin abandonar a la vez el punto de vista de un espectador externo. La yuxtaposición entre la «mirada interna» y la «mirada externa» nos permite ver simultáneamente las inmensas llanuras de Rusia vaciadas por el viento y el húmedo interior de la iglesia en la pequeña Chevengur; el pasado y el porvenir de la comunidad humana que habita el país y la ciudad; la rudeza y la hostilidad de los hombres y la triste ternura que anida en sus corazones: el mundo llamado real aparece bajo una perspectiva inusitada. El gran fresco de ansias y fatigas, la materia sólida de la existencia y la sangre entumecida son bañados por la sedosa *luz del aire*, «protegidos» por las metáforas. Como lo hacían los pintores de iconos rusos, Platónov va «limpiando» la superficie de capas hasta llegar a la *realidad espiritual* de la imagen<sup>31</sup>;

<sup>29</sup> A. N. Afanásiev, *El árbol de la vida*, Moscú, Sovremiennik, 1982.

<sup>30</sup> Son especialmente interesantes, en este sentido, los experimentos con el color realizados por Fernando Pessoa: la luna de *un blanco, blanco*, el *azul verdoso tirando a oro*, un *amarillo pálido visto a través de un blanco sucio*, etc., en *Líbro del desasosiego*, Barcelona, Seix Barral, 1985, traducción de Ángel Crespo.

<sup>31</sup> B. A. Uspíenski, *Sobre la semiótica de los iconos*, Cuadernos de Tartu, 284V, 1971.

o al sentido espiritual de las palabras, al que se refería Dumasais en su estudio sobre los tropos.

Las divinidades responden con silencio, con oscuridad y fría impavidez a las interrogaciones de los hombres; Carlos Marx mira «desde las paredes cual Savaoth ajeno, y sus terribles libros no pueden conducir al hombre a una imagen tranquilizadora del comunismo», entonces el ser humano —guiado por el instinto de autoprotección, por la necesidad de conservar la seguridad personal y colectiva— inventa la metáfora<sup>32</sup>, esas palabras que más que expresiones son *cuerpos y sustancias*<sup>33</sup>.

Los demás hombres poseían todo un sistema de protección para fortalecer y desarrollar sus propias y valiosas vidas, mientras que los «otros»<sup>34</sup> disponían tan sólo de un arma para mantenerse sobre la tierra: aquél resto de calor parental en el cuerpo de niñito; pero hasta eso les bastaba a los «otros» sin nombre para salvarse, llegar a la edad viril, recorrer su camino y alcanzar con vida su porvenir. Semejante vida pasada había desgastado las fuerzas de los que habían llegado a Chevengur, y por eso le habían parecido a Chepurin elementos débiles y no proletarios, como si se hubieran pasado la vida calentados e iluminados por la luna y no por el sol. Pero, al gastar todas sus fuerzas para conservar dentro

<sup>32</sup> «El ser humano, forzado por su propia estructura espiritual a expresar el mundo concreto exclusivamente a través de las abstracciones, lo que precisa un proceso infinito, crea una forma de descripción indirecta e instantánea de lo concreto: la metáfora. [...] El ser humano, enfocado desde el punto de vista estructural y existencial, se halla en una situación doblemente precaria. Por un lado, vive en un mundo concreto que no puede expresar a través de los medios estructurales disponibles; y al mismo tiempo habita el horizonte del misterio que no puede revelar. La metáfora aparece entonces como un momento ontológico complementario, mediante el cual se intenta la corrección de esta situación doblemente precaria.» Lucian Blaga, poeta y filósofo rumano, 1895-1961, en *Tipología de la cultura*, Bucarest, Editura pentru Literatura Universala, 1969.

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> Los «otros», que pueblan Chevengur después de que la ciudad haya quedado vacía tras el fusilamiento y el destierro de la llamada burguesía, son, en palabras de Prokofij, «los otros, o sea, nadie. Peor incluso que el proletariado». Y también: «la clase de primera», «la internacional en carne y hueso».

de sí aquel calor originario parental, en contra del viento de la vida ajena y hostil, que les azotaba la cara y los desenraizaba, y tras multiplicar dentro de sí aquel calor a costa de ganarse el jornal entre gente censada y con nombre, los «otros» habían hecho de sí mismos hombres improvisados y de destino desconocido; [...]

En la novela de Platónov es la metáfora la que ordena y produce la sustancia misma del relato. El hombre, en tanto que sujeto creador, del mundo y de sí mismo, recurre al poder metafísico de la metáfora (de la poesía) en un intento de enfrentarse a la muerte y al destino. *Consumido* —una de las palabras más frecuentes en Platónov es el adjetivo *desgastado*— por el tiempo [«el tiempo escapaba desesperanzado en sentido contrario al de la vida y Chepurin no había podido soportar el misterio del tiempo y había puesto fin a la longitud de la historia organizando urgentemente el comunismo en Chevengur»], busca su identidad ontológica mediante el acto de *imaginar* un espacio: el del alma, el del comunismo, el de la esperanza y el de la felicidad.

La pequeña comunidad de mártires abrazados, que comparten «en pequeños retazos» su indigencia, su dolor y la orfandad completa, se autoexilia en la difícil noche de la existencia, bajo las estrellas de plata y oro —monedas ajena a la clase proletaria, según Kopionkin—, en medio del mar formado por yerbas salvajes que van engullendo a Chevengur como el lago Sviétili Iar había engullido a la mítica ciudad de Kítezh, la Atlántida de las leyendas rusas.

La revolución había pasado como pasa el día. [...] Los abiertos espacios de las llanuras y del país yacían en medio del vacío y del silencio, habiendo expirado como un trigal segado, y el tardío sol se consumía solitario en la altura que dormitaba por encima de Chevengur.

Sus habitantes están condenados a perecer en el desierto de la vana espera del eterno comunismo; han sido juzgados y sentenciados; aunque no por Platónov.

## LA NATURALEZA Y LOS SUEÑOS

Nadie mira nunca a las personas cuando duermen, y sin embargo suelen tener rostros verdaderos y amables, en realidad el rostro del hombre se ve desfigurado, cuando está despierto, por la memoria, el sentimiento y la necesidad.

[Chevengur]

La femineidad sustancial de la noche<sup>35</sup> hace que los hombres huérfanos desciendan al recuerdo del único e incomparable estado de la niñez. La escritura jeroglífica de los sueños [J. Derrida] los devuelve a las cálidas aguas del vientre materno; el ser humano se sumerge en la «azulada niebla de la edad temprana». La madre de Kopionkin fundida en «un solo ser primordial» con Rosa Luxemburgo, y la madre de Dvánov, cuya cara éste no se atreve a mirar temiendo encontrarse con «un rostro igual de amado, pero no de su misma sangre», reaparecen una y otra vez en los sueños teñidos de sabor a pecado como una invitación al hijo pródigo de volver a casa para encontrar el reposo primordial. Tan sólo el retorno al *agua materna* puede reconfortar a los hombres en un mundo en el que «nadie es capaz de formular el firme y eterno sentido de la vida».

El incomprensible ascetismo de Dvánov [quien «no había visto a su madre ni nunca había sentido a una esposa»], de Kopionkin [en cuya opinión las mujeres «perjudican claramente】 y hasta el de Chepurni [que «reconocía tan sólo el afecto de clase, en ningún caso el femenino»], aunque antes de la llegada de Prokofi a Chevengur tenía en Klavdia a su «companera de armas】 —el *desprecio bizantino* hacia lo concreto de lo corporal—, encuentra en la regresión a la densa, confusa, cruda y profunda materia del inconsciente, ofrecida por los sueños, su *recipiente original*: el eterno femenino. Los

rostros de las mujeres soñadas son tan extraños e indescifrables como lo es el rostro de la muerte. Compañera habitual de la indefensa tristeza del amor, la muerte más que desesperación produce melancolía. La muerte es parte del fluir perpetuo de la Naturaleza, y el pecho materno en el sueño de Dvánov, así como el ataúd en el que está colocada Rosa —sin mirada ni pestañas, irreconocible para Kopionkin— son símbolos de esa «cuna de la humanidad», de ese *tiempo devenido cuerpo*.

Cuando la noche y los sueños se disuelven bajo «la penetrante mirada del sol», el hombre de Platónov retorna a la *naturaleza diurna*, donde las plantas y los animales, a pesar de ser todos distintos entre sí, son indefensos por igual, y sus vidas no duran más que un instante. La naturaleza «llena de belleza y de furia» puede llegar a ser tan incomprensible como la muerte soñada a través de las imágenes femeninas —Chepurni, por ejemplo, no sabe «si bajo el comunismo llegaría el invierno o si duraría siempre el calor estival»—; o estar llena de nostalgia tranquilizadora: «Dvánov había visto que en la naturaleza no había la angustia de antes [...] El mundo se hallaba como si estuviera atardeciendo, y Dvánov sintió que también dentro de él empezaba a instalarse el atardecer, el tiempo de la madurez, el tiempo de la felicidad o de la añoranza.»

La naturaleza como aliada espontánea del comunismo en Chevengur —el centeno, el trigo, la ortiga utilizada para hacer sopa, el mijo, los girasoles y las legumbres han crecido por sí solos porque la burguesía de la ciudad había estado tres años sin sembrar en espera de la llegada del fin del mundo— y la naturaleza hostil que se agita de la misma manera que bajo el imperialismo y que no admite ni la resurrección de Rosa Luxemburgo, ni la vuelta a la vida durante sólo un minuto de un niño muerto, compone, en un vaivén de sus olas, el espacio o fondo sobre el cual —como en las alfombras persas— son tejidos los arabescos de las historias humanas temporales. El «triste y negro sentimiento del olvido» —la tristeza metafísica contra la que están luchando desesperadamente los hombres de Chevengur—, se exorcista en los sueños: agridulces, apaciguadores y turbadores a la vez. Son

<sup>35</sup> Gilbert Durand, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, Bordas, 1969.

los únicos momentos en que los seres humanos no luchan, no interrogan, sino que hallan; y reposan.

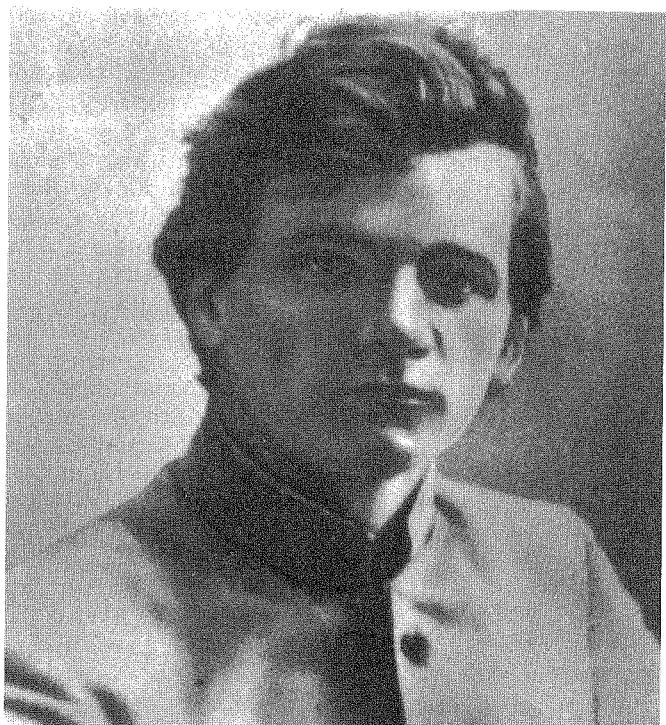
#### ANDRÉI PLATÓNOV

Según Anna Ajmátova, cuyo primer libro de poesía fue publicado en el año 1912, es el pasado —y ante todo, la niñez— lo que tiene la única y verdadera importancia para el poeta. Pero a finales de la primera década del siglo XX los habitantes de Rusia fueron arrojados de su pasado<sup>36</sup>; el tema de la niñez, e incluso a veces el de la juventud, resultó ser vedado en los años veinte para buena parte de los escritores. Ya en 1918, y durante varios años consecutivos, Rusia se convirtió en «el país de las traducciones»: «El escritor ruso, decía Eichenbaum<sup>37</sup>, si quiere ser leído, necesita ahora inventarse un seudónimo extranjero y llamar a su novela *traducción*». La obra literaria construida sobre el «material nacional», desde los postulados del humanismo, e impregnada de tintes escatológicos y del sentimiento de fragilidad del mundo creado por los hombres —una novela como *Chevengur*— estaba condenada de antemano a no ser aceptada por los censores.

El poeta Ósip Mandelshtam, antes de ser deportado al *Gulag*, pasó en la segunda mitad de los años treinta una parte de su destierro en Vorónezh, la ciudad donde creció y se había formado Andréi Platónov y que, históricamente, había sido uno de los focos más importantes de la cultura rusa. Y es allí donde nuestro autor empezó a ganarse la vida desempeñando diversos trabajos temporales y a escribir sus primeros versos a la edad de trece o catorce años, donde a principios de 1918 inició sus estudios de electrotécnica en la escuela profesional politécnica ferroviaria, se hizo miembro del partido en agosto de 1920 y, ese mismo año, fue elegido por los escritores proletarios de Vorónezh para representarles en el Congreso nacional de escritores proletarios.

<sup>36</sup> M. Chudakóva, «Sin ira ni parcialidad. Formas y deformaciones en el proceso literario de los años veinte y treinta», *Nóvi mir*, núm. 9, Moscú, 1988.

<sup>37</sup> Boris Eichenbaum, 1886-1959, historiador y teórico de la literatura.



Andréi Platónov en 1923.

La región, tras ser ocupada en 1918 por el ejército alemán y en 1919 por el ejército blanco del general Deníkin, vivió terribles hambrunas en los años 1920, 1921 y 1924, y hasta finales de los años veinte destacó en la zona europea de Rusia por su alto índice de mortalidad —especialmente infantil— y por las interminables epidemias de tifus, malaria, tuberculosis, sífilis y escorbuto. En sus artículos publicados en el periódico de Vorónezh en 1921 Platónov describía la pesadilla y el horror del hambre: «Una madre estaba encinta; no había comido durante mucho tiempo, tan sólo masticaba de vez en cuando, encerrada en su habitación, las flores de algunas plantas. Llegó el día en que su niño empezó a languidecer y se pudrió dentro de sus entrañas; ella dejó de estar encinta y su vientre se convirtió en la tumba de su hijo. La madre se quedó ciega y murió. Entrada la noche, sus bien alimentados vecinos, al percibir el olor que salía de la habitación, la enterraron sin ataúd.» Y también denunciaba el hecho de que mientras en la región la gente iba pereciendo por falta de alimentos, muchos comunistas llevaban relojes, anillos y brazaletes de oro.

En la primavera de 1926 Platónov, especialista en regadíos y responsable de la electrificación de la agricultura desde 1923, fue convocado a Moscú y acto seguido enviado a Tambóv, a cuatrocientos kilómetros al suroeste de la capital. Su esposa y el hijo nacido en 1923 quedaron en Moscú. El traslado a Tambóv —«una ciudad sin un solo poeta ni escritor, típicamente provinciana», en palabras del escritor— había sido para Platónov inesperado, aparentemente absurdo, y sugería una especie de destierro; su juventud se había terminado. «Estoy rodeado de gente malvada... La vida aquí es muy triste...», puede leerse en las cartas dirigidas a María, su mujer. En Tambóv fueron escritas las novelas *Ciudad Grádov* y *Las esclusas de Epifán*. El escritor volvió a su Vorónezh natal en otoño de 1928, pero ya en calidad de corresponsal de la revista literaria moscovita *Novi mir* y acompañado por Borís Pilniak: tenían que «estudiar el burocratismo», «entrar en contacto con las masas» y escribir sus correspondientes artículos.

Para entonces el mundo poético y filosófico de Platónov estaba configurado: había visto —y había experimentado—



Cubierta de la primera edición de *Las esclusas de Epifán*.

la penuria, las injusticias y los sufrimientos del «insignificante y pequeño ser humano», uno de los personajes-prototipos de la literatura clásica rusa; y lo llamó el *hombre recóndito*. Engendrado en la angustia nocturna, abocado a la soledad y la miseria, el *hombre recóndito* sale a la superficie de la tierra para descubrir la presencia del alma dentro de sí mismo y dentro de los demás, para intentar mitigar su devastadora tristeza mediante el amor y la amistad; su relación con la gente, con la naturaleza y con el mundo es la que va constituyendo la densa *sustancia de la existencia*. A diferencia de «la gente censada y con nombre», «la gente de confianza del Estado», que se dedica «a acaparar tranquilidad», y de los «otros», que vagan con indiferencia por los caminos de la tierra, el *hombre recóndito* —haciendo uso de la *inteligencia de su corazón*— trata de conectar con la vida de manera activa y de crear a su alrededor un mundo distinto, un poco menos cruel, menos vacío y menos frío: Chagatáyev «sabía que la pena y el sufrimiento no eran más que sueños y fantasmas y que en el corazón y en el mundo late como en una jaula la felicidad encarcelada que no se ha probado todavía, y cada hombre siente la fuerza y la aproximación de esta felicidad. Pronto él cambiaría la suerte de su pueblo»<sup>38</sup>.

En los años 1930-1931 Stalin lleva a cabo personalmente la criba de los escritores: «El arado pasó por el campo de la cultura barriéndolo con su gigantesca reja y enterró el estrato fértil dejando en la superficie tan sólo arena y fragmentos de barro»; las memorias nostálgicas del futuro —las novelas *Chevengur* y *La excavación*— están ya escritas, pero Platónov nunca las verá publicadas. Intenta «reformarse», suaviza su lenguaje, rebaja la ironía, prescinde de lo grotesco y escribe buenos relatos y novelas. La vida literaria de Platónov recibe el golpe final en 1946: la crítica tacha su relato *El regreso de «calumnia»*; durante los últimos cinco años de su vida, arrastrando la tuberculosis que le había contagiado su hijo antes de morir, el escritor se dedica a «redactar» cuentos populares.

<sup>38</sup> Andréi Platónov, *Dzhan*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992; trad. de Amaya Lacasa.

El elemento revolucionario era consustancial a su alma, constituía la fuente subterránea de todo su mundo poético. Para él, en cada ser humano muerto prematuramente la humanidad *perdía a su salvador*, y el acto creador —el amor, la compasión o el sacrificio— era un deber del hombre, una obligación.

Las personas que conocieron bien a Platónov durante la década de los treinta lo definían como «un hombre agradecido por la existencia misma de la vida». Autodidacta en lo que a la cultura se refiere, «había hecho de sí un hombre con sus propias fuerzas» [*Chevengur*] y se convirtió en *intelligent*<sup>39</sup>: «Ser hombre es para mí algo extraordinario, es una fiesta y no una costumbre» [1922]. Al igual que Chéjov, tuvo una infancia pobre y difícil; también como éste trabajó sin descanso y se esforzó por mejorarse a sí mismo y mejorar el mundo a su alrededor; los dos perdieron toda esperanza; ambos eran corazones puros; murieron a causa de la misma enfermedad.

Observen esta vida: el cinismo y la ociosidad de los fuertes, la ignorancia y la brutalidad de los débiles [...] Y mientras tanto todas las casas y las calles están silenciosas y tranquilas; de los cincuenta mil habitantes que viven en la ciudad no hay ni uno que grite de repente o que se indigne en voz alta... Es necesario que detrás de la puerta de cada hombre satisfecho y feliz esté alguien con un pequeño martillo para recordarle con su golpeteo que existen seres desgraciados [...] Pero no hay tal hombre con pequeño martillo, y el

<sup>39</sup> *Intelligent* «es una palabra y un fenómeno ruso, y que no tiene equivalente en Occidente. El término fue utilizado por vez primera en los años sesenta del siglo XIX por Boborískin, aunque las enciclopedias rusas editadas al principio del siglo XX todavía no lo recogen [...]. Según los propios *intelligenti*, el término no remite a ninguna profesión, clase ni estamento determinados, sino que designa a los individuos capaces de pensar críticamente [...].» En B. Vasiliev, *Rusia: Cuatro Libros de la Génesis*, revista *Oktiabr*, núm. 1, 1992. La *intelligentsia* —médicos, abogados, maestros, profesores, escritores, ingenieros, arquitectos— estaba configurada por los representantes de la nobleza —en muchos casos, arruinada— y de las capas medio-bajas, lo que determinó su carácter único, ya que absorbió tanto la idea del honor personal, el internacionalismo y el sentimiento de la responsabilidad ante la patria de los primeros, como el democratismo, el vínculo real con el pueblo y una actitud crítica ante la realidad de los segundos.

feliz sigue con su vida, y los insignes problemas cotidianos le preocupan tan sólo ligeramente, como el viento que mece con suavidad un álamo... y todo va bien...<sup>40</sup>.

A lo largo de veinte años Platónov siguió corrigiendo, aunque con interrupciones, *Chevengur*; pero no llegó a redactar las pruebas definitivas.

Los coetáneos de Dostoievski no se habían reconocido en los personajes de éste. A los primeros lectores de *Guerra y Paz* la novela les pareció «arcaica», alejada de los problemas de su época, y el estreno mundial de *La gaviota* resultó ser un traumático fracaso para Chéjov. Las obras maestras de la literatura y de la dramaturgia son a veces *inopportunas*.

Dostoievski pensaba que la única «culpa» de Don Quijote consistió en haber estado solo; Dvánov y Kopionkin no lo estaban, y no pudieron hacer nada. A su vez, León Tolstói habló de lo maravillosa que es la *energía de la equívocación*: la energía de una búsqueda libre. También dijo que únicamente las puertas de las tabernas se abren hacia fuera, porque en el alma humana éstas se abren para adentro. La literatura rusa fue escrita por condes, terratenientes, médicos, ex presidiarios e ingenieros; todos conocieron el estado nocturno y la indefensa tristeza de la soledad; edificaron sus obras a pesar de y por encima de todo, generando valores eternos. La novela de Platónov forma parte de esa literatura.

## LA TRADUCCIÓN

Es Andréi Platónov uno de los escritores rusos que mayores dificultades presenta a la hora de la traducción. Su particular lectura de la realidad se refleja en un estilo no exactamente poético, aunque sí cargado de energía poética y de muy difícil, tal vez incluso imposible, clasificación. La «aurorla expresiva» [Vinográdov] de *Chevengur* surge a partir de

<sup>40</sup> Dice el veterinario Iván Ivánich en el relato de Chéjov *Grosella verde* (1898).

la fusión entre el lenguaje práctico, el lenguaje artístico<sup>41</sup> y el idiolecto del escritor. En opinión de Yosif Brodski, Platónov era un escritor «casi intraducible», debido, en primer lugar, al «extremismo estilístico de su lenguaje». Si existe realmente tal «extremismo» en la prosa de Platónov, éste no consiste en una violación de las normas gramaticales del idioma, aunque lo cierto es que el sistema comunicativo de Platónov tampoco se percibe como «normal»; su escritura tiende hacia una irracionalidad secreta y casi biológica de las formas [M. Corti].

Decía Lidia Ginzburg<sup>42</sup> que «los acontecimientos transcurridos exclusivamente en la mente humana pueden alcanzar tal intensidad que las vivencias empíricas ya no pueden enseñarle nada al hombre». Una lectura atenta de *Chevengur* podría incluirse en el catálogo de experiencias semejantes.

El vocabulario original de esta novela no es especialmente extenso ni variado; no se percibe en el autor deseo alguno de deslumbrar a sus lectores; las palabras están «en su sitio», ocupan el lugar que les corresponde en la estructura de la frase; tampoco las construcciones son especialmente elaboradas, y el texto abunda en reiteraciones de adjetivos y adversarios que parecen dibujar una espiral infinita de palabras. Este procedimiento lo podemos encontrar, de nuevo, en la pintura: el objeto se multiplica reflejado en el espejo. No hay «truco» y, sin embargo, la prosa de Platónov es única en el sentido literal del término: extraordinaria y peculiar. Lo cierto es que no encontramos en ningún otro autor ruso una prosa similar. Sus descripciones de paisajes, ligeramente tautológicas, entrañan una densidad de significado característica de la poesía, aunque, como ya se ha dicho, tampoco sería exacto calificarlas de poéticas. Lo que la prosa de Platónov parece

<sup>41</sup> Borís Tomashévski habla —en *Teoría de la literatura. Poética*, Moscú, Gosudárstvennoe izdátelstvo, 1927— del «lenguaje artístico» y el «lenguaje práctico» (llamados también, muy genéricamente, «lengua literaria» y «lengua hablada»); según Tomashévski, el primero está indisolublemente ligado a la existencia de ideas, y el procedimiento habitual para su elaboración consiste en «crear asociaciones insólitas o singulares de palabras».

<sup>42</sup> *Literatura en la búsqueda de la realidad*, Moscú, Soviétski pisátel, 1987.

sugerir es que, en realidad, la existencia humana siempre ha necesitado de pocas —y casi las mismas— palabras.

Otro procedimiento pictórico empleado en *Chevengur* consiste en sustituir el «color habitual» del objeto por otro, «deformando» así su aspecto y logrando cambiar con ello nuestra percepción del mismo. El color —y el significado expresado a través de éste— se adapta al contexto y al momento para enfatizar un rasgo nuevo, distinto. Al mismo tiempo, los niveles temático, simbólico, ideológico, estilístico, discursivo, morfo-sintáctico y léxico convergen en un plano infinito para reconstruir un mundo concreto sensorial: el universo que el hombre quiere discernir, reconocer y definir en cada uno de sus fragmentos individuales.

Si el estilo es la expresión sintética de unos supuestos formales, de un determinado estado de espíritu y de la personalidad artística, me aventuraría a afirmar que Platónov se encuentra muy cerca de la *maniera*<sup>43</sup>, y que la novela *Chevengur* es «una extensa metáfora».

La vida de los hombres en la época descrita por Platónov era extraña y áspera. Los seres humanos, asombrados o desesperados, se vieron a sí mismos «navegando por el tiempo y por la historia» [Platónov]. La creencia en el fin del mundo se fundió con la realidad y los sueños. E igual que la existencia —oscura y rugosa— son las réplicas de los personajes. Acaso en su búsqueda del equilibrio entre los acontecimientos externos y las aspiraciones íntimas, el *hombre recóndito* no «dice» las palabras sino que las «ejecuta», como cualquier otro acto físico o fisiológico. Tal vez sea aquí donde reside el «extremismo» de Platónov, un extremismo sin duda capaz de generar sentimientos y producir resonancias similares en hombres y mujeres que habitan espacios distintos y tiempos distintos; que habitan mundos distintos.

*Chevengur* es una novela para paladares exigentes. Son pocos los rusos que han llegado hasta el final de una novela de Platónov y menos aún los que pueden disfrutar con la lectu-

ra de su obra. No parece preocuparse este autor por facilitar la tarea al lector, y quizás por ello hemos creído oportuno que el lector español realice el esfuerzo de «acerarse al texto», puesto que Platónov exige del lector ruso idéntico esfuerzo. Nuestra principal preocupación al traducir este libro ha sido conservar esa *densa materia de la existencia* y su entramado en apariencia sencillo, tejido con palabras pobres, transparentes, sin grandilocuencia o artificiosidad. Es muy difícil hablar de cómo sobrevivir, de cómo vivir sin perder la dignidad humana; hablar de la felicidad y la belleza, que dan sentido al sufrimiento, al dolor y a la humillación, sin recurrir a ningún tipo de artificio, utilizando la noble y minuciosa técnica de la acuarela, donde la diferencia entre tonos resulta apenas perceptible; pero es precisamente esta sutil diferencia la que permite componer el cuadro multicolor de la vida. Quisimos por tanto trabajar como lo hacían los viejos artesanos: limpiando lenta y cuidadosamente la superficie del texto original para descubrir bajo ella otro texto, escrito esta vez en caracteres latinos.

Aunque no hay *libros aburridos y sin sentido, si el lector, con penetrante atención, sabe buscar en ellos el sentido de la vida; los libros aburridos son producto de lectores aburridos, porque lo que actúa en los libros [...] es la nostalgia inquisitiva del lector* [*Chevengur*]; y del traductor.

Este último capítulo del prefacio iba a ser redactado por Vicente Cazcarra, autor real de todas nuestras traducciones, trágicamente desaparecido a finales de junio de 1998. Quien esto escribe es tan sólo «la mitad» del traductor y desconoce los caminos recorridos por Vicente Cazcarra durante los últimos dos años, cuando se quedaba a solas con *Chevengur*; él es por tanto quien podría explicar con mayor fundamento las decisiones tomadas en el proceso de verter esta obra al castellano. Largas horas de trabajo, en fin, han sido necesarias para ofrecer a los lectores en lengua española esta obra que, con toda justicia, merece situarse junto a ese puñado de creaciones del espíritu que ennoblecen al ser humano. Sólo me queda deseiar que los lectores la reciban con tanta pasión como nosotros hemos puesto en entregársela.

<sup>43</sup> Si, entre otras muchas cosas, aceptamos la idea de que la *maniera* es un estilo *tan propio y tan sumamente personal* que puede ser solamente imitado, pero nunca continuado.

Mi agradecimiento a la traductora y amiga Catalina Martínez Muñoz cuya colaboración y apoyo me han facilitado la conclusión del trabajo que Vicente Cazcarra y yo iniciamos en el caluroso verano de 1996. Y mi agradecimiento también a ese pequeño grupo de amigos, de muy diversas profesiones, que me ha acompañado a lo largo de los últimos cuatro difíciles meses, y sin cuya constante presencia en mi vida el prefacio en cuestión no habría existido.

## BIBLIOGRAFÍA

### OBRAS DE ANDRÉI PLATÓNOV

- *Golubáia glubiná.* [Profundidades azules.] Poesía; segundo libro publicado, Krasnodár, Bureviéstnik, 1922.
- *Epifánskie schliúzí.* [Las esclusas de Epifán.] Rev. *Molodáia gvárdia*, núm. 6, 1927.
- *Sokroviénni chelovičk.* [El hombre recóndito.] Moscú, Molodáia gvárdia, 1928.
- *Proisjozhdienie mástera.* [La formación del Maestro.] Moscú, Federatsia, 1929.
- *Reká Potudán.* [El río Potudán.] Moscú, Soviétski pisátel, 1937.
- *Odujotvorionnie liúdi.* [Gente espiritual.] Moscú, Molodáia gvárdia, 1942.
- «Dzhan», en *Literatúrnaja gaziéta*, núm. 43, 1938; rev. *Ogoniók*, número 15, 1947; rev. *Prostór*, Álma-Atá, núm. 9, 1964.
- *Broniá.* [El blindaje.] Moscú, Voommorizdát, 1943.
- *Rasskázi o ródine.* [Relatos sobre la patria.] Moscú, Goslitzdát, 1943.
- *V stóronu zakáta sołtsa.* [Hacia el ocaso.] Última publicación en vida, Moscú, Soviétski pisátel, 1945.
- *Ízbrannie rasskázi.* [Selección de relatos.] Moscú, Soviétski pisátel, 1958.
- *V prekrásnom i ídrostnom míre.* [En el mundo maravilloso y lleno de pasión.] Moscú, Judózhhestvennaja literatura, 1965.
- *Ízbrannoe.* [Obras elegidas.] Moscú, Moskóvski rabochí, 1966.
- *Gólos otsá.* [La voz del padre.] Obra de teatro, rev. *Zvezdá Vostóka*, núm. 3, 1967.
- *Chetíre rasskáza.* [Cuatro relatos.] Soviétskaia Rossia, 1967.
- *Biez vesti propávshi, ili Izbuškha vózle fróntha.* [El desaparecido, o La casucha en la línea del frente.] Obra de teatro, rev. *Nash sovremiénnik*, núm. 2, 1969.
- *Póvesti i rasskázi.* [Novelas y relatos.] Vorónezh, 1969.
- *Smiérlí net!* [¡La muerte no existe!] Moscú, Soviétski pisátel, 1970.
- *Chevengur*, París, Ymca-Press, 1972; en ruso.
- *Tchevengour*, París, Editions Stock, 1972.

- *Potómkí sólntsa. [Los descendientes del sol.]* Moscú, Soviétski pisátel, 1974.
- *Techénie vriémeni. [El fluir del tiempo.]* Moscú, Soviétski pisátel, 1974.
- *Cartas.* Publicación y comentarios de M. A. Platónova, rev. *Volga*, núm. 9, 1975.
- *Ízbrannoe. [Obras elegidas.]* Moscú, Sovremiénnik, 1977.
- *Ízbrannie proizvedeniá. [Obras elegidas.]* Dos tomos, Moscú, Judohestvennaia literatura, 1978.
- *Yuvenílnoe more. [Mar Juvenil.]* Rev. *Známia*, núm. 6, 1986.
- *Kotlován. [La excavación.]* Rev. *Novi mir*, núm. 6, 1987.
- *Chevengur*, Rev. *Drúzba naródov*, núm. 3-4, 1988.
- *Chevengur*, Moscú, Judóhestvennaia literatura, 1988.
- *Yuvenílnoe more. Kotlován. Chevengur*, Moscú, Sovremiénnik, 1988.

### Traducciones

- *La excavación*, Madrid, Alfaaguara Literaturas, 1990.
- *La excavación, Dzhan y otros relatos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.
- *Tchevengour*, París, Robert Laffont, 1996.
- *Moscou heureuse ou les ailes brisées*, París, Robert Laffont, 1996.

### ESTUDIOS SOBRE ANDRÉI PLATÓNOV

- ÁNNINSKI, Liev, «Západ i Vostok v tvórchestve Andréia Platónova», rev. *Narodi Azii i Áfriki*, núm. 4, 1967.
- ANTIÚJIN, G. V., *Put v literaturu*, Vorónezh, VGU, 1966.
- AVERBÁCH, L., «O tsélostníj mashtabai i chástníj Makáraj», rev. *Oktiábr*, núm. 11, 1929.
- BOCHAROV, S. G., «Veschestvó suschestvovánia. Virazhénie v próze», en *Problémi judóhestvennoi fórmí sotsialisticheskogo realizma*, Moscú, Náuka, 1971.
- BRODSKY, Joseph, «Reflexión final», en Andréi Platónov, *La excavación, Dzhan y otros relatos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.
- CAZCARRA, Vicente y KRIUKOVA, Helena, «A golpe de secreto», *El País*, 29 de octubre de 1987.
- CAZCARRA, Vicente, «Traducir a Platónov», *Vasos comunicantes*, núm. 5, otoño de 1995.
- COLDEFY-FAUCARD, Anne, *Moscou heureuse ou les ailes brisées*, París, Robert Laffont, 1996.
- EIDÍNOVA, V., «K tvórcheskoi biografíi A. Platónova», rev. *Voprósi literatury*, núm. 3, 1978.
- EPELBOIN, Annie, «Andréi Platónov: La tragedia de la utopía», en Andréi Platónov, *La excavación, Dzhan y otros relatos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.

- ERMILOV, V., «Klevetnícheski rasskaz A. Platónova», periódico *Literatúra i gazieta*, núm. 1, 4 de enero de 1947.
- FERNÁNDEZ, Horacio, «Las astillas del bosque», *El Mundo*, 5 de mayo de 1991.
- GLADKÓV, A., «V prekrásnom i iárostnom míre (o rasskázaj A. Platónova)», rev. *Novi mir*, núm. 11, 1963.
- GRUDTSÓVA, O., «Rasskázi A. Platónova», rev. *Novi mir*, núm. 8, 1945.
- INOZIÉMTSEVA, E., «Platónov v Voronezhe», rev. *Podióm*, núm. 2, 1971.
- IVANÓVA, Natalia, *Trétie rozhdiénte*, Moscú, Sovremiénnik, 1988.
- KAMIÁNOV, V., «Sluzhénie muz i prikladnáia estética», rev. *Oktiábr*, núm. 10, 1988.
- KRASNOSCHÍKOVA, E., *O judóhestvennom míre Andréia Platónova*, Moscú, Judóhestvennaia literatura, 1978.
- LANDAU, E., «Stránni i obiknoviénni chelovtécheski vzgliad», rev. *Novi mir*, núm. 6, 1965.
- LIÉVIN, F., *Andréi Platónov (1899-1951)*, Moscú, Soviétski pisátel, 1958.
- MALÍGUINA, N. M. «Idétno-estéticheskie iskánia A. Platónova v nachále 20-j godov», rev. *Rússkaia literatura*, núm. 4, 1977.
- MIJÁILOV, O., «Chitáia Andréia Platónova», rev. *Drúzba naródov*, núm. 1, 1967.
- MITRAKÓVA, N. M., *A. P. Platónov (1899-1951). Materiáli k bibliografií, Vorónezh*, VGU, 1969.
- NIVAT, Georges, *Une fable russe, un rêve universel: Tchevengour*, París, Robert Laffont, 1996.
- POLTAVTSEVA, N. G., *Kritika mifologicheskogo soznánija v tvórchestve Andréia Platónova*, Rostov, RGU, 1977.
- SAN VICENTE, Ricardo, «Un escritor en busca de la felicidad», en Andréi Platónov, *La excavación, Dzhan y otros relatos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.
- SHÚBIN, Liev, *Pótski smísla otdiél'nogo i óbschego suschestvovánia*, Moscú, Soviétski pisátel, 1987.
- SKÓBELEV, V. P., *Massa i lichnost v rússkoi soviétskoi próze 20-j godov*, Vorónezh, VGU, 1975.
- STRUVE, Nikita, *Les herbes folles de Tchevengour*, París, Editions Stock, 1972.
- TURBÍN, V., «Misteria Andréia Platónova», rev. *Molodáia gvárdia*, núm. 7, 1965.
- UGALDE, J. A., «Revolución en forma de pesadilla», *El País*, 31 de marzo de 1991.
- V.V.A.A., *Tvórchestvo A. Platónova. Stati i soobschénia*, Vorónezh, 1970.
- VASÍLIEV, Vladímir, «Natsionálnaia tragedia: utópia i reálnost. Román Andréia Platónova *Chevengur* v kontiékte ego vriémeni», rev. *Nash sovremiénnik*, núm. 3, 1989.
- ZADÓNSKI, N., «Molodói Platónov», rev. *Podióm*, núm. 2, 1966.
- ZOLOTUSSI, J., «Krushénie abstraktství», rev. *Novi mir*, núm. 1, 1989.
- ZÚÑIGA, Juan Eduardo, «Literatura y difícil compasión», *El Mundo*, 5 de mayo de 1991.

1.

328  
W. B. Rutherford  
"My Countrymen of Ireland"  
London, 1880

Many people speak of their love. This love  
is sometimes an honest, but often it will be  
nothing more, than patriotic "Loyalty and Honour".  
This is the purest form of love, but there is another,  
which is not so noble, but very strong, and  
which is called "Nationalism". This is the love  
of one's country, or nation, which is often  
a very bad thing. It is said that nations,  
countries, and races have all kinds of  
feelings towards each other, and these  
feelings are often very strong. In fact, it may  
be said that the world is as full of nationalities,  
as it is of people, and that each  
country has its own culture and its own  
language. The love of one's country is not  
the same as the love of one's race, or  
one's religion. One loves his country because  
it is his home, because he is born in it, and  
because he loves it as his motherland.  
He loves his country because it is his  
native land, because it is his home, and  
because he loves it as his motherland.  
He loves his country because it is his  
native land, because it is his home, and  
because he loves it as his motherland.

CHEVENGUR

VIAJE CON EL CORAZÓN PROPICIO

Autógrafo de Platónov del relato «La madre».

## NOTA

La palabra «CHEVENGUR» significa, probablemente, «tumba de lapti». Viene de *cheva* (resto de *lapot*, *lapot* muy gastado), y *gur* (fosa, tumba, cripta). Simboliza el fin de la tradicional búsqueda rusa de la verdad, ya que en Chevengur, según sus nuevos amos, se habían instaurado el silencio y el fin de la historia, tiempos de felicidad y bienestar para todos.

Para acentuar la necesidad del comunismo... habían reunido en Chevengur a la gente más pobre y desgraciada, llegados a un grado de consunción que les situaba entre la vida y la muerte. Con esa gente se inaugura la nueva etapa de la vida de Chevengur. Una etapa que, descrita mediante imágenes y conceptos bíblicos, nos devuelve a hombres desnudos en una tierra desnuda, que comienzan a trabajar, a sentir, a pensar y comportarse como si realmente fueran los primeros habitantes de la tierra, y no hubiera existido, antes de su aparición, ni historia, ni cultura material ni espiritual —y no digamos, tradiciones que se habían incorporado a la vida cotidiana del hombre en forma de costumbres y hábitos de pensar. Los habitantes de Chevengur, al igual que sus antepasados, hacen fuego por medios primitivos, preparan su comida con métodos rudimentarios, duermen donde les asalta el sueño, no tienen desarrollada la memoria, poseen un intelecto dominado por las emociones, y lo que hacen no coincide con la lógica de una conducta entendida como normal<sup>1</sup>...

Los *lapti* (*lapot*, en singular) eran una especie de alpargatas de corteza de tilo, trenzada, que usaban los campesinos.

<sup>1</sup> Del ensayo *Tragedia nacional: utopía y realidad*, de Vladímir Vasíliev, *Nash Sovremiénik*, núm. 3, 1988. Todas las notas son de los traductores.

AS antiguas ciudades provinciales suelen estar situadas a la vera de rápidos linderos de bosque. La gente pasa a vivir, sin transición, de la naturaleza a las urbes. Un hombre llega a uno de esos linderos. Es de rostro vivaracho, si bien, de tan extenuado, triste. Es capaz de reparar todo tipo de aparatos y montar las instalaciones más complicadas, pero jamás se ha preocupado de abastecer su vida. No hay artefacto, de sartén a despertador, que no haya pasado al menos una vez por sus manos. Tampoco le hace ascos a echar unas medianas suelas, fundir postas para lobos, o acuñar medallas falsas para venderlas en las ancestrales ferias aldeanas. Sin embargo, jamás ha construido nada para sí: ni familia, ni morada. Lleva en verano una vida sencilla, inmerso en la naturaleza; conserva sus herramientas en un saco y se sirve del saco como almohada, más para proteger las herramientas que por comodidad. Se tapa los ojos por las noches con hojas de bardana<sup>2</sup> para protegerlos de los primeros rayos del sol. Vive en invierno con el sobrante de lo que ha ganado en verano, y paga el alojamiento que le proporciona el sacristán repicando de noche las horas con la campana. No le interesan especialmente ni la gente ni la naturaleza: sólo lo producido. Y eso le lleva a experimentar un indiferente afecto por personas y campos, si bien jamás atenta contra los intereses de éstos. Se pasa las noches de invierno construyendo, sólo por placer, objetos inútiles: torres de alambre, barcos fabricados con chapa de tejado, dirigibles confeccionados con papeles pegados, etcétera. Llegando incluso, en no pocas ocasiones, a retrasar la entrega de casuales encargos: le dan, por ejemplo,

<sup>2</sup> Planta de la especie *lappa major*, de hojas muy grandes.

aros nuevos para que los ajuste a un tonel, y se dedica a construir un reloj de madera, pretendiendo que funcione impulsado por la fuerza de rotación de la tierra, sin necesidad de cuerda.

Al sacristán no le gustaba que realizara tales trabajos no remunerados.

—¡Cuando llegues a viejo vas a tener que mendigar, Zajar Pálich!<sup>13</sup> ¡Illevas un montón de días sin tocar el tonel, y te dicas, Dios sabe para qué, a rascar la tierra con una madera!

Zajar Pávlovich callaba; la palabra humana era para él como el murmullo del follaje para un habitante de los bosques: no la oía. El sacristán fumaba y miraba calmamente a lo lejos; ya no creía en Dios después de tanta ceremonia religiosa, y sabía con certeza que Zajar Pávlovich no conseguiría nada: hacía mucho que la gente habitaba el mundo, y todo estaba ya inventado. Pero Zajar Pávlovich pensaba lo contrario: era evidente que no estaba inventado todo, porque la substancia de la naturaleza seguía viviendo inafectada por las manos del hombre.

El quinto año después de cada cuatro, media aldea se trasladaba a las minas y a las ciudades, y la otra mitad a los bosques: había mala cosecha. Sabido es desde tiempos inmemoriales que, incluso en años de sequía, las yerbas, las verduras y el trigo crecen bien en los calveros de los bosques. La mitad de los aldeanos que se quedaba en el lugar había de precipitarse a esos claros para proteger el veredor del inminente asalto por parte de las turbas de ávidos vagabundos. Pero en esta ocasión la sequía se había repetido al año siguiente. Los aldeanos habían cerrado sus casas y, formando dos destacamentos, habían salido al gran camino: uno de los destacamentos se había dirigido a Kíev para mendigar, y el otro a Lugansk en busca de trabajo; sin embargo, unos pocos habían torcido hacia el bosque, en dirección a las hondonadas cubiertas de maleza y, una vez allí, habían comenzado a comer yerba cruda, arcilla y corteza de árbol, convirtiéndose en salvajes. Casi todos los que se habían marchado eran adul-

tos: los niños habían muerto de antemano por sí solos o habían escapado a otros lugares y se habían puesto a mendigar. Y los niños de pecho habían sido extinguidos poco a poco por sus madres-nutricias, que no les daban de mamar lo suficiente.

En el lugar había una vieja, llamada Ignátievna, que curaba a los pequeños del hambre: les suministraba una infusión de setas, mezclada mitad por mitad con yerba dulce, y los niños se apagaban apaciblemente con una seca espuma en los labios. La madre besó la envejecida y arrugada frentecita del niño y susurró:

—Mi niño ha dejado de sufrir. ¡Gracias a Dios!

Ignátievna estaba allí:

—El bendito ha entregado su alma: descansa mejor que los vivos, ahora estará en el paraíso escuchando vientos de plata...

La madre contempló con admiración al pequeño, confiando en que se había aliviado su triste destino.

—Quédate con mi vieja falda, Ignátievna: no tengo otra cosa que darte. Gracias.

Ignátievna miró la falda al trasluz y dijo:

—Llora un poco, Mitrevna: te toca a tí, es la costumbre. Pero tu falda está muy desgastada; incluye al menos un pañuelo o regálame una plancha...

Zajar Pávlovich se había quedado solo en la aldea y se alegró de que nadie más permaneciera en ella. Pero vivía sobre todo en el bosque, en una choza construida bajo tierra, junto con un campesino sin familia. Se alimentaba de caldo de yerbas cuya bondad había comprobado antes el campesino menesteroso.

Zajar Pávlovich trabajaba sin parar para olvidarse del hambre y había aprendido a utilizar madera para construir todo aquello que antes hacía de metal. En cambio el campesino menesteroso no había hecho nada en su vida, y mucho menos hacía ahora: hasta los cincuenta no había hecho otra cosa que mirar a su alrededor para averiguar el cómo y el por qué, esperando escapar algún día del trajín general para, una vez en calma y esclarecido, ponerse a actuar; la vida no le obsesionaba lo más mínimo, y jamás había movido un dedo

<sup>13</sup> Abreviatura de Pávlovich.

por desposarse o por realizar algo que les resultara de utilidad a los demás. Se había quedado asombrado al nacer y así había seguido hasta la vejez, con sus ojos color azul claro en un rostro que aparentaba menos años de los que tenía. Cuando Zajar Pávlovich construía una sartén de madera de roble, el campesino menesteroso se quedaba pasmado, y decía que, de todas formas, no servía para freír. Pero Zajar Pávlovich llenaba la sartén de agua y, a fuego lento, conseguía que el agua hirviera sin que se quemara. El campesino menesteroso comentaba petrificado de asombro:

—¡Qué cosa tan tremenda! Así, compadre, ¿cómo va uno a entenderlo todo?

Los acogojantes y universales misterios dejaban al campesino menesteroso con los brazos inermes: nadie le había explicado nunca la simplicidad de los fenómenos, o tal cosa se debía a que era inmensamente torpe. El hecho es que cuando Zajar Pávlovich intentó hacerle entender la causa por la que el viento soplabía y no se quedaba inmóvil, el campesino menesteroso se asombró todavía más y no comprendió nada, pese a que percibía con exactitud de dónde soplabía el viento.

—¡Será posible! ¡Menuda cosa! ¡El viento sale entonces de las solanas? ¡Qué curioso!

Zajar Pávlovich le explicó que la solana no tenía nada de curiosa, que no era sino calor.

—¡Calor?! —se asombró el campesino menesteroso—. ¡Vaaaya!

Le sucedía que su asombro se trasladaba de un fenómeno a otro, pero sin que eso afectara para nada a su conciencia. En lugar de vivir usando el cerebro, lo hacía con un sentimiento de confiado respeto.

Zajar Pávlovich construyó en madera todos los artilugios que conocía.

La casa excavada en la tierra y el terreno colindante se hallaban repletos de productos del arte técnico de Zajar Pávlovich: máquinas, instrumentos, instalaciones, es decir, un inventario agrícola completo —todo por entero de madera. Lo extraño del caso era que no había nada que fuera réplica de la naturaleza: por ejemplo, un caballo, una rueda, o algo semejante.

En agosto, el campesino menesteroso se dirigió a un lugar sombrío, se tumbó boca abajo y dijo:

—Me estoy muriendo, Zajar Pávlovich. Ayer me comí un lagarto... Te traje a ti dos setitas y yo me comí un lagarto frito. Agita la bardana por encima de mí, que me gusta sentir el viento.

Zajar Pávlovich agitó la hoja de bardana, trajo agua y dio de beber al moribundo.

—No vas a morir. Sólo te lo parece.

—Me voy a morir. Juro por Dios que me voy a morir, Zajar Pálích —dijo, temiendo mentir, el campesino menesteroso—. Mis entrañas ya no retienen nada, tengo dentro una enorme lombriz que se me ha chupado toda la sangre... —El campesino menesteroso se volvió boca arriba—: ¿Tú que crees, he de tener miedo o no?

—No tengas miedo —respondió Zajar Pávlovich, con actitud benevolente—. Yo mismo me moriría ahora mismo, pero, sabes, uno no para de hacer cosas y más cosas...

El campesino se alegró de inspirar compasión y, por la tarde, murió sin miedo. Mientras moría, Zajar Pávlovich fue a bañarse a un arroyo; al volver, encontró muerto al campesino menesteroso, ahogado en un verde vómito. El vómito era espeso y seco, y se había instalado formando una masa en torno a su boca. En la masa, blancos y minúsculos gusanos cumplían con su cometido.

Por la noche, Zajar Pávlovich se despertó y se puso a escuchar la lluvia. Era la segunda vez que llovía desde el mes de abril. «¡Cómo se hubiera asombrado el campesino menesteroso!», pensó Zajar Pávlovich. Pero éste se hallaba solo y mojándose en la oscuridad de las cataratas que caían rítmicamente del cielo, al tiempo que se hinchaba lenta y silenciosamente.

A través de la somnolienta lluvia sin viento algo había empezado a sonar sorda y tristemente, tan lejos que seguro que no llovía en el lugar de donde provenía aquel ruido y que era allí de día. Zajar Pávlovich se olvidó enseguida del campesino menesteroso, de la lluvia y del hambre, y se levantó. Lo que sonaba era una máquina lejana, una locomotora de vapor, viva y en funcionamiento. Zajar Pávlovich salió al aire li-

bre y permaneció de pie un rato, inmerso en la humedad de la templada lluvia que canturreaba sobre la pacífica vida y sobre la extensión de ilimitada tierra. Los oscuros árboles dormitaban desparramados, envueltos en la caricia de la calma lluvia; estaban extenuados de tan bien como se sentían, y movían tenuemente sus ramas sin necesidad de viento.

Zajar Pávlovich no reparó en el gozo de la naturaleza: le había emocionado la desconocida locomotora de vapor, que en ese momento acababa de callar. Cuando se echó de nuevo a dormir pensó que hasta la lluvia trabajaba, mientras él dormía y se ocultaba inútilmente en el bosque: el campesino menesteroso había muerto, y también él iba a morir. El campesino menesteroso no había construido ningún utensilio en toda su vida; no había hecho otra cosa que observar atentamente y tratar de adaptarse, asombrarse de todo e intentar ver lo que había de misterioso en los fenómenos sencillos. Había sido incapaz de mover un dedo para hacer algo, por temor a estropearlo; se había dedicado sólo a coger setas, pero ni siquiera sabía encontrarlas; y había muerto, por fin, sin haber estropeado en nada la naturaleza.

Por la mañana lucía un gran sol y el bosque cantaba con todo el espesor de su voz, dejando que el viento matutino circulara bajo las secretas hojas. Zajar Pávlovich no percibió tanto la llegada de la mañana como el cambio experimentado por los laboriosos elementos: la lluvia se había dormido en el suelo y había sido sustituida por el sol; y el sol había hecho que comenzara a ajetrearse el viento, se erizaran los árboles y empezaran a murmurar las yerbas y los arbustos. Hasta la lluvia misma, despertada por el cosquilleante calor, se puso en pie de nuevo, sin haber descansado, y comenzó a reunir su cuerpo en forma de nubes.

Zajar Pávlovich metió sus artilugios de madera en el saco —los que cupieron en él— y se dirigió a la lejanía por una mujeril vereda de setas. No dirigió ni una sola mirada al campesino menesteroso: los muertos tienen poco atractivo. Sin embargo, Zajar Pávlovich había conocido a un pescador del lago Mútevo, quien, consumido por la curiosidad, solía interrogar respecto a la muerte a todas las personas con las que se topaba; era muy amante de los peces, pero no por ser é-

tos alimento sino en tanto que seres especiales que seguramente conocían el misterio de la muerte. Mostraba los ojos de los peces muertos a Zajar Pávlovich y le decía: «¡Mira cuánta sabiduría! El pez es un ser entre la vida y la muerte: por eso es mudo y mira sin expresión. Hasta los terneros piensan, pero los peces no lo hacen: lo saben ya todo.» El pescador se había pasado años observando el lago, siempre con el mismo pensamiento: lo interesante que era la muerte. Zajar Pávlovich había tratado de persuadirlo de que estaba equivocado: «La muerte no tiene nada de especial, es una cosa sin importancia, nimia.» Un año más tarde, el pescador no había podido contenerse y se había tirado al lago desde su barca, tras haberse amarrado las piernas con un cordel para no ponerse a nadar involuntariamente cuando se viera en el agua. En lo íntimo de su ser ni siquiera creía en la muerte; lo más importante para él era ver qué había al otro lado: tal vez fuera mucho más interesante que vivir en la aldea o a orillas del lago. Veía la muerte como un territorio más, situado justo bajo el cielo como si estuviera en el fondo de gélidas aguas: y le atraía. Algunos mujiks a quienes el pescador había hablado de su intención de vivir por algún tiempo en la muerte y volver después, habían tratado de disuadirle; otros, sin embargo, le habían animado: «Bueno, no se pierde nada por probar, Mitri<sup>4</sup> Ivánich. Inténtalo y luego nos cuentas.» Dmitri Ivánich había hecho la prueba: lo sacaron del lago tres días más tarde y lo enterraron en el cementerio de la aldea, junto a la cerca.

Zajar Pávlovich pasaba ahora junto al cementerio y buscaba con la mirada, entre el mar de cruces, la tumba del pescador. La tumba no tenía cruz: ningún corazón se había afligido con su muerte, ni ningún labio había rezado por él, porque no había muerto a causa de las enfermedades sino por culpa de su escudriñadora mente. No había muerto de debilidad, sino a consecuencia de su curiosidad mental. El pescador no había dejado esposa, porque era viudo. Su hijo era aún pequeño y había sido recogido por gentes que no eran familiares suyos. Zajar Pávlovich había estado en el entierro

<sup>4</sup> Abreviatura de Dmitri.

y había llevado al muchacho de la mano; el chico era cariñoso y formal; no se sabía si se parecía al padre o a la madre. ¿Dónde estaría ahora aquel chico? Como era huérfano de padre y madre, probablemente habría sido uno de los primeros en morir durante esos años de hambruna. El muchacho había caminado tras el ataúd de su padre modosamente, sin mostrar aflicción.

—¿Mi padre se ha tumbado adrede así, tío Zajar?

—Adrede no, pero tontamente, Sasha: y te ha producido una pérdida. Tardará mucho en volver a pescar.

—Y por qué lloran las mujeres?

—Porque son unas cuentistas!

Cuando colocaron el ataúd junto a la fosa sepulcral nadie quiso despedirse del difunto. Zajar Pávlovich se arrodilló y tocó levemente la mejilla fría y peluda del pescador, una mejilla que se había lavado en el fondo del lago. Zajar Pávlovich dijo después al muchacho:

—Despídate de tu padre: está muerto por los siglos de los siglos. Míralo con atención: así lo recordarás.

El muchacho se recostó contra el cuerpo de su padre, contra su vieja camisa con olor a familiar y vivo sudor, debido a que se la habían puesto para el ataúd: su padre llevaba otra camisa cuando se había ahogado. El muchacho le palpó las manos, que desprendían olor a humedad de pescado; en uno de los dedos llevaba un anillo de boda, de estaño, en honor a la olvidada madre. El niño volvió la cara hacia los que le rodeaban, se asustó al ver las desconocidas caras y se echó a llorar dolorosamente; se agarró para protegerse a la camisa del padre, lo que hizo que ésta se arrugara y se le formaran pliegues. Su dolor era callado, sin conciencia de que la vida seguía y, por ello, desconsolado; echaba tanto de menos al padre muerto, que de haber podido enterarse seguro que el difunto se habría sentido feliz. Todos los que se agolpaban en torno al ataúd se pusieron también a llorar por lástima del muchacho, y también por compasión anticipada hacia sí mismos, que habían de morir y ser llorados de la misma manera.

Zajar Pávlovich, pese a su desconsuelo, no dejaba de pensar en el futuro.

—¡Deja de aullar, Nikíforovna! —dijo a una mujer que lloraba a lágrima viva y lanzaba apresurados lamentos—. No gritas de dolor, lo haces para que lloren por ti cuando mueras. Anda, llévate al muchacho: tienes seis críos y no notarás una boca más.

Nikíforovna recobró inmediatamente su sensatez de mujer campesina; se le secó el feroz rostro y siguió llorando, ya sin lágrimas, sólo con las arrugas:

—¡Ya no me faltaba más que eso! ¡Que no se notará una boca más! ¡El chico es ahora pequeño, pero cuando crezca y empiece a tragar y a romper pantalones no daré abasto!

Al chico se lo llevó otra mujer, Mavra Fetísovna Dvánova, que tenía siete hijos. El huérfano dio la mano a la mujer, quien le secó la cara con su falda, le sonó la nariz y lo condujo a su casa.

El muchacho se acordó de la caña de pescar que le había hecho su padre; la había dejado puesta en el lago y la había olvidado. Probablemente habría ahora algún pececillo enganchado al anzuelo, y podría comérselo para que aquella gente extraña no le echara en cara que lo mantenía.

—Tía, tengo un pez enganchado en el agua —dijo Sasha—. Deja que vaya a sacarlo: me lo iré comiendo y así no tendrás que mantenerme.

Mavra Fetísovna contrajo involuntariamente el rostro, se sonó la nariz con la punta del pañuelo de la cabeza y no soltó la mano del muchacho.

Zajar Pávlovich se quedó pensativo; pensó en irse de vagabundo, pero acabó quedándose en aquel lugar. Una desconocida conciencia que había brotado de repente en su pecho había hecho que se emocionara profundamente; hubiera querido caminar sin descanso por la tierra, hallar el dolor en todas las aldeas y llorar sobre los ataúdes de todos los muertos desconocidos. Pero lo retuvieron los cachivaches de siempre: el patriarca de la aldea le encargó que reparara un reloj de pared y el cura que afinara un piano de cola. Zajar Pávlovich no había oído nunca música alguna; en cierta ocasión había visto un gramófono en una taberna de la capital del distrito, pero lo habían maltratado tanto los mujiks que ya no tocaba: le habían roto las paredes de la caja para descubrir

el truco y al que cantaba allí dentro, y habían metido en su membrana una aguja de coser. Tardó un mes en afinar el piano de cola, probando lóbregos sonidos y estudiando aquel instrumento capaz de generar tanta dulzura. Zajar Pávlovich golpeaba las teclas, y el triste cantar se elevaba y desaparecía volando; Zajar Pávlovich miraba hacia arriba y esperaba que el sonido volviera: era demasiado bello para que se desvaneciera sin dejar huella. El cura se hartó de esperar y le dijo: «Oye, no hagas sonar los tonos en vano, procura que coincida el trabajo con el resultado, y no quieras indagar el sentido de lo que no te concierne.» Zajar Pávlovich se sintió profundamente ofendido en su maestría y construyó una trampa en el instrumento que podía desmontarse en un santiamén, pero que no podía descubrir sino un experto. Después de eso, el cura mandaba llamar a Zajar Pávlovich todas las semanas: «Ven, amigo, ven: otra vez ha desaparecido la misteriosa fuerza que origina la música.» Zajar Pávlovich no había hecho la trampa para el cura, ni tampoco para poder ir más a menudo a disfrutar de la música. Le enternecía algo muy distinto: era el funcionamiento de aquel instrumento capaz de producir emoción en todos los corazones y hacer al hombre más bondadoso. Por eso había colocado esa trampa, que producía interferencias en la armonía y la eclipsaba con aullidos. Cuando después de diez reparaciones Zajar Pávlovich desentrañó el secreto de la mezcla de sonidos y el funcionamiento del tembloroso tablero principal, quitó la trampa del piano de cola y perdió definitivamente el interés por los sonidos.

Zajar Pávlovich recordaba ahora, sobre la marcha, su vida pasada, y no la añoraba. A lo largo de los pasados años había logrado entender por sí solo muchas máquinas y objetos, y sería capaz de reproducirlos como artículos suyos si tuviera el material adecuado y las herramientas necesarias. Caminaba a través de la aldea con el fin de ir al encuentro de máquinas y cosas desconocidas, que se hallaban más allá de la línea que unía el poderoso cielo con los inmóviles terrenos aldeanos. Caminaba hacia allá con igual corazón que los campesinos que iban a Kíev cuando la fe se les había erosionado y la vida se les había convertido en tiempo que les quedaba por vivir.

En las calles de la aldea olía a quemado: era la ceniza que cubría el camino, en la que no rebuscaban las gallinas porque los aldeanos se las habían comido. En los hogares campesinos reinaba un silencio sin niñez; las bardanas salvajes, más crecidas de lo normal, esperaban a sus dueños y se balanceaban como futuros árboles ante los portones, en las veredas y en todos los lugares habitados y pateados donde anafío no sobrevivían las yerbas. La despoblación había hecho que también las vallas criaran yerba: estaban recubiertas de lúpulo y cuscuta. Algunas estacas y varetas habían echado raíces y, si la gente no volvía, auguraban convertirse en bosquecillo. Los pozos de los patios se habían secado, y las lagartijas se precipitaban en ellos, trepando a su antojo por la pared de troncos de los mismos para descansar del insopportable calor y multiplicarse. A Zajar Pávlovich también le impresionó mucho el hecho de que mientras el trigo había muerto hacía tiempo en los campos, reverdecieran en los tejados de paja de las isbas el centeno, la avena y el mijo, y susurrara el armuelle; las semillas habían echado raíces en las partes cubiertas de paja de los tejados. Los pájaros campestres de color amarillo y verde se habían trasladado igualmente a la aldea y moraban ahora a su antojo en las dependencias altas de las isbas; y los gorriones se alzaban en negras nubes hacia el cielo, desgranando a través del viento de sus alas atareadas melodías de dueños y señores.

Cuando Zajar Pávlovich dejó atrás la aldea se encontró un *lápot*; el *lápot* también había cobrado vida con la ausencia de gente, y había hallado su destino: su cuerpo había echado un brote de sauce, y mientras iba pudriéndose y convirtiéndose en polvo protegía la sombra de la raicita del futuro arbusto. Numerosos y pálidos tallitos de yerba trataban de penetrar en el *lápot*, lo que parecía indicar que la tierra de debajo de éste guardaba más humedad que la demás. Los *lapti* y las herraduras eran los objetos aldeanos que Zajar Pávlovich prefería; y de entre las construcciones, los pozos. Sobre la chimenea de la última casa se hallaba posada una golondrina; cuando vio a Zajar Pávlovich, la golondrina se metió en ella y allí, en la oscuridad del tiro, protegió a las crías con sus alas.

A la derecha quedaba la iglesia, y detrás de ella el famoso infinito campo, liso cual apaciguado viento. Comenzó a sonar la pequeña campana —que entonaba la segunda voz— y anunció dos veces el mediodía. La cuscuta había cubierto el templo e intentaba alcanzar la cruz. Las tumbas de los sacerdotes situadas junto a los muros de la iglesia se habían cubierto de yerbamala, y las bajas cruces habían sucumbido en la espesura. El sacristán había terminado su tarea y se hallaba todavía junto al atrio observando el desarrollo del verano; su despertador se había enredado en la cuenta añeja del tiempo; pero la vejez había hecho que el sacristán sintiera el tiempo tan aguda y exactamente como se siente la desgracia y la felicidad; hiciera lo que hiciera, incluso si dormía (aunque en la vejez la vida prevalece sobre el sueño: es una vida alerta y vivida minuto a minuto), llegaba un momento en que comenzaba a experimentar zozobra o angustia: hacía sonar entonces las horas, y volvía a sosegarse.

—Todavía estás vivo, abuelo! —dijo Zajar Pávlovich al sacristán—. ¿Para quién cuentas los días?

El sacristán no quiso responder: tras setenta años de vida estaba convencido de que habían sido inútiles la mitad de sus esfuerzos y vanas las tres cuartas partes de las palabras que había dicho. Ni sus hijos ni su esposa habían sobrevivido a pesar de lo que había trabajado. Y las palabras habían caído en el olvido como ruido venido de fuera. «Si le digo algo a este hombre —juzgó para sí—, caminará una versta y ya no me conservará en su eterna memoria: ¿Quién soy para él? ¡No soy ni padre ni báculo!»

—¡En vano te afanas! —le reprochó Zajar Pávlovich.

El sacristán respondió a tamaña tontería:

—¿Cómo que inútilmente? Nuestra aldea se ha ido diez veces, que yo recuerde, y ha vuelto a instalarse otras diez. También ahora volverá: no se puede prescindir mucho tiempo del hombre.

—¿Y para qué tocas las campanas?

El sacristán tenía a Zajar Pávlovich por un hombre con habilidad para cualquier trabajo, que, sin embargo, desconocía el valor del tiempo.

—¡Para qué va a ser! Con la campana acorto el tiempo y entono canciones...

—Bueno, pues canta —dijo Zajar Pávlovich, y se fue del pueblo.

Fuera ya de la aldea se hallaba, encogida, una pequeña casa campesina sin dependencias; por lo visto, alguien debía haberse casado precipitadamente en tiempos, había reñido con su padre y se había instalado allí. Además, la casa estaba vacía y su interior producía espanto. Sólo hubo una cosa que alegró la despedida de Zajar Pávlovich: por la chimenea de aquella casa asomaba un girasol, ya crecido, que inclinaba su cabeza, en fase de madurar, hacia el sol naciente.

El camino estaba cubierto de secas yerbas que el polvo había hecho envejecer. Cuando Zajar Pávlovich se sentó a fumar pudo ver en el suelo acogedores bosques en donde las yerbas hacían de árboles: todo un mundo diminuto y habitado, con sus veredas y su calor, repleto de útiles para las necesidades diarias de minúsculos y atareados bichos. Tras haber observado atentamente a las hormigas, Zajar Pávlovich las mantuvo en su mente durante unas cuatro verstas más de camino y, finalmente, pensó: «Si tuviéramos la inteligencia de las hormigas o de los mosquitos lograríamos inmediatamente una vida confortable; estos animalejos son grandes expertos de la vida en armonía; el hombre no está, ni mucho menos, a la altura del maestro-hormiga.»

Zajar Pávlovich apareció en la linde de la ciudad. Alquiló el cuarto trastero a un viudo con muchos hijos, carpintero de profesión. Salió a la puerta de la casa y se puso a meditar: ¿a qué podría dedicarse?

El carpintero-dueño volvió del trabajo y se sentó junto a Zajar Pávlovich.

—¿Cuánto tengo que pagarte por el cuarto? —preguntó Zajar Pávlovich.

El carpintero no se rió, aunque tuvo ganas de hacerlo. Se limitó a emitir con su garganta una especie de sonido ronco: en su voz podía percibirse el desaliento y la especial desesperación, hecha ya hábito, que suele anidar en los hombres completa y definitivamente desolados.

—¿Tienes trabajo? ¿No? Pues vive gratis. Eso, si mis hijos no te rompen la cabeza...

Al decir eso acertaba: ya la primera noche, los hijos del carpintero —jóvenes de entre 10 y 20 años— lanzaron sus orines sobre Zajar Pávlovich mientras éste dormía y atrancaron por fuera la puerta del cuarto trastero con un *rogach*<sup>5</sup>. Pero no era nada fácil enojar a Zajar Pávlovich, que nunca se había interesado por las personas. Sabía que existían máquinas y complicados y potentes aparatos, y valoraba la nobleza del hombre en función de ellos, y no por ocasionales impertinencias. Efectivamente, Zajar Pávlovich vio por la mañana al hijo mayor del carpintero confeccionando un mango de hacha con destreza y seriedad, cosa que ponía de manifiesto que lo principal en él no era su orina, sino su habilidad manual.

Pasada una semana Zajar Pávlovich se sintió tan apesadumbrado por estar de manos cruzadas que se puso a reparar la casa sin ni siquiera consultar al carpintero. Arregló las juntas rotas del tejado y construyó una escalera nueva en el zaguán. Y limpió el hollín de los tiros de la chimenea. Por las tardes Zajar Pávlovich tallaba várganos.

—¿Qué haces? —le preguntó el carpintero, secándose los bigotes con una corteza de pan: acababa de comer y había devorado patatas y pepinos.

—Quizás sirvan para algo —contestó Zajar Pávlovich.

El carpintero se quedó pensativo mientras masticaba la corteza.

—¡Servirán para cercar las tumbas! Mis chicos han tenido que ayunar por cuaresma y se han cagado adrede en todas las tumbas del cementerio.

La tristeza de Zajar Pávlovich era más poderosa que la conciencia de la inutilidad de su trabajo, por lo que siguió tallando várganos hasta la completa extenuación nocturna. Cuando Zajar Pávlovich no tenía nada que hacer se le trasladaba la sangre de los brazos a la cabeza y comenzaba a pensar tan profundamente y sobre tantas cosas a la vez, que no conseguía sino delirar y que le subiera del corazón un angustioso miedo. Deambulando de día por el soleado patio era incapaz de superar la idea de que el hombre procedía del gusano, y

de que el gusano era a su vez un simple y horrible canuto que no contenía nada absolutamente, salvo vacua y pestilente oscuridad. Observando las casas de la ciudad Zajar Pávlovich descubrió que se asemejaban totalmente a ataúdes cerrados, por lo que temía pernoctar en casa del carpintero. La feroz capacidad de trabajo de Zajar Pávlovich no encontraba salida, por lo que consumía el alma de éste, que no lograba dominarse: sentíase atormentado por sentimientos encontrados, muy diversos, que nunca experimentaba cuando realizaba algún trabajo. Comenzó a tener sueños: veía que su padre, el minero, estaba muriéndose, y que su madre regaba al padre con leche de sus pechos para hacerle resucitar; pero el padre le decía enfadado: «Deja que al menos sufra a gusto, cabrona.» El padre se había quedado quieto durante mucho rato, tratando de aplazar su muerte. La madre, de pie junto a él, le había preguntado: «¿Vas a tardar mucho?» El padre había escupido con la saña del mártir, se había vuelto boca abajo y había recordado a su mujer: «¡Entiérrame con los pantalones viejos y dale éstos a Zajarka!»<sup>6</sup>.

Lo único que producía alborozo en Zajar Pávlovich era permanecer sentado en el tejado y mirar a la lejanía, por donde, a dos verstas de la ciudad, pasaban a veces enfurecidos trenes ferroviarios. La rotación de la ruedas de la locomotora de vapor y la rápida respiración de ésta producían una alegre picazón en el cuerpo de Zajar Pávlovich; tenues lágrimas de compasión por la locomotora ponían húmedos sus ojos.

El carpintero, tras haber observado a su inquilino durante varios días, comenzó a sentarlo a su mesa y a darle de comer gratis. La primera vez, los hijos del carpintero echaron mocos en el cuenco asignado a Zajar Pávlovich; pero el padre se levantó y, de un golpe y sin pronunciar palabra, estampó un moratón en el pómulo del hijo mayor.

—Yo soy un hombre como los demás —dijo tranquilamente el carpintero, volviendo a su sitio—. Pero, sabes, he traído al mundo a unos hijos tan canallas que serían capaces de acabar conmigo en cualquier momento. ¡Fíjate en Fied-

<sup>5</sup> Especie de gran *ujvat* (horca metálica que sirve para retirar los pucheros del horno).

<sup>6</sup> Diminutivo afectuoso de Zajar.

ka<sup>7</sup>!. Es más fuerte que un toro. ¿De dónde habrá sacado esa caraza? No lo entiendo: no han comido en toda su vida más que cosas corrientes...

Llegaron las primeras lluvias de otoño: sin término y sin provecho porque hacía tiempo que los campesinos habían desaparecido en otras tierras, y muchos habían perecido en el camino sin poder llegar a las minas ni al pan del sur. Zajar Pávlovich se fue con el carpintero a la estación de ferrocarril en busca de trabajo: el carpintero tenía allí un conocido que era maquinista.

Encontraron al maquinista en el dormitorio de los ferroviarios de turno. Allí solían dormir para reparar fuerzas los equipos de las locomotoras. El maquinista les dijo que había mucha gente, pero que no había trabajo; los que quedaban de las aldeas cercanas vivían todos en la estación y trabajaban en lo que fuera, cobrando una miseria. El carpintero salió y volvió con una botella de vodka y un salchichón. Tras el primer trago, el maquinista habló a Zajar Pávlovich y al carpintero de la locomotora y del freno Westinghouse.

—¿Sabéis qué inercia hay en las pendientes con trenes de sesenta ejes? —decía el maquinista, indignado ante la ignorancia de sus oyentes, a la vez que simulaba con los brazos, flexiblemente, la fuerza de la inercia—. ¡Joder! ¡Mete uno la palanca del freno y las zapatas sueltan chispas azules bajo el ténder; los vagones se apretujan, y la locomotora resopla con el vapor cerrado; con sólo un empujón el vapor borboteará en el escape! ¡La madre que lo parió...! ¡Échame de beber! Debiste haber comprado pepinos: el salchichón asegura mal el estómago...

Zajar Pávlovich permanecía en silencio: había perdido de antemano la esperanza de trabajar en la locomotora: ¡cómo iba a poder con ésta, después de haber estado dedicado a las sartenes de madera!

Las historias del maquinista hacían que su interés por los objetos mecánicos se volviera más recóndito y triste, como sucedía con los amores desdeñados.

<sup>7</sup> Diminutivo de Fiódor.

—¿Y tú, por qué te has desinflado? —dijo el maquinista al percatarse del desánimo de Zajar Pávlovich—. Vente mañana al depósito de máquinas. ¡Hablaré con el jefe y puede que te cojan como limpiador! No te acobardes, hijo de puta, que si quieras comer...

El maquinista se interrumpió sin haber terminado lo que quería decir y comenzó a eructar.

—¡Sooo..., diablo! ¡Tu salchichón está reculando! Lo has comprado de a diez cópecs el pud<sup>8</sup>. Más me hubiera valido acompañar el vodka con trozos de estopa... ¡Déjame la máquina como un espejo, eh! —dijo el maquinista dirigiéndose de nuevo a Zajar Pávlovich—. ¡Que pueda yo tocarla hasta con guantes de fiesta! La locomotora no puede soportar ni una mota: es una señorita, amigo mío... Aquí no sirve la mujer: si la locomotora tuviera un agujero más no se pondría en marcha...

El maquinista siguió malgastando palabras abstractas acerca de no se sabía qué mujeres. Zajar Pávlovich escuchaba y escuchaba, y no entendía nada: ignoraba que a las mujeres se les pudiera amar de un modo especial y a distancia; sabía que un hombre de esas características lo que tenía que hacer era casarse. Era interesante hablar de la creación del mundo y de artefactos desconocidos, pero resultaba incomprendible y aburrido hablar de las mujeres, igual que de los hombres. También Zajar Pávlovich había tenido mujer en tiempos; ella le amaba, y él no la ofendía; de todas formas, su mujer no le había dado demasiadas alegrías. Las características del hombre son de lo más variopintas; si uno se pusiera a pensar apasionadamente en cada una de ellas acabaría relinchando de entusiasmo incluso ante el hecho de respirar permanentemente. ¿Pero qué sucedería entonces? Todo quedaría en entretenimiento y juego con el propio cuerpo, pero no habría existencia exterior verdadera. A Zajar Pávlovich nunca le habían gustado las conversaciones de ese tipo.

Una hora más tarde, el maquinista recordó que entraba de turno. Zajar Pávlovich y el carpintero le acompañaron hasta la locomotora, que acababa de ser encendida. Antes de llegar el maquinista gritó al fogonero con laboral voz de bajo:

<sup>8</sup> Medida de peso equivalente a 16,38 kgs.

—¿Vapor?

—Siete atmósferas —respondió sin sonreír el fogonero, asomándose a la ventanilla.

—¿Agua?

—Nivel normal.

—¿Fogón?

—Todo el tiro abierto.

—Estupendo.

Al día siguiente Zajar Pávlovich acudió al depósito. El maquinista-maestro, un viejecito que desconfiaba de las personas vivas, estuvo observándole durante largo rato. Amaba las locomotoras con tanta pasión y celo que sentía pavor al verlas en marcha. Si estuviera en su poder daría descanso eterno a todas las locomotoras para que no las estropearan las bajas manos de gente ignorante. Opinaba que las personas eran muchas, y las máquinas pocas; que las personas eran seres humanos vivos que podían defenderse por sí mismos, mientras que las máquinas eran seres delicados, indefensos y quebradizos; y que para llevarlas como es preciso había que abandonar a la esposa, quitarse de la cabeza todas las preocupaciones y mojar el pan en oleonafta: sólo entonces podía permitirse que un hombre se acercara a las máquinas, ¡y eso tras diez años de paciente espera!

El maestro estudiaba a Zajar Pávlovich y se atormentaba: seguro que es un rocin que cuando haya que apretar con el dedo dará con un mazo, y que cuando haya que pasar un trapo delicadamente por el cristal del manómetro lo hará con tanta fuerza que arrancará el aparato y hasta el tubo: ¡puede permitirse acaso que los rústicos se acerquen a las máquinas?! ¡Dios mío, Dios mío, qué ha sido de vosotros, mecánicos, ayudantes, fogoneros y limpiadores de antaño? —se enfadaba en silencio, pero de todo corazón, el maestro—. ¡Hubo un tiempo en que la gente temblaba al acercarse a una locomotora, y ahora todos se creen más listos que la máquina! ¡Cabrones, sacrilegos, canallas, rocinés malditos! ¡La verdad es que habría que parar la locomoción ahora mismo! ¡Son los de hoy en día verdaderos maquinistas? ¡Menudo desastre de gente! ¡Son trotamundos, jinetes, cocheros temerosos: no puede ponerse en sus manos ni un perno y están

manejando el regulador! Cuando yo iba en mis tiempos en la máquina y se producía algún ruido extraño, por leve que fuera, aunque no cambiara más que una nota en cómo sonaba el mecanismo principal, lo percibía con las puntas de mis uñas sin moverme del sitio; me estremecía de sufrimiento, encontraba con los labios la avería en la primera parada, la lámia, la chupaba, la engrasaba con mi sangre, todo menos proseguir el viaje a ciegas... ¡Y éste quiere pasar, sin más, del centeno a la máquina!

—Vete a casa: lávate la jeta y podrás acercarte después a la locomotora —dijo el maestro a Zajar Pávlovich.

Zajar Pávlovich volvió a presentarse —esta vez lavado— al cabo de dos días. El maestro estaba tendido en el suelo debajo de la locomotora, palpaba con sumo cuidado las ballestas, las golpeaba suavemente con un martillito y apretaba la oreja contra el tintineante hierro.

—¡Motia! —llamó el maestro al ajustador—. ¡Ajusta un pelín esta tuerca!

Motia dio media vuelta a la tuerca con la llave inglesa. Inmediatamente, el maestro se enfadó tanto que Zajar Pávlovich sintió pena de él.

—¡Mótiushka! —dijo con débil y abatida tristeza, pero rechinando los dientes—: ¿Qué has hecho, maldito cabrón? Te he dicho claramente ¡la tuerca!! ¿Qué tuerca? ¡La principal! ¡Y vas tú, aprietas la contratuerca y me desconciertas! ¡Has obligado la contratuerca! ¡Has vuelto a tocar la contratuerca! ¡Qué he que hacer con vosotros, malditas bestias? ¡Largo de aquí, animal!

—¡Deje que ponga en su sitio la contratuerca y que apriete un poquitín la tuerca, señor mecánico! —pidió Zajar Pávlovich.

El maestro valoró que un extraño comprendiera que tenía razón, y le respondió con voz apacible y enterneceda.

—¡Ajá! ¿Te has dado cuenta, verdad? ¡Más que un ajustador de categoría es un leñador! ¡No sabe ni lo que es una tuerca! ¿Qué se puede hacer con él, eh? ¡Trata la máquina como si fuera una mujer, como a una puta cualquiera! ¡Dios mío!... Ven aquí, anda. Acércate: colócame la tuerquecita a mi estilo...

Zajar Pávlovich se metió debajo de la locomotora e hizo todo con precisión y correctamente. Después de eso, el maestro estuvo atareado hasta el anochecer con las locomotoras y riñendo con los maquinistas. Una vez hubieron encendido las luces, Zajar Pávlovich le recordó al maestro su presencia. Éste otra vez se paró ante él y se sumergió en sus pensamientos.

—Los padres de la máquina son la palanca y el plano inclinado —dijo afectuosamente el maestro, recordando algo íntimo, algo que le proporcionaba paz por las noches—. Ven mañana temprano y trata de limpiar el fogón. Pero no sé si podremos darte el trabajo, no te prometo nada: te haremos una prueba y ya veremos... ¡Es cosa demasiado seria! ¡Calentar las máquinas, éte das cuenta?! ¡Nada menos que calentar las máquinas...! ¡Vamos, largo, largo de aquí!

Zajar Pávlovich pernoctó otra noche en el cuarto trastero del carpintero y al alba, tres horas antes del inicio del trabajo, se presentó en el depósito de máquinas. Yacían lustrosas las vías y se alineaban los vagones de carga con inscripciones de países lejanos: ferrocarriles Transcaspiano, Transcaucásico y de Ussurísk. Por las vías férreas caminaban, inteligentes y atentos, unos hombres distintos, extraños: guardaguas, maquinistas, inspectores y demás. Alrededor había edificios, máquinas, objetos y aparatos.

Zajar Pávlovich creyó hallarse en un habilidoso mundo nuevo —amado desde hacía tanto que le parecía conocerlo de toda la vida— y decidió quedarse en él para siempre.

\*

Un año antes de la mala cosecha Mavra Fetísovna se quedó preñada por decimoséptima vez. Su hombre, Prójor Abrámovich Dvánov, se alegró menos de lo debido. Contemplando a diario los campos, las estrellas y el inmenso y fluyente aire, se decía a sí mismo: ¡habrá para todos! Y vivía apaciblemente en su *jata*<sup>9</sup> repleta de menudos seres humanos: su descendencia. Mavra Fetísovna había parido dieciséis retoños,

<sup>9</sup> Casa tradicional campesina ucraniana.

pero sólo habían sobrevivido siete; y habían adoptado un octavo que era el hijo del pescador que se había ahogado por voluntad propia. Cuando su esposa había llevado a casa al huérfano cogido de la mano, Prójor Abrámovich no había objetado nada:

—Bueno, cuantos más niños haya tanto más segura será la vida de los viejos... ¡Dale de comer, Mavrusha!

El huérfano comió pan con leche y se animó. Mavra Fetísovna le miró y suspiró:

—El Señor nos ha enviado otra pena... Seguro que muere antes de hacerse mayor: no tiene vivos los ojos, comerá pan inútilmente...

Pero el muchacho no feneció en los siguientes dos años: ni siquiera estuvo enfermo una sola vez. Comía poco y Mavra Fetísovna se resignó a tener al huérfano:

—Come, come, querido —solía decirle—, si no lo cogenes aquí no podrás arañárselo a los demás...

Prójor Abrámovich, a quien las dificultades de la miseria y los hijos hacía tiempo que habían acobardado, no se fijaba en nada —ni en si los niños enfermaban, ni en si venían al mundo los nuevos, ni en si la cosecha era mala o regular—, por lo que a todos parecía una buena persona. Sólo le alegraban un poco los embarazos casi anuales de su mujer: los hijos era lo único en su vida que le proporcionaba sensación de estabilidad: ellos, con sus suaves manecitas, le迫使aban a arar, a ocuparse de los asuntos caseros y a cuidar de ellos por todos los medios. Se movía, vivía y trabajaba como dormido, agotadas todas sus energías y sin enterarse con precisión de nada. Prójor Abrámovich le rezaba a Dios, pero no sentía afecto por él. Las pasiones de juventud —como el amor a las mujeres, el deseo de alimentarse bien y demás— se habían apagado en él porque su mujer era fea y la comida monótona y poco sustanciosa año tras año. A medida que aumentaba el número de hijos disminuía el interés de Prójor Abrámovich por sí mismo, lo que le hacía sentirse de algún modo más despreocupado y ligero. Cuantos más años pasaban mayores eran la paciencia y la indiferencia con que se tomaba los acontecimientos de la aldea. Si todos los hijos se le murieran en un día, Prójor Abrámovich adoptaría al día siguiente

te otros tantos; y si éstos también pereciesen, dejaría inmediatamente de trabajar la tierra, daría libertad a su mujer y partiría descalzo hacia un lugar desconocido: ese lugar que atrae a todo el mundo, en donde puede que el corazón experimente la misma tristeza pero en el que los pies al menos se sienten a gusto.

Sin embargo, el decimoséptimo embarazo de su mujer afligió a Prójor Abrámovich por consideraciones económicas: habían nacido en la aldea menos niños que el año anterior y, sobre todo, no había parido María, que había venido dando a luz durante veinte años a razón de hijo por año, salvo los años previos a que hubiera sequía. La aldea entera se había percatado de ello, por lo que cuando María andaba vacía los hombres solían decir: «María va de virgen: en verano pasaremos hambre.»

También ese año andaba María flaca y libre.

—¡Estás de barbecho, María Matvievna? —le preguntaban respetuosamente los hombres cuando se cruzaban con ella por la calle.

—¡Ya veis! —respondía María; y como no estaba acostumbrada a ello, se avergonzaba de su solteril estado.

—Bueno, no te preocupes —la tranquilizaban—. Seguro que pronto te quedas preñada otra vez, tú en eso te las apañas bien...

—¡Hay que aprovechar la vida! —se envalentonaba María—. Con tal de que haya pan...

—Es verdad —aseguraban los campesinos—. A la mujer no le cuesta parir, pero luego no le alcanza el pan... Y eso que tú eres una bruja: sabes cuando te toca...

Prójor Abrámovich le dijo a su mujer que se había quedado embarazada en mal momento.

—¡Aaaaay, Prosha<sup>10</sup>! —respondió Mavra Fetísovna—, la que va a parir soy yo! Y si a los hijos les falta el pan pediré limosna! ¡No tendrás que hacerlo tú!

Prójor Abrámovich se calló por mucho tiempo.

Llegó diciembre sin que apareciera la nieve: los cultivos de otoño se helaron. Mavra Fetísovna dio a luz dos gemelos.

<sup>10</sup> Diminutivo afectuoso de Proshka.

—Ya has puesto —dijo Prójor Abrámovich, de pie junto a la cama—. ¡Bueno, pues gracias a Dios! ¡Qué se le va a hacer ya! Puede que éstos vivan: tienen arrugas en la frente y los puños apretados...

El hijo adoptivo estaba también allí observando el misterio con rostro desfigurado y envejecido. Un corrosivo sofoco de vergüenza por los adultos invadió al pequeño, que perdió de golpe su amor por éstos y sintió su soledad: quiso salir corriendo y esconderse en un barranco. Igual de solo, triste y asustado se había sentido aquella vez en que había visto enganchados a dos perros; se había pasado entonces dos días sin comer y dejaron de gustarle los perros definitivamente. Junto a la cama de la parturienta olía a carne de vaca y a húmedo ternero lechal, aunque María Fetísovna no lo percibía debido a su debilidad; como le faltaba el aire bajo la manta confeccionada con trocitos de distintas telas, descubrió su robusta pierna cubierta de arrugas de la vejez y grasa maternal; en ésta podían verse amarillas manchas de insensibilizados sufrimientos y venas azules con entumecida sangre que, densas, cubrían toda la superficie bajo la piel y parecían a punto de hacerla estallar para salir al exterior; en una de esa venas semejantes a árboles podía percibirse que el corazón latía en alguna parte y hacía pasar la sangre, mediante tensión y esfuerzo, a través de los angostos desfiladeros del cuerpo.

—¿Qué, Sasha, te gustan? —preguntó Prójor Abrámovich a su debilitado hijo adoptivo—. Acabas de tener dos hermanitos más, córtate una rebanada de pan y vete a jugar a la calle: hoy hace menos frío...

Sasha salió sin coger el pan. Mavra Fetísovna abrió sus blancos y líquidos ojos y llamó al marido:

—¡Prosha! Con el adoptivo son diez los hijos, y tú haces la docena...

Prójor Abrámovich lo sabía sin que ella se lo dijera.

—Que vivan: para una boca más el pan se estira<sup>11</sup>.

—La gente dice que va a haber una hambruna terrible: ¿qué vamos a hacer con unos hijos tan pequeños y otros mandando?

<sup>11</sup> Proverbio ruso similar al español: «Donde comen tres, comen cuatro.»

—No habrá hambruna —decidió Prójor Abrámovich para tranquilizarla—. Si no nace el grano de otoño, ganaremos en el trechel.

Los trigos de otoño, realmente, no fueron bien: se helaron ya antes del invierno y se asfixiaron definitivamente en primavera bajo el fino hielo que cubría el campo. El trechel dio sustos y alegrías según el momento, maduró a trancas y barrancas y multiplicó por tres las semillas plantadas. El hijo mayor de Prójor Abrámovich tenía once años y el adoptivo casi la misma edad: uno de los dos tendría que ir a mendigar para proporcionar ayuda en mendrugos a la familia. Prójor Abrámovich guardaba silencio: le daba pena mandar al suyo y vergüenza hacerlo con el adoptivo.

—¿Qué haces sentado sin decir nada? —se enfadó María Fetísovna—. ¡Agapka ha enviado a su hijo que tiene siete años, Mishka Duvakin a su hija, y tú ahí despreocupado, como una estatua! ¡El mijo no nos alcanzará para la Navidad, y desde el Salvador<sup>12</sup> no vemos el pan!

Prójor Abrámovich se pasó la tarde entera cosiendo un viejo lienzo de cáñamo para confeccionar un saco manejable y holgado. Ordenó un par de veces a Sasha que se acercara, y se lo probó para ajustárselo a los hombros:

—Está bien? ¿No te tira?

—Está bien —le respondió Sasha.

Proshka estaba sentado junto a su padre y, como éste no veía bien, le enhebraba la aguja cuando se salía el hilo.

—Papá, ¿mañana mandarás a mendigar a Sasha? —preguntó.

—No digas tonterías —le respondió enfadado el padre—. En cuanto crezcas irás tú a mendigar.

—No lo haré —se opuso Proshka—, me pondré a robar. ¿Te acuerdas, me lo dijiste, que al tío Grisha le robaron la yegua? Los que lo hicieron están bien, y el tío Grisha tuvo que comprar un caballo castrado. Cuando crezca robaré su caballo.

Por la noche Mavra Fetísovna dio de cenar a Sasha mejor que a sus propios hijos: aparte y después de que hubieran cenado todos, le sirvió todas las gachas con mantequilla y toda

la leche que quiso. Prójor Abrámovich trajo una vara larga del secadero de heno y mientras los demás dormían hizo de ella un pequeño báculo para el camino. Sasha no había conciliado el sueño y oía cómo cepillaba el palo Prójor Abrámovich con un cuchillo de cortar pan. Proshka resoplaba y se encogía porque una cucaracha correteaba por su cuello. Sasha cogió la cucaracha pero tuvo miedo de matarla y la arrojó al suelo desde lo alto de la piecha<sup>13</sup>.

—¿No duermes, Sasha? —preguntó Prójor Abrámovich—. Vamos, duerme, ¿qué te pasa?

Los niños solían despertarse temprano y comenzaban a pelearse entre sí en la oscuridad, cuando los gallos todavía dormitaban, mientras que los viejos se despertaban en una segunda tanda y se ponían a rascarse las costras. En la aldea no había chirriado aún ni un solo cerrojo, ni nada gañía en los campos. Prójor Abrámovich acompañó entonces a su hijo adoptivo hasta más allá de los límites del pueblo. El muchacho caminaba somnoliento, agarrando confiado la mano de Prójor Abrámovich. La mañana estaba húmeda y fresca. El guarda de la iglesia tocaba las horas y el triste tañido de las campanas hizo que el muchacho se intranquilizara. Prójor Abrámovich se inclinó hacia él:

—Mira hacia allí, Sasha. ¿Ves? El camino de la aldea sube hacia la montaña: séguelo, sigue siempre ese camino. Verás después una aldea muy grande y una atalaya en un montículo; no te asustes, sigue recto, que es la ciudad, y allí, en los basureros, hay mucho pan. Cuando hayas llenado el saco vuelve a casa a descansar. Bueno, hijito, iadiós!

Sasha, agarrado de la mano de Prójor Abrámovich, miraba hacia la gris escasez matutina del otoño campestre.

—¿Ha llovido allí? —preguntó Sasha respecto a la lejana ciudad.

—¡Mucho! —confirmó Prójor Abrámovich.

Entonces el muchacho soltó la mano y sin dirigir ni una mirada a Prójor Abrámovich partió despacio y solo, con el saco y el báculo, fijando la vista en el camino que conducía a la montaña para no perder la orientación. El muchacho de-

<sup>12</sup> Nombre de cada una de las tres festividades eclesiásticas del otoño.

<sup>13</sup> Estufa y horno tradicional ruso de obra. Se dormía encima del mismo.

sapreció detrás de la iglesia y del cementerio y durante un largo rato se perdió de vista. Prójor Abrámovich se quedó inmóvil en el sitio, en espera de que el muchacho apareciera al otro lado de la cañada. Los gorriones dispersos rebuscaban en el camino por la mañana temprano y parecían tener frío. «También son huérfanos: nadie les da nada!», pensó Prójor Abrámovich.

Sasha se adentró en el cementerio sin ser consciente de lo que quería. Era en aquel momento la primera vez que pensaba en sí mismo y se tocó el pecho: aquí estoy yo; pero todo lo de alrededor era extraño y distinto de él. La casa en la que vivía, donde amaba a Prójor Abrámovich, Mavra Fetísovna y Proshka, resultaba que no era su casa: lo habían sacado de madrugada al frío camino. En su triste medio infantil alma, no diluida por las tranquilizadoras aguas de la conciencia, se reconcentró un opresivo y total sentimiento de ofensa que le subía hasta la garganta.

El cementerio estaba cubierto de hojas muertas; los pies que hollaban su quietud eran silenciados enseguida y caminaban apaciguadamente. Por todas partes se alzaban campesinas cruces, muchas de ellas sin nombres ni recuerdos de los difuntos. Sasha se interesó sobre todo por las más vetustas, a punto también de caer y morir en la tierra. Las tumbas sin cruces eran aún mejores porque en sus profundidades yacían personas definitivamente huérfanas: también ellas habían perdido a sus madres, y se habían ahogado los padres de algunas en ríos y lagos. El túmulo de la sepultura del padre de Sasha estaba casi aplastado por las pisadas; lo atravesaba un senderillo por donde llevaban los nuevos ataúdes hacia el fondo del cementerio.

Su padre yacía pacientemente y cerca, sin quejarse de lo mal que estaba ni de lo horrible de quedarse solo en invierno. ¿Qué habría allí? Allí se está mal, allí hay silencio y angostura y desde allí no puede verse al muchacho del báculo y el saco de mendigo.

—Papá, me han mandado a mendigar, ahora moriré pronto contigo: sé que estás triste ahí solo, yo también estoy triste.

El muchacho colocó su pequeño báculo sobre la tumba y lo cubrió de hojas para protegerlo mientras le esperaba a él.

Sasha decidió volver de la ciudad tan pronto llenara el saco de mendrudos; cavaría entonces en la tierra una pequeña morada junto a la tumba de su padre y, puesto que no tenía casa, viviría allí.

Prójor Abrámovich esperó mucho tiempo a que apareciera su hijo adoptivo, y ya iba a marcharse cuando Sasha cruzó los canales de vigas de los riachuelos y comenzó a ascender por la arcillosa colina. Caminaba lenta y ya cansinamente, pero se sentía contento cuando pensaba que pronto tendría casa y padre propios; no le importaba que su padre yaciera muerto y que no dijera nada, porque siempre yacería cerca, llevaba una camisa impregnada de cálido sudor y tenía unos brazos que estrechaban a Sasha en su sueño compartido a la orilla del lago; no le importaba que su padre estuviera muerto porque seguía entero, igual y como siempre.

«¿Dónde habrá metido el báculo?» —se preguntó Prójor Abrámovich.

La mañana se había humedecido, y el muchacho trataba de vencer la resbaladiza pendiente agarrándose a ella con las manos. El saco se balanceaba amplia, anchurosamente, cual ropa de otro.

«Lo he hecho tan grande por avidez más que por pobreza —se reprochó tardíamente Prójor Abrámovich—. Cuando lo llene de pan no podrá con él... Aunque ahora da igual: no importa, ya se las apañará...»

El muchacho se detuvo en lo alto, allí donde el camino se rompía en dirección al lado invisible del campo. Al amanecer del nuevo día, en el límite del horizonte lugareño, Sasha se hallaba sobre el aparentemente profundo alto del camino, a orillas del lago celestial. Miraba asustado el vacío de la estepa; la altura, la lejanía y la tierra muerta eran imponentes, enormes, por lo que todo le parecía extraño y terrible. Pero Sasha quería sobrevivir y volver al terreno bajo de la aldea, al cementerio: allí estaba su padre, allí todo era angosto, pequeño y triste, y se hallaba protegido del viento por la tierra y los árboles. Por eso se encaminó a la ciudad en busca de mendrugos.

Prójor Abrámovich sintió pena del huérfano que iba desapareciendo en aquel momento por la bajada del camino: «Le

debilitará el viento, se tumbará en un hoyo de apeo y morirá: el mundo no es ningún hogar."

Prójor Abrámovich quiso alcanzar al huérfano para hacerle volver y si había que morir hacerlo todos juntos en montón y tranquilamente, pero le esperaban en casa sus hijos propios, su mujer y los últimos restos de grano.

«¡Somos todos unos cabrones, unos canallas!» —se definió correctamente Prójor Abrámovich, y lo correcto de ello hizo que se sintiera mejor. Se pasó el día entero en su *jata*, caillado, aburrido y haciendo un trabajo superfluo: tallar la madera. Siempre que sucedía alguna gran desgracia se distraía haciendo tallas de madera que representaban bosques de abetos o de árboles inexistentes: su arte no se desarrollaba más porque su cuchillo estaba romo. Mavra Fetísovna derramaba lágrimas de vez en cuando por la marcha del hijo adoptivo. Se le habían muerto ocho hijos, y había llorado por cada uno de ellos durante tres días y tres noches, con interrupciones. Éso era para ella igual que la talla en madera para Prójor Abrámovich. Éste sabía de antemano lo que le quedaba a Mavra Fetísovna por llorar y a él por tallar la desigual madera: una noche y un día y medio.

Tras observar a sus padres durante largo rato, Proshka sintió celos:

—¿Por qué lloráis? Sashka volverá. Y a ti, padre, más te valía hacerme unas botas de fieltro: Sashka no es hijo tuyo, es huérfano. Eres un viejo y no haces más que embotar el cuchillo.

—¡Ay, queridos! —exclamó Mavra Fetísovna, que del asombro había dejado de llorar—. Habla como si fuera un hombre hecho y derecho. ¡No es más que un mocoso y ya se mete con su padre!

Pero Proshka tenía razón: el huérfano volvió pasadas dos semanas y con tal cantidad de mendrugos y panecillos secos que no parecía otra cosa sino que él mismo no hubiera comido nada. Tampoco pudo probar lo que había traído, ya que al anochecer tuvo que acostarse encima de la estufa porque estaba destemplado: los vientos de los caminos le habían arrebatado todo el calor. Mientras estuvo inconsciente no paró de musitar cosas relativas al báculo escondido entre las hojas y a su padre: quería que éste le guardara el báculo y que

le esperara junto al lago en una morada excavada en la tierra, allí donde crecen y se caen las cruces.

Tres semanas más tarde, una vez se hubo curado su hijo adoptivo, Prójor Abrámovich cogió un látigo y se dirigió a pie a la ciudad para ofrecer su trabajo en las plazas.

Proshka siguió dos veces a Sasha cuando éste iba al cementerio. Vio que el huérfano cavaba con las manos su propia tumba sin que lograra profundizar. Llevó entonces al huérfano la pala de su padre y le dijo que con ella era más fácil cavar, que todos los campesinos la usaban.

—De todas formas te echarán de casa —le informó respecto a su futuro—. Padre no ha sembrado nada en otoño; y madre parirá en verano: ojalá no nos traiga trillizos. ¡Te lo digo de verdad!

Sasha intentó cavar con la pala; pero ésta era demasiado grande para él, y se cansaba pronto.

Proshka permanecía junto a él, helado bajo las dispersas gotas de la hiriente lluvia tardía, y le aconsejaba:

—No caves ancho, que como no hay dinero para el ataúd tendrás que meterte ahí sin nada. Date prisa, que mamá va a parir y tú estarás de más.

—Estoy cavando una casa y viviré aquí —dijo Sasha.

—¿Sin la manduca nuestra? —le espetó Proshka.

—Pues sí, sin nada. Cogeré perifollo en verano y tendré de qué comer.

—Entonces, vive aquí —aceptó Proshka tranquilizado—. Pero no vengas a mendigar a nuestra casa, que no podremos darte nada.

Prójor Abrámovich se ganó en la ciudad cinco puds de harina, retornó a casa en el carro de otro y se acostó sobre la estufa. Cuando se hubo consumido la mitad de la harina, Proshka se puso ya a cavilar acerca del futuro que les esperaba.

—Eres un vago —le dijo en una ocasión al padre, quien se hallaba tumbado sobre la estufa contemplando a los gemelos que gritaban al tiempo y del mismo modo—. ¡Nos jamaremos la harina y después moriremos todos de hambre! ¡Ya que nos has traído al mundo, aliméntanos!

—¡Eres peor que un diablo! —juró desde arriba Prójor Abrámovich—. ¡Deberías ser tú el padre y no yo, descarado!

Proshka se hallaba sentado con expresión de estar muy preocupado mientras pensaba en cómo se convertía uno en padre. Ya sabía que los niños salían de la tripa de su madre —ésta tenía el vientre lleno de cicatrices y arrugas—, pero ¿de dónde salían entonces los huérfanos? Un par de veces en que se había despertado por la noche, Proshka había visto que su padre apretaba el vientre de la madre, y que después el vientre se hinchaba y nacían de él los gorrones hijos. También le recordó eso a su padre:

—Pues entonces no te acuestes sobre madre: estate a su lado y duerme. La vieja Parashka, por ejemplo, no tiene ningún hijo pequeño: el abuelo Fedot no le aprieta la tripa...

Prójor Abrámovich bajó de la estufa, se puso las botas de fieltro y comenzó a buscar algo. Como en la *jata* no había nada innecesario, cogió la escoba y se puso a darle con ella en la cara a Proshka. Este, sin soltar un grito, corrió a tumbarse boca abajo en el banco. Prójor Abrámovich se puso a golpearle en silencio esforzándose por acumular rabia.

—¡No me duele, no me duele, y no me duele! —repetía Proshka sin enseñar la cara.

El chico se levantó después de la paliza y dijo:

—Entonces echa a Sashka para que no haya una boca de más.

Prójor Abrámovich, más agotado que Proshka, se sentó abatido junto a la cuna de los gemelos, que se habían callado. Le había dado una paliza a Proshka porque éste tenía razón: Mavra Fetísovna estaba de nuevo preñada y no había grano que sembrar en otoño. Prójor Abrámovich vivía en este mundo igual que las yerbas en el fondo de una cañada: en primavera se precipitan sobre ellas las aguas del deshielo, en verano las lluvias torrenciales y la arena y el viento cuando éste sopla; en invierno se ven ahogadas y aplastadas por la pesada nieve; y siempre, en todo momento, bajo el azote y el agobio de las cargas: por eso crecen encorvadas, proclives a inclinarse y a permitir que la desgracia haga presa en ellas. De esa misma manera gravitaban los hijos sobre Prójor Abrámovich: venían al mundo con más dificultad que había venido él, y más a menudo que las cosechas. Si el campo hubiera parido como su mujer y ésta no hubiese corrido tanto

en traer críos al mundo, haría tiempo que Prójor Abrámovich sería un campesino saciado y contento. Pero los hijos habían sido en su vida como riadas que, como a cañada suya, habían sepultado el alma de Prójor Abrámovich en el aluvión de lodo de las preocupaciones: a eso se debía que Prójor Abrámovich no sintiera ni su vida ni sus intereses. La gente libre, la que no tenía hijos, llamaba vagancia a tal estado de abandono.

—¡Prosha! ¡Oye, Prosha! —llamó Prójor Abrámovich.

—¿Qué quieras? —dijo sombrío Proshka—. Me pegas y luego me llamas Prosha...

—Corre a ver a la tía María, Prosha. Mira a ver si se le ha hinchado la tripa o si sigue flaca. Hace tiempo que no la veo, igual se ha puesto mala!

Proshka era poco rencoroso y diligente para con su familia.

—Yo debería ser el padre y tú Proshka —ofendió a su padre—. ¿Para qué quieras que mire su tripa? No has sembrado en otoño, así que sea como sea pasaremos hambre.

Se puso la vieja chaqueta de su madre, y siguió refunfuñando sobre asuntos económicos.

—La gente miente. La tía María estaba vacía el verano pasado, y llovió. Así que se equivocó: tenía que haber parido un gorrón y no lo hizo.

—La siembra de otoño se heló, y ella lo presintió —dijo el padre en voz baja.

—Todos los críos chupan de sus madres, ninguno come pan —objetó Proshka—. Y la madre que coma trechel... No quiero ir a ver a María... Si tiene tripa no bajarás ya de la estufa. Dirás que la yerba y el trechel van a ser buenos. Y no queremos pasar hambre: épara qué nos habéis traído al mundo?

Prójor Abrámovich callaba. Tampoco Sasha hablaba nunca si no se le preguntaba. Ni siquiera Prójor Abrámovich —quien comparado con Proshka parecía un huérfano en su propia casa— sabía cómo era Sasha, si era bondadoso o no; puede que hubiera ido a mendigar por miedo y no hubiera dicho lo que realmente pensaba. Sasha pensaba poco porque consideraba que tanto los adultos como los niños eran más listos que él, y eso le llevaba a temerles. Temía más a Proshka

que a Prójor Abrámovich, porque el niño contaba hasta la última migaja y no quería sino a los de su sangre.

\*

Un jorobado, llamado Piotr Fiódorovich Kondáiev, caminaba por la aldea sacando el trasero y rozando las yerbas con sus dafinos y largos brazos. Hacía tiempo que a Kondáiev no le dolían los riñones, por lo que no se preveía que cambiara el tiempo.

Aquel año el sol había madurado en el cielo con adelanto: ardía a finales de abril como si ya fuera julio avanzado. Los campesinos casi habían dejado de hablar al sentir con los pies la sequedad del suelo y con el resto del cuerpo la sólida calma —producida por el calor mortal— del espacio. Los chicos escudriñaban el horizonte para detectar inmediatamente la presencia de cualquier nubarrón. Pero altos torbellinos de polvo, que cruzaban las *telegas*<sup>14</sup> de otras aldeas, se alzaban sobre los campestres caminos. Kondáiev se dirigía por el centro de la calle hacia el lugar en que moraba su prenda del alma, Nastia, una jovencita de quince años. La quería con los riñones, con esa parte que era punto de arranque de su joroba, que le dolía frecuentemente y que era en él tan sensible como lo es el corazón en la gente honrada. Kondáiev se servía de la sequía para conseguir placer, y aún esperaba mejores oportunidades. Siempre tenía las manos manchadas de amarillo y verde, porque con ellas destruía las yerbas que encontraba en su camino, aplastándolas entre sus dedos. Se alegraba de que fuera a haber hambruna porque todos los hombres bien parecidos se irían lejos en busca de jornal, y muchos de ellos morirían, con lo que sus mujeres quedarían libres y a su disposición. Bajo el intenso sol que hacía que el suelo ardiera y humeara polvo, Kondáiev sonreía. Se lavaba en el estanque todas las mañanas y se acariciaba la joroba con sus ágiles y seguras manos, aptas para abrazar incansablemente a su futura esposa.

<sup>14</sup> Tipo de carro de cuatro ruedas, usado principalmente en Rusia para el transporte de mercancías.

—¡Nada, nada! —se decía Kondáiev, satisfecho de sí mismo—. Los hombres tendrán que marcharse y se quedarán las mujeres. La que me pruebe una vez se acordará siempre: soy un toro...

Kondáiev hacía resonar sus brazos, de raza y largos, y se imaginaba que abrazaba con ellos a Nastia. Pensaba con asombro en el irresistible y misterioso encanto que se ocultaba en el cuerpo de Nastia, pese a su debilidad. La sangre se le hinchaba con sólo recordarla y se ponía duro. Para librarse de la tensión y de las representaciones de su imaginación se bañaba en el estanque, sorbiá agua en cantidad tal que no parecería sino que en su cuerpo había una gruta, y soltaba después el agua de golpe junto con la saliva del amoroso dulzor.

Camino de casa Kondáiev aconsejaba a todos los campesinos con quienes se topaba que se marcharan en busca de jornal.

—La ciudad es como una fortaleza —les decía Kondáiev—. Allí sobra de todo, mientras que aquí tenemos el sol encima y ahí seguirá estando: ¡no habrá cosecha! ¡Tienes que darte cuenta!

—¿Y tú qué vas a hacer, Piotr Fiódorovich? —se interesaba por el destino ajeno el campesino de turno.

—Yo soy un inválido —informaba Kondáiev—. Me basta con la compasión para sobrevivir. ¡Pero tú eres peor que la peste: acabarás matando a tu mujer! ¡Deberías buscarte la vida en otro lugar y mandarle a ella el sustento: ganarías con ello!

—Sí, puede que tenga que hacerlo —suspiraba indolente el campesino, mientras acariciaba para sus adentros la esperanza de que podría sobrevivir sin necesidad de irse de casa recurriendo al repollo, las bayas, las setas, yerbas diversas o de alguna otra manera, y que luego ya vería.

A Kondáiev le gustaban los viejos cercados, las hendiduras de los tocones muertos, todo lo ajado, lo marchito, y el calor dócil, apenas vivo. La callada maldad de su lujuria hallaba consuelo en esos enclaves solitarios. Le hubiera gustado que toda la aldea padeciera hasta caer en un estado de silencio y postración, para poder así abrazar sin impedimento a los agotados seres vivos. Kondáiev se hallaba tumbado en el silencio

de las sombras matutinas, imaginando aldeas semiderruidas, calles cubiertas de maleza, y a la espigada y ennegrecida Nas-tia deambulando sin rumbo a consecuencia del hambre por los punzantes rastrojos secos. La sola visión de la vida, tanto en un herbajo como en una joven, producía en Kondáiev una callada y celosa ferocidad; en el caso de la yerba, la aplastaba hasta matarla con sus crueles y terribles manos, que percibían todo objeto vivo con el mismo pavor y ansia que la virginidad de una mujer; y si se trataba de una mujer o de una moza, Kondáiev comenzaba a sentir odio, anticipada y definitivamente, por el marido, los hermanos o el futuro novio, así como deseo de que perecieran o se marcharan lejos en busca de jornal. Por ello, el segundo año de hambruna había generado muchas esperanzas en Kondáiev: contaba con que pronto se quedaría solo en la aldea y podría hacer con las mujeres lo que le viniera en gana.

Con el tórrido calor, las plantas y hasta las jatas y las estacas de los cercados envejecían rápidamente. Sasha se había percatado de ello ya el verano anterior. Por las mañanas observaba las transparentes y pacíficas auroras pensando en su padre y los primeros años de su niñez a orillas del lago Mútevo. El sol se alzaba con el tañer de la campana a la misa temprana, y en pocos instantes transformaba tierra y aldea en vejez, en encostrada seca ira de la gente.

Proshka trepaba hasta el tejado, arrugaba su preocupado rostro con una mueca y se ponía a escudriñar el cielo. Todas las mañanas le preguntaba lo mismo a su padre: si le habían dolido los riñones para que cambiara el tiempo, y cuándo iba la luna a cambiar.

Kondáiev gustaba de pasear por la calle al mediodía, gozando con el ensañamiento de los zumbantes insectos. En cierta ocasión vio que Proshka había saltado a la calle sin pantalones porque le había parecido que había caído del cielo una gota.

El terrible silencio, que el sol había tornado incandescente, casi hacía cantar a las isbas; la paja de los tejados se había puesto negra y desprendía olor a quemado.

—¡Proshka! —le llamó el jorobado—. ¿Qué haces apacentando el cielo? ¿Verdad que hoy no hace mucho frío?

Proshka se percató de que no había caído ninguna gota, que sólo se lo había parecido.

—¡Maldito chepudo! ¡Vete a tentar gallinas! —se ofendió despacio Proshka, tras la desilusión de la gota—. La gente la va a diñar y éste se alegra. ¡Vete a tentar el gallo de mi padre!

Proshka acertó de lleno a Kondáiev por casualidad: el agudo dolor hizo que éste respondiera con un grito y se agachara en busca de una piedra. Como no halló piedras lanzó contra Proshka un puñado de seco polvo. Pero Proshka, que lo sabía de antemano, estaba ya a salvo en la casa. El jorobado entró corriendo en el patio mientras, sobre la marcha, seguía rebuscando en el suelo con las manos. Se encontró a Sasha y le asestó un fuerte golpe con los nudillos de una de sus delgadas manos; los huesos resonaron en la cabeza del pequeño. Éste se desplomó: de la herida abierta en la cabeza comenzó a manar limpia y fresca sangre que empapó rápidamente sus cabellos.

Sasha volvió en sí, pero pudo volver a percibir la visión que había tenido mientras había estado inconsciente. Sin dejar de recordar que en la calle hacía mucho calor, que estaba en medio de un interminable y hambriento día y que acababa de golpearle el jorobado, Sasha había visto a su padre en el lago, envuelto en húmeda niebla: mientras iba desapareciendo en la niebla con su barca había arrojado a la orilla el anillo de estaño de la madre. Sasha había recogido el anillo de la mojada yerba y había golpeado con él la cabeza del jorobado; al sonido del golpe se había sumado el crujido del seco cielo, de cuyas grietas había comenzado a manar de repente negra lluvia. Enseguida se había hecho el silencio: el resonar del blanco sol se había extinguido tras la montaña en los prados que se hundían. Allí estaba el jorobado meándose en el pequeño sol que se iba apagando por sí solo. Pero, al tiempo que tenía esa visión, Sasha veía el día real, que proseguía, y oía la conversación de Proshka con Prójor Abrámovich.

Aprovechándose de las desgracias de sus paisanos y de que las calles estaban desiertas, Kondáiev se dedicaba mientras tanto a perseguir gallinas ajenas por los cobertizos. No logró cazar una de las gallinas porque ésta, asustada, voló hasta un árbol que había en la calle. Kondáiev estuvo a punto de po-

nerse a zarandear el árbol, pero vio que pasaba un campesino en un carro y se encaminó tranquilamente a su casa con andares de persona que no tenía nada que ver con el asunto. Proshka había dicho la verdad: a Kondáiev le gustaba tentar las gallinas de los demás y era capaz de pasarse horas con las gallinas en las manos hasta que éstas, de miedo y dolor, se le ensuciaban encima; a veces sucedía que la gallina soltaba prematuramente un huevo en estado líquido; si no había gente cerca Kondáiev se tragaba el inmaduro huevo y le arrancaba la cabeza a la gallina.

En los años de buena cosecha la gente todavía estaba muy fuerte en otoño, y tanto adultos como niños se dedicaban a perseguir al jorobado:

—¡Eh, Piotr Fiódorovich! ¡Tienta nuestro gallito, por favor!

Kondáiev no soportaba que le zahirieran y perseguía a los agresores hasta que pescaba a algún joven y le media las costillas.

Sasha volvió a ver un vetusto día. Imaginaba el calor bajo apariencia de un viejo, y la noche, con su frescor, como niños y niñas pequeños.

La ventana de la isba se hallaba abierta; Mavra Fetísovna se agitaba desesperadamente Mavra Fetísovna. Estaba muy habituada a parir y notó que algo la molestaba por dentro.

—¡Tengo náuseas! ¡Estoy mal, Prójor Abrámich...! Vete a por la comadrona...

Sasha siguió tumbado en la yerba y no se levantó hasta que la campana tocó a vísperas, hasta que se presentaron las largas y tristes sombras. Habían cerrado las ventanas de la isba y las habían cubierto por dentro. La comadrona sacó al patio una tina y tiró al pie de la cerca lo que había en su interior. El perro acudió corriendo y se lo comió todo salvo el líquido. Proshka estaba en la casa y hacía tiempo que no salía. Los demás niños corrían jugando en otros lugares de la aldea. A Sasha le daba miedo levantarse y entrar en la isba en un momento inoportuno. Las sombras de las yerbas se unieron estrechamente y el ligero viento que había soplado bajo y asfixiante se paró. La comadrona salió con un pañuelo en la cabeza, rezó desde el porche en dirección al oscuro este y

se marchó; cayó una tranquila noche. El grillo del banco de tierra de junto a la isba probó su voz e inició a continuación una larga serenata que envolvió la casa, el patio, la yerba y la lejana cerca, formando con todo ello una patria infantil en la que se vivía como en ningún otro lugar del mundo. Sasha contempló los cobertizos, las cercas y las varas de los carros cubiertos de maleza que, deformados por la oscuridad, le eran aún más familiares, y sintió compasión por ellos: eran iguales que él, pero permanecían en silencio, no se movían y acabarían muriendo para siempre algún día.

Sasha pensó que si se marchaba, la casa entera y el patio se sentirían aún más tristes por vivir inmóviles en un solo lugar, y se alegró al sentir que era allí necesario.

El recién nacido rompió a berrear desaforadamente, ahogando con su estrépito, que no tenía que ver con palabra alguna, la afianzada melodía del grillo. El grillo se calló probablemente porque oyó también los aterradores berridos. Proshka salió de la isba llevando en la mano el saco con el que Sasha había ido a mendigar en otoño y el gorro de Prójor Abrámovich.

—¡Sashka! —gritó Proshka hacia el nocturno aire que se sofocaba—. ¡Ven aquí inmediatamente, gorrón!

Sashka estaba ya junto a él.

—¿Qué quieres?

—Toma, padre te regala el gorro. Y aquí tienes el saco: póngelo al hombro y no te lo quites. Cómete lo que recojas, no nos lo traigas...

Sasha cogió el gorro y el saco.

—Vais a quedarnos a vivir solos? —preguntó Sasha sin acabar de creer que ya no le quisieran en esa casa.

—¿Por qué no? ¡Claro que solos! —dijo Proshka—. Si no nos hubiera llegado ahora otro gorrón podrías haberte quedado a vivir aquí gratis! Pero ahora no te queremos para nada: no eres más que una carga, mi madre no te parió, naciste solo...

Sasha salió por la portezuela lateral. Proshka se quedó solo un rato; se asomó después al portón para recordarle al huérfano que no debía volver jamás. El huérfano estaba todavía allí, contemplando la lucecita del molino de viento.

—¡No vuelvas por aquí, Sashka! —ordenó Proshka—. Tienes un poco de pan en el saco y te han regalado el gorro, así que vete. Es tarde, si quieras puedes dormir en la era. Pero no te acerques más por la *izba*, padre podría arrepentirse...

Sasha se encaminó al cementerio. Proshka cerró los portones, recorrió la finca con la mirada y recogió un astil que estaba tirado en el suelo.

—¡Mira que tardan en llegar las lluvias! —dijo Proshka con voz de viejo, y escupió a través de la mella que tenía entre los dientes delanteros—. ¡Nada, que ya puedes ponerte como te pongas y hasta bailar de coronilla, que no llegan esas malditas!

Sasha se acercó a hurtadillas a la tumba de su padre y se ocultó en la vivienda que se había cavado en la tierra y que estaba aún por acabar. Le daba miedo estar entre las cruces, pero la cercanía del padre hizo que se durmiera con la misma paz con que lo había hecho en tiempos en la vivienda cavada en la tierra a orillas del lago.

Dos campesinos llegaron más tarde al cementerio y, sin hacer excesivo ruido, hicieron leña de algunas cruces; pero Sasha, ya en brazos del sueño, no oyó nada.

\*

Zajar Pávlovich vivía sin necesitar a nadie: podía pasarse horas enteras sentado ante la puerta del hogar de la locomotora en cuyo interior crepitaba el fuego.

Substituía con ello el gran placer de la amistad y de la charla de la gente. Al observar las vivas llamas Zajar Pávlovich vivía también: pensaba su cabeza, sentía su corazón y todo su cuerpo se complacía despacio y silenciosamente. Zajar Pávlovich sentía respeto por el carbón, por el hierro perfilado, por las materias primas dormidas y por todos los productos semi-manufacturados; pero lo que realmente amaba y sentía eran los productos manufacturados, transformados ya por el trabajo del hombre y preparados para vivir su propia vida. Durante las pausas de las comidas Zajar Pávlovich no separaba su vista de la locomotora y gozaba en silencio del amor que le tenía. Había llenado su habitáculo de pernos, válvulas vie-

jas, pequeños grifos y artilugios mecánicos de todo tipo. Los tenía en fila sobre su mesa y no hacía sino dedicarse a admirarlos, sin que le pesara jamás su soledad. En realidad, Zajar Pávlovich no estaba solo: las máquinas eran para él seres humanos, que le despertaban constantemente sensaciones, pensamientos y deseos. La rampa delantera de la locomotora, llamada carrete, le obligó a interesarse por la infinitud del espacio. Salía adrede por la noche para observar las estrellas y cerciorarse de que el mundo era tan vasto como para que las ruedas pudieran vivir y rodar eternamente.

Las estrellas ardían apasionadamente, pero estaban aisladas unas de otras. Zajar Pávlovich se preguntó a qué se parecía el cielo. Y se acordó de la estación del nudo ferroviario a donde solían enviarle a por llantas. Desde el andén de la estación se divisaba un mar de solitarias señales: las de las agujas, semáforos, cruces, las de las luces de centralización y las de las casetas, así como el resplandor de los faros de las locomotoras en marcha. El cielo era igual, aunque más lejano y mejor organizado para que el trabajo fuera tranquilo. Después, Zajar Pávlovich comenzó a calcular a ojo las verstas que había hasta una cambiante estrella azul: abrió los brazos para que le sirvieran de escala, y aplicó mentalmente esa escala al espacio. La estrella resplandecía en la versta número doscientos. Aunque había leído que el mundo era infinito, este hecho le preocupó. Le gustaría que el mundo fuera realmente infinito para que las ruedas resultaran siempre imprescindibles y se fabricasen sin parar para alegría de todos; sin embargo, no lograba sentir la infinitud.

—¡No se sabe cuántas verstas hay hasta allí porque está demasiado lejos! —dijo Zajar Pávlovich—. Pero tiene que haber en alguna parte una vía muerta donde termine el último *vershok*<sup>15</sup>... Si el infinito existiera realmente se disolvería por sí solo en este inmenso espacio y no tendría la menor solidez... ¿Cómo va a existir el infinito? ¡Tiene que haber una vía muerta!

El pensamiento de que, en definitiva, las ruedas no iban tener suficiente trabajo le estuvo preocupando a Zajar Pávlo-

<sup>15</sup> Antigua medida rusa de longitud equivalente a 4,4 cm.

vich durante dos días y dos noches. Finalmente llegó a la conclusión de que cuando todos los caminos llegaran a vía muerta habría que dilatar el mundo, ya que se podía alargar el espacio tras calentarlo, como si fuera una barra de hierro, y entonces se tranquilizó.

El maestro maquinista observaba el amoroso trabajo de Zajar Pávlovich, que limpiaba los hogares, sin dañar el metal, hasta conseguir que brillaran; pero nunca le hizo la menor loa. El maestro sabía perfectamente que las máquinas vivían y se movían más por voluntad propia que por la inteligencia y el saber de los hombres: los hombres no tenían nada que ver en ello. Muy al contrario, la bondad de la naturaleza, de la energía y del metal estropeaba a los seres humanos. Un lacayo cualquiera podía encender el hogar, pero la locomotora se movería por sus propios medios y el lacayo no sería sino un estorbo. Y si la técnica seguía desarrollándose de forma tan dúctil, los dudosos éxitos de los hombres les convertirían en hambre, por lo que sería preciso aplastarles con locomotoras de gran potencia y dejar que las máquinas fueran libres en el mundo. De todas formas, el maestro reñía menos a Zajar Pávlovich que a los demás: Zajar Pávlovich martillaba siempre con commiseración, y no a lo bruto; no escupía indiscriminadamente cuando estaba en el interior de la locomotora, ni rasgaba despiadadamente con sus herramientas los cuerpos de las máquinas.

—Señor maestro! —se le dirigió en cierta ocasión Zajar Pávlovich envalentonado por el amor al trabajo—. Permite una pregunta: ¿por qué el hombre es tan mediocre, ni malo ni bueno, mientras que las máquinas son por lo general famosas?

El maestro le escuchó enfadado, sentía celos de los extraños respecto a las locomotoras por considerar que lo que sentía por ellas era un privilegio personal.

—¡Maldito diablo! —refunfuñó el maestro para sus adentros—. ¡Mira que tener necesidad de las máquinas! ¡Dios mío!

Frente a los dos hombres había una locomotora que estaban calentando para engancharla al tren expreso de la noche. El maestro pasó largo rato observándola mientras se saturaba

de la alegre simpatía habitual en él. La locomotora lucía generosa, enorme, tibios ya los armoniosos contornos de su alto y majestuoso cuerpo. El maestro se abstrajo, experimentando dentro de sí un ronroneante e inconsciente arroamiento. Los portones del depósito de locomotoras estaban abiertos hacia el vespertino espacio veraniego, hacia un broncado futuro, hacia la vida que podía reproducirse bajo el viento, en las espontáneas celeridades de la marcha sobre los carriles, en la abnegación de la noche, del riesgo y del sordo ruido de la precisa máquina.

El maestro maquinista apretó los puños al sentir el flujo de una encarnizada fuerza de la vida interior, que le recordaba la juventud y le hacía presentir un futuro tronante. Se olvidó de la baja cualificación de Zajar Pávlovich y le respondió de igual a igual, como si se tratara de un amigo:

—Tú, cuando menos, has trabajado y te has vuelto más listo! ¡Pero los hombres son una calamidad...! Se pasan la vida haciendo el vago en su casa, y no valen un comino... Porque, fíjate en los pájaros...

La locomotora comenzó a soltar vapor y ahogó las palabras de la conversación. El maestro y Zajar Pávlovich salieron al sonoro aire vespertino y caminaron por entre la hilera de locomotoras apagadas.

—Fíjate en los pájaros! ¡Son preciosos, pero como no trabajan no queda nada tras ellos! ¡Has visto algo hecho por pájaros? ¡Absolutamente nada! Bueno, algo hacen para conseguir alimentos y cobijo. Pero, ¿dónde están sus productos instrumentales? ¿Dónde el ángulo de avance de sus vidas? No lo tienen, ni lo pueden tener.

—¿Y el hombre? —preguntó Zajar Pávlovich, que no acababa de entender al maestro.

—El hombre tiene las máquinas! ¿Comprendes? El hombre es el principio de todo mecanismo, mientras que los pájaros son el final de sí mismos.

Zajar Pávlovich pensaba de la misma manera, y sólo se quedaba atrás en lo referente a encontrar las palabras necesarias para formularlo, cosa que frenaba desagradablemente su reflexión. La naturaleza no transformada por el hombre parecía a ambos —tanto al maestro maquinista como a Zajar

Pávlovich— poco atractiva, muerta: igual si se trataba de un animal como de un árbol. Ni la vida del animal ni la del árbol despertaba en ellos el menor interés, porque ningún ser humano había intervenido en su confección: en ninguno de los dos podía encontrarse ni el troquel único ni la precisión de la maestría. Los dos vivían por sí mismos, con independencia de la abatida mirada de Zajar Pávlovich. Por el contrario, los productos —sobre todo los metálicos— existían animadamente y eran, por su estructura y su fuerza, más interesantes y misteriosos que el hombre. Zajar Pávlovich gozaba enormemente tratando de dar respuesta a un interrogante que le obsesionaba: ¿qué era lo que hacía que la oculta fuerza vital del hombre se manifestara de repente en turbadoras máquinas más gigantescas que los artesanos, tanto en dimensiones como en razón?

La cosa era realmente tal y como se la explicó el maestro maquinista: El hombre se supera a sí mismo en el trabajo; fabrica productos mejores y más duraderos que la importancia corriente del ser humano. Zajar Pávlovich encontraba además en las locomotoras la misma cálida y emotiva fuerza que latía en el ser humano, pero que callaba en el trabajador al no hallar salida. Por lo general, el ajustador sólo habla bien cuando está borracho; el hombre subido a una locomotora se siente grande y temible.

En cierta ocasión Zajar Pávlovich estuvo durante bastante tiempo sin poder encontrar el perno adecuado para filetearlo y que sirviera de vástago de una tuerca que había sido arrancada. Buscó en el depósito y preguntó si alguien tenía un perno de tres octavos, para rosca. Le dijeron que no lo había, aunque todos tenían pernos de ese tipo. Y es que los ajustadores se aburrían trabajando, y procuraban divertirse poniéndose trabas los unos a los otros. Zajar Pávlovich descubría todavía las astutas y soterradas bromas que se gastan en todos los talleres. Ese disimulado jolgorio permitía a los artesanos soportar mejor el largo día laboral y la tristeza de un trabajo rutinario. Para diversión de sus vecinos, Zajar Pávlovich había realizado un montón de trabajos inútiles. Había ido al almacén a por estopa de la utilizada para limpiar, cuando en la oficina la había a montones; había construido pe-

queñas escaleras de madera y bidones para el aceite, siendo que en el depósito había de sobras de ambas cosas; y hasta había querido cambiar por iniciativa propia, empujado por algún artesano, las tapas de seguridad del fogón de la locomotora; le previno a tiempo un fogonero que pasaba por allí, evitando de esa manera que le pusieran en la calle.

En esta ocasión, al no encontrar el perno que necesitaba, Zajar Pávlovich se puso a adaptar un pivote para hacerle el roscado; y seguro que lo hubiera conseguido porque era un hombre que nunca perdía la paciencia, pero le dijeron:

—¡Eh, tú, tres octavos para rosca, aquí tienes el perno!

Y desde aquel día los compañeros comenzaron a apodar a Zajar Pávlovich «Tres octavos para rosca»; pero, en cambio, le engañaban menos cuando necesitaba herramientas con urgencia.

Nadie supo nunca que Zajar Pávlovich prefería el nombre de Tres Octavos para Rosca al suyo propio de pila: su nuevo nombre recordaba la parte fundamental de una máquina cualquiera y hacía que Zajar Pávlovich comulgara físicamente con aquel país verdadero en el que las pulgadas de hierro vencían a las verstas de tierra.

\*

Zajar Pávlovich pensaba de joven que cuando se hiciera mayor se volvería más inteligente. Pero la vida había transcurrido sin que él se hubiera dado cuenta, sin pausas, en ininterrumpido entusiasmo: jamás sintió el tiempo como un objeto duro con el que se pudiera chocar; el tiempo sólo existía para él en tanto que misterio oculto en la maquinaria de los despertadores. Pero cuando Zajar Pávlovich descubrió el secreto del péndulo, se percató de que el tiempo no existía, que lo único que había era la fuerza tensa y regular del muelle. Sin embargo, la naturaleza tenía algo de pacífico y triste, había en ella fuerzas que actuaban de manera irrevocable. Zajar Pávlovich observaba los ríos, y comprobaba que ni la velocidad ni el nivel del agua de los mismos fluctuaban: esa constancia producía en él una amarga tristeza. Por supuesto que en ocasiones había riadas de primavera, caían sofocantes

lluvias torrenciales y el viento entrecortaba la respiración, pero lo que predominaba era una silenciosa e indiferente vitalidad: la corriente de los ríos, el crecimiento de las yerbas y la sucesión de las estaciones del año. Zajar Pávlovich suponía que estas monótonas fuerzas mantenían aturdida a la tierra entera; hacían ver retrospectivamente a la mente de Zajar Pávlovich que nada iba a mejor, que tanto las aldeas como las gentes iban a seguir tal y como eran. Que la desgracia había de perseguir permanentemente al hombre a fin de que en la naturaleza las fuerzas se mantuvieran invariables. Cuatro años antes había habido malas cosechas, los campesinos habían abandonado las aldeas y los niños se habían tendido en sus prematuras tumbas. Pero tal destino no había sido pasajero: había vuelto ahora para preservar el exacto funcionamiento de la vida toda.

Aunque los años pasaban, Zajar Pávlovich comprobaba con asombro que no cambiaba ni se hacía más inteligente, sino que seguía exactamente igual que cuando tenía diez o quince años. Sólo algunos de sus anteriores presentimientos habían llegado a convertirse ahora en pensamientos habituales, pero eso no hacía que las cosas hubieran ido a mejor. Cuando antes imaginaba su vida futura, veía un espacio profundo y azul, tan lejano que llegaba a parecerle casi inexistente. Zajar Pávlovich sabía de antemano que cuanto más avanzara por la vida más pequeño se haría ese espacio de vida no vivida, y que tras él quedaría un muerto y gastado camino que se iría alargando cada vez más. Pero se equivocaba: la vida crecía y se amontonaba, y el futuro por venir crecía y se expandía igualmente —más honda y misteriosamente que en su juventud—, como si Zajar Pávlovich se estuviera alejando del fin de su vida o se acrecentaran sus esperanzas y su fe en la misma.

Al contemplar su rostro en los cristales de los faros de las locomotoras, Zajar Pávlovich se repetía a sí mismo: «Es asombroso: no voy a tardar en morir y sigo como siempre.»

Al acercarse el otoño se acumularon las fiestas en el calendario: en un momento dado hasta coincidieron tres seguidas. Zajar Pávlovich se aburría en esos días y se dedicaba a hacer largas caminatas siguiendo las vías del ferrocarril para po-

der contemplar los trenes en plena marcha. En el curso de uno de esos paseos le surgió el deseo de visitar el poblado de cerca de las minas en el que estaba enterrada su madre. Recordaba perfectamente el lugar en que había sido enterrada y la cruz de hierro de otro difunto, clavada junto a la silenciosa y anónima tumba de la madre. Aquella cruz tenía una herumbrosa inscripción, que de tan antigua casi había desaparecido, dando cuenta de la muerte de Xenia Fiódorovna Iróshnikova en 1813, por cólera, a la edad de dieciocho años y tres meses. Tenía grabadas también las siguientes palabras: «Descansa en paz, querida hija, hasta el nuevo encuentro de hijos y padres.»

Zajar Pávlovich sintió un ardiente deseo de excavar la tierra de la tumba para poder ver a su madre, los huesos de ésta, los cabellos y todos los demás restos que iban desapareciendo de su patria infantil. Hasta le hubiera gustado en ese momento que su madre estuviera viva porque no notaba que hubiera en el interior de sí mismo diferencia alguna respecto a cuando era niño. También entonces, en la azulada niebla de su edad temprana, le gustaban los clavos de las vallas, el humo de las herrerías de junto a los caminos y las ruedas de las telegas, porque rodaban.

Fuera donde fuera cuando se iba de casa, el pequeño Zajar Pávlovich no le tenía miedo a nada porque tenía una madre que siempre le estaría esperando.

Los lados de la vía férrea estaban protegidos por matorrales. De trecho en trecho había mendigos sentados a la sombra de los matorrales que comían o recomponían su calzado. Veían cómo las imponentes locomotoras arrastraban los trenes a gran velocidad. Pero ningún mendigo sabía qué era lo que hacía andar a la locomotora. De todas formas, ni siquiera se formulaban la pregunta, mucho más sencilla, de para qué felicidad vivían. Ninguno de los que les daban limosnas sabía cuáles eran la fe, la esperanza y el amor que proporcionaban energía a sus piernas para que siguieran caminando por los arenosos caminos. De vez en cuando Zajar Pávlovich depositaba dos cöpecs en una de las manos que se le tendían, pagando así sin pensar por el privilegio de poseer algo de que carecían los mendigos: el conocimiento de las máquinas.

En el talud se hallaba sentado un muchacho de pelo revuelto que se dedicaba a clasificar las limosnas: dejaba a un lado los mendarugos cubiertos de moho y metía en el saco los más frescos. Estaba delgadísimo, pero su rostro era vivo y reflejaba preocupación.

Zajar Pávlovich se detuvo y dio unas chupadas a su cigarrillo en la fresca atmósfera del temprano otoño.

—¿Qué, haces control de calidad?

El muchacho no comprendió la formulación técnica.

—¡Dame un copec o déjame la colilla, tío! —le pidió.

Zajar Pávlovich sacó una moneda de cinco cópecs.

—¡Un ratero y un pillo, eso es lo que debes de ser tú! —le dijo sin acritud, destruyendo con los insultos lo bondadoso de la limosna para no sentir vergüenza.

—No soy ningún ratero, soy mendigo —respondió el muchacho apretujando los mendarugos dentro del saco—. Tengo padre y madre, pero se han ido por ahí por el hambre.

—¿Y para qué quieres tanta comida?

—Voy a pasar por mi casa. A lo mejor ha vuelto mi madre y los críos, y necesitarán comer.

—¿Pero tú de quién eres?

—No soy ningún huérfano, tengo padre. Todos estos son ladrones, pero a mí mi padre me sacudía.

—¿Y tu padre de qué casa es?

—Mi padre salió también de la tripa de mi madre. Se le aprieta la tripa a una mujer y salen luego como de un pozo bocas que alimentar. ¡Y hay que ir a mendigar para traerles comida!

El muchacho se aflijó por mostrarse descontento con su padre. Hacía tiempo que había guardado los cinco cópecs en una bolsa de las de tabaco que llevaba colgada al cuello. La bolsa contenía ya bastantes monedas de cobre.

—Estás cansado, ¿no? —le preguntó Zajar Pávlovich.

—Claro que estoy cansado —asintió el muchacho—.

¡Sois unos diablos! ¡Lo que hay que insistir para que deis algo! ¡Venga a pedir y pedir, y acaba entrándote hambre! ¡Seguro que te ha dado pena darme los cinco cópecs! Yo no los habría soltado por nada del mundo.

El muchacho cogió un mendarugo cubierto de moho del montoncito de pan estropeado; por lo visto les llevaba a los

padres el pan que estaba en mejor estado y él se comía el malo. Esto le agradó inmediatamente a Zajar Pávlovich.

—¿Seguro que tu padre te quiere mucho?

—No me quiere: es un vago. Quiero más a mi madre, echa mucha sangre por la tripa. Una vez le lavé el camisón cuando estaba enferma.

—¿Y quién es tu padre?

—El tío Proshka. No soy de aquí...

A Zajar Pávlovich le vino de repente a la memoria el girasol de la chimenea de la jata abandonada y la abundante maleza de la calle de la aldea.

—¡Pero cabrón, si eres Proshka Dvánov!

El niño escupió de su boca el enmohecido pan sin acabar de masticarlo, pero no lo tiró sino que lo metió en el saco para comérselo más tarde.

—¿No serás tú el tío Zajarka?

—¡El mismo!

Zajar Pávlovich se sentó. Sentía ahora el tiempo como el peregrinar de Proshka por ciudades desconocidas tras haberse tenido que ir del lado de su madre. Percibía el tiempo como movimiento de la desgracia, y tan palpable como cualquier objeto, pero que, sin embargo, no podía ser retocado.

Un joven que parecía un novicio expulsado de un monasterio se sentó cerca de ellos en lugar de seguir su camino y se quedó contemplando atentamente a los dos que conversaban. Tenía rojos los labios, que conservaban de la niñez su abultada belleza, y dulces los ojos, aunque sin destellos de inteligencia —la gente sencilla, acostumbrada a ganarle en astucia a su eterna desgracia no suele tener semejantes rasgos.

El caminante inquietó a Proshka; le intranquilizaban en especial los labios de aquél.

—¡Deja de estirar los labios! ¿Es que quieres besarme la mano?

El novicio se levantó y reemprendió su marcha con rumbo que ni él mismo conocía.

Proshka se percató enseguida de ello y dijo en pos del novicio:

—¡Anda, pero no sabe adónde va! ¡Le das la vuelta y segurop que va para atrás! ¡Malditos gorrones!

La precoz razón de Proshka desconcertaba un poco a Zajar Pávlovich porque a él le había costado habituarse a la gente y había creído durante muchos años que todo el mundo le superaba en inteligencia.

—¿Y dónde está aquel pequeño, el huérfano del pescador? —preguntó Zajar Pávlovich—. Lo recogió tu madre, Prosha.

—¡Ah, Sashka! —se percató Proshka—. ¡Fue el primero que huyó de la aldea! ¡Era un canalla, nos traía de cabeza! ¡Birló la última hogaza que quedaba y se largó una noche! Le perseguí, pero luego me dije: ique se vaya a la mierda! Y volví a casa...

Zajar Pávlovich le creyó y dijo pensativo:

—¿Y dónde está tú padre?

—Padre fue a buscarse el jornal. Me ordenó que mantuviera a toda la familia. Me fui a mendigar pan y volví a casa, pero ya no estaban ni mi madre ni los niños. Y en las jatas no había gente, sólo ortigas...

Zajar Pávlocich dio a Proshka una moneda de cincuenta cépces y le dijo que fuera a verle cuando volviera a la ciudad.

—¿Por qué no me das tu gorra? —pidió Proshka—. Tú no la necesitas, y a mí la lluvia me moja la cabeza, me puedo resfriar.

Zajar Pávlovich le dio la gorra, pero arrancó antes de ella la insignia de ferroviario que tenía en más estima que prenda alguna.

Pasó un tren de largo recorrido, y Proshka se puso en pie para irse rápidamente no fuera cosa que Zajar Pávlovich le quitara el dinero y la gorra. La gorra tenía exactamente la misma medida que la cabeza de Proshka, cubierta de revuelto pelo, pero éste se la quitó tras probársela y la guardó en el saco junto con el pan.

—Bueno, ique Dios te acompañe! —dijo Zajar Pávlovich.

—Cómo nunca te falta el pan, qué te importa a ti —le reprochó Proshka—. Nosotros por no tener no tenemos ni pan.

Zajar Pávlocich no supo qué añadir, y no llevaba más dinero encima.

—Hace poco encontré a Sasha en la ciudad —dijo Proshka—. No tardará en palmarla el muy cabrón porque no sabe pedir limosna. Le di un mendrugo y me quedé yo sin comer. Seguro que se lo colocaste tú a mi madre, iasí que págame ahora por Sashka! —concluyó Proshka en tono serio.

—Tráeme un día a Sashka —le respondió Zajar Pávlovich.

—¿Qué me darás? —preguntó anticipadamente Proshka.

—Cuando cobre el sueldo te daré un rublo.

—Vale —dijo Proshka—. Te lo llevaré. Pero no lo acostumbres mal porque se te pegará como una lapa.

Proshka se alejó, pero hacia el camino que conducía a su aldea. Debía de haber hecho cálculos y previsores planes para redondear sus mendruguiles ganancias.

Zajar Pávlovich le siguió con la mirada y, sin saber por qué, dudó por unos instantes de que las máquinas y los productos valiesen más y fuesen más importantes que los seres humanos.

Proshka se alejaba de más en más y cada vez se hacía más triste su diminuto cuerpo en medio de la grandiosa y silente naturaleza. Proshka caminaba por la vía del tren; el ferrocarril era para otros, no tenía nada ver con él ni de nada le servía. Contemplaba los puentes, los raíles y las locomotoras con el mismo desinterés que el viento, la arena y los árboles de junto al camino. Las obras artificiales no eran para Proshka sino una parte de la naturaleza situada en tierra ajena. Proshka sólo lograba sobrellevar su dura existencia gracias a su vivaz y reflexiva mente. Pero no parecía que fuera plenamente consciente de esa mente: eso se veía cuando se ponía a hablar de súbito casi maquinalmente, y él mismo se quedaba asombrado de las palabras que decía, palabras cuya razón era superior a su niñez.

Solitario, diminuto y completamente desamparado, Proshka desapareció en una curva de la vía férrea. Zajar Pávlovich quiso hacerle volver y guardarle con él para siempre.

A la mañana siguiente Zajar Pávlovich no tenía ya tantas ganas de ir al trabajo como de costumbre. Al anochecer se sintió triste y se fue a dormir temprano. Los pernos, grifos y viejos manómetros que tenía siempre sobre la mesa no lograban disipar su angustia: aunque los contemplara no alcanza-

ba a sentir que estaba en su compañía. Algo le corroía por dentro; era como si su corazón chirriara en marcha atrás, de manera insólita. Zajar Pávlovich no lograba olvidar el minúsculo y enclenque cuerpo de Proshka caminando lentamente por la vía férrea hacia la lejanía ocupada por una naturaleza ingente y como desplomada. Zajar Pávlovich pensaba sin claridad de ideas y sin la complicación de las palabras —al calor sólo de sus impresionables sentidos— y eso bastaba para atormentarle. Veía la insignificancia de Proshka, ignorante él mismo de lo mal que se encontraba; veía el ferrocarril, que funcionaba al margen de Proshka y de su pícara vida, no lograba entender el porqué de todo eso y no hacía sino afligirse sin poder ponerle nombre a su dolor.

Al día siguiente —el tercero después de su encuentro con Proshka— Zajar Pávlovich no se presentó en el depósito de máquinas. Descolgó la chapa con su número de identificación en la caseta de control, pero volvió a colgarla en su sitio. Se pasó el día tumbado en un barranco, bajo el sol y las telarañas del veranillo de San Martín. Oía los silbidos de las locomotoras y el trepidar de su marcha, pero no salía a mirarlas: ya no les tenía estima.

El pescador se había ahogado en el lago Mútevo; el campesino menesteroso había muerto en el bosque, y una selva de yerbas había cubierto la vacía aldea, pero seguía funcionando el reloj del sacristán, los trenes circulaban según el horario previsto, y ese correcto funcionamiento de relojes y trenes producía ahora en Zajar Pávlovich dolor y tristeza.

«¿Qué haría Proshka si tuviera mi edad y mi juicio? —pensaba Zajar Pávlovich revisando su situación—. ¡El muy cabrón se sublevaría! Pero si mandara, Sashka seguiría pidiendo limosna.»

Un viento fresco había dispersado la cálida niebla en la que, tranquilo y seguro, vivía inmerso Zajar Pávlovich, y se había desvelado ante él la solitaria e indefensa vida de las gentes que vivían desnudas, sin engañarse lo más mínimo por la fe en la ayuda de las máquinas.

El maestro maquinista había dejado poco a poco de apreciar a Zajar Pávlovich: ¡Llegué a creer —le había dicho— que eras un verdadero sucesor de los antiguos maestros, y ha re-

sultado que no eras nadie, que no eras más que mano de obra sin cualificar, una escoria de los bajos de una mujer!

Zajar Pávlovich perdió realmente su maestría por lo turbado que tenía el alma. Sin otro estímulo que el pago en dinero resultaba difícil hasta clavar un clavo. El maestro maquinista sabía eso mejor que nadie: estaba convencido de que cuando el obrero dejara de sentir atracción por las máquinas, cuando el trabajo dejara de ser un desinteresado e inconsciente estado natural para convertirse exclusivamente en necesidad dineraria, llegaría el fin del mundo, o incluso algo peor que eso; cuando muriera el último maestro renacería la gente más canalla, que devoraría las plantas del sol y estropearía lo producido por los maestros.

\*

El hijo del pescador curioso era tan sufrido que llegaba a creer que en la vida todo sucedía de verdad. Cuando le negaron la limosna creyó que todo el mundo era igual de pobre que él. Se salvó de la muerte porque enfermó la mujer de un joven cerrajero, y éste no tenía con quien dejarla cuando se marchaba a trabajar. La mujer tenía miedo de quedarse sola en la habitación, amén de que se aburría mucho. Al cerrajero le gustó el misterioso encanto de aquel muchacho renegrido por el cansancio, que vivía en la indigencia sin preocuparse lo más mínimo de obtener limosnas. Lo puso a cuidar de su mujer enferma, que seguía siendo para él la más amada de todas.

Sasha se pasaba los días enteros sentado en un taburete a los pies de la enferma: aquella mujer le parecía tan guapa como lo era su madre en el recuerdo de su padre. Por eso él vivía y ayudaba a la enferma con la abnegación de la niñez tardía de la que antes nadie había tenido necesidad. La mujer se encariñó con él y, como no estaba acostumbrada a hacer de señora, le llamaba Alexandr. Pero sanó pronto, y el marido le dijo entonces a Sasha:

—Aquí tienes estos veinte cópecs y vete por ahí, muchacho.

Sasha cogió el desacostumbrado dinero, salió a la calle y se echó a llorar. Cerca de la caseta del retrete, sentado sobre

un montón de basura, se hallaba Proshka, que rebuscaba debajo de sí con las manos. Se dedicaba ahora a recoger huesos, trapos y hojalata; fumaba; el muerto polvo de las montañas de basura había hecho que le envejeciera el rostro.

—¿Otra vez lloriqueando, quejica? —le preguntó Proshka sin interrumpir su trabajo—. Ven a rebuscar mientras yo me tomo un té: hoy he comido cosas saladas.

Pero Proshka no fue a la tasca, sino a ver a Zajar Pávlovich. Éste se hallaba leyendo un libro y, como era poco instruido, lo hacía en voz alta: «El conde Víktor se llevó la mano a su devoto y valiente corazón, y dijo: "Te amo, querida..."»

Proshka escuchó hasta el final creyendo que se trataba de un cuento, pero se desilusionó después y dijo precipitadamente:

—¡Dame el rublo, Zajar Pálích, que te voy a traer ahora a Sasha el huérfano!

—¡Eh?! —se sobresaltó Zajar Pávlovich. Y volvió hacia Proshka su triste y envejecido rostro, un rostro que aun ahora seguiría amando su mujer de haber seguido con vida.

Proshka repitió de nuevo el precio de Sashka. Y Zajar Pávlovich le dio el rublo porque en ese momento se contentaba hasta con Sashka. El carpintero había abandonado su morada cuando se había trasladado a la fábrica de impregnar travesas, y había correspondido a Zajar Pávlovich el espacio de dos habitaciones. En los últimos tiempos se lo pasaba bien conviviendo con los hijos del carpintero aunque éstos creasen problemas; habían crecido tanto que no sabían cómo dar escape a su fuerza, y habían llegado a pegarle fuego a la casa en varias ocasiones, aunque siempre la habían apagado en vivo sin dejar que ardiera por completo. El padre se enfadaba con ellos, y los hijos le respondían: ¡Por qué le tienes miedo al fuego, viejo? ¡Lo que se quema ya no se pudre! ¡Deberíamos pegarte fuego a ti: así no te pudrirías en la tumba ni apestarías nunca!

Antes de irse de casa los hijos habían derribado la caseta del retrete y le habían cortado la cola con un hacha al mastín del corral.

Proshka no fue a buscar a Sashka inmediatamente: se compró antes una cajetilla de cigarrillos «Paisanito» y charló

con las mujeres de la tienda como un cliente más. Volvió después al vertedero de basura.

—Ven, Sashka —le dijo—. ¡Te voy a llevar a un sitio, a ver si así no me molestas más!

\*

En los años que siguieron, Zajar Pávlovich experimentó una progresiva decadencia. Para no morir solo se había agenciado una triste compañera: su mujer Daria Stepánovna. Le resultaba así más fácil no sentirse nunca por entero a sí mismo: en el depósito de máquinas se lo impedía el trabajo, y en casa la lata que le daba su mujer. Tal ajetreo de dos turnos era en realidad una desgracia para Zajar Pávlovich; pero de no existir ésta se habría ido de casa y se habría hecho vagabundo. Ya había perdido su apasionado interés por máquinas y productos: en primer lugar, por mucho que trabajara, los hombres seguían viviendo miserables y tristes; y en segundo lugar, el mundo se iba sumergiendo en indiferente ensueño: era posible que Zajar Pávlovich estuviera ya demasiado cansado y presintiera ya su silenciosa muerte. Eso es lo que suele sucederles a los artesanos cuando envejecen: las duras materias con las que tienen que ver durante decenios enteros van acostumbrándoles poco a poco a la inmutabilidad del mortal destino de todos. Las locomotoras dejaban de funcionar ante sus ojos, se enrobinaban al sol durante años y se convertían después en chatarra. Zajar Pávlovich solía ir los domingos al río a pescar y a rumiar sus últimos pensamientos.

Su consuelo en casa era Sasha. Pero su eternamente descontenta mujer no le dejaba dedicarse por entero a él. De todas formas, tal vez fuera mejor así: si Zajar Pávlovich hubiera logrado centrarse por entero en las cosas que le interesaban es probable que hubiera acabado llorando.

Pasó muchos años llevando esa vida dispersa. A veces, cuando veía leer a Sasha desde su camastro, le preguntaba:

—¿Nunca se te va el santo al cielo, Sasha?

—No —respondía Sasha, acostumbrado ya a la manera de ser de su padre adoptivo.

—¿Crees que es necesario que viva todo el mundo, o no?  
—seguía desgranando sus dudas Zajar Pávlovich.

—Todo el mundo —respondía Sasha, comprendiendo en parte la tristeza de su padre.

—¿Y no has leído en algún sitio el porqué de eso?  
Sasha dejaba a un lado el libro.

—He leído que con los años se vivirá mejor.

—¡Vaya! —decía confiado Zajar Pávlovich—. ¿Así está escrito?

—Así está escrito.

Zajar Pávlovich suspiraba:

—Todo puede ser. Pero no a todos les es dado saber.

Hacía un año que Sasha trabajaba de aprendiz en el depósito para hacerse ajustador. Le atraían las máquinas y la maestría en el oficio, pero no de la misma manera que a Zajar Pávlovich. Su interés no tenía que ver con la curiosidad que desaparecía en el momento en que se desentrañaba el secreto de la máquina. Sasha tenía el mismo interés por las máquinas que por los demás entes actuantes y vivos. Más que conocerlos quería llegar a sentirlos, a percibir su vida. Así, cuando Sasha volvía del trabajo imaginaba una locomotora y reproducía los sonidos que emite ésta cuando corre. Al ir a conciliar el sueño solía pensar en que las gallinas de la aldea hacía tiempo que dormían y la sensación de comunión con las gallinas y las locomotoras le confortaba. Sasha era incapaz de actuar aisladamente: lo primero que hacía era buscar algo que se asemejase a lo que iba a hacer, y sólo después lo efectuaba, pero no por necesidad propia sino movido por la compasión hacia algo o hacia alguien.

«Hago como ella» —se decía a sí mismo Sasha con frecuencia—. Y mientras contemplaba la vieja valla pensaba con ternura: ¡Ahí la tienes, siempre en pie! —y se quedaba inmóvil como la valla, en cualquier sitio y sin necesidad alguna. Cuando en las tardes de otoño Sasha se veía obligado a permanecer encerrado en casa y se aburría, se ponía a escuchar el chirriar de las contraventanas, sintiendo que también ellas se aburrían, y se le pasaba el aburrimiento.

Cuando se sentía cansado de ir diariamente al trabajo, se

tranquilizaba pensando en el viento, que soplabía día y noche sin descanso.

«Hago como él —se decía contemplando el viento—. Pero yo al menos trabajo sólo de día, y él tiene que hacerlo hasta por la noche. Lo pasa peor que yo.»

Los trenes comenzaron a circular con mucha frecuencia: había estallado la guerra. Pero los maestros artesanos permanecieron indiferentes a la misma: no iban a ser movilizados y la guerra les era tan ajena como las locomotoras que ellos reparaban y abastecían de combustible, pero que transportaban a hombres desconocidos y ociosos.

Sasha sentía monótonamente el movimiento del sol, el transcurso de las estaciones del año y el circular de trenes las veinticuatro horas del día. Había comenzado a olvidarse de su padre el pescador, de la aldea y de Proshka y, al compás de su edad, se dirigía al encuentro de acontecimientos y cosas que aún había de sentir, dejando que se introdujeran en su cuerpo. Sasha no se percibía a sí mismo como objeto independiente y sólido: sus sentimientos se hallaban ocupados permanentemente en imaginar algo, por lo que la idea de sí mismo se le desplazaba al exterior. Su vida discurría pertinaz y profunda, como si todavía siguiera sumergida en la cálida angostura del sueño materno. Se hallaba dominado por las sensaciones exteriores, tal y como le sucede al viajero con los países nuevos. Aunque había cumplido los diecisés años, carecía de proyecto personal; pero, en cambio, y sin la menor dificultad interna, se hacía cómplice de todas las manifestaciones de la vida: tanto de la debilidad de las raquíáticas yerbas que crecían en el patio, como del ocasional transeúnte nocturno que, desamparado, tosía para que la gente le oyera y se apiadara de él. Sasha le oía y le compadecía. Se sentía embargado por la misma inspirada emoción que suele sentir el hombre adulto por la mujer de su vida. Se asomaba a la ventana para seguir al transeúnte con la mirada, e imaginaba como podía ser la vida de éste. El transeúnte desaparecía en el espesor de la oscuridad, haciendo resonar tenuamente las piedrecitas de la acera, aún más anónimas que él. De la lejanía llegaban los terribles y ruidosos aullidos de los perros, mientras que del cielo se desprendían de vez en cuando las

estrellas cansadas. Puede que en aquel mismo instante, en la espesura misma de la noche, en medio del frío y llano campo, hubiera mendigos que erraran sin rumbo, y que también en ellos, al igual que en Sasha, el silencio y las estrellas que iban muriendo se convirtieran en disposición de ánimo.

Zajar Pávlovich no ponía a Sasha la menor traba: le quería con toda la devoción de la vejez, con toda la fuerza de las esperanzas inconscientes e indefinidas. Como a la luz de la lámpara no distinguía las letras, pedía con frecuencia a Sasha que le leyera lo que decían los periódicos acerca de la guerra.

Sasha leía en voz alta lo que venía sobre combates, incendios de ciudades y acerca del terrible despilfarro de metal, seres humanos y bienes. Zajar Pávlovich escuchaba en silencio y comentaba al final:

—Me paso la vida pensando cómo puede ser el hombre tan peligroso para el hombre como para que tenga que haber siempre en medio un poder. Porque la guerra viene del poder... No hago más que pensar en que la guerra la ha tenido que inventar adrede el poder: eso no es cosa de gente corriente...

Sasha le preguntaba entonces cómo deberían ser las cosas.

—Pues mira —le respondía Zajar Pávlovich excitándose—, deberían ser de otra manera: si me hubieran enviado a mí a hablar con los alemanes nada más empezada la pelea, me hubiera puesto de acuerdo con ellos inmediatamente. ¡Pero claro, enviaron a gente más lista!

Zajar Pávlovich no podía imaginar que hubiera alguien con quien no pudiera hablar abiertamente. Los de arriba —el zar y sus funcionarios— tampoco debían de ser tontos. Así que estaba claro que la guerra era algo turbio e inventado intencionadamente. Y llegado a ese punto Zajar Pávlovich se encontraba en un atolladero: ésería posible hablar francamente con quien mata intencionadamente a la gente o habría que arrebatarle primero la dañina arma, las riquezas y el cargo?

Sasha vio por primera vez a un hombre muerto en el depósito de locomotoras en que trabajaba. Fue durante la última hora de la jornada laboral, justo antes del pitido. Se hallaba Sasha rellenando el prensaestopas de los cilindros cuando

entraron dos maquinistas que transportaban entre ambos a un maestro de cuya cabeza se escurría densamente la sangre, que caía gota a gota sobre el suelo cubierto de fuel-oil. Llevaron al maestro a la oficina y llamaron desde allí por teléfono a la enfermería. Sasha se asombró de que la sangre fuera tan roja y tan joven siendo que el maestro-maquinista era viejo y tenía el pelo blanco: parecía como si siguiera siendo niño por dentro.

—¡Cabrones! —dijo claramente el maestro—. ¡Ponedme petróleo para que al menos pare de sangrar!

Un fogonero llevó rápidamente un cubo lleno de petróleo, mojó en el líquido estopa de limpiar y untó la cabeza del maestro que brillaba con la sangre como si estuviera grasienda. La cabeza se puso negra y comenzó a desprender unos vapores que todos podían ver.

—¡Eso es, eso es! —estimuló el maestro—. Ya me siento mejor. ¡Seguro que pensabais que me iba a morir! Os habéis alegrado demasiado pronto, canallas...

El maestro se debilitó poco a poco y perdió el conocimiento. Sasha pudo ver los agujeros que tenía en la cabeza y los cabellos, aplastados y ya muertos, que se le habían metido en ellos. Todos olvidaron sus rencillas con el maestro pese a que éste, incluso en aquel momento, estimaba en más un perno y le resultaba más cómodo que cualquier ser humano.

Zajar Pávlovich, que se hallaba también presente, hizo que sus ojos permanecieran abiertos para evitar que soltase lágrimas en público. Pudo comprobar de nuevo que por muy malvado, o inteligente y valiente, que fuera el ser humano, no dejaba de ser, de todas formas, triste y digno de compasión, y moría cuando se debilitaban sus fuerzas.

El maestro abrió de repente los ojos, y examinó con mirada penetrante y atenta los rostros de sus subordinados y compañeros. Todavía tenían aquellos ojos brillo de vida diáfana, que, sin embargo, languidecía ya en nebulosa tensión; los emblanquecidos párpados, bajo las cejas, se le iban sumergiendo en las órbitas.

—¿Por qué lloráis? —preguntó el maestro con lo que le quedaba de su habitual mal humor. Pero nadie lloraba, sólo de los desencajados ojos de Zajar Pávlovich manaba un sucio

y espontáneo líquido que se deslizaba mejillas abajo—. ¿Qué hacéis aquí parados llorando si todavía no ha tocado la sirena?!

El maestro-maquinista cerró los ojos y los mantuvo así en tenue oscuridad; no sentía muerte alguna —seguía acompañándole el calor de siempre de su cuerpo, pero con la diferencia de que antes no lo había percibido nunca y ahora se sentía como sumergido en los ardientes y desnudos jugos de sus órganos internos. Todo esto ya le había sucedido en una ocasión, pero hacía mucho tiempo y no lograba recordar dónde. Cuando el maestro volvió a abrir los ojos vio a los hombres como a través de agitadas aguas. Uno de ellos estaba muy inclinado sobre él, parecía no tener piernas y tapaba su humillado rostro con una sucia mano estropeada por el trabajo.

El maestro se enfadó con él y, como el agua que tenía encima había comenzado ya a tornarse oscura, se apresuró a decir:

—Mientras lloras el canalla de Guersaka habrá quemado otra vez la caldera... ¿Por qué lloras? Piensa en el hombre nuevo y constrúyelo...

El maestro recordó dónde había visto antes aquella tranquila y ardiente oscuridad: había sido, sencillamente, en la estrechura del vientre de su madre. Y ahora intentaba meterse de nuevo en el interior de los abiertos huesos de ella, pero se lo impedía, por demasiado grande, su estatura de viejo...

—Piensa en el hombre nuevo y constrúyelo... Canalla, no eres capaz de fabricar una tuerca y pretendes construir de golpe un hombre nuevo...

En aquel instante el maestro tragó aire y comenzó a mover los labios como si chupara algo. Era evidente que estaba sofocándose en un lugar angosto, que empujaba con los hombros y que trataba de acomodarse allí para siempre.

—Metedme más adentro de la chimenea —susurró con infantiles e hinchados labios—. Iván Serguéich, trae a Tres Octavos para Roscar y que me apriete la contratuerca...

Llevaron la camilla demasiado tarde. No tenía sentido llevar al maestro-maquinista a la enfermería.

—Que lo lleven a casa —pidieron al médico los artesanos.

—No puede ser —respondió el médico—. Lo necesitamos para levantar acta.

Escribieron en el acta que el maestro-maquinista jefe había sufrido varios golpes que le habían producido la muerte mientras remolcaban una locomotora apagada que iba enganchada a un cable caliente de acero de cinco *sazhen*<sup>16</sup>. Al pasar por el cambio de agujas el cable rozó el poste de la farola, que se desplomó y dañó con su base la cabeza del maestro que estaba observando la máquina remolcada desde el ténder de la locomotora de tracción. El accidente se debió a un descuido del maquinista mismo, que no respetó las normas del Servicio de Circulación y Explotación.

Zajar Pávlovich cogió de la mano a Sasha, salió del depósito y se dirigió a su casa. Su mujer le contó durante la cena que en las tiendas escaseaba el pan y no había ni rastro de carne de vaca.

—Bueno, éy qué? Nos moriremos y en paz —respondió Zajar Pávlovich con indiferencia. Los asuntos cotidianos habían dejado de preocuparle.

Para Sasha —en aquella temprana etapa de su vida— cada día encerraba un indefinible e irrepetible encanto; la imagen del maquinista-maestro se sumergió en la profundidad del agua de los recuerdos y desapareció de su mente. Zajar Pávlovich, en cambio, carecía ya de la capacidad cicatrizante de la fuerza de la vida: era viejo, estaba en esa edad en que se es tan tierno y vulnerable a la muerte como cuando niño.

Nada conmovió a Zajar Pávlovich durante los años que siguieron. Sólo cuando por las noches contemplaba a Sasha mientras éste leía, le entraba una gran compasión por el joven. Le habría gustado decirle: deja de consumirte leyendo libros; si éstos dijeron algo que mereciera la pena haría tiempo que los hombres se habrían dado un abrazo. Pero Zajar Pávlovich no decía nada; aunque en su interior latía algo sencillo, parecido a la alegría, su mente le impedía manifestarlo. Echaba de menos una vida abstraída y tranquilizante a orillas de límpidos lagos, en la que la amistad marcara todas las palabras y toda la profunda sabiduría del sentido de la vida.

<sup>16</sup> Medida rusa de longitud equivalente a 2,13 m.

Zajar Pávlovich se perdía en conjeturas; durante toda su vida le habían estado distrayendo intereses accidentales tales como máquinas o productos, y sólo ahora se daba cuenta de que su madre tuvo que susurrarle algo al oído mientras le amamantaba, algo tan hondamente imprescindible como la leche que le dio, cuyo sabor había olvidado ahora definitivamente. Pero su madre no le había susurrado nada, y él, por su cuenta, era incapaz de entender el mundo en su totalidad. Por eso Zajar Pávlovich comenzó a vivir apocadamente, sin esperanza alguna en mejoras colectivas sustanciales: por muchas máquinas que se fabricaran, ni Proshka, ni Sashka, ni él mismo llegarían a viajar en ellas. Las locomotoras trabajaban para gente desconocida o para los soldados, aunque estos últimos hubieran sido reclutados, a la fuerza. Y las máquinas tampoco tenían voluntad propia, sino que eran seres sumisos. Ahora, más que amarlas, Zajar Pávlovich se compadecía de ellas; y hasta en alguna ocasión, hallándose a solas en el depósito con alguna máquina, había llegado a decirle:

—¿Vas a ponerte en marcha? ¡Pues ponte, ponte! No veas lo trabajados que tienes los topes: pesan 'los canallas de los viajeros, eh?

Aunque la locomotora callaba, Zajar Pávlovich la oyó.

—Tengo las rejillas del fogón entumecidas, el carbón es malo —le contó la locomotora con tristeza—. Se me hacen duras las subidas. Además, muchas mujeres van al frente a ver a sus hombres y llevan, cada una, tres *puds*<sup>17</sup> de buñuelos. Y, por si fuera poco, ahora enganchan dos vagones-correo, en lugar de uno: la gente vive separada y escribe muchas cartas.

—Ya veo —intervino pensativo Zajar Pávlovich, no sabiendo qué aconsejar a la locomotora que le sirviera de ayuda cuando los hombres la cargaran en exceso con el peso de su alejamiento—. No te esfuerces demasiado, tira sin matarte.

—No puedo —respondió la locomotora con la docilidad de una fuerza inteligente—. Desde lo alto del terraplén veo multitud de aldeas: la gente llora en ellas esperando cartas y

parientes heridos. Mira mi prensaestopas, lo han apretado demasiado; durante la marcha se recalentará el rodillo del émbolo.

Zajar Pávlovich fue a mirar y aflojó los tornillos del prensaestopas.

—Es verdad, los habían apretado demasiado los muy canallas. ¡Será posible!

—¿Qué haces ahí? —le preguntó el mecánico de guardia saliendo de la oficina—. ¿Quién te manda hurgar ahí? ¿Quién te manda hurgar, eh?

—Nadie —respondió mansamente Zajar Pávlovich—. Me ha parecido que los habían apretado demasiado...

El mecánico no se enfadó.

—Pues si te lo ha parecido, déjalos en paz. Da igual que los aprietas o no: durante la marcha se ponen al rojo vivo.

La locomotora, con voz profunda, le susurró después a Zajar Pávlovich:

—No es cosa de apretar, el eje central está desgastado, por eso suelta vapor el prensaestopas. ¡No lo iba a hacer a posta!

—Ya lo he visto —suspiró Zajar Pávlovich—. Pero yo no soy más que un limpiador, ya sabes que no me hacen caso.

—¡Sí, claro! —le dijo la locomotora con voz espesa, manifestándole su simpatía, y se sumergió en la oscuridad de sus apagadas fuerzas.

—¡Sí, claro! —coreó Zajar Pávlovich.

Cuando Sasha ingresó en la escuela nocturna, Zajar Pávlovich se alegró mucho por dentro. Nunca había contado más que con sus propias fuerzas, nadie le había ayudado ni nadie le había enseñado nada: había aprendido por instinto. Sin embargo, los libros le hablaban a Sasha a través de la inteligencia de otra gente.

—¡Yo las pasé moradas, y a él le basta con leer! —pensó Zajar Pávlovich con envidia.

Tras leer un rato Sasha se puso a escribir. La luz de la lámpara no dejaba dormir a la mujer de Zajar Pávlovich.

—¡No hace más que escribir! —dijo ella—. ¡Para qué escribir!

—Duerme —le aconsejó Zajar Pávlovich—. ¡Tápate los ojos con la piel y duerme!

<sup>17</sup> Medida de peso equivalente a 16,38 kg.

La mujer cerró los ojos pero no por ello dejaba de ver a través de los párpados cómo se gastaba inútilmente el queroseño. No se equivocaba: en realidad la lámpara estuvo encendida en vano durante la juventud de Alexándr Dvánov, iluminando las hojas de los libros, que excitaban el alma pero a las que posteriormente, de todas formas, no hizo el menor caso. Por mucho que leyera y pensara siempre quedaba un espacio vacío: espacio vacío por el que, cual viento inquieto, pasaba el universo no descrito ni contado. A los diecisiete años Dvánov no tenía coraza que protegiera su corazón: no creía en Dios ni disponía de ningún otro tipo de tranquilizante mental; no le ponía nombres extraños a la anónima vida que se abría ante él. Pero no quería que el mundo se quedara sin nombre; lo que sucedía era que esperaba a oír el auténtico nombre del mundo, en lugar de los moteos inventados a propósito.

Cierta noche se hallaba en casa sumido en su habitual angustia. Su corazón, no sellado por la fe, se atormentaba dentro de él y ansiaba consuelo. Dvánov bajó la cabeza e imaginó que había un vacío en el interior de su cuerpo, donde a diario y sin cesar entraba la vida, para salir a continuación sin detenerse ni potenciarise, siempre como si se tratara de un lejano y sordo ruido de los que no dejan entender las palabras de una canción.

Sasha sintió frío dentro de sí como si tras él, en la anchurosa oscuridad, soplará viento de verdad, y delante, en el punto en que nacía el viento, hubiera algo transparente, leve y enorme: montañas de aire frío que tenía que transformar en respiración propia y en batir de su corazón. Tal presentimiento hizo que el pecho se le apoderara anticipadamente y que se abriera todavía más el vacío de su cuerpo, dispuesto a conquistar la vida futura.

—¡Éste soy yo! —dijo Alexándr en voz alta.

—¿Y quién eres? —preguntó Zajar Pávlovich que permanecía en vela.

Sasha calló inmediatamente, dominado por un repentino sentimiento de vergüenza que le arrebató toda la alegría de su descubrimiento. Creyó estar solo, pero había oído a Zajar Pávlovich.

Zajar Pávlovich se percató de ello y le quitó importancia a su pregunta, respondiéndose a sí mismo con indiferencia:

—Eres sólo un lector, y nada más... Será mejor que te acuestes, es muy tarde...

Zajar Pávlovich bostezó y añadió calmadamente:

—Deja de atormentarte, Sasha, que eres débil...

—Acabarás ahogándote también por curiosidad —susurró para sí Zajar Pávlovich bajo la manta—. Y yo me asfixiaré bajo la almohada. Qué más da.

La noche prosiguió apaciblemente; desde el zaguán podían oírse, provenientes de la estación, las toses de los enganchadores. Febrero tocaba a su fin, los barrancos descubrían ya sus pestañas de nieve del año anterior, y Sasha las contemplaba como si de la creación de la tierra se tratara. Sentía compasión por la yerba muerta que había aparecido y la observaba con más atención de la que nunca se había prestado a sí mismo.

Era capaz hasta de sentir la sangre caliente de una vida lejana y ajena, mientras que él mismo se imaginaba con dificultad. Acerca de sí mismo sólo podía pensar, y, en cambio, percibía lo ajeno con la misma sensibilidad que si se tratara de su propia vida, no dándose cuenta de que a todos les sucedía lo mismo.

En cierta ocasión Zajar Pávlovich le habló de igual a igual.

—Ayer estalló la caldera de una locomotora de la serie «Szhe» —le dijo.

Sasha ya lo sabía.

—Ahí tienes el ejemplo —añadió Zajar Pávlovich, afligido por lo sucedido y por más cosas—. ¡La locomotora acababa de salir de la fábrica, y los remaches estaban hechos un asco...! Nadie sabe hacer bien las cosas: lo vivo va contra la mente...

Sasha no comprendía la diferencia entre mente y cuerpo, y calló. A juzgar por las palabras de Zajar Pávlovich resultaba que la mente era una fuerza débil mientras que las máquinas eran inventos dotados de la misma clarividencia que el corazón del hombre.

Desde la estación llegaba a veces el sordo ruido de los convoyes. Se oía el tintineo de teteras, y la gentes hablaban con extrañas voces, cual tribus desconocidas.

—¡Hacen vida de nómadas! —dijo Zajar Pávlovich al oírlos—. Algo sacarán yendo de acá para allá.

Desilusionado por la vejez y las equivocaciones que había cometido a lo largo de su vida, no se asombró lo más mínimo de que llegara la revolución.

—La revolución es menos costosa que la guerra —le explicó a Sasha—. A la gente no le gusta meterse en berenjenales: cuando lo hace es que algo va mal...

A esas alturas Zajar Pávlovich no podía dejar que le engañaran; así que, para no equivocarse, desaprobó la revolución.

Dijo a todos los artesanos que los que mandaban eran otra vez hombres inteligentísimos y que, por tanto, nada bueno podía esperarse.

Siguió burlándose hasta octubre mismo, sintiendo la satisfacción, por primera vez en su vida, de ser una persona inteligente. Pero cierta noche de octubre oyó disparos en la ciudad, salió al patio de su casa y allí se quedó la noche entera; de vez en cuando entraba en la habitación para encender un cigarrillo hecho con papel de periódico. El ruido de la puerta no dejaba dormir a su mujer.

—¡Para ya, viejo loco! —le dijo la vieja, que daba vueltas y más vueltas en su solitaria cama—. ¡Menudo trotamundos...! ¿Qué será de nosotros sin pan ni ropa...? ¡Se les podía caer las manos cuando dispararan! ¡Seguro que no han conocido madre!

Zajar Pávlovich, situado en el centro del patio con su cigarrillo encendido y de cara a los lejanos disparos, asintió.

—¿Será posible que la cosa esté tan mal? —se preguntó Zajar Pávlovich y entró en la habitación para encender otro cigarrillo.

—¡Métete en la cama, diablo! —le aconsejó su mujer.

—Duermes, Sasha? —preguntó Zajar Pávlovich, que seguía agitándose—. Los tontos van a hacerse ahí con el poder: puede que al menos la vida sea más sabia.

Por la mañana, Sasha y Zajar Pávlovich se fueron a la ciudad. Zajar Pávlovich quería enterarse de cuál era el partido más serio para afiliarse a él inmediatamente. Todos los partidos tenían su sede en el mismo edificio público, y cada uno de ellos se consideraba el mejor. Zajar Pávlovich media los

partidos guiándose por la razón; trataba de encontrar uno que, en lugar de tener un programa incomprendible, planteara todo clara y acertadamente. En ninguno de los partidos pudieron decirle con exactitud cuándo llegaría a la tierra el bienestar. Unos le respondieron que la felicidad era cosa complicada y que el hombre no debería interesarse por ella sino por las leyes históricas. Otros le dijeron, en cambio, que la felicidad residía en luchar permanentemente por los siglos de los siglos.

—¡Vaya! —exclamó Zajar Pávlovich con juicioso asombro—. O sea que hay que trabajar sin cobrar. Entonces, lo vuestro, más que partido es explotación. Vámonos de aquí, Sasha. Hasta cuando la religión se guardaba la fiesta de la ortodoxia...

En el partido siguiente les dijeron que el hombre era un ser tan excepcional y tan ambicioso que hasta resultaba extraño pensar en que pudiera hartárselas de felicidad: eso sería el fin del mundo.

—¡Eso es lo que andamos buscando! —dijo Zajar Pávlovich.

Tras la puerta del final del pasillo tenía su sede el último partido, el de nombre más largo. Allí sólo encontraron a un lugubre hombre sentado: todos los demás se habían ido a gobernar.

—¿Qué quieras? —le preguntó el hombre a Zajar Pávlovich.

—Queremos apuntarnos. ¿Llegará pronto el fin del viejo mundo?

—Te refieres al socialismo? —preguntó el hombre al no entenderle—. Dentro de un año. Hemos empezado a ocupar las instituciones.

—Entonces, apúntanos —dijo Zajar Pávlovich alegramente.

El hombre dio a cada uno un fajo de libritos y una hoja con un texto mecanografiado que ocupaba la mitad de la misma.

—El programa, los estatutos, la resolución y el formulario —dijo él—. Rellenadlo y venid cada uno con dos que os avalen.

Zajar Pávlovich se puso lívido al presentir que le estaban engañando.

—¿Y no podemos hacerlo de palabra?

—No. No puedo registraros de memoria. Además, el partido se olvidará de vosotros.

—Nos presentaremos aquí de tiempo en tiempo.

—No puede ser. ¿Cómo voy a haceros el carné si no es con los formularios? Eso sí la reunión, la célula, os acepta.

Zajar Pávlovich encontró que aquel hombre hablaba con claridad, precisión, justezza y sin la menor seguridad: «Puede que sea el poder más listo y que acabe de construir el mundo en un año, o que arme tal follón que haga cansar hasta el corazón de los niños.»

—Apúntate tú para probar, Sasha —dijo Zajar Pávlovich—. Y yo esperaré un añito.

—No apuntamos para probar —dijo el hombre—. Si no os hacéis de los nuestros del todo y para siempre, id a llamar a otra puerta.

—Vale, de verdad —consintió Zajar Pávlovich.

—Eso ya es otra cosa —condescendió el hombre.

Sasha se sentó para llenar el formulario. Zajar Pávlovich comenzó a interrogar al hombre del partido respecto a la revolución. Éste, preocupado por algo más serio, le respondió brevemente.

—Los obreros de la fábrica de cartuchos hicieron huelga ayer, y en los cuarteles hubo un motín. ¿Comprendes? Y en Moscú tienen el poder desde hace dos semanas los obreros y los campesinos pobres.

—¡Sí!

Una llamada de teléfono distrajo al hombre del partido. «No, no puedo —respondió a través del aparato—. ¡Los representantes de las masas acuden aquí a informarse y tiene que estar alguien!»

—¿Qué decías? ¡Ah, sí! —recordó—. El partido envió activistas a Moscú para que organizaran la acción, y esa misma noche nos hicimos con los centros neurálgicos de la ciudad.

Zajar Pávlovich no se enteró de nada.

—Pero si los que se han amotinado han sido los soldados y los obreros, qué tenéis que ver vosotros? ¡Tendrían que haber seguido por su cuenta!

Zajar Pávlovich llegó incluso a irritarse.

—Mira, camarada obrero —dijo con calma el miembro del partido—. Si razonáramos así, hoy tendríamos a la burguesía en pie de guerra y los sóviets no se habrían hecho con el poder.

«¡O puede que tuviéramos algo mejor!» —pensó Zajar Pávlovich, aunque sin lograr imaginar en qué podía consistir.

—Pero en Moscú no hay campesinos pobres —dudó Zajar Pávlovich.

El lúgubre activista del partido frunció aún más el entrecejo: pensó en cuán grande era la ignorancia de las masas y en la multitud de problemas que esa ignorancia iba a crearle más adelante al partido. Se sintió cansado de antemano y no respondió nada a Zajar Pávlovich. Pero éste le seguía dando la lata con sus francas preguntas. Le interrogó, por ejemplo, acerca de quién era en esos momentos el jefe supremo de la ciudad y si los obreros le conocían bien.

El lúgubre activista se animó y hasta se alegró ante tan súbito y directo control. Llamó por teléfono. Zajar Pávlovich observó el teléfono con interés y simpatía ya olvidados. «Ése se me escapó —pensó, recordando los artefactos que había fabricado.

—Nunca he construido un teléfono.

—Ponme con el camarada Perekórov —dijo el activista a través del hilo metálico—. ¿Perekórov? Oye, habría que poner en marcha lo antes posible la información de prensa. También sería bueno editar toda la literatura popular que se pudiera... Dime. ¿Pero tú quién eres? ¿Miembro de la Guardia Roja? Entonces cuelga, que no sabes nada...

Zajar Pávlovich volvió a enfadarse.

—Te pregunto porque tengo dolor de corazón, y tú pretendes consolarme con un periódico... Sí, amigo, todo poder es un reino, como el sínodo o la monarquía; he pensado mucho en ello...

—¿Y qué es lo que hay que hacer? —preguntó desconcertado su interlocutor.

—Hay que disminuir los bienes —le descubrió Zajar Pávlovich—. Y hay que dejar de vigilar a la gente: ¡Te juro que será mejor! ¡De verdad!

—¡Pero eso sería la anarquía!

—¡Qué anarquía ni qué niño muerto! ¡Vida privada!

El activista movió desaprobadoramente la cabeza, una cabeza despeinada y con muchas noches en vela.

—Por tu boca habla el pequeño propietario. Cuando pase medio año verás que tus ideas eran equivocadas.

—Esperaré —respondió Zajar Pávlovich—. Si no cumplís os daremos prorrroga.

Sasha terminó de llenar el formulario.

—¿Será posible que sepan lo que se traen entre manos? —le dijo Zajar Pávlovich mientras volvían a casa—. ¿Será posible? Parece que sí.

Con la vejez, Zajar Pávlovich se había vuelto irritable. Ahora le daba ya importancia a que la mano que sujetara el revólver fuera la adecuada, y pensaba en la vara con la que iba a medir a los bolcheviques. Sólo el pasado año había comenzado a valorar lo que había perdido a lo largo de su vida. Y lo había perdido todo: su trabajo de años no había logrado hacer cambiar ni un ápice el cielo que se extendía por encima de su cabeza, no había ganado nada que justificara el desgaste que había sufrido su cuerpo, dentro del cual latía en vano cierta fuerza primordial y resplandeciente. El mismo era el causante de su perpetuo distanciamiento de la vida, de la que no había obtenido ni lo más imprescindible. Y en ese momento contemplaba con tristeza los cercados, los árboles y a todas las personas extrañas a quienes en cincuenta años no había alcanzado a proporcionar ni alegría ni protección y de quienes tendría que despedirse pronto.

—Tú eres huérfano, Sasha: la vida te ha salido gratis —dijo—. No la escatimes, vívela plenamente.

Alexándr calló, respetando el oculto sufrimiento de su padre adoptivo.

—¿Té acuerdas de Fiedka Bespálov?<sup>18</sup> —prosiguió Zajar Pávlovich—. Era uno de nuestros ajustadores, que ya murió. Cuando le mandaban que midiera algo, iba, lo hacía con los dedos y volvía después con las manos tendidas hacia adelante. Antes de que llegara con sus manos un *arshín*<sup>19</sup> se conver-

tía en una *sazhen*. «Pero qué haces, hijo de puta?», le reñían. A lo que él respondía: «A mí qué me importa? De todas formas no van a echarme por eso.»

Alexándr no entendió lo que había querido decirle su padre hasta el día siguiente.

—Aunque sean bolcheviques y mártires de su causa —le despidió Zajar Pávlovich— tú no debes parar de mirar y mirar. No olvides que tu padre se ahogó, que no se sabe quién era tu madre y que hay millones de personas que sobreviven sin alma; en eso hay encerrado algo muy gordo... El bolchevi que ha de tener el corazón vacío para que le quepa allí todo...

Zajar Pávlovich se enardeció con sus propias palabras, y casi llegó al encarnizamiento.

—Porque si no... ¿Sabes lo que sucederá si no se hace? ¡Pues al fogón, y humo al viento! ¡Escoria que se remueve con el espetón y va a parar al talud! ¿Me entiendes o no?

La excitación hizo que Zajar Pávlovich empezara a sentirse conmovido; se fue a la cocina a fumarse un cigarrillo para que se le pasara la emoción. Volvió después y abrazó tímidamente a su hijo adoptivo.

—¡No te enfades contigo, Sasha! Yo también soy huérfano; ni tú ni yo tenemos a quién quejarnos.

Alexándr no se enfadó. Se daba cuenta de las necesidades del corazón de Zajar Pávlovich pero creía que la revolución era el fin del viejo mundo. La angustia de Zajar Pávlovich desaparecería inmediatamente en el mundo futuro, y su padre, el pescador, encontraría lo que andaba buscando cuando se había ahogado por propia voluntad. En los claros sentimientos de Alexándr estaba ya ese mundo nuevo: pero éste no se podía describir, sino que había que construirlo.

Medio año más tarde, Alexándr ingresó en la escuela para ferroviarios que acababa de abrirse; y pasó después a la escuela politécnica.

Por las noches le leía en voz alta a su padre adoptivo los manuales técnicos; Zajar Pávlovich se deleitaba con los sonidos de la ciencia, para él incomprensibles, y con el hecho de que su Sasha los comprendiera.

Pero el aprendizaje de Alexándr se interrumpió pronto y por mucho tiempo. El partido lo destinó al frente de la gue-

<sup>18</sup> Sin dedos.

<sup>19</sup> Medida de longitud equivalente a 0,71 m.

rra civil; a Novojopersk, una pequeña ciudad en medio de la estepa.

Zajar Pávlovich pasó veinticuatro horas con Sasha en la estación, en espera de un convoy que pasara por Novojopersk, y se fumó tres libras de mazorca para no ponerse nervioso. Habían hablado ya de todo, salvo de amor. Refiriéndose a éste, Zajar Pávlovich dijo, en tono avergonzado, unas palabras de advertencia:

—Ya eres mayor, Sasha, y lo sabes todo... Lo principal es no meterse adrede en ese asunto, porque es muy engañoso: aunque uno no tiene nada, cree que algo está tirando de él, algo le apetece... Todos los hombres tienen el imperialismo entero metido en los bajos...

Alexandr era incapaz de percibir en su cuerpo el imperialismo. Imaginó que era algo especial y extraño.

Cuando trajeron un tren mixto y Alexandr logró meterse en uno de los vagones, Zajar Pávlovich le pidió desde el andén:

—Escríbeme alguna carta. Para saber que estás vivo y sano, nada más...

—Te escribiré a menudo —respondió Sasha.

La campana de la estación había sonado ya unas cinco veces —tres campanadas cada vez— pero el convoy no acababa de arrancar. Unas gentes desconocidas alejaron a empujones a Sasha de la puerta del vagón, y éste ya no volvió a asomarse.

Zajar Pávlovich se entrusteció y se marchó a casa. Tardó mucho en llegar; se olvidó de encender un cigarrillo por el camino, y ese pequeño fallo le hizo sufrir. Una vez en casa se sentó ante la pequeña mesa del rincón donde siempre se colocaba Sasha y se puso a deletrear el manual de álgebra; aunque no entendía nada, le sirvió para ir consolándose poco a poco.

\*

Mientras Alexandr Dvánov se dirigía a Novojopersk, la ciudad había sido tomada por los cosacos; pero el destacamento del maestro Nejvoraiko había logrado desalojarlos. Novojopersk estaba rodeada de terrenos secos, y sólo la par-

te del río era pantanosa; la dificultad de acceso por esa zona hacía que los cosacos la tuvieran poco vigilada. Pero el maestro Nejvoraiko calzó a sus caballos con *lapti* para que no se ahogaran, y una horaña noche ocupó la ciudad, arrojando a los cosacos al pantanoso valle, en donde hubieron de quedar mucho tiempo porque sus caballos iban descalzos.

Dvánov se presentó en el comité revolucionario y conversó con los que estaban allí. Éstos se le quejaron un poco de que no tenían tela de algodón para hacerles ropa interior a los soldados de la guardia roja, por lo que los piojos formaban capas sobre los cuerpos de éstos; pese a todo, los del comité habían decidido no parar de luchar ni aun cuando la tierra quedara desnuda.

El presidente del comité revolucionario, uno de los maquinistas del depósito, le dijo a Dvánov:

—La revolución es una aventura: si no nos sale, eso querrá decir que los obreros han tenido mala suerte. ¡Arrancaremos entonces la tierra y dejaremos sólo el barro, a ver si se alimentan de él todos esos hijos de puta!

A Dvánov no le encendieron ningún trabajo concreto, y se limitaron a decirle: «Quédate a vivir aquí con nosotros, así estaremos mejor todos. Despues ya veremos qué es lo que añorás más.»

La gente de la edad de Dvánov se pasaba el día en un club situado en la plaza del mercado, leyendo libros revolucionarios. De las paredes, en torno a los lectores, colgaban consignas; a través de las ventanas podía contemplarse el peligroso espacio campestre. Los lectores y las consignas se hallaban desprotegidos: las balas disparadas directamente desde la estepa podían alcanzar las cabezas, inclinadas sobre los libros, de los jóvenes comunistas.

Mientras Dvánov se habituaba a la revolución que peleaba en la estepa y comenzaba ya a querer a sus nuevos compañeros, llegó una carta de la capital de la provincia con la orden de que retornara. Alexandr salió de la ciudad en silencio y a pie. La estación se encontraba a unas cuatro verstas. De todas formas no sabía cómo iba a ir a la capital de provincia, ya que se decía que los cosacos habían tomado la línea del ferrocarril.

Una orquesta que ejecutaba una triste melodía avanzaba por el campo proveniente de la estación: formaba parte de una comitiva que acompañaba el cuerpo ya frío de Nejvorai-ko; éste había sido liquidado por sorpresa y a traición, junto con todo su destacamento, por los acomodados habitantes del arrabal del gigantesco poblado de Peski. Dvánov sintió lástima del muerto porque no le lloraban sus padres sino tan sólo la música; los rostros de los acompañantes —preparados también para morir inexorablemente en la cotidianidad de la revolución— no manifestaban ningún sentimiento.

La ciudad descendía detrás de Dvánov —desde sus ojos, que se volvían de vez en cuando a mirar— hasta el valle. La solitaria Novojopiersk le producía pena a Alexandr, como si, con su marcha, la ciudad se hubiera quedado todavía más indefensa.

Una vez en la estación, Dvánov sintió la angustia del espacio abandonado y cubierto de maleza. Como les sucede a todos los hombres, sentía la atracción de la lejanía de la tierra: era como si todas las cosas remotas e invisibles le echaran de menos y le llamaran.

Diez o más personas desconocidas se hallaban sentadas en el suelo con la esperanza puesta en el tren que iba a llevarles a un lugar mejor. Era gente que sufria sin quejas los tormentos de la revolución y que deambulaba pacientemente por las estepas de Rusia en busca de alimento y salvación. Dvánov salió fuera; vislumbró un convoy militar en la vía quinta y se encaminó hacia él. El tren estaba formado por ocho plataformas con furgones militares y artillería, y dos vagones de pasajeros. Detrás se hallaban enganchados otros dos vagones plataforma con carbón. El jefe del destacamento, tras examinar los papeles de Dvánov, le dejó entrar en uno de los vagones para pasajeros.

—¡Pero sólo vamos hasta el apartadero de Razguliáevski, camarada! —le dijo el jefe—. A partir de ahí no necesitamos tren: ocuparemos nuestra posición en el frente.

Dvánov se conformó con ir a Razguliáiev porque allí estaba más cerca de su casa.

Casi todos los artilleros del Ejército Rojo dormían. Habían estado combatiendo cerca de Balashov durante dos se-

manas y se encontraban muy cansados. Dos de ellos, que ya habían dormido suficientemente, estaban sentados junto a una de las ventanillas y, aburridos de la guerra, tarareaban una canción. El jefe se hallaba tumbado y leía *Las aventuras de un ermitaño amante de lo bello*, editadas por Tik, mientras que el comisario político no paraba de darle al telégrafo. El vagón debía de haber transportado a muchos soldados del Ejército Rojo, quienes, durante los largos viajes en los que afloraban la añoranza y la soledad, habían llenado de frases escritas con lápices de tinta, de los que se utilizaban para escribir cartas a casa desde el frente, las paredes del vagón y los asientos. Dvánov leyó las frases con cordial melancolía. En casa siempre leía el nuevo calendario con un año de adelanto.

«Nuestra esperanza está anclada en el fondo del mar» —había escrito un desconocido militar pasajero, que había añadido el lugar de la reflexión—: «Dzhankói, 18 de septiembre, 1918.»

Estaba anocheciendo, y el tren arrancó sin que hubiera silbido de partida. Dvánov estuvo dormitando en el recalentado vagón y se despertó cuando ya reinaba la oscuridad. Lo que le despertó fue el chirriar de las zapatas de los frenos y otro desconocido e insistente ruido. La ventana se iluminó durante unos instantes, y un proyectil cruzó el aire a poca distancia de la tierra. Estalló en las proximidades del tren, iluminando un rastrojo y el pacífico y nocturno campo. Dvánov se despejó completamente y se levantó.

Tímidamente, el tren dejó de moverse. El comisario salió al exterior, y Dvánov le siguió. Estaba claro que los cosacos disparaban contra la vía férrea; pero como su batería brillaba en un punto cercano, era evidente que lo hacían por encima del blanco. La caldera de la máquina emitía un sonido apenas perceptible; sobre el manómetro lucía, cual lámpara, una pequeña luz.

—¿Por qué habéis parado? —preguntó el comisario.

—Me preocupa la vía, camarada comisario. ¡Como están disparando contra ella y vamos con las luces apagadas podemos descarrilar! —respondió el maquinista, en voz baja, desde arriba.

—¡Tonterías! ¿No ves que rebasan siempre el blanco? —dijo el comisario—. ¡Lo que tienes que hacer es correr mucho y sin demasiado estrépito!

—¡Bueno! —accedió el maquinista—. Pero el fogonero solo no podrá. ¡Dadme soldados para alimentar el fogón!

Dvánov reaccionó inmediatamente y se subió a la locomotora para echar una mano. Un obús estalló delante de la locomotora e iluminó todo el tren. El maquinista palideció, le dio a la manivela del regulador y les gritó a Dvánov y al fogonero:

—¡Mantened la presión!

Alexándr comenzó aplicadamente a echar leña al fogón. La locomotora se puso en marcha a borbotante velocidad. Por delante se extendía una lívida oscuridad y puede que la vía estuviera levantada en medio de la misma. La máquina se bamboleaba tanto en las curvas que Dvánov pensaba que iba a descarrilar. La máquina soltaba vapor brusca y frecuentemente, y el aire tronaba al rozar con el cuerpo en marcha de la máquina. Bajo el monstruo de hierro trepidaban de vez en cuando cortos puentes, y el reflejo del fuego, que salía del abierto fogón, hacía que en lo alto se encendieran las nubes con misteriosa luz. Dvánov comenzó en seguida a sudar; no entendía cuál era la razón por la que el maquinista seguía haciendo correr tanto a la locomotora, porque la batería de los cosacos hacía tiempo que se había quedado atrás. Pero el asustado maquinista pedía sin parar más presión, y él mismo ayudaba a alimentar el fogón; no dejó de mantener completamente abierto el regulador ni por un instante.

Alexándr se asomó al exterior. Hacía tiempo que reinaba el silencio en la estepa, un silencio interrumpido tan sólo por la marcha del tren. Unas luces se aproximaban a toda velocidad por delante: debían de ser las de una estación.

—¿Por qué corre tanto? —le preguntó Dvánov al fogonero, refiriéndose al maquinista.

—No sé —respondió el fogonero sombríamente.

—¡Vamos a provocar un accidente! —dijo Dvánov sin saber qué hacer.

La locomotora temblaba con el esfuerzo; la fuerza que la sofocaba y el exceso de velocidad hacían que se le estreme-

ciera todo el cuerpo y que buscara la manera de arrojarse por el talud. Había momentos en que Dvánov creía que la locomotora había descarrilado ya, mientras que los vagones todavía seguían en la vía y él se estaba muriendo sobre el siniestro polvo de la blanda tierra; era tanto el miedo que Alexándr tenía que había de agarrarse el pecho para sujetar su corazón.

Cuando el tren se saltaba alguna estación Dvánov podía ver cómo sacaban chispas las ruedas al pasar por desvíos y agujas.

La locomotora volvió a ahogarse después en la oscura profundidad del futuro camino y en la rabia de la desenfrenada marcha. Las curvas hacían caer al suelo al equipo de la locomotora; los vagones de atrás casi no marcaban el ritmo de los empalmes de las vías, sino que se saltaban éstos con un auillar de las ruedas.

El ayudante se hartó al parecer de trabajar y le dijo al maquinista:

—¡Pronto llegaremos a Shkárino, Iván Pálich! ¡Paremos a tomar agua!

El maquinista le oyó, pero no dijo nada. Dvánov se dio cuenta de que éste se había olvidado de pensar debido al cansancio, y abrió con cuidado el grifo de debajo del ténder. Quiso con ello gastar agua y obligar al maquinista a que cerrara él mismo la innecesaria fuga del líquido elemento. Pero éste cerró el regulador y se alejó de la ventanilla. Su rostro estaba tranquilo, y se puso a liar un cigarrillo. Dvánov se tranquilizó también y cerró el grifo del ténder. El maquinista sonrió y dijo:

—¿Por qué lo has hecho? Desde el apartadero de Márinski nos viene persiguiendo un blindado de los blancos. ¡Por eso corría tanto!

Dvánov no acababa de entenderle:

—¿Y qué le pasa ahora al blindado? ¿Por qué no disminuyó la velocidad tras dejar atrás la batería, cuando aún no habíamos llegado al apartadero de Márinski...?

—El blindado se ha quedado atrás; ahora podemos ir más despacio —respondió el maquinista—. ¡Súbete encima de la leña y mira atrás!

Alexándr se subió al montículo de leña. La velocidad era todavía muy grande y el viento refrescaba el cuerpo de Dvánov. Todo estaba completamente oscuro tras el tren y no se oía sino el chirriar de los vagones que se apresuraban en pos de la locomotora.

—¿Y por qué se dio tanta prisa en llagar a Márino? —siguió interrogando Dvánov.

—Los de la batería no nos habían visto, pero podían cambiar de blanco: icuanto más nos alejáramos, mejor! —explicó el maquinista. Pero Dvánov imaginó que había tenido miedo.

El tren se detuvo en Shkárimo. El comisario acudió a la máquina y se quedó muy asombrado de lo que le contó el maquinista. La estación de Shkárimo estaba vacía; del surtidor a la máquina pasó la postrer agua. Se acercó un lugareño y, con voz sorda, ya que hablaba contra el viento nocturno, informó de que había patrullas de cosacos en Povórino, con lo que el convoy no podría pasar.

—¡Sólo necesitamos llegar hasta Razguliái! —respondió el comisario.

—¡Ya! —dijo el hombre, y se marchó él dirección al oscuro edificio de la estación.

Alexándr le siguió hasta el interior de aquélla. La sala de espera estaba vacía y triste. En ese peligroso aposento de la guerra civil encontró abandono, olvido y prolongada angustia. El desconocido y solitario personaje que acababa de hablar con el comisario se acostó en un rincón sobre el único banco que quedaba intacto y comenzó a taparse con sus escasas prendas. A Alexándr le interesaba mucho y sinceramente saber quién era y cómo había llegado hasta allí. Se había encontrado antes —cosa que también le sucedió después— con hombres extraños y desconocidos como aquél, que vivían de acuerdo con sus solitarias leyes, pero su alma nunca había sentido necesidad de acercarse a ellos y ponerse a hacerles preguntas, o seguirles y abandonar con ellos el modo de vida establecido. Y tal vez habría sido mejor para Dvánov que en aquel momento, en la estación de Shkárimo, se hubiera acercado a aquel hombre, se hubiera recostado a su lado y, a la mañana siguiente, hubiera desaparecido con él en el espacio estepario.

—¡El maquinista es un cobarde, no había ningún blindado! —le dijo después Dvánov al comisario.

—¡Que se vaya al diablo! ¡De todas formas nos tendrá que llevar! —respondió el comisario tranquilo y fatigado. Volviendo la cara a un lado se dirigió hacia su vagón diciéndose con tristeza mientras caminaba: ¡Ay, Dunia, Dunia mía, ¿cómo mantienes ahora a nuestros hijos?!

Alexándr se encaminó también al vagón sin acabar de entender por qué sufrían tanto los seres humanos: ahí estaba uno tumbado en la vacía estación, y otro que se atormentaba pensando en su mujer.

Una vez en el vagón, Dvánov se tumbó y se durmió. Pero se despertó antes de que amaneciera al percibir el frío soplo del peligro.

El tren se hallaba detenido en medio de la húmeda estepa. Los soldados del Ejército Rojo roncaban y se rascaban los cuerpos mientras dormían; hasta podía oírse el deleitoso chirriar de las uñas contra las endurecidas pieles. El comisario dormía igualmente; se le había arrugado el rostro en una mueca —es posible que antes de conciliar el sueño se hubiera atormentado pensando en su familia abandonada, y se hubiese quedado dormido así, con expresión de desgracia en el rostro. El viento, que no se había apocado, curvaba los últimos tallitos de fría estepa; con la lluvia del día anterior, la tierra virgen se había convertido en espeso lodazal. El jefe estaba tumbado frente al comisario y también dormía; el libro se le había quedado abierto en la página dedicada a Rafael: se decía allí que Rafael era el dios viviente de una primitiva y feliz humanidad, y que había nacido en las cálidas riberas del mar Mediterráneo. Pero Dvánov no logró imaginar en qué consistiría la dicha de aquella época, ya que también entonces soplaría el viento, los campesinos ararían la tierra bajo el sol ardiente, y a los niños pequeñines se les morirían las madres.

El comisario abrió los ojos:

—¿Hemos parado o qué?

—¡Hemos parado!

—¡Llevamos veinticuatro horas y hemos hecho cien versatas, maldita sea! —se enfadó el comisario; y Dvánov le acompañó de nuevo hasta la locomotora.

La locomotora estaba abandonada: no había ni rastro del maquinista ni del fogonero. Delante de la misma —a unos diez u once metros— las vías habían sido levantadas torpemente.

El comisario se puso serio:

—¡Vete a saber si han huido o los han matado! ¿Cómo vamos a seguir ahora?

—¡Está claro que han huido! —dijo Alexandr.

La locomotora estaba todavía caliente, y Dvánov decidió conducir él mismo el convoy a marcha lenta. El comisario aceptó; dio a Dvánov dos soldados para que le ayudaran, y ordenó a los demás que repararan la vía.

El convoy arrancó unas tres horas más tarde. Dvánov vigilaba a la vez el fogón, el agua y el camino y, sin saber por qué, se notaba nervioso. La gran máquina corría dócilmente y Dvánov no la apremiaba excesivamente. Poco a poco se fue armando de valor y comenzó a acelerar la marcha, aunque frenando siempre en las bajadas y en las curvas. Explicó lo que tenían que hacer a los soldados que le ayudaban, y éstos mantenían bastante bien la presión del vapor al nivel necesario.

En el camino encontraron el apartadero abandonado de «Zavalishni»; en el mismo, junto a la caseta del retrete, se hallaba sentado un viejo que comía pan sin ni siquiera alzar la vista para mirar el tren. Dvánov pasó despacio por el apartadero, fijándose mucho en los cambios de agujas, y volvió a acelerar la marcha a continuación. El sol se iba abriendo camino a través de la niebla e iba calentando la húmeda tierra que se había enfriado en el curso de la noche. Los escasos pájaros que había se alzaban sobre los descampados, para desender enseguida y posarse junto a las semillas desprendidas y perdidas que constituyan su alimento.

La vía inició un largo y recto descenso. Dvánov cerró el vapor y dejó que la locomotora corriera por inercia con velocidad creciente.

En ese momento el camino se veía despejado hasta la lejanía, justo hasta el punto en que la pendiente se convertía en subida, en la quebrada de la estepa. Dvánov se tranquilizó y bajó de su asiento para ver cómo trabajaban sus ayudantes y

charlar un poco con ellos. Unos cinco minutos más tarde volvió a su sitio, junto a la ventanilla, y se asomó a ésta. A lo lejos empezaba ahora a vislumbrarse un semáforo, que debía de ser probablemente el de Razguliái; tras el mismo, Dvánov distinguió el humo de una locomotora, pero no le extrañó porque, según noticias que había en Novojopiersk antes de partir, Razguliái estaba en manos soviéticas. Había establecido allí un estado mayor que mantenía comunicación regular con el nudo clave de la gran estación de Liski.

El humo de la locomotora de Razguliái se transformó en nube y Dvánov vio la chimenea de la máquina y la parte de lantera de la misma. «Puede que acabe de llegar de Liski» —pensó Alexandr. Pero avanzaba hacia el semáforo, directamente contra el convoy de Novojopiersk. «Ahora se desviarán en el cambio de aguja y se detendrá» —imaginó Dvánov sin apartar la mirada de aquella locomotora. Pero las rápidas emisiones de vapor de la chimenea ponían de manifiesto el ritmo de trabajo de la máquina: la locomotora marchaba hacia ellos a gran velocidad. Dvánov sacó casi todo el cuerpo por la ventanilla y la miró. La locomotora dejó atrás el semáforo: arrastraba un pesado convoy de mercancías, o militar, por la misma vía en que circulaba la máquina que conducía él. La máquina de Dvánov bajaba la pendiente, y la otra bajaba también la pendiente opuesta; las dos iban a chocar en la hondonada de la estepa, en el lugar donde cambiaba el perfil de la vía. Alexandr se dio cuenta de lo grave de la situación y tiró de la manilla del doble silbato; los dos soldados vieron el tren que iba a su encuentro y comenzaron a agitarse temerosos.

—Ahora voy a reducir la velocidad y entonces saltad! —les dijo Dvánov: de todas formas ya no servía de nada. El freno Westinghouse no funcionaba; Alexandr lo sabía desde el día anterior, cuando aún estaba el viejo maquinista. Lo único que podía hacer era recurrir a la marcha atrás: al contravapor. El tren opuesto había descubierto también el convoy de Novojopiersk y emitía sin parar un prolongado y alarmado pitido. Dvánov enganchó la manilla del silbato a la válvula para que no se interrumpiera la señal de alarma y comenzó a poner la manga de reversión en marcha atrás.

Las manos se le quedaron heladas y movió con gran dificultad el apretado árbol helicoidal. Dvánov abrió a continuación todo el vapor y, desfallecido de agotamiento, se apoyó en el fogón; no había visto cuando habían saltado los soldados pero se alegró de que no estuvieran ya allí.

El convoy empezó a moverse lentamente hacia atrás, la locomotora lo enganchó, patinándole la rueda motriz, luego de que hubiera golpeado la chimenea con el agua.

Dvánov quiso abandonar la locomotora, pero entonces recordó que había hecho saltar las tapas de los cilindros al abrir demasiado bruscamente el contravapor. Los cilindros echaban vapor; los guardapolvos estaban agujereados, pero las tapas de los mismos seguían en su sitio. La locomotora contraria se acercaba muy deprisa: de debajo de sus ruedas salía humo azul producido por el roce de las zapatas de freno; pero el tren era demasiado pesado como para que la máquina sola pudiera sofocar la velocidad del mismo. El maquinista, brusca y apresuradamente, emitió varias series de tres pitidos pidiendo a la brigada del tren que echara los frenos de mano. Dvánov entendió lo que quería el maquinista, pero observó todo como si fuera ajeno a lo que sucedía. La lentitud con que pensaba le ayudó en aquel momento: tuvo miedo de abandonar la locomotora porque, de hacerlo, el comisario político le mataría de un tiro o, si no, le expulsarían del Partido. Alexándr tuvo además en cuenta que ni Zajar Pávlovich, ni mucho menos el padre de Dvánov, habrían abandonado jamás una locomotora recalentada completamente, que, sin maquinista, estaría condenada a perecer.

Dvánov se agarró a la repisa de la ventanilla para aguantar el golpe y se asomó por última vez para ver al contrario. Los hombres se tiraban, desordenadamente e hiriéndose, del otro tren, tratando de salvarse; uno de ellos saltó de la locomotora y se precipitó de brúces por el talud: debía de ser el maquinista o el fogonero. Dvánov volvió la mirada hacia atrás, hacia su tren: no se veía a nadie; debían de estar todos dormidos.

Alexándr entornó los ojos esperando con temor el estruendo del choque. Salió luego corriendo de la cabina sobre sus reanimadas piernas, dispuestas a saltar; se agarró al pasama-

nos de la escalerilla y sólo entonces sintió Dvánov que su conciencia le ayudaba: la caldera iba a explotar ineludiblemente tras el choque y él iba a ser destrozado como si fuera un enemigo de la máquina. Cerca y por debajo de él corría la robusta y sólida tierra en espera de acoger su vida, y que en unos instantes, ya sin él, se quedaría huérfana. La tierra resultaba inalcanzable y se escapaba como si estuviera viva. Dvánov recordó una escena de su infancia y de la infantil angustia que sintió: su madre iba camino del mercado y él, que trataba de seguirla con sus poco avezadas e inseguras pierrecitas, derramaba amargas lágrimas porque creía que se le iba a escapar y no volvería a verla.

El cálido silencio de la oscuridad veló la vista de Dvánov.

—¡Déjame decir algo más...! —exclamó, y desapareció en la angostura de que estaba rodeado.

Volvió en sí lejos y solo; las viejas y secas yerbas le hacían cosquillas en el cuello, y la naturaleza le pareció excesivamente ruidosa. Las dos locomotoras se desgañitaban con sus silbatos y sus válvulas de seguridad; con la sacudida habían saltado los resortes. La locomotora de Dvánov estaba en la vía en posición normal; sólo tenía doblado el bastidor, que, además, se había puesto azul debido a la presión y el recalentamiento bruscos. La locomotora de Razguliái se había inclinado y sus ruedas habían chocado contra el balasto. El segundo y tercer vagón del tren de Novojopiersk se habían encajado en el primero y habían hecho estallar los costados de éste. Las cajas de dos de los vagones del convoy de Razguliái se habían aplastado y habían quedado tendidas sobre la yerba, mientras que los rodamientos de los mismos habían ido a parar al ténder de la locomotora.

El comisario se acercó al lugar en que yacía Dvánov:

—¿Estás vivo?

—Más o menos. Pero, ¿por qué ha sido el choque?

—¡El diablo lo sabe! ¡El maquinista del otro tren dice que se le estropearon los frenos y tuvo que saltarse Razguliái! ¡Ya hemos arrestado a ese cabrón! Y tú ¿por qué no reaccionaste?

Dvánov se asustó:

—Di marcha atrás. Monta una comisión para que compruebe cómo están los mandos...

—¡Qué comisión ni qué leches! ¡Han muerto en total unos cuarenta hombres! ¡Tomar una ciudad entera nos hubiera costado menos bajas! ¡Parece que los cosacos andan por aquí cerca, así que lo vamos a pasar muy mal!

De Razguliái llegó enseguida un tren de socorro con trabajadores y herramientas. Todos se olvidaron de Dvánov, y éste partió a pie en dirección a Liski.

Se encontró por el camino con un hombre tendido. Se iba hinchando a tal velocidad que podía verse el movimiento de su cuerpo al agrandarse; su rostro, en cambio, iba oscureciéndose lentamente, de tal manera que no parecía sino que el hombre se sumergía en la oscuridad; cuando Dvánov vio que el hombre se ponía tan negro, hubo de fijarse incluso en la luz del día para ver si ésta seguía ahí.

El hombre adquirió enseguida tal tamaño que Dvánov llegó a temer que estallara y que el líquido vital del mismo le salpicara, por lo que se apartó de él. Pero el hombre comenzó de pronto a deshincharse, y la piel se le volvió más clara; probablemente había perecido hacía tiempo y dentro de él no se movían sino materias muertas.

Se topó igualmente con un soldado del Ejército Rojo que estaba en cuclillas contemplándose una de las ingles, de la que, cual oscuro mosto de uvas pisadas, brotaba sangre. El soldado, que palidecía por momentos, intentó ponerse en pie con ayuda de una de las manos y, con palabras que le salían cada vez más lentamente, le pidió a la sangre:

—¡Deja ya de salir, maldita! ¡Que me voy a quedar sin fuerzas!

Pero cuando la sangre sintió su propio sabor se hizo más espesa, comenzó a tornarse negra y luego cesó por completo de manar; el soldado cayó boca arriba y dijo en voz baja y con la sinceridad de quien ya no espera respuesta alguna:

—¡Qué tristeza me da estar tan solo!

Dvánov se acercó al soldado, que aún seguía consciente:

—¡Ciérrame la visión! —le dijo a Dvánov mirándole fijamente con ojos que se iban secando, y sin que los párpados le temblaran lo más mínimo.

—¿Por qué? —le preguntó Alexandr, intranquilo a causa de la vergüenza que sentía.

—Me duele... —explicó el soldado, y apretó fuertemente los dientes para cerrar los ojos. Pero los ojos no se le cerraban, e iban poniéndose mustios, perdiendo el color y convirtiéndose en turbio mineral. Sus muertos ojos comenzaron a reflejar nítidamente el movimiento de las nubes en el cielo, como si la naturaleza hubiera regresado al hombre tras desaparecer la vida que le molestaba por serle contraria, y el soldado, para no sufrir, se hubiera acoplado a ella mediante su muerte.

Dvánov evitó entrar en la estación de Razguliái para que no le parara el control que había allí, y se refugió en los espacios poco poblados, donde los hombres vivían desamparados.

Las casillas del ferrocarril, con sus pensativos habitantes, habían atraído siempre a Dvánov; pensaba que, aislados como vivían, los guardavías tenían que ser gente tranquila e inteligente. Se encontró con una de ellas y entró a beber agua; se encontró con los pobres vástagos de los guardavías, que no tenían mas juguetes que su propia imaginación, y hubiera sido capaz de quedarse con ellos para siempre y compartir así su destino. Dvánov pasó la noche en la casilla, pero tuvo que dormir en el pequeño zaguán porque en el cuarto de los guardavías estaba dando a luz la dueña, que se pasó la noche entera gritando en medio de tormentos. El marido, insomne, iba y venía por la casa, pasaba de vez en cuando por encima de Dvánov y murmuraba lleno de asombro:

—Con los tiempos que corren... Con los tiempos que corren...

Temía que, con el infortunio de la revolución, se le muriera enseguida el hijo que iba a nacer. El otro hijo que tenía, de cuatro años de edad, se despertó en varias ocasiones con los fuertes lamentos de la madre; en esas ocasiones se levantaba, bebía agua, salía al patio a orinar y lo miraba todo como si fuera un extraño: entendiéndolo, pero sin aprobarlo. Finalmente, Dvánov acabó durmiéndose de repente y se despertó con la pálida mañana: una triste y prolongada lluvia rumoreaba suavemente en el tejado.

El amo salió de la habitación con aire de satisfacción y le dijo sin más preámbulos:

—¡Ha sido un niño!

—¡Estupendo! —le dijo Alexandr, levantándose de su lecho de paja—. ¡Un ser humano más!

El padre del recién nacido se ofendió:

—¡Éste cuidará vacas! ¡Los seres humanos somos demasiados!

Dvánov salió a la lluvia para proseguir su camino. El niño de cuatro años estaba sentado al otro lado de la ventana y dibujaba con los dedos en el cristal, imaginando algo que no tenía parecido con su vida. Alexandr se despidió de él haciendole una seña con la mano por dos veces, pero el crío se asustó y se bajó de la ventana, con lo quedó fuera de su vista; y nunca más volvió a verle.

—¡Hasta la vista! —le dijo Dvánov a la casa y al lugar en que había pasado la noche, y echó a andar en dirección a Liski.

Tras haber recorrido una versta se encontró con una vivaracha viejecita que llevaba un pequeño ato.

—¡La mujer ha parido ya! —le dijo Dvánov para que no se apresurara tanto.

—¡¿Ya?! —preguntó enseguida la vieja con asombro—. ¡Seguro que es un sietemesino, padrecito! ¡Qué desgracia! ¿Y qué nos ha enviado Dios?

—Un niño —dijo contento Alexandr, como si tuviera que ver algo con el suceso.

—¡Un niño! ¡Seguro que tratará mal a sus padres! —decidió la vieja—. ¡No sabes lo duro que es parir! ¡Si los hombres parieran ya verías como respetarían más a sus mujeres y a sus suegras!

La vieja inició una larga conversación que a Dvánov le resultaba ociosa, y éste la cortó:

—¡Bueno, abuela, que te vaya bien! ¡Para qué pelearnos si ni tu ni yo vamos a parir nunca!

—¡Adiós, querido! ¡Acuérdate siempre de tu madre y no le pierdas nunca el respeto!

Dvánov le prometió que respetaría a sus padres, y con tal muestra de respeto dejó contenta a la viejecita.

\*

En esa ocasión, el camino de vuelta a casa se le hizo largo a Alexandr. Caminaba inmerso en la gris tristeza del nublado día con la vista baja, hacia la tierra otoñal. El sol aparecía de vez en cuando en el cielo y posaba su luz sobre la yerba, la arena y el barro muerto, e, inconscientemente, intercambiaba afecto con ellos. A Dvánov le gustaba esa amistad muda del sol y el estímulo que su luz suministraba a la tierra.

En Liski se metió en un tren que iba a Tsaritsin y que llevaba marineros y chinos. Los marineros retrasaron la salida del tren para propinarle una paliza al gerente del punto de suministro por haberles dado una sopa tan escueta, tras lo cual partió el convoy con toda normalidad. Los chinos se comieron la sopa de pescado que habían rechazado los marineros rusos, recogieron luego con pan toda la alimenticia impregnación de las paredes de los cubos de la sopa y dijeron a los marineros, respondiendo a una pregunta de éstos acerca de la muerte: «¡Nos gusta la muerte! ¡Nos gusta mucho!» Despues, ya saciados, los chinos se tumbaron y se durmieron. Esa noche, el marinero Kontsov, a quien los pensamientos no dejaban dormir, sacó la boca del fusil por la rendija de una puerta y comenzó a disparar contra las luces de las viviendas y las señales ferroviarias que iban surgiendo en el recorrido; Kontsov temía morir en vano por ir a defender a la gente, y eso hacía que quisiera hacerla sufrir con sus propias manos, para sentirse así obligado previamente a luchar por ella. Una vez hubo disparado, Kontsov, satisfecho, se durmió enseguida y estuvo durmiendo a lo largo de cuatrocientas verstas, aunque Alexandr no lo vio porque ya hacía tiempo que había abandonado el vagón, cosa que sucedió a la mañana del segundo día.

Dvánov abrió la portezuela del patio de su casa y sintió alegría al contemplar el viejo árbol que se erguía cerca del zaguán. El árbol estaba lleno de heridas y de cortes, porque la gente solía clavar el hacha en su tronco cuando paraba de cortar leña; aun así seguía vivo y conservaba la verde pasión del follaje en sus enfermas ramas.

—¿Has vuelto, Sasha? —preguntó Zajar Pávlovich—. ¡Qué bien que hayas vuelto, me sentía muy solo! Me pasaba las noches recostado en la cama, sin dormir, con el oído atento

por si venías. Incluso dejaba la puerta abierta para que, si venías, no tuvieras que llamar...

Los primeros días de su estancia en casa Alexándr sentía frío y se los pasó acostado sobre el horno, mientras Zajar Pávlovich permanecía sentado abajo y dormitaba.

—¿Quieres algo, Sasha? —le preguntaba de vez en cuando Zajar Pávlovich.

—No, no quiero nada —respondía Alexándr.

—Pensé que a lo mejor te apetecía comer algo.

Al cabo de poco tiempo, Dvánov no podía ya oír las preguntas de Zajar Pávlovich ni tampoco ver cómo lloraba éste por las noches con la cara vuelta hacia la estufa sobre la que se calentaban los calcetines de Alexándr. Dvánov había enfermado de tifus, y la infección, produciéndole recaída tras recaída, no había abandonado el cuerpo del enfermo durante ocho meses; el tifus dio paso, después, a una pulmonía. Alexándr yacía olvidado casi por completo de su vida; sólo oía —y recordaba— los silbidos de las locomotoras durante las noches de invierno; hasta la indiferente mente del enfermo llegaba a veces el sordo tronar de la lejana artillería, pero enseguida volvía a sentir tan solo mucho calor y alboroto en la estrechez de su cuerpo. Cuando Dvánov volvió en sí se encontró tendido, vacío y reseco; no sentía nada que no fuera su piel apretándose contra el lecho, porque parecía que podía salir volando tal y como surcan el espacio, con el viento, los minúsculos, ressecos y ligeros cadáveres de las arañas.

Antes de Pascua Zajar Pávlovich construyó para su hijo adoptivo un ataúd —fuerte, precioso, con collarines de tubo y remaches— como postre regalo de padre-artesano. Zajar Pávlovich quería conservar a Alexándr en aquel ataúd: si no vivo, al menos íntegro para la memoria y el amor. Zajar Pávlovich tenía pensado desenterrar a su hijo cada diez años, para verlo y sentirse cerca de él.

Dvánov salió de casa con el comienzo del verano; el aire le pareció pesado como el agua, el sol ruidoso debido al ardor de su fuego, y el mundo entero fresco, lacerante y embriagador dado lo débil que estaba. La vida comenzó a brillar de nuevo ante él: Dvánov tensó su cuerpo; su pensamiento reverdeció al calor de la fantasía.

Sonia Mándrova, una chica conocida, contemplaba a Alexándr desde detrás de la cerca. La muchacha no entendía por qué no había muerto Sasha siendo que tenía ya ataúd.

—¿No te has muerto? —preguntó.

—No —le dijo Alexándr—. ¿También tú estás viva?

—Sí, estoy viva. Los dos vamos a seguir con vida. ¿Estás bien ya?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también. ¿Y por qué estás tan flaco? La muerte vino a visitarte y tú no la dejaste entrar, ¿verdad?

—¿Preferirías que hubiera muerto? —preguntó Alexándr.

—No sé —respondió Sonia—. Hay demasiada gente; alguna muere, pero siempre queda.

Dvánov la invitó a que pasara a su patio; la descalza Sonia saltó la cerca y tocó tímidamente a Alexándr ya que le había olvidado durante aquel invierno. Dvánov le contó lo que había visto en sueños durante su enfermedad y lo triste que se sentía en la oscuridad del sueño: no había nadie por ninguna parte, con lo que ahora sabía ya cuán poca gente había en el mundo. Cuando fue por el campo cerca del frente de guerra también se había topado con pocas casas.

—Lo de que no sabía te lo he dicho sin querer —le comentó Sonia—. Si hubieras muerto habría llorado mucho. Antes que morir habría preferido que te fueras lejos; al menos así podría pensar que vivías entero...

Alexándr la miró asombrado. Aunque Sonia había comido poco durante ese año, había crecido. El cabello se le había vuelto más oscuro, el cuerpo se le había hecho prudente de movimientos, y Alexándr sentía vergüenza en presencia de la chica.

—¿No sabes que ahora estudio en los cursos, Sasha?

—¿Y qué os enseñan ahí?

—Todo lo que no sabemos. Hay un profesor que dice que somos masa asquerosa y que va a convertirnos en tarta dulce. No importa que diga eso si, a cambio, nos enseña política, ¿verdad?

—¡Así que eres masa asquerosa!

—Sí. Pero pronto no lo seré, y tampoco los demás, porque voy a hacerme maestra de niños, y ellos entrarán en razón

desde pequeños. Y ya nadie podrá ofenderles diciendo que son masa asquerosa.

Dvánov le tocó una mano para acostumbrarse de nuevo a Sonia, y ella le ofreció también la otra.

—Así te pondrás bien antes —dijo ella—. Tú estás frío y yo caliente. ¿Lo notas?

—Ven a vernos esta noche, Sonia —dijo Alexandr—. Me canso de estar solo.

Sonia acudió al anochecer; Sasha dibujó para ella, y Sonia le enseñó a hacerlo mejor. Zajar Pávlovich, a hurtadillas, sacó el ataúd al patio e hizo leña con él. «Ahora habrá que hacer una cuna para el niño —pensó—. ¿Dónde podría conseguir muelles de hierro elásticos? En el depósito no tenemos; los que hay sólo sirven para locomotoras. Si Sasha tiene hijos con Sonia, yo los cuidaré. Sonia se hará mayor pronto: iy que viva, que también es huérfanita!»

Cuando se hubo marchado Sonia, Dvánov sintió miedo y se acostó enseguida con el propósito de dormir hasta la mañana para ver entonces el nuevo día y olvidarse de la noche. Pero, una vez acostado, veía la noche con los ojos abiertos; la reforzada y agitada vida no se le quería apaciguar en el interior de su cuerpo. Dvánov imaginó la oscuridad tendida sobre la tundra y a los hombres que, expulsados de los lugares cálidos del globo terráqueo, se habían trasladado a vivir ahí. Dichos hombres habían construido un pequeño ferrocarril para el transporte de la madera destinada a construir sus viviendas, viviendas que reemplazaban al veraniego clima perdido. Dvánov se imaginó a sí mismo como maquinista de ese ferrocarril dedicado al transporte de madera, y llevando troncos para la construcción de nuevas ciudades; realizó mentalmente toda la actividad de un maquinista: cruzó extensiones despobladas, tomó agua en estaciones, hizo silbar la locomotora en medio de una tormenta de nieve, frenó, conversó con el fogonero y, finalmente, una vez llegado a la estación terminal situada en la costa del Ártico, se durmió. Vio en sueños unos árboles gigantescos que se habían desarrollado en árido suelo, un espacio aéreo que oscilaba ligeramente en torno a él, y un desierto camino que desaparecía pacientemente en la lejanía. Dvánov sintió envi-

dia de todo aquello: deseó apoderarse de esos árboles, del aire y del camino para guardarlos dentro de sí y, protegido por ellos, no morir nunca. Dvánov quiso recordar aún algo más, pero el esfuerzo era más fuerte que el recuerdo, y el cambio que se produjo en su conciencia en el curso del sueño hizo que desapareciera el pensamiento, cual pájaro que alza el vuelo al ponerse en marcha la rueda sobre la que está posado.

\*

Durante la noche se levantó viento y refrescó toda la ciudad. En muchas de las casas comenzó a hacer frío, y los niños hubieron de hacerle frente apretándose, para calentarse, contra los ardientes cuerpos de sus madres enfermas de tifus. La mujer de Shumilin, el presidente del Comité Ejecutivo de la provincia, tenía también tifus, y sus dos hijos se le habían apretado por ambos lados para dormir calientes; mientras tanto, Shumilin, iluminándose con un hornillo de petróleo que había colocado sobre la mesa —no tenía lámpara y la electricidad estaba además cortada— diseñaba un motor a viento que tiraría de la cuerda del arado para labrar la tierra y sembrar el grano. La provincia se había quedado sin caballos, por lo que no se podía esperar nacieran potros y se convirtieran en fuerza de tiro: así que era totalmente imprescindible buscar solución en la ciencia.

Una vez hubo terminado el pleno, Shumilin se recostó en el diván, se acurrucó bajo el abrigo para armonizar con la pobreza general del país de los soviets —que no disponía de artículos de primera necesidad— y se durmió pacíficamente.

A la mañana siguiente Shumilin pensó en que las masas de la provincia podían haber inventado ya algo, que tal vez el socialismo habría comenzado casualmente en alguna parte, porque, debido al miedo a las desgracias y a la necesidad de hacer frente a la indigencia, la gente no podía hacer otra cosa que unirse. La mujer miraba a su marido con ojos blancos, destenidos por el tifus, y Shumilin volvió a ocultarse bajo su abrigo.

—Es necesario comenzar el socialismo lo antes posible —se susurraba a sí mismo para tranquilizarse—. Es preciso, o ella morirá.

Los niños también se habían despertado, pero no habían abandonado el calor del lecho y trataban de dormirse de nuevo para no sentir el hambre.

Shumilin se vistió cuidadosamente y se fue al trabajo. Al partir le prometió a su mujer que volvería temprano a casa —de todas formas, eso lo hacía a diario y siempre volvía cuando ya era de noche.

Unas gentes pasaron por delante del Comité Ejecutivo de la provincia; llevaban la ropa cubierta de barro como si procedieran de aldeas situadas en las cañadas y se marchasen ahora lejos sin haberse limpiado.

—¿Adónde vais? —preguntó Shumilin a los caminantes.

—Nosotros? —le respondió un viejo que había comenzado a disminuir de estatura debido a la falta de esperanza que había en la vida—. Vamos sin rumbo, hasta donde nos paren. Si nos das la vuelta, caminaremos hacia atrás.

—Entonces será mejor que sigáis hacia adelante —les dijo Shumilin; una vez en su despacho recordó que un libro científico que había leído decía que con el aumento de la velocidad, la fuerza de gravitación y el peso del cuerpo y de la vida disminuían, y que ésa era, por tanto, la razón por la cual, en la desgracia, los hombres procuraban moverse. Eso era precisamente lo que hacía que los peregrinos y vagabundos rusos deambularan sin parar, ya que así, con la marcha, lograban diluir el peso de su ardiente alma popular. Desde la ventana del Comité Ejecutivo de la provincia se divisaban los descalzos campos sin sembrar; de vez en cuando aparecía en la lejanía un hombre solitario que, posando la barbilla sobre su báculo, contemplaba fijamente la ciudad y desaparecía después en algún despeñadero: viviría allí, en la oscuridad de su jata, seguro que con la esperanza puesta en algo.

Shumilin le habló por teléfono al secretario del Comité Provincial acerca de la preocupación que tenía: Por los campos y por la ciudad deambulaba gente que pensaba en algo y que algo deseaba y, sin embargo, el Comité les estaba dirigiendo desde una habitación. ¿No sería hora de enviar a la

provincia a un joven ética y científicamente preparado para que viera si había elementos socialistas en la vida de la misma, dado que las masas tenían también sus propios deseos y podían haber inventado vidas de fabricación casera, fundamentalmente porque no estaban todavía acostumbrados a recibir ayuda? ¡Había que determinar los puntos clave en el centro de la pobreza, para sacarlos inmediatamente, y el Comité nunca encontraba tiempo para hacerlo!

—¡Bueno, adelante! —le dijo el secretario, dándole la razón—. Yo te buscaré al joven que necesitas, y tú le das instrucciones.

—Tráemelo hoy mismo —pidió Shumilin—. Mándalo a mi casa.

El Secretario dio instrucciones para que bajara la orden hasta el último escalón de la organización, y se olvidó del tema. El oficinista de la sección de organización no podía cursar ya la orden del secretario hacia las profundidades del aparato del Comité Provincial y decidió pensar por su cuenta: ¿a quién podría mandar de inspección por la provincia? No había nadie: todos los comunistas estaban actuando. En las listas sólo quedaba un tal Dvánov, que había sido reclamado en Novojopiersk para la tarea de reparación de las conducciones de agua; pero en su historial había un documento certificando enfermedad. «Si no ha muerto, lo envío a él» —decidió el oficinista, y fue a informar al secretario del Comité Provincial acerca de Dvánov.

—No es un miembro destacado del partido —dijo el oficinista—. Aquí no ha habido nada en lo que destacar. Cuando haya cosas importantes la gente se destapará haciéndolas, camarada secretario.

—De acuerdo —respondió el Secretario—. Dejemos que los jóvenes inventen grandes cosas y se desarrolleen con ellas.

Al anochecer Dvánov recibió un despacho: que se presentara inmediatamente ante el Presidente del Comité Provincial para charlar acerca de los indicios de espontáneo florecimiento del socialismo entre las masas. Dvánov se levantó y se dispuso a partir a caballo de sus desentrenadas piernas. Sonia volvió de sus clases con un cuaderno y una bardana; había cogido la bardana porque la piel interior de la misma era

blanca, y por las noches la peinaba el viento y la iluminaba la luna. Sonia solía contemplar aquella bardana desde la ventana de su casa cuando su juventud no la dejaba dormir; así que había entrado ahora en el erial y la había cogido. Tenía en su casa muchas plantas; sobre todo siemprevivas, que brotaban en las tumbas de los soldados.

—Sasha —dijo Sonia—, pronto nos llevarán a las aldeas a enseñar a la infancia a leer y a escribir. Pero a mí me gustaría trabajar en una tienda de flores.

Alexándr le respondió a eso:

—A las flores las quiere casi todo el mundo, pero casi nadie quiere a los niños ajenos. A los niños sólo los quieren sus padres.

Sonia no podía comprenderle: estaba todavía repleta de sensaciones de la vida que no le permitían pensar correctamente. Y se alejó de Alexándr enfadada.

Dvánov no sabía con exactitud dónde vivía Shumilin. Y se metió, en un principio, en el patio de un edificio en el que supuso vivía Shumilin. En el patio había una jata en la que habitaba el conserje; ya estaba anocheciendo y éste se hallaba acostado con su mujer en el catre de encima del horno; la mesa tenía puesto el mantel, y sobre ella habían dejado pan para las visitas imprevistas. Dvánov entró en la jata y fue como si lo hiciera en una aldea: oía a paja y a leche, y a ese calor satisfecho en el que había sido concebida toda la población campesina rusa. Seguro que el dueño le estaba hablando en susurros a su mujer de los problemas vecinales.

Con los nuevos tiempos el conserje figuraba como sanitario del edificio, en lugar de como conserje, para que no sintiera herida su dignidad. En aquellos días el portero figuraba como enfermero del edificio para no humillar su dignidad; ante la petición de Dvánov de que le dijera dónde vivía Shumilin, el enfermero se calzó las botas de fieltro y cubrió su ropa interior con un capote:

—Voy a pasar un poco de frío en aras del Estado, Polina; no te duermas hasta que vuelva.

A esa hora Shumilin estaba dando de comer a su mujer enferma unas patatas chafadas que tenía en un platito; la mujer masticaba débilmente la comida y con una mano acaricia-

ba tristemente a su hijo de tres años que se había acurrucado a su lado.

Dvánov preguntó a Shumilin qué era lo que necesitaba.

—Espera que termine de dar de comer a mi mujer —pidió Shumilin y, una vez hubo terminado lo que estaba haciendo, le dijo—: Tú mismo averiguarás qué es lo que necesitamos, camarada Dvánov. Yo mismo trabajo de día y por la noche he de darle de comer a mi mujer. Tenemos que aprender a vivir de otra manera...

—Lo que hace tampoco está mal —le respondió Dvánov—. Cuando estuve enfermo me gustaba que Zajar Pávlovich me diera de comer.

—¿Qué es lo que te gustaba? —preguntó Shumilin.

—El hecho de que alguien diera la comida en la boca a otro.

—¡Ah, bueno! —dijo Shumilin, sin compartir la opinión de Dvánov. Y le pidió a continuación a éste que recorriera la provincia a pie y observara cómo vivía la gente; era muy probable que los pobres se hubieran juntado por sí solos y hubieran organizado su propio socialismo.

—Nosotros trabajamos aquí como funcionarios —prosiguió con su idea, afligido, Shumilin—, mientras que en la provincia las masas lo que hacen es vivir. Me temo, camarada Dvánov, que no tardará en nacer allí el comunismo: la camaradería es el único recurso que tienen las masas para defenderse. Ve a mirar lo que sucede.

Dvánov se acordó de las distintas personas que había visto deambulando por los campos y pernoctando en las vacías casas del frente; tal vez esas personas se hubieran agrupado en algún oculto barranco a cubierto del viento y del Estado, y vivieran contentas en amistad. Dvánov aceptó ir a buscar el comunismo en la actividad que la población desarrollaba por iniciativa propia.

—Me voy, Sonia. ¡Adiós! —le dijo a la chica a la mañana siguiente.

La joven, que estaba lavándose en el patio, se subió a la cerca.

—Yo también me voy, Sasha. Klusha me ha echado de casa otra vez. Y prefiero vivir sola en la aldea.

Dvánov sabía que Sonia vivía en casa de la tía Klusha —una conocida suya— y que no tenía padres. ¿Cómo iba a vivir sola en la aldea? Pero resultó que los cursos que recibía Sonia y sus amigas concluyeron anticipadamente; en las aldeas iban apareciendo bandas formadas fundamentalmente por analfabetos y para combatirlas había que enviar allí —además de destacamentos del Ejército Rojo— maestras.

—Tú y yo nos volveremos a ver una vez hecha la Revolución —le dijo Dvánov.

—Nos veremos —confirmó Sonia—. Dame un beso en la mejilla, y yo te daré otro en la frente: he visto que la gente se despide siempre así, y yo no tengo nadie más de quién despedirme.

Dvánov rozó con los labios la mejilla de la chica y, a su vez, sintió en la frente la seca coronita de los labios de ella. Sonia se volvió de espaldas y comenzó a acariciar la cerca con mano angustiada e insegura.

Dvánov quiso ayudarla, pero lo único que hizo fue inclinarse hacia ella; hasta él llegó el olor a yerba seca que desprendían los cabellos de Sonia. En ese instante la joven se volvió, habiendo recobrado el ánimo.

Zajar Pávlovich, que se hallaba en el umbral de la casa con una inacabada maleta de chapa en la mano, evitaba parpadear para que no se le saltaran las lágrimas.

\*

Dvánov recorrió la provincia por caminos de distritos y comarcas. Se mantenía cerca de los centros habitados, por lo que se veía obligado a no salirse de valles y quebradas. Cuando Dvánov subía a la línea divisoria de aguas de algún cauce ya no divisaba ni una sola aldea, ni veía humear en el cielo ninguna chimenea de estufa; a esa altura de la estepa apenas se cultivaba grano, crecía yerba inútil y muchas malas yerbas daban cobijo y alimentación a pájaros e insectos.

Vista desde una línea divisoria de aguas, Rusia le parecía a Dvánov deshabitada; y, sin embargo, en la profundidad de las cañadas y a orillas de los riachuelos encontraba aldeas: pudo comprobar que los seres humanos se establecían si-

guiendo las huellas del agua, que vivían prisioneros de los pozos de agua. En un principio, Dvánov no descubrió nada especial en la provincia; toda le pareció igual, cual visión de una imaginación pobre; pero una noche no tuvo dónde pernoctar y hubo de quedarse, entre cálidas malas yerbas, en lo alto de una divisoria de aguas.

Dvánov se tumbó y escarbó un poco la tierra con los dedos: el suelo era bastante fértil y, sin embargo, no se cultivaba; Alexandr pensó que en la zona no debía haber caballos para hacerlo, y se durmió. Se despertó con el alba sintiendo la pesadez de otro cuerpo y sacó su revólver.

—No te asistes —le dijo el hombre que se había acurrucado junto a él—. Tenía frío mientras dormía, me desperté, vi que estabas aquí y pensé que podríamos dormir apretados el uno contra el otro para darnos calor.

Dvánov se abrazó a él y ambos entraron en calor. Durante la mañana, Alexandr, sin separarse del hombre, le preguntó en un susurro:

—¿Por qué no se labra aquí la tierra? ¡El suelo es fértil! ¿Qué pasa, no hay caballos?

—Espera —le respondió, con voz un poco ronca de fumador empedernido, el caminante al que había acogido—. Te lo diría con gusto, pero no puedo porque mi mente no funciona sin alimento. Antes éramos personas, pero ahora no somos más que bocas. ¿Has comprendido lo que quiero decir?

—No, ¿quéquieres decir? —preguntó Dvánov desconcertado—. ¿Te has pasado la noche calentándote a mi lado y ahora te enfadas?

El caminante se puso en pie.

—¡Porque era de noche, hombre torpe! Y la desgracia humana sigue la marcha del sol; se mete en el hombre al anochecer y lo abandona por la mañana. Yo tenía frío por la noche y no lo tengo por la mañana.

Entre los restos de sus bolsillos Dvánov guardaba un poco de pan sin corteza.

—Come para que tu cerebro se transforme en barriga —le dijo entregándole el pan—. Ya me enteraré por mi cuenta de lo que necesito saber.

Hacia las doce de ese día Dvánov halló una alejada aldea situada en un barranco con agua y dijo en el sóviet de la misma que se proyectaba instalar a los colonos de Moscú en las tierras esteparias del entorno.

—Pues que los instalen —aprobó el presidente del Sóviet—. De todas formas acabarán muriendo; ahí no hay agua ni para beber, y Moscú queda muy lejos. Tampoco nosotros hemos tenido apenas que ver con las tierras de Moscú... Pero si en ese barbecho de Moscú hubiera agua, lo trabajariamos gustosamente...

Después, Dvánov se fue adentrando cada vez más en la parte más lejana de la provincia y no sabía dónde parar. Pensaba que habría socialismo cuando el agua brillase en lo alto de las resacas líneas divisorias.

Pronto se abrió ante su mirada el estrecho valle de un antiguo río, cuyo cauce estaba seco desde hacía tiempo. El valle estaba ocupado por Petropávlovka, un poblamiento que era como un immense rebaño de ávidas casas amontonadas en torno a un estrecho abrevadero.

En la calle de Petropávlovka Dvánov descubrió grandes rocas de aluvión que habían sido arrastradas hasta allí en la época de los glaciares. Se hallaban tendidas ahora delante de las jatas y servían de asiento a los viejos.

Dvánov recordó esas rocas más tarde, cuando ya se hallaba sentado en el Sóviet de Petropávlovka. Había acudido al Sóviet en busca de cobijo donde pasar la noche que se avecinaba y para escribirle una carta a Shumilin. Dvánov no sabía cómo se solían empezar las cartas e informó a Shumilin de que la naturaleza no tenía ningún poder excepcional de creación, sino que se salía con la suya a base de paciencia: hasta Petropávlovka habían llegado, procedentes de Finlandia y habiendo tenido que cruzar los llanos y la triste longitud del tiempo, incluso rocas de aluvión arrastradas por las lenguas de los glaciares. Había que extraer agua de las escasas quebradas esteparias y de las profundidades de la tierra, para enviarla hasta la alta estepa y fundar allí una vida nueva. Tarea sin duda más fácil que traer a rastras desde Finlandia una roca de aluvión.

Mientras Dvánov escribía sentado ante una mesa, un cam-

pesino con rostro de tenacidad y una barbita espiritual que se arreglaba él mismo, estaba esperando algo.

—¡Cómo os esforzáis! —le dijo a Dvánov aquel hombre, que tenía el convencimiento de que todo el mundo estaba equivocado.

—¡Nos esforzamos! —le respondió Dvánov, que había comprendido lo que el otro quería decir—. ¡Vamos a lleváros a la estepa a ver si os aclaráis con el agua limpia!

El campesino se raspó la barba con voluptuosidad.

—¡No me digas! ¡Así que ahora habéis venido los listos!

¡Claro, nosotros solos no sabemos cómo llenar el estómago!

—¡Pues no, no sabéis! —suspiró Dvánov con indiferencia.

—¡Largo de aquí, chalado! —le gritó al campesino el presidente del Sóviet desde otra mesa—. ¡Si eres Dios, ¿qué necesidad tienes de hablar con nosotros?!

Y es que el campesino en cuestión se creía Dios y pensaba que lo sabía todo. Eso le había llevado a abandonar la labranza y a alimentarse directamente de tierra. Decía que si el pan salía de la tierra, ésta tenía que alimentar por sí sola, y que lo único que hacía falta era acostumbrar el estómago a ella. La gente pensó que no tardaría en morir, pero seguía vivo y sacándose de vez en cuando, delante de todos, el barro que se le había quedado atascado en los dientes. Por eso se le respetaba un poco.

Cuando el secretario del Sóviet y Dvánov iban camino del alojamiento de éste, se encontraron con Dios, que se hallaba en el umbral de su casa temblando de frío.

—Oye Dios —le dijo el secretario—, lleva al camarada a casa de Kuzia Pogankin; dile que lo envía el Sóviet, ique le toca a él!

Dvánov se fue con Dios.

Por el camino se cruzaron con un campesino de mediana edad que le dijo a Dios:

—¡Hola, Nikánovich! ¡Ya es hora de que dejes de ser Dios y te conviertas en Lenin!

Pero Dios se contuvo y no devolvió el saludo.

Sólo después de que se hubieran alejado, Dios suspiró y dijo:

—¡Menudo pueblo!

—¿Qué —le preguntó Dvánov—, no reconoce en ti a Dios?

—No —admitió abiertamente Dios—. Estas gentes ven con los ojos, tocan con las manos, pero no creen. En cambio reconocen al sol aunque no lo hayan alcanzado nunca. ¡Ojalá se les consuma hasta la raíz, hasta que se les caiga la corteza!

Dios paró a Dvánov delante de la *jata* de Pogankin y se dio la vuelta sin despedirse.

Dvánov no le dejó marchar:

—Espera, ¿qué vas a hacer ahora?

Dios miró sombríamente en dirección al espacio aldeano, en el que era una persona solitaria.

—Una de estas noches les anunciaré que les quitan las tierras. Se asustarán tanto que me creerán.

Dios se recogió espiritualmente y guardó silencio durante un minuto.

—Y a la noche siguiente se las devolveré: así tendré derecho a la gloria bolchevique.

Mientras Dios se iba, Dvánov le siguió con la mirada sin reprobación alguna. Dios se alejaba sin elegir camino, sin gorro, sin abrigo y descalzo; su alimento era el barro y su esperanza una quimera.

Pogankin recibió secamente a Dvánov: estaba aburrido de tanta miseria. Sus hijos habían envejecido en los años de hambruna y, como los adultos, no pensaban más que en conseguir pan. Las dos niñas parecían ya mujeres: llevaban faldas largas y chaquetones de su madre, horquillas en el pelo y no hacían más que chismorrear. Resultaba extraño ver a aquellas diminutas y avispas mujeres, preocupadas y actuando con total sensatez, que, sin embargo, aún no tenían sentido de la procreación. Tal carencia convertía a las niñas, a los ojos de Dvánov, en penosos y apocados seres.

Al anochecer, Varia, que tenía doce años, preparó hábilmente una sopa de peladuras de patatas, más una cucharada de mijo.

—¡A cenar, papá! ¡Baja del horno! —le dijo a su padre—. Llama a los chicos, mamá. ¡Ahí congelándose en el patio, con caras azules de payasos!

Dvánov sintió vergüenza: ¿qué sería de esa Varia con el tiempo?

—Y tú no mires —dijo Varia dirigiéndose a Dvánov—. ¡Yo no puedo dar de comer a todo el mundo! ¡Aquí ya somos un montón!

Varia se recogió el pelo y se alisó el chaquetón y la falda como si debajo de ellos escondiera algo de qué avergonzarse.

Dos muchachos con los mocos colgando entraron en la casa; el hambre era ya habitual en ellos, pero, aun así, su niñez les hacía ser felices. No sabían que estaba habiendo una revolución, y las peladuras de patata eran el único alimento que conocían.

—¡Cuántas veces os he dicho que volváis antes?! —gritó Varia a sus hermanos—. ¡Quitaos inmediatamente la ropa, que no tenéis otra!

Los chicos se despojaron de sus viejos abrigos de piel de cordero, pero debajo de los mismos no llevaban pantalones ni camisas. Desnudos como estaban, se subieron al banco de junto a la mesa y se sentaron en cucillas. Su hermana debía tenerles acostumbrados a tal ahorro de ropa.

Varia recogió los andrajosos abrigos, los apiló en un rincón y comenzó a repartir las cucharas.

—Seguid a vuestro padre y no os coleís! —ordenó Varia a sus hermanos respecto al ritmo de las cucharadas, y se sentó después en un rincón con la mejilla apoyada en la palma de la mano: el ama de la casa siempre comía después de que lo hubieran hecho los demás.

Los chicos observaban al padre con ojos avizores: apenas sacaba éste su cuchara del cuenco metían inmediatamente y al tiempo las suyas y engullían la sopa en un santiamén. A continuación, se ponían de nuevo al acecho cuchara en ristre.

—¡Que os voy a dar, eh! —amenazaba Varia a sus hermanos cuanto intentaban meter sus cucharas en el cuenco al tiempo que el padre.

—¡Padre saca sólo del fondo, Varia! ¡No le dejes! —dijo uno de los muchachos, acostumbrado a la estricta justicia de su hermana.

Hasta Pogankin le tenía cierto miedo a Varia, por lo que comenzó a sacar cucharadas menos consistentes.

Tras la ventana, maduraban en el cielo —tan distinto a la tierra— las atractivas estrellas. Dvánov localizó la estrella polar y se preguntó por cuánto tiempo tendría que soportar ésta su existencia; también él tendría que sobrellevar la suya durante un largo trecho.

—¡Mañana cabalgarán otra vez los bandidos! —dijo Pogankin mientras masticaba, y dio un cucharazo en la frente a uno de los muchachos que había sacado de pronto un trozo de patata.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dvánov.

—Hay muchas estrellas: ilos caminos se pondrán duros! Aquí hay paz cuando los caminos están embarrados. ¡Cuando se aprietan suele empezar la guerra!

Pogankin dejó su cuchara sobre la mesa; intentó eructar, pero no lo logró.

—¡Venga, agarrad! —autorizó a sus hijos. Y estos la emprendieron con las sobras del cuenco.

—¡Con esta comida estoy sin hipo desde hace un año! —le dijo Pogankin, muy serio, a Dvánov—. ¡Cuando antes comía, uno se lo agradecía a los padres no parando de hipar en toda la tarde! ¡Estaba todo de rechupete!

Dvánov se acostó para dormirse y llegar lo antes posible al día siguiente. Por la mañana iría a coger el tren para volver a casa.

—La vida que lleváis aquí debe de ser bastante triste —comentó Dvánov, preparado ya para recibir al sueño.

Pogankin le dio la razón:

—Pues, sí. ¿De dónde quieres que saquemos la alegría? La vida es triste en todas las aldeas. Por eso la gente se multiplica y sobra, por aburrimiento. Si los hombres tuvieran algo que hacer no se dedicarían a torturar a las mujeres.

—¡Pues deberíais trasladarlos a la zona alta, a las tierras fértils! —se le ocurrió a Dvánov—. Allí se puede vivir bien, y así os aumentara la alegría.

Pogankin se quedó pensativo.

—¡Ni hablar! ¿Cómo voy a moverme con la prole que tengo? Vamos chicos, vaciad las vejigas para la noche...

—¿Pero por qué no? —siguió inquiriendo Dvánov—. Si no lo hacéis os quitarán de nuevo las tierras.

—¿Cómo? ¿Ha salido la orden?

—Ha salido —dijo Dvánov—. No podían dejarse perder las mejores tierras. Todo el tinglado de la revolución se ha montado por la tierra; os la dan, y ahora casi no produce. Así que la van a entregar a colonos de fuera, que la montarán como a las yeguas... Excavarán pozos, levantarán aldeas en el secano, y la tierra dará fruto. Vosotros sólo vais a la estepa de visita...

Pogankin se inquietó profundamente: Dvánov había dado en la diana de sus temores.

—¡Es que esa tierra es muy buena! —dijo Pogankin, enviando lo que era suyo—. Da lo que se quiera. Pero, ¿es que el poder Soviético juzga por el celo?

—Claro —sonrió Dvánov en la oscuridad—. Los colonos que van a a venir son campesinos como tú. Pero como cuidan la tierra mejor, se les dará a ellos. Al poder soviético le gusta que haya cosechas.

—Eso si que es verdad —dijo con pena Pogankin—. ¡Así le resulta más fácil acogotarnos con las entregas!

—Pronto las suprimirán —siguió inventando Dvánov—. Desaparecerán cuando se acabe la guerra.

—Los demás *mujiks* también lo dicen —asintió Pogankin—. ¡Es un tormento insopportable! No debería hacerlo ningún Estado... ¿Será verdad que es más útil que me vaya a la estepa?

—Claro, vete —insistió Dvánov—. Reúne a una decena de campesinos y arranca...

Después, Pogankin estuvo charlando largo rato con Varia y con su sufriente esposa acerca del traslado: Dvánov había puesto un sueño en sus almas.

A la mañana siguiente Dvánov comió en el Sóviet de la aldea gachas de mijo y volvió a encontrarse con Dios. Este rechazó las gachas. «¿Para qué las quiero? —dijo—. Aunque me las coma no me hartaré.»

El Sóviet le denegó a Dvánov un carro, y Dios le indicó el camino al poblamiento de Kaviérino, que distaba veinte verstas del ferrocarril.

—No te olvides de mí —le dijo Dios, y su mirada se tornó triste—. Estamos despidiéndonos para siempre, y nadie sabe lo triste que es eso. ¡De dos hombres sólo quedan uno y uno por cada lado! Pero no olvides que el hombre se agran-

da con la amistad de los demás, y yo me nutro sólo del barro de mi alma.

—¿Por eso eres Dios? —le preguntó Dvánov.

Dios seguía mirándole con la tristeza con que se mira a alguien incrédulo ante un hecho.

Dvánov llegó a la conclusión de que aquel Dios era inteligente, pero que vivía al revés; de todas formas, los rusos eran gentes que podían funcionar en los dos sentidos: podían vivir al derecho y al revés, y en ambos casos salían indemnes.

\*

Llovió después prolongadamente y Dvánov no pudo salir al camino hasta el anochecer. Más abajo se extendía el sombrío valle de un tranquilo río estepario. Pero resultaba evidente que el río estaba pereciendo: se hallaba cubierto a trinchos por la grava procedente de las barranqueras y más que fluir longitudinalmente se ensanchaba en forma de pantanos. Por encima de los pantanos se desplegaba ya la melancolía de la noche. Los peces descendieron al fondo del río, los pájaros volaron para ocultarse en la profundidad de sus nidos, y los insectos se quedaron inmóviles entre los intersticios de las jiscas que habían quedado como muertas. Los seres vivos gustaban del calor y de la irritante luz del sol, con lo que sus jubilosos cantos se encogieron y ralentizaron en las angostas madrigueras, convirtiéndose en susurros.

Pero a Dvánov le pareció oír en el éter las ininteligibles estrofas de las canciones diurnas y quiso devolverles las palabras. Sentía la emoción del interés por la vida, repetido, multiplicado, por todo lo que le rodeaba. Pero las estrofas de las canciones fueron dispersadas y diseminadas en el espacio por el débil viento, se mezclaron con las lúgubres fuerzas de la naturaleza y se volvieron silenciosas como el barro. Percebió un movimiento que no se parecía en nada al sentimiento de su conciencia.

Dvánov iba hablando consigo mismo, con la cabeza inclinada, por aquel mundo que iba apagándose poco a poco. Le gustaba soliloquiar en los lugares abiertos; pero si alguien le hubiera escuchado, Dvánov habría sentido tanta vergüenza

como el amante sorprendido con su amada en la oscuridad del amor. Sólo las palabras transforman en pensamientos los sentimientos instantáneos, y por eso el hombre que está pensando se halla conversando consigo mismo. Pero conversar con uno mismo es un arte mientras que conversar con los demás seres humanos es un entretenimiento.

—Por eso el hombre va hacia la sociedad, hacia el entretenimiento, como se desliza el agua por la pendiente —concluyó Dvánov.

Movió la cabeza en semicírculo y paseó su mirada por la mitad del mundo visible. Y se puso de nuevo a hablar para seguir pensando:

—De todas formas la naturaleza es un acontecimiento práctico. Esas pequeñas colinas y riachuelos cantados no son sólo poesía campestre. Gracias a ellos pueden saciar su sed el suelo, las vacas y los seres humanos. Y lo que es todavía mejor, puede lograrse que sean provechosos. La gente se alimenta de la tierra y del agua, y yo habré de vivir con la gente.

Dvánov comenzó más adelante a cansarse y caminó sintiendo el agotamiento en el interior de su cuerpo. El tedio del cansancio resecaba sus entrañas, sin la lubricación de la fantasía mental el rozamiento de su cuerpo necesitaba de mayor esfuerzo.

Cuanto tuvo a la vista los humos de la aldea de Kavíérino, el camino comenzó a descender hacia un barranco. En el interior del barranco el aire se condensó en oscuridad. Habían sobrevivido allí húmedos terrenos pantanosos, y tal vez el lugar sirviera de refugio a hombres extraños que habrían huido de la complejidad de la vida en pos de la monotonía de la meditación.

El Dios de la libertad de Petropávlovka tenía en estos poblados de la provincia sus parejos humanos.

Desde la profundidad del barranco llegaron resoplidos de cansados caballos. Era que llegaban unas gentes, y sus caballos se hundían en el barro.

El canto de una joven y animosa voz, que partía de la cabeza de un destacamento de caballería, comenzó a resonar; pero las palabras y la melodía de la canción eran originarias de tierras lejanas.

En un país lejano  
Situado en la orilla opuesta,  
Y que vemos en sueños,  
Pero que el enemigo ha tomado...

El trote de los caballos se enderezó. El coro del destacamento cubrió, a su manera y con otra melodía, al cantor de cabeza:

Ponte, manzanita,  
De maduro color de oro,  
Que el Sóviet te cortará  
Con su Hoz y su Martillo.

El cantor solitario, compitiendo con el destacamento, prosiguió:

Alma y espada tengo aquí,  
Pero allí mi felicidad está...

El destacamento ahogó el final de la copla con su estribillo:

Ay, manzanita,  
alma mía,  
cuando te den de ración  
podrida estarás ya...  
Crees en el árbol  
y bien al árbol le vienes,  
pero, sellada y numerada,  
en manos del Sóviet acabarás...

Los hombres silbaron todos a la vez y terminaron la canción a la desesperada:

Eh, manzanita,  
conserva tu libertad:  
pero no para Sóviets ni zares,  
sino para todo el pueblo...

La canción se apagó. Dvánov sintió curiosidad y se detuvo en el barranco frente a los que cabalgaban.

—¡Eh, hombre de arriba! —le gritó alguien a Dvánov desde el destacamento—. ¡Únete al pueblo sin amos!

Dvánov no se movió.

—¡Vamos, muévete! —apremió una voz sonora y de bajo, que debía de ser la del solista—. ¡Si no, cuenta hasta la mitad y te verás encañonado!

Dvánov pensó que era difícil que Sonia saliera con vida de una existencia como aquélla, y decidió no preservarse:

—¡Subid aquí, que el camino está más seco! ¿Qué necesidad tenéis de mortificar a los caballos, guardias *kulaks*?<sup>20</sup>

El destacamento se detuvo en el barranco.

—¡Ponlo como un colador, Nikita! —ordenó la voz de bajo.

Nikita alzó el fusil, pero descargó antes, a cuenta de Dios, su alma oprimida:

—¡Fuego contra los huevos de Cristo, la costilla de la Virgen y la estirpe cristiana entera!

Dvánov vio el resplandor del tenso y silencioso fogonazo y cayó rodando de la cima al fondo del barranco como si le hubieran roto las piernas con una barra. No perdió su conciencia clara y fue oyendo espantosos ruidos en la materia poblada de la tierra cada vez que su cabeza, al rodar, ponía sus orejas en contacto con aquella. Dvánov sabía que tenía herida la pierna derecha: se le había clavado en ella un pájaro de hierro, que removía allí los punzantes salientes de sus alas.

Ya en el fondo del barranco, Dvánov se agarró a la cálida pata de un caballo y, pegado a ella, perdió el miedo. La pata temblaba levemente de cansancio y olía a sudor, a hierba de los caminos y a silencio de vida.

—¡Asegúrale contra el fuego de la existencia, Nikita! La ropa es para ti.

Dvánov lo oyó. Apretó entre sus brazos la pata del caballo y ésta se convirtió en el vivo y oloroso cuerpo de la mujer a la que no había conocido ni conocería nunca, pero que, de

<sup>20</sup> Campesino rico considerado explotador de los trabajadores.

repente, necesitaba desesperadamente. Dvánov comprendió el misterio de los cabellos de Sonia, y el corazón se le subió a la garganta; inmerso en el olvido que le produjo su liberación, lanzó un grito y sintió una aliviadora y satisfecha paz. La naturaleza no quiso desaprovechar la ocasión que se le presentó de tomar de Dvánov aquello para lo que su madre, con desvanecimientos, le había parido: la simiente de la procreación que permitiría a los hombres nuevos convertirse en familias. Eran los momentos precursores de su muerte, y, en su alucinación, Dvánov, había poseído intensamente a Sonia. En esos últimos instantes de su vida, abrazado a la tierra y al caballo, había conocido por primera vez la atronadora pasión de la vida y se había quedado asombrado de la inutilidad del pensamiento frente a aquel pájaro de la inmortalidad que le había rozado con su ala reseca y palpitante.

Nikita se acercó a Dvánov y le tocó la frente para averiguar si todavía había calor en ella. La mano de Nikita era grande y cálida. Dvánov no deseaba que aquella mano se desprendiera deprisa de su frente, y la cubrió con la acariciante palma de la suya. No obstante, sabía qué era lo que Nikita quería comprobar, y le ayudó:

—Pégame un tiro en la cabeza, Nikita. ¡Rómpeme el cráneo ahora mismo!

Nikita, como persona, no se parecía a su mano —Dvánov lo había advertido inmediatamente—, y se puso a gritar con voz estridente e innoble, que no tenía nada que ver con la paz vital que emanaba de su mano:

—¿Aún estás vivo? Nada de romperse el cráneo: te voy a coser a balazos. Pero sin prisas. ¿No eres un hombre como los demás? Pues tienes que sufrir antes de morir. ¡Y si mueres poco a poco estaré más seguro de que la diñas del todo!

Las patas del caballo del jefe se aproximaron. La voz profunda de éste cortó en seco a Nikita:

—Si sigues cebándote en este hombre, el que va a ir a la tumba vas a ser tú, canalla. Te dije que le liquidaras y te quedaras con su ropa. ¡Cuántas veces he de decirte que nuestro destacamento no es ninguna banda, es la anarquía!

—¡Madre de la vida, la libertad y el orden! —dijo Dvánov desde el suelo—. ¿Cómo se apellida usted?

El jefe rió:

—¿Qué más te da ahora? ¡Mrachinski!

Dvánov se olvidó de la muerte. Había leído *Las aventuras del moderno Agasfer* de Mrachinski. ¿No sería aquel caballero el autor del libro?

—¡Es usted escritor! He leído un libro suyo. Sí que me da igual, pero su libro me gustó.

—¡Que se quite la ropa él mismo! ¡Cuando esté muerto no podré darle la vuelta y no quiero perder el tiempo con un fiambre! —dijo Nikita impaciente—. Lleva ropa ajustada: se le rompería y me quedaría sin nada.

Dvánov empezó a quitarse la ropa para que Nikita no se quedara sin alguna prenda: era verdad que no se podía desnudar a un muerto sin estropear su ropa. La pierna derecha se le había quedado rígida; había dejado de dolerle, pero no le obedecía. Nikita se percató de ello y le ayudó con camaradería.

—Te he dado aquí, verdad? —preguntó Nikita cogiendo la pierna con delicadeza.

—Sí —dijo Dvánov.

—No es nada: el hueso está intacto, y la herida se cerrará con sebo, eres un tipo joven. ¿Viven tus padres?

—Viven —respondió Dvánov.

—Bueno, que vivan —prosiguió, locuaz, Nikita—. Te echarán de menos al principio y después se olvidarán. ¡A los padres les toca ahora sufrir! ¿Eres comunista?

—Sí.

—¡Bueno, allá tú, todos queremos mandar!

El jefe observaba en silencio. Los demás anarquistas se ocupaban de sus caballos y fumaban, sin prestar la menor atención a Dvánov y a Nikita. La última luz crepuscular se extinguió por encima del barranco: había comenzado una nueva noche. Dvánov se sentía apenado porque ya no podría volver a soñar con Sonia; del resto de su vida, ni se acordaba.

—¿Así que le gustó mi libro? —preguntó el jefe.

Dvánov se había quitado ya el capote y los pantalones. Nikita había guardado inmediatamente ambas prendas en su saco.

—Ya le he dicho que sí —confirmó Dvánov, y contempló la herida de su pierna, que había comenzado a descomponerse.

—¿Y qué opina usted de la tesis del libro? ¿Recuerda cuál era? —siguió interrogándole el jefe—. Trata de un hombre que vive, solitario, en la línea misma del horizonte.

—No —dijo Dvánov—. He olvidado la idea central, pero creo que estaba imaginada con acierto. Son cosas que pasan. Miraba a los hombres igual que un mono miraría a Robinson: lo entendió todo al revés, y resulta que le salió un libro estupendo.

Movido por un asombro expectante, el jefe se alzó sobre su montura.

—Interesante... Vamos a llevar al comunista al *jútor*<sup>21</sup> de Limanni, Nikita. Allí será todo tuyo.

—¿Y la ropa, qué? —se afligió Nikita.

Dvánov llegó a un acuerdo con Nikita: aceptó vivir desnudo las horas que le quedaban. El jefe no puso objeciones, pero conminó a Nikita:

—¡Ojo no me lo vaya a estropear el viento! Es una especie de lo más rara: un intelectual bolchevique.

El destacamento arrancó. Dvánov se agarró al estribo del caballo de Nikita y trató de caminar sirviéndose únicamente de la pierna izquierda. La derecha no le dolía por sí sola; pero en cuanto la obligaba a pisar, la pierna herida volvía a sentir el disparo y las esquirlas que llevaba dentro.

El barranco se internaba en la estepa, se estrechaba y ascendía. Soplaba el viento nocturno, y Dvánov, desnudo, brincaba aplicadamente sobre un pie, lo que le hacía entrar en calor.

Nikita, sobre su montura, revisaba con tasadora mirada la ropa de Dvánov.

—¡Se ha meado encima, el muy canalla! —dijo sin enojo—. ¡La verdad es que sois como críos! No he tenido ni uno limpio: se cagan todos a la primera de cambio, parece como si necesitaran que les mandara al retrete antes que nada... Sólo me he topado con un individuo decente, un co-

misario de distrito: dispara, cabrón, me dijo, adiós, partido, adiós hijos míos. Ese sí que dejó limpia la muda. ¡Era un tipo especial!

Dvánov imaginó a aquel bolchevique especial y le dijo a Nikita:

—Pronto os fusilarán también a vosotros, con ropa, muda y todo. Nosotros no nos vestimos a costa de los muertos.

Nikita no se enfadó:

—¡Venga, salta, salta! Que aún no te toca hablar. Yo no echaré a perder mis calzoncillos, no sacarás nada de mí.

—No pienso comprobarlo —tranquilizó Dvánov a Nikita—. Y si advierto algo, no te lo afeare.

—Tampoco yo te lo reprocho —convino Nikita—. Es normal. A mí sólo me importa la mercancía.

A duras penas consiguieron llegar, unas dos horas más tarde, al *jútor* de Limanni. Los anarquistas fueron a hablar con los campesinos, mientras tanto, Dvánov, a merced del viento, temblaba todo y, de vez en cuando, había de apretar su pecho contra el caballo para calentarse un poco. Los anarquistas se dirigieron después con sus caballos a los establos y, olvidándose de Nikita, lo dejaron abandonado. Nikita le había dicho antes de irse:

—Métete donde quieras. Saltando a la la pata coja no llegarías muy lejos.

Dvánov pensó en escapar, pero la debilidad de su cuerpo le obligó a sentarse en tierra; inmerso en la oscuridad de la aldea, rompió a llorar. El *jútor* guardaba completo silencio, los bandidos habían buscado aposento y se habían echado a dormir. Dvánov se arrastró hasta un cobertizo y se metió allí entre la paja de mijo. Durante toda la noche no paró de tener sueños de esos que se viven con más intensidad que la vida misma, lo que impide que luego se les recuerde. Se despertó en medio del silencio de la instalada noche, a esa hora en que, según la leyenda, se desarrollan los niños. Los ojos de Dvánov estaban repletos de lágrimas por haber llorado en sueños. Recordó que iba a morir ese día y se abrazó a la paja como si ésta fuera un cuerpo vivo.

El consuelo que con ello obtuvo hizo que volviera a dormirse. A la mañana siguiente Nikita tardó mucho en encon-

<sup>21</sup> Caserío, aldea.

trarlo, y pensó en un principio que estaba muerto porque Dvánov dormía con amplia e inmóvil sonrisa. Pero había sido una figuración tan sólo, porque los ojos de Dvánov, que no sonreían, estaban cerrados. Níkita sabía confusamente que el rostro de un vivo no puede reír por entero; siempre queda en él algo triste, bien los ojos, o bien la boca.

\*

Sonia Mándrova llegó en carro a la aldea de Volóshino y comenzó en la escuela su vida de maestra. La llamaban también para atender el nacimiento de los niños, participar en los velorios y curar las heridas; ella hacía todo aquello lo mejor que podía, procurando no ofender a nadie. En esa pequeña aldea situada junto a un barranco la necesitaba todo el mundo, y Sonia se sentía importante y feliz de poder asistir a la gente en la desgracia y la enfermedad. Pero por las noches se quedaba sola, y esperaba que le llegara carta de Dvánov. Le había dado su dirección a Zajar Pávlovich y a todos sus conocidos para que no se olvidaran de escribirle a Sasha diciéndole dónde vivía. Zajar Pávlovich le había prometido hacerlo y le había regalado una foto de Dvánov.

—De todas formas, tendrás que devolverme la foto cuando te cases con él y vengas a vivir a mi casa —le dijo.

—Se la devolveré —le respondió Sonia.

Sonia contemplaba el cielo desde la ventana de la escuela y veía las estrellas situadas sobre el mutismo de la noche. Había tal silencio allá arriba que parecía como si la estepa fuera sólo vacío y que el aire no diera para respirar: lo que motivaba que las estrellas cayeran sobre la tierra. Sonia pensaba en la carta —¿sabrían llevarla sana y salva por los campos?—; la carta se había hecho en ella una idea fija que nutría su vida: nada de lo que hacía le quitaba de la cabeza idea de que la carta estaba de camino, que se le iba acercando, y que guardaba encerrada en su interior para ella sola la necesidad de una existencia futura y una alegre esperanza, lo que hacía que aún trabajara con mayor solicitud y aplicación en amigar las desgracias de la gente del campo. Sabía que la carta le resarciría de todo.

Pero las cartas eran leídas en aquellos años por personas ajenas. Así que la carta de Dvánov a Shumilin la habían leído ya en Petropávlovka. Primero lo había hecho el cartero y, después, todos los conocidos de éste aficionados a la lectura: el maestro, el diácono, la viuda de la tienda de ultramarinos, el hijo del sacristán y otras personas. Las bibliotecas no funcionaban por entonces, no se vendían libros, y la gente, que se sentía desgraciada, exigía consuelo espiritual. Las cartas especialmente interesantes no llegaban a sus destinatarios, sino que se quedaban allí para que, al ser releídas, proporcionaran constante gozo a los lectores.

El cartero dejaba a un lado, sin más, los paquetes oficiales: todo el mundo conocía de antemano el contenido de los mismos. Los lectores se instruían sobre todo con las cartas que, viniendo de fuera, pasaban por Petropávlovsk: la gente desconocida escribía tristes e interesantes misivas.

El cartero volvía a cerrar con ayuda de melaza las cartas ya leídas y las reexpedía a su destino.

Sonia no sabía todavía lo que sucedía; de no ser así, se habría puesto en camino, a pie, y habría recorrido las estafetas de correos de todas las aldeas. A través del horno situado en un rincón de la estancia oía el roncante sueño del guarda que trabajaba en la escuela, no por el salario sino con el propósito de conservar para la eternidad los bienes de la misma. Hubiese preferido que los niños no acudieran a la escuela: rayaban las mesas y manchaban las paredes. El guarda estaba convencido de que sin sus desvelos moriría la maestra y los campesinos saquearían la escuela para cubrir sus necesidades domésticas. Sonia se dormía mejor cuando oía a aquel hombre que vivía al lado y ella, tras limpiarse sigilosamente los pies contra el trapo tendido en el suelo, se acostaba en su blanca y fría cama. En algún lugar, orientando sus hocicos hacia la oscuridad de la estepa, ladraban los fieles perros.

Sonia se acurrucó para sentir su cuerpo y calentarse con él; al poco, comenzó a dormirse. Sus oscuros cabellos se desparacimaron misteriosamente por la almohada, y su boca se abrió, atenta a un sueño que estaba teniendo. Veía que negras heridas iban abriéndose por su cuerpo; se despertó y, rápidamente e inconscientemente, se palpó toda. Alguien estaba gol-

peando fuertemente la puerta de la escuela con un palo. El guarda había abandonado ya su cálido cobijo y se las había, en el zaguán, con el pestillo y la tranca. Refinía al alborotador del exterior:

—¡Deja ya de aporrear con el mango de tu látigo! ¡Hay una mujer durmiendo, y la puerta no tiene tablones de una pulgada! ¡Qué es lo que quieras?

—¿Qué es lo que hay aquí? —preguntó desde fuera una voz tranquila.

—Esto es una escuela —le respondió el guarda—. ¿Creías que era una posada?

—Entonces, ¿vive aquí sola la maestra?

—¡Dónde quieras que viva, si es su trabajo! —respondió asombrado el guarda—. ¿Y para qué quieres verla? No creas que te voy a dejar entrar. ¡Menudo caradura!

—Déjanos verla...

—Si la señorita quiere, la verás.

—Déjales entrar, ¿quién son? —gritó Sonia, y salió corriendo de su habitación al zaguán.

Dos hombres descendieron de sus caballos. Eran Mrachinski y Dvánov.

Sonia retrocedió. Tenía ante sí a Dvánov, con el cabello y la barba muy largos, sucio y triste.

Mrachinski observaba a Sofía Alexándrovna con indulgencia; el escaso cuerpo de la joven no era merecedor de su atención ni de sus esfuerzos.

—¿Venís con alguien más? —preguntó Sonia, que todavía no era consciente de su felicidad—. Llame a sus camaradas, Sasha, tengo azúcar, pueden tomar té.

Dvánov fue al porche a llamar y volvió. Apareció Nikita acompañado de otro hombre de baja estatura, delgado y con ojos poco atentos, pese a haberse fijado en la mujer desde el umbral mismo y haberse sentido atraído inmediatamente por ésta —aunque no para poseerla, sino para defender la oprimida debilidad femenina—. Se llamaba Stepán Kopionkin.

Kopionkin saludó a todos inclinando su cabeza, a modo de reverencia, con dignidad forzada, y le ofreció a Sonia un caramelito de sabor a agracejo, que guardaba en el bolsillo desde hacía dos meses sin saber para quién.

—Nikita —dijo Kopionkin con voz amenazadora y de hombre poco hablador—. Hierve agua en la cocina, que te ayude Petrusha<sup>22</sup> en la operación. Busca a ver si tienes miel, que no paras de ratear porquerías: ¡cuando estemos en la reaguardia voy a hacer que te juzguen, cabrón!

—¿Cómo sabe que el guarda se llama Piotr? —preguntó Sonia con timidez y asombro.

Kopionkin, movido por un sincero respeto, se irguió en su asiento:

—¡Es que lo arresté yo, camarada, en la finca de Bushinski por resistirme al pueblo revolucionario cuando la destrucción de los bienes exagerados!

Dvánov se dirigió a Sonia, asustada entre tantos hombres:

—¿Sabes quién es? ¡Es el comandante de las fuerzas bolcheviques, me salvó de morir a manos de este hombre!

—Dvánov señaló a Mrachinski—. Que se dice anarquista y tenía miedo de que yo siguiera vivo.

Dvánov reía, no sintiéndose resentido con el pasado.

—A ese canalla no voy a aguantarle más que hasta el primer combate —declaró Kopionkin refiriéndose a Mrachinski—. ¡Mire, encontré a Sasha Dvánov desnudo y herido en un jútor en el que estaba este hurón con su destacamento robando gallinas! ¡Resulta que querían acabar con el poder! ¿Y cómo? —les pregunté—. Queremos la anarquía, me respondieron. ¡Que la peste os lleve: todo el mundo ha de perder su poder, pero vosotros queréis seguir con vuestros fusiles! ¡Idioteces! Yo tenía cinco hombres y ellos treinta, pero les hice morder el polvo. ¡Son sólo rateros, no soldados! Hice prisioneros a éste y a Nikita, y dejé que los demás se marcharan, cada uno por su lado, bajo palabra de que honrarían el trabajo. Quiero ver si ataca a los bandidos con tanta saña como a Sasha. Entonces sabré cómo es de verdad.

Mrachinski se limpiaba las uñas con una astilla. Mantenía la modestia del hombre injustamente vencido.

—¿Y dónde están los soldados del ejército del camarada Kopionkin? —preguntó Sonia a Dvánov.

<sup>22</sup> Diminutivo de Piotr.

—Kopionkin les ha dado dos días de permiso para que vayan a ver a sus mujeres, cree que se sufren derrotas porque los soldados han perdido a sus mujeres. Quiere crear ejércitos familiares.

Nikita se presentó con una botella de cerveza que contenía miel, y el guarda llevó el samovar. Aunque la miel olía a queroseno se la comieron toda.

—¡Mecánico, hijo de puta! —se revolvió Kopionkin contra Nikita—. ¡Mira que robar miel con una botella! Seguro que has tirado la mayor parte. ¡No pudiste buscar un cacharro grande?

De repente, a Kopionkin se le puso aire de entusiasmo. Alzó la taza de té y les dijo a los presentes:

—¡Camaradas! ¡Bebamos un último trago que nos dé fuerzas para defender a todos los niños de la tierra, y en memoria de Rosa Luxemburgo, esa maravillosa joven! ¡Juro que mi mano pondrá tendidos sobre su sepultura a sus asesinos, a sus torturadores!

—¡Superior! —dijo Mrachinski.

—¡Los liquidaremos a todos! —coreó Nikita, y vertió en el platillo el té de su vaso—. Es inadmisible que se hiera de muerte a las mujeres.

Sonia estaba asustada.

Terminaron de beber el té. Kopionkin le dio la vuelta a su taza, la colocó boca abajo y la golpeó con su dedo. En ese momento reparó en Mrachinski, y recordó que éste no le caía bien.

—Vete de momento a la cocina, y dentro de una hora da de comer a los caballos, amigo... ¡Vigílales, Piotr! —ordenó Kopionkin al guarda—. Tú, vete también allí —le ordenó a Nikita—. Y para ya de beber agua hervida, que la podemos necesitar. ¿Te crees que estás en un país cálido?

Nikita se bebió de un trago su agua, y dejó de tener sed. Kopionkin se sumergió en lúgubres pensamientos. Su internacional rostro no manifestaba en aquel momento ningún sentimiento claro, y era imposible, además, adivinar su origen —si procedía de jornaleros o de profesores— ya que los rasgos de su personalidad se habían ido difuminado en contacto con la revolución. Su mirada se impregnó ense-

guida de entusiasmo, y hubiera sido capaz de quemar, con convicción, todos los bienes inmuebles de la tierra, para que no le quedara al hombre sino la adoración por sus camaradas.

Pero los recuerdos dejaron inmóvil de nuevo a Kopionkin. Lanzaba una mirada a Sonia de vez en cuando, y todavía aumentaba más su amor por Rosa Luxemburgo: ambas tenían el cabello negro y cuerpos que producían commiseración; Kopionkin veía eso con claridad, y su amor perseveraba, adentrándose por el camino de los recuerdos.

Le produjo tal emoción a Kopionkin lo que sentía por Rosa Luxemburgo que sus ojos se tornaron tristes y se inundaron de apesadumbradas lágrimas. Se puso a dar vueltas como un poseso, mientras lanzaba amenazas contra la burguesía, los bandidos, Inglaterra y Alemania a cuenta del asesinato de su amada.

—¡Mi amor resplandece ahora en mi sable y en mi fusil, pero no en mi pobre corazón! —anunció Kopionkin mientras desenvainaba su sable—. ¡Voy a eliminar a los enemigos de Rosa, de los pobres y de las mujeres como si fueran malas yerbas!

Nikita llegó con un pequeño recipiente lleno de leche. Kopionkin agitaba el sable.

—¡No tenemos rancho para mañana y éste se dedica a esparcir las moscas del verano pasado! —le reprochó en voz baja, pero con enfado, Nikita. Después, informó en voz alta—: Te he traído la ración líquida para que comas, Camarada Kopionkin. No te he conseguido nada mejor porque me habrías reñido de nuevo. El molinero del jútor mató ayer un carnero: ideja que coja la ración de la tropa! Tenemos derecho a la parte para el frente.

—¿Sí? —preguntó Kopionkin—. ¡Coge entonces una ración militar para tres, pero pésala en la romana! ¡No te lleves más de la norma!

—¡Eso sería contrarrevolución! —convino Nikita con voz de justicia—. Conozco bien la norma del Estado: no me llevaré ni un solo hueso.

—No despiertes a la gente, puedes coger la comida mañana —dijo Kopionkin.

—Mañana la esconderán, camarada Kopionkin —dijo Nikita previsor, pero se quedó en el sitio porque a Kopionkin no le gustaban las discusiones y podía tener un arrebato.

Era muy tarde. Kopionkin se despidió de Sonia con una reverencia y le deseó felices sueños; los cuatro se fueron a dormir a la cocina con Piotr. Se tumbaron los cinco hombres en fila sobre la paja, y el rostro de Dvánov palideció enseguida con el sueño; hundió su cabeza Dvánov en el vientre de Kopionkin y se quedó inmóvil, mientras éste —que dormía con sable, y uniforme al completo— le colocaba la mano encima para protegerle.

Tras esperar a que se hubieran dormido todos, Nikita se levantó y examinó primero a Kopionkin de los pies a la cabeza.

—¡Cómo ronca el maldito! ¡Pero es un buen tipo!

Salió luego en busca de alguna gallina para el desayuno. Dvánov, inquieto, se agitó —tenía miedo en sueños de que el corazón se le parara mientras dormía—, se despertó y se sentó en el suelo.

—¿Y dónde está el socialismo? —recordó Dvánov, y contempló la oscuridad de la estancia en busca de aquél; tenía la sensación de haberlo encontrado anteriormente, y de haberlo perdido mientras dormía entre aquellos hombres extraños. Asustado de pensar en el castigo que le esperaba, Dvánov salió al exterior sin gorro y en calcetines, vio una peligrosa y resignada noche, y echó a correr a través de la aldea en dirección a su lejanía.

Siguió corriendo por la tierra gris y alboreante hasta que vio la mañana y el humo de una locomotora en una estación de la estepa. Había allí un tren preparado para partir a la hora prevista.

Dvánov, que aún no se había repuesto, se adentró en el andén por entre la aplastante multitud. Iba tras él un hombre afanoso que también intentaba coger el tren. Se abrió camino con tanto ímpetu que, si bien se le rompió la ropa con el roce, hizo que todos los que tenía delante —incluido Dvánov— se vieran transportados de golpe a la plataforma de frenado de un vagón de mercancías. Aquel hombre se había visto obligado a hacer subir a los de delante para poder montar él mismo. Se reía ahora de su éxito y leía en voz alta un

cartelito colocado en la pared de la plataforma: «El transporte soviético es la vía para que avance la locomotora de la historia.»

El lector dio toda la razón al cartel: imaginó una poderosa locomotora con una estrella en el morro que corría sin vagones por unas vías hacia no se sabía dónde; pero los saldos son transportados por locomotoras fabricadas, y no por las locomotoras de la historia; el cartel no se refería en absoluto a los que viajaban en aquel momento.

Dvánov cerró los ojos para no participar de ningún espectáculo y poder vivir su viaje con total abandono, hasta el punto de que llegó a perder o a olvidar su anterior derrotero.

Al cabo de dos días, Alexandre recordó para qué vivía y adónde se le había enviado. Pero en todo ser humano vive añadido un pequeño espectador —que no participa en los actos ni en los sufrimientos—, siempre imperturbable e idéntico. Su función es la de ver y ser testigo, pero no tiene voz ni voto en la vida del hombre, y se desconoce el por qué de su monótona existencia. Ese rincón de la conciencia humana permanece iluminado día y noche cual conserjería de un edificio grande. Día y noche vela ese conserje en el portal del hombre; conoce a todos los vecinos de la casa, pero ninguno de ellos le consulta acerca de sus asuntos. Los vecinos entran y salen, y el conserje espectador los sigue con la mirada. Tal cúmulo de impotente información le hace parecer a veces triste, pero siempre está educado, aislado, y tiene su piso en otro edificio. En caso de incendio, el conserje avisa a los bomberos y observa luego desde fuera el desarrollo de los acontecimientos.

Mientras Dvánov, inconsciente, iba en tren o caminaba, el espectador que llevaba en su interior lo veía todo; no obstante, jamás le advirtió ni le ayudó. Vivía paralelamente a Dvánov, pero no era Dvánov.

Existía cual hermano difunto del hombre: poseía todos los atributos humanos, pero carecía de algo que, aunque insignificante, es esencial. El hombre no se acuerda nunca de su existencia, pero sí que se fía de él; igual que le sucede a un vecino de la casa, que cuando sale y deja sola a su mujer no siente celos del conserje.

Este conserje es el eunuco del alma. Veamos de qué fue testigo.

Durante la primera hora de viaje Dvánov guardó silencio. Siempre que se congrega una masa de hombres aparece un líder. La masa pone la tutela de sus vanas esperanzas en manos del líder, y éste obtiene de la masa lo que necesita. La plataforma de frenado del vagón, que había dado cabida a unas veinte personas, reconoció como líder a aquel hombre que había empujado a todos hasta allí para poder subirse él mismo. El líder no sabía nada, pero les informaba de todo. Por eso aquellas gentes pusieron su confianza en él: querían conseguir en algún sitio un *pud* de harina por cabeza, así que precisaban, para resistir el sufrimiento, tener de antemano la certeza de que lo iban a conseguir. El líder les decía que seguro que todos podrían trocar la harina por algo, porque ya había estado en el lugar al que se dirigían. Que conocía ese rico lugar, en el que los campesinos comían gallinas y buñuelos de harina blanca. Que pronto se iba a celebrar allí la fiesta patronal y que seguro que se agasararía a todos los traficantes.

—Las isbas están calientes como saunas —les dijo el líder para animarlos—. ¡Puede uno atiborrarse de sebo, y luego a dormir! Cuando yo estuve allí me bebía cada mañana una tina de col fermentada, así que ahora no tengo ni una lombriz. Y para comer me hinchaba de *borsch*<sup>23</sup> hasta sudar, zampaba después carne, luego gachas, crepes, y así hasta que me daba un calambre en las mandíbulas. La comida me llegaba hasta el gaznate. Así que me metía una cucharada de sebo para untar la comida que tenía dentro y que no se me saliera, y enseguida me entraban ganas de dormir. ¡Eso sí que era vida!

La gente escuchaba al líder sumida en el pavor de una peligrosa alegría.

—¿Será posible, Dios mío, que vuelvan algún día los viejos tiempos? —preguntó casi beatíficamente un delgado viejecillo que vivía su penuria alimenticia con el dolor y la pasión de una mujer que está a punto de perder a su hijo—. ¡No, lo pasado, pasado está...! ¡Ay, qué bien me vendría aho-

ra aunque sólo fuera una copita, hasta le perdonaría al zar todos sus pecados!

—¿Qué, viejo, tanta sed tienes? —le preguntó el líder.

—¡No me lo recuerdes, amigo! ¡Qué no habré bebido en mi vida! Laca, barniz, y hasta he pagado dinerales por el agua de colonia. ¡Total, para nada: todo eso rasca, pero no alegra el alma! ¡La de antes sí que era vodka, ¿te acuerdas? ¡La hacían sanitariamente, la puta de ella! Era más clara que el aceite de Dios —sin una mota de polvo, sin olor, como una lágrima de mujer—. La botellita era de lo más fino, la etiqueta correcta, iy qué bien hecha! A poco que se soplara, la igualdad y la fraternidad se le aparecían a uno inmediatamente. ¡Eso sí que era vida!

Todos los oyentes emitieron suspiros de sincera añoranza por lo que había desaparecido sin esperar. El cielo matutino iluminaba los campos, y los tristes paisajes esteparios que ofrecía la naturaleza pedían ser acogidos por las almas; pero nadie les dejaba entrar allí, y se dilapidaban con la marcha del tren, sin que ni una sola mirada se volviera.

La gente viajaba entre quejas y sueños aquella olvidada mañana, sin reparar en que había allí un joven que se había quedado dormido de pie. El joven no llevaba equipaje ni saco: puede que dispusiera de algún otro recipiente para su pan, o era, simplemente, que andaba escondiéndose. Llevado del viejo hábito, el líder le pidió la documentación y le preguntó adónde iba. Dvánov no dormía y le respondió: «Una estación.»

—Enseguida llega tu parada —le informó el líder—. Para un trayecto tan corto no deberías haber ocupado el sitio: podía haber ido a pie.

Aunque ya había amanecido, la estación se hallaba iluminada por una farola de petróleo; junto a la farola estaba, de turno, el ayudante del jefe de estación. Los pasajeros se lanzaron a todo correr con sus teteras, para no quedarse eternamente allí, y se asustaban con cualquier ruido que escapara de la locomotora, aunque hubieran podido hacer sus cosas sin ninguna prisa: el tren permaneció todo el día, y también la noche, en aquella estación.

Dvánov pasó el día entero dormitando junto a la vía férrea, y se fue a pasar la noche a una espaciosa *jata* situada al

<sup>23</sup> Potaje de remolacha.

lado mismo de la estación, en la que, pagando, daban cobijo a todo el mundo. La gente estaba tumbada, formando capas superpuestas, en el suelo de la *jata*. La sala se hallaba iluminada por una estufa encendida, que se mantenía abierta. Junto a la estufa se hallaba sentado un campesino con negra y muerta barba, que observaba la actividad del fuego. Los suspiros y los ronquidos producían tanto ruido que parecía como si allí en lugar de dormir se trabajara. En la ajetreada vida de por entonces hasta el sueño era un trabajo. Tras el tabique de madera había otra habitación más pequeña y oscura. Había en ella un tradicional horno ruso, y sobre el horno sólo dos hombres, que permanecían despiertos y se dedicaban a remendar sus vestimentas. Dvánov se alegró de que hubiera sitio encima del horno, y se subió a él. Los desnudos hombres se hicieron a un lado. Pero hacía tanto calor allí arriba que hasta se hubieran podido asar patatas.

—No podrá dormir aquí, joven —dijo uno de los desnudos—. Esto sólo sirve para liquidar los piojos.

A pesar de todo, Dvánov se acostó. Tenía la sensación de que estaba con alguien más: veía simultáneamente la *jata*-refugio y a sí mismo tumbado sobre el horno. Se echó a un lado para dejar sitio a su acólito y, abrazado a éste, se adormiló.

Los dos hombres desnudos acabaron de remendar sus ropas. Uno de ellos dijo:

—Es tarde, mira, el chico se ha dormido ya —y ambos descendieron al suelo para buscarse un sitio entre los desfaderos de dormidos cuerpos.

El campesino de negra barba vio que se le había apagado la estufa; se puso en pie, estiró los brazos y exclamó:

—¡Ay, qué desgracia tan grande! —salió a continuación y ya no volvió.

Comenzó a hacer frío en la *jata*. Apareció un gato, que se puso a deambular por encima de la gente acostada, tanteando con su alegre patita las enmarañadas barbas.

Alguien se equivocó respecto al gato y le dijo en sueños:

—Pasa, niña, también nosotros estamos en ayunas.

De repente, un joven abotargado y con la cara cubierta por los rizos de una barba primeriza, se irguió bruscamente y se quedó sentado.

—¡Mamá, mamaíta! ¡Dame un trozo, vieja bruja! Te digo que me des un trozo... ¡Tápalo con el puchero!

El gato arqueó el lomo esperando algún daño del joven.

Aunque el viejo de al lado dormía, su mente seguía activa hasta en medio del sueño como consecuencia de la edad.

—Acuéstate, acuéstate, chiflado —le dijo al joven—. ¡No te tengas miedo a la gente! ¡Que Dios vele tu sueño!

El joven volvió a caer de brúces, inconsciente.

El estrellado cielo nocturno succionaba de la tierra el posterior calor diurno, comenzaba la elevación del aire que se produce antes del amanecer. A través de la ventana podía verse la yerba metamorfoseada, cargada de rocío, que se asemejaba a bosquecitos de los valles lunares. Un tren expreso pitaba repetidamente en la lejanía: los cerrados espacios lo oprimían, y él, clamando, corría por la profunda hendidura de una depresión.

Oyóse un estrepitoso ruido proveniente de la dormida vida de alguien, y Dvánov se despertó. Se acordó del baulito en el que llevaba pan blanco para Sonia: un montón de nutritivos panecitos. El baulito ya no estaba sobre el horno. Dvánov descendió precavidamente al suelo y se puso a buscar el baúl por allí. La posibilidad de perder el baúl hizo que se estremeciera de miedo, todas las fuerzas de su alma se convirtieron en anhelo del baúl. Dvánov se puso a cuatro patas y comenzó a palpar los dormidos hombres pensando que podrían haber escondido el baúl bajo sus cuerpos. Los durmientes se daban la vuelta y ponían al descubierto que bajo ellos no había sino el desnudo suelo. El baúl no aparecía por ninguna parte. Dvánov se horrorizó por la pérdida y rompió a llorar de contrariedad. Volvió a deslizarse sobre los durmientes, tentó sus sacos y hasta miró en el interior de la estufa. Pisó los pies de muchos, raspó las mejillas de otros con las suelas de sus zapatos, y en algún caso hizo que se desplazara el hombre entero. Siete de los durmientes se despertaron y se sentaron.

—¿Qué buscas, maldito? —le preguntó con rabia contenida un campesino de aspecto venerable—. ¡Has sembrado algo o qué, diablo sin sueño?

—¡Dale con la bota tú que lo tienes cerca, Stepán! —sugirió otro que dormía con el gorro puesto y la cabeza apoyada en un ladrillo.

—¿No habéis visto mi baúl? —preguntó Dvánov a los amenazadores hombres.

—Estaba cerrado, lo traje conmigo ayer y ahora ha desaparecido.

Un campesino cegato pero, por ello, todavía más sensible, tentó su saco y exclamó:

—¡Menudo elemento estás hecho! ¡Su bau-úl! ¡No digas que lo traías! Ayer llegaste sin nada: yo estaba sentado y no tenía los ojos cerrados. Y ahora te sacas de la manga un baúl...

—¡Dale aunque sólo sea una vez, que tienes el puño más duro que el mío, Stepán! —pidió el hombre del gorro—. ¡Hazme ese favor, que este hijo de puta ha despertado a todos los ciudadanos! Ahora tendré que estar en la realidad hasta mañana.

Dvánov, desconcertado, permanecía en medio de aquellos hombres en espera de que alguien le ayudara.

De la otra habitación, proveniente del horno ruso, llegó una voz tranquila:

—¡Echad inmediatamente a ese vagabundo! Si no, me voy a levantar y os voy a zurrar a todos. Un ciudadano soviético tiene derecho a descansar, al menos por la noche.

—¡Eeeh, dejad de hablar con él de una vez! —gritó un joven de abombada frente que se hallaba cerca de la puerta y que se puso en pie de un salto.

Agarró a Dvánov a lo ancho, como si de un tronco caído se tratara, y lo arrastró a la calle.

—¡Venga, al fresco! —dijo el joven, que volvió al calor de la jata y cerró la puerta de golpe.

Dvánov avanzó por la calle. Por encima de su cabeza las formaciones de estrellas cumplían su labor de vigilancia. Y hacían también que, al otro lado del mundo, el cielo comenzaría a clarear, mientras, debajo, reinaba inmóvil una refrescante pureza.

Tras salir de la aldea Dvánov quiso correr, pero se cayó. Se había olvidado de la herida de la pierna, aunque de ella ma-

naba sin cesar sangre y un líquido espeso; por el agujero de la herida se escapaba la fuerza de su cuerpo y de su conciencia, y Dvánov sentía deseos de dormir. Se percataba ahora de lo débil que estaba; se refrescó la herida con el agua de un charco, le dio la vuelta al vendaje y reemprendió el camino con prudencia. Un nuevo y mejor día alboarefa ante él; la luz procedente de aquel día se asemejaba a una asustada bandada de blancos pájaros que volaran vertiginosamente por el cielo en dirección a las turbias alturas.

A la derecha del camino que seguía Dvánov, sobre un montículo medio borrado por las lluvias y desparramado, se hallaba el cementerio de la aldea. Las pobres cruces, desgastadas por la acción del viento y de las aguas, permanecían erectas. Recordaban a los vivos que pasaban por delante que los muertos habían vivido para nada y querían resucitar. Dvánov dirigió un saludo a las cruces con la mano para que éstas trasmitieran su compasión a los muertos de las tumbas.

\*

Nikita se hallaba sentado en la cocina de la escuela de Voloshino y se comía el cuerpo de una gallina mientras Kopionkin y los otros combatientes dormían en el suelo. Sonia fue la primera en despertarse; se acercó a la puerta y llamó a Dvánov. Pero Nikita le respondió que Dvánov ni siquiera había pasado la noche allí y que era probable que se hubiera adelantado para proseguir con su labor en aras de la nueva vida, dado que era comunista. Sonia entró entonces descalza en la cocina, que hacía las veces de dormitorio de Piotr el guarda.

—¡Cómo podéis seguir aquí tumbados y durmiendo, si Sasha no está?! —dijo.

Kopionkin abrió primero un ojo; el segundo se le abrió cuando estaba ya en pie y con el gorro puesto.

—¡Pon a hervir agua para todos, Petrusha! —dijo—. Yo me voy; estaré fuera medio día... ¿Por qué no me lo dijo anoche, camarada? —le reprochó Kopionkin a Sonia—. Es un hombre joven, puede perecer fácilmente en el campo; y, además, va herido. Andará por ahí y el viento le estará golpeando la cara hasta hacer que se le salten las lágrimas...

Kopionkin salió a por el caballo. Era éste un animal muy robusto, más propio para transportar troncos de árbol que personas. Habitado a su dueño y a la guerra civil, el caballo se alimentaba de cercas construidas con ramas tiernas y paja de los tejados, y se contentaba con poco. De todas formas, para saciarse, el caballo necesitaba comerse la octava parte de todo un bosque joven destinado a ser cortado, y beberse en la estepa, para acompañar el verde, un estanque entero de tamaño medio. Kopionkin sentía un gran respeto por su caballo y, en cuanto a estima, éste ocupaba el tercer puesto: Rosa Luxemburgo, la Revolución y el caballo.

—¡Salud, Fuerza Proletaria! —le dijo Kopionkin a modo de saludo al caballo, que resoplaba atiborrado de tosco alimento. —En marcha a la tumba de Rosa!

Kopionkin abrigaba esperanzas y estaba convencido de que todas sus obras y todos los caminos de su vida conducían inexorablemente a la tumba de Rosa Luxemburgo. Tal esperanza inflamaba su corazón y le provocaba la necesidad cotidiana de hazañas revolucionarias. Cada mañana Kopionkin ordenaba a su caballo que se dirigiera a la tumba de Rosa; el caballo se había habituado tanto a la palabra «Rosa» que equivalía para él al grito de «arre». Tan pronto el sonar de ese «Rosa» llegaba a los oídos del caballo, éste se ponía a patear estuviera donde estuviera: pantanos, espesos bosques o abismos de los montículos de nieve.

—¡Rosa, Rosa! —musitaba de vez en cuando Kopionkin mientras viajaba, y el caballo ponía en tensión su robusto cuerpo.

—¡Rosa! —suspiraba Kopionkin, y sentía envidia de las nubes que se precipitaban hacia Alemania: pasarían por encima de la tumba de Rosa y de la tierra que habían pisado los zapatos de ésta. Para Kopionkin todos los caminos y los vienes se dirigían a Alemania, y aunque no fueran en esa dirección darían la vuelta a la tierra y acabarían por llegar a la tierra de Rosa.

Si el camino era largo y Kopionkin no se topaba con el enemigo, la agitación de éste se hacía más honda y emocionada.

Una ardiente melancolía se iba agolpando en su interior, y no había hazaña capaz de aplacar el solitario cuerpo de Kopionkin.

—¡Rosa! —clamaba Kopionkin en tono lastimero, asustando al caballo, y soltaba en los lugares solitarios un torrente de enormes lágrimas que después se secaban por sí solas.

Fuerza Proletaria no solía cansarse del camino sino de la carga de su propio peso. El caballo se había criado en un valle con praderas situado cerca del río Bitiug, y la saliva se le escapaba de vez en cuando en abundancia al recordar las variadas y tiernas yerbas de su tierra natal.

—¿Otra vez tienes ganas de masticar? —observaba Kopionkin desde su silla de montar. —El año que viene te daré todo un mes de permiso para que pastes entre los yerbajos, y luego iremos inmediatamente a la tumba...

El caballo se lo agradecía y hundía aplicadamente la yerba del camino en su base terrestre. Si el camino se bifurcaba inesperadamente, Kopionkin no se molestaba en orientar al caballo. Fuerza Proletaria elegía por sí solo una de las bifurcaciones y siempre iba a parar allí donde se precisaba del brazo armado de Kopionkin. En lo que respectaba a éste último, no se trazaba planes ni itinerarios, sino que actuaba al azar y confiando en la elección de su caballo; consideraba que la vida común era más sabia que su propia cabeza.

El bandido Gróshikov se pasó mucho tiempo intentando dar caza a Kopionkin, pero no logró toparse nunca con él; si Kopionkin mismo no sabía a dónde iba, ¿cómo iba a saberlo Gróshikov?

Tras haber cabalgado unas cinco verstas desde Volóshino, Kopionkin llegó a un jútor formado por cinco haciendas. Desenvainó el sable y llamó con la punta del mismo, sucesivamente, en las puertas de todas las jatas.

Dando saltos, de las jatas iban saliendo enloquecidas mujeres, preparadas desde hacía tiempo para recibir a la muerte.

—¿Qué quieres, hijo? Hace tiempo que los blancos se fueron, y no hay rojos escondidos.

—¡Vamos, a la calle inmediatamente las familias enteras! —ordenó Kopionkin con voz tonante.

Salieron finalmente siete mujeres y dos viejos; no hicieron salir a los niños y escondieron a los maridos en los rincones de cerca de la estufa.

Kopionkin pasó revista a la gente y ordenó:

—¡Todos a vuestras casas! ¡Dedicaos a trabajos pacíficos! Era evidente que Dvánov no se encontraba en aquel *jútor*.

—Vamos más cerca de Rosa, Fuerza Proletaria —dijo de nuevo Kopionkin al caballo.

Fuerza Proletaria se lanzó hacia delante a la conquista de terreno.

—¡Rosa! —decía Kopionkin para confortar su alma, mientras contemplaba con recelo algún desnudo arbusto para averiguar si también él languidecía por Rosa.

Si comprobaba que no era así, dirigía su caballo hacia el arbusto y cercenaba éste de un sable: si no has menester de Rosa, no debes vivir para nada más, pues nada es tan imprescindible como Rosa.

En la parte interior de su gorro Kopionkin había cosido un cartel con la imagen de Rosa Luxemburgo. Estaba tan bellamente pintada de colores que no había mujer en el mundo que se le pudiera comparar. Kopionkin estaba convencido de la fidelidad del cartel y no se atrevía a descoserlo para no entercecerse.

Estuvo cabalgando Kopionkin hasta la noche por lugares desiertos, examinando las cavidades por si se daba el caso de que en alguna de ellas estuviera durmiendo el extenuado Dvánov. Pero todo era apacible desierto. Al anochecer llegó Kopionkin a una aldea llamada Málœy y se puso a efectuar el control de la población, casa por casa, para averiguar si estaba Dvánov con alguna de las familias campesinas. Cuando llegó al límite de la aldea había caído la noche. Descendió entonces a un barranco, y detuvo los pasos de Fuerza Proletaria. Y ambos —hombre y caballo— se sumieron en el silencio, tranquilos, por toda la noche.

A la mañana siguiente Kopionkin dejó tiempo a Fuerza Proletaria para que se alimentara y, después, partió a lomos de éste hacia donde debía ir. El camino discurría por arena tierra de aluvión, pero Kopionkin apenas daba descanso al caballo.

La dificultad del desplazamiento hizo que el sudor le brotara a borbotones a Fuerza Proletaria. Tal cosa sucedió al mediodía a la entrada de una aldea de pocas casas. Kopionkin penetró en la misma y concedió un descanso al animal.

Una mujer, vestida con un buen abrigo de pieles y un chal, se abría camino a través de la bardaña.

—¿Quién eres? —le preguntó Kopionkin haciendo que se detuviera.

—Yo? Pues la comadrona.

—Pero, ¿ese pare aquí?

La comadrona estaba habituada a la sociabilidad y gustaba de hablar con los hombres.

—¡Pues claro! Los hombres volvieron en tropel de la guerra, y las mujeres tuvieron ocasión de desfogarse...

—Mira, mujer: hoy ha llegado aquí al galope un joven sin gorro —su mujer tarda en parir—, seguro que te andará buscando, corre a darte una vuelta por las *jattas* y pregunta si está en algún sitio. ¡Ven luego a decírmelo! ¡Entendido!?

—¿Uno flacucho? ¿Con camisa de rasete? —inquirió la comadrona.

Kopionkin hizo un gran esfuerzo de memoria pero no pudo responderle. Para él sólo había dos tipos de caras de hombre: las de los suyos, y las de los otros. Los suyos tenían ojos azul claro, y los otros casi siempre negros y marrones, de oficiales y bandidos; Kopionkin no era capaz de llevar su atención hacia mayores profundidades.

—¡Es él! —asintió Kopionkin—. Con camisa de rasete y pantalones.

—Te lo traigo ahora mismo: está en casa de Feklusha, le he hecho patatas cocidas...

—¡Tráelo aquí, mujer, y te daré las gracias proletarias! —dijo Kopionkin, y acarició a Fuerza Proletaria. El caballo parecía una máquina, inmensa, palpitante, cubierta de amasijos de músculos; un caballo a propósito para roturar eriales y descepar áboles.

La comadrona se dirigió a casa de Feklusha.

Feklusha se hallaba lavando su *viudal* ropa, al desnudo sus rosáceos y torneados brazos.

La comadrona se santiguó y le preguntó:

—¿Dónde está tu huésped? Ahí hay uno a caballo que pregunta por él.

—Está durmiendo —dijo Feklusha—. Casi no le queda vida, así que no voy a despertarle.

Dvánov había dejado que su brazo derecho colgara desde lo alto del horno, delatando la espaciada y profunda medida de su respiración.

La comadrona volvió junto a Kopionkin, que acudió a pie a la *jata* de Feklusha.

—¡Despierta a tu huésped! —ordenó perentoriamente Kopionkin.

Feklusha tiró varias veces del brazo de Dvánov. Éste se puso a musitar algo muy deprisa, con susto de dormido, y asomó su rostro.

—¡Vamonos, camarada Dvánov! —le rogó Kopionkin—. La maestra ha dicho que te lleve.

Dvánov se despertó y recordó.

—No, no voy a irme de aquí. Vuelve por donde has venido.

—Eso es cosa tuya —dijo Kopionkin—. Lo que importa es que estés vivo.

De vuelta, Kopionkin cabalgó hasta por la noche, pero por un camino más corto. Ya entrada la noche divisó el molino y las iluminadas ventanas de la escuela.

Piotr el guarda y Mrachinski se hallaban jugando a las damas en la habitación de Sonia, mientras que la maestra permanecía sentada en la cocina junto a la mesa y, sumida en la tristeza, apoyaba su cabeza en la palma de la mano.

—No quiere venir —informó Kopionkin a la maestra—. Está encima del horno de una mujer desamparada.

—Pues que siga allí tumbado —dijo Sonia repudiando a Dvánov—. Sigue pensando que soy una niña, pero yo también estoy triste sin saber por qué.

Kopionkin fue a ver los caballos. Los miembros de su destacamento no habían vuelto todavía de visitar a sus mujeres, y Mrachinski y Nikita vivían en la holganza tras haberse atiborrado de víveres populares.

«Así, cuando acabe la guerra no habrá en las aldeas ni una migaja —concluyó para sus adentros Kopionkin—. No que-

dará en la retaguardia ni una sola base: ¿cómo me las apañaré entonces para llegar hasta Rosa Luxemburgo?»

Mrachinski y Nikita se afanaban sin sentido en el patio, mostrando a Kopionkin que estaban dispuestos a hacer todo cuanto les ordenara. Mrachinski, con sus pies, apisonaba un viejo estercolero.

—Volved a la isba —les dijo Kopionkin, reflexionando parsimoniosamente—. Mañana os dejaré a los dos en libertad. ¿Para qué voy a cargar con gente trastornada? ¡No sois enemigos, sino parásitos! Ahora ya sabéis que existo, y con eso basta.

\*

Dvánov pasaba aquel periodo de su existencia, que se había dilatado, instalado en el confort de la isba, sentado y siguiendo con la mirada los movimientos de la mujer que le hospedaba mientras ésta colgaba la ropa de unas cuerdas tendidas delante del horno. La grasa de caballo ardía en un pucherito con llamas como de infierno de pintura provinciana. Por la calle circulaban gentes de otras aldeas camino de los lugares abandonados de las cercanías. La guerra civil yacía allí en retazos de patrimonio, bajo la forma de caballos muertos, carros, abrigos de estameña de los bandidos y almohadas. Las almohadas les servían a los bandidos de sillas de montar. De ahí el grito de guerra de los destacamentos facciosos: ¡A por los edredones! Los comandantes del Ejército Rojo, volando sobre sus caballos, respondían a las bandas que huían al grito de:

—¡Almohadas para las mujeres!

El poblado de Sriednie Boltái acudía por las noches a los anchos y profundos barrancos y a los sotos, y deambulaba por entre los rastros de antiguas batallas en busca de objetos que pudieran serle de utilidad. Muchos de ellos se hacían con cosas de interés: esa industria expurgatoria de la guerra civil sí que no era deficitaria. Era inútil que el comisariado para la guerra colocara carteles ordenando que se devolviera todo el material de guerra que se encontrara: las máquinas de guerra eran desmontadas pieza por pieza y convertidas en

mecanismos para fines pacíficos: a una ametralladora con refrigeración de agua se le acoplaba una cubeta y se obtenía un alambique, las cocinas de campaña se empotraban en los baños de aldea, algunas piezas de artillería de tres pulgadas se utilizaban como batanes en la elaboración de paños, y con los cierres de los cañones se fabricaban lingüetas para muelas de molino.

Dvánov incluso llegó a ver en el patio de una casa una camisola de mujer confeccionada a partir de una bandera inglesa. La camisola se secaba bajo el viento ruso y tenía ya rotos y huellas producidas por el roce con un cuerpo femenino.

La dueña de la casa, Fiokla Stepánovna, concluyó su trabajo.

—¿Por qué estás tan pensativo, muchacho? —preguntó—. ¿Tienes hambre o es que te aburres?

—No me pasa nada —le respondió Dvánov—. Tu casa es tranquila y aprovecho para descansar.

—Descansa. No tienes ninguna prisa, eres todavía joven: tienes toda la vida por delante...

Fiokla Stepánovna lanzó un bostezo, tapándose la boca con su grande y trabajada mano.

—En cambio yo... ya he vivido mi vida. A mi hombre lo mataron en la guerra del zar, así que ¿para qué vivir? Qué bien si me durmiera para siempre.

Fiokla Stepánovna se desnudó en presencia de Dvánov, a sabiendas de que nadie tenía necesidad de ella.

—Apaga la luz, o mañana no tendremos para levantarnos —dijo Fiokla Stepánovna, ya descalza.

Dvánov sopló y apagó la lamparilla. Fiokla Stepánovna se subió al horno.

—Súbete tú también... Ahora las cosas son así: no me mires si noquieres.

Dvánov sabía que si en la *jata* no hubiera estado aquel ser humano habría salido a todo correr para volver junto a Sonia o para buscar con presteza el socialismo en algún lugar lejano. Fiokla Stepánovna había protegido a Dvánov familiarizándolo con su sencillez de mujer, como si hubiera sido hermana de la difunta madre de Dvánov, una madre que éste no recordaba y a la cual no podía amar.

Una vez se hubo dormido Fiokla Stepánovna, a Dvánov le dolió su soledad. Durante el día casi no hablaban, pero Dvánov no se sentía solo: en cierto modo, Fiokla Stepánovna pensaba en él; y Dvánov la sentía permanentemente, lo que le liberaba de su olvidadiza concentración. Ahora no estaba ya en la conciencia de Fiokla Stepánovna, y Dvánov comenzó a sentir el peso del sueño cercano, durante el cual también él iba a olvidarse de todos los demás; su entendimiento sería expulsado al exterior por el calor del cuerpo y allí se quedaría de solitario y triste observador.

En la vieja fe se llamaba ángel protector a aquella débil conciencia exiliada. Aún fue capaz Dvánov de recordar tal significado y sintió pena por aquel ángel protector suyo que iba a salir de las opresoras tinieblas del hombre vivo para instalarse en el frío.

En algún rincón de aquel silencio suyo que iba fatigándose Dvánov echaba de menos a Sonia y no sabía qué era lo que debía hacer; hubiera querido tomarla en sus brazos y avanzar así con ella, renovado y libre para experimentar otras emociones más satisfactorias. La luz se estaba extinguendo tras la ventana, y el aire de la *jata*, al cesar el viento, se había vuelto pesado.

En el exterior, la gente que volvía de su trabajo de desarmar la guerra producía sobre la tierra débiles y confusos chirridos. Arrastraban a veces cosas de mucho peso y segaban la yerba a ras del suelo.

Dvánov se izó silenciosamente al horno. Fiokla Stepánovna se rascaba los sobacos y daba vueltas en su lecho.

—¿Te acuestas? —preguntó sumida en indiferente sueño—. Haces bien: duerme.

Los calientes ladrillos del horno hicieron que Dvánov se agitara todavía más y no pudiera dormirse, fatigado por el calor y completamente perdido en su delirio. Cosas no grandes, tales como cajas, pucheros, botas de fieltro y chaquetones, se convirtieron en pesadísimos y enormes objetos que se precipitaban sobre Dánov; él se veía obligado a darles paso al interior de sí mismo, y los objetos penetraban con dificultad y distendiéndole la piel. Dvánov temía, sobre todo, que le estallara la piel. El horror no provenía de las cosas que ha-

bían cobrado vida y lo estaban ahogando, sino del hecho de que fuera a estallarle la piel y de que pudiera ahogarse con la seca y ardiente lana de una bota de fieltro que se le había quedado atascada en las costuras de su propia piel.

Fiokla Stepánovna posó su mano en la cara de Dvánov. Dvánov creyó percibir un olor a yerba marchita, recordó su despedida de Sonia, la pobre y descalza mozuela, junto a la valla, y apretó la mano de Fiokla Stepánovna. Para calmarse y librarse de su angustia, fue deslizando su mano más y más hacia arriba y se estrechó contra Fiokla Stepánovna.

—¿Qué te pasa, muchacho, no puedes estar quieto? —preguntó la mujer dándose cuenta de lo que pasaba—. Olvídate de todo y duerme.

Dvánov no respondió. Su corazón se puso a latir cual duro objeto, y se alegró de ser tan libre dentro del cuerpo. El conserje de la vida de Dvánov se hallaba sentado en su cabina, y no se alegraba ni se afligía sino que cumplía sin más con sus funciones.

Dvánov, como si lo hubiera practicado antes, acariciaba a Fiokla Stepánovna con experimentadas manos. Finalmente, sus manos se inmovilizaron como consecuencia del asombro y el miedo.

—Por qué te paras? —musitó Fiokla Stepánovna con voz que a Dvánov le pareció cercana y ruidosa—. Todas lo tenemos igual.

—Sois hermanas —dijo Dvánov sumergido en la ternura de un vivo recuerdo, y sintiéndose obligado a hacerle un bien a Sonia a través de su hermana.

Dvánov no sentía ni alegría ni olvido total: no paraba de escuchar atentamente el trabajo de alta precisión de su corazón. Pero el corazón acabó cediendo, se ralentizó, sonó seca y fuertemente y se cerró, si bien ya vacío. Se había abierto demasiado y había dejado escapar, sin querer, el único pájaro que guardaba. El conserje-observador siguió con la mirada al pájaro que se alejaba volando y que portaba sobre sus desplegadas y tristes alas un cuerpo que, de tan ligero, parecía difuminado. Y el conserje rompió a llorar —el conserje del hombre no suele llorar sino una sola vez en la vida; sólo una vez le abandona la calma, para sentir compasión.

La regular palidez de la noche en la *jata* le pareció turbia a Dvánov, cuyos ojos se velaron. Las cosas permanecían en sus puestos y eran pequeñas, Dvánov no deseaba nada y, sando, se durmió.

No logró descansar hasta por la mañana. Se despertó tarde, cuando ya Fiokla Stepánovna estaba encendiendo fuego bajo los trébedes del fogón del horno, pero volvió a dormirse. Se sentía agotado como si el día anterior le hubieran infligido una herida que le estuviera consumiendo.

Hacia el mediodía, Fuerza Proletaria se detuvo junto a la ventana. Kopionkin se apeó por segunda vez del lomo del caballo con la idea de recobrar a su amigo. Golpeó uno de los cristales con la vaina de su sable.

—Envíame a tu huésped, ama.

Fiokla Stepánovna sacudió la cabeza de Dvánov:

—¡Despierta, pequeño, que te llama el del caballo!

Dvánov estaba aún medio dormido y no veía sino una niebla color azul claro.

Kopionkin penetró en la *jata* llevando en la mano la caza-dora y el gorro.

—¿Qué, camarada Dvánov, te vas a establecer aquí para toda la vida? La maestra te manda esto: es tu ropa.

—Me quedo aquí para siempre —dijo Dvánov.

Kopionkin inclinó la cabeza sin tener dentro de ella ninguna idea que le ayudara.

—Pues entonces, me marcho. Adiós, camarada Dvánov.

Por la mitad superior de la ventana Dvánov pudo ver cómo galopaba Kopionkin a lomos de su caballo hacia las profundidades de la planicie, en dirección a un lugar lejano. Fuerza Proletaria se llevaba de allí a un combatiente ya mayor camino de donde vivía el verdadero enemigo del comunismo, y Kopionkin —pobre, lejano y feliz— iba desapareciendo poco a poco de la vista de Dvánov.

Dvánov saltó del horno y sólo cuando ya estuvo en la calle pensó en que más adelante debería cuidar un poco su pierna herida, pero que por el momento ésta podía aguantar mal que bien.

—¿Para qué corres tras de mí? —le preguntó Kopionkin,

que cabalgaba al paso—. ¡Yo moriré pronto, y tú te quedarás solo sobre el caballo...!

Y alzando a Dvánov del suelo lo sentó sobre la grupa de de Fuerza Proletaria.

—Agárrate a mi tripa con las dos manos. Viajaremos y existiremos juntos.

Hasta el anochecer mismo cabalgó al paso Fuerza Proletaria; al caer la noche, Dvánov y Kopionkin se detuvieron para pernoctar en la caseta de un guardabosques, situada en la lín-de entre el bosque y la estepa.

—¿No has tenido por aquí gente rara? —preguntó Kopionkin al guarda.

Pero muchos viajeros habían pasado la noche en la caseta del guarda, y éste dijo:

—¡Ahora viaja mucha gente en busca de comida, no puedo acordarme de todos! ¡Soy un hombre público, no puedo acordarme de todas las jetas!

—¿Y por qué en tu patio hay olor a quemado? —preguntó Kopionkin recordando el aire.

El guarda y Kopionkin salieron al patio.

—¿Oyes? —observó el guarda—. Las yerbas suenan y no hace viento.

—No lo hay —dijo Kopionkin, que prestaba oído.

—Me han dicho los viajeros que son los burgueses blancos que envían señales por radio. ¿No notas que huele otra vez a quemado?

—No lo noto —dijo Kopionkin oliendo.

—Tienes la nariz tapada. Es el aire que se chamusca con las señales sin hilos.

—¡Agita tu bastón! —ordenó inmediatamente Kopionkin—. Revuelve sus ruidos: que no entiendan nada.

Kopionkin desenvainó el sable y se puso a dar tajos contra el nocivo aire, hasta que su acostumbrado brazo sufrió un calambre en la articulación del hombro.

—Basta —dijo Kopionkin suspendiendo la orden—. Ahora lo tendrán todo embrullado.

Tras aquella victoria Kopionkin se sintió satisfecho; pensaba que la revolución era el último vestigio del cuerpo de Rosa Luxemburgo, y velaba por ésta hasta en los pequeños

detalles. El guardabosques, que permanecía ahora en silencio, dio a Dvánov y a Kopionkin una tajada de buen pan, y se sentó alejado de ellos. Kopionkin no se interesó por el sabor del pan: comía sin deleitarse, dormía sin temor a los sueños y vivía espontáneamente sin capitular ante su cuerpo.

—¿Por qué nos das de comer? —le preguntó Dvánov al guarda—. Puede que seamos gente nociva.

—¡Pues no deberías comer! —le reprochó Kopionkin—. ¡El trigo nace por sí solo en la tierra, el hombre no le hace más que cosquillas con el arado, igual que las mujeres con las ubres de las vacas! No es un trabajo completo. ¿Verdad, patrón?

—Sí, seguro que es así —asintió el hombre que les había alimentado—. Teneís el poder, vosotros sabréis.

—Eres un idiota, un compinche de los *kulaks* —dijo enseñada Kopionkin lleno de furia—. Nuestro poder no es terror, es pensamiento popular.

El guarda convino en que en esos momentos era pensamiento. Antes de acostarse Dvánov y Kopionkin hablaron del porvenir.

—¿Qué te parece, fundaremos pronto aldeas a lo soviético? —preguntó Dvánov.

La revolución había convencido definitivamente a Kopionkin de que no había enemigo que no fuera maleable.

—¡Para qué tardar! Lo haremos de golpe: diremos que, si no, todas las tierras de secano irán a parar a manos de los *jojlik*<sup>24</sup>... O decretabamos *manu militari* el reclutamiento de mano de obra para el acarreo de las construcciones: ¿No se ha dicho que la tierra es el socialismo? Pues que lo sea.

—Primero habrá que llevar el agua a la estepa —calculó Dvánov—. A ese respecto, allí es zona seca, nuestras líneas divisorias de aguas son vástagos del desierto transcaspiano.

—Pues llevaremos allí cañerías —añadió rápidamente Kopionkin para consolar a su camarada—. Instalaremos fuentes, en los años de sequía mojaremos la tierra, las mujeres criarán gansos y todo el mundo contará con plumas y plu-món: ¡un negocio floreciente!

<sup>24</sup> Forma despectiva de designar a los ucranianos, que tuvieron una frágil independencia después de la revolución.

En ese instante Dvánov se quedó adormecido; Kopionkin colocó yerba tierna bajo la pierna herida del amigo y se apagüó también hasta la mañana.

Por la mañana dejaron la casa de la linde del bosque y pusieron rumbo a la región de la estepa.

Por el trillado camino avanzaba a su encuentro un caminante. Éste se tumbaba de vez en cuando y hacía rodar su cuerpo para seguir avanzando; después, volvía a caminar de nuevo sobre sus piernas.

—¿Qué haces, leproso? —le preguntó Kopionkin al viajero cuando los dos amigos llegaron cerca de él, e hizo que se detuviera.

—Ruedo, paisano —explicó el hombre con el que habían topado. Tengo las piernas muy cansadas, así que las dejo descansar y sigo avanzando.

Pero Kopionkin no acababa de creerle:

—Pues camina de manera normal y armoniosamente.

—Es que vengo de Batum, llevo dos años sin ver a mi familia. Si me paro a descansar me entra morriña, en cambio si me pongo a rodar pienso en que, poco a poco, me voy acercando a casa...

—¿Qué aldea es ésa que se ve? —le preguntó Kopionkin.

—La de allí? —preguntó el peregrino volviendo su moratina cara: no sabía que en el curso de su vida había recorrido la distancia que hay de la Tierra a la Luna—. Ésa puede que sea Janskie Dvóriki... Vete a saber: en la estepa hay aldeas a montones.

Kopionkin trató de llegar más al fondo de aquél hombre:

—Parece que quieres mucho a tu mujer...

El caminante contempló a los jinetes con ojos nublados por el largo camino.

—Claro que sí, la respeto. Me dio tanta pena cuando pasó que me subí al tejado...

Janskie Dvóriki olía a comida, pero era porque la gente fabricaba matarratas a base de pan. En relación con esa producción clandestina, una desaliñada mujer corría como loca por la calle. Saltaba al interior de las *jatas* y volvía a salir a toda prisa.

—¡Que vuelve el frente! —advertía a los campesinos,

mientras, aterrorizada, volvía la vista hacia la fuerza armada que constituían Kopionkin y Dvánov.

Los campesinos echaban agua al fuego, con lo que comenzó a salir tufo de las isbas; sacaban apresuradamente la mezcla del matarratas y la echaban a las tinas de los cerdos: éstos, tras comerla, comenzaron a deambular, delirantes, por la aldea.

—¿Dónde está el Sóviet, hombre honrado? —preguntó Kopionkin a un aldeano cojo.

El aldeano cojo caminaba con paso lento y grave, investido de una misteriosa dignidad.

—Honrado, dices? ¡Me habéis dejado sin pierna, y ahora decís que soy honrado...! En esta aldea no hay sóviet, y yo soy el mandatario del comité revolucionario comarcal, el poder y la fuerza represiva de los pobres. ¡No reparés en mi cojera, soy el más listo de la aldea: lo puedo todo!

—¡Oye, camarada delegado! —dijo Kopionkin en tono amenazador—. ¡Este es el representante del comité ejecutivo de la provincia para asuntos de importancia! —Dvánov descendió del caballo y tendió la mano al delegado—. Construye el socialismo en esta provincia a base de lucha, conciencia revolucionaria y reclutamiento de mano de obra de acarreo. ¿Qué tenéis vosotros aquí?

El delegado no se amilanó lo más mínimo:

—Tenemos muchas ideas, pero no tenemos pan.

Dvánov lo atrapó:

—Pero no falta matarratas en tierras arrebatadas a los terratenientes.

El delegado se ofendió enormemente.

—¡No hables sin saber, camarada! Ayer firmé un decreto oficial: hoy se dirá una misa en la aldea para celebrar nuestra liberación del zarismo. He dado al pueblo veinticuatro horas de asueto para que hagan lo que les dé la gana: yo ando por aquí, y la revolución descansa... ¿Te enteras?

—¿Y quién te he dado a ti ese poder despótico? —dijo Kopionkin, frunciendo el ceño en lo alto de su caballo.

—¡Aquí yo soy como Lenin! —replicó el cojo para explicar una evidencia—. Hoy en día los *kulaks* agasajan a los pobres a cuenta de mis recibos, y yo controlo que se cumpla eso.

—¿Y lo has comprobado? —le preguntó Dvánov.

—Casa por casa, y luego al azar: todo va de maravilla. Se hace un matarratas más fuerte que el de antes de la guerra. Los campesinos sin caballos están contentos.

—Entonces, ¿por qué corre asustada esa mujer? —preguntó Kopionkin, tratando de poner más al descubierto los aspectos oscuros.

El cojo se indignó mucho con ello:

—Aún hay poca conciencia soviética. Temen acoger a los camaradas que vienen de visita, prefieren esconder sus bienes entre las bardanas y aparentar que son indigentes asistidos por el Estado. Pero yo conozco bien sus triquiñuelas, me doy perfecta cuenta del sentido de sus vidas...

El cojo se llamaba Fiódor Dostoievski: ése era el nombre con el que se había registrado a sí mismo en un registro especial, diciendo que Ignati Moshónkov, delegado del comité revolucionario de la comarca, oída la declaración del ciudadano Ignati Moshónkov respecto a querer cambiar de nombre en honor del famoso escritor Fiódor Dostotievski, decretaba: cambiar de nombre a partir de la medianoche de ese mismo día y para siempre, así como, desde ese mismo instante, proponer a todos los ciudadanos que revisasen sus apodos —para ver si estaban contentos con ellos— habida cuenta de la necesidad de asemejarse a la persona cuyo nombre se había elegido. Fiódor Dostoievski había lanzado aquella campaña con el fin de impulsar el autoperfeccionamiento de los ciudadanos: que quien eligiera llamarse Karl Liebknecht había de vivir de manera semejante a como había vivido aquél o, de no ser así, se le confiscaría el glorioso nombre. Eso condujo a que dos ciudadanos se registraran con nombres distintos: Stepán Checher pasó a ser Cristobal Colón, y el pocero Piotr Grudin adoptó el nombre de Franz Mehring; para la gente, Mierin<sup>25</sup> sin más. Fiódor Dostoievski registró tales nombres a título provisional y revocable: envió una interpelación al comité revolucionario de la comarca, preguntando si Colón y Mehring habían sido personas suficientemente dignas de que se adoptaran sus nombres para que sir-

vieran de modelo en la vida futura o si, por el contrario, Colón y Mehring resultarían mudos para un revolucionario. El comité revolucionario de la comarca aún no había respondido. Stepán Checher y Piotr Grudin vivían, por el momento, sin nombres.

—Si os queréis llamar así —les decía Dostoievski—, haced algo importante.

—Lo haremos —respondían ambos—. Pero apruébalo y danos un certificado.

—Podéis utilizar esos nombre verbalmente, pero en los papeles os seguiré llamando como antes.

—Nos conformamos con que sea verbalmente —imploraban los demandantes.

Kopionkin y Dvánov se toparon con Dostoievski durante uno de los días en que éste reflexionaba sobre los nuevos adelantos de la existencia. Dostoievski pensaba en la unión libre entre hombre y mujer, en el sentido soviético de la vida, en la posibilidad de suprimir la noche para acrecentar las cosechas, en cómo organizar la felicidad en el trabajo diario, en la naturaleza del alma —si se trataba de un corazón quejumbroso o de un cerebro en la cabeza— y acerca de muchas otras cosas que le atormentaban y que hacían que por las noches no dejara descansar en paz a su familia.

Dostoievski tenía un montón de libros en su casa, pero se los sabía todos de memoria y no le reconfortaban; además, pensaba por su propia cuenta.

Tras comer gachas de mijo en la *jata* de Dostoievski, Dvánov y Kopionkin entablaron con éste una conversación que no podía esperar más respecto a la necesidad de acabar de construir el socialismo no más tarde del verano siguiente. Dvánov aseguraba que Lenin en persona había demostrado que tales prisas estaban justificadas.

—La Rusia Soviética es como un joven abedul sobre el que se lanza la cabra del capitalismo —dijo Dvánov a Dostoievski para convencerle. Y hasta le puso como ejemplo una consigna frecuente en la prensa—: «Haz que crezca deprisa el tierno abedul, / o lo devorará la cabra de Europa!»

Dostoievski palideció al imaginar, concentrado, el acuciante peligro del capitalismo. Se había representado nítida-

<sup>25</sup> En ruso, caballo castrado.

mente unas cabras blancas que iban a devorar la tierna corteza, la revolución se quedaría completamente desnuda y perecería de frío..

—¿A qué esperamos entonces, camaradas? —exclamó, inspirado, Dostoievski—. Comencemos ahora mismo: para el año nuevo podría estar construido el socialismo! En verano acudirán las cabras blancas, pero la corteza del abedul soviético ya estará dura.

Dostoievski imaginaba el socialismo como una sociedad formada por personas buenas. Ignoraba las cosas y las construcciones. Dvánov lo comprendió enseguida.

—No, camarada Dostoievski. El socialismo es como el sol y se alza en verano. Hay que construirlo en las tierras fértiles de las estepas altas. ¿Cuántas casas tiene la aldea?

—Muchas: trescientas cuarenta casas, y fuera viven quince campesinos más —informó Dostoievski.

—Muy bien. Tenéis que formar cinco o seis arteles<sup>26</sup> —siguió improvisando Dvánov—. Decreta inmediatamente trabajo obligatorio: que vayan cavando pozos en las tierras de barbecho, y cuando llegue la primavera comienza a trasladar las construcciones con los carros. ¿Tenéis zahoríes?

Dostoievski sorbía lentamente las palabras de Dvánov y las convertía en circunstancias visibles. No contaba con talento para inventar la verdad, y sólo podía entenderla convirtiendo los pensamientos en acontecimientos relativos a su región, cosa que realizaba muy lentamente: necesitaba imaginar un lugar conocido de la vacía estepa, trasladar mentalmente a dicho lugar, una tras otra, las casas de su aldea y ver qué se conseguía con ello.

—Sí que tenemos zahoríes —dijo Dostoievski. Franz Mehring, por ejemplo, que presiente el agua con los pies. Camina por los barrancos, calcula los horizontes y dice: «Vamos tios, cavad aquí hasta seis *sázheni*»<sup>27</sup>. El agua sale luego de allí a espaldas. El don debe de venirle de sus padres.

Dvánov ayudó a Dostoievski a que imaginara el socialis-

mo en forma de pequeños poblados divididos en arteles de pocas casas y con parcelas comunes junto a éstas. Dostoievski había conseguido asimilarlo todo, pero, debido a la momentánea ausencia de socialismo en la vida real, aún carecía de cierta alegría colectiva desparramada por todas las eras para que su visión del futuro se convirtiera en amor y calor, y para que la conciencia y la impaciencia tomaran fuerza en el interior de su cuerpo.

Kopionkin le escuchó durante un rato y se enfadó:

—¡No seas piojoso: el comité ejecutivo de la provincia te dice que tienes que concluir el socialismo de aquí al verano! Desenvaina la espada del comunismo, que nuestra disciplina es de hierro. ¡No eres ningún Lenin, eres un guardián soviético: no haces más que frenar el ritmo de la ruina, condenado!

Dvánov seguía empujando a Dostoievski más y más hacia adelante:

—Nuestra tierra brillará más y se la verá mejor desde otros planetas gracias a los cultivos de plantas. ¡Y se hará más intenso el intercambio de humedad, el cielo será más azul y más transparente!

Dostoievski se alegró: había visto, por fin, el socialismo. Consistía en un cielo azul claro, un poco húmedo, que se nutría de la respiración de las plantas forrajeras. El viento removía colectiva y suavemente los opulentos lagos de parcelas cultivadas, era tan feliz la vida que discurría en completo silencio. Ya no restaba sino establecer el sentido soviético de la vida. Esa misión le había sido encomendada por unanimidad a Dostoievski; así que se hallaba en el trance de permanecer sentado sin dormir y sumergido en una meditación abnegada, durante cuarenta noches y cuarenta días; unas aseadas y guapas jóvenes le llevaban sabrosos platos —*borsch* y carne de cerdo— pero los tenían que retirar intactos: Dostoievski no podía salir del ensimismamiento de su obligación.

Las jóvenes se enamoraban de Dostoievski, pero, como estaban todas afiliadas al partido y habían de respetar la disciplina, no podían declararle su amor y habían de comportarse tal y como exigía su conciencia política.

<sup>26</sup> Cooperativas obreras de todo tipo y asociaciones de pescadores, cazadores y roturadores (en la antigua Rusia). En la URSS, forma particular de koljós.

<sup>27</sup> Plural de *sazhen*.

Dostoievski marcó una línea en la mesa con una de sus uñas, como para dividir la época en dos:

—¡Os traeré el socialismo! ¡Aún no habrá madurado el centeno y ya tendremos el socialismo...! ¿Por qué estaré tan melancólico?, me decía. Y era que echaba de menos el socialismo.

—¡Claro! —confirmó Kopionkin—. Todo el mundo quiere a Rosa.

Dostoievski reparó en lo de Rosa, pero no comprendió enteramente qué quería decir Kopionkin; imaginó que Rosa era una abreviatura de revolución o una consigna desconocida.

—¡Exacto, camarada! —respondió satisfecho Dostoievski, que había descubierto ya la felicidad suprema—. Pero, como veis, he perdido un montón de kilos en esto de dirigir aquí la revolución.

—Claro, tú eres la válvula de todo lo que sucede en la región —dijo Kopionkin para afirmar la dignidad de Dostoievski.

No obstante, Fiódor Mijáilovich no durmió tranquilo aquella noche; daba vueltas y más vueltas, mientras musitaba con voz cansina fragmentos de reflexiones.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kopionkin, que no se había dormido todavía, al oír los sonidos que emitía Dostoievski—. ¿Te han dado un calambre en las mandíbulas de tanto aburrirte? Acuérdate de las víctimas de la guerra civil y así te sentirás triste.

En el curso de la noche, Dostoievski sacudió a los dormientes. Kopionkin, todavía sin acabar de despertarse, empuñó el sable: para hacer frente al enemigo que había atacado inesperadamente.

—¡Te he despertado en aras del Poder Soviético! —explicó Dostoievski.

—En ese caso, haberlo hecho antes —le reconvino severamente Kopionkin.

—No tenemos ganado —comenzó a soltar de inmediato Dostoievski, que había tenido tiempo en media noche de pensar en el socialismo, incluidos los aspectos de la vida cotidiana—. ¿Cómo va a querer ir nadie sin ganado a la estepa feraz?

—Y qué necesidad hay de cargar con el fardo de las construcciones...? Estas inquietudes me tienen atormentado...

Kopionkin se rascó la delgada y prominente nuez como si estuviera destripando su garganta.

—¡Sasha! —dijo a Dvánov—. No pierdas el tiempo durmiendo: dile de una vez a este elemento que no tiene ni idea de las leyes soviéticas.

Después, Kopionkin miró atenta y lúgubremente a Dostoievski.

—¡Más que el Lenin de la región pareces un colaborador de los blancos! ¡Qué cosas se te ocurre pensar! No hay nada más fácil: saca mañana todo el ganado vivo, si es que queda algo, y repártidlo entre la gente según tu sentir revolucionario. ¡Y ya está!

Kopionkin volvió a dormirse inmediatamente: no entendía la duda, ni su alma podía albergarla, porque la consideraba una traición a la revolución; Rosa Luxemburgo había pensado ya en todo, de antemano y por todos, y ahora era el momento de las hazañas guerreras para aplastar tanto al enemigo visible como al oculto.

Por la mañana Dostoievski hizo la ronda por Janskie Dvóriki dando a conocer, casa por casa, la orden conjunta del comité revolucionario de la comarca y del comité ejecutivo de la provincia que decretaba el reparto revolucionario del ganado, sin excepción alguna.

Se condujo el ganado a la plaza de la iglesia en medio del llanto de los dueños del mismo. Pero también los indigentes sufrián viendo el dolor de los propietarios y los lloriqueos de las viejas, y algunos de ellos vertían igualmente lágrimas pese a que en el reparto les iba a tocar una parte.

Las mujeres daban besos a las vacas y los hombres sujetaban sus caballos de manera especial, con ternura y delicadeza; mientras dudaban entre echarse a llorar o aguantarse las lágrimas, les daban ánimos como si se tratara de hijos que fueran a la guerra.

Un campesino de estatura larga y fina, pero de pequeño y barbilampiño rostro y voz de jovencita, aportó su trotón sin queja alguna, y hasta dirigió palabras de consuelo a sus afligidos vecinos:

—¿Qué te pasa tío Mitri? —dijo con aguda voz a un viejo triste. ¡Que le den morcilla a tu caballo! ¡Ni que te estuvieran quitando la vida! ¡Vaya una desgracia! ¡Que se vaya al diablo, ya nos haremos con otros! ¡Vamos, guarda tus penas!

Dostoievski conocía a aquel campesino: era un antiguo desertor. Había llegado de pequeño sin certificado ni papel alguno, y no se le había podido enviar a guerra alguna: carecía de fecha oficial de nacimiento, no tenía nombre y, formalmente, no existía; por llamarle de alguna manera y facilitar el trato diario con él, los vecinos habían puesto al desertor el apodo de «Medio-hombre», pero no aparecía registrado en el censo del antiguo sóviet rural. Uno de los secretarios había llegado a escribir al pie de todos los apellidos: «Otros ciudadanos: 1; sexo: dudoso». Pero el secretario siguiente no comprendió tal nota; añadió una cabeza más al ganado bovino y borró completamente lo de «otros». Con lo que Medio-hombre vivió como una especie de desperdicio social, igual que el mijo que se derrama de los carros y cae a tierra.

Sin embargo, no hacía mucho, Dostoievski lo había inscrito con tinta en el registro civil como «campesino medio sin nombre personalmente adjudicado, y que se escaqueaba», con lo que había establecido sólidamente su existencia: era como si hubiera traído al mundo a Medio-hombre para provecho soviético.

En los viejos tiempos, la vida de la estepa seguía las huellas del ganado, por lo que había quedado en el pueblo un gran miedo a morir de hambre si aquél le faltaba. Eso hacía que la gente llorara más por prejuicio que por temor al daño.

Dvánov y Kopionkin llegaron cuando Dostoievski estaba comenzando a repartir el ganado entre los pobres.

Kopionkin lo puso a prueba:

—¡No te equivoques, eh! ¡Tienes ahora un sentido revolucionario total?

Dostoievski, orgulloso de su poder, hizo un gesto con la mano, señalando primero el vientre y después el cuello. El tipo de reparto que había inventado era sencillo y claro: los más pobres recibieron los caballos y vacas más hermosos; pero como el ganado era escaso, a los campesinos medios no

les alcanzó nada, y sólo algunos de ellos recibieron una oveja por cabeza.

Cuando el asunto tocaba felizmente a su fin se adelantó el susodicho Medio-hombre y dijo con ronca voz:

—Fiódor Mijálich, camarada Dostoievski, ya sé que no es asunto mío, pero no tomes a mal lo que voy a decirte. ¡No te enfades, eh!

—¡Habla, ciudadano Medio-hombre, habla sinceramente y sin miedo! —autorizó Dostoievski, de manera franca y aleccionadora para la multitud.

Medio-hombre se volvió hacia el apenado pueblo. Estaban afligidos incluso los campesinos pobres que, asustados, sujetaban los caballos que les habían sido entregados; y muchos de entre ellos habían devuelto ya, a escondidas, a los campesinos ricos el ganado que les había tocado en suerte.

—¡Si es así, escuchadme todos! Voy a hacer una pregunta tonta: ¿para qué quiere, por ejemplo, Piotr Rizhov mi trotón? El único forraje que tiene es la paja de su tejado; en su parcela no tiene ni un mal astil de repuesto y en tres días no ha entrado en su tripa más que media patata. Y, segundo —no te enfades Fiódor Mijálich, que ya sabemos que lo tuyos es la revolución—, ¿qué va a pasar con las crías? Los pobres ahora somos nosotros: ¿los que tienen caballos van a parir crías para nosotros? Vamos, Fiódor Mijálich, pregunta si los pobres que ahora tienen caballos querían alimentar potros y terneros para nosotros.

Semejante sensatez dejó petrificada a la multitud.

Medio-hombre apreció el silencio y prosiguió:

—A mi modo de ver, en unos cinco años no tendrá nadie ganado de más tamaño que las gallinas. ¿Quién va a querer preñar yeguas para el vecino? Y este ganado mismo no es que vaya a vivir un siglo. Al primero al que se le morirá mi trotón será a Piotka: ¡Pero si no ha visto de cerca un caballo en toda su vida! Y de forraje, como no sean las estacas... ¡Así que quítame esta pena, Fiódor Mijálich, y no me guardes rencor!

Dostoievski le consoló inmediatamente:

—¡Es verdad, Medio-hombre: no hace falta reparto! Kopionkin saltó al círculo vacío en mitad de la multitud.

—¿Cómo que no hace falta? ¿Estás de parte de los bandidos, o qué? ¡Porque si es así, te líquido ahora mismo! ¡Ciudadanos —dijo Kopionkin a la multitud con voz amenazadora y temblorosa—, no va a pasar nada de lo que ha dicho ese *kulak* que aún no hemos liquidado. El socialismo llegará en un santiamén y lo inundará todo. ¡Antes de que nazca nada, ya se vivirá bien! Y puesto que se le quita el trotón a Rizhov, propongo que se le entregue al delegado del comité ejecutivo de la provincia, el camarada Dvánov. ¡Y ahora, cada uno a vuestros asuntos, camaradas pobres, a luchar contra la ruina!

Los pobres, que se habían olvidado de cómo conducir los animales, arrancaron indecisos con sus vacas y caballos.

Medio-hombre miraba pasmado a Kopionkin; lo que le atormentaba, ahora, no era ya la pérdida del trotón, sino la curiosidad.

—Puedo preguntarle una cuestión, camarada del mando provincial? —se atrevió por fin a soltar Medio-hombre con su infantil voz.

—¡Como no tienes el poder, pregunta! —se apiadó Kopionkin.

Medio-hombre preguntó respetuosa y atentamente:

—Pero qué es, pues, el socialismo? ¿Cómo será, y de dónde saldrá la riqueza?

Kopionkin le explicó sin esfuerzo:

—Si hubieras sido pobre, lo sabrías ya; pero como eres un *kulak*, es imposible que entiendas nada.

Al atardecer Dvánov y Kopionkin quisieron marcharse, pero Dostoievski les rogó que se quedaran hasta la mañana siguiente para descubrir definitivamente por dónde había que empezar el socialismo en la estepa y cómo había que acabarlo.

A Kopionkin le producía aburrimiento una parada tan prolongada y, por la noche, decidió partir.

—Ya te lo hemos explicado todo —adoctrinó a Dostoievski—. Tenéis el ganado. Las masas revolucionarias están ya en pie. Decreta ahora el trabajo obligatorio de transporte, cava pozos y estanques en la estepa y traslada las construcciones al comenzar la primavera. ¡Ojo, en verano el socialismo tie-

ne que asomar ya por entre las yerbas! ¡Vendré a comprobarlo, eh!

—Pero eso quiere decir que sólo trabajarán los pobres, que son los que tienen los caballos, y que los ricos vivirán inútilmente —comenzó a dudar de nuevo Dostoievski.

—Bueno, y qué? —respondió Kopionkin sin muestras de asombro—. El socialismo lo tienen que traer las manos limpias de los pobres; los *kulaks* tienen que morir en la lucha.

—Eso es verdad —dijo satisfecho Dostoievski.

Dvánov y Kopionkin partieron aquella noche, tras apercibir una vez más a Dostoievski respecto a los plazos en que había de ser construido el socialismo.

El trotón de Medio-hombre galopaba junto a Fuerza Proletaria. Ambos jinetes experimentaron cierto alivio cuando sintieron el camino que les alejaba de la estrechez del poblado. La vida sedentaria, aunque sólo durara veinticuatro horas, hacía que la nostalgia se asentara vigorosamente en los corazones de Dvánov y de Kopionkin; por eso temían éstos los techos de las jatas, y sentían preferencia por los caminos que hacían circular la sangre sobrante de sus corazones.

El ancho camino provincial comenzó a correr al encuentro de los dos jinetes, que pusieron sus caballos al trote estepario.

Sobre sus cabezas, las nubes nocturnas, iluminadas a medias por un sol que se había puesto hacía rato, permanecían inmóviles; el aire, vaciado por el viento diurno, tampoco se movía. El frescor y el silencio del abatido espacio hicieron que Dvánov se sintiera débil y comenzara a dormirse sobre el trotón.

—Si encontramos cobijo paramos a dormir hasta el amanecer —propuso Dvánov.

Kopionkin le señaló una franja de bosque que no quedaba lejos y que se extendía, con su negro silencio y su placidez, por la anchurosa estepa.

—Allí tiene que haber algún puesto forestal.

Apenas penetraron en la espesura de tristes y ensimismados árboles, los viajeros oyeron las desganadas voces de unos perros que guardaban en la oscuridad el apartado cobijo de un guarda forestal.

El guarda, que realizaba su labor de conservación de los bosques por amor a la ciencia, se hallaba sentado en aquel momento, rodeado de libros antiguos. Buscaba en el pasado alguna época que se pareciera a la soviética, para averiguar así el torturante destino de la revolución y encontrar una salida que le permitiera salvar a su familia.

Su padre, también guardabosques, le había legado una biblioteca integrada por libros baratos, escritos por los autores de menor talla, menos leídos y más olvidados. Solía decirle a su hijo que las verdades trascendentales de la vida permanecen ocultas en los libros arrinconados.

El padre del guarda forestal comparaba los libros malos con los hijos nonatos, que perecían en los vientres de las madres por no haber correspondencia entre la excesiva delicadeza de los cuerpos de los mismos, y la rudeza del mundo, que se dejaba notar incluso en los vientres maternos.

—Con que sólo diez de esos niños se hubieran salvado, habrían convertido al hombre en una criatura solemne y sublime —le dejó como testamento el padre al hijo—. Pero sólo vienen al mundo los de mente más turbia y corazón menos sensible, los que pueden soportar el viento brutal de la naturaleza y la lucha por los alimentos crudos.

Aquella noche el guarda forestal estaba leyendo una obra de Nikolái Arsákov, publicada en el año 1868. La obra llevaba por título *Personas de segunda*, y el guarda buscaba lo que necesitaba a través de la aridez de las secas palabras de la misma. El guarda consideraba que no había libros aburridos y sin sentido, si el lector, con penetrante atención, sabía buscar en ellos el sentido de la vida. Los libros aburridos eran producto de lectores aburridos, porque lo que actuaba en los libros no era la destreza del autor, sino la nostalgia inquisitiva del lector.

«¿De dónde venís? —se preguntaba el guarda respecto a los bolcheviques—. Seguro que habéis existido antes en algún sitio, porque nunca surge nada que no se parezca a algo, sin robar de lo ya existente.»

Dos niños pequeños y la esposa del guarda —una mujer ya metida en carnes— dormían apacible e inconscientemente. El guarda les dirigía de vez en cuando una mirada para

que el pensamiento se le excitara y le reclamara protección para aquellos tres seres tan preciosos para él. Quería descubrir el futuro para poder entenderlo a tiempo, y salvar así de la muerte a sus parientes más cercanos.

Arsákov decía en su libro que sólo los seres humanos de segunda aportaban un lento provecho. Que la mente demasiado poderosa no servía de nada: que era como la yerba de los suelos fértils, que caía antes de alcanzar la madurez y no podía ser segada. La aceleración que sufre la vida de la gente importante hace agotarse a ésta y la lleva a perder lo que tenía antes.

«Los seres humanos —enseñaba Arsákov— comienzan a actuar demasiado temprano y sin suficiente discernimiento. Conviene, en la medida de lo posible, que el hombre mengüe sus actos, a fin de liberar la parte contemplativa del alma. La contemplación es el arte de aprender uno mismo a partir de los acontecimientos exteriores. Los hombres deben, pues, seguir estudiando el mayor tiempo posible las circunstancias de la naturaleza y, de esa manera, ponerse a actuar sin premura, aunque certera y sólidamente, y portando en la mano el arma de la cumplida experiencia. Es preciso recordar que todos los males de la sociedad se deben a la intromisión de hombres con mentalidad excesivamente juvenil. Bastaría con dejar la historia en paz durante cincuenta años para que todo el mundo alcance, sin esfuerzo, la felicidad suprema.»

Los perros lanzaron ladridos de alarma; el guarda forestal cogió su fusil y salió al encuentro de los tardíos visitantes.

El guarda condujo los caballos que montaban Dvánov y Kopionkin a través de una hilera de fieles perros y de cachorros ya grandes.

Media hora más tarde los tres hombres formaban círculo, de pie en torno a una lámpara, en la casa hecha con troncos y saturada de hábito vital. El guarda ofreció pan y leche a sus huéspedes.

Se había puesto en tensión y, preparado, esperaba de antemano algo malo de aquellos hombres surgidos de la noche. Pero el colectivo rostro de Dvánov, así como sus ojos —que a menudo se quedaban inmóviles— le fueron tranquilizando.

Tras comer, Kopionkin tomó en sus manos el libro abierto y leyó con esfuerzo lo escrito por Arsákov.

—¿Qué te parece? —le preguntó Kopionkin a Dvánov, pasándole el libro.

Dvánov leyó.

—Es una teoría capitalista: vive, pero no despiertes.

—¡Yo pienso igual! —dijo Kopionkin, dejando a un lado el perverso libro—. Lo que me gustaría saber es qué vamos a hacer con el bosque en el socialismo —reflexionó afligidamente Kopionkin, y lanzó un suspiro.

—Díganos, camarada, ¿qué beneficio por *desiatina*<sup>28</sup> produce el bosque? —preguntó Dvánov al guarda.

—Según —respondió azorado el guarda—. Según el bosque, los años que tenga y el estado en que se encuentre: entran muchas circunstancias...

—Bueno, de media.

—De media? Pues podría decirse que unos diez o quince rublos.

—Sólo? El centeno debe dar más, ¿no?

El guarda forestal comenzó a atemorizarse, y se esforzó por no errar.

—El centeno, algo más... El campesino saca, limpios, unos treinta rublos por *desiatina*. Creo que no menos de eso.

El rostro de Kopionkin reveló la rabia de un hombre que ha sido engañado.

—¡Entonces hay que talar inmediatamente los bosques y dedicar las tierras a la labranza! Estos árboles no hacen más que quitarle el sitio al grano de otoño...

El guarda calló y siguió con ojos atentos al agitado Kopionkin. Dvánov calculaba con un lápiz en el libro de Arzákov las pérdidas que generaba la explotación forestal. Le preguntó también al guarda que cuántas desiatinas había en su distrito forestal, e hizo balance.

—Los campesinos pierden diez mil rublos al año por culpa de este bosque —informó tranquilo Dvánov—. El centeno sería, seguramente, más provechoso.

—¡Claro que sería más provechoso! —exclamó Kopionkin—.

Ya te lo ha dicho el guarda. Hay que talar toda esta masa forestal y sembrar centeno. ¡Redacta la orden, camarada Dvánov!

Dvánov recordó que hacía mucho que no había contactado con Shumilin. De todas formas, estaba convencido de que éste no le censuraría las acciones directas que supusieran un evidente provecho revolucionario.

El guarda se atrevió a objetar levemente:

—Quería decírselo que en los últimos años se han hecho muchas talas salvajes, y que no se deberían cortar plantas tan fuertes.

—Pues tanto mejor —respondió Kopionkin con hostilidad—. Nosotros seguimos los pasos del pueblo y no nos adelantamos. Si ha habido talas es que el pueblo se ha dado cuenta instintivamente de que el centeno es más útil que los árboles. Escribe la orden de que se tale el bosque, Sasha.

Dvánov redactó una larga orden en forma de llamamiento dirigido a todos los campesinos pobres de la comarca de Vierjne-Motnia. La orden les orientaba, en nombre del comité ejecutivo de la provincia, a que obtuvieran certificados que probaran su condición de pobres, y a que talaran en el plazo más breve posible el bosque de la comarca de Bitterman. Con ello, decía la orden, se abrirían al mismo tiempo dos vías de acceso al socialismo. De una parte, los pobres obtendrían madera para construir nuevas ciudades soviéticas en la estepa alta; y, de otra, se liberaría tierra para sembrarla de centeno u otros granos, más rentables que el bosque, que tarda demasiado en desarrollarse.

Kopionkin leyó la orden.

—¡Magnífico! —dijo en tono laudatorio—. Dámela, que voy a firmarla yo también para que produzca más miedo: aquí me recuerda mucha gente, y soy un hombre armado.

Y estampó su firma, amén de su graduación al completo:

«El comandante del destacamento de bolcheviques rurales Rosa Luxemburgo de la región de Vierjne-Mótinskai, Stepán Efimovich Kopionkin.»

—Llévala mañana a las aldeas de los alrededores, las demás ya se enterarán por sí solas —añadió Kopionkin, y entregó la orden al guardabosques.

—¿Y qué hago después de lo del bosque? —preguntó el guardabosques para saber a qué atenerse.

<sup>28</sup> Antigua medida rusa de superficie equivalente a 109 Ha.

Kopionkin le ordenó:

—¡Pues igual que todos! ¡Labra la tierra y aliméntate de lo que te dé! ¡Con lo que ganabas al año, seguro que te comías una aldea entera! Ahora tendrás que vivir como el pueblo.

Era ya tarde. La profunda noche revolucionaria se tendía sobre el sentenciado bosque. Antes de la revolución Kopionkin no sentía en profundidad: no le emocionaban ni los bosques, ni las gentes, ni los espacios batidos por el viento y él no se metía con ellos. Ahora se había producido un cambio. Kopionkin prestaba oído al monótono murmullo de la noche invernal, y deseaba que ésta pasara sin tropiezo por la tierra soviética.

El corazón de Kopionkin no sólo lo ocupaba el amor por su Rosa, abatida cual un árbol: ese amor anidaba allí cálidamente, pero el nido había sido fabricado con las verdes hojas de su preocupación por los ciudadanos soviéticos, de su lacerante compasión por todos aquellos a quienes la miseria y las furiosas gestas contra los enemigos de los pobres, que se hallaban por todas partes, habían convertido en ruinas.

La noche cantaba ya sus posteriores horas sobre el distrito forestal de Bittermánovski. Dvánov y Kopionkin dormían en el suelo, y en su sueño estiraban sus piernas fatigadas de tanto cabalgar.

Dvánov soñaba que era todavía pequeño, que apretaba, con infantil alegría, el pecho de su madre, tal y como había visto que lo hacían otros niños, pero que sentía miedo y no se atrevía a alzar la vista para mirar el rostro de su madre. Percibía confusamente ese miedo y temía ver un rostro distinto al de su madre, un rostro igual de amado, pero no de su misma sangre.

Kopionkin no soñaba, porque todos sus sueños se realizaban en la vida real.

Tal vez en aquel mismo instante la felicidad misma anduviera buscando a los hombres a los cuales iba a hacer felices, y éstos reposaran en el olvido de las preocupaciones sociales cotidianas, ajenos a sus vínculos con la felicidad.

\*

Al día siguiente Dvánov y Kopionkin partieron hacia la lejanía con el alba y pasado el mediodía se presentaron en la reunión de la dirección de la comuna «Amistad de los pobres», establecida en la parte sur del distrito de Novosíolovski. La comuna había ocupado una finca que había pertenecido a Kariakin, y debatía en aquel momento la cuestión de cómo adecuar las dependencias a las necesidades de siete familias: los miembros de la comuna. La dirección de la comuna, al final de la reunión, aprobó lo que propuso Kopionkin: que se quedara la comuna con lo imprescindible: una casa, el cobertizo y el secadero. Y ceder las otras dos casas, junto con las demás dependencias, a la aldea vecina para que ésta se las repartiera, con el fin de que el exceso de bienes de la comuna no oprimiera a los campesinos de los alrededores.

Después, el amanuense de la comuna se puso a hacer los bonos para la cena, caligrafiando cuidadosamente en cada uno de ellos la consigna «¡Proletarios de todos los países, únose!».

Todos los miembros adultos de la comuna —siete hombres, cinco mujeres y cuatro chicas jóvenes— desempeñaban funciones específicas en ella.

La relación de nombres y cargos constaba en un cartel colgado en la pared. Según la lista y el reparto, toda la gente estaba ocupada el día entero en servirse a sí misma; y la denominación de las funciones se había cambiado en el sentido de un mayor respeto hacia el trabajo, es decir: había una responsable de la alimentación de la comuna, un jefe de tracción animal, un maestro de hierros —que cuidaba de los útiles muertos, así como de los bienes de uso y de construcción (debía ser a un tiempo herrero, carpintero y demás)—, un responsable de la seguridad y la integridad de la comuna, un responsable de propaganda del comunismo en las aldeas no organizadas y una educadora comunal de las generaciones, junto a otras funciones de servicio.

Kopionkin repasó el documento durante mucho tiempo, pensando en algo, y le preguntó después al presidente, que estaba firmando los bonos para la cena:

—Está bien, ¿pero cómo labráis?

El presidente le respondió sin cesar de firmar:

—Este año no hemos labrado.

—¿Y eso por qué?

—No se podía imponer el orden interior; tendríamos que haber relevado a todos de sus cargos. ¿Adónde habría ido a parar la comuna? Ya sin eso nos las vimos y deseamos para organizarla, y, además, aún quedaba trigo en la finca...

—Bueno, si había trigo, vale —respondió Kopionkin dejando a un lado sus dudas.

—Lo había, lo había —dijo el presidente—. Lo inventariamos inmediatamente y lo confiscamos para el bienestar colectivo.

—Eso es correcto, camarada.

—Desde luego: tenemos apuntado hasta el último grano y reservado en función de las bocas. Hicimos venir a un practicante para que estableciera, sin prejuicio y de una vez por todas, una norma alimentaria. Aquí hemos pensado mucho hasta el último detalle: la comuna es cosa importante! ¡Complica la vida!

También en esto le dio la razón Kopionkin; estaba convencido de que los hombres podían gobernarse con justicia por sí solos, a condición de que se les dejara. Su propio cometido era mantener despejada la ruta al socialismo; sus instrumentos para llevarlo a cabo eran su brazo armado y las órdenes con fundamento. Sólo había una cosa de lo que había dicho el presidente que turbaba a Kopionkin: lo de la complicación de la vida. Y hasta llegó a consultárselo a Dvánov: ¿no sería conveniente disolver inmediatamente la comuna «Amistad de los pobres», dado que, con una vida complicada, sería imposible establecer quién era explotador y quién explotado? Pero Dvánov le disuadió. «Déjales —le respondió—; lo complican todo por la alegría que sienten, por lo entusiasmados que están con el trabajo intelectual: antes no trabajaban más que con las manos, pero sin sentido en sus cabezas; que disfruten ahora del intelecto.»

—De acuerdo —admitió Kopionkin—. Entonces tenemos que complicarles las cosas todavía más. Hemos de ayudarles al máximo. Trata de inventar algo para ellos... algo poco claro.

Dvánov y Kopionkin se quedaron veinticuatro horas en la comuna con el fin de que sus caballos tuvieran tiempo de comer lo suficiente para un largo camino.

Por la mañana, con día fresco y soleado, comenzó la habitual asamblea de todos los miembros de la comuna. Las asambleas estaban programadas cada dos días, para poder estar al tanto de los acontecimientos corrientes. El orden del día constaba de dos puntos: «Los momentos que corren» y los «Asuntos en curso». Antes de que comenzara la discusión Kopionkin pidió la palabra; se la concedieron con gusto y hasta decidieron no limitar el tiempo de intervención.

—Habla todo lo que quieras, que queda mucho tiempo hasta el atardecer —le dijo el presidente a Kopionkin.

Pero Kopionkin era incapaz de hablar fluidamente más de dos minutos, porque se le llenaba la cabeza de pensamientos incongruentes que se desfiguraban entre sí hasta hacerse incomprensibles, con lo que había de interrumpir su discurso para ponerse a escuchar, con atención e interés, el ruido que tenía en su cabeza.

Ese día Kopionkin comenzó con un preámbulo, recordando que el objetivo de la comuna «Amistad de los pobres» era complicar la vida, para crear confusión en los asuntos y estar en condiciones de afrontar, en toda su complejidad, la lucha contra los *kulaks* emboscados. Cuando todo estuviera complicado, ceñido e incomprensible —explicó Kopionkin—, las inteligencias honestas tendrían en qué ocuparse, mientras que los elementos contrarios no podrían introducirse en los estrechos desfiladeros de la complejidad.

—Por eso... —se apresuró a concluir Kopionkin para no olvidarse de la propuesta concreta que quería hacer— por eso propongo que se convoque diariamente la asamblea general de la comuna, en lugar de cada dos días. Primero, para complicar la vida común, y, segundo, para que los acontecimientos cotidianos no escapen inútilmente hacia no se sabe dónde y sin que se les atienda; porque en veinticuatro horas pueden suceder muchas cosas, y si os descuidáis os encontráis rodeados de malas yerbas...

Como si hubiera embarrancado en un bajío, Kopionkin se detuvo en el seco flujo de su discurso y, habiéndosele olvida-

do de repente todas las palabras, llevó su mano a la empuñadura del sable. Todos le miraron con temor y respeto.

—La presidencia propone que se apruebe por unanimidad —concluyó el presidente con experimentada voz.

—Estupendo —dijo uno de los miembros de la comuna, que estaba de pie en primera fila; era el jefe de tracción animal, y tenía plena confianza en la inteligencia de la gente desconocida. Todo el mundo alzó su mano, a un tiempo y verticalmente, mostrando que estaban muy habituados a hacerlo.

—¡No vale! —anunció en voz alta Kopionkin.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado el presidente.

Kopionkin hizo, con la mano, un gesto de fastidio a los reunidos:

—Al menos una joven debe de votar siempre en contra...

—¿Y eso para qué, camarada Kopionkin?

—¡Mira que sois idiotas! Pues para complicar las cosas, ya os lo he dicho...

—¡Claro, es verdad! —dijo alegremente el presidente, y propuso a la asamblea que se eligiera a Malania Otvíershkova, responsable de las aves y del centeno, para que votara sistemáticamente en contra.

Después, Dvánov informó acerca de la situación del momento. Habló del peligro mortal que suponían los bandidos errantes para las comunas establecidas en la despoblada y hostil estepa.

—Esas gentes —dijo Dvánov respecto a los bandidos— quieren apagar el alba. Pero el alba no es una vela, sino un gigantesco cielo, cuyas estrellas, lejanas y secretas, encierran el noble y poderoso futuro de los descendientes de la humanidad. Porque, indubitablemente, tras la conquista del globo terráqueo sonará la hora del destino del universo entero, habrá llegado el momento del juicio final que el hombre realizará al universo...

—¡Qué bien habla! —dijo, adulador, el jefe de la tracción animal.

—Profundiza en ello en vez de hablar —le aconsejó en voz baja el presidente.

—Vuestra comuna —prosiguió Dvánov— debe superar en astucia a los bandidos para que no se enteren de qué es lo

que hay aquí. Tenéis que organizar el asunto con tanta inteligencia y de manera tan complicada como para que, habiendo comunismo, no se vea éste por ninguna parte. Supongamos que entra en la finca un bandido con un fusil de cañón recortado buscando algo que birlar y alguno a quien liquidar. Pero hete aquí que sale a su encuentro el secretario con el cuaderno de bonos y le dice: «Si necesita algo, ciudadano, coja un vale y vaya al almacén; si es pobre, recibirá gratis su ración, y si es de los “otros”, trabajará aquí veinticuatro horas como, por ejemplo, cazador de lobos.» Os garantizo a todos, ciudadanos, que ni un solo bandido alzará bruscamente su mano contra vosotros, porque no os entenderá de buenas a primeras. Después, podéis librarios de ellos con regalos, si los bandidos son más que vosotros, o los vais capturando poco a poco cuando se quedan asombrados y comienzan a cabalar por la finca, desconcertados, con su difunto armamento. ¿Es así o no?

—Más o menos —asintió el charlatán jefe de tracción animal.

—¿Entonces, por unanimidad y con un voto en contra? —proclamó el presidente. Pero la cosa se complicó: por supuesto que Malania Otvíershkova votó en contra; pero, aparte de ella, un miembro de la comuna, responsable del abono de la tierra, ligeramente pelirrojo y con el monótono rostro de la masa, se abstuvo.

—¿Qué haces? —preguntó, desconcertado, el presidente.

—¡Me abstengo para complicarlo más! —se le ocurrió a aquél.

Entonces, a propuesta del presidente, decidieron que aquel hombre se abstuviera permanentemente.

Al atardecer, Dvánov y Kopionkin quisieron proseguir su viaje, hacia el valle del río Chiórniaia Kalítvá, en cuyos poblados campaban a sus anchas los bandidos, que iban matando planificadamente a los miembros del Poder Soviético por toda la región. Pero el presidente de la comuna les convenció de que debían quedarse para participar en la sesión de la tarde y decidir juntos cómo habría de ser el monumento a la revolución, que el secretario aconsejaba colocar en el centro del patio y Malania Otvíershkova, por el contrario, en el jar-

dín. El responsable del abonado de la tierra se absténia y no decía ni palabra.

—¿Qué dices, no tendríamos que levantar el monumento, o qué? —interrogó el presidente al abstencionista.

—Me abstengo de expresar mi opinión —le respondió de manera consecuente el responsable del abonado.

—Pero la mayoría está «a favor», así que habrá que levantarla —reflexionó con aire preocupado el presidente—. Lo primero de todo es discurrir la figura.

Dvánov dibujó la figura en un papel.

Le pasó el dibujo al presidente y explicó:

—Un ocho acostado representa la eternidad del tiempo, y la flecha de dos puntas colocada verticalmente la infinitud del espacio.

El presidente mostró la figura a todos los reunidos:

—Aquí están la eternidad y la infinitud, así que ya está, es imposible discurrir nada mejor: propongo que se apruebe.

Se aprobó con un voto en contra y una abstención. Decidieron construir el monumento en el centro de la finca, sobre la vieja piedra de molino que había pasado muchos años esperando la revolución. Encargaron la construcción del monumento, que había de ser hecho con barras metálicas, al maestro de hierros.

—Hemos hecho un buen trabajo de organización —le dijo Dvánov a Kopionkin a la mañana siguiente. Viajaban en aquel momento por un camino arcilloso, bajo nubes mitad de verano, en dirección al lejano valle de Chiórnaia Kalitvá. Ahora se les complicarán enormemente las cosas, y seguro que por primavera, para que se les compliquen más, empezarán a labrar la tierra y dejarán de devorar los restos de la finca.

—Es un invento brillante —dijo, feliz, Kopionkin.

—Ya lo creo que es brillante. En ocasiones, al hombre que estando sano aparenta estar enfermo para complicarse las cosas, no hay más que decirle que no está suficientemente enfermo y tratar de convencerlo de ello, con lo que acabará sando por sí solo.

—Comprendo: la salud le parecerá entonces una nueva complicación y algo excepcional que ha dejado escapar

—dedujo correctamente Kopionkin, mientras pensaba para sus adentros: «“Complicación”, menuda palabra tan estupenda y confusa; igual que eso de “los momentos que corren”. Son momentos, y sin embargo corren: uno no puede imaginárselo.»

—¿Cómo se llaman esas palabras que no se comprenden? —preguntó modestamente Kopionkin—. ¿«Términos» o qué?

—Términos —respondió lacónicamente Dvánov.

En el fondo del alma, Dvánov prefería la ignorancia a la cultura: la ignorancia era un campo virgen donde todavía podía florecer la planta de cualquier conocimiento, mientras que la cultura era un campo, cubierto de matorrales, cuyas sales habían sido absorbidas por las plantas y en el que ya no podía desarrollarse nada más. Por eso Dvánov se sentía feliz de que, en Rusia, la revolución hubiera escardado por completo los escasos lugares cubiertos por matorrales en los que había cultura, habiendo dejado al pueblo tal y como era antes: un campo virgen, no un trigal, sino un lugar vacío y fértil. Y Dvánov no se apresuraba a sembrar: pensaba que el buen terreno no resistiría mucho tiempo, y que fructificaría por sí mismo cosechas preciosas, nunca vistas, a condición de que el viento de la guerra no acarreara de Europa Occidental la semilla de la mala yerba capitalista.

En cierta ocasión había visto, en medio de la uniformidad de la estepa, una multitud lejana que caminaba lentamente; la visión de tal cantidad de gente había hecho brotar en él, como si existiera una interconexión con aquellos hombres inaccesibles, la fuerza de la alegría.

Kopionkin cabalgaba cabizbajo bajo el peso del monótono recuerdo de Rosa Luxemburgo. De repente y por casualidad, se aclaró en él la intuición de su condición de hombre inconsolable, pero, inmediatamente, el delirio de la vida que seguía su curso envolvió con su calor su repentina clarividencia, y comenzó de nuevo a prever que pronto llegaría al otro país, que besaría allí el delicado vestido de Rosa que los padres de ésta conservaban, y que iría a sacar a Rosa de su tumba para llevarla consigo a la revolución. Kopionkin percibía incluso el olor del vestido de Rosa, olor a yerbas fene-

cientes, mezclado con el oculto calor de restos de vida. Él no sabía que, en la memoria de Dvánov, Sonia Mándrova olía como Rosa Luxemburgo.

Un día, Kopionkin pasó largo rato, de pie, ante el retrato de Rosa que había en el comité revolucionario de una comarca. Miraba el cabello de Rosa y lo imaginaba cual misterioso jardín; contempló después atentamente sus sonrosadas mejillas y pensó en la ardiente sangre revolucionaria que las irrigaba desde abajo al tiempo que su cara; una cara que, si bien pensativa, emanaba futuro.

Kopionkin permaneció ante el retrato hasta que su invisible turbación desencadenó un mar de lágrimas. Aquella misma noche mató apasionadamente, a sablazos, a un *kulak* que había provocado que unos campesinos rajaran la tripa, llenándosele después de mijo, al agente de la requisita de víveres. El agente había permanecido tirado en la plaza de la iglesia hasta que las gallinas acabaron de comerse, grano a grano, todo el mijo de su vientre.

Ésa era la primera vez que Kopionkin rajaba con rabia a un *kulak*. Habitualmente no mataba como vivía, sino que lo hacía con indiferencia, pero a fondo, como si actuara en su interior una fuerza que le movía al cálculo y el ahorro. Los miembros de la Guardia Blanca y los bandidos eran para Kopionkin enemigos de poca monta, indignos de su furia personal, por lo que éste los liquidaba con el prosaico y minucioso celo con que la campesina expurga de malas yerbas el mijo. Guerreaba con precisión, pero apresuradamente, a pie y a caballo, conservando inconscientemente sus sentimientos para la esperanza y el movimiento futuros.

El modesto cielo ruso lucía sobre la tierra soviética con el mismo hábito y monotonía que si los sóviets hubieran existido desde tiempos inmemoriales y el cielo se correspondiera perfectamente con ellos. En Dvánov había arraigado ya la clara convicción de que tanto el cielo como los demás espacios eran diferentes —si bien no tan bonitos—, antes de la revolución.

Cual fin del mundo se alzaba el lejano y silencioso horizonte, allí donde el cielo tocaba la tierra y el hombre al hombre. Los jinetes viajeros se dirigían hacia las zonas profundas

y olvidadas de su patria. El camino hacia curvas de vez en cuando para contornear un precipicio, y en la depresión podía distinguirse, entonces, alguna desventurada aldea. Dvánov se sentía lleno de compasión por aquel desconocido y solitario poblado, y se habría desviado con gusto hacia él, para inaugurar allí, inmediatamente, la felicidad de una vida compartida; pero Kopionkin no lo consentía: decía que era preciso deshacerse primero de Chiórnaia Kalitvá y que después volverían.

El día proseguía triste y deshabitado, los jinetes armados no se habían cruzado con ningún bandido.

—¡Se han emboscado! —exclamaba de tiempo en tiempo Kopionkin, refiriéndose a los bandidos, y sentía dentro de sí una sofocante y penosa fuerza—. ¡Os habríamos liquidado para seguridad de todos! Están por ahí escondidos, los muy canallas, atiborrándose de carne de vaca...

Una avenida de abedules, todavía no talada, pero diezmada ya por los campesinos, se aproximó, de frente, al camino. La avenida debía provenir sin duda de una finca situada lejos del camino.

La avenida de abedules finalizaba en dos pilotes de piedra. De uno de éstos pendía un periódico escrito a mano; y del otro, un rótulo de hojalata con una inscripción medio borrada por las precipitaciones atmosféricas:

«Comunismo universal, vedado revolucionario del camarada Páshintsev. Entrada para los amigos y muerte a los enemigos.»

Una mano enemiga había roto por la mitad el periódico manuscrito, y el viento lo levantaba constantemente. Dvánov sujetó el periódico y leyó el texto entero, en voz alta para que le oyera Kopionkin.

El periódico se llamaba «El Bienestar del Pobre» y era el órgano del Sóviet de la aldea de Velikomiestni, y del delegado del comité revolucionario de la región, responsable de la seguridad en la zona sureste de la comarca de Pososhánskaia.

Del periódico no quedaba sino un artículo sobre «Los Objetivos de la Revolución Mundial», y la mitad de un comentario titulado «Conservad la nieve en los campos: elevad la productividad de la cosecha laboral». A partir de la mitad, el

comentario se apartaba de su sentido. «Arad la nieve —se decía en él— y no le tendremos miedo ni a mil insolentes Kronstadt»<sup>29</sup>.

¿De qué «insolentes Kronstadt» se trataba? El asunto turbó y desconcertó a Dvánov.

—Escriben siempre para asustar y oprimir a las masas —dijo, sin comprender, Kopionkin—. También los signos de la escritura han sido inventados para complicar la vida. El hombre letrado hace magia con su cabeza, mientras que el analfabeto trabaja con sus manos en beneficio del que sabe leer y escribir.

Dvánov sonrió:

—Tonterías, camarada Kopionkin. La revolución es el abecedario del pueblo.

—No me confundas, camarada Dvánov. Si decidimos siempre por mayoría, y casi todos son analfabetos, algún día los analfabetos decidirán que los que saben leer y escribir tienen que desaprender las letras: para la igualdad universal... Tanto más cuanto que desaprendan el alfabeto unos pocos es más fácil que enseñar a todos desde la «a». ¡No les enseña ni el diablo! Ya se les puede enseñar, que lo olvidarán todo...

—Vamos a ver al camarada Páshintsev —dijo, pensativo, Dvánov—. Tengo que enviar un informe a la provincia. Hace tiempo que no sé nada de lo que sucede allí...

—No hay nada que saber: la revolución va avanzando...

Recorrieron como versta y media por la avenida de abedules. A continuación apareció, en lo alto de un cerro, una solemne y blanca casa de labor, tan deshabitada que había llegado a adquirir aspecto inhóspito. Las columnas del edificio principal, que tenían viva y exacta forma de piernas de mujer, sostenían, con aires de importancia, un travesaño sobre el que no se apoyaba sino el cielo. La casa estaba situada a varias *sázhens* de las columnas y poseía su columnata particular en forma de titanes encorvados que trabajaban sin moverse. Kopionkin no entendió el significado de las columnas aisla-

das y las consideró un castigo revolucionario contra los bienes inmuebles.

En una de esas columnas se hallaba incrustado un grabado blanco con el nombre del propietario —un arquitecto— y su perfil. Debajo del grabado había unos versos en latín, ejecutados en relieve sobre la columna:

El universo es una mujer que corre:  
Sus pies hacen girar la tierra,  
Su cuerpo palpita en el éter,  
Y en sus ojos nacen las estrellas.

Dvánov suspiró tristemente en medio de aquel silencio feudal y volvió a deslizar su mirada por la columnata —seis esbeltas piernas de tres castas mujeres. La paz y la esperanza se apoderaron de él, tal y como le sucedía siempre que contemplaba el arte, lejanamente necesario.

Sólo lamentaba una cosa: que aquellas piernas llenas de juvenil tensión fueran ajena, pero era bueno que aquella joven a quien aquellas piernas soportaban hubiera transformado su vida en encanto y no en procreación; era cierto que se alimentaba de vida, pero la vida sólo era para ella materia prima y no sentido: y esa materia prima se había convertido en otra cosa, una cosa en la que fealdad y vida habían devenido impasible belleza.

Kopionkin se había vuelto serio delante de las columnas: sentía respeto por todo lo solemne, siempre que se tratara de algo bello y carente de sentido. En cambio, si lo solemne tenía sentido —por ejemplo, una máquina grande— Kopionkin lo consideraba instrumento para la opresión de las masas y lo despreciaba con crueldad de alma. Ante lo que carecía de sentido, como aquella columnata, experimentaba compasión por sí mismo y odio al zarismo. Kopionkin consideraba que el zarismo era responsable de que no sintiera ahora emoción ante aquellas inmensas piernas femeninas, y de que sólo el triste rostro de Dvánov le indicara que él también debería estar triste.

—¡Qué bueno sería construir algo universal y maravilloso, alejado de todas las preocupaciones! —dijo Dvánov con honda melancolía.

<sup>29</sup> Se refiere a la sublevación de los marineros de Kronstadt en febrero de 1921 contra el poder soviético.

—No se puede construir nada de golpe —dijo Kopionkin dubitativo—. La burguesía nos ha ocultado hasta ahora el mundo entero. Pero nosotros haremos ahora unos pilares más altos y mejores, y no como esas desvergonzadas zancas.

A la izquierda, cual tumbas en un cementerio, yacían, entre maleza de yerbas y arbustos, los restos de dependencias y casetas. Las columnas custodiaban el vacío mundo enterrado. Nobles y decorativos árboles mantenían erguidos sus finos cuerpos por encima de aquella uniforme muerte.

—¡Nosotros lo haremos todavía mejor, y, además, no sólo por los rincones sino por toda la superficie terrestre! —dijo Dvánov señalando todo con la mano, pero sintiendo también algo en su interior. «¡Cuidado!» —le advirtió desde dentro de sí algo incorruptible, pero temerario.

—Claro que lo construiremos: está en los hechos y en las consignas —confirmó Kopionkin en nombre de su inspirada esperanza—. Nosotros somos infatigables.

Kopionkin encontró las huellas de unas inmensas pisadas humanas, y dirigió su caballo en pos de ellas.

—¿Qué calzado llevará la gente de aquí? —dijo Kopionkin muy asombrado, y desenfundó el sable por si se presentaba un gigante, guardián del orden antiguo. Los terratenientes solían tener criados tan bien alimentados que, si se te acercaban y te daban un trompazo sin advertirte, podían romperse los tendones.

A Kopionkin le gustaban los tendones, se los imaginaba como cuerdas motrices, y temía que se le rompieran.

Los jinetes llegaron cabalgando hasta una puerta maciza, eterna, que conducía al semisótano de la casa derrumbada. Las gigantescas huellas conducían allí; podía incluso observarse que el coloso había marcado el paso frente a la puerta, torturando la tierra hasta dejarla desnuda.

—¿Quién será? —decía estupefacto Kopionkin—. Seguro que un hombre fiero. Nos va a caer encima en cualquier momento: ¡Prepárate, camarada Dvánov!

Kopionkin hasta se puso de buen humor: sentía el inquietante entusiasmo que suelen experimentar los niños en un bosque nocturno: su miedo se comparte equitativamente con una curiosidad que está a punto de satisfacerse.

Dvánov gritó:

—¡Camarada Páshintsev...! ¿Quién hay ahí?

Nadie. También la yerba, falta de viento, callaba, y el día había comenzado ya a extinguirse.

—¡Camarada Páshintsev!

—¡Eeh! —se oyó resonar lejana y estentóreamente desde las húmedas y sonoras profundidades de la tierra.

—¡Sal aquí, paisano! —ordenó Kopionkin con voz fuerte.

—¡Eeh! —sonó lugubre y sordamente la respuesta desde el vientre del sótano. Pero aquel sonido no reflejaba ni miedo ni deseo de salir. El hombre que respondía así debía estar tumulado.

Kopionkin y Dvánov esperaron un poco, y después montaron en cólera.

—¡Sal fuera de una vez! —vociferó Kopionkin.

—No me da la gana —respondió pausadamente el desconocido—. Vete a la casa central: en la cocina tienes pan y marratas.

Kopionkin descendió del caballo e hizo tronar la puerta con su sable.

—¡Sal, o te tiro una granada!

El hombre no dijo nada: tal vez esperaba con interés la granada y lo que vendría después. Pero, al poco, respondió:

—Tírala, reptil. Aquí tengo un depósito entero de granadas: ¡Cuando explote te vas a ver de nuevo en el vientre de tu madre!

Y volvió a callarse. Kopionkin no tenía ninguna granada.

—¡Tírala, canalla! ¿A qué esperas? —pidió con voz tranquila el desconocido desde las profundidades—. Deja que compruebe mi artillería: ¡Puede que se hayan mojado y oxidado mis bombas, y no exploten las muy cabronas!

—¡Ah! —dijo extrañado Kopionkin—. Pues entonces sal y recoge el paquete que te envía el camarada Trotski.

El hombre calló durante un rato, y pensó.

«¡Cómo va a ser ése camarada mío si manda a todo el mundo! Los comandantes de la revolución no son camaradas míos. Será mejor que lancen tu bomba: ¡Quiero ver que es lo que pasa!»

Kopionkin arrancó de una patada un ladrillo incrustado en

el suelo y lo lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas. La puerta chilló con toda su chatarra y volvió a quedarse en paz.

—¡No ha estallado, la maldita; se le ha debido de entumecer el material! —dijo Kopionkin diagnosticando el defecto.

—¡Las mías también están mudas! —respondió seriamente el desconocido—. Pero, ¿has arrancado la anilla? Déjame ver la marca.

Sonó un rítmico balanceo de metal: alguien avanzaba a paso verdaderamente de hierro. Kopionkin le esperaba con el sable envainado —su curiosidad había podido más que su prudencia. Dvánov no había desmontado de su trotón.

El estrépito sonaba ya cerca, pero el desconocido no aceleraba su rítmico paso, combatiendo probablemente la pesadez de sus propias fuerzas.

La puerta se abrió de golpe: no estaba cerrada.

Kopionkin se quedó sin habla ante el espectáculo y dió dos pasos atrás: esperaba el horror o la solución inmediata al enigma, pero el hombre, que había aparecido ya, conservaba su misterio.

Por la puerta abierta de par en par salió un hombre nada alto, embalado por entero en su coraza y su armadura, cubierto con un yelmo, armado de pesada espada, y calzado con poderosas botas de caña alta, compuestas cada una por tres tubos de bronce articulados, que aplastaban la yerba hasta la muerte. El rostro del hombre —sobre todo su frente y su barbilla— se hallaba protegido por la vuelta del casco, y, además, por una a modo de visera enrejada que llevaba bajada. El conjunto protegía al guerrero de cualquier golpe de un adversario.

Pero el hombre en sí era más bien bajo y no parecía especialmente terrible.

—¿Dónde está tu granada? —preguntó con voz aguda y áspera el recién aparecido. Su voz resultaba tronante sólo desde lejos, cuando rebotaba contra los objetos metálicos y el vacío de su vivienda; al natural sonaba lastimeramente.

—¡Menudo cabrón! —exclamó Kopionkin, sin ira, aunque también sin respeto, mirando fijamente al caballero.

Dvánov soltó una carcajada: había adivinado cuál era la comunal vestimenta de la que se había apropiado aquél hom-

bre. Pero lo que había desencadenado su risa había sido, sobre todo, ver sobre el antiguo yelmo una estrella del Ejército Rojo, ensartada en un perno y sujetada con una tuerca.

—¿De qué os reís, canallas? —preguntó el caballero sin perder los nervios y sin encontrar la defectuosa granada. No podía agacharse en modo alguno, y se limitaba a remover la yerba con su espada, luchando sin cesar con el peso de su armadura.

—¡No te busques una desgracia, chiflado! —dijo seriamente Kopionkin, volviendo a sus sentimientos habituales—. Llévanos a donde podamos pasar la noche. ¿Tienes heno?

La vivienda del caballero estaba situada en un semisótano de las dependencias de la finca. Había allí una sala iluminada por la luz medio negra de una lamparilla. En un rincón apartado podía verse un montón de armaduras de caballero y de armas blancas, y, en el centro, una pirámide de granadas de mano. También había en la sala una mesa, un taburete junto a la misma, y sobre ella una botella que contenía una bebida desconocida que tal vez fuera veneno. La botella tenía pegado con migaja de pan un papel, en el que estaba escrita a lápiz tinta la siguiente consigna:

### MUERTE A LOS BURGUESES.

—¡Libérame para la noche! —pidió el caballero.

Kopionkin tardó largo rato en desbaratar de su inmortal vestimenta, mientras examinaba detenidamente las partes más ingeniosas de la misma. El caballero logró por fin zafarse de su envoltura de bronce, y emergió un banal camarada Páshintsev: hombre de color pardusco, de unos treinta y siete años, privado de un implacable ojo, y habiéndosele vuelto el otro todavía más atento.

—Tomemos una copita —dijo Páshintsev.

Pero la vodka no le había hecho efecto a Kopionkin ni siquiera en los viejos tiempos; no lo bebía conscientemente, considerándolo una bebida inútil para los sentimientos.

Tampoco Dvánov apreciaba la bebida, así que Páshintsev bebió solo. Agarró la botella con la inscripción «Muerte a los burgueses», y la trasvasó directamente a su garganta.

—¡Ay, qué jodida! —exclamó tras haber vaciado el recipiente, y se volvió a sentar, con la cara ya más amable.

—¿Qué, está bueno? —le preguntó Kopionkin.

—Es licor de remolacha —explicó Páshintsev—. Lo prepara una joven soltera con sus limpias manos, así que es una bebida inmaculada, y huele muy bien, sí señor...

—¿Pero tú quién eres? —interrogó, molesto, Kopionkin.

—Soy un hombre personal —informó Páshintsev a Kopionkin—. He escrito para mí mismo una resolución según la cual todo acabó en nuestro país en el año diecinueve —volvió otra vez el ejército, los poderes, y el orden— y el pueblo tuvo que ponerse firme, empezar a currar... Que se vayan al...

Y Páshintsev, con un gesto de la mano, formuló concisamente cómo estaban las cosas.

Dvánov dejó de pensar y escuchó atentamente las reflexiones del hombre.

—¿Te acuerdas de los años dieciocho y diecinueve? —dijo Páshintsev con los ojos anegados en lágrimas. Ese tiempo arruinado para siempre despertaba en él furiosos recuerdos: en pleno relato golpeaba la mesa con el puño y amenazaba a todo lo que le rodeaba—. Ahora no habrá ya nada —decía Páshintsev con odio intentando convencer al parpadeante Kopionkin—. Todo ha terminado: han llegado las leyes, han vuelto a aparecer las diferencias entre las gentes como si algún diablo pesara en una báscula al hombre... Yo, por ejemplo, ¿acaso alcanzarías a saber nunca lo que sucede aquí? —y Páshintsev se golpeó la base del cráneo, en donde el cerebro tenía que apretarse para dejar sitio a la inteligencia—. Pues aquí, compadre, caben todos los espacios. Igual que en cualquier persona. ¡Pero mira por dónde me quieren dirigir! ¿Comprendes tú todo eso? Dime: ¿es un engaño o no?

—Sí, es un engaño —le respondió Kopionkin, con el candor de su alma, dándole la razón.

—¿Lo ves? —concluyó, satisfecho, Páshintsev—. ¡Así que yo, ahora, ardo fuera de la hoguera principal!

Páshintsev percibió en Kopionkin a un huérfano del globo teráqueo como él mismo, y le pidió, con palabras cordiales, que se quedara con él para siempre.

—¿Qué necesitas? —le dijo Páshintsev, logrando olvidarse de sí mismo por la alegría de sentir un hombre tan amistoso—. Quédate a vivir aquí. Come, bebe, tengo cinco tinajas de manzanas maceradas y he secado dos sacos de mazorcas. Viviremos como amigos entre los árboles, cantaremos en la yerba. Vienen a verme miles de personas, todos los pobres se sienten alegres en mi comuna: y es que no tienen más abrigo agradable que éste. En la aldea les vigilan los Sóviets, los guardias-comisarios controlan a la gente, el responsable del comité de abastecimiento busca pan hasta en sus tripas, mientras que por aquí no aparece jamás ningún burócrata...

—Te tienen miedo —concluyó Kopionkin—, vas acorazado y duermes sobre una bomba...

—Claro que me tienen miedo —convino Páshintsev—. En una ocasión quisieron pegárseme y hacer el inventario de la finca, pero yo salí al paso del comisario con todos mis arneses y esgrimí una bomba: ¡Adelante por la comuna! La vez siguiente vinieron a recoger la contribución. Entonces le dije al comisario: «Come, bebe, hijo de puta, pero si te llevas algo no voy a dejar de ti ni los huesos.» El comisario se echó al coleto una taza de matarratas y se marchó. «Gracias, camarada Páshintsev» —me dijo—. Le di un puñado de pepitas de girasol, le metí en la espalda aquel tizón de hierro fundido y lo envié a las regiones oficiales...

—¿Y ahora, qué? —le preguntó Kopionkin.

—Pues nada: vivo sin jefes, y todo va estupendamente. He declarado esta zona reserva revolucionaria para que los poderes traguen, y salvaguardo la revolución con su categoría intacta y heroica...

Dvánov reparó en las inscripciones escritas en la pared con carbón y mano temblorosa, no habituada a escribir. Cogió la lamparilla y leyó las tablas de la ley inscritas en la pared de la reserva revolucionaria.

—Léelas, léelas —le aconsejó Páshintsev de buena gana—. Paso a veces tanto tiempo callado, que me harto y me pongo a hablar por medio de la pared: si paso mucho tiempo sin ver gente, hago mala sangre...

Dvánov comenzó a leer los versos de la pared:

No hay burgueses pero hay trabajo:  
el yugo al cuello vuelve a tener el campesino.  
¡Créeme, campesino laborioso,  
viven mejor hasta las florecillas del campo!  
No labres, ni siembres, ni recolectes,  
que el suelo fructifique sembrándose a sí mismo.  
Tú, vive y disfruta,  
que sólo se vive una vez.  
Une tus manos a todas  
las honestas manos de la santa comuna,  
y grita fuerte para que te oigan todos:  
Basta ya de triste malvivir,  
ha llegado la hora de en la abundancia vivir.  
Abajo los estériles trabajos terrestres,  
Gratis la tierra nos va a alimentar.

Alguien llamó la puerta, repetidamente y con mano de amo.

—¡Eh! —respondió Páshintsev, que había dejado de hablar porque su cuerpo había eliminado ya los vapores del matarratas.

—Maxim Stepánich —se oyó que decían desde fuera—, permite que coja un tronco joven en la linde del bosque para hacer un varal: se me ha roto a mitad del camino y no puedo seguir.

—Imposible —denegó Páshintsev—. ¡No sé cómo voy a hacer para que os acostumbréis! En el granero está puesta la orden: la tierra se ha hecho por sí sola, y, por lo tanto, no es de nadie. Si hubieras cogido el tronco sin pedírmelo te hubiera dejado...

El hombre de fuera dijo con voz ronca de alegría.

—Bueno, gracias entonces. Como te lo he pedido, no voy a tocar el tronco, pero sí me voy a hacer algún otro regalo.

Páshintsev dijo, liberal:

—Nunca pregunes, psicología de esclavo, y hazte tú mismo los regalos que quieras. Ya que has venido gratis al mundo y no por tu propio esfuerzo, vive sin calcular tanto.

—En eso tienes razón, Maxim Stepánich —confirmó en tono muy serio el solicitante desde el otro lado de la puer-

ta—. Si uno vive es gracias a que puede agarrar lo que sea sin pedir permiso. De no haber sido por la finca, habría muerto la mitad de la aldea. Llevamos cinco años sacando cosas de aquí: ¡Los bolcheviques son hombres justos! ¡Muchas gracias, Maxim Stepánich!

Páshintsev montó de nuevo en cólera:

—¡Otras vez me das las gracias! ¡No te dejo cojer nada, maldito inútil!

—Pero por qué, Maxim Stepánich? ¿Para eso derramé mi sangre en el frente durante tres años? He venido con mi compadre y un carro de dos caballos a por la tina de yerro fundido, y ahora dices que no me dejas...

—¡Menudo país! —dijo Páshintsev para sí y para Kopionkin, y se dirigió luego a la puerta—. ¡Pero no habías venido a por un tronco? ¡Y ahora me hablas de una tina!

El solicitante no se asombró.

—Por lo que sea... A veces llevas una gallina y, de repente, te encuentras en el camino con un árbol de tractor y tú solo no puedes con él, así que el maldito se queda allí tirado. Por eso hay tanta ruina en nuestra economía...

—Ya que has venido con un enganche de reata —señaló Kopionkin para concluir la conversación—, llévate una pierna de mujer, de allí, de las columnas blancas. Ya le encontrarás utilidad en tu casa.

—Vale —dijo el solicitante satisfecho—. La remolcaremos: haremos losas de ella.

El solicitante fue a examinar previamente la columna, para poder raptarla con mayor comodidad.

Al comienzo de la noche Dvánov propuso a Páshintsev organizar todo mejor: no ir trasladando poco a poco la finca a la aldea, sino hacer que la aldea se mudara a la finca.

—Será menos trabajoso —dijo Dvánov—. Además, la finca está situada en terreno alto, la tierra es aquí más productiva.

Páshintsev se mostró en completo desacuerdo.

—A partir de la primavera, todos los pordioseros de la provincia se reunen aquí; es puro proletariado. ¿Dónde se meterían entonces? ¡No, no toleraré que manden aquí los *kulaks*!

Dvánov pensó que, realmente, los mujiks no iban a enten-

derse con los pordioseros. Por otra parte, la tierra fértil se estaba perdiendo inútilmente: la población de la reserva revolucionaria no sembraba nada, sino que vivía de lo que quedaba de los frutales de un huerto y de la siembra espontánea, probablemente, tomando sopa de sayón y ortigas.

—Escucha —dijo Dvánov que, sin saber cómo, había encontrado la solución—. Cambia la aldea por la finca: entrega la finca a los mujiks y organiza en la aldea una reserva revolucionaria. A ti te da lo mismo: lo que cuenta es la gente y no el lugar. ¡El pueblo se está consumiendo en el barranco, y tú vives solo en tu colina...!

Páshintsev miró a Dvánov con feliz asombro.

—¡Maravillosos! Es lo que voy a hacer. Mañana mismo iré a la aldea a movilizar a los mujiks.

—¿Vendrán? —preguntó Kopionkin.

—En veinticuatro horas estarán todos aquí! —exclamó Páshintsev con furiosa convicción, y hasta el cuerpo se le removió de la impaciencia—. ¡Me voy ahora mismo! —decidió Páshintsev cambiando de opinión. Ahora, también sentía cariño por Dvánov. Al principio Dvánov no le había caído demasiado bien: había permanecido sentado sin decir palabra, y Páshintsev había pensado que debía tratarse de uno de esos que se sabían de memoria todos los programas, estatutos y tesis, y que no le gustaban nada. La vida le había enseñado que los tontos y los desgraciados eran mejores y estaban más dispuestos a cambiar sus vidas en pos de la libertad y la felicidad. Páshintsev, aunque no se lo decía a nadie, estaba convencido de que los obreros y los campesinos eran más brutos que los instruidos burgueses, pero que, en cambio, tenían mejor corazón, por lo que les esperaba un espléndido destino.

Kopionkin tranquilizó a Páshintsev diciéndole que no había que precipitarse tanto: de cualquier manera, tenían asegurada la victoria.

Páshintsev le dio la razón y habló a ambos de las malas yerbas. De niño le gustaba contemplar cómo aquellas miserables y condenadas yerbas llegaban a cubrir al mijo. Sabía que cuando llegara un día de buen tiempo, las mujeres arrancarían inmisericordemente, una a una, las salvajes e importu-

nas plantas: liebrecillas, melilotos y payuelas. Aquellas yerbas eran más hermosas que los feos cereales —sus flores se asemejaban a tristes ojos de niños que fueran a morir— y sabían que iban a ser arrancadas por las sudorosas mujeres. Pero, a su vez, esas yerbas eran más fuertes y pacientes que los enfermizos cereales: tras el paso de las mujeres volvían a renacer en incalculable e inmortal cantidad.

—¡Eso mismo les pasa a los pobres! —comparó Páshintsev, sintiendo haberse bebido toda su «Muerte a los burgueses»—. Nosotros tenemos más fuerza, y tenemos más corazón que los demás elementos...

Páshintsev no fue capaz de domarse en toda la noche. Se puso la cota de malla sobre su camisa, salió y se dirigió a un rincón de la finca. Allí le agarró el fresco de la noche, pero no se le pasó el calor. Antes al contrario: el estrellado cielo y la conciencia de su baja estatura bajo aquel cielo, provocaron en él un gran sentimiento grande y la necesidad de realizar algún acto heroico inmediatamente. Ante la fuerza del inmenso mundo nocturno Páshintsev sintió vergüenza de sí mismo y, sin pensárselo dos veces, quiso enseguida engrandecer su dignidad.

En la casa principal vivían unas cuantas gentes definitivamente desamparadas, que no estaban registradas en parte alguna; cuatro ventanas temblequeaban con la luz de una estufa abierta y encendida; estaban haciendo hervir comida en el interior de una chimenea. Páshintsev golpeó la ventana con el puño, sin compasión para el reposo de los habitantes.

Salió una joven con el pelo revuelto y altas botas de fieltro.

—¿Quéquieres, Maxim Stepánich?

—¿Por qué esta alerta nocturna?

Páshintsev acercó a la joven y compensó con su sentimiento de inspirada simpatía todos los flagrantes defectos de ella.

—¡Grunia, deja que te dé un beso palomita sin marido! Se me han estropeado las bombas y no explotan, quería hacer saltar por los aires las columnas y no tengo con qué. Déjame que te abrace como camarada.

Grunia se dejó.

—¿Qué te pasa? Siempre has sido un hombre serio... Pero quítate los hierros, me vas a magullar las carnes...

Pero Páshintsev besó brevemente en las oscuras y secas costras de los labios de ella, se dio la vuelta, y se marchó. Se sintió más ligero y menos fastidiado bajo el amenazante y poderoso cielo. Las cosas de gran volumen y de mucha calidad no le inspiraban a Páshintsev gozos contemplativos, sino sentimientos belicosos, deseos irreprimibles de sobrepasar, en fuerza e importancia, a las cosas grandes y magníficas.

—¿Qué hacéis? —preguntó Páshintsev a sus huéspedes, sin fundamento, sólo para distender sus satisfechos sentimientos.

—Es hora de dormir —dijo Kopionkin bostezando—. Toma buena nota de nuestra regla: hay que llevar a los mujiks a la tierra fértil. ¡No vamos a perder más tiempo contigo!

—¡Mañana me traigo aquí a los mujiks, y sin el menor sabotaje! —determinó Páshintsev—. ¡Pero vosotros deberíais quedarnos para reforzar nuestros lazos! Grunia os preparará el almuerzo... Lo que tengo aquí no lo encontraréis en ninguna otra parte. ¡Estoy pensando en invitar a Lenin a que venga, de todas formas es el jefe!

Kopionkin examinó a Páshintsev de arriba abajo: ¡Necesitaba nada menos que a Lenin! Y le recordó:

—Mientras has estado fuera he examinado tus bombas, y están todas estropeadas: ¿Cómo vas a mandar así?

Páshintsev no quiso replicarle:

—Claro que están estropeadas: yo mismo las he descargado. Pero la gente no se da cuenta.. yo me la gano sólo con política... ando cubierto de hierro y duermo sobre bombas... ¿No conoces la maniobra de evitar al enemigo dando un rodeo cuando dispones de pocos efectivos? Bueno, pero no lo vayas contando por ahí.

La lámpara se había apagado. Páshintsev explicó la situación:

—Bueno, compañeros, tumbaos donde queráis: no se ve nada y no tengo cama... Para la gente, soy un miembro bien triste...

—Triste, no, chiflado —precisó Kopionkin mientras se tumbaba de cualquier modo.

Páshintsev respondió sin ofenderse:

—Ésta, amigo, es una comuna de la nueva vida, no un poblado de mujeres: aquí no hay edredones.

Hacia el amanecer, el mundo quedó empobrecido en su magnitud estrellada y reemplazó el temblequeante brillo por la luz gris. La noche desapareció cual brillante caballería, y desembarcó en la tierra la infantería de un duro día de campaña.

Para sorpresa de Kopionkin, Páshintsev se presentó con carne frita de carnero. Los dos jinetes partieron después de la reserva revolucionaria por el camino del sur, en dirección al valle de Chiórnaia Kalitvá. Páshintsev, que se hallaba bajo la blanca columnata, ataviado con su dura armadura de caballero, siguió con la mirada a sus correligionarios.

\*

Cabalgaban de nuevo los dos hombres a lomos de sus caballos, y el sol se alzaba por encima de la penuria del país.

Dvánov bajó la cabeza; su conciencia disminuía debido al monótono movimiento de cabalgar por un camino llano. Y lo que percibía en aquel momento como su corazón no era sino un dique que se estremecía constantemente ante la presión del agitado lago de los sentimientos. Los sentimientos, impelidos hacia arriba por el corazón, caían del otro lado del mismo, convertidos ya en flujo de consoladores pensamientos. Pero por encima del dique siempre se hallaba encendida la lucecita de servicio del mencionado conserje, que no participaba del hombre sino que dormitaba en el interior del mismo a cambio de un raquítico salario. Esa luz permitía de vez en cuando a Dvánov observar ambos espacios: el cálido y creciente lago de los sentimientos y la larga vivacidad del pensamiento que, gracias a su velocidad, se refrigeraba al otro lado del dique. Dvánov aceleraba entonces el trabajo de su corazón, que lo alimentaba, pero frenaba al tiempo su conciencia, con lo que podía sentirse feliz.

—¡Pasemos al trote, camarada Kopionkin! —dijo Dvánov habiéndose colmado de impaciencia por el futuro que le aguardaba al final de aquel camino. Brotó en él una infantil

alegría por clavar clavos en las paredes, fabricar barcos con si llas y desmontar despertadores para ver qué tenían dentro. Sobre su corazón palpitaba aquella instantánea e intimidante luz que solía haber en los campos durante las sofocantes noches de verano. Puede que se tratara de un amor abstracto de la juventud que, después de transformarse en parte de su cuerpo, viviera en él, o el impulso del nacimiento, que se perpetuaba. Pero gracias a esa luz, podía ver, adicional e inesperadamente, confusos fenómenos que flotaban en el lago de sus sentimientos sin dejar huella. Miró de arriba abajo a Kopionkin que cabalgaba con espíritu tranquilo e inquebrantable fe en el veraniego y cercano país del socialismo, en el que, gracias a las amistosas fuerzas de la humanidad, Rosa Luxemburgo resucitaría y se convertiría en ciudadana viva.

El camino inició un descenso de muchas verstas. Daba la sensación de que si se tomaba carrera por él, se podía despegar del suelo y ponerse a volar. A lo lejos permanecía inmóvil el prematuro crepúsculo sobre el oscuro y triste valle.

—¡Kalitvá! —señaló Kopionkin, y se alegró igual que si hubiera llegado al poblado. Los jinetes tenían ya sed, y sólo escupían al suelo una saliva blanca y casi seca.

Dvánov no podía dejar de mirar el pobre paisaje que tenía delante. Igual la tierra que el cielo eran desgraciados hasta la extenuación: la gente vivía aquí separadamente, sin actuar, como se apaga la leña que no es juntada para la hoguera.

—¡Ésta es la materia prima del socialismo! —dijo Dvánov estudiando el país. ¡Ni un solo edificio: sólo la desolación de la naturaleza huérfana!

Cerca de la aldea de Stáraia Kalitvá los jinetes se cruzaron con un hombre que llevaba un saco a cuestas. Éste se quitó el gorro e hizo una reverencia a los de a caballo movido por la memoria ancestral de que todos los seres humanos son hermanos. Dvánov y Kopionkin le respondieron igualmente con una reverencia, y los tres, a un tiempo se sintieron bien por dentro.

«Los camaradas se dedican a saquear, no les detiene nada!» —pensó para sí el hombre del saco, una vez se hubo alejado un buen trecho.

A la entrada del lugar montaban guardia dos mujiks: el uno con una carabina, y el otro con una estaca arrancada de una cerca.

—¿Quiénes sois? —preguntaron en tono oficial a Dvánov y Kopionkin, que se habían acercado.

Kopionkin retuvo un poco el caballo, haciendo esfuerzos por descifrar el significado de semejante control militar.

—¡Somos internacionales! —respondió Kopionkin recordando la condición de Rosa Luxemburgo: revolucionaria internacional.

Los centinelas se quedaron pensativos.

—¿Quieres decir judíos?

Kopionkin desenvainó el sable con sangre fría: con tal lentitud que los mujiks de guardia no creyeron que el gesto suponía una amenaza.

—Te voy a abrir en canal ahora mismo por decir eso —respondió lentamente Kopionkin—. ¿No sabes quién soy? Toma mis papeles...

Kopionkin se llevó la mano al bolsillo, pero en él no había habido nunca documentos ni ningún otro papel: lo único que palpó fueron unas migajas de pan y otros desperdicios.

—¡Ayudante de campo de regimiento! —dijo Kopionkin dirigiéndose a Dvánov—. «Enséñele» a la patrulla nuestros salvoconductos...

Dvánov sacó un sobre cuyo contenido desconocía por completo, pero que llevaba siempre consigo a todas partes desde hacía casi tres años, y se lo lanzó a los guardias. Los centinelas agarraron con avidez el sobre, satisfechos de tener la rara oportunidad de cumplir con el deber que les imponía el servicio.

Kopionkin se inclinó y, con ágil movimiento de maestro, arrancó de un golpe la carabina de manos del centinela sin ni siquiera herirle; Kopionkin poseía el don de la revolución.

El centinela acomodó su retorcido brazo:

—¿Qué haces, cabrón? Nosotros tampoco somos rojos... Kopionkin cambió de tono:

—¿Tenéis mucha tropa? ¿De qué tipo?

Los mujiks le dieron vueltas y vueltas al asunto, pero respondieron sinceramente:

—Cien cabezas, pero sólo unos veinte fusiles... Tenemos alojado a Timofíei Plótnikov, de Ispodnie Jutorá. Ayer un convoy de avituallamiento tuvo que retroceder con víctimas...

Kopionkin le señaló el camino por donde él había venido.

—¡Largo en esa dirección! Os toparéis con un regimiento: traédmelo. ¿Dónde está el estado mayor de Plótnikov?

—Junto a la iglesia, en casa del síndico —dijeron los campesinos, y miraron con aflicción su aldea natal, deseosos de distanciarse de los acontecimientos.

—¡Bueno, largaos a toda prisa! —les ordenó Kopionkin, y dio un golpe a su caballo con la vaina del sable.

Tras una cerca, se hallaba en cucillas, apenas visible, una mujer dispuesta ya a morir. Lo que había hecho salir a la mujer, se había detenido en su interior a mitad de camino.

—¿Qué, echando unas gotas, vieja? —le dijo Kopionkin al descubrirla.

La campesina no era una vieja sino una agradable mujer de mediana edad.

—¡Tú sí que las habrás soltado, cabrón asqueroso! —dijo muy enfadada la campesina, y se puso en pie con la falda desordenada y rabia en el rostro.

El caballo de Kopionkin, perdiendo su torpeza, se lanzó inmediatamente al galope tendido, levantando mucho las patas delanteras.

—¡Mírame y procura no quedarte atrás, camarada Dvánov! —gritó Kopionkin haciendo brillar en el aire su preventivo sable.

Fuerza Proletaria martilleaba pesadamente la tierra; Dvánov percibía el tintineo de los cristales de las jatas. Pero las calles se hallaban desiertas, y ni siquiera los perros atacaron a los jinetes.

Dejando atrás calles y cruces del inmenso poblado, Kopionkin se dirigió hacia la iglesia. Pero Kalitvá se había ido poblando por grupos de familias: algunas calles aparecían jalones de repente por jatas apiñadas, situadas transversalmente, y otras estaban cortadas completamente por nuevas casas, que torcían hacia el campo en forma de estrechos pasajes veraniegos.

Kopionkin y Dvánov se encontraron en medio de un laberinto de callejuelas y comenzaron a dar vueltas. Kopionkin abrió entonces unos portones y se puso a cabalgear como loco por las eras, rodeando las calles. Los perros del poblado se pusieron a ladear con cuidado y sólo de vez en cuando; pero después unieron sus voces y, excitados por lo numerosos que eran, aullaron a un tiempo de un extremo a otro del poblado.

Kopionkin gritó:

—Vamos, camarada Dvánov, corre ahora por donde sea...

Dvánov entendió que tenía que cruzar el poblado y lanzarse a la estepa por el lado opuesto. Pero no había acertado: tras lograr salir a una calle ancha, Kopionkin galopó por ella hacia el centro del poblado.

Las herrerías estaban cerradas y las isbas callaban como abandonadas. Sólo se cruzaron con un viejo que estaba arreglando algo junto a una cerca, pero que ni siquiera se había vuelto a mirarles porque debía estar ya acostumbrado a todo tipo de alborotos.

Dvánov oyó un débil y sordo ruido, y pensó que lo producían los badajos de las campanas de la iglesia, que se balancaban rozando ligeramente el metal.

La calle torció y les mostró una multitud situada junto a una casa de ladrillo sucio, como las ocupadas antiguamente por las tiendas de bebidas alcohólicas del Estado.

La multitud gritaba con gruesa y asentada voz conjunta; pero a Dvánov no le llegaba sino un ruido sordo y sin palabras.

Kopionkin volvió hacia él su contraído y adelgazado rostro:

—¡Dispara, Dvánov! ¡Ahora todo va a ser nuestro!

Dvánov disparó dos veces en dirección a la iglesia y se percató que estaba gritando como Kopionkin, que se excitaba blandiendo el sable. La masa de *mujiks* se agitó en compacta ola, resplandeció de caras vueltas hacia atrás y comenzó a derramar torrentes de gente que huía a todo correr. Otros se quedaron atascados en el sitio, marcando el paso y agarrándose a sus vecinos tratando de procurarse ayuda. Esos que no arrancaban eran más peligrosos que los que corrían: habían encerrado su miedo en un espacio angosto y no dejaban margen de maniobra a los valientes.

Dvánov aspiró el pacífico olor del poblado —a paja quemada y leche al fuego—, y aquel olor le produjo dolor de vientre; en aquel momento no podría tomar ni un grano de sal. Tuvo miedo de perecer entre las grandes y cálidas manos de la aldea, morir asfixiado en el aire saturado de olor a piel de oveja de aquella gente dócil que no vencía al enemigo por su furia sino por ser muchos.

Pero Kopionkin, por no sabía qué razón, se sintió feliz entre aquella multitud y confiaba en obtener la victoria.

De repente estalló una apresurada salva de disparos de fusiles de distintos calibres, proveniente de las ventanas de una *jata*, frente a la cual se agitaba la gente: cada disparo tenía un sonido distinto.

Kopionkin sintió el éxtasis que produce el sentido de la vida en un lugar oscuro, que no le deja a uno mezclarse en asuntos mortales. Disparó su revolver Nagán con la mano izquierda, en dirección a la *jata*, haciendo saltar en añicos un cristal de una ventana.

Dvánov llegó hasta el umbral. Sólo tenía que descender del caballo y entrar corriendo en la casa. Disparó contra la puerta, que se abrió lentamente empujada por la bala, y se precipitó en el interior. El zaguán olía a medicamentos y a la tristeza de un desconocido y desvalido ser humano. En el cuarto trastero yacía un campesino herido en anteriores combates. Dvánov no se percató de la presencia de éste, e irrumpió en la sala a través de la cocina. En ésta se hallaba un hombre un tanto pelirrojo, de pie y con el brazo derecho —sano— alzado por encima de la cabeza, mientras que el izquierdo, que sujetaba un revolver Nagán, pendía al costado, desprendiendo —como cae la humedad de las hojas tras la lluvia— alguna que otra gota de sangre que computaba la triste cuenta de aquel hombre.

La ventana de la sala había sido rota, y Kopionkin no estaba allí.

—¡Tira el arma! —dijo Dvánov.

El bandido, asustado, susurró algo.

—¡¿A qué esperas?! —insistió enfurecido Dvánov—. ¡Suéltala o te arranco mano y todo con una bala!

El campesino dejó caer el revolver sobre su propia sangre y

miró hacia abajo: le dio pena tener que mojar el revólver y no poder entregarlo seco: así le habrían perdonado más fácilmente.

Dvánov no sabía ahora qué hacer con el prisionero herido, ni dónde estaba Kopionkin. Tomó aliento y se sentó en el sillón de *kulak*, de felpa. El campesino se hallaba frente a él sin poder dominar sus colgantes brazos. Dvánov se asombró de que no tuviera aspecto de bandido: era un mujik corriente y no parecía rico.

—¡Siéntate! —le dijo Dvánov. El campesino no se sentó. —¿Eres *kulak*?

—No, aquí somos la última birria —dijo sin mentir, de modo convincente, el mujik—. Los kulaks no pelean: tienen mucho trigo, nunca se les podrá quitar todo...

Dvánov le creyó y se asustó: recordó en la imaginación las aldeas que había recorrido, pobladas de gente triste y pálida.

—Deberías haberme disparado con la mano derecha: sólo tienes herida la izquierda.

El bandido miraba a Dvánov y reflexionaba lentamente: no para conseguir salvarse, sino para recordar toda la verdad.

—Soy zurdo. No he tenido tiempo de escapar: he oído que avanzaba un régimiento y me ha dado pena morir solo...

Dvánov se emocionó: era capaz de pensar en todas las situaciones. Aquel mujik le sugería la idea de que en la revolución había cierta inutilidad y tristeza, cosa que rebasaba la joven inteligencia de ésta; Dvánov había percibido ya la preocupación de las aldeas pobres, pero no hubiera podido describirla con palabras.

«¡Tonterías!» —dudaba Dvánov en silencio—. Tenemos que pegarle un tiro en cuanto llegue Kopionkin. La yerba también destruye el suelo cuando crece: la revolución es cosa violenta y una fuerza de la naturaleza...

—¡Eres un cabrón! —dijo Dvánov, cuya conciencia había cambiado inmediata e inconsciente—. ¡Vete a casa! —ordenó al bandido.

Éste retrocedió hacia la puerta sin dejar de mirar, con ojos encantados y ateridos, el revolver Nagán que Dvánov seguía sosteniendo en la mano. Dvánov se percató de ello y decidió no ocultar el revólver para no asustar al hombre con el movimiento.

—¡Para! —le dijo Dvánov. El mujik se detuvo dócilmente. ¿Han pasado por aquí oficiales blancos? ¿Quién es Plótnikov?

El bandido perdió todas su fuerzas y, penosamente, trató de no desmoronarse.

—No, por aquí no ha pasado nadie —respondió suavemente el campesino temiendo mentir—. Perdona, buen hombre, pero nadie... Plótnikov es un mujik que vive en las afueras de la aldea...

Dvánov veía que, debido al miedo, el bandido no mentía.

—¡Deja ya de tener miedo! Vuelve tranquilamente a tu casa.

El bandido confió en Dvánov y se marchó.

Los restos del cristal tintinearon en la ventana : Fuerza Proletaria, montado por Kopionkin, se acercaba con estepario galopar.

—¿Adónde vas? ¿Quién eres? —oyó Dvánov que decía Kopionkin. Éste, sin esperar a que el bandido respondiera, lo encerró en el despán.

—Sabes, camarada Dvánov, he estado a punto de capturar al mismísimo Plótnikov —informó Kopionkin gorgoteándose el agitado pecho—. Dos de esos hijos de perra han escapado al galope: ¡Qué buenos caballos tienen! El mío sirve para arar, y yo lo empleo para guerrear... ¡Aunque es una suerte tenerlo: es un animal responsable...! Bueno, tenemos que convocar una asamblea...

Kopionkin mismo subió al campanario y tocó a rebato. Dvánov salió al porche en espera de que se reunieran los campesinos. Más allá, los niños salían al centro de la calle y, tras mirar a Dvánov, volvían a escapar corriendo. Nadie hacía caso a la estentórea y apremiante llamada de Kopionkin.

La campana desgranaba su lúgubre canción por encima del extenso poblado, intercalando rítmicamente inspiraciones y exclamaciones.

Dvánov la escuchaba con gusto, olvidando el significado del toque. En el son de la campana le hablaba de inquietud, fe y duda. Tales pasiones actuaban igualmente en la revolución: a la gente no la mueve tan sólo la fe berroqueña, sino también la tintineante duda.

Un campesino de cabello negro, con delantal y sin gorro —que debía ser el herrero— se acercó al porche.

—¿Por qué alborotáis a la gente? —preguntó directamente—. Será mejor que sigáis vuestro camino amigos-camaradas. Aquí no hay más que unos tontos, ése es el único apoyo que tenéis aquí...

Dvánov, con la misma franqueza, le pidió que dijera por qué estaba en contra del Poder Soviético.

—Lo que os va a perder es que disparáis antes de preguntar —respondió el herrero con odio—. Menuda gracia habéis hecho: nos habéis entregado la tierra pero nos habéis quitado hasta el último grano de trigo. ¡Meteos la tierra en el culo! De esa tierra no le queda al mujik más que el horizonte. ¿A quién queréis engañar?

Dvánov le explicó que la requisición alimentaba la sangre de la revolución y sus futuras fuerzas.

—¡A otro con ese cuento! —dijo el herrero con aire de entendido—. La décima parte del pueblo son tontos o vagabundos, unos hijos de puta que no han trabajado nunca como campesinos: seguirían a cualquiera. Si viviera el zar, también tendría su célula de partidarios. Y en el partido tenemos gente que no vale un pimiento... ¡Hablas de que el trigo es para la revolución! No seas idiota. El pueblo se está muriendo: ¿A quién le va a servir tu revolución? Además, se dice que la guerra ha acabado...

El herrero dejó de hablar cuando comprendió que tenía ante sí a un hombre tan raro como todos los comunistas: parecía un buen hombre, pero luego actuaba contra las gentes humildes.

La idea que había expresado el herrero hizo que a Dvánov se le escapara una sonrisa: había en el pueblo un diez por ciento aproximadamente de gente rara que se metería donde fuera, igual en la revolución que en un monasterio a rezar.

Se presentó Kopionkin y respondió con claridad a todos los reproches del herrero:

—¡Eres un cabrón! Ahora hay igualdad para todos, y tú lo que quieras es que el obrero no jame, mientras tú fabricas matarratas de trigo!

—¡Todos iguales pero pasando hambre! —prosiguió vindicativo el herrero—. ¡No sabes un pepino de lo que es la igualdad! Desde que me casé he estado pensando en ello: resulta que siempre nos ha mandado gente rara, el pueblo no ha tenido nunca el poder, porque, amigo, tenía cosas más importantes que hacer: dar de comer gratis a los tontos...

El herrero soltó una carcajada con voz inteligente, y lió un cigarrillo.

—¿Y si se suprimieran la requisición? —le pregunta Dvánov.

El herrero recuperó la alegría por unos instantes, pero volvió a fruncir el ceño:

—¡No puede ser! Inventaríais algo todavía peor, es mejor que siga la antigua desgracia: además, los campesinos ya están acostumbrados a esconder el grano...

—¡Qué canalla, no hay por donde cogerle! —dijo Kopionkin valorando a su interlocutor.

La gente del pueblo comenzó a acercarse lentamente a la casa: llegaron ocho personas y se sentaron aparte. Dvánov se les acercó: eran los miembros que se habían salvado de la célula del partido en Kalitvá.

—¡Suelta tu discurso! —siguió burlándose el herrero—. Ya están reunidos todos los chiflados, no falta casi nadie...

El herrero hizo una pausa, y prosiguió después animadamente:

—Escucha con atención. Aquí hay cinco mil habitantes, entre mayores y pequeños. Toma nota. Y ahora voy a hacer una predicción: toma la décima parte de adultos, y cuando todos estén en la célula adiós la revolución.

—¿Por qué? —preguntó Dvánov, que no entendía su cálculo.

El herrero lo explicó con pasión:

—Todos los chiflados estarán entonces en el poder, y el pueblo vivirá como le dé la gana: las dos partes estarán así contentas...

Kopionkin propuso a la asamblea que se persiguiera a Plótnikov sin perder un solo minuto, para liquidarle antes de que formara otra banda activa. Dvánov se enteró por los comunistas del poblado de que Plótnikov había querido movilizar a la población de Kalitvá, pero no lo había conseguido;

habían estado reunidos dos días seguidos en asamblea, y Plótnikov había tratado de convencerles de que se incorporaran como voluntarios. Ese mismo día, cuando Dvánov y Kopionkin habían atacado, estaba teniendo lugar también otra asamblea. Que Plótnikov conocía a los mujiks a la perfección, que era un hombre intrépido, fiel a sus paisanos, y hostil, por ello, al resto del mundo. Había reemplazado al difunto pope en la estima de los mujiks.

Que durante la asamblea había llegado corriendo una campesina y había gritado:

—¡Hombres! Los rojos están camino del pueblo: ¡Viene a caballo todo un regimiento!

Y que cuando Kopionkin y Dvánov se presentaron en la calle, todo el mundo pensaba que se trataba de un regimiento.

—¡Vámonos de aquí, Dvánov! —dijo Kopionkin aburrido de escucharles—. ¿Adónde lleva ese camino? ¿Quién viene con nosotros?

Los comunistas se turbaron:

—A la aldea de Chernovka... pero ninguno tenemos caballo, camaradas...

Kopionkin les hizo con la mano un gesto de repudio.

El herrero miró atentamente a Kopionkin y se acercó a él:

—¡Entonces, adiós! —y le tendió una de sus anchas manos.

—¡Adiós! —respondió Kopionkin estrechando su mano—. No te olvides de mí: ¡Si te alborotas volveré y te haré trizas! El herrero no se asustó:

—Tampoco me olvides tú: me llamo Sótij. Soy el único aquí con ese apellido. Cuando llegue la hora de la revancha estaré a caballo y con un atizador en la mano. Ya encontraré caballo: mira que decir estos hijos de Satanás que no tienen caballo...

El pueblo de Kalitvá habitaba en el descenso de la estepa hacia un valle. El valle del Chiórnaia Kalitvá era una continua espesura de maleza pantanosa.

Mientras los hombres discutían y se machacaban los unos a los otros, la naturaleza proseguía su trabajo secular: el río había envejecido, las yerbas vírgenes del valle se habían dejado

do cubrir por el mortal líquido de los pantanos, a través del cual sólo lograban abrirse camino los duros dardos de los juncos.

El muerto vellocino del valle tan sólo escuchaba ahora las indiferentes canciones del viento. A finales del verano se desarrollaba un desigual combate entre el debilitado curso del río y las arenas de aluvión de los barrancos que con su impalpable polvo iban separando para siempre el río del lejano mar.

—Mira a la izquierda, camarada Dvánov —dijo Kopionkin señalando el azul de la sumergida tierra—. Aquí solía venir con mi padre cuando era niño: era un lugar inolvidable. La peste a buenas yerbas llegaba a más de una versta, y ahora hasta el agua está podrida...

Dvánov se había encontrado pocas veces en la estepa con aquellos largos y misteriosos países de los valles. ¿Por qué al morir los ríos detienen sus aguas y cubren los mantos de yerbas ribereñas de impenetrable fango? Todo el país ribereño se empobrece con la muerte de los ríos. Kopionkin le contó a Dvánov que cuando el río estaba fresco y vivo los campesinos de esta zona tenían reses y aves en abundancia.

El camino vespertino que iba oscureciendo transcurría por los límites del muerto valle. Desde Kalitvá hasta Chernovka sólo había seis verstas, pero los jinetes descubrieron Chernovka cuando ya habían entrado en una era. En aquella época Rusia se arruinaba para iluminar el camino a todos los pueblos, pero las jatas rusas no tenían ni luz.

Kopionkin fue a pie a averiguar quién mandaba en la aldea; Dvánov se quedó mientras tanto con los caballos a la entrada de ésta.

Turbia y aburrida comenzaba la noche; los niños, que acaban de descubrir la existencia de las pesadillas nocturnas, les tienen miedo a ese tipo de noches: suelen no dormirse, y siguen con la mirada a sus madres para que éstas tampoco se duerman y les protejan del horror.

Pero los adultos son huérfanos, y Dvánov se hallaba aquella noche a la entrada de una aldea hostil, observando la derretida noche esteparia y, sobre su cabeza, el fresco lago del cielo.

Daba pequeñas vueltas y volvía a su sitio, escuchando la oscuridad y computando el lento fluir del tiempo.

—Apenas he podido encontrarte —dijo desde lejos el invisible Kopionkin—. ¿Te has aburrido? Ahora tomarás leche.

Kopionkin no había podido averiguar nada, no sabía quién mandaba en la aldea y si Plótnikov estaba allí. En cambio había conseguido un cacharro con leche y un pedazo de pan.

Una vez hubieron comido, Kopionkin y Dvánov se dirigieron a caballo hacia el sóviet de la aldea. Kopionkin había encontrado una isba que tenía un cartel en el que ponía «Sóviet», pero en ella no había nadie, todo era viejísimo y el tintero no tenía tinta: Kopionkin había metido el dedo dentro para averiguar si funcionaba el poder local.

Por la mañana se presentaron cuatro campesinos de edad algo avanzada y comenzaron a quejarse de que todos los pederes les habían abandonado, y de que la vida les daba miedo.

—Nos contentaríamos con cualquiera —solicitaron los campesinos—. Como vivimos tan apartados somos capaces de matarnos hasta entre vecinos. No se puede vivir sin que haya un poder. Ni siquiera el viento sopla sin orden, y nosotros vivimos sin causa.

En Chernovka había habido muchos poderes pero todos se habían esfumado. El Poder Soviético también se había suelto por sí solo: el campesino que había sido elegido presidente había dejado de actuar, alegando que como todo el mundo le conocía se le respetaba poco, y que sin respeto no había poder. Y dejó de acudir al sóviet de la aldea. Los habitantes de Chernovka fueron a Kalitvá para traer de allí a un hombre que, por ser desconocido, todos respetarían. Pero tampoco aquello resultó bien: en Kalitvá les dijeron que no tenían instrucciones de trasladar a ningún presidente a otros lugares, y que los de Chernovka tenían que elegir a aquellos de entre sus habitantes que estuvieran a la altura.

—¡Pero si no hay nadie de altura! —respondieron con tristeza los habitantes de Chernovka—. Todos somos parejos, todos parecidos: el uno es ladrón, el otro haragán y el tercero tiene una mujer que es una fiera que le ha escondido los pantalones... ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—¿Os aburrís o qué? —les preguntó Dvánov compasivamente.

—¡Como ostras! La gente que ha pasado por aquí nos ha contado que ha habido blanqueo cultural por toda Rusia, pero a nosotros no nos ha llegado: ¡Es una afrenta!

Por las ventanas del Sóviet penetraba olor a estiércol húmedo y el calor de la tierra labrada; un aire antiguo de aldea, que traía el recuerdo a tranquilidad y a procreación, con lo que los interlocutores fueron callándose poco a poco. Dvánov salió para echar una ojeada a los caballos. Al ver a un escuálido y necesitado gorrión que trabajaba con su pico en las alimenticias heces de los caballos, se sintió contento. Dvánov no había visto un gorrión desde hacía medio año, y no se había acordado ni una sola vez de en qué rincón del mundo encontraban refugio los gorriones. A la estrecha y pobremente de Dvánov se le habían escapado muchas cosas buenas, y hasta la propia vida de Dvánov evitaba a menudo su mente, rodeándola como rodea un riachuelo una piedra. El gorrión saltó al seto. Los campesinos que echaban de menos un Poder salieron del Sóviet. El gorrión abandonó el seto y, mientras volaba, desgranó suavemente su pobre y gris canción.

Uno de los campesinos se acercó a Dvánov: estaba picado de viruelas, no había comido desde hacía tiempo y no era de los que soltaban inmediatamente lo que querían decir, sino de los que comenzaban su discurso desde muy atrás y sobre cosas que no venían a cuento, estudiando detenidamente el carácter de su interlocutor para averiguar si se estaba en condiciones de que se le pidiera un favor. Podía pasarse uno la noche entera hablando con él acerca de si la religión ortodoxa había perdido influencia en el mundo, cuando lo que necesitaba en realidad era madera para construcción. Aunque ya había cortado varas en una dacha que había pertenecido anteriormente al Estado, quería pedir de nuevo madera para averiguar indirectamente cuál era el castigo que le esperaba por la desobediencia anterior.

El campesino que se había acercado a Dvánov tenía cierto parecido —en cuanto al rostro y a su manera de comportarse— con el gorrión que acababa de irse: veía su vida como

una ocupación delictiva y esperaba en todo momento el castigo del Poder.

Dvánov pidió al campesino que dijera de una vez y claramente qué era lo que quería. Pero Kopionkin oyó a Dvánov a través de la ventana y le advirtió de que, de esa manera, el campesino jamás confesaría nada: «Lleva la conversación a paso lento, camarada Dvánov», le dijo.

Los campesinos se echaron a reír y se percataron de que se hallaban ante gente que no era peligrosa y que no les servía de nada.

El picado de viruelas comenzó a hablar. No tenía ni tierra ni familia y, por decisión colectiva, debía respetar los intereses de los demás.

La conversación llegó poco a poco a parcelas de Kalitvá colindantes con las de Chernovka. Después, tras superar un soto que estaba en litigio, llegaron al tema de los poderes.

—Por un lado necesitamos el Poder; pero, por otro, podemos prescindir de él —explicó, por ambos lados, el picado de viruelas—. Si se mira desde en medio, no se ven los extremos; si se empieza por el final se necesita demasiado tiempo. Así que mira cómo están las cosas...

Dvánov se apresuró a responder:

—Si tenéis enemigos necesitáis el Poder Soviético. Pero el picado de viruelas sabía de qué iba la cosa.

—No tenemos enemigos, pero hay mucho sitio alrededor y pueden presentarse en cualquier momento: el ladrón estima más un cópec ajeno que un rublo suyo... Todo está como antes, las yerbas crecen, el tiempo cambia, pero, claro, siempre nos queda una preocupación: ¿Y si, por no tener Poder, nos hemos perdido algunas ventajas? Dicen que ahora ya no requisan, pero a nosotros nos sigue dando miedo sembrar... ¡Y, aparte, se le dan al pueblo otros beneficios: seguro que se reparten entre todos, y nosotros nos quedamos sin nada!

Dvánov se puso en guardia:

—¿Cómo que no hay requisas? ¿Quién os lo ha dicho?

Pero el picado de viruelas no lo sabía ni él mismo: realmente lo había oído decir, o se lo acababa de inventar. Sólo dio una explicación muy vaga: había pasado por la aldea un desertor indocumentado y, después de comer gachas en su

isba, había informado de que ahora ya no había requisas porque unos campesinos habían ido a la torre del Kremlin a ver a Lenin, habían pasado tres noches hablando con él y habían discursido lo del indulto.

A Dvánov le invadió inmediatamente la tristeza, entró en la isba del sóviet y ya no salió. Los campesinos se fueron a sus casas, acostumbrados ya a formular peticiones absurdas.

—¡Escucha, camarada Kopionkin! —dijo Dvánov conturbado. Kopionkin temía sobre todo las desgracias ajenas, y siendo niño había llorado en el entierro de un campesino desconocido mucho más que la propia viuda. Se entristeció de antemano, y abrió un poco la boca para oír mejor.

—¿Sabes, camarada Kopionkin? —dijo Dvánov—. Tengo ganas de ir a la ciudad... Espérame aquí, no tardaré en volver... Ocupa provisionalmente el cargo de presidente del sóviet para que no se te haga tan larga la espera: los campesinos estarán de acuerdo. Ya has visto cómo son...

—¡No está mal! —respondió alegre Kopionkin—. Vete, que por mí no hay problema, te esperaré aunque sea un año entero... Y voy a hacerme presidente: hay que remover un poco esta región.

Al anochecer, Dvánov y Kopionkin se besaron en medio del camino a las afueras de la aldea y, absurdamente, los dos sintieron vergüenza. Dvánov partió en dirección al ferrocarril.

Aunque ya no podía ver a su amigo, Kopionkin se quedó mucho rato de pie en el camino; volvió después al sóviet de la aldea y se echó a llorar en medio del vacío local. Pasó toda la noche tumbado sin dormir, en silencio y con el corazón desolado. La aldea, alrededor suyo, permanecía inmóvil, no se hacía notar mediante ningún sonido vivo, como si hubiera renunciado para siempre a su doloroso y arrastrado destino. Sólo de vez en cuando susurraban los desnudos sangueros en el vacío patio del sóviet de la aldea dejando que el tiempo discurriera hacia la primavera.

Kopionkin observaba cómo se agitaba la oscuridad al otro lado de la ventana. Penetraba a veces una pálida luz, que se marchitaba enseguida, y que olía a la humedad y a la melancolía de un huracán nuevo día. Tal vez era la mañana que llevaba, o puede que fuera un muerto y errante rayo de luna.

En el largo silencio de la noche, Kopionkin, como refrescado por la soledad, iba perdiendo imperceptiblemente la tensión de sus sentimientos. En su mente iba naciendo paulatinamente la débil luz de la duda y de la compasión por sí mismo. Volvió su memoria hacia Rosa Luxemburgo, pero no logró visualizar sino a una delgada mujer, muerta en un ataúd, y parecida a una suficiente parturienta. Pero Kopionkin no experimentó en aquellos instantes la tierna atracción que al corazón proporciona la transparente y alegre fuerza de la esperanza.

Asombrado y triste, sentía cómo le iban envolviendo la noche celestial y el cansancio de muchos años. No se veía a sí mismo en sueños y de haberse visto se habría asustado: sobre el banco dormía un hombre viejo y extenuado, con profundas y sinuosas arrugas en un desconocido rostro; un hombre que no se había hecho el menor bien a sí mismo a lo largo de toda su vida. No hay ningún paso de la conciencia clara al sueño: durante el sueño prosigue la vida igual que antes, pero en su sentido desnudo. Kopionkin vio por segunda vez a su madre, muerta hacía tiempo —la había visto por primera vez antes de casarse: su madre iba alejándose por un camino campestre lleno de lodo; tan delgada era su espalda que los huesos de las costillas y de las vértebras se le marcaban a través de la blusa grasa, impregnada de olores a comida y a niños; la madre se alejaba encorvada, sin hacerle el menor reproche a su hijo. Kopionkin sabía que no había nada para ella en el lugar al que se dirigía y, dando un rodeo, se dirigió corriendo al despeñadero para construirle una caseta. Los hortelanos y cultivadores de sandías solían vivir al amparo del bosque en las estaciones templadas, y Kopionkin pensó en levantarle una caseta a su madre, precisamente allí, para que pudiera hallar en el bosque un nuevo marido y un nuevo hijo.

Esta vez vio en sueños a su madre con su habitual rostro afligido; se estaba secando los arrugados lagrimales de sus ojos con la punta del pañuelo para no ensuciar éste por entero, y —menuda y esquelética, ante su hijo ya crecido— decía:

—Otra vez te has echado una putilla, Stepushka. Has vuelto a dejar sola a tu madre, para que pase vergüenza delante de la gente. Que Dios te perdone.

La madre se lo perdonaba porque había perdido todo poder maternal sobre su hijo; un hijo que era sangre de su sangre, pero que, execrablemente, la había abandonado.

Kopionkin amaba a su madre y a Rosa por igual, porque su madre y Rosa representaban para él un solo ser primordial, de la misma manera que el pasado y el porvenir vivían en su única vida. No comprendía cómo sucedía eso, pero sentía que Rosa era la continuación de su niñez y de su madre, y no un insulto para la viejecilla.

Así que a Kopionkin le dolió el corazón por el hecho de que su madre ofendiera a Rosa.

—Está muerta, igual que tú, mamá —dijo Kopionkin, sintiendo piedad por la inanidad de la rabia de su madre.

La vieja apartó el pañuelo: ni siquiera estaba llorando.

—¡Ay, hijito, no te fies de las mujeres! —dijo malévolamente la madre. Te hablarán dulcemente, te harán creer que lo tienen todo como es debido, pero cuando te hayas casado no te encontrarás en la cama a una mujer: verás que es un pellejo lleno de huesos y que en lugar de cara tiene jeta. Por ahí viene, por ahí viene tu amada caminando como una zorra: ¡Uuuuh, canalla, que has engañado a mi hijo...!

Rosa avanzaba por la calle —pequeña, viva, real, con sus tristes ojos negros, como en aquel retrato del sóviet de la aldea. Kopionkin se olvidó de su madre y rompió el cristal de la ventana para contemplar mejor a Rosa. Del otro lado de la ventana se hallaba la veraniega calle de la aldea —vacía y triste, como la de todas las aldeas cuando hay sequía y hace calor, pero Rosa no estaba. Una gallina saltó de un callejón y, batiendo las alas —que levantaban polvo—, echó a correr por la rodera de la calle. Tras ella salieron unas gentes que no paraban de volver la vista atrás, y después otras, que llevaban un barato ataúd sin pintar de esos —adquiridos mediante colecta— que se utilizaban para enterrar a gente sin nombre ni parientes.

En el ataúd yacía Rosa, con la cara cubierta de manchas amarillas como las que suelen tener las parturientas malogra-das. En la negrura de sus cabellos fileteaban algunas canas poco femeninas, y los ojos se le habían hundido bajo la fren-te en fatigada renuncia a todos los vivos. Ella no necesitaba de nadie, y los campesinos que la llevaban a hombros tam-

poco le tenían simpatía; realizaban ese trabajo sólo por cumplir con una obligación social, porque les había tocado el tur-no establecido según las casas.

Kopionkin miraba y remiraba y no alcanzaba a creerlo. En el interior del ataúd no estaba la persona a quien conocía; la otra tenía mirada y pestañas. Cuanto más le acercaban a Rosa los que la llevaban a hombros, tanto más veía cómo se le ensombrecía su antiguo rostro, que no había visto nada que no fueran los poblados cercanos y la penuria.

—¡Estáis enterrando a mi madre! —gritó Kopionkin.

—No, es una casada sin marido! —dijo sin asomo de tristeza un mujik, que se arregló una toalla que llevaba sobre el hombro—. No ha podido morir en otra aldea, ha ido a morir en la nuestra exactamente: podía haberse muerto en otra, qué más le daba...

El mujik calculaba su trabajo. Kopionkin se dio cuenta de ello enseguida y tranquilizó a los obligados hombres.

—Cuando la hayáis cubierto de tierra pasaos por aquí y os daré de beber.

—Está bien —respondió el mismo campesino—. Es un pecado enterrar a alguien sin mojar el gaznate. Ahora es una sierva de Dios, y aun así pesa muchísimo: se nos clava en los hombros.

Kipionkin se hallaba tumbado en un banco esperando a que los campesinos regresaran del cementerio. Un viento frío soplaban desde algún lado. Kopionkin se levantó para tapar el cristal roto, pero todas las ventanas estaban intactas. La corriente provenía del viento matutino; en el patio hacía tiempo que relinchaba el caballo Fuerza Proletaria, que se había saciado de agua. Kopionkin se reajustó la ropa, hipó y salió al aire libre. La garrocha del pozo de los vecinos se inclinaba en busca de agua; al otro lado del seto, una joven campesina acariciaba su vaca para ordeñarla mejor y le decía tiernamente con voz pectoral:

—Vamos Mashka, Máshenka, no te resistas, no me rechaces, que venga lo santo, que parte el pecado...

A la izquierda, un hombre descalzo que estaba haciendo sus necesidades en el umbral de la puerta, le gritaba a su invisible hijo:

—¡Lleva a la yegua a beber, Vaska!  
—¡Bebe tú, la yegua ya ha bebido!

—Vete a moler mijo, Vaska, o te daré con el mortero en la cabeza.

—Ya molí ayer: ¡No voy a hacerlo yo todo, muele tú!

Los gorriones picoteaban por los patios como si fueran aves de corral. Las golondrinas podían ser muy hermosas, pero se marchaban cada año a países suntuosos, mientras que los gorriones se quedaban allí, a compartir el frío y la miseria humana. Son pájaros verdaderamente proletarios, que picotean su amargo grano. Las criaturas delicadas pueden perecer a fuerza de largas y descorazonadoras vicisitudes; pero los seres tan aferrados a la vida como el mujik y el gorrión permanecen y resisten hasta que llegan los días cálidos.

Kopionkin sonrió a un gorrión que había sabido encontrar en su vida minúscula y vana una inmensa promesa. Era evidente que en aquella fresca mañana, el pájaro no se calentaba comiendo granos, sino por medio de un sueño ignoto para los hombres. Tampoco Kopionkin vivía de pan y bienestar, sino de una vaga esperanza.

—Mejor así —dijo sin apartar su mirada del gorrión dedicado a su faena—. Vaya: tan pequeño y tan encarnizado... Si el hombre fuera así, hace tiempo que el mundo entero habría florecido...

El campesino picado de viruela que había estado el día anterior se presentó de nuevo por la mañana temprano. Kopionkin lo empujó a que hablara, fue después a desayunar a su casa, y ya sentado a la mesa le preguntó de repente:

—Dime, ¿hay aquí un tipo que se llama Plótnikov?

El picado de viruela encañonó a Kopionkin con sus pensativos ojos, tratando de adivinar el trasfondo de la pregunta.

—Yo soy Plótnikov. ¿Por qué lo preguntas? En la aldea entera no hay más que tres apellidos: Plótnikov, Ganushkin, y Tsélnov. ¿Por qué Plótnikov pregunta?

Kopionkin salió del paso como pudo:

—Es uno que tiene un garañón morocho muy diestro y bonito, que se encoje cuando galopa... ¿Lo conoces?

—¡Ah, ese es Iván, y yo soy Fiódor! No tengo nada que ver con él. El garañón se le ha quedado cojo hace tres días... ¿Necesitas mucho verlo? Entonces, voy a llamarle...

Fiódor el picado de viruela se alejó. Kopionkin sacó su Nágán y lo colocó sobre la mesa. Desde la estufa, la mujer enferma de Fiódor observaba estupefacta a Kopionkin, hipando cada vez más y más deprisa como consecuencia del miedo.

—¿Quién se acuerda tanto de ti? —le preguntó interesado Kopionkin.

La mujer torció su boca tratando de sonreír para comover al huésped, pero no pudo articular palabra.

Fiódor volvió pronto y trajo consigo a Plótnikov. Resultó que era el mismo campesino descalzo que le había estado gritando a Vaska desde el umbral. Ahora llevaba puestas unas botas de fieltro, y apretaba respetuosamente entre las manos un vetusto gorro, que había adquirido ya antes de casarse. No había en Plótnikov ningún rasgo exterior que le distinguiera: para distinguirle de los demás uno tendría que haber vivido un tiempo con él. Sólo el color de sus ojos era infrecuente: el marrón; el color del robo y de las ocultas intenciones. Kopionkin analizó al bandido con mirada sombría. Plótnikov no se amedrantó o, al menos, encontró a propósito, una salida conveniente:

—Por qué me miras tan fijamente, buscas a los tuyos?

Kopionkin cortó inmediatamente:

—Di, ¿piensas seguir metiéndole cizaña a la gente? ¿Vas a levantar al pueblo contra el Poder Soviético? Dilo claramente: ¿lo vas a hacer o no?

Plótnikov se percató de cuál era el carácter de Kopionkin, y frunció adrede el ceño de su inclinado rostro para expresar claramente obediencia y pesar voluntario por sus actividades ilegales.

—No, no lo haré más, lo digo francamente.

Kopionkin guardó silencio para remarcar la severidad.

—Bueno, pues acuérdate bien de mí. Yo no soy para ti la justicia, soy la ejecución: si me entero de algo te haré papilla en un santiamén, te buscaré hasta en las entrañas de tu madre y te machacaré en el sitio... Ahora vuelve a tu casa y no te olvides de que existo...

Cuando Plótnikov se marchó el picado de viruelas lanzó una exclamación y se puso a tartamudear de respeto:

—¡Vaya, eso sí que es justo! ¡Entonces tú eres el poder!

A Kopionkin le había empezado a gustar Fiódor el picado de viruelas por su sólido deseo de que hubiera poder: tanto más cuanto que también Dvánov había dicho que el Poder Soviético era el reino de una multitud de hombres naturales y poco agraciados.

—¿De qué poder me hablas? —le dijo Kopionkin—. No nosotros somos una fuerza de la naturaleza.

\*

Las casas de la ciudad le parecieron a Dvánov demasiado grandes: sus ojos estaban acostumbrados a las *jatas* y a la estepa.

Sobre la ciudad brillaba el verano, y los pájaros, que ya habían tenido tiempo de multiplicarse, cantaban entre los edificios sobre los postes telefónicos. Cuando Dvánov había abandonado la ciudad ésta era una severa fortaleza en la que no había sino el disciplinado servicio a la revolución, y ese objetivo preciso era el que presidía cotidianamente la vida y la paciencia de los obreros, los funcionarios y los soldados del Ejército Rojo; con la puesta del sol proliferaban los centinelas que, a medianoche, pedían la documentación a los nerviosos ciudadanos que circulaban. A los ojos de Dvánov la ciudad no era ahora un lugar de desierta santidad, sino una aglomeración festiva, iluminada por la luz del verano.

En un principio pensó que la ciudad había sido ocupada por los blancos. En la estación de ferrocarril había un bufé en el que, sin colas ni cartillas, se vendían grises panecillos. En el almacén central del comité de alimentación de la provincia, situado junto a la estación, colgaba un cartel aún húmedo cuyas letras se habían corrido debido a la mala calidad de la pintura. Una mano de artesano había escrito concisamente:

VENTA DE TODO A TODOS LOS CIUDADANOS.  
PAN Y PESCADO DE ANTES DE LA GUERRA, CARNE FRESCA,  
SALAZONES DE LA CASA

Debajo del cartel y en letra pequeña había sido añadido el nombre de la firma:

*Ardulians, Romm, Koliésnikov y Cía.*

Dvánov pensó que se trataba de una broma y entró en la tienda. Vio allí las instalaciones de un comercio normal, que sólo había podido contemplar cuando era niño y que había olvidado hacía tiempo: mostradores con un cristal encima, estanterías en las paredes, perfeccionadas básculas en lugar de romanas, dependientes atentos en lugar de agentes de almacenes de alimentación y gerentes de cooperativa, un tropel de animados clientes y montañas de productos que emanaban olor a saciedad.

—¡Esto no es lo mismo que el servicio provincial de avituallamiento! —le dijo en tono de simpatía uno de los que contemplaban el comercio.

Dvánov se volvió y le miró con odio. Al hombre no le turbó aquella mirada; antes al contrario, sonrió triunfalmente y fue como si le dijera: «¡Qué espías! Me alegro de algo que es legal!»

Aparte de los clientes, había allí muchísima gente: se trataba de simples observadores interesados en contemplar el reconfortante acontecimiento. Eran más numerosos que los que iban a comprar, y participaban indirectamente en el comercio. Había alguno que se acercaba al pan, pellizcaba un trocito y se lo llevaba a la boca. El dependiente, sin rechistar, esperaba el desarrollo de los acontecimientos. El aficionado al comercio masticaba la migaja de pan durante largo tiempo, llevándola de acá para allá y de mil maneras con la lengua, profundamente concentrado: después le comunicaba su valoración al dependiente:

—¡Un pelín amargo! ¿Sabes? ¡Un poquitín! ¡Lo hacéis con levadura?

—No, con fermento —le decía el dependiente.

—¡Ah, ¿lo ves?! Se nota. Aunque la molienda no es de la de ración, y la cocción está bien hecha: ¡Nada que objetar!

El hombre se dirigía a la carne, la palpaba con cariño y la olió detenidamente.

—¿Qué, te pongo? —preguntaba el dependiente.

—Sólo miro si no será carne de caballo? —seguía investigando el hombre—. No, no puede ser, tiene pocos tendones y no se ve espuma. ¿Sabes? La carne de caballo da espuma en lugar de caldo: mi estómago no la tolera, tengo una salud delicada...

El dependiente, ofendido, esgrimía valientemente la carne:  
—¡Nada de carne de caballo! Es carne blanca de Cherkassk, todo solomillo. ¿No ves lo delicadamente que trasuda? Se le deshace a uno en la boca. Es como requesón, se puede comer cruda.

El hombre, satisfecho, se incorporaba al grupo de observadores y daba cuenta allí, detalladamente, de sus descubrimientos.

Los observadores, desde sus puestos, examinaban complacidamente las diversas funciones del comercio. Dos de ellos no pudieron contenerse y se pusieron a ayudar a los dependientes: quitaron el polvo de los mostradores soplando con sus bocas, limpiaron con un plumero la báscula para que resultase más exacta, y ordenaron las pesas. Uno de aquellos voluntarios cortó trocitos de papel, escribió en ellos la denominación de las mercancías, sujetó los papelitos a unos pequeños soportes de alambre, y pinchó éstos en los artículos correspondientes; de aquella manera, por encima del género se alzaron unos minúsculos carteles, de tal modo que los clientes podían hacerse cargo de la situación con gran facilidad. En el cajón del mijo el voluntario pinchó el cartel de «Mijo», en la carne de vaca el de «Carne fresquísimas de vaca», y así por el estilo, según una interpretación algo más normal de las mercancías.

Los amigos del voluntario admiraban tales desvelos. Se trataba de los predecesores de los reformadores de los servicios del Estado, que se habían adelantado a su tiempo. Los clientes entraban, leían los carteles, y confiaban más en los artículos que los tenían.

Entró en la tienda una viejecita que pasó largo rato inspeccionando el local con la mirada. Su cabeza temblaba como consecuencia de una vejez potenciada por el hambre, tenía debilitados los centros fisiológicos de control, y

su nariz y sus ojos supuraban lentamente un líquido involuntario. La viejecita se acercó a un dependiente y le tendió una cartilla cuyos desperfectos habían sido cosidos con hilo grueso.

—No hace falta, abuela, te atenderemos sin ella —le dijo el dependiente—. ¿Qué comías mientras se te iban muriendo los hijos?

—¿Ha llegado por fin lo que tanto esperábamos? —preguntó emocionada la vieja.

—Ha llegado: Lenin nos lo había quitado, y Lenin nos lo ha dado.

La vieja susurró:

—¡Dios mío, él! —y soltó lágrimas en tanta abundancia como si aún le quedaran cuarenta años de gozar aquella buena vida. El dependiente le dio un trozo de pan bien cocido para el camino de vuelta a casa, compensando de esa manera los pecados del «comunismo de guerra».

Dvánov comprendió que el asunto era serio, que la revolución tenía ahora otro rostro. Camino de su casa no había encontrado más tiendas, pero en cada esquina se vendían empanadillas y buñuelos; la gente compraba, comía y hablaba de comida. La ciudad era un opíparo banquete. Todo el mundo sabía ahora el trigo requería tiempo para desarrollarse; que las plantas tenían una vida complicada y que, al igual que los hombres, necesitaban cariño; que, bajo los rayos del sol, la tierra se humedece gracias al sudor de un trabajo mortificante. La gente se había acostumbrado ahora a contemplar el cielo y a ponerse en la piel de los campesinos, deseando que el tiempo fuera el que hacía falta; que la nieve se derriera de golpe y que el agua no se estancara en los campos formando una capa de hielo, cosa nociva para el grano de otoño. La gente había aprendido muchas cosas que le habían sido desconocidas hasta entonces: habían ampliado el campo de sus profesiones, y su sentimiento de la existencia se había tornado colectivo. Por eso en aquel momento se deleitaban con los buñuelos, aumentando por medio de ellos no sólo su saciedad, sino también el respeto por el trabajo anónimo: el deleite, así, se duplicaba. Por eso la gente, cuando comía, ponía una mano bajo la boca en forma de cuenco

para que las migas cayeran allí y, una vez recogidas, volviesen a ser ingeridas.

Por los bulevares desfilaba multitud de gente observando aquella vida que era nueva para ellos. Muchos habían comido carne el día anterior y experimentaban un desacostumbrado acopio de fuerzas. Era domingo, un día casi sofocante: sólo el viento que lentamente acudía desde los lejanos campos refrescaba el calor del veraniego cielo.

Junto a los edificios había a veces mendigos sentados que insultaban conscientemente al poder soviético, si bien los transeúntes les daban limosna como exponentes de que la vida comenzaba a ser más desahogada; durante los últimos cuatro años no se había visto en la ciudad ni mendigos ni palomas.

Dvánov cruzaba una plazoleta, molesto por la gran cantidad de gente: estaba acostumbrado a la aérea libertad de la estepa. Durante un rato caminó a su lado una joven parecida a Sonia; tenía el mismo débil y encantador rostro, y los ojos ligeramente entornados por el cúmulo de impresiones. Sin embargo, aquellos ojos eran más oscuros que los de Sonia y, como preocupados por algo no resuelto, estaban ralentizados, sin bien, al estar sólo entreabiertos, lograban ocultar su melancolía. «En el socialismo Sonia será ya Sofía Alexándrovna —pensó Dvánov—. Pasará el tiempo.»

Zajar Pávlovich se hallaba sentado en el zaguán y daba betún a los rotos zapatos infantiles de Alexandr para que estos se conservasen y los pudiera recordar más tiempo. Abrazó a Sasha y se echó a llorar: su amor por el hijo adoptivo iba creciendo cada vez más. Mientras abrazaba el cuerpo de Zajar Pávlovich, Dvánov pensó: «¿Qué vamos a hacer en el porvenir comunista con nuestros padres y nuestras madres?»

Por la tarde Dvánov fue a visitar a Shumilin; muchas de las personas que caminaban a su lado iban a ver a sus amadas y amados. Como estaba mejor alimentada, la gente había empezado a sentir sus almas. En cuanto a las estrellas, éstas no cautivaban a todos: los habitantes se habían hartado de las grandes ideas y de los espacios infinitos, se habían convencido de que las estrellas podían convertirse en un puñado de mijo —el del racionamiento— y de que el pulgón del tifus permanecía de guardia pegado a los ideales.

Shumilin iba a almorzar y sentó a Dvánov a su mesa.

Sobre la mesa había un despertador y Shumilin, para sus adentros, sentía envidia del mismo: los relojes funcionaban permanentemente, mientras que él había de interrumpir su vida para dormir. Dvánov, en cambio, no envidiaba al tiempo; sentía que su vida tenía reservas y sabía que lograría atrapar el paso de las horas.

—No nos da tiempo de que se haga la comida —dijo Shumilin—. Es ya hora de ir a la reunión del Partido... ¡Vas a venir o te has vuelto más listo que los demás?

Dvánov no respondió. Camino del comité de distrito Dvánov le contó como pudo lo que había visto durante su estancia en la provincia, pero era consciente de que Shumilin apenas le manifestaba interés.

—Sí, sí, ya lo he oído contar —dijo Shumilin—. Eres un chiflado: te enviamos tan sólo para que observes cómo estaban las cosas. Me pasó las horas leyendo documentos, y no veo tres en un burro; tú en cambio tienes los ojos frescos. Y has organizado allá abajo un verdadero desastre. ¡Vas y empujas a los campesinos a que talen el distrito forestal de Bitermóvski, canalla! Has juntado no sé qué gentes de desecho y te has puesto a vagabundear por ahí...

Dvánov enrojeció de humillación y de sentido de la responsabilidad.

—No son unos inútiles, camarada Shumilin. Serían capaces de hacer tres revoluciones más si fuera preciso sin decir palabra...

Shumilin no quiso proseguir la conversación; los documentos eran más de fiar para él que los hombres. Y siguieron caminando ambos en silencio sintiéndose incómodos el uno con el otro.

Por la puerta de la sala del sóviet de la ciudad donde iba a tener lugar la reunión de Partido, salía el aire soplando como si de un ventilador se tratara. El cerrajero Gópner mantenía la palma de su mano contra el aire y le explicaba al camarada Fufáiev que había dos atmósferas de presión.

—Si se reuniera todo el Partido en la sala —reflexionaba Gópner—, se podría poner en marcha toda una central eléctrica: ¡Funcionaría nada más que con la respiración del Partido, maldita sea!

Fufáiev contemplaba melancólicamente la luz eléctrica y se sentía molesto por lo que tardaba en iniciarse la reunión. El bajito Gópner seguía elaborando nuevos cálculos técnicos y se los exponía a Fufáiev. Gópner no tenía, por lo visto, nadie en su casa con quien hablar y se alegraba de la afluencia de gente.

—No paras de andar de acá para allá, ni de pensar —le dijo Fufáiev en tono pacífico y sutil, lanzando un profundo suspiro con todo su pecho, que parecía un montículo de huesos; los huesos hacía tiempo que le habían destrozado todas las camisas, que llevaba completamente remendadas. Pero ya va siendo hora de que dejemos todos de hablar y nos pongamos a trabajar ampliamente.

Gópner se preguntaba por qué habían condecorado dos veces a Fufáiev con la orden de la Bandera Roja. Fufáiev mismo, que prefería el futuro al pasado, nunca le había hablado de ello. Consideraba el pasado como un hecho destruido definitivamente e inútil, y no conservaba las condecoraciones sobre su pecho, sino en el baúl de su casa. Gópner supo de las condecoraciones por boca de la jactanciosa mujer de Fufáiev, que conocía la vida de su marido con la misma precisión que si lo hubiera parido.

Sólo desconocía una pequeña cosa: cuál era el motivo por el que se daban las raciones y las condecoraciones. Pero su marido le aclaró: «Por el servicio, Polia; así debe de ser.» Imaginando que el servicio era algo así como llevar la correspondencia en un despacho oficial, la mujer se tranquilizó.

En lo que respectaba al aspecto, Fufáiev era un hombre de rostro feroz cuando se le miraba de lejos; pero, de cerca, poseía unos apacibles y contemplativos ojos. Su enorme cabeza ponía claramente de manifiesto la primitiva fuerza de una mente silenciosa, que sufría en el interior del cráneo. Pese a sus olvidadas hazañas militares, inmortalizadas únicamente en las listas de los disueltos estados mayores, Fufáiev adoraba la agricultura y, en general, todo el trabajo pacífico y productivo. En aquellos momentos era el responsable de los residuos recuperables de la provincia y su función le obligaba a inventar permanentemente alguna cosa; cosa que parecía muy adecuada para él: su última actuación había consistido

en la creación de una red de depósitos de abono por toda la provincia, de donde los pobres sin caballo podían retirar, mediante licencia, estiércol para abonar sus parcelas de tierra. No solía contentarse con los éxitos obtenidos y desde por la mañana temprano recorría diariamente la ciudad montado en su *drozhki*<sup>30</sup>, mirando las calles, entrando en los patios traseros de las casas e interrogando a todos los mendigos con quienes se topaba a fin de descubrir nuevos cachivaches que pudieran ser útiles para la estatal recuperación. Había coincidido también con Gópner en el vasto campo de la recuperación. Fufáiev le preguntaba a todo el mundo con la misma expresión de seriedad:

—Nuestro Estado no es rico, camarada: ¿no tendrás algo que no te sirva, que podamos aprovechar?

—¿Qué, por ejemplo? —le preguntaba un camarada cualquiera.

Fufáiev no dudaba:

—Restos de alimentos, cosas crudas, alguna esponjita o, también, algún... producto inútil...

—¡Tienes fiebre en la cabeza, Fufáiev! —respondía desconcertado el camarada. —Dónde vas a encontrar ahora una esponjita? Yo mismo, en los baños públicos, me froto con una rama...

Pero, de vez en cuando, Fufáiev conseguía que le dieran consejos útiles: por ejemplo, utilizar los archivos de antes de la revolución para la calefacción de los orfanatos; segar sistemáticamente, en las calles apartadas, las malas yerbas, para organizar después, utilizando el forraje disponible, una gran explotación de cabras lecheras, con lo que se podría abastecer de leche barata a los inválidos de la guerra civil y a los indigentes.

Fufáiev se pasaba las noches soñando con los más variados materiales de reciclaje, con forma de abstractas masas de viejos objetos sin nombre. Como era un hombre honesto, se despertaba horrorizado en su responsable puesto. Gópner le aconsejó en cierta ocasión que no llevara su preocupación más allá de sus fuerzas: «Mejor será —le dijo— que ordenes

<sup>30</sup> Carruaje ligero.

a los habitantes del antiguo mundo que monten guardia todo el tiempo junto a sus trastos viejos: por si la revolución los necesita en algún momento; aunque no los necesitará porque el mundo nuevo va a construirse con materiales eternos que nunca llegarán al estado de desechos.»

Tras aquello Fupáiev se tranquilizó un poco y sus masivos sueños no le atormentaron ya con tanta frecuencia.

Shumilin conocía tanto a Fufáiev como a Gópner, mientras que Dvánov sólo conocía a Gópner.

—Hola, Fiódor Fiódorovich —dijo Dvánov a Gópner—. ¿Cómo le va?

—Regular —le respondió Gópner—. ¡Lo único que se ha logrado es la venta libre del pan, maldita sea!

Shumilin se puso a hablar con Fufáiev. El comité de la provincia se disponía a nombrar a aquél presidente del comité de ayuda a los soldados del Ejército Rojo dolorosamente heridos. Fufáiev, acostumbrado después del frente a las espesas complicaciones, asentía. Muchos de los comandantes trabajaban igualmente en la seguridad social, en los sindicatos, en las cajas de seguros y demás instituciones que no tenían peso excesivo en los destinos de la revolución; cuando se reprochaba a dichas instituciones que se arrastrasen a la cola de la revolución, esas instituciones abandonaban la cola de la revolución y se le agarraban al cuello. Por una razón desconocida los militares sentían respeto por cualquier cargo y, en nombre de una disciplina férrea, estaban dispuestos a dirigir aunque sólo fuera un rincón rojo, aunque en tiempos hubieran mandado una división entera.

Al oír la descontenta voz de Gópner, Shumilin se volvió hacia él:

—¿Qué pasa, no te gusta el comercio libre? ¿O es que tenías una ración demasiado grande?

—No me gusta nada —anunció inmediata y seriamente Gópner—. ¿O es que crees que la alimentación y la revolución hacen buenas migas? ¡Ni por asomo, maldita sea!

—¿Pero cómo puede ser libre el hambriento? —respondió Shumilin sonriendo y con desprecio de superioridad intelectual.

Gópner alzó su inspirado tono:

—Y yo te digo que nosotros mismos no somos camaradas si no compartimos la misma miseria. ¡Y si hay pan y propiedades no aparecerá nunca el verdadero hombre! ¡Qué libertad puede haber cuando fermenta el pan en la tripa de todos y eso es lo único que persigue el corazón! El pensamiento necesita de la ligereza y la desgracia... ¿Cuándo se ha visto que los hombres cebados vivieran como hombres libres?

—¿Pero tú has leído algo de historia? —le preguntó, dando, Shumilin.

—¡Lo intuyo! —respondió Gópner parpadeando.

—¿Y qué es lo que has intuido?

—Pues que para el bien de todos hay que destruir el pan y todo tipo de materia, y no almacenar nada. Como no podemos darle al ser humano lo que hay de más hermoso, démosle al menos pan. Pero lo que nosotros queríamos darle era lo mejor...

En la sala sonó el timbre que anunciaba el comienzo de la reunión.

—Vamos a reflexionar un poco —dijo Gópner a Dvánov—. Nosotros ahora ya no somos objetos sino sujetos, maldita sea: ilo digo, y ni yo mismo distingo cuál es la dignidad que tengo!

El orden del día contaba con una sola cuestión: la nueva política económica. Gópner se sumergió inmediatamente en sus reflexiones: no le gustaba la política ni la economía, porque consideraba que el cálculo era bueno para las máquinas, pero que en la vida sólo había cosas distintas y números singulares.

Al secretario del comité de la provincia, que había sido anteriormente técnico de ferrocarriles, asumía con dificultad las reuniones: no veía en ellas sino puro formalismo, porque el hombre trabajador, al fin y al cabo, no puede pensar con la velocidad con que se habla: el pensamiento del proletariado actúa a través de los sentimientos y no por medio de la madera. Por eso el secretario, habitualmente, interrumpía a los oradores:

—Al grano camarada, al grano. ¡No olvides que los batallones de abastecimiento tienen que conseguir pan para que tu puedas parlotear!

Y a veces se dirigía, sin más, a los reunidos:

—Camaradas, ¿alguien ha entendido algo? Yo no he entendido nada. Lo importante para nosotros —decía el secretario, enfadado ya y pronunciando nítidamente las palabras—, es saber lo que tenemos que hacer al salir por esa puerta. Y mira por donde éste nos lloriquea acerca de no sé qué condiciones objetivas. Y yo digo que en la revolución no cuentan las condiciones objetivas...

—¡Correcto! —exclamaban a un tiempo los reunidos. De todas formas, había allí tanta gente que, aunque hubiera sido incorrecto, lo hubieran organizado todo a su manera.

Aquel día el secretario del comité de la provincia permanecía sentado en su sitio con aire de tristeza; era un hombre de edad avanzada, que deseaba en secreto que lo enviaras a dirigir alguna biblioteca rural donde pudiera construir el socialismo con sus propias manos y hacer que fuese visible para todos. Los informes, los balances, los boletines y las circulares comenzaban a minar la salud del secretario. Se los llevaba a su casa, no los devolvía y le decía después al administrador: «Mira, camarada Moliélnikov, resulta que mi hijo los ha echado a la estufa mientras yo dormía. Cuando me desperté no quedaban más que las cenizas. Vamos a probar a no enviar copias para ver así si hay o no contrarrevolución.»

—De acuerdo —aceptaba Moliélnikov—. Desde luego que con un papel no hay manera de hacer nada: ahí no hay más que ideas escritas, y sujetar una provincia con eso es como querer sujetar una yegua por la cola.

Moliélnikov era de procedencia campesina. Se aburría tanto en el desempeño de sus funciones burocráticas que cavó en el patio un gran huerto y bajaba a atenderlo de vez en cuando mientras estaba de servicio.

De todas formas, ese día el secretario del comité provincial estaba en parte contento: imaginaba la nueva política económica como una revolución que marchaba hacia adelante espontáneamente, movida por el deseo del proletariado mismo. Mientras que anteriormente, la revolución no funcionaba sino mediante el esfuerzo de tracción de los aparatos administrativos y de las instituciones, como si el conjunto del aparato estatal consistiera realmente en una máquina idea-

da para construir el socialismo. Y ésa fue precisamente la idea que expuso el secretario para comenzar su discurso.

Dvánov se hallaba sentado entre Gópner y Fufáiev; delante de él farfullaba ininterrumpidamente un hombre desconocido: por su cerrado caletre pasaba algún pensamiento y no lograba contener las palabras. Estaba aprendiendo a pensar al calor de la revolución; y, aunque hablaba en voz alta, nadie se quejaba de él.

Los miembros del partido no se parecían entre sí: cada uno de aquellos rostros tenía algo de fabricación casera; era como si todos aquellos hombres se hubieran hecho a sí mismos merced a sus propias y solitarias fuerzas. Era un tipo de rostro que se podía distinguir entre miles: sincero, ensombrecido por una tensión permanente y ligeramente desconfiado. En su tiempo, los blancos detectaban sin vacilar a aquellos hombres especiales que se habían hecho a sí mismos y los liquidaban con el mismo furor enfermizo con que los niños normales golpean a las personas deformes y a los animales: con una mezcla de terror y de gozo voluptuoso.

El vaho de las respiraciones había formado ya en el techo de la sala una especie de turbio cielo local. Ardía allí una mate luz eléctrica, de fuerza ligeramente titilante: seguro que en la central eléctrica la correa de trasmisión de la dinamo no estaba en buen estado, sino que, vieja y desgastada, daba con sus costuras contra la polea haciendo que bajara la tensión en la dinamo. Para la mitad de los presentes la cosa estaba clara. A medida que avanzaba la revolución, las máquinas y los aparatos ofrecían mayor resistencia a causa de la fatiga: habían funcionado mucho más de la cuenta y sólo resistían merced a la agujoneante maestría de ajustadores y maquinistas.

El miembro del partido sentado delante de Dvánov y que le era desconocido murmuraba abiertamente con la cabeza ladeada y sin escuchar al orador.

Gópner miraba distraídamente al vacío transportado por el flujo de una doble fuerza: el discurso del orador y su apremiante conciencia. Dvánov experimentaba una enfermiza incomodidad cuando no podía imaginar enteramente a una persona y, aunque fuera brevemente, vivir la vida de ésta. Miró atentamente y con intranquilidad a Gópner, hombre de

cierta edad, tendinoso, devorado casi enteramente por cuarenta años de trabajo; su nariz, sus pómulos y los lóbulos de sus orejas estaban cubiertos por una piel tan tensa que quien le miraba experimentaba una comezón nerviosa en el cuerpo. Cuando Gópner se desnudaba en el baño público aparecía con aspecto de muchacho; pero era en realidad resistente, fuerte y paciente como pocos. El trabajo de muchos años había estado corroyendo ávidamente el cuerpo de Gópner y lo había desgastado: no había dejado sino aquello que también se conserva en la tumba durante mucho tiempo: los huesos y los cabellos; su vida, despojada de todo apetito y disecada por la plancha del trabajo, se había reducido a una pura conciencia concentrada, que había iluminado los ojos de Gópner con la pasión tardía de una descarnada inteligencia.

Dvánov recordó sus precedentes encuentros con él. En tiempos solían conversar mucho acerca de la construcción de esclusas en el río Polni Aidar, que bordeaba la ciudad, y habían fumado hojas de mazorca de la bolsa de tabaco de Gópner; no hablaban movidos fundamentalmente por el bien social, sino por un exceso de entusiasmo de ambos, un entusiasmo del que las gentes no suelen saber sacar provecho.

El orador estaba utilizando en aquel momento palabras menudas y sencillas, y el sonido de cada una de ellas contenía el movimiento del sentido; el discurso del que hablaba encerraba un invisible respeto por el hombre, y temor a la concurrencia de la razón de éste, por lo que el oyente obtenía la sensación de que también él era inteligente.

Un miembro del partido sentado junto a Dvánov se dirigió al auditorio en tono de indiferencia:

—¡No hay estopa para la limpieza, por eso estamos recogiendo bardanas...!

La electricidad se debilitó hasta convertirse en un punto rojo: era que la dinamo de la central seguía girando por inercia. Todos los hombres miraron hacia lo alto. Poco a poco la electricidad acabó apagándose del todo.

—¡Vaya faena! —dijo alguien en la oscuridad. En medio del silencio reinante podía oírse el ruido que hacía una telegrafo sobre el empedrado, y el llanto de un niño en la lejana habitación del guarda.

Fufáiev le preguntó a Dvánov qué significaba el trueque de mercancías con los campesinos en los límites del mercado local, acerca de lo cual estaba informando el secretario. Pero Dvánov no lo sabía. Ni tampoco Gópner.

—Espera un poco —le dijo a Fufáiev—, que si en la central logran reparar la correa te lo explicará el que está informando.

La electricidad volvió a prender: los de la central eléctrica estaban acostumbrados a reparar las averías casi hasta con las máquinas en marcha.

—La libertad de comercio —prosiguió el informante— es para el poder soviético como el pasto que pondrá un parche a nuestra ruina, hasta en las partes más indecentes...

—¿Comprendes? —le preguntó Fufáiev a Gópner en voz baja—. Hay que apretarle las tuercas a la burguesía local: que también es material reciclable...

—¡Claro! —comprendió por fin Gópner, cuyo rostro se había ennegrecido como consecuencia de la oculta debilidad.

El orador se interrumpió:

—¿Qué haces gruñendo como un animal, Gópner? No te precipites a darme la razón, que ni yo mismo lo tengo todo claro. No trato de convencerlos, lo que quiero es vuestra opinión: yo no soy el más listo...

—¡Eres como los demás! —le definió Gópner con voz fuerte pero benévolas—. ¡Si resulta que eres más tonto que los demás, tendremos que elegir a otro, maldita sea!

La asamblea rió satisfecha. En aquel periodo no había ningún grupo definido de gente destacada; en cambio, cada uno sentía su propio nombre y su propia importancia.

—Deja de tirar del ovillo y vete dejándolo en nada —volvió a aconsejar Gópner al orador sin ponerse en pie.

Desde el techo se desprendían sucias gotas de agua. Por algún pequeño desperfecto del granero penetraba el agua turbia. Fufáiev pensaba en la absurda muerte por tifus de su hijo: los cordones de protección impedían que el pan llegara a la ciudad, pero dejaba que pulularan los piojos bien cebados.

Gópner se puso de repente de color verdáceo, apretó sus secos labios rodeados de cabello y se levantó de la silla.

—¡Me encuentro mal, Sasha! —le dijo a Dvánov, y se dirigió hacia la puerta tapándose la boca con la mano. Dvánov le siguió. Gópner se detuvo en la calle y apoyó la cabeza contra el frío muro de ladrillo.

—Vete, Sasha —le dijo Gópner sintiéndose avergonzado por algún motivo—. Se me va a pasar enseguida.

Dvánov se quedó en el sitio. Gópner vomitó un negro alimento sin digerir, pero muy escaso.

Gópner se limpió los ralos bigotes con un pañuelo rojo.

—He estado un montón de años casi sin probar bocado, y nunca me ha pasado nada —dijo Gópner turbado—. Y hoy me he comido tres galletas de golpe: es la falta de costumbre...

Se sentaron juntos a la entrada de la casa. La ventana de la sala estaba abierta de par en par para que pasara el aire, y todo lo que se hablaba se oía nítidamente. La única que guardaba silencio era la noche, que transportaba con mimo sus floridas estrellas por encima de los vacíos y sombríos lugares de la tierra. Frente al sóviet de la ciudad se hallaba el establo del cuerpo de bomberos; la atalaya se había quemado hacía dos años. Así que el bombero de guardia se paseaba por el tejado del sóviet y vigilaba la ciudad desde allí. Se aburría, cantaba y hacía retumbar sus botas contra el hierro. Un poco más tarde Dvánov y Gópner dejaron de oír al bombero, que se había callado: probablemente el discurso de la sala le llevaba también a él.

El secretario del comité provincial comentaba en ese momento que los encargados de la confiscación de los alimentos eran camaradas sentenciados, y que la bandera roja se estaba utilizando sobre todo para envolver ataúdes.

El bombero dejó de escuchar y prosiguió su canción:

Los *lapti* caminaban por el campo  
Vacíos los despedían los hombres...

—¿Qué es lo que canta ese maldito? —dijo Gópner, y prestó atención—. Canta lo que se le ocurre para no pensar... De todas formas, las cañerías del agua están rotas: no sé para qué queremos los bomberos.

En ese instante, el bombero observaba la ciudad iluminada por las solitarias estrellas y se preguntaba: ¿Qué sucedería si toda la ciudad se incendiara de golpe? La tierra desnuda que dejaría la ciudad iría a parar entonces a manos de los campesinos, que la explotarían; el cuerpo de bomberos se convertiría en milicia rural y el trabajo allí sería más cómodo.

Dvánov oyó detrás de él lentos pasos de un hombre que descendía por la escalera. Como no sabía reflexionar en silencio, musitaba sus pensamientos. No podía pensar en el oscuro interior de su cabeza y necesitaba traducir antes a palabras su desasosiego mental; sólo después de oír la palabra podía sentirla con claridad. Probablemente, también leía los libros en voz alta para que los misteriosos signos muertos se transformaran en objetos sonoros y así poder percibirlos.

—¡Fíjate! —se decía con convicción a sí mismo, y escuchándose atentamente—. Como si no lo supiéramos sin que lo dijera él: ¡comercio, circulación de mercancías e impuestos! Igual que antes: ¡el comercio avanzaba a través de todos los escalones, el mujik engañaba en la requisita, y se recogían los impuestos! ¡Tengo razón o soy un idiota...?

De vez en cuando el hombre se detenía en un peldaño y se formulaba objeciones a sí mismo:

—¡Sí, eres un idiota! ¿Crees que Lenin es más tonto que tú? ¡No me digas!

Estaba claro que el hombre se atormentaba. El bombero empezó a cantar de nuevo en el tejado sin enterarse de lo que estaba sucediendo debajo de él.

—¡No se sabe qué nueva política económica! —seguía asombrándose en voz baja el hombre—. ¡Lo único que han hecho ha sido darle al comunismo un nombre para gente de la calle! ¡También yo en lenguaje familiar soy un chevengurenzo, y me aguento!

El hombre llegó hasta donde estaban Dvánov y Gópner y les preguntó:

—Decidme, por favor: el comunismo está saliendo dentro de mí como una fuerza de la naturaleza, ¿puedo frenarlo con la política o no debo hacerlo?

—No debes —le dijo Dvánov.

—Bueno, pues si no debo, ¿a qué dudar? —se respondió a sí mismo, tranquilizadoramente, el hombre, y sacó del bolsillo una pizca de tabaco. Era de estatura pequeña, vestía la ropa de trabajo habitual de los comunistas —un capote heredado de un soldado desertor de la guerra zarista— y lucía en el rostro una nariz débil.

Dvánov reconoció al comunista que sentado delante de él no paraba de murmurar durante la reunión.

—¿De dónde sales así como eres? —le preguntó Gópner.

—Del comunismo. ¿Has oído hablar de ese lugar? —respondió el recién llegado.

—¿Quieres decir que hay una aldea que se llama así en memoria del porvenir o qué?

El hombre se alegró de tener algo que contar.

—Qué aldea ni que ocho cuartos, tú no eres miembro del Partido? Hay un sitio así: es nada menos un centro provincial. Antiguamente se llamaba Chevengur. Hasta ahora yo he sido allí el presidente del comité revolucionario.

—¿Chevengur está cerca de Novosílovsk? —preguntó Dvánov.

—Claro que está cerca. Solo que allí vive gente rara y no viene a vernos; en Chevengur es el fin de todo.

—¿El fin de qué? —preguntó desconfiado Gópner.

—Pues de la historia universal: ¿qué necesidad tenemos de ella?

Ni Gópner ni Dvánov preguntaron nada más. El bombero hacía tronar rítmicamente la pendiente del tejado observando la ciudad con ojos soñolientos. Había dejado de cantar. Poco después también dejó de oírsele por completo —probablemente se había ido a dormir a la buhardilla. Pero aquella noche el bombero negligente fue sorprendido por uno de sus superiores. Los tres interlocutores vieron detenerse delante de ellos a un hombre de aspecto normal que comenzó a gritar desde el pavimento en dirección al tejado:

—¡Raspópov! ¡Vigía! Le habla el inspector del cuerpo de bomberos. ¿Hay alguien en la atalaya!

En el tejado reinaba el más profundo silencio.

—¡Raspópov!

El inspector, desesperado, trepó al tejado.

La noche hacía susurrar suavemente las hojas jóvenes, el aire y el raspante crecer de las yerbas en el suelo. Dvánov cerró los ojos y creyó percibir que en alguna parte, monótona e incesantemente, se quejaba el agua al desaparecer bajo tierra por algún embudo. El presidente del comité ejecutivo del distrito de Chevengur aspiraba tabaco e intentaba estornudar. De la reunión no salía sonido alguno: debía de ser que los reunidos estaban pensando.

—¡Cuántas estrellas interesantes hay en el cielo! —dijo—, pero no hay ninguna comunicación con ellas.

El inspector del cuerpo de bomberos hizo descender del tejado al vigía de turno. Este acudió al castigo con piernas dóciles, que ya se habían enfriado con el sueño.

—Pasará un mes de trabajos forzados —dijo el inspector con sangre fría .

—Si me mandan, tendré que ir —admitió el culpable—. Me da lo mismo: la ración es igual, pero en el trabajo se cumple el código.

Gópner se puso en pie para dirigirse a su casa —sentía enfermo todo su cuerpo. El Presidente de Chevengur aspiró tabaco por última vez y dijo con sinceridad:

—¡Hay, amigos, qué bien se vive ahora en Chevengur!

Dvánov notó que echaba de menos a Kopionkin, el lejano camarada que estaría en aquel momento sin dormir en alguna parte de la oscura estepa.

Y precisamente en aquel instante Kopionkin se hallaba en el porche del sóviet de la aldea de Chernovka y recitaba bajito un verso dedicado a Rosa que él mismo había compuesto en los últimos días. Por encima de él colgaban las estrellas dispuestas a desprenderse gota a gota sobre su cabeza, y a partir del último seto situado a la salida de la aldea se extendía la tierra socialista: la patria de los futuros y desconocidos pueblos. Fuerza Proletaria y el trotón de Dvánov rumiaban paja rítmicamente, puesta su confianza, para todo lo demás, en la valentía y la inteligencia del ser humano.

Dvánov también se puso en pie y tendió la mano al Presidente de Chevengur:

—¿Cuál es su apellido?

El habitante de Chevengur no logró concentrarse en un primer momento debido al cúmulo de pensamientos que se agitaban en su interior.

—Vente a trabajar conmigo, camarada —dijo—. ¡En nuestro Chevengur se está ahora a las mil maravillas...! ¡La luna brilla en el cielo, bajo ella una inmensa región laboriosa, y todo Chevengur está en el comunismo como pez en el agua! No nos falta más que una cosa: la gloria...

Gópner le paró los pies enseguida al fanfarrón:

—¿De qué luna hablas, maldita sea? La luna estaba hace una semana en su último cuarto...

—Ha sido el entusiasmo —reconoció el chevengureño—. En nuestra aldea aún estamos mejor cuando no hay luna: tenemos lámparas con pantallas, y las encendemos.

Los tres hombres se pusieron en marcha juntos; caminaban por la calle, acompañados por los preocupados trinos de los pajaritos de los jardines, que presentían la luz que venía desde el este. Conviene pasar alguna noche en vela de vez en cuando: en esas noches, a Dvánov se le mostraba la invisible mitad del mundo fresco y sin viento.

A Dvánov le había gustado la palabra Chevengur. Aunque ya antes había oído hablar de aquel pequeño distrito, le recordaba el sordo y atractivo latir de un país desconocido. Sabedor de que el chevengureño iba, de camino, a pasar por Kalitvá, le pidió que fuera a Chernovka a ver a Kopionkin, y que le dijera que no le esperara, que siguiera su propio camino. Dvánov quería volver a estudiar y concluir los cursos de la escuela politécnica.

—No hay ningún problema —aceptó el chevengureño—. Después del comunismo sintió curiosidad por conocer a gente aislada.

—¡No dice más que sandeces! —se indignó Gópner—. Hay ruina por todas partes, y sólo él tiene luz bajo una pantalla.

Dvánov apoyó un papel contra la valla y le escribió una carta a Kopionkin.

«Querido camarada Kopionkin! No hay nada especial. La política es ahora distinta, pero correcta. Dale mi trotón a algún campesino pobre y tú dirígete a ...»

Dvánov se detuvo: ¿Adónde podría ir y establecerse durante un tiempo Kopionkin?

—¿Cuál es su apellido? —preguntó Dvánov al chevengureño.

—El mío? Chepurni. Pero pon el Japonés: toda la región me conoce por el Japonés.

«Dirígete a la aldea del Japonés. Dice que tiene ahí el socialismo. Si eso es verdad escríbeme diciéndomelo. De todas formas yo ya no volveré, aunque no quiero separarme de ti. Ni yo mismo sé aún qué es lo mejor para mí. No os olvidaré ni a ti ni a Rosa Luxemburgo. Tu compañero de armas, Alexandre Dvánov.»

Chepurni cogió el papel y lo leyó rápidamente.

—Has escrito un galimatías —dijo—. Tienes débil el sentimiento de la cabeza.

Los tres se despidieron y se marcharon cada uno por su lado: Gópner y Dvánov hacia los arrabales de la ciudad, y el chevengureño hacia la posada.

—¿Bueno, qué tal? —le preguntó en casa Zajar Pávlovich a Dvánov.

Alexandr le contó lo de la nueva política económica.

—¡Es un asunto fastidiado! —concluyó su padre, tumbado en la cama—. Lo que no madura a su tiempo se siembra en vano... Cuando estaban tomando el poder prometieron bienestar a todo el globo terráqueo para el día de mañana, y ahora, según me cuentas, las condiciones objetivas no permiten avanzar... A los popes tampoco les dejaba llegar Satanás al paraíso...

Cuando Gópner llegó a su casa se le habían pasado todos los dolores.

«¿Qué es lo que quiero realmente? —se preguntaba—. Mi padre quería llegar a ver a Dios en persona, y lo que yo deseo, maldita sea, es un lugar vacío en el que poder empezar todo desde el principio y según mi propia idea...»

Gópner no echaba tanto de menos la alegría como la precisión.

En lo que respectaba a Chepurni, éste no anhelaba nada: en Chevengur, su ciudad, tanto el bienestar de la existencia, como la precisión de la verdad y la amargura de la vida sur-

gían y se sucedían por sí solos según la necesidad. En la posada dio yerba a su caballo para que comiera, y se tumbó en la telega a descabezar un sueño.

«Me quedaré con el trotón de Kopionkin para el carro —decidió él de antemano—. ¡Para qué entregarlo a un campesino pobre que ya tendrá privilegios de sobras? ¡Ni hablar!»

Por la mañana, el patio de la posada se llenó de telegas de campesinos que acudían al mercado.

Traían un poco de todo: algunos un *pud* de miجو, otros cinco cántaros de leche, para no sentir pena si se los confiscaban. Pero a la entrada de la ciudad no se habían topado con el destacamento de control, por lo que los campesinos esperaban que hicieran una batida en la ciudad misma. La redada, sin embargo, tardaba en producirse, y los campesinos permanecían sentados, melancólicamente, sobre sus mercancías.

—¿Ahora no confiscan? —preguntó Chepurni a los campesinos.

—No nos han tocado: y no sabemos si alegrarnos o afligirnos.

—¿Y eso?

—¡Mejor que lo confisquen, no sea que suceda algo peor! De todas formas, gratis no nos va a dejar vivir este poder.

«Vaya lo que le preocupa! —se percató Chepurni—. ¡Debería acusarles públicamente de pequeños terratenientes, azuzar contra ellos a los pobres y que se liquidara en veinticuatro horas toda esta peste de burguesía campesina!»

—¡Dame de fumar! —le pidió el mismo campesino de edad avanzada.

Chepurni le miró de reojo con ojos extraños.

—Tienes casa y pides limosna como un necesitado...

El campesino comprendió, pero ocultó su resentimiento.

—Pero si con el plan de distribución nos han requisado todo: si no, yo mismo tendría para llenarme la petaquita.

—¡Sí, claro! —dudó Chepurnik—. Tú más que llenar vaciarías: ¡eso sí!

El campesino vio un clavete en el suelo, descendió de su telega y se metió aquél en la caña de la bota.

—Depende —informó en tono tranquilo—. Los periódicos escriben que al camarada Lenin ha empezado a gustarle que se controlen las cosas: así que si una mano desechada deja caer algo al suelo, uno puede cogerla y meterla en su saco.

—¿Así que tú también vives con el saco a cuestas? —le preguntó directamente Chepurni.

—¡Y qué vas hacer! Como un poco, y luego me aprieto el cinturón. En cambio tú derrochas, y nadie va recogiéndolo detrás de ti. También nosotros tenemos nuestra dignidad, paisano, ¿por qué me ofendes sin motivo?

Chepurni, que se había dotado en Chevengur de una inteligencia superior, calló. A pesar de desempeñar el cargo de presidente del comité revolucionario, Chepurni no hacía ostentación del mismo. A veces, cuando se hallaba sentado en la soledad de su despacho, le pasaba por la cabeza la compasiva idea de que todas las gentes que vivían en las aldeas se parecían entre sí, que ni ellas mismas sabían cómo seguir viviendo, y que si se les dejaba a su aire morirían todos; por eso el distrito entero necesitaba de su inteligente solicitud. Pero después de haber recorrido todo el distrito había llegado al convencimiento de que cada ciudadano tenía su propia cabeza, y hacía tiempo había suprimido las ayudas administrativas a la población. Su interlocutor entrado en años había vuelto a confirmar a Chepurni la sencilla sensación de que el ser humano hace el aprendizaje de su destino ya en el vientre de su madre y no necesita vigilancia.

Al salir de la posada el ayudante del dueño paró a Chepurni y le pidió el dinero del alojamiento. Pero éste no tenía ni podía tener dinero: en Chevengur no había presupuesto, lo que llenaba de gozo a la administración de la provincia que daba por supuesto que la vida transcurría allí sobre los sanos cimientos de la autosuficiencia económica; y en lo que respectaba a los habitantes, éstos hacía tiempo que preferían la vida feliz a cualquier trabajo, levantar construcciones o arreglos mutuos de cuentas, cosas a las que se suele sacrificar el camaraderil cuerpo del ser humano, que sólo vive una vez.

No tenía con qué pagar el alojamiento.

—Coge lo que quieras —dijo el de Chevengur al ayudante—. Soy un comunista desnudo.

El mismo mujik que había tenido sus más y sus menos con el de Chevengur se acercó al oír la conversación.

—Según la tarifa, ¿cuánto debe? —preguntó.

—Si no ha dormido dentro, un millón —determinó el ayudante.

El campesino se volvió de espaldas, y se soltó del cuello un pequeño talego de piel que ocultaba bajo la camisa.

—Aquí tienes, joven, y déjale ir —dijo el que había sido interlocutor del de Chevengur, entregando el dinero.

—Yo no soy más que un mandado —se disculpó el ayudante—. Antes le sacaré el alma a palos al que sea, que dejar que salga gratis de aquí.

—Es razonable —admitió tranquilamente el campesino—. Esto no es la estepa, es un establecimiento: tan tranquilo para la gente como para los animales.

Al abandonar la ciudad Chepurni se sintió más libre y más inteligente. Ante él se había abierto de nuevo al tranquilizador espacio. Al de Chevengur no le gustaban los bosques, ni los montículos, ni las casas: prefería el regular y convexo vientre de la tierra, frente al cielo, que aspiraba el viento y se encogía bajo el peso del caminante.

Cuando escuchaba al secretario del comité revolucionario leer en voz alta las órdenes, los cuadros, las preguntas para establecer los planes y demás material estatal enviado de la provincia, Chepurni siempre decía lo mismo: «¡Política!»; y sonreía pensativo, sin entender en el fondo ni una palabra. Pasado un tiempo, el secretario dejó de leer los materiales, y resolvía todos los asuntos prescindiendo de la dirección de Chepurni.

Al de Chevengur lo transportaba ahora un caballo negro de blanco vientre, de dueño desconocido. Chepurni lo había visto por primera vez en la plaza de la ciudad devorando las plantaciones del futuro parque, se lo había llevado a la posa, lo había enganchado a un carro y había partido. El hecho de que el caballo no fuera de nadie hacía que el de Chevengur lo quisiera más: no había quien lo cuidara, salvo el primer ciudadano que se acercara. Eso era lo que sucedía con todo el ganado del distrito de Chevengur, lo que hacía que los ani-

males tuvieran un magnífico aspecto de bien alimentados y cuerpos de redondas curvas.

El camino atrapó a Chepurni durante largo rato. Cantó todas las canciones que recordaba de memoria, quiso pensar en algo pero no tenía nada en qué pensar: todo estaba claro y lo único que había que hacer era actuar: seguir girando como fuera, y hacer sufrir un poco la feliz vida de uno para evitar que se convirtiera en demasiado buena. Pero yendo en la telega era difícil agotarse. El de Chevengur saltó del carro y se puso a correr junto al caballo, que desprendía el calor de una respiración fatigada. Tras cansarse de correr saltó al lomo del caballo, mientras la vacía telega seguía detrás ruidosamente. Chepurnik se volvió y miró la telega: le pareció mala e incorrectamente organizada: era demasiado pesada para el desplazamiento.

—¡Sooo! —le dijo al caballo, y desenganchó inmediatamente la telega—. No pienso despilfarrar por un peso muerto la vida viva de un caballo. ¡Ni hablar!

Le quitó los arneses al animal, y cabalgó a lomos del liberado caballo; la telega bajó las varas y se recostó en espera de lo que decidiera el primer campesino que pasara.

«¡La sangre corre ahora por mis venas y por las del caballo! —pensaba gratuitamente Chepurni, mientras galopaba, privado de su propio esfuerzo—. Necesitaré el trotón de Kopiankin con riendas, ya no me hace falta caballo de tiro de refuerzo.»

Al atardecer alcanzó una minúscula aldea esteparia, tan despoblada como si allí la gente hubiera puesto a reposar sus huesos para morir. El cielo vespertino parecía la continuación de la estepa, y el animal que cabalgaba el de Chevengur miraba el infinito horizonte como terrible destino de sus fatigadas patas.

El de Chevengur llamó a la puerta de una pacífica *jata*. Un viejo salió por la puerta trasera y se asomó por encima del seto.

—Abre los portones —dijo Chepurnik—. ¿Tienes pan y paja?

El viejo guardaba silencio, pero sin temor, mientras estudiaba al jinete con ojos sensibles y experimentados. Chepur-

ni tuvo que saltar el seto y abrir él mismo los portones. El hambriento caballo comenzó enseguida a devorar las yerbitas, apaciguadas para la noche, que crecían junto al cobertizo. Sorprendido sin duda el viejo por la desenvoltura del huésped, se dejó caer sentado sobre un pequeño roble talado como si fuera un hombre extraño a la casa. Nadie recibió al de Chevengur dentro de la isba; olía allí a la limpieza propia de una vejez seca, de esa que ya no transpira ni mancha las cosas con las huellas de su agitado cuerpo; encontró enseguida un trozo de pan hecho con cáscaras de mijo y yerbas desmenuzadas, dejó la mitad al viejo y se comió el resto haciendo un esfuerzo.

Al llegar la noche, el viejo entró en la isba. Chepurni estaba reuniendo las briznas de tabaco de su bolsillo para aspirarlo y entretener la espera hasta la hora del sueño.

—Tu caballo está ajetreándose allí —le dijo el viejo—. Así que le he dado un poco de renadío... Me quedaba un manojo del año pasado, le vendrá bien...

El viejo hablaba con voz vacía de pensamiento, distraída, como si su propio peso le gravitara sobre el alma. Chepurni se puso en guardia.

—¿Está lejos de aquí Kalitvá, viejo?

—Lejos o no —le respondió el viejo— te es más cerca ir allí que quedarte aquí...

El de Chevengur echó una rápida mirada a la habitación y descubrió un gran *ujval*<sup>31</sup> junto al horno: no llevaba consigo revolver por pensar que la revolución ya se había transformado en paz.

—Dime, ¿quién está en la aldea? ¿No serán los bandidos?

—¡Dos liebres son capaces de liquidar a un lobo para salvarse de la muerte, hijo! La gente está ahora muy triste, y nuestra aldea está en medio del camino: cualquiera puede saquearla fácilmente... Por eso los mujiks se esconden con sus familias en barrancos y escondrijos lejanos, y si alguno vuelve por aquí se le prohíbe vivir...

La noche había hecho que el cielo cubierto de nubarrones, sin salida, descendiera muy bajo. Chepurni salió de la aldea

a la segura oscuridad de la estepa, y su caballo se encaminó por su cuenta, oliendo el camino, hacia la lejanía. Un pesado calor se evaporaba de la tierra en forma de nubes espesas, y el de Chevengur, a fuerza de aspirarlo, se durmió abrazado al cuello del caballo que cabalgaba al paso.

La persona a la que iba a ver se hallaba aquella noche sentada ante la mesa del sóviet de Chernovka. Sobre la mesa había una lámpara encendida que iluminaba la inmensa oscuridad del otro lado de las ventanas. Kopionkin exponía a tres campesinos que el socialismo era el agua en la estepa alta, donde se estaban perdiendo unas magníficas tierras.

—Eso ya lo sabemos desde que éramos niños, Stepán Efriémich —convenían los campesinos, que estaban contentos de poder charlar porque no tenían sueño—. Tú no eres de aquí, pero has comprendido enseguida qué es lo que necesitamos, ¿quién te ha aconsejado tan bien? Pero ¿qué ganaremos a cambio de poner en pie ese socialismo gratis para el Poder Soviético? Y es que habrá que meter mucho trabajo, ¿tú que dices?

Kopionkin sentía que no estuviera Dvánov con él, porque él les habría demostrado el socialismo a golpe de pensamiento.

—¿Cómo que qué vais a ganar? —explicó Kopionkin por sus propios medios—. Tú mismo serás el primero en tener el alma en paz para siempre. Porque, ¿qué es lo que tienes ahora dentro?

—¿Aquí? —el interlocutor hizo una pausa, y miró su pecho tratando de discernir lo que tenía dentro—. Aquí sólo tengo tristeza, Stepán Efriémich, y un lugar negro...

—Eso es, tú mismo lo ves —le indicó Kopionkin.

—El año pasado enterré a mi mujer por lo del cólera —concluyó el ciudadano triste—, y esta primavera el destacamento de abastecimiento se me comió la vaca... Los soldados vivieron en mi *jata* durante dos semanas y se me bebieron toda el agua del pozo. Mis paisanos se acuerdan de eso...

—¡Claro! —confirmaron los dos testigos.

Fuerza Proletaria, el caballo de Kopionkin, había engordado y se había hinchado en esas semanas que había pasado sin cabalgar. Las acumuladas fuerzas y la añoranza de la estepa

<sup>31</sup> Especie de horca metálica para retirar los pucheros del fuego.

hacían que relinchara por las noches. Los campesinos acudían varias veces al día al patio del sóviet de la aldea y alababan a Fuerza Proletaria. Fuerza Proletaria contemplaba sombríamente a sus espectadores, alzaba la cabeza y bostezaba lúgub्रemente. Ante el animal sumido en la melancolía los campesinos retrocedían respetuosamente, y decían después a Kopionkin:

—¡Vaya un caballo que tienes, Stepán Efriémich! ¡No tiene precio, es un verdadero Drabán Ivánich!

Kopionkin hacía tiempo que conocía el valor de su caballo:

—¡Es un animal con espíritu de clase: por conciencia, es más revolucionario que vosotros!

De vez en cuando Fuerza Proletaria se ponía a destruir el cobertizo en donde estaba albergado sin hacer absolutamente nada. Kopionkin salía entonces al porche y le ordenaba escuetamente:

—¡Para, trotamundos!

El caballo se apaciguaba.

Por estar cerca de Fuerza Proletaria al trotón de Dvánov le había salido sarna, se se había cubierto de largos pelos y había comenzado a sobresaltarse hasta con el paso repentino de una golondrina.

—Este caballo necesita el cuidado de un dueño —reflexionaban los que venían a visitar el sóviet de la aldea—. Si no, se va a estropear él solo.

En su función de presidente del sóviet de la aldea, Kopionkin no había encontrado obligaciones que solventar. Al Sóviet acudían campesinos todos los días a charlar; Kopionkin escuchaba tales conversaciones pero casi no participaba en ellas. Su única actividad era montar guardia para proteger a la aldea revolucionaria de las incursiones de los bandidos; pero daba la sensación de que los bandidos se habían esfumado.

En una asamblea anunció definitivamente:

—El poder soviético os ha dado la felicidad, así que utiliadlo sin dejar nada para los enemigos. Sois personas y camaradas, y yo no soy ningún genio, así que dejad de aparecer por el sóviet para solventar vuestras querellas caseras. Mi trabajo está dicho pronto: cortar de raíz la menor tentativa...

Los campesinos respetaban cada día más a Kopionkin porque él no les hablaba ni de tributos, ni de trabajo obligatorio de acarreo; con los documentos que llegaban del comité revolucionario de la comarca no hacía sino apilarlos en espera de que llegara Dvánov. Los campesinos letrados leían de vez en cuando aquellos documentos y aconsejaban a Kopionkin que los destruyera y no cumpliera lo que decían.

—Ahora el poder puede organizarse en cualquier lugar y nadie puede reprocharte nada —le decían—. ¡Has leído la nueva ley, Stepán Efriémich?

—No, ¿por qué? —respondía Kopionkin.

—¡Pues la ha anunciado Lenin en persona! ¡El poder ahora es una fuerza local, y no viene de arriba!

—Entonces la comarca no vale para nada —concluía Kopionkin—. Según la ley habría que tirar todos estos papelitos.

—¡Legalmente sí! —hacían coro los presentes—. Déjanos que los repartamos en lotes para liar cigarrillos.

A Kopionkin le gustaba la nueva ley y preguntaba interesado si el poder soviético podría ser constituido en un lugar abierto, sin edificaciones.

—Se puede —le respondían los pensadores de la asamblea—. Con tal de que haya pobreza cerca, y guardia blanca en algún punto lejano...

Kopionkin se tranquilizó. Aquella noche las conversaciones terminaron hacia las doce: en la lámpara se había acabado el petróleo.

—De la comarca mandan poco petróleo —se quejaban los campesinos, que aún seguían con ganas de hablar, al marcharse—. El Estado nos sirve mal. ¡Mira que mandarnos un frasco entero de tinta que no necesitamos para nada! Más les habría valido enviarnos petróleo o aceite.

Kopionkin salió al patio para contemplar la noche: le gustaba ese fenómeno de la naturaleza y solía observarlo antes de irse a dormir. Al percibir la presencia de su amigo, Fuerza Proletaria comenzó a resoplar suavemente. Kopionkin oyó a su caballo, y de nuevo vio, cual inconsolable pesadumbre, a la menuda mujer.

Ella yacía ahora sola en alguna parte —bajo el desasosiego de la noche primaveral— y tirados en algún cuarto trastero

debían de estar los ahora vacíos zapatos con los que ella había caminado cuando su cuerpo emanaba calor y estaba viva.

—¡Rosa! —dijo Kopionkin con su otra voz, la voz pequeña.

El caballo relinchó en el cobertizo como si acabara de ver el camino y coceó fuertemente con la pata contra el travesaño de la aldaba: estuvo a punto de escaparse hacia los embarrados caminos primaverales y correr oblicuamente hacia el cementerio alemán: la tierra preferida de Kopionkin. La espesa inquietud que languidecía en el interior de Kopionkin bajo el peso de la preocupación por la vigilancia del sóviet de la aldea y de la fidelidad camaraderil hacia Dvánov, salió ahora, silenciosamente, al exterior. El caballo, sabiendo que Kopionkin estaba cerca, comenzó a encabritarse en el cobertizo, haciendo recaer sobre paredes y cerrojos el peso de sus inmensos sentimientos, como si fuera él y no Kopionkin quien estuviera enamorado de Rosa Luxemburgo.

Kopionkin se sintió dominado por los celos.

—Para tí, trotamundos —dijo al caballo, sintiendo dentro de sí una cálida ola de vergüenza. El caballo rezongó y se calló, convirtiendo sus pasiones en un jadeo interior del pecho.

Por el cielo corrían a toda velocidad amenazadoras nubes rotas y negras: eran los restos de una lejana lluvia torrencial. Arriba debía de haber un lúgubre torbellino nocturno, pero abajo todo era paz y silencio, y hasta podía oírse el ir y venir de las gallinas de los vecinos y los chirridos que producían en los setos los movimientos de inofensivos pequeños reptiles.

Kopionkin apoyó su mano contra la pared de arcilla y, al perder su firme voluntad, el corazón se le desmoronó.

—¡Rosa! ¡Rosa, mi Rosa! —se susurró a sí mismo para que no lo oyera el caballo. Pero el caballo miraba con un ojo a través de un rendija y soltaba sobre los tablones un aliento tan seco y ardiente que resquebrajaba la madera. Al ver a Kopionkin inclinado y sin fuerzas, el caballo presionó con su morro y su pecho la pilastra maestra del cobertizo y derribó toda la construcción sobre su grupa. El inesperado y nervioso terror hizo que Fuerza Proletaria bramara como un camello; alzó en el aire con su grupa la oprimente estructura del cobertizo y se lanzó hacia Kopionkin dispuesto a salir disparado, a tragarse el aire con la boca espumante y a olfatear los invisibles caminos.

A Kopionkin se le secaron inmediatamente las lágrimas, y desapareció el aire de su pecho. Sin detenerse a aparejar el caballo, montó de un salto y se sintió invadido por la alegría. Fuerza Proletaria, sin necesidad de coger impulso, voló fuera de la aldea; como no podía saltar debido a su peso, el caballo derrumbaba los setos de las eras y las pequeñas cercas con sus patas delanteras, y las cruzaba después para seguir su camino. Kopionkin se animó como si sólo le faltaran veinticuatro horas de viaje para verse con Rosa Luxemburgo.

—¡Qué bueno es cabalgar! —dijo Kopionkin en voz alta, respirando la humedad de la noche tardía y reconociendo los perfumes de las yerbas que se abrían camino a través de la tierra.

El caballo dejaba el calor de sus fuerzas en las huellas de las pezuñas y se apresuraba a adentrarse en el espacio abierto. La velocidad hacía que Kopionkin sintiera que su corazón iba emergiendo hacia la garganta, y disminuía de peso. Si hubiesen galopado un poco más deprisa Kopionkin se habría puesto a cantar movido por la desbordante felicidad, pero Fuerza Proletaria era de exagerada compleción para una carrera prolongada y pronto hubo de pasar a su habitual trote largo. No podía distinguirse si había o no camino bajo el caballo. Sólo el extremo de la tierra se veía refrescado por la luz, y Fuerza proletaria quería alcanzar aquel lugar lo antes posible imaginando que era allí adonde Kopionkin necesitaba llegar. La estepa proseguía sin interrupción por todas partes y sólo una prolongada y suave pendiente conducía hacia donde el cielo descendía, una pendiente que ningún caballo había podido remontar hasta el final. De las lejanas cañadas situadas a los lados ascendía un húmedo y frío vapor, y también de allí se alzaba en silenciosas columnas el humo de las estufas de las hambrientas aldeas. El vapor y el humo placían a Kopionkin tanto como los desconocidos hombres que habrían descansado tras un sueño reparador.

—¡El gozo de la vida! —repetíase a sí mismo, mientras el frío se le deslizaba por el cuello cual exasperantes migas de pan. En mitad de una franja de luz se hallaba un hombre, lejano pero claramente visible, que se estaba rascando la cabeza con la mano.

—¡Menudo lugar para rascarse! —censuró Kopionkin al

hombre—. Debe de tener algo que hacer allí, al alba y sin dormir en medio del campo. ¡En cuanto le alcance le pido la documentación y le doy un susto al muy canalla!

Pero a Kopionkin le esperaba una decepción: el hombre que se estaba rascando a la luz del alba no tenía siquiera indicios de bolsillos ni de abertura donde pudieran guardarse los imprescindibles documentos. Kopionkin llegó hasta él al cabo de media hora, cuando la luz del sol circulaba ya ruidosamente por todo el cielo. El hombre se hallaba sentado en un montículo ya seco y, esmeradamente, se sacaba con las uñas la suciedad de las grietas de su cuerpo, como si no existiera en la tierra agua con que bañarse.

«¡¿Cómo se puede llegar a organizar a semejantes diablos?!» —dijo para sí Kopionkin, y no le pidió la documentación, recordando que tampoco él contaba con papel alguno salvo el retrato de Rosa Luxemburgo que llevaba cosido entre el forro y la tela de su gorro.

En la revuelta niebla del suspirante suelo había además un caballo, que permanecía inmóvil. Tenía las patas demasiado cortas como para que Kopionkin pudiera creer que el caballo estaba vivo y era de verdad; un hombre pequeño se agarraba sin fuerza al cuello del animal. Con retumbante éxtasis de bravura, Kopionkin lanzó el grito de «¡Rosa!, y Fuerza Proletaria, con ligereza y rapidez, lanzó a la carrera por el barro su poderoso cuerpo. Resultó que el lugar en que permanecía inmóvil el patíctico caballo había sido en tiempos caudaloso estanque, ahora desparecido, y las patas del animal se habían sumergido en la capa de fango. El hombre que estaba a lomos del caballo dormía profundamente abrazado, con abnegación, al cuello de su caballo como si del cuerpo de una amiga fiel y sensible se tratara. El caballo realmente no dormía y miraba confiadamente a Kopionkin, sin esperar nada malo de él. El hombre dormido respiraba arítmicamente y soltaba de vez en cuando una alegre carcajada desde la profundidad de su garganta: debía de estar participando en aquel momento en felices sueños. Kopionkin examinó de arriba abajo al hombre y no detectó en él trazas de enemigo: el capote que llevaba era demasiado largo, y el rostro, hasta soñando, se mostraba propicio a la hazaña revolucionaria y a la dulzura de la vida colectiva universal. El que dormía no

poseía una belleza especial; tan sólo la pulsación del corazón en las venas del delgado cuello hacía pensar que se trataba de un hombre bondadoso, indigente y compasivo. Kopionkin le quitó el gorro y miró el forro del mismo, que llevaba una vieja etiqueta manchada de grasiendo sudor: «G. G. Breyer, Lódz.»

Kopionkin volvió a colocar el gorro sobre la dormida que cabeza, que desconocía por completo qué capitalista había fabricado el artículo que llevaba encima.

—¡Eh! —dijo Kopionkin dirigiéndose al dormido, que dejó inmediatamente de sonreír y se tornó más serio—. ¿Por qué no te buscas otro gorro que no sea burgués?

El hombre se iba despertando lentamente, finalizando de prisa sus atractivos sueños en los que había visto los barrancos de su patria chica, repletos de gente en feliz estrechez —se trataba de personas a quienes el hombre dormido conocía y que habían muerto en la miseria del trabajo.

—En Chevengur te harán enseguida un gorro —dijo el que ya se había despertado. Saca con una cuerda la medida de tu cabeza.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Kopionkin con fría indiferencia, acostumbrado a todo tipo de gente.

—Vivo cerca de aquí, soy el Japonés de Chevengur y miembro del partido. He venido por aquí para ver al camarada Kopionkin y cogerle el trotón; pero el caballo se ha quedado sin fuerzas y yo me he dormido sobre la marcha.

—¡Qué miembro de partido ni qué diablos! —respondió Kopionkin—. Lo que tú quieras es el trotón de otro y no el comunismo.

—No es verdad, no es verdad, camarada —se ofendió Chepurni—. Cómo iba a atreverme a llevarme el trotón antes del comunismo. Nosotros ya tenemos el comunismo, pero con pocos trotones.

Kopionkin miró al sol naciente: un disco tan enorme y ardiente que, sin embargo, se desplazaba con gran facilidad hacia el mediodía: lo que significaba que, en general, las cosas no eran en la vida tan difíciles ni desastrosas.

—O sea que ya has construido el comunismo?

—¡Desde luego! —exclamó el de Chevengur en tono ofendido.

—Eso quiere decir que sólo os faltan gorros y trotones, y que de lo demás tenéis en abundancia?

Chepurni no pudo ocultar su frenético amor por Chevengur: se quitó el gorro y lo arrojó al lodo; sacó a continuación la nota de Dvánov relativa a la entrega del trotón y la rompió en cuatro pedazos.

—No, camarada, Chevengur no está acaparando bienes, los está destruyendo. Los hombres que viven allí son colectivos y maravillosos, desde luego que no tienen cómodas en sus cuartos, y son encantadores los unos con los otros. Y lo del trotón no importa nada: acabo de estar en la ciudad: en el sóviet de la ciudad he agarrado un prejuicio, y en la posada piojos ajenos. ¿Qué se puede hacer, dime?

—Enséñame entonces Chevengur —dijo Kopionkin—. ¿Tenéis allí algún monumento a la camarada Rosa Luxemburgo? ¡Seguro que ni se os ha pasado por la cabeza, lacayos!

—¡Cómo que no! Claro que lo hay: está en una localidad rural, hecho de piedra natural. Allí mismo, también, el camarada Liebnecht, de cuerpo entero, está dirigiéndose a las masas... A ellos nos los inventamos especialmente. ¡Si alguien más muere, tampoco lo dejaremos escapar!

—¿Y qué piensas tú: el camarada Liebnecht era para Rosa lo que un hombre para una mujer, o eso sólo me lo parece a mí? —preguntó Kopionkin.

—Esto te lo parece a ti —tranquilizó a Kopionkin el de Chevengur—. ¡Los dos eran personas responsables! No tenían tiempo: mientras piensa la gente no puede querer. ¿O crees que eran como tú o como yo? ¡Pero hombre!

Rosa Luxemburgo se le hizo a Kopionkin aún más querida; y dentro de sí, su corazón sintió el latir de una inagotable atracción por el socialismo.

—Cuéntame lo que hay en tu Chevengur: ¿Reina el socialismo en las mesetas o sólo se han dado pasos hacia él?

Kopionkin preguntaba ya con voz distinta, como pregunta a un hijo al hermano reencontrado tras cinco años de separación por si la madre vive todavía, teniendo la convicción de que la viejecita habría muerto.

Viviendo en el socialismo, Chepurni hacía tiempo que

había perdido el hábito a la dolorosa inquietud por los desprotegidos y la gente amada: en Chevengur se había desmovilizado al tiempo a la sociedad y al ejército zarista, porque nadie quería desperdiciar su cuerpo para el invisible bien colectivo, cada uno quería ver que su vida le era devuelta por gente cercana y camaraderil.

El de Chevengur aspiró tranquilamente su tabaco, y sólo después se afligió:

—¿Por qué me haces reproches a cuenta de las mesetas? ¿Y a quién crees que le han tocado las cañas, a los terratenientes? En Chevengur hay socialismo por todas partes: ¡Cualquier altozano es un bien internacional! ¡La vida en nuestra aldea es de gran superioridad!

—¿Y de quién es el ganado? —le preguntó Kopionkin, sintiendo pena con toda la almacenada fuerza de su cuerpo por no haberles tocado a Dvánov y a él constituir el luminoso mundo a orillas del camino que llevaba hasta Rosa, sino precisamente a aquel hombrecillo.

—El ganado, igualmente, lo vamos a soltar pronto a la naturaleza —respondió el de Chevengur—. El ganado es también casi humano: sólo que a causa de la opresión secular los animales se han quedó más atrás que el hombre. ¡Pero también tienen ganas de ser hombres!

Kopionkin acarició con la mano a Fuerza Proletaria, sintiendo que él y su caballo eran iguales. Ya lo sabía con anterioridad, sólo que la fuerza de su pensamiento era menor que la del de Chevengur; a Kopionkin se le quedaban sin expresar muchos sentimientos, que se le convertían en angustia.

Desde el otro lado de un fractura de la estepa, en el corte entre el cielo y la tierra aparecieron unas telegas que comenzaron a desplazarse en dirección transversal a la mirada de Kopionkin, que transportaban a menudos campesinos a ras de las nubes. Las telegas levantaban polvo: eso significaba que allí no había llovido.

—¡Entonces vámonos a tu tierra! —dijo Kopionkin—. ¡Véamos los hechos!

—Vamos —asintió Chepurni—. ¡Y echo de menos a mi Klava!

—¿Quién es, tu esposa o qué?

—Nosotros no tenemos esposas: sólo nos quedan compañeras de armas.

\*

Las nieblas, como sueños, iban muriendo bajo la penetrante mirada del sol. Y ahí donde por la noche se tenía miedo, aparecían, iluminados y pobres, simples espacios. La tierra dormía desnuda y dolorosa como una madre a la que se le hubiera deslizado la manta. Por encima del río de la estepa, de cuya agua bebía la gente de paso, todavía colgaba la oscuridad en silencioso delirio, y los peces, en espera de la luz, nadaban por la superficie misma del agua con desorbitados ojos.

De ahí a Chevengur restaban todavía unas cinco verstas, pero ya se descubrían vistas aéreas sobre las tierras sin labrar de Chevengur, sobre la humedad del pequeño río provinciano, sobre todos los lugares tristes y bajos en donde vivía la gente del país. Por la húmeda cañada caminaba el indigente Firs; había oído decir en los últimos lugares en que había dormido al raso que había aparecido en la estepa un lugar libre en el que vivía gente errante, y en donde daban de comer a todo el que se presentaba. En su largo errar durante toda su vida Firs había caminado por el agua o por la tierra húmeda. Le gustaba el agua corriente, le estimulaba y exigía algo de él. Pero Firs no sabía qué era lo que quería el agua y por qué la necesitaba él, y se limitaba a elegir los lugares en los que había agua y tierra en mayor cantidad; mojaba allí sus *lapti* y, por la noche, antes de dormir, se pasaba mucho rato escuchando las vendas de sus piernas para palpar el agua con los dedos y volver a seguir con la mirada su débil fluir. Se sentaba cerca de los arroyos y de las cascadas y escuchaba los vivos torrentes, tranquilizándose por completo y viniéndole ganas de tumbarse en el agua y pasar a formar parte del desconocido arroyo campestre. Ese día había pernoctado en la orilla del cauce del río y se había pasado la noche escuchando el cantar de las aguas; por la mañana se había deslizado hacia abajo y había pegado su cuerpo a la cautivadora hume-

dad, logrando así ponerse en paz consigo mismo antes de llegar a Chevengur.

Por delante de Firs, en medio de la llanura que se había quedado silenciosa, en la matutina y cortante transparencia, se divisaba una pequeña ciudad. La cáustica frescura del aire y la oposición del sol hacían que al hombre ya mayor que contemplaba aquella ciudad le lloraran sus bondadosos ojos; no sólo eran bondadosos sus ojos, sino que todo su rostro era apacible, cordial y pulcro por naturaleza. Era de edad avanzada. Portaba una barbita casi blanca en la que nunca había habido liendres —que habitán en todos los viejos—, y caminaba a paso mediano hacia el útil objetivo de su vida. Los que habían acompañado a aquel viejo en sus viajes sabían hasta qué punto era oloroso y tierno, y lo agradable que resultaba mantener con él tranquilas y sinceras charlas. Su esposa le llamaba «*batiushka*»<sup>32</sup>, le hablaba en voz baja, y en la relación entre los cónyuges siempre había prevalecido una venerable dulzura. Tal vez por ello no habían tenido hijos y en las habitaciones de su isba reinaba un eterno y seco silencio. Sólo se oía de vez en cuando la pacífica voz de la esposa:

—Alexéievich, batiushka, no me atormentes y ven a comer este don de Dios,

Alexéi Alexéievich comía con tanto cuidado que no se le estroppearon los dientes hasta los cincuenta años, y su boca no exhalaba olor a podrido sino sólo a calor de aliento. Ya en su juventud, cuando sus compañeros se dedicaban a abrazar a las chicas y a descepar bosquecillos de junto a la ciudad acicateados por la misma fuerza insomne de los pocos años, Alexéi Alexéievich había logrado descubrir gracias a su constancia personal que había que masticar los alimentos el mayor tiempo posible, y desde entonces había masticado todo hasta su completa disolución, tarea en la que se le había ido la cuarta parte de su vida diurna. Antes de la revolución Alexéi Alexéievich era miembro de la dirección de la sociedad de Crédito y consejero municipal de su ciudad, que no tenía importancia administrativa y que en aquel momento lindaba con el distrito de Chevengur.

<sup>32</sup> Padrecito.

Alexéi Alexéievich caminaba ahora hacia Chevengur y observaba el centro del distrito desde las alturas de los alrededores. Él también percibía aquel permanente olor a pan fresco de harina de flor que se desprendía de la piel de su limpio cuerpo, y masticaba su saliva llevado de la apacible alegría de formar parte de la vida.

Pese a lo temprano de la hora la vieja ciudad estaba en ebullición. En los alrededores de la misma podía verse deambular a la gente por los calveros y entre los matorrales; iban solos o en parejas, pero ninguno llevaba atos ni objetos personales. Ninguno de los diez campanarios de Chevengur hacía sonar sus campanas, y no se oía más sonido que el del ajetreo de la población bajo el débil sol de las llanuras laborables. Al tiempo, en la ciudad se movían también las casas: arrastradas probablemente hacia alguna parte por gente que no se veía desde donde él estaba. Un jardín de tamaño mediano se inclinó de repente ante los ojos de Alexéi Alexéievich y se puso a marchar armoniosamente hacia la lejanía: también lo estaban trasladando, con raíces y todo, hacia algún lugar.

A unos cien *sazhen* de Chevengur Alexéi Alexéievich se sentó para asearse antes de entrar en la ciudad. No comprendía la ciencia de la vida soviética y sólo una rama de la misma le atraía: la cooperación, acerca de la cual había leído un artículo en el periódico *Biednotá*<sup>33</sup>. Hasta entonces había vivido en silencio; pero al no tener que ver con ningún trabajo había ido perdiendo la paz interior y le asaltaban a menudo irritaciones repentinas que llevaban a Alexéi Alexéievich a apagar las lamparillas, siempre encendidas, del rincón rojo de su casa, con lo que su mujer se arrojaba sobre el edredón y rompía a llorar sonoramente. Tras haber leído lo relativo a la cooperación, Alexéi Alexéievich se acercó al icono de Nikolái Mirlikiski y encendió la lamparilla con sus acariciadoras manos de trigo. Había encontrado una sagrada misión en qué ocuparse, y un camino claro para su vida futura. Sentía a Lenin como a su difunto padre, quien, cuando Alexéi Alexéievich era pequeño y le asustaba algún lejano incen-

dio, no comprendiendo el terrible acontecimiento, le decía a su hijo: «¡Ven, Aliosha, arrímate a mí!» Aliosha se apretaba contra su padre, que también olía a pan de harina de flor, se tranquilizaba y comenzaba a sonreír soñoliento. «¿Lo ves? —le decía el padre—. ¡Y tú que tenías miedo!» Aliosha se dormía sin soltar al padre, y por la mañana veía el fuego del horno que la madre había encendido para hacer las empanadas de repollo.

Tras haber estudiado el artículo sobre cooperación Alexéi Alexéievich se aferró con toda su alma al Poder Soviético y se colmó su cálida bondad popular. Ante él se abrió el principal camino de la santidad, que conducía al divino Estado de la abundancia y de la unión. Hasta entonces Alexéi Alexéievich había temido al socialismo, pero después de autoproclamarse éste cooperativa, Alexéi Alexéievich empezó a amarlo con todo su corazón. De pequeño había estado mucho tiempo sin querer a Dios, por temor a Sabaoth; pero cuando su madre le dijo: «¿Y adónde iría yo cuando me muera, hijito?», Aliosha empezó a querer también a Dios para que protegiera a su madre después de la muerte, porque había reconocido a Dios como el sustituto del padre.

Alexéi Alexéievich fue a Chevengur en busca de la cooperación, que suponía salvar a la gente de la pobreza y de la mutua crueldad del alma.

En Chevengur, según podía percibirse desde un lugar cercano, trabajaba la desconocida fuerza del intelecto humano, pero Alexéi Alexéievich hacía dejación del intelecto de antemano porque él se había puesto en marcha en nombre de la unidad cooperativista de la gente y del amor laboral entre ella. Alexéi Alexéievich quería conseguir primeramente un estatuto de cooperativa y presentarse después en el Comité Ejecutivo del distrito y conversar amistosamente con el presidente, el camarada Chepurni, acerca de la organización de una red de cooperativas.

Pero antes, Alexéi Alexéievich reflexionó acerca de Chevengur sometido a los desventajosos gastos de la revolución. El polvo veraniego ascendía desde la tierra laboriosa hacia la altura canicular. Y sobre los jardines, los pequeños templos del distrito y los inmóviles bienes de la ciudad, el cielo reposo

<sup>33</sup> Los pobres.

saba cual enternecedor recuerdo de Alexéi Alexéievich, pero no todo el mundo era capaz de entender cómo era un recuerdo así. Mientras tanto, Alexéi Alexéievich permanecía en ese momento de pie, plenamente consciente de sí mismo, sintiendo el calor del cielo como si fuera su infancia y la piel de su madre, y al igual que hacía mucho tiempo —la madre formaba ya parte de la memoria eterna y estaba ya enterrada—, el soleado centro del cielo destilaba alimento para toda la gente, cual la sangre del umbilical cordón materno.

Este sol podía iluminar durante siglos el bienestar de Chevengur: sus huertas de manzanos, los tejados de chapa bajo los cuales los habitantes alimentaban a sus hijos, y las bruñidas y ardientes cúpulas de las iglesias que tímidamente invitaban al hombre a pasar de la sombra de los árboles al vacío de la esférica eternidad.

Los árboles crecían casi en todas las calles de Chevengur y entregaban sus ramas para báculos a los peregrinos que transitaban por Chevengur sin quedarse a pernoctar. En los patios de Chevengur crecían multitud de yerbas, y las yerbas daban cobijo, alimento y sentido de la vida a un sinfín de insectos que habitaban en las zonas bajas de la atmósfera, de modo que Chevengur sólo en parte estaba habitado por gente: predominaban esos pequeños y agitados seres, que no ocupaban lugar alguno en el espíritu de los chevengureños.

Estos sólo tomaban en consideración sucesos mucho más importantes, tales como el calor del verano, las tormentas y el segundo advenimiento de Dios. Si en verano hacía calor los chevengureños advertían a la vecindad que no iba a llegar el invierno y que pronto las casas se incendiarián por sí solas; los adolescentes, siguiendo órdenes de sus padres, traían agua de los pozos y la vertían por fuera de las casas para posponer los incendios. Por las noches, después del calor, a menudo se ponía a llover. «Tan pronto hace bochorno como llueve —decían asombrados los chevengureños—. ¡Eso no ha ocurrido nunca!» Si en la estación invernal se levantaba la ventisca los chevengureños sabían de antemano que al día siguiente tendrían que salir por la chimenea, porque la nieve sepultaría inexorablemente sus casas, y de poco les serviría tener todos preparada una pala: «¿Qué va a hacer uno con la

pala? —dudaba un viejo en una habitación—. Mira cómo aúlla la ventisca, aquí eso no ha debido suceder nunca. ¡El viejo Nikanor es mayor que yo, ochenta años desde que empezó a fumar, y no recuerda un invierno tan tonto! ¡Seguro que pasa algo!» En otoño, durante las tempestades nocturnas, los chevengureños se acostaban a dormir en el suelo para tener un apoyo más sólido y estar más cerca de la tierra y de la tumba. Todos los chevengureños estaban convencidos en secreto de que el comienzo de la tempestad o el calor podían ser la señal de la llegada del segundo advenimiento, pero ninguno deseaba abandonar su casa antes de tiempo y morir antes de cumplir su plazo vital: por eso, tras un fuerte calor, una tempestad o una helada los chevengureños descansaban y bebían té.

—¡Ya ha terminado, alabado sea Dios! —se santiguaban felices los chevengureños al término del acontecimiento aplacado—. ¡Nosotros esperábamos a Jesucristo, pero ha pasado de largo: ésa ha sido, como en todo, su santa voluntad!

Si los viejos de Chevengur vivían sin memoria, los demás ni siquiera entendían cómo habían de vivir cuando en cualquier momento podía llegar el segundo advenimiento, y que los hombres serían divididos en dos grupos, y convertidos en desnudas y pobres almas.

Alexéi Alexéievich había vivido en tiempos en Chevengur y conocía de sobras su precario destino espiritual. Cuando Chepurni había llegado a pie desde la estación —situada a una distancia de setenta verstas— a gobernar la ciudad y el distrito, pensaba que Chevengur subsistía gracias al bandidismo porque era evidente que nadie hacía nada, pero todos comían pan y bebían té. Por eso decretó una encuesta, que había de llenar obligatoriamente todo el mundo, con una sola pregunta: «¿Con qué objetivo y a cuenta de qué producción material vives en el Estado de los trabajadores?»

Casi todos los habitantes de Chevengur habían respondido lo mismo: el primero en inventar la respuesta fue Lobochijin, el chantre de la iglesia; y a él se la copiaron sus vecinos, y la transmitieron de palabra a los demás.

«Vivimos para Dios y no para nosotros mismos» —escribieron los chevengureños. Chepurni era incapaz de explicar

se de manera clara cómo era la vida divina, y constituyó de inmediato una comisión de cuarenta personas para que en veinticuatro horas hicieran una encuesta en todas las casas de la ciudad. Las encuestas dieron como resultado ocupaciones más concretas tales como la custodia de las llaves de la prisión, la espera de la verdad de la vida, la impaciencia por la llegada de Dios, la mortal vejez, el leer en voz alta a los peregrinos y la simpatía hacia el Poder Soviético. Chepurni estudió los formularios y comenzó a atormentarse ante la complejidad de las ocupaciones de los ciudadanos, pero recordó a tiempo la consigna de Lenin de que «Gobernar un Estado es un asunto endiabladamente difícil», y se tranquilizó por completo. Por la mañana temprano se presentaron ante él los cuarenta hombres, bebieron agua en el zaguán porque habían andado mucho, y anunciaron:

—Mienten, camarada Chepurni: no hacen otra cosa que estar tumbados y dormir.

Chepurni comprendió:

—¡Idiotas, si era de noche! ¡Hacedme el favor de contarme algo de su ideología!

—No la tienen —dijo el presidente de la comisión—. Todos esperan el fin del mundo...

—¿Y no les dijiste que el fin del mundo sería ahora un paso contrarrevolucionario? —preguntó Chepurni acostumbrado, antes que nada, a examinar todo en función de la evolución.

El presidente se asustó:

—¡No, camarada Chepurni! Yo pensaba que el segundo advenimiento lesería de provecho, y que a nosotros también nos vendría bien...

—¿Qué quieres decir? —interrogó severamente Chepurni.

—Seguro que de provecho. Para nosotros no tendrá efecto, pero tras el segundo advenimiento habrá que retirar a la pequeña burguesía...

—Exacto, cabrón! —exclamó Chepurni embargado por la comprensión—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes, si soy más listo que tú?

En ese instante uno de los cuarenta hombres dio modestamente un paso al frente y pidió:

—¿Me permite, camarada Chepurni?

—¿Y quién eres tú?

Chepurni recordaba de memoria el aspecto de todos los chevengureños, y esa cara no la había visto nunca.

—Yo, camarada Chepurni, soy el presidente del comité de liquidación del *zemstvo*<sup>34</sup> del distrito de Chevengur dentro de las fronteras antiguas, y mi apellido es Poliubiéziev. Fui promovido a la comisión por mi comité, tengo copia del acta de la reunión de la dirección del comité.

Alexéi Alexéievich Poliubiéziev hizo una reverencia y tendió la mano a Chepurni.

—¿Hay un comité así? —preguntó asombrado Chepurni sin percatarse de la mano tendida de Alexéi Alexéievich.

—¡Existe! —dijo una voz proveniente de la masa de la comisión.

—¡Disuelto desde hoy mismo, sin derecho a apelación! ¡Averiguar si aún queda algo de los restos del imperio y destruirlo también hoy mismo! —ordenó Chepurni, dirigiéndose después a Poliubiéziev—: ¡Habla, ciudadano, haz favor!

Alexéi Alexéievich explicó con gran precisión y detalle el estado de las producciones materiales de la ciudad, con lo que confundió todavía más la clara cabeza de Chepurni que poseía una memoria inmensa aunque desordenada; absorbía la vida a trozos; en su cabeza navegaban, como en tranquilo lago, los restos del mundo que había visto y de los acontecimientos en que había participado; pero tales restos jamás se unían en un todo y, para Chepurni, no estaban relacionados entre sí, ni tenían sentido vivo. Recordaba los setos de la provincia de Tambov, los apellidos y los rostros de los indígenas, el color del fuego de la artillería en el frente, y conocía al pie de la letra las enseñanzas de Lenin; pero todos estos claros recuerdos navegaban en su cabeza desvinculadamente y no constituían ningún saber útil. Alexéi Alexéievich dijo que existía una estepa plana, y que por aquella estepa caminaba la gente que buscaba su existencia en tierras lejanías; que les esperaba un largo camino y que no se llevaban nada de sus casas, salvo sus propios cuerpos. Y que por eso cambiaban su

<sup>34</sup> En la Rusia zarista cada una de las asambleas locales y provinciales elegidas por la nobleza.

cuerpo de trabajadores por alimentación, gracias a lo cual, al cabo de muchos años, había surgido Chevengur: se había ido acumulando población. Desde entonces, los obreros de paso de habían ido, y la ciudad había permanecido con la esperanza puesta en Dios.

—¿Tú también has cambiado tu cuerpo de trabajador por un ridículo trozo de pan? —le preguntó Chepurni.

—No —dijo Alexéi Alexéievich—. Yo soy funcionario, mi trabajo consiste en llevar el pensamiento al papel.

—Acabo de notar que se me ha removido un sentimiento de talento —dijo a continuación Chepurni—. ¡No tengo secretario que pueda apuntarme enseguida! Lo primero de todo es liquidar los cuerpos de los elementos no trabajadores...

Desde entonces Alexéi Alexéievich no había vuelto a ver a Chepurni y no sabía lo que había sucedido en Chevengur. El comité del *zemstvo* había sido suprimido de inmediato y para siempre, y cada uno de sus miembros se había ido a vivir con sus parientes. Ese día, en cambio, Poliubiéziev quería tener una reunión con Chepurni para tratar de otro tema: ahora estaba integrado en el socialismo gracias a la cooperación proclamada por Lenin, había llegado a sentir la santidad viva y deseaba lo mejor para el Poder Soviético. Alexéi Alexéievich no se tropezó con ningún conocido; sólo vio deambular a unos hombres delgados que pensaban en algo que iba a acontecer en el futuro. En la entrada misma a Chevengur unas veinte personas movían de sitio, en silencio, una casa de madera, mientras que dos hombres a caballo contemplaban satisfechos el trabajo.

Poliubiéziev reconoció a uno de los jinetes:

—¡Camarada Chepurni! Permita que le convoque a una breve conversación.

—¡Poliubiéziev! —Chepurni, que solía acordarse de todo lo concreto, reconoció a Alexéi Alexéievich—. Habla, por favor, di lo que tengas que decir.

—Quiero hablarle brevemente de cooperación... Camarada Chepurni, ¿ha leído lo que dice de la vía moral al socialismo el periódico de los desposeídos, que se llama así, *Bednotá*?

Chepurni no había leído nada.

—¿Qué cooperación? ¿De qué vía me hablas cuando ya hemos llegado? ¡Pero qué te pasa, querido ciudadano! Vosotros erais los que vivíais aquí obstaculizando el camino proletario. Ahora, amigo mío, ya no hay caminos: los hombres han llegado.

—¿Adónde? —preguntó dócilmente Alexéi Alexéievich, mientras en su corazón iba desapareciendo la esperanza cooperativista.

—¿Cómo que adónde? Al comunismo de la vida. ¿Has leído a Carlos Marx?

—No, camarada Chepurni.

—Pues deberías leerlo, querido camarada: la historia ha terminado y tú sin enterarte.

Alexéi Alexéievich se calló sin hacer pregunta alguna y se puso a caminar hacia lo lejos, hacia donde crecían las viejas yerbas, vivía la gente de antes y estaba esperando a su marido la viejecita esposa. Tal vez la vida fuera allí triste y difícil, pero allí había nacido Alexéi Alexéievich, allí había crecido y había llorado a veces cuando era joven. Recordó los muebles de sus casa, sus vetustas dependencias, a su esposa, y sintió alegría de que tampoco ellos conocieran a Carlos Marx porque así no se separarían de su marido y dueño.

Kopionkin no había tenido tiempo de leer a Carlos Marx y se quedó impresionado ante la sabiduría de Chepurni.

—¿Qué? —preguntó Kopionkin—. ¿Aquí todo el mundo tiene que leer por fuerza a Carlos Marx?

Chepurni calmó la intranquilidad de Kopionkin:

—Sólo fue para asustar a ese buen hombre. Tampoco yo lo he leído. Bueno, he oído algo en los mítines, y eso me sirve para hacer ahora propaganda. Además tampoco es necesario leerlo: eso era antes, cuando la gente leía y escribía pero no vivía nada, dedicada como estaba a buscar sin parar caminos para otros hombres.

—¿Por qué hoy mueven las casas en la ciudad y llevan los jardines en volandas? —preguntó Kopionkin observando atentamente.

—Porque hoy es el sábado comunista —explicó Chepurni—. Los hombres han venido andando a Chevengur y se aplican para poder vivir en camaraderil apretura.

Chepurni, al igual que los demás chevengureños, carecía de domicilio fijo. Gracias a tales condiciones Chepurni y Kopionkin se instalaron en una casa de ladrillo que los participantes en el sábado rojo no habían logrado mover de su sitio. En la cocina dormían sobre sus sacos dos hombres con aspecto de peregrinos, mientras que un tercero se dedicaba a freír artificialmente patatas utilizando agua de una tetera fría en lugar de aceite.

—¡Camarada Piúśia! —se dirigió a este último Chepurni.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes dónde está ahora el camarada Prokofi?

Piúśia no se apresuró a responder a pregunta tan nimia, siguió luchando con las patatas, que se estaban quemando.

—Estará en algún sitio con tu mujer —dijo.

—Tú quédate aquí —le dijo Chepurni a Kopionkin—, y yo iré a buscar a Klabzdiusha: ies una mujer que me tira mucho!

Kopionkin destrabó su ropa, la colocó en el suelo en modo de lecho, se tumbó en el suelo semidesnudo, y colocó a su lado, apiladas, sus inseparables armas. Aunque en Chevengur hacía buen tiempo y olía a camaradería, Kopionkin, tal vez debido al agotamiento, se sentía triste, y su corazón le empujaba a marcharse lejos. Hasta entonces no había observado en Chevengur un socialismo manifiesto y evidente; nada de esa enternecedora belleza, contundente e instructiva, en medio de la naturaleza, donde hubiera podido nacer una segunda y pequeña Rosa Luxemburgo, o renacer científicamente la primera, que había perecido en la burguesa tierra alemana. Kopionkin ya le había preguntado a Chepurni qué había que hacer en Chevengur. Y éste le había respondido: «¡Nada, nosotros no tenemos necesidades ni ocupaciones! Vivirás interiormente a tu gusto! En nuestro Chevengur se está bien: hemos movilizado al sol para un trabajo permanente y hemos disuelto la sociedad para siempre!»

Kopionkin se daba cuenta de que era más tonto que Chepurni y se callaba sin rechistar. Ya antes, camino de Chevengur, le había preguntado tímidamente que a qué se dedicaría Rosa Luxemburgo si viviera en Chevengur. Chepurni no le había respondido nada concreto, sino únicamente que

«Cuando lleguemos a Chevengur pregúntaselo a nuestro Prokofi, él sabe expresarse claramente, yo sólo le doy como directivas mis presentimientos revolucionarios! ¿Crees que te estoy hablando con palabras mías? ¡No, me las ha enseñado Prokofi!»

Piúśia, por fin, acabó de freír las patatas con agua y despertó a los dos peregrinos. Kopionkin se levantó igualmente para comer un poco, para llenar el estómago comiendo y así poderse dormir antes y dejar de entristecerse.

—¿Es verdad que los hombres viven bien en Chevengur?

—le preguntó a Piúśia.

—¡No se quejan! —respondió sin prisas aquél.

—Pero dónde está aquí el socialismo?

—Tú sabrás, tú lo ves con ojos nuevos —explicó desganado Piúśia—. Chepurni dice que nosotros no vemos la libertad ni la felicidad por costumbre; somos lugareños, llevamos aquí dos años.

—¿Y quién vivía aquí antes?

—Aquí vivían antes los burgueses. Chepurni y nosotros le hemos organizado el segundo advenimiento.

—¿Cómo es posible si ahora existe la ciencia?

—¡Y por qué no!

—¿Cómo es eso? ¡Habla más claro!

—Te crees que soy un escritor o qué? Hubo un accidente sin más, por orden de la *obichaika*.

—¿La *chrezvichaika*?<sup>35</sup>

—Sí, eso,

—¡Ajá! —entendió confusamente Kopionkin—. Es muy correcto.

Fuerza Proletaria, amarrado al seto del patio, les relinchaba bajito a los hombres que le rodeaban; muchos de ellos querían montar al desconocido y poderoso caballo y rodear Chevengur a lomos suyos por el camino de ronda. Pero Fuer-

<sup>35</sup> Juego de palabras entre *chrezvichaika* y *obichaika*, siendo la primera, en argot sustantivo, derivado de las abreviaturas Checa —Comisión extraordinaria (política) que Félix Dzerzhinski (1877-1926) había organizado en 1917 por encargo de Lenin—, y *obichaika*, sustantivo derivado de *obichnaia* (corriente) y *obichai* (costumbre).

za Proletaria apartaba sombríamente con sus dientes, su morro y sus patas a los que lo intentaban.

—¡Pero si tú ahora pertenes al pueblo! —intentaba convencerle por métodos pacíficos un flaco chevengureño. —¿Por qué te enfureces entonces?

Kopionkin oyó la triste voz de su caballo y salió a su encuentro.

—Apartaos —dijo a todos los hombres libres—. ¡¿No veis, idiotas, que el caballo tiene su corazón?!

—Lo vemos —respondió convencido un chevengureño—. Aquí vivimos camaraderilmente, y tu caballo es un burgués.

Kopionkin se olvidó de respetar a las presentes víctimas de la opresión y defendió el honor proletario de su caballo.

—¡Mientes, esgarramantas! ¡Sobre mi caballo ha viajado durante cinco años la revolución, mientras que tú lo que haces es estar montando en la revolución!

Y Kopionkin no pudo seguir expresando todo su enfado: percibió oscuramente que aquellos hombres eran bastante más inteligentes que él, pero que aquella inteligencia ajena le hacía sentirse indiferente. Se acordó de Dvánov, que realizaba la vida anteponiéndola a la inteligencia y la utilidad, y comenzó a echarle de menos.

El aire azul gravitaba sobre Chevengür como elevada añoranza, y el camino hasta su amigo rebasaba las fuerzas de su caballo.

Embargado por la tristeza y por la turbadora cólera, Kopionkin decidió en ese mismo instante, sobre la marcha, verificar la revolución en Chevengür. «¿No se esconderá aquí una reserva del bandidaje? —pensó celosamente Kopionkin—. ¡Ya les enseñaré yo cómo es el comunismo a estos canallas emboscados!»

Kopionkin bebió un poco de agua en la cocina y se equipó completamente. «¡Menudos hijoputas, hasta el caballo se encabrita contra ellos! —reflexionaba con indignación Kopionkin—. ¡Ellos piensan que el comunismo es la mente y la utilidad, pero que no tiene cuerpo, que no es más que una tontería, una simple conquista!»

El caballo de Kopionkin siempre estaba listo para el urgente trabajo de combate, y recibió a Kopionkin sobre su amplio y camaraderil lomo con la pasión retumbante de las fuerzas acumuladas.

—¡Galopa delante de mí, llévame hasta el sóviet! —exigió Kopionkin, amenazante, a un desconocido transeúnte callejero. Éste intentó explicar su situación, pero Kopionkin desenvainó el sable y el hombre se puso a correr a la par que Fuerza Proletaria. De vez en cuando el guía se volvía y gritaba reproches en el sentido de que en Chevengur el hombre no trabaja ni corre porque todos los impuestos y las obligaciones corren a cargo del sol.

«Puede que los que viven aquí sean todos gentes de un destacamento de convalecientes, que están de permiso —dudó interiormente Kopionkin—. ¡O puede que durante la guerra zarista hubiera aquí un hospital de campaña!»

—¿Será posible que el sol tenga que correr delante del caballo mientras que tú te vas a tumbar? —le preguntó Kopionkin al que corría.

El chevengureño se agarró al estribo para calmar su ajetreada respiración y poder responder.

—Aquí nosotros tenemos la tranquilidad, camarada: sólo los burgueses tenían prisa, necesitaban zampar y oprimir. Nosotros en cambio nos alimentamos y somos amigos... Aquí tienes el sóviet.

Kopionkin leyó lentamente el enorme cartel color carmesí colgado sobre los portones del cementerio:

«*Sóviet de la humanidad social de la región liberada de Chevengur.*»

El sóviet en sí estaba situado en el interior de la iglesia. Kopionkin recorrió el estrecho camino del cementerio en dirección al atrio del templo.

«*Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré*» —rezaba un rótulo escrito en semicírculo sobre la entrada de la iglesia. Tales palabras conmovieron a Kopionkin, pese a que recordaba perfectamente de quién era aquella consigna.

«¿Y dónde estará mi alivio? —pensó, y vio el cansancio en su corazón—. Qué va, nunca podrás aliviar a los hombres:

eres un individuo y no una clase. Hoy en día serías un social revolucionario y yo te liquidaría.»

Fuerza Proletaria pasó sin inclinarse a la nave del fresco templo. Y Kopionkin entró a caballo en la iglesia maravilloso de la niñez recuperada, como si se hubiera visto de repente en su tierra, en el desván de su abuela. También antes Kopionkin se había encontrado en lugares olvidados de su niñez, en los distritos en donde había vivido, por donde había viajado y luchado. En tiempos había rezado en una iglesia idéntica de su pueblo, si bien de la iglesia volvía a su casa, al recogimiento y a la proximidad de su madre; aunque, de todas formas puede que ni la iglesia, ni los gorjeos de los pájaros, compañeros ya muertos de su niñez, ni los horribles viejos que en verano se arrastraban al secreto Kíev, fueran la niñez sino la emoción del niño cuando su madre estaba viva y el aire del verano olía a sus faldas; en aquellos tiempos ascendentes todos los viejos eran realmente hombres misteriosos, porque habían muerto sus madres y sin embargo ellos seguían viviendo y no lloraban.

El día en que Kopionkin entró en la iglesia a lomos de su caballo, la revolución era aún más pobre que la fe y no podía cubrir los iconos con telas rojas: el Dios Savaoth, pintado en la bóveda, miraba abiertamente al ambón donde se celebraban las reuniones del comité revolucionario. En ese momento, en el ambón, sentadas a una mesa de color rojo vivo, había tres personas: Chepurni, el presidente del Comité Ejecutivo del distrito de Chevengur; un joven, y una mujer con el rostro alegre y atento como si se tratara de la comunista del futuro. El joven, que tenía sobre la mesa como material de consulta el manual de problemas de Yevtushevski, trataba de demostrar a Chepurni que la fuerza del sol sería sin duda suficiente para todos, y que el sol era doce veces mayor que la tierra.

—¡Tú, Prokofi, no pienses, ya pensaré yo! ¡Tú dedícate a formular! —le sugirió Chepurni.

—Síntelo por ti mismo, camarada Chepurni: ¿para qué va a molestarte el hombre si va contra la ciencia? —explicaba el joven sin respiro—. ¡Se podría si lográramos reunir a todos los hombres para un golpe común, porque ahora ellos

son, contra la fuerza del sol, como un campesino individual contra una comuna cooperativa! ¡Sería inútil, te lo digo yo!

Chepurni entrecerró los ojos para concentrarse mejor.

—¡En algunas cosas dices bien, pero en otras mientes! ¡Vete a acariciar a Klavdiusha en el altar y deja que me dedique a presentir para ver si la cosa es así o de otra manera!

Kopionkin detuvo el pesado paso de su caballo y anunció su intención de repasar con impaciencia y sin demora todo Chevengur para ver si no había en ella un oculto foco contrarrevolucionario.

—Sois demasiado sabios aquí —concluyó Kopionkin—. Pero en la mente siempre se esconde la astucia para oprimir al hombre pacífico.

Kopionkin reconoció de inmediato en el joven a un depredador: sus negros y opacos ojos, un rostro que reflejaba la antigua inteligencia de negociante y en medio del rostro una nariz abierta, sensitiva y vergonzosa —los comunistas honrados tienen la nariz en forma de lápot y unos ojos que la credulidad hace grises y más familiares.

—¡Tú, chaval, eres un tramposo! —dijo Kopionkin revelando la verdad—. ¡Enséñame tu documentación!

—Ahora mismo, camarada! —aceptó el joven con total benevolencia.

Kopionkin cogió los libritos y los papeles. En ellos constaba: Prokofi Dvánov, miembro del Partido desde agosto del año 17.

—¿Conoces a Sasha? —le preguntó Kopionkin, perdonándole provisionalmente su cargante cara a cambio del apellido del amigo.

—Le conocí cuando era pequeño —respondió el joven sonriendo llevado de su exceso de inteligencia.

—Pues entonces que me dé Chepurni un formulario limpio: tenemos que llamar a Sasha para que venga aquí. En esta situación hay que atajar la inteligencia con la inteligencia, para que salten las chispas del comunismo...

—Hemos suprimido el correo, camarada —explicó Chepurni—. La gente vive amontonada y se ve personalmente, ¿para qué serviría el correo? ¡Amigo mío, aquí los proletarios están ya unidos a más no poder!

Kopionkin no dio importancia a que no hubiera correo porque sólo había recibido dos cartas en toda su vida y no había escrito más que en una ocasión: hallándose en el frente imperialista recibió la noticia de que su mujer había muerto y era necesario llorarla en la distancia, acompañando a los parientes.

—¿Y no va a ir nadie a pie a la provincia? —preguntó Kopionkin a Chepurni.

—Hay un andarín capaz de eso —recordó Chepurni.

—¿Quién es, Chepurni? —preguntó animada la mujer que agradaba a los dos chevengureños, y que realmente era agradable: incluso Kopionkin sintió que si hubiera sido joven la habría abrazado y la habría mantenido inmóvil contra sí durante mucho tiempo. Aquella mujer desprendía una lenta y fresca paz interior.

—¡Pues Mishka Lui! —le recordó Chepurni—. ¡Tiene hambre de camino! Le manda uno a la capital de la provincia y él aparece en Moscú o en Járkov, y vuelve, además, al final de la estación: cuando se abren las flores, o cae la nieve...

—Yo le voy a hacer ir por un camino más corto: le voy a encargar una misión —dijo Kopionkin.

—Que vaya —autorizó Chepurni—. ¡Caminar no es para él ningún trabajo, es el desarrollo de la vida!

—Chepurni, dale a Lui harina para que la cambie y me traiga un chal —dijo la mujer.

—Se la daremos, Klavdia Parfíónovna, se lo daremos sin falta; aprovecharemos la ocasión —respondió Chepurni tranquilizándola.

Kopionkin le escribió a Dvánov con caracteres de imprenta:  
«Querido camarada y amigo Sasha: Aquí hay comunismo, y, además, es necesario que te presentes urgentemente. Aquí sólo trabaja el sol de verano, y la gente no tiene más que amistad sin amor; sin embargo, las mujeres exigen insistente chales y, aunque son agradables, perjudican claramente. Tu hermano, o pariente, no me es nada simpático. Por otro lado vivo como un sujeto, no pienso más que un poco en mí mismo porque no me respetan para nada. No hay acontecimientos: dicen que esto es la ciencia y la historia, pero no se sabe. Respetos revolucionarios, Kiopionkin. Ven en nombre del ideal común.»

—No sé por qué no paro de pensar, de ver y de imaginar las cosas: ¡Difícil lo tiene mi corazón! —dijo atormentado Chepurni vuelto hacia el aire sombrío del santuario—. ¡Nuestro comunismo es a veces correcto y otras no! ¡Tal vez debería ir a ver al camarada Lenin para que me formulara personalmente toda la verdad!

—¡Deberías hacerlo, camarada Chepurni! —coincidió Prokofi—. El camarada Lenin te dará una consigna, tú la cogerás y nos lo traerás. ¡Porque no puede ser que sólo piense mi cabeza: la vanguardia también se cansa! ¡Y además yo no tengo derecho a privilegios!

—Y claro, mi corazón no lo tomas en cuenta, ¿verdad? —dijo ofendido Chepurni.

Por lo visto Prokofi valoraba todo el poder de su mente y no perdía su tranquila seguridad.

—El sentimiento, camarada Chepurni, es algo espontáneo en las masas, mientras que el pensamiento es la organización. El mismo camarada Lenin dijo que la organización es lo más importante para nosotros...

—Bueno, pero yo sufro, y tú reflexionas, ¿qué crees que es peor?

—Iré contigo a Moscú, camarada Chepurni —dijo la mujer—. Nunca he estado en el centro idicen que la gente es ahí maravillosa!

—¡Adónde hemos llegado! —dijo Kopionkin—. ¡Tú, Chepurni, llévala directamente a Lenin y dile: ¡Aquí tienes a una mujer que está hecha para el comunismo! ¡Sois unos cabrones!

—¿Por qué lo dices? —se irritó Chepurni—. ¿Quieres decir que no es así?

—¡Pues no, no lo es!

—Entonces, qué podemos hacer, camarada Kopionkin? Porque a mí ya no me dan más los sentimientos.

—¿Cómo voy a saberlo? Mi deber es eliminar las fuerzas hostiles. Cuando haya acabado con todas saldrá por sí solo lo que tiene que salir.

Prokofi estaba fumando y no interrumpió a Kopionkin ni una sola vez, pensando en cómo adaptar a la revolución aquella fuerza armada sin organizar.

—Vamos a dar una vuelta y a jugar un poco, Klavdia Paríjónovna —le propuso Prokofi a la mujer con respetuosa claridad—. ¡No sea cosa que se vaya a debilitar!

Cuando la pareja se alejó en dirección al atrio, Kopionkin señaló a Chepurni respecto a los que acababan de irse:

—¡Son burguesía, tenlo en cuenta!

—¿De veras?

—¡Te lo juro!

—¿Y qué podemos hacer ahora? ¿O es mejor que los borre de Chevengur?

—¡Deja de meterme el pánico en el cuerpo! ¡Que el comunismo pase de la idea al cuerpo con ayuda del brazo armado! ¡Espera a que llegue Sasha Dvánov: ya os enseñará él!

—¡Debe de ser un hombre inteligente! —dijo Chepurni intimidado.

—En su cabeza, camarada, piensa la sangre, y en la de tu Prokofi el hueso —explicó Kopionkin con orgullo, remarcando las palabras—. ¡Te enteras al menos por esta vez...? Toma este formulario, y pon en marcha al camarada Lui.

Chepurni no era capaz de discurrir nada cuando forzaba el pensamiento: se limitaba a recordar inútiles acontecimientos olvidados que no le proporcionaban ningún sentido de la verdad. A veces su mente veía en el bosque templos católicos polacos recorridos yendo de marcha durante la guerra zarista. En otras ocasiones veía sentada en un barranco a una niña huérfana que comía perifollos silvestres; pero nunca se sabría ahora cuándo Chepurni había encontrado realmente a aquella niña, cuyo recuerdo había guardado inútilmente en su alma; tampoco era posible saber si seguía viva; tal vez aquella niña fuera Klavdiusha; ya entonces ella era realmente hermosa y daba pena separarse de ella.

—¿Qué es lo que miras, que pareces enfermo? —preguntó Kopionkin.

—Nada, camarada Kopionkin —dijo Chepurni con triste cansancio—. ¡La vida corre en mí como las nubes!

—Y debería pasar como una nube, por eso me estoy dando cuenta de que no te encuentras bien —le reprochó compasivamente Kopionkin—. Salgamos a algún sitio fresco: aquí apesta a Dios húmedo.

—Vamos. Coge tu caballo —dijo aliviado Chepurni—. Al aire libre me sentiré más fuerte.

Al salir, Kopionkin mostró a Chepurni la inscripción pintada sobre el templo-comité revolucionario: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré.*

—¡Píntalo a lo soviético!

—No hay nadie capaz de inventar la frase, camarada Kopionkin.

—¡Encárgaselo a Prokofi!

—No está bien metido en lo profundo, no sabrá; conoce el sujeto pero ha olvidado el predicado. Nombraré secretario a tu Dvánov, y Prokofi que juegueee cuanto quiera... Pero haz favor de decirme qué es lo que no te gusta de esta frase, cuando toda va contra el capitalismo.

Kopionkin frunció fuertemente el ceño.

—Crees que Dios puede aliviar él solo a todas las masas? Es un enfoque burgués, camarada Chepurni. ¡Las masas revolucionarias pueden aliviarse ellas solas cuando se levanten del todo!

Chepurni contemplaba Chevengur, que incorporaba la idea que él tenía de la ciudad. Empezaba una pacífica tarde, que se asemejaba a la duda interior de Chepurni, a ese presentimiento que es incapaz de consumirse mediante el pensamiento y de calmarse. Chepurni desconocía que existía una verdad común y un sentido de la vida: había visto demasiada gente distinta como para que el conjunto de ellos pudiera seguir una sola ley. En tiempos, Prokofi había propuesto a Chepurni introducir en Chevengur la ciencia y la educación, pero él había rechazado rotundamente la idea. «¿Qué dices? —le respondió a Prokofi—. ¡Es que no sabes cómo es la ciencia? ¡Haría que volviera toda la burguesía: cualquier capitalista podrá llegar a hacerse científico, estropear los organismos con polvos, y nosotros tendríamos que aguantarle! Además, la ciencia está en desarrollo y aún no se sabe en qué va a acabar..»

Chepurni había estado muy enfermo en el frente, y había estudiado la medicina de memoria; después de curarse aprobó enseguida un examen y obtuvo el puesto de practicante de la compañía, pero veía a los médicos como explotadores intelectuales.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Kopionkin—. ¿No querrá tu Dvánov implantar aquí la ciencia?

—No me dijo nada de eso: lo suyo es sólo el comunismo.

—Es que me da miedo —confesó Chepurni, haciendo el esfuerzo para pensar; pero recordó a tiempo que Proshka había formulado con toda exactitud las sospechas de Chepurni respecto a la ciencia—. Prokofi formuló bajo dirección mía que la mente es un bien igual que la casa, así que servirá para oprimir a los ignorantes y a los débiles...

—Entonces dales armas a los tontos —le ofreció Kopionkin como solución—. ¡Que se atreva entonces un listo a acercarse con sus polvos! Mira, ¿qué te crees?, yo, por ejemplo soy un tonto, pero vivo completamente libre.

Por las calles de Chevengur transitaba la gente. Algunos habían movido de sitio las casas, otros habían trasladado los jardines con sus brazos. Y ahora iban a descansar, a conversar y a acabar de vivir el día en un círculo de compañeros. Al día siguiente ya no tendrían trabajo ni ocupaciones porque sólo el sol, que había sido nombrado en Chevengur proletario universal, trabajaba para todos y cada uno. La gente se ocupaba en cosas que no eran imprescindibles: incitado por Chepurni, Prokofi le había dado al trabajo una interpretación especial según la cual era declarado de una vez por todas secuela de la avidez y lascivia bestial opresora, porque el trabajo contribuía a generar bienes y los bienes oprimían. Mientras que el sol mismo proporcionaba a la gente, para que viviera, raciones completamente normales; y cualquier aumento de éstas —a cuenta de un trabajo hecho a propósito por los hombres— alimentaría la hoguera de la guerra de clases, porque se crearían objetos sobrantes y nocivos. Sin embargo, la gente trabajaba en Chevengur todos los sábados, cosa que había asombrado a Kopionkin, cuando ya había conseguido descifrar, aunque sólo fuera en parte, el sistema solar de la vida de Chevengur.

—¡Pero si eso no es trabajo, son los sábados comunistas! —le explicó Chepurni—. En esto Prokofi me entendió correctamente y produjo una frase genial.

—Pero él ¿qué es? ¿Tu adivino o qué? —preguntó interesado Kopionkin por desconfiar de Prokofi.

—¡Qué va! ¡Lo único que hace es debilitar mis grandes sentimientos con su pensamiento estrecho. Pero el chico es muy verbal, sin él yo viviría en medio de tormentos mudos... Y en lo de los sábados comunistas no hay producción de bienes, ¿cómo iba a permitirlo?, no se hace más que el destrozo voluntario de la herencia pequeñoburguesa. ¡Dime, por favor, ¿qué opresión ves tú en eso?!

—No la hay —admitió sinceramente Kopionkin.

Chepurni y Kopionkin decidieron pasar la noche en el cobertizo que había sido recolocado en el centro de la calle.

—Deberías irte con tu Klavdiusha —aconsejó Kopionkin—. ¡Estás haciendo sufrir a la mujer!

—Se la llevó Prokofi por ahí: déjala que disfrute, todos somos proletarios iguales. Prokofi me ha explicado que no soy mejor que él.

—¡Pero si tú mismo has dicho que tienes un gran sentimiento, y los hombres así atraen más a las mujeres!

Chepurni se quedó desconcertado: ¡realmente era verdad! Pero tenía el corazón dolorido, y ese día no podía pensar.

—Ese sentimiento grande me duele en el pecho, y no en las partes jóvenes, camarada Kopionkin.

—Bueno, pues entonces descansa a mi lado: ¡También yo tengo el corazón dolido! —dijo Kopionkin.

Fuerza Proletaria acabó de dar cuenta de la yerba que Kopionkin había segado para él en la plaza de la ciudad, y a media noche se recostó también en el suelo del cobertizo. El caballo dormía con los ojos semiabiertos —como algunos niños—, y así podía contemplar, con docilidad soñolienta, a Kopionkin, que en aquel momento no tenía conciencia, y no hacía sino gemir atrapado por el triste y negro sentimiento del olvido.

El comunismo de Chevengur se hallaba indefenso en aquellas oscuras horas esteparias, porque los hombres estaban cicatrizando, con la fuerza del sueño, el cansancio producido por la vida interior diurna, y por un tiempo habían dejado en suspenso sus convicciones.

\*

Chevengur se despertaba tarde; sus habitantes descansaban de siglos de opresión y no lograban descansar. La revolución había conquistado los sueños para el distrito de Chevengur, y había hecho del alma la principal profesión.

Lui, el andarín chevengureño, se dirigió a buen ritmo a la capital de la provincia, llevando consigo la carta para Dvánov, amén de rebanadas de pan seco y una tina de corteza de abedul con agua, que se calentaba sobre su cuerpo. Había partido cuando estaban levantadas las hormigas y las gallinas, y el sol no había desnudado todavía al cielo hasta sus últimos rincones. La marcha y el apasionante frescor del aire hicieron que todas las dudas del pensamiento y las ansias abandonaran a Lui por completo; el camino le estaba gastando y le liberaba de la nociva vida sobrante. Ya de joven había logrado descubrir por su cuenta la causa del vuelo de la piedra: la alegría del movimiento hacía que ésta empezara a pesar menos que el aire. Sin conocer letras ni libros, Lui se convenció de que el comunismo tenía que ser un incesante movimiento de los hombres hacia las lejanías de la tierra. Muchas veces le había pedido a Chepurni que declarara el comunismo como peregrinación, y sacara a Chevengur de su eterna vida sedentaria.

—¿A quién se parece el hombre, al caballo o al árbol? Decídmelo con toda conciencia —solía preguntar él en el comité revolucionario, entristecido por la cortedad de las calles de la ciudad.

—¡Se parece a lo superior! —inventó Prokofi—. ¡Al océano abierto, querido camarada, y a la armonía de los esquemas!

Lui no había visto más agua que la de los ríos y los lagos, y la armonía que conocía eran tan sólo la del acordeón de dos hileras de teclas.

—Me da que el hombre se parece más al caballo —afirmó Chepurni, recordando los caballos que había conocido.

—Entiendo —dijo Prokofi desarrollando los sentimientos de Chepurni—. ¡El caballo tiene pecho con corazón y noble cara con ojos, y el árbol no los tiene!

—¡Eso es, Prosha! —exclamó Chepurni con alegría.

—¡Es lo que estoy diciendo! —confirmó Prokofi.

—¡Totalmente correcto! —aprobó, concluyendo, Chepurni.

Lui se dio por satisfecho, y propuso al comité revolucionario comenzar a desplazar Chevengur hacia la lejanía. «El hombre tiene que ser regado por el viento —intento convencerles Lui—; si no, se dedicará otra vez a oprimir al débil, o todo se secará y se pondrá triste por sí solo, iy de qué manera! Pero viajando nadie podrá escapar a la amistad, y el comunismo tendrá así suficiente trabajo.»

Chepurni ordenó a Prokofi que apuntara con claridad la propuesta de Lui, y luego fue debatida ésta en la reunión del comité revolucionario. Chepurni, que intuía que en las palabras de Lui había una verdad de fondo, no trasmitió a Prokofi sus presentimientos directores, y la reunión estuvo deliberando trabajosamente todo un día de primavera. Prokofi inventó entonces una recusación formal del planteamiento de Lui: «En vista de que se avecina una época de guerras y revoluciones, considerar el movimiento de la gente como rasgo urgente del comunismo, concretamente, que toda la población del distrito ataque al capitalismo cuando a éste le apura completamente la crisis y, a partir de entonces, no tener la marcha victoriosa, templando a la gente en el sentimiento de la camaradería por los caminos de todo el globo terráqueo; pero por el momento hay que limitar el comunismo al terreno ganado a la burguesía, para que tengamos algo que dirigir.»

—No, camaradas —se opuso el razonable Lui—. ¡El comunismo no saldrá adelante si es sedentario: no tendrá enemigo, ni alegría!

Prokofi observaba detenidamente a Chepurni que escuchaba atentamente, pero no lograba descifrar sus vacilantes sentimientos.

—Camarada Chepurni —dijo Prokofi intentando adoptar una decisión—. ¡Pero si la liberación de los obreros es cosa de los propios obreros! ¡Que se marche Lui, y que se libere poco a poco! ¿Qué tenemos que ver nosotros con eso?

—¡Correcto! —concluyó bruscamente Chepurni—. Ponte en marcha, Lui: ¡el movimiento es cosa de las masas, y nosotros no vamos a impedírselo!

—Gracias entonces —Lui hizo una reverencia al comité revolucionario y se marchó en busca de una razón para abandonar Chevengur y dirigirse a algún otro sitio.

Al ver un día a Kopionkin a lomos de un gordo caballo, Lui se avergonzó de inmediato, porque Kopionkin iba hacia algún lugar mientras que él, Lui, vivía inmóvil en un lugar; entonces Lui deseó todavía con más fuerza irse aún más lejos de la ciudad. Pensó mostrarle a Kopionkin su simpatía antes de marcharse, pero no tenía cómo: en Chevengur no había objetos que regalar. Lo único que podía hacer era abreviar el caballo de Kopionkin, pero éste no dejaba bajo ningún concepto que se acercasen extraños al caballo, y le daba de beber él mismo. Y ahora Lui se lamentaba de que hubiera tantas casas y tantas sustancias en el mundo, pero que faltaran precisamente las que representaban la unidad entre los hombres.

Lui decidió no volver a Chevengur tras llegar a la capital de la provincia, irse hasta el mismo Petrogrado, enrolarse en la flota y salir a navegar para poder observar la tierra, los mares y a la gente de todos los lugares como alimento continuo de su alma fraternal. En lo alto de la meseta, desde donde se divisaban los valles de Chevengur, Lui se volvió para mirar la ciudad y la luz matutina:

—¡Adiós, comunismo y camaradas! ¡Me acordaré de todos vosotros mientras viva!

Kopionkin estaba desentumeciendo a Fuerza Proletaria fuera de los límites de la ciudad, y divisió a Lui en un altozano.

«Probablemente es un vagabundo que va a Járkov —decidió para sí Kopionkin—. No me va a hacer perder los días dorados de la revolución!» Y dirigió su caballo hacia la ciudad a marcha esteparia para, definitivamente y ese mismo día, revisar todo el comunismo y tomar sus propias medidas.

Debido al traslado de las casas las calles habían desaparecido de Chevengur, y ningún edificio estaba donde debería estar, sino cortando el paso; Fuerza Proletaria, acostumbrado a los caminos rectos y despejados, comenzó a sudar a consecuencia de las vueltas y revueltas..

Junto a un granero torcido y perdido dormían, bajo una piel de cordero, un chico y —a juzgar por el cuerpo— una chica: Klavdiusha. Kopionkin rodeó cuidadosamente con el

caballo a los que dormían: la juventud despertaba en él vergüenza y respeto por ser el reino del gran futuro. Por poseer esa misma juventud, adornada de indiferencia hacia las chicas, es por lo que había comenzado a tomarle en tiempos respetuoso afecto a Alexandre Dvánov, su compañero en la lucha revolucionaria.

En algún lugar situado entre el montón de casas, comenzó a oírse el monótono silbido de una persona. Kopionkin se puso en guardia. El silbido cesó.

—¡Kopionkin! ¡Vamos a bañarnos, camarada Kopionkin! —le gritó Chepurni desde cerca.

—¡Silba: que seguiré la dirección del sonido! —respondió Kopionkin con voz profunda y tronante.

Chepurni se puso a silbar impetuosamente y Kopionkin continuó desplazándose hacia él sobre el caballo por los desfiladeros de la revuelta ciudad. Chepurni estaba en un porche con el capote sobre el cuerpo desnudo y descalzo. Tenía dos dedos metidos en la boca para silbar con más fuerza, mientras que sus ojos contemplaban las cimas soleadas donde se iniciaba el calor del sol.

Tras encerrars a Fuerza Proletaria en el cobertizo, Kopionkin siguió al descalzo Chepurni que ese día se sentía feliz como un hombre que había confraternizado definitivamente con todos los seres humanos. Camino del río se encontraron con multitud de chevengureños que se habían despertado —gente corriente, como la de todas partes, sólo que pobres de aspecto y con caras de forasteros.

—El día es largo en verano: ¿a qué se van a dedicar? —preguntó Kopionkin.

—¿Preguntas por su celo? —dijo Chepurni, que le había interpretado mal.

—Digamos que sí.

—¿Y el alma del hombre? Ella es precisamente su profesión principal. ¡Y su producto final es la amistad y la camaradería! Es una buena ocupación, ¿no te parece?

Kopionkin reflexionó un poco acerca de la anterior vida de opresión.

—Qué bien se está en tu Chevengur —dijo con tristeza—. Aunque tal vez habrá que organizar alguna desdicha:

el comunismo debe ser cáustico, un poco de veneno mejora el sabor.

Chepurni percibió en la boca el sabor a sal fresca y comprendió inmediatamente a Kopionkin.

—Tal vez tengas razón. Ahora tendremos que organizar adrede la desdicha. ¡Vamos a trabajar en ello a partir de mañana, camarada Kopionkin!

—No quiero: lo mío no es eso. Espera a que llegue Dvánov: él entenderá todo lo que precisas.

—¡Entonces se lo encargaremos a Prokofi!

—¡Olvídate de tu Prokofi! ¡El chico no quiere más que tener hijos con su Klavdusha y tú lo quieras involucrar!

—Puede que tengas razón: iesperemos a tu compañero de armas!

La incansable agua se agitaba contra la orilla del río Chevengurka; el agua desprendía un vapor que olía a excitación y libertad, y los dos compañeros empezaron a desnudarse para ir al encuentro de la misma. Chepurni se quitó el capote y enseguida apareció desnudo y lamentable, pero en cambio su cuerpo comenzó a desprender un cálido olor a maternidad hace tiempo cicatrizada, coagulada, que Kopionkin apenas recordaba.

El sol iluminó con atención individualizada la flaca espalda de Chepurni metiéndose en todas las sudorosas rendijas y hendiduras de su piel para aniquilar con su calor los invisibles insectos que hacían que su cuerpo sintiera una constante picazón. Kopionkin miró con respeto al sol: años atrás le había dado calor a Rosa Luxemburgo y ahora ayudaba a vivir a las yerbas de su tumba.

Hacía tiempo que Kopionkin no se había bañado en un río y estuvo un rato temblando de frío hasta que se acostumbró. En cambio Chepurni nadaba sin miedo, abría los ojos dentro del agua y cogía del fondo huesos, voluminosas piedras y cráneos de caballo. Desde el centro del río, adonde el torpe Kopionkin no podía llegar, Chepurni desgranaba canciones y se volvía cada vez más locuaz. Kopionkin se sumergió en un lugar poco profundo, palpó el agua y pensó: «¡También ésta corre para ir a algún lugar en el que se encuentra bien!»

Chepurni volvió completamente alegre y feliz.

—Sabes, Kopionkin, cuando estoy en el agua me parece conocer que toda la verdad... Pero cuando me meto en el comité revolucionario no paro de imaginar y presentir cosas...

—Trabaja entonces en la orilla.

—¡Sí, para que la lluvia moje las tesis de la provincia, so tonto!

Kopionkin no sabía qué eran las tesis, recordaba la palabra pero de una manera completamente inconsciente.

—Si cae la lluvia y luego brilla el sol no economices las tesis —dijo tranquilizadoramente Kopionkin—. Pase lo que pase el trigo crecerá.

Chepurni hizo esfuerzos y calculó mentalmente, ayudando a su mente con los dedos.

—¿O sea que acabas de formular tres tesis?

—No hace falta ninguna tesis —rechazó Kopionkin—. Lo único que hay que escribir en el papel son canciones para no olvidarlas.

—¿Pero cómo es eso? ¡Tenemos el sol: una tesis! El agua, dos; y el suelo, tres.

—Se te olvida el viento.

—Con el viento son cuatro. Y nada más. Tal vez es correcto. Solo que, ¿sabes?, si no respondemos a las tesis de la provincia y decimos que aquí todo va bien, liquidarán desde allí todo nuestro comunismo.

—Nada de eso —dijo Kopionkin rechazando tal suposición—. ¡Los de allí son iguales que nosotros!

—Serán iguales, sólo que escriben cosas incomprensibles, y no hacen más que pedir balances completos y una dirección más firme... ¿Y qué inventario se puede hacer en Chevengur, y cómo agarrar a las gentes para dirigirlas?

—¿Y para qué estamos nosotros?! —dijo asombrado Kopionkin—. ¡No permitiremos que se cuele el enemigo! ¡Detrás de nosotros existe Lenin!

Chepurni se metió distraído entre los juncos y recogió flores pálidas de impotente luz nocturna. Eran para Klavdiusha a la que poseía poco pero por la que sentía una ternura tanto más atenta.

Después de lo de las flores, Chepurni y Kopionkin se visitaron y se pusieron a caminar por la orilla del río, por el humedo manto de yerba. Desde allí Chevengur parecía una región cálida: se veía a la gente descalza iluminada por el sol, que disfrutaba del aire y de la libertad con las cabezas descubiertas.

—Hoy hace bueno —dijo distraído Chepurni—. ¡Todo el calor del hombre está a la vista! —dijo señalando la ciudad con la mano y a todos los hombres que la habitaban. Chepurni se introdujo después dos dedos en la boca, silbó y en el delirio de su cálida vida interior se zambulló de nuevo en el agua sin quitarse el capote; le consumía la negra alegría de su desbordante cuerpo, y se arrojó a través de los juncos al limpio río para librarse allí de sus confusas y melancólicas paciones.

«Cree, el pobre, que ha conseguido liberar el mundo entero introduciendo el comunismo! —pensó Kopionkin censurando el acto de Chepurni—. ¡Pero yo aquí no veo absolutamente nada!»

Entre los juncos había una barca y sentado en ella había un hombre desnudo que permanecía en silencio. Observaba pensativo la otra orilla del río, aunque hubiera podido llegar allí en la barca. Kopionkin vio su débil cuerpo lleno de salientes costillas; también tenía un ojo enfermo.

—¿Eres Páshintsev, sí o no? —le preguntó Kopionkin.

—Sí, ¿quién iba a ser? —respondió enseguida aquél.

—¿Pero entonces por qué has dejado tu puesto en la reserva revolucionaria?

Páshintsev dejó caer tristemente su domada cabeza:

—¡He sido alejado de allí de manera ruin, camarada!

—¿Y no lanzaste las bombas?

—Resulta que las había desactivado demasiado pronto: y ahora no hago más que vagar por ahí sin honor, como el loco de un drama.

Kopionkin sintió desprecio por los malditos blancos lejanos que habían liquidado la reserva revolucionaria, y, como respuesta, la fuerza del valor dentro de sí.

—No te aflijas, camarada Páshintsev: aniquilaremos a los blancos sin bajar del caballo, y en cuanto a la reserva revolu-

ciónaria la plantaremos de nuevo en otro lugar. ¿Qué es lo que te queda ahora?

Páshintsev levantó del fondo del barco la cota de malla de caballero.

—Es poco —determinó Kopionkin—. Sólo protege el pecho.

—La cabeza no me importa —dijo Páshintsev—. Lo que cuenta para mí es el corazón... Para la testa aún me queda algo, y también para la mano.

Páshintsev le mostró además un pequeño fragmento de armadura —una visera con una estrella roja atornillada a ésta para siempre— y la última granada vacía.

—Bueno, eso te será más que suficiente —anunció Kopionkin—. ¿Pero cómo pudiste perder tu reserva, acaso te has reblandecido tanto que los mujiks han podido «kulakizarla» tranquilamente?

Páshintsev tenía un triste estado de ánimo y apenas podía hablar a causa de la aflicción:

—Pues porque allí, ya te lo he dicho, instalaron una gran organización del *sovjós*. ¡Y deja de registrar mi cuerpo desnudo!

Kopionkin miró una vez más de abajo arriba el cuerpo desnudo de Páshintsev.

—Vístete entonces: vamos a inspeccionar Chevengur juntos: aquí faltan también hechos, y la gente lo ve.

Pero Páshintsev no pudo acompañar a Kopionkin: no tenía más ropa que la visera y la cota de malla.

—Vente así —le animó Kopionkin—. ¿Crees que la gente no ha visto nunca un cuerpo vivo? ¡Menudo encanto, igual te buscan un ataúd!

—¿Pero te das cuenta de dónde ha salido la raíz del mal? —dijo Páshintsev mientras revisaba su ropa metálica—. De la reserva revolucionaria me dejaron marchar en buen estado: aunque peligroso, pero vivo y vestido. Ha sido en el pueblo: los mismos mujiks que me conocían vieron en mí a un hombre del pasado y, lo más importante, vencido por el ejército; me arrancaron toda la ropa y me tiraron a la espalda dos objetos para que me protegiera del frío de los amaneceres con la cota de malla y guardara la bomba.

—¿Te atacó un ejército entero? —se asombró Kopionkin.  
—¡Por supuesto! Cien de caballería contra un solo hombre. Más los cañones que tenían preparados en reserva. Aun así resistí veinticuatro horas: tenía asustado a todo el ejército amenazándolo con bombas vacías hasta que Grunka, una chica del pueblo, se chivó, la hija de puta.

—Ya —dijo Kopionkin convencido—. Bueno, en marcha, dame tus yerros.

Páshintsev salió de la barca y se puso a caminar tras las seguras huellas de Kopionkin en la arena de la orilla.

—No tengas miedo —decía Kopionkin tratando de tranquilizar al compañero desnudo—. No fuiste tú el que te desnudaste: fueron esos medio blancos los que te hicieron la faena.

Páshintsev se dio cuenta de que iba desnudo y descalzo en aras de los pobres —del comunismo—, y no sintió vergüenza ante la perspectiva de cruzarse con mujeres.

La primera que se topó con él fue Klavdiusha; tras examinar deprisa el cuerpo de Páshintsev se tapó los ojos con su pañuelo, como una tárara.

«Qué hombre tan debilucho —pensó—. Todo lleno de lunes, pero qué limpio: ¡no tiene rugosidades!» Y dijo en voz alta:

—Aquí, ciudadanos, no estáis en el frente: no es muy decente que andéis desnudos.

Kopionkin rogó a Páshintsev que no prestara atención a aquel sapo: era una burguesa y no paraba de cloquear; cuando no quería un chal, quería ir a Moscú; y ahora no dejaba que hiciera lo que quisiera un proletario desnudo. De todas formas, Páshintsev sintió cierta vergüenza y se puso la cota de malla y la visera, dejando al descubierto la mayor parte de su cuerpo.

—Así es mejor —determinó—. ¡La gente pensará que es el uniforme de la nueva política!

—¿Qué más quieres? —le miró Kopionkin—. ¡Ahora estás casi vestido, lo único que el yerro te dará frío!

—Ya lo calentará mi cuerpo: ¡Que por dentro corre la sangre!

—¡Dentro de mí también corre! —constató Kopionkin.

Pero el hierro de la cota de malla no refrescaba el cuerpo de Páshintsev: en Chevengur hacía calor. La gente permanecía sentada en filas en los callejones, entre las casas removidas de sus sitios, y charlaban entre sí en voz baja; no sólo los rayos del sol desprendían calor, sino también la gente: calor y respiración. Páshintsev y Kopionkin caminaban en medio de aquel calor sofocante: las casas apiñadas, la quemazón del sol, y el turbador olor humano hacían que la vida se pareciese a un sueño debajo de un edredón.

—No sé por qué, pero tengo sueño. ¿Y tú? —le preguntó Kopionkin a Páshintsev.

—¡Más o menos! —le respondió Páshintsev sin ver demasiado claro en sí mismo.

Cuando llegaron a la casa estable de ladrillo, donde Kopionkin se había hospedado la primera vez, vieron sentado junto a ella a Piúsia, solitario y mirando a su alrededor con expresión ausente.

—¡Oye, camarada Piúsia —le dijo Kopionkin—. ¡Tengo que inspeccionar Chevengur entero, acompañanos en el recorrido!

—Vale —asintió Piúsia sin moverse del sitio.

Páshintsev entró en la casa y recogió del suelo el viejo capote de soldado, modelo 1914. El capote era de talla grande, y apagó enseguida el cuerpo entero de Páshintsev.

—¡Ahora vas vestido como un auténtico ciudadano! —dijo Kopionkin en tono de aprobación—. Pero te pareces menos a tí mismo.

Los tres hombres se pusieron a caminar en medio del calor que desprendían las construcciones de Chevengur. En medio del camino y en los lugares vacíos permanecían tristemente los marchitos jardines: los habían trasplantado ya varias veces, llevándolos a hombros, y se habían debilitado pese al sol y las lluvias.

—¡Aquí tenemos un hecho! —dijo Kopionkin señalando a los árboles que se habían quedado mudos—. ¡Los muy cabrones han organizado el comunismo para ellos solos, como si los árboles no lo necesitaran también!

Los pocos niños forasteros que de vez en cuando podían verse en los calveros estaban gordos por el aire, la libertad y

la falta de educación diaria. En lo que respectaba a los adultos, éstos vivían en Chevengur no se sabía bien cómo: Kopionkin no había podido percibir todavía en ellos los nuevos sentimientos; desde lejos le parecían permisionarios del imperialismo, pero no contaba con hechos que le permitieran saber qué era lo que llevaban dentro, ni lo que sucedía entre ellos; en cuanto al buen estado de ánimo, Kopionkin lo consideraba únicamente circulación cálida de la sangre en el cuerpo humano, y no denotaba comunismo.

Cerca del cementerio, donde estaba instalado el comité revolucionario, había una larga zanja de tierra hundida.

—Aquí están los burgueses —dijo Piúzia—. Chepurni y yo les arrancamos las almas de raíz.

Kopionkin tocó con el pie, satisfecho, el suelo hundido de la tumba.

—¡O sea que tuviste que obrar así! —dijo.

—Esto no se puede evitar —comentó Piúzia justificando el hecho—, ahora nos toca vivir a nosotros...

Pero a Páshintsev le molestó que el suelo de la tumba estuviera sin apisonar: había que apisonarlo y trasladar en brazos al lugar un viejo jardín, para que los árboles extrajeran de la tierra los restos del capitalismo y los transformaran, como buenos campesinos, en hojas verdes del socialismo; aunque Piúzia también consideraba que el apisonamiento era una medida seria, si bien no había tenido tiempo de realizarla porque el comité provincial lo había destituido fulminantemente como presidente de la Cheka; de todas formas casi no se había ofendido con la medida porque consideraba que el trabajo en las instituciones soviéticas requería gente ilustrada, no como él, y que la burguesía era allí útil. Gracias a ser consciente de ello, Piúzia, tras ser destituido de su cargo de revolucionario, reconoció de una vez por todas que la revolución era más inteligente que él, y se calló y se sumergió en la masa del colectivo de Chevengur. Piúzia le tenía miedo, sobre todo, a los despachos y a los papeles escritos: habitualmente se quedaba mudo cuando los veía, se le debilitaba lúgub्रemente el cuerpo entero, y sentía el poder de la magia negra del pensamiento y de la escritura. En la época de Piúzia, la Cheka de Chevengur estaba situada en un claro de la ciudad;

en lugar de llevar un registro de la represión contra el capital, Piúzia introdujo la evidencia popular de toda la población, y propuso que los mismos jornaleros matasen a los terratenientes capturados, cosa que había sido llevada a la práctica. Pero ahora, cuando en Chevengur se había ya producido el desarrollo definitivo del comunismo, la Cheka fue cerrada para siempre por decisión personal de Chepurni, y el claro en el que estaba situada fue ocupado por una casa.

Kopionkin permanecía, pensativo, junto a la fosa común de la burguesía, que no contaba con árboles, túmulo, ni memoria. Tenía la vaga sensación de que esto se había hecho para que la lejana tumba de Rosa Luxemburgo tuviera un árbol, un túmulo y memoria eterna. Sólo había una cosa que no le gustaba del todo a Kopionkin: la fosa de la burguesía no estaba bien apisonada.

—¿Dices que le habéis arrancado el alma de raíz a los burgueses? —preguntó Kopionkin dubitativo—. Pero a ti te anularon por ello, ilo que quiere decir que no liquidasteis a todos los burgueses, ni a muerte! Ni siquiera habéis apisonado la tierra!

En este punto Kopionkin se equivocaba completamente. Los burgueses de Chevengur había sido liquidados correcta y honradamente, y ni siquiera la vida de ultratumba podía serles de consuelo porque tras el cuerpo les habían fusilado el alma.

Tras su breve existencia en Chevengur, a Chepurni empezó a dolerle el corazón debido a la presencia en la ciudad de una densa capa de pequeña burguesía. Pero ahora había comenzado a sufrir con todo el cuerpo: el suelo de Chevengur resultaba demasiado estrecho para el comunismo, y se hallaba mancillado por las propiedades y por las personas acomodadas; era preciso afianzar sin tardanza el comunismo sobre una base viva, siendo que, desde el comienzo de los siglos las viviendas estaban ocupadas por gente extraña que desprendía olor a cera. Chepurni se marchaba a propósito al campo y miraba los frescos lugares abiertos preguntándose si no debería iniciar el comunismo allí mismo. Pero renunciaba a ello, porque si lo hiciera los proletarios y los pobres de la aldea perderían las casas y los enseres de Chevengur fabricados

por manos oprimidas. Sabía y veía hasta qué punto atormentaba a la burguesía de Chevengur la espera del segundo advenimiento, y, personalmente, no tenía nada en contra de éste. Tras haber ejercido de presidente del Comité Revolucionario unos dos meses, Chepurni había llegado al límite de sus fuerzas: la burguesía seguía viva, no había comunismo, y el camino hacia el futuro, como se decía en las circulares de la capital, pasaba por una serie de etapas transitorias de ofensivas consecuentes, de las que Chepurni, intuitivamente, recelaba como engañosas para las masas.

Al principio había nombrado una comisión y la misma le hablaba a Chepurni de la necesidad del segundo advenimiento; pero por entonces Chepurni se había callado y había decidido interiormente dejar con vida a la insignificancia burguesa para que la revolución mundial tuviera de qué ocuparse. Pero luego Chepurni quiso poner fin a sus sufrimientos y convocó a Piúsia, presidente de Cheka.

—¡Límpiate la ciudad del elemento opresor! —le ordenó Chepurni.

—Vale —respondió Piúsia obediente.

Pensó en dar muerte a todos los habitantes de Chevengur, cosa que Chepurni aceptó con alivio.

—Sabes, será mejor así! —dijo para convencer a Piúsia—. Si no, morirán en las etapas de transición. Y de todas formas los burgueses ahora no son personas: he leído que en cuanto el hombre nació del mono, mató a éste inmediatamente. Así que piénsalo: si existe el proletariado, ¿para qué va a vivir la burguesía? ¡Sería muy feo!

Piúsia conocía a la burguesía personalmente: se acordaba de las calles de Chevengur e imaginaba con claridad el aspecto del dueño de cada casa: de Schékotov, Komiaguín, Píjler, Znobílin, Schápov, Zavín-Duvailo, Perekrútchenko, Siusukállov y de todos sus vecinos. Además Piúsia conocía su modo de vida y de aprovisionamiento, y estaba dispuesto a matar a cualquiera de ellos manualmente y hasta sin utilizar arma alguna. Desde el día de su nombramiento como presidente de la Cheka había perdido la paz interior y se irritaba con mucha frecuencia, porque la pequeña burguesía, día tras día, comía pan soviético, vivía en casas que él había cons-

truido —anteriormente Piúsia había trabajado durante veinte años como albañil— y se cruzaba taimadamente en el camino de la revolución, como una hijaputa. Hasta los más viejos y deteriorados burgueses convertían al paciente Piúsia en un pendenciero: cuando se encontraba con Schápov, Znobílin y Zavín-Duvailo, Piúsia se había liado a puñetazos con ellos en numerosas ocasiones; los agredidos se limpian sin decir nada, soportaban la ofensa y confiaban en el futuro; con otros burgueses Piúsia no se cruzaba, y aunque las frecuentes irritaciones le sofocaban el alma, no quería entrar a propósito en sus casas.

Sin embargo, el secretario del comité ejecutivo del distrito, ProKofí Dvánov, no estuvo de acuerdo en que se aniquilara a la burguesía casa por casa y sin autorización previa. Dijo que había que hacerlo de modo más teórico.

—¿Cómo? ¡Formúlalo! —le propuso Chepurni.

Prokofi, reflexionando, echó para atrás su pensativo cabelllo de social revolucionario.

—¡Sobre la base de su propio prejuicio! —formuló lentamente Prokofi.

—¡Empiezo a sentirlo! —dijo Chepurni, que, sin entenderlo, se preparó a pensar.

—¡Mediante el segundo advenimiento! —se expresó con claridad Prokofi—. Si ellos mismos lo están esperando, pues que lo tengan: nosotros no tenemos ninguna culpa.

Chepurni, por el contrario, asumió la culpabilidad.

—¿Qué dices? ¡¿Cómo que no somos culpables?! ¡Si nosotros somos la revolución, entonces somos culpables de todo! ¡Y si haces esa formulación para conseguir el perdón, entonces fuera de aquí!

Como todo hombre inteligente Prokofi tenía la sangre fría.

—Es absolutamente imprescindible declarar oficialmente el segundo advenimiento, camarada Chepurni. Y sobre esa base limpiar la ciudad y que sirva para la vida sedentaria del proletariado.

—Bueno, pero nosotros tendremos algo que hacer, ¿no? —preguntó Chepurni.

—¡En general, sí! Sólo que después habrá que repartir la propiedad doméstica para que no nos oprima más.

—Quédate tú con la propiedad —le ordenó Chepurni—. El proletariado tiene sus manos intactas. ¿Cómo puedes echar de menos los baúles burgueses en semejante momento? Escribe la orden.

Prokofi formuló brevemente el futuro de la burguesía de Chevengur y pasó el documento a Piúsia; éste tenía que añadir de memoria a la orden la relación nominal de los ricos.

Chepurni leyó que el Poder Soviético le concedía a la burguesía todo el cielo infinito equipado con estrellas y astros a fin de organizar allí la felicidad eterna; y en cuanto a la tierra, construcciones sólidas y los útiles caseros, quedarían abajo —a cambio del cielo— completamente en manos del proletariado y del campesinado trabajador.

Al final de la orden se señalaba la fecha del segundo advenimiento que por vía organizada e indolora conduciría a la burguesía a la vida del ultratumba.

Sí fijó como fecha y hora de presentación de la burguesía en la plaza de la catedral la medianoche del jueves, y se tomó como base de la orden el boletín de la oficina meteorológica de la provincia.

A Prokofi hacía tiempo que le apasionaba la impresionante y oscura complejidad de los documentos de la capital, y trasladaba el estilo de los mismos a la escala del distrito con una sonrisa de voluptuosidad.

Piúsia no entendió nada del texto de la orden; Chepurni aspiró tabaco y preguntó tan sólo una cosa: por qué Prokofi había fijado el segundo advenimiento para el jueves y no para el lunes, que era ese mismo día.

—¡El miércoles hay ayuno, se prepararán sin organizar escándalo! —explicó Prokofi—. Además hoy y mañana se espera tiempo nublado, ¡que tengo los boletines del tiempo!

—Es un privilegio injusto —dijo Chepurni en tono de reproche, pero no insistió demasiado en acelerar el segundo advenimiento.

En cuanto a Prokofi, éste se dedicó a recorrer con Klavdia todas las casas de los ciudadanos ricos y, de paso, les requisó objetos manuales no voluminosos: brazaletes, pañuelos de seda, medallas zaristas de oro, polveras de las jóvenes, y demás. Klavdiushia colocaba las cosas en su baúl de mano,

mientras que Prokofi prometía de palabra a los burgueses la consiguiente prolongación de la vida, a condición de que aumentaran los ingresos de la república; los burgueses permanecían en medio de sus aposentos y se lo agradecían sumisamente. Hasta la noche misma del miércoles al jueves Prokofi no tuvo ni un instante libre, y se arrepintió de no haber fijado el segundo advenimiento para la noche del viernes al sábado.

A Chepurni no le preocupaba que Prokofi llegara a tener de repente un montón de cosas: eran cosas que no podían contagiar a un proletario porque los pañuelos y los polvos se desgastan en la cabeza sin repercutir en la conciencia.

La noche del miércoles al jueves la plaza de la catedral estaba ocupada por la burguesía de Chevengur, que se había presentado allí ya por la tarde. Piúsia cercó el sector de la plaza con soldados del Ejército Rojo e introdujo entre el público burgués a los flacos chequistas. Según la lista sólo tres burgueses habían dejado de presentarse: dos de ellos habían sido aplastados por sus propias casas, y el tercero había muerto de vejez. Piúsia envió inmediatamente a dos chequistas para que verificaran por qué se habían desplomado las casas, mientras que él mismo se dedicó a colocar a los burgueses en estricta formación. Los burgueses habían traído consigo pequeños atos y baúles con jabón, toallas, mudas, panecillos de trigo y los libros recordatorios en los que figuraban los difuntos de la familia. Piúsia examinó todo lo que llevaba cada uno, poniendo una especial atención a los libros recordatorios.

—Léelo —le pidió a un chequista.

Éste leyó:

—Por que descansen en paz los siervos de Dios: Evdokía, Marfa, Firs, Polikarp, Vasili, Konstantín, Makari y de todos los parientes; por la salud de Agrippina, María, Kosmá, Ignati, Piotr, Ioann, Anastasia, de su descendencia y de todos los parientes, y del enfermo Andréi.

—¿De su descendencia? —preguntó Piúsia.

—¡Eso es! —confirmó el chequista.

Detrás del cordón de soldados del Ejército Rojo permanecían las esposas de los burgueses, que sollozaban en medio del aire nocturno.

—¡Aleja a estas secuaces de la burguesía! —ordenó Piúzia. —Aquí no necesitamos a la descendencia!

—¡También deberíamos liquidarlas a ellas, camarada Piúzia! —aconsejó el chequista.

—¿Para qué, idiota? ¡Ya tienen amputado el miembro principal!

Llegaron los dos chequistas enviados a verificar las casas desplomadas y explicaron que éstas se habían desplomado por arriba porque los desvanes estaban sobrecargados con peso sin medida de sal y harina; y que los burgueses necesitaban la harina y la sal como reserva para alimentarse mientras llegaba el segundo advenimiento, para superar éste felizmente y luego seguir viviendo.

—¡Ah, eso es lo que hacéis! —exclamó Piúzia y alineó a los chequistas sin esperar a que sonara la media noche—. ¡Disparad, chicos!

Y él mismo alojó la bala de su revólver en el cráneo de Zavín-Duvailo, que era el burgués que tenía más cerca. De la cabeza del burgués emergió un débil vapor y del cráneo, por entre el cabello, rezumó luego cruda materia maternal, parecida a la cera de las velas; pero Duvailo no se desplomó, sino que se sentó sobre su hato casero.

—¡Mujer, envuélveme la garganta con un pañal! —dijo con impaciencia Zavín-Duvailo—. ¡Que se me escapa el alma entera por ahí! —dicho lo cual se desplomó del hato a tierra, estrechándose a ésta con los brazos y las piernas abiertas, igual que el amo al ama.

Los chequistas dispararon sus revólveres contra los enmudecidos burgueses que habían comulgado el día anterior, y los burgueses cayeron torpe y torcidamente, descoyuntándose sus grásiertos cuellos hasta dañarse las vértebras. Todos ellos se habían quedado sin fuerza en las piernas aún antes de sentir la herida, para que la bala diera en un lugar no mortal y se cubriera ahí de carne viva.

El comerciante Schápov, herido, yacía por tierra con el cuerpo empobrecido y le rogaba al chequista inclinado sobre él:

—Déjame respirar, amigo, no me atormentes. ¡Llama a mi mujer para que me despida de ella! O dame enseguida tu mano, no te alejes, me da miedo quedarme solo.

El chequista quiso darle la mano:

—¡Agárrate, que te ha llegado la hora!

Pero Schápov no pudo esperar la mano y se agarró a una bardana para encomendarle su vida; no soltó la planta hasta que no perdió del todo la añoranza por la mujer de la que quería despedirse; sus brazos se desplomaron luego por sí solos sin necesidad ya de amistad. El chequista lo comprendió y se turbó: con una bala dentro, los burgueses, al igual que el proletariado, tenían necesidad de camaradería, y sin la bala no amaban sino la propiedad.

Piúzia tocó a Zavín-Duvailo:

—¿Por dónde se te escapa el alma, por la garganta? ¡Enseguida te la saco de ahí!

Piúzia agarró el cuello de Zavín con la mano izquierda, aseguró más cómodamente la presa y apoyó el revólver más abajo de la nuca. Pero a Zavín le picaba el cuello todo el tiempo y lo restregaba contra el cuello de paño de su chaqueta.

—¡Deja de rascarte, idiota! ¡Espera un poco, que ahora termino contigo!

Duvailo vivía todavía y no tenía miedo:

—¡Agarra mi cabeza entre las piernas y apriétala bien para que pueda gritar, que está ahí mi mujer y no me oye!

Piúzia le golpeó la mejilla con el puño para sentir por última vez el cuerpo de aquel burgués; Duvailo gritó lastimeramente:

—¡Máshenka, que me están pegando!

Piúzia aguardó a que Duvailo terminara y pronunciara todas las palabras al completo, le atravesó entonces dos veces el cuello, y abrió la boca para aflojar las secas y recalentadas encías.

Prokofi espió de lejos ese asesinato solitario y le reprochó a Piúzia:

—¡Los comunistas no matan por la espalda, camarada Piúzia!

Piúzia, ofendido, recobró enseguida su espíritu:

—¡Los comunistas, necesitan el comunismo y no un heroísmo de oficiales, camarada Dvánov...! ¡Así que cierra la boca porque si no te enviaré también al cielo! Cualquier hijo

de puta pretende camuflarse con la bandera roja, y piensa que con eso el lugar vacío se llenará inmediatamente de honor... ¡Pero mi bala te encontrará a través de la bandera!

Chepurni, que acababa de presentarse allí, puso fin a la conversación:

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¡Los burgueses respiran aún por tierra, y vosotros buscáis el comunismo en las palabras!

Chepurni y Piúshia fueron a inspeccionar personalmente a los burgueses muertos; las víctimas yacían en grupos de tres, de cinco y más: habían tratado por lo visto de acercarse entre sí, aunque sólo fuera con alguna parte de sus cuerpos, en los últimos instantes de la despedida recíproca.

Chepurni comprobaba con el dorso de la mano las gargantas de los burgueses, de la misma manera que los mecánicos comprueban la temperatura de los rodamientos, y tenía la sensación de que todos los burgueses seguían con vida.

—¡Además, a Duvalio le he sacado el alma del cuerpo por la garganta! —dijo Piúshia.

—¡Has hecho bien: el alma está en la garganta! —recordó Chepurni—. ¿Por qué crees que los cadetes nos cuelgan por el cuello? ¡Pues para quemar nuestra alma con la cuerda: entonces uno muere realmente por completo! Sin eso se tardaría mucho: ino es nada fácil matar a un hombre!

Piúshia y Chepurni palparon a todos los burgueses y no quedaron convencidos de su definitiva muerte: unos daban la sensación de que suspiraban; otros tenían los ojos semicerados y parecían esperar a la noche para arrastrarse de ahí y seguir viviendo a costa de Piúshia y los demás proletarios; entonces Chepurni y Piúshia decidieron proporcionar a los burgueses un seguro complementario contra la prolongación de sus vidas: cargaron sus revólveres y atravesaron de lado a lado —a través de las glándulas— las gargantas de todos los hombres ricos tumbados, uno por uno sucesivamente.

—Ahora ya estamos tranquilos! —anunció Chepurni, una vez resuelto el expediente—. No hay proletario en el mundo que sea más pobre que un muerto.

—Ahora la cosa está firme —dijo Piúshia satisfecho—. Hay que retirar a los soldados del Ejército Rojo.

Dieron permiso a los soldados del Ejército Rojo para que

se fueran, y ordenaron a los chequistas que se quedaran para preparar la fosa común de los que habían constituido anteriormente la población burguesa de Chevengur. Con la aurora del día siguiente los chequistas terminaron la tarea y arrojaron todos los muertos a la fosa junto con sus hatos. Las mujeres de los ejecutados no se atrevían a acercarse y esperaban a distancia el fin de los trabajos de llenado de la tierra. Cuando los chequistas, para ahorrarse el túmulo, esparcieron la tierra sobrante por la plaza vacía iluminada por el alba, hicieron las palas y encendieron cigarrillos, las mujeres de los muertos comenzaron a avanzar hacia ellos desde todas las calles de Chevengur.

—¡Llorad! —les dijeron los chequistas, y se fueron a dormir extenuados.

Las mujeres se acostaron sobre los terrenos de barro de la lisa tumba sin huellas, y quisieron empezar a apenarse; pero la noche las había enfriado, la desgracia se les había desgastado ya, y las mujeres de los muertos no pudieron llorar más.

\*

Al enterarse de lo sucedido en Chevengur Kopionkin decidió no castigar a nadie por el momento y aguantar hasta la llegada de Alexandre Dvánov; sobre todo, porque, en aquellos momentos, Lui, el andarín, recorría su camino.

Efectivamente, Lui había recorrido mucho terreno en aquellos días y se sentía intacto, saciado y feliz. Cuando le venía en gana comer entraba en cualquier casa campesina y le decía a la dueña: «Desplúmame un pollo, mujer, que soy un hombre cansado.» Si la mujer le regateaba la gallina, Lui se despedía de ella y seguía su camino por la estepa cenando perifollos silvestres que habían crecido gracias al sol y no a los miserables trabajos domésticos del hombre. Lui no había mendigado ni robado jamás; y si durante mucho tiempo no tenía ocasión de comer, sabía que, de todas formas, una vez u otra llegaría a comer hasta hartarse, y no le dolía pasar hambre.

Ese día Lui había pernoctado en el foso de un cobertizo de ladrillo; hasta la capital de la provincia sólo le quedaban

cuarenta verstas de empedrado camino. Lui consideraba eso una nimiedad y, tras despertar, estuvo remoloneando durante un buen rato. Permanecía tumbado pensando con qué podría liarse un cigarrillo. Tenía tabaco pero no papel; hacía tiempo que se había fumado todos los documentos, y el único papel que le quedaba era la carta de Kopionkin a Dvánov. Lui sacó la carta, la alisó, la leyó dos veces para aprenderse de memoria, y confeccionó luego con ella diez cigarrillos vacíos.

—Le contaré la carta de palabra, isaldrá igual de bien! —optó juiciosamente Lui, y se dijo para confirmarse a sí mismo: ¡Claro que sí! ¿Por qué no?

Tras encender el cigarrillo, Lui salió a la carretera y se dirigió hacia la capital por la pulpa lateral del empedrado. En lo alto y en la niebla turbia de la distancia —sobre una meseta situada entre dos límpidos ríos— se divisaba la vieja ciudad, con sus torres, balcones, templos y largos edificios de las escuelas, de los juzgados y oficinas públicas. Lui sabía que en aquella ciudad hacía tiempo que vivía la gente impidiendo vivir a los demás. Apartadas de la ciudad —en los límites de ésta— expulsaban humo las cuatro chimeneas de la fábrica de máquinas y herramientas agrícolas para ayudar al sol a producir el grano. A Lui le gustó el lejano humo de las chimeneas y el silbido de una locomotora en marcha dentro de la sordera de los campos que alumbraban tranquilas yerbas.

Lui habría rodeado la capital y no habría entregado la carta si aquella no se hubiera hallado en la ruta de Petrogado y el mar Báltico: desde esa orilla del mar, dejando atrás el frío de las vacías llanuras de la revolución, zarparon los barcos hacia la oscuridad de los mares para conquistar después los cálidos países burgueses.

A esa hora Gópner descendía de la colina de la ciudad hacia el río Polni Aidar, y veía el empedrado camino trazado a través de la estepa hacia las aldeas que suministraban el abastecimiento. Por ese mismo camino iba Lui, invisible desde allí, imaginando la flota del Báltico en el frío mar. Gópner cruzó el puente y se sentó en la orilla opuesta a pescar. Enganchó en un anzuelo un gusano vivo que se atormentaba, arrojó el sedal y se quedó contemplando absorto el lento

movimiento del río que corría; el frescor del agua y el olor a yerbas húmedas excitaban la respiración y el pensamiento de Gópner; escuchaba el murmullo del río y pensaba en la vida pacífica, en la felicidad más allá del horizonte de la tierra hacia donde navegan los ríos sin llevarlo a él consigo, y poco a poco fue dejando que su seca cabeza reposara sobre las yerbas húmedas, y pasó de la tranquilidad mental al sueño. En el anzuelo de la caña picó un pececito, un joven sargo; estuvo éste agitándose durante cuatro horas tratando de escapar y desaparecer en las profundas aguas libres, mientras la sangre de su morro atravesado por el anzuelo se mezclaba con la secreción sangrienta del gusano; acabó cansándose el sargo de agitarse y, para obtener fuerzas, se tragó un trocito de gusano, volviendo después a tirar del cortante y caustico yerro para arrancar de su cuerpo el anzuelo junto con el cartílago del morro.

Desde lo alto del empedrado dique Lui vio al hombre delgado y cansado que dormía en la orilla, mientras se agitaba a sus pies por sí sola la caña de pescar. Lui se acercó al hombre, tiró de la caña y sacó el sargo; éste se calmó en la mano del caminante, abrió las agallas y comenzó y sacó la caña con el sargo; el sargo se calmó en la mano del caminante, abrió las agallas y comenzó a abandonar la existencia a causa del aterrado agotamiento.

—Camarada —dijo Lui al que dormía—. ¡Toma tu pez! ¡Mira que dormir en pleno día!

Gópner abrió los ojos inyectados de nutritiva sangre y examinó al hombre que había aparecido. El caminante se sentó para encender un cigarrillo y contemplar los edificios de la ciudad de enfrente.

—Estaba intentando ver algo en sueños y no he acabado de lograrlo —comenzó a decir Gópner—. Me despierto y estás aquí como realización de mis deseos.

Gópner rascó su hambrienta garganta cubierta de pelo y se sintió abatido: con el fin del sueño habían perecido sus bellas meditaciones, y ni siquiera el río era capaz de recordárselas.

—Me has despertado, maldito —se irritó Gópner—. ¡Otra vez voy a aburrirme!

—El río corre, el viento sopla y el pez nada —comenzó a decir Lui con voz monótona y tranquila—, y tú estás ahí sentado oxidándote de pena! Arranca a caminar hacia alguna parte, el viento te soplará un pensamiento y te enterarás de algo.

Gópner no le respondió: ¿para qué responder a un transeúnte cualquiera, ¿qué puede entender de comunismo un campesino que venía a hacer de obrero temporero?

—¿No sabrás dónde vive Alexandre Dvánov? —preguntó Lui acerca del asunto que le traía de paso.

Gópner cogió el pez de las manos del llegado y lo arrojó al río.

—¡A lo mejor vuelve en sí! —explicó.

—Ahora ya no se animará! —dudó Lui—. Tengo que ver a ese camarada con mis propios ojos...

—Para qué quieras verlo si lo voy a ver yo! —dijo Gópner de manera imprecisa—. ¿Qué pasa, le aprecias o qué?

—Por el nombre sólo no se aprecia a la gente, y no sé lo que ha hecho! Los camaradas han dicho que era imprescindible en Chevengur inmediatamente...

—Y qué pasa en Chevengur?

—El camarada Kopionkin escribió diciendo que allí había comunismo y todo eso...

Gópner examinó escrutadoramente a Lui como si éste fuese una máquina que precisara una reparación a fondo; se dio cuenta de que el capitalismo había producido en personas como aquella un agotamiento de la mente.

—Pero si no tenéis ni cualificación ni conciencia, malditos seáis! —señaló Gópner—. Así, qué comunismo puede desarrollarse?

—No tenemos nada —se justificó Lui—. La única propiedad que nos ha quedado son las personas, y por eso nos ha salido la camaradería.

Gópner sintió dentro de sí la afluencia de las reposadas fuerzas, y tras una breve reflexión expresó su opinión:

—Eso es inteligente, maldita sea, pero no consistente: ¡Está hecho sin ninguna acumulación de espoleamiento! ¿Me has entendido o tú mismo estás huyendo del comunismo?

Lui sabía que alrededor de Chevengur no había comunismo, sino sólo un escalón transitorio, y veía la ciudad situada en la colina como si fuera un escalón.

—Tú vives en un escalón —le dijo a Gópner—, por eso te parece que estoy huyendo. Pero yo voy de camino tranquilamente y luego navegaré con la flota a los Estados burgueses y los prepararé para el futuro. Yo ahora llevo el comunismo dentro del cuerpo, y no puedo escapar de él.

Gópner palpó la mano de Lui y la examinó a la luz del sol: la mano era grande, nudosa, cubierta de marcas indelebles del trabajo anterior, esas manchas de nacimiento que tienen todos los oprimidos.

«A lo mejor es verdad! —pensó Gópner respecto a Chevengur—. ¡Los aeroplanos pesan más que el aire pero vuelan, los muy malditos!»

Lui, le encomendó una vez más que transmitiera a Dvánov la carta oral de Kopionkin, para que aquél se dirigiera a Chevengur sin demora, de lo contrario podía debilitarse allí el comunismo. Gópner le tranquilizó y le señaló la calle donde él mismo vivía.

—Vete ahí y habla con mi mujer para que te dé de comer y beber, y yo me voy a descalzar y me voy a meter en un banco del río para tratar de enganchar alguna carpa: hacia el atardecer las malditas pican hasta con escarabajos...

Lui se había acostumbrado ya a despedirse pronto de la gente porque constantemente se encontraba otras personas aún mejores; en todas partes percibía por encima de él la luz del solsticio gracias a la cual la tierra hacía provisión de plantas para la alimentación y paría a los hombres para la camaradería.

Gópner, contemplando al caminante que se alejaba, llegó a la conclusión de que éste se parecía a un árbol de jardín; en el cuerpo de Lui no había realmente unidad de armonía y de organización: había una extraña falta de coordinación entre los miembros y las extremidades que habían crecido desde el interior con el desorden del ramaje y con la consistencia tenaz de la madera.

Lui desapareció en el puente y Gópner se tumbó a descansar un poco más: tenía vacaciones y disfrutaba de la vida una vez al año. Pero ese día ya no logró pescar carpas

porque pronto se levantó el viento, montículos de nubarones aparecieron tras las torres de la ciudad, y Gópner hubo de dirigirse a su casa. Pero se aburría cuando se sentaba en la habitación con su mujer, y siempre le apetecía ir a ver a sus camaradas, en especial a Sasha y a Zajar Pávlovich. Por eso, camino de su morada, se detuvo en la familiar casa de madera.

Zajar Pávlovich se hallaba tumbado y Sasha leía un libro, apretando contra éste, entrelazadas, su manos secas, desacostumbradas a la gente.

—¿Lo habéis oído? —les dijo Gópner para darles a entender que no había ido a visitarles sin motivo—. ¡En Chevengur se ha organizado por sí solo el comunismo total!

Zajar Pávlovich dejó de resoplar pausadamente por la nariz; ralentizó la llegada del sueño y escuchó. Alexandre callaba y miraba a Gópner con confiada emoción.

—¿Qué miras? —le dijo Gópner—. ¡Hasta los aeroplanos vuelan mal que bien, aunque los malditos pesan más que el aire! ¡Por qué no va a organizarse el comunismo por sí solo en todas partes?

—¿Y qué han hecho con el chivo que, empezando por los bordes como si fuera repollo, se zampa siempre la revolución? —preguntó el padre de Dvánov.

—Se trata de las condiciones objetivas —explicó Alexandre—. Mi padre se refiere al chivo expiatorio de los pecados.

—¡El chivo expiatorio se lo han comido! —informó Gópner como si hubiera sido testigo ocular—. Ahora, ellos mismos van a ser culpables en la vida.

Al otro lado de la pared hecha de planchas de una pulgada, se oyó inmediatamente el llanto de un hombre que se deshacía en lágrimas cada vez más ruidosamente. El hombre se daba con la ultrajada cabeza contra una mesa, haciendo temblar las botellas de cerveza que había sobre ella; se trataba de un solitario miembro del Komsomol, que vivía allí, y que trabajaba, sin avanzar los más mínimo hacia cargos más elevados, como fogonero en el depósito de máquinas. El komsomol lanzó algunos sollozos más, se calló después y se sonó la nariz.

—¡Hay un montón de canallas que van en coche, se casan con actrices gordas, y yo sigo viviendo de esta manera! —decía el komsomol vertiendo su triste amargura—. Mañana mismo iré al comité del barrio, a que me metan en la oficina: ¡conozco al dedillo las bases de la política y soy capaz de dirigir a toda una escala! Pero me han metido de fogonero y, además, de cuarta categoría... No saben distinguir a los hombres, los muy canallas.

Zajar Pávlovich salió fuera a tomar el aire y contemplar la lluvia: ver si ésta era de verdad o un nubarrón pasajero. La lluvia era cerrada y duradera, para toda la noche o para veinticuatro horas; trabajados por el viento y la lluvia, los árboles murmuraban en el patio, y ladraban los perros guardianes en cercados patios.

—¡Vaya un viento y una lluvia! —dijo Zajar Pávlovich—. Y dentro de poco me quedaré otra vez sin mi hijo.

En la habitación, Gópner exhortaba a Alexandre a que fuera a Chevengur:

—Nosotros dos —decía Gópner para convencerle—, le tomaremos medida a todo el comunismo de allí, levantaremos el plano exacto del mismo y volveremos a la capital; y entonces será fácil edificar el comunismo en la sexta parte del círculo terrestre porque en Chevengur nos pondrán en las manos el patrón ya hecho.

Dvánov pensaba en silencio en Kopionkin y en su carta oral: «El comunismo, y al revés.»

Zajar Pávlovich permaneció largo rato escuchando y dijo a continuación:

—Cuidado, chicos: el hombre de condición obrera es un imbécil muy débil, y el comunismo no es ninguna bagatela. Vuestro Chevengur necesita que haya entre los hombres una relación completa, ¿cómo puede ser que lo hayan solucionado de golpe?

—¿Y por qué no? —argumentó convencido Gópner—. ¡El poder local ha inventado por casualidad algo inteligente, y por eso ha funcionado, maldita sea! ¿Qué hay de especial en ello?

Pero Zajar Pávlovich seguía con muchas dudas:

—Claro que sí, pero el hombre no es ningún material liso del todo. Ningún idiota pone en marcha una locomo-

tora. Y nosotros también vivimos cuando había zar. ¿Me entiendes ahora?

—Sí que te entiendo —reflexionó Gópner—, pero no veo alrededor mío nada de lo que tú dices.

—Tú no lo ves, pero yo sí —añadió Zajar Pávlovich, ahondando en su perplejidad—. ¡Con hierro puedo hacer lo que quieras, pero de un hombre jamás podré hacer un comunista!

—¡Pero ahí no los ha hecho nadie, se han hecho ellos solos, los malditos! —le objetó Gópner.

En ese punto Zajar Pávlovich le dio la razón.

—¡Bueno, eso es otra cosa! Quería decir que el poder local no tiene nada que ver con eso, porque el hombre sólo puede llegar a ser más inteligente a base de tocar lo que fabrica, iy el poder, que tiene a los hombres más inteligentes, hace que vayan perdiendo la inteligencia! ¡Si el hombre fuera menos paciente y estallara ante la desgracia igual que el hierro fundido, también el poder sería entonces estupendo!

—Entonces, padre, no existiría el poder —dijo Alexandr.

—¡Puede que sea así! —confirmó Zajar Pávlovich.

Se oía cómo al otro lado de la pared se estaba durmiendo con dificultad el komsomol, que no había logrado liberarse del todo de su exasperación. «Canallas —suspiraba con voz resignada, y omitía en el silencio de su sueño algún punto esencial—. Duermen en pareja en sus camas, y yo he de hacerlo solo en un banco de ladrillo...! Deja que pueda dormir en sitio blando, camarada secretario, que no hago más que reventar en un trabajo de lo más negro... ¡Llevo ya muchos años pagando mis cotizaciones, deja que coja mi parte...! ¿Tengo razón o no...?»

Los torrentes de la enfriada lluvia sonaban en la noche; Alexandr oía caer las pesadas gotas que golpeaban los lagos y los arroyos callejeros; lo único que le consolaba en medio de la desapacible humedad del tiempo era el recuerdo del cuento popular en el que una burbuja, una pajita y un *lápot*, habían vencido en tiempos, actuando juntos, a una naturaleza tan poco segura e igual de intransitable que ésta.

«Pues él era la burbuja, y ella no era una mujer sino una pajita, y su camarada era un *lápot* abandonado, pero juntos

habían atravesado los campos labrados y los charcos —con la felicidad de la infancia, con la sensación de asemejarse personalmente al desconocido *lápot*, imaginaba de sí mismo Dvánov. Yo también tengo por camaradas bolas y pajitas, sólo que yo, sin saber por qué los he abandonado, soy peor que el *lápot*....»

La noche olía a la lejana alfombra de yerba de la estepa; en el otro lado de la calle tenía su sede una institución oficial en la que en aquel momento languidecían los expedientes de la revolución, mientras que durante el día se hacía inventario de las personas movilizables. Gópner se quitó los zapatos y se quedó a pernoctar, aunque sabía que a la mañana siguiente su mujer le iba a regañar: «¡¿Dónde has pasado la noche?! —le diría—. ¡Seguro que has encontrado a una más joven!» —y le daría con un leño en la clavícula. ¿Pero acaso entendían las mujeres lo que era la camaradería? ¡Serían capaces de cerrar todo el comunismo en partes pequeñoburguesas, aunque sólo tuvieran para ello sierras de madera!

—¡Bueno, maldita sea, acaso necesita el hombre tantas cosas! —suspiraba Gópner—. ¡Y sin embargo no hay manera de encontrar una regulación tranquila!

—¿Qué es lo que murmuras? —preguntó Zajar Pávlovich.

—Me refiero a la familia: por cada *pud* de carne viva mi parienta tiene cinco *puds* de ideología pequeñoburguesa. ¡Imaginate el contrapeso que lleva encima!

La lluvia cesó en la calle, las burbujas se callaron y la tierra comenzó a oler a yerbas lavadas, a limpieza de agua fría y al frescor de los caminos abiertos. Dvánov se fue a dormir de mala gana, tenía la sensación de que había vivido ese día en vano, y se avergonzaba ante sí mismo de ese acceso de aburrimiento de vivir que le había embargado de repente. El día de antes se sentía mejor, aunque había vuelto Sonia de la aldea, había recogido en su antigua vivienda, en un hato, el resto de sus enseres y se había marchado en dirección desconocida. Había llamado a la ventana de Sasha, se había despedido de él con la mano, pero cuando él había salido a la calle ya no se la veía por ninguna parte. Así que Sasha se había pasado ese día pensando en ella hasta el anochecer, existiendo por medio de aquel pensamiento. Pero hoy se ha-

bía olvidado de que tenía que vivir, y no lograba conciliar el sueño.

Gópner se había dormido ya, pero su respiración era tan débil y tan pobre durante el sueño que Dvánov se le acercó temiendo que la vida se le fuera a acabar a aquel hombre. Dvánov colocó el brazo de Gópner —que le colgaba a un costado— sobre el pecho de éste y escuchó de nuevo con atención la compleja y tierna vida del que dormía. Se veía hasta qué punto era frágil, indefenso y confiado este hombre, y sin embargo probablemente también a él le pegaba alguien, le torturaba, le engañaba y le odiaba; mientras que él apenas estaba ya vivo, y su respiración, durante el sueño, estaba a punto de cesar. Nadie mira nunca a las personas cuando duermen, y sin embargo suelen tener rostros verdaderos y amables; en realidad el rostro del hombre se ve desfigurado, cuando está despierto, por la memoria, el sentimiento y la necesidad.

Dvánov apaciguó los brazos de Gópner que trataban de escapar; examinó de cerca y con la curiosidad del afecto a Zajar Pávlovich, que estaba sumergido igualmente en un sueño profundo; escuchó después el viento que iba apaciguándose y se acostó para pasar la noche. Su padre vivía su sueño juiciosa y razonablemente, de manera parecida a como lo hacía de día, por lo que su rostro se transformaba poco por la noche; en los casos en que tenía sueños, eran éstos sueños útiles y cercanos al despertar, y no de los que luego suelen producir vergüenza y tristeza.

Dvánov se apelotonó hasta sentir por completo su cuerpo, y se quedó inmóvil y callado. Y poco a poco, como un agotamiento que se difuminara, Dvánov vio aparecer ante sí un día de su infancia, pero no en la profundidad de los años enmarañados, sino en la de un cuerpo apaciguado, duro de llevar y que se atormenta a sí mismo. A través del sombrío otoño nocturno, caía la lluvia como espaciadas lágrimas sobre el cementerio rural de su tierra natal; la cuerda con la que el guarda de la iglesia marcaba las horas por la noche sin necesidad de subir al campanario se agitaba con el viento; por encima de los árboles, pero muy cerca de ellos, circulaban agotados y arrugados nubarrones parecidos a las mujeres del

pueblo después de haber parido. El pequeño Sasha permanecía junto a la tumba de su padre bajo las últimas y susurrantes hojas. El montículo de barro se había desparramado como consecuencia de las lluvias, los transeúntes lo habían apisonando hasta hacerlo desaparecer, y sobre él caían las hojas igual de muertas que el padre enterrado debajo. Sasha llevaba un saco vacío y un pequeño bastón que le había regalado Prójor Abrámovich para el largo camino.

No comprendiendo la despedida de su padre, el niño tocó la tierra de la tumba como en tiempos había palpado la camisa de la mortaja del padre y le pareció que la lluvia olía a sudor —a la vida habitual en los cálidos brazos del padre a orillas del lago Mútevo—; aquella vida, que se le había prometido para siempre, no volvía ahora y el niño no sabía si eso era lo normal o debía llorar. El pequeño Sasha dejó a su padre el bastón en sustitución de su propia persona, lo enterró en la tumba y colocó sobre la misma hojas recién muertas para que el padre supiera lo triste que se sentía su Sasha por tener que irse solo, y para que estuviera seguro de que, estuviera donde estuviera, volvería allí a por el bastón y a por su padre.

Dvánov sintió una gran pena y rompió a llorar en sueños por no haber recogido todavía el bastón de junto a su padre. Pero su padre surcaba ya las aguas en una barca y sonreía ante el susto de su hijo, cansado ya de esperarle. Su ligera barca, que se volcaba fácilmente, se balanceaba por nada —con el viento y hasta con la respiración del remero—, y el rostro del padre, especial, siempre penoso, expresaba una humilde pero ávida commiseración por medio mundo; en cuanto a la otra mitad del mundo, él no la conocía, trataba mentalmente de imaginarla y tal vez la odiaba. Al bajar de la barca, el padre acariciaba el agua poco profunda, pasaba la mano por la parte superior de las yerbas sin producirles daño, abrazaba al niño y contemplaba al mundo cercano como a su amigo y compañero de armas en la lucha común contra su propio, único e invisible enemigo.

—¿Por qué lloras almita de cántaro? —le dijo el padre—. Tu bastón se ha puesto frondoso como un árbol y mira qué grande está; ino podrás arrancarlo...!

—¿Y cómo voy a ir entonces a Chevengur? —preguntó el niño—. Sin el bastón me sentiré triste.

El padre se sentó en la yerba y miró en silencio a la otra orilla del lago. Esta vez no abrazaba al hijo.

—No estés triste —dijo el padre—. También a mí me resulta triste yacer aquí, hijo. Haz algo en Chevengur: ¿Para qué yacer los dos muertos...?

Sasha se acercó al padre y se recostó en las rodillas de éste porque no deseaba marcharse a Chevengur. El padre rompió a llorar por la despedida y luego, en su aflicción, estrechó al hijo con tal fuerza que éste, al sentirse solo para siempre, rompió también a sollozar. Aún permaneció largo rato agarrado a la camisa del padre; el sol se había levantado ya por encima del bosque tras del cual, en la lejanía, vivía el ajeno Chevengur, y los pájaros del bosque llegaron volando al lago a beber agua; el padre mientras tanto seguía sentado inmóvil observando el largo e inútil nuevo día que se iniciaba, y el niño se le durmió en sus rodillas; el padre volvió entonces el rostro del hijo hacia el sol para que se le secaran las lágrimas, pero la luz le hizo cosquillas al niño en los cerrados ojos, y éste se despertó.

Gópner se estaba ajustando a la pierna las rotas vendas, y Zajar Pávlovich estaba llenando de tabaco su bolsa, preparándose para ir a trabajar. Por encima de las casas, como por encima de los bosques, se alzaba el sol, y su luz daba directamente en la cara de Dvánov. Zajar Pávlovich ató su bolsa de tabaco, cogió un trozo de pan y dos patatas cocidas y dijo: «Bueno, me voy, quedad con Dios.» Dvánov miró las rodillas de Zajar Pávlovich y a las moscas que volaban como pájaros del bosque.

—Entonces, ¿qué, vas a ir a Chevengur? —preguntó Gópner.

—Sí, ¿Y tú?

—Yo no soy menos que tú. También voy a ir...

—¿Y qué va a pasar con tu trabajo? ¿Te vas a despedir?

—Sí, ¿qué puedo hacer? Pediré la cuenta y ya está: hoy en día el comunismo es más importante que la disciplina en el trabajo, maldita sea. Soy miembro del Partido, ¿no?

Dvánov le preguntó además a Gópner por su mujer, acer-

ca de cómo iba a vivir ésta si él se iba. En ese punto Gópner reflexionó de un modo ligero y por poco rato.

—Se alimentará de pepitas de girasol, ella no necesita mucho... Lo que hay entre ella y yo no es amor, es sólo un hecho. También el proletariado ha nacido de los hechos y no del amor.

Gópner no se refirió a lo que realmente le incitaba a ir a Chevengur. Quería ir allí no para que su mujer se alimentara de pipas sino para tomarle las medidas a Chevengur y organizar lo ante posible el comunismo en toda la provincia; el comunismo abastecería entonces, segura y copiosamente, a su mujer durante la vejez, al igual que a las demás personas inútiles; y mientras tanto que aguantara como pudiera. Y si se quedaba a trabajar allí para siempre, tal ocupación no tendría ni término ni mejora. Gópner llevaba veinticinco años trabajando abnegadamente, y eso no le había sido de ningún provecho personal; seguía lo mismo, lo cual era una total pérdida de tiempo. Ni los alimentos, ni la ropa, ni la felicidad del alma, nada de todo ello se multiplicaba, lo que demostraba que los hombres necesitaban ahora más que el trabajo el comunismo. Además su mujer podría ir a ver a Zajar Pávlovich, por ejemplo, y éste no le negaría un trozo de pan a una mujer proletaria. Los trabajadores mansos son también necesarios: trabajan sin cesar en las épocas en las que el comunismo no sirve todavía para nada, pero exige ya el alimento, las desgracias familiares y, por añadidura, el consuelo de las mujeres.

\*

Kopionkin pasó esperanzado veinticuatro horas en Chevengur, pero después se cansó de vivir en aquella ciudad en la que no sentía el comunismo; resultó que, al principio, después de enterrar a la burguesía, Chepurní no sabía en absoluto cómo vivir para la felicidad y se iba a concentrarse a las praderas lejanas para allí, entre las yerbas vivas y en soledad, presentir el comunismo. Tras pasar dos días y dos noches en los desiertos prados contemplando la contrarrevolucionaria bondad de la naturaleza, Chepurní se sintió invadido por

una profunda melancolía, y trató de recuperar el ánimo en Carlos Marx: pensaba que se trataba de un libro inmenso en el que estaba escrito todo; y hasta se asombró de que el mundo estuviera desparramándose —había más estepas que casas y personas— y que, sin embargo, se hubieran inventado ya tantas palabras a propósito del mundo y de los hombres.

No obstante, organizó la lectura de ese libro en voz alta: Prokofi se lo leía, y Chepurni, con la cabeza apoyada sobre la mesa, lo escuchaba con la mayor atención, y servía *kvias* de vez en cuando al lector para que a éste no se le debilitara la voz. Tras la lectura, Chepurni, que no había comprendido nada, se sintió algo más aliviado.

—Formula, Prosha —dijo apaciblemente, ya estoy presintiendo algo.

Prokofi desplegó toda su inteligencia y formuló con sencillez:

—Supongo, camarada Chepurni, una cosa...

—No supongas nada, tú proporcioname una resolución sobre la liquidación de la clase residual de los canallas.

—Supongo una cosa —redondeó razonablemente Prokofi—: ya que Carlos Marx no dice nada acerca de las clases residuales, éstas no pueden existir.

—Pero sí existen, sal a la calle y las verás: una viuda, un dependiente, o un jefe proletario destituido... Dime, ¿qué es lo que que hay que hacer?

—Yo supongo que si según Carlos Marx no pueden existir, es que no deben existir.

—Pero existen y nos oprimen indirectamente, ¿cómo puede ser eso?

Prokofi volvió a poner en tensión su acostumbrada mente, en busca ahora tan sólo de la fórmula organizativa.

Chepurni le previno de que no tratará de pensar de conformidad con la ciencia ya que la misma no estaba todavía concluida, sino que se hallaba en desarrollo: y a nadie se le ocurre segar el centeno verde.

—Yo pienso y supongo, camarada Chepurni —halló como salida Chepurni—, en un siguiente orden consecuente.

—Pero piensa más deprisa, que me estoy poniendo nervioso!

—Yo parto de la siguiente manera: es necesario expulsar los restos de población de Chevengur lo más lejos posible, para que se pierdan.

—Eso no está claro: los pastores pueden indicarles el camino...

Prokofi no había puesto fin a sus palabras:

—Se entregará por adelantado una ración de una semana a todos los descartados de la base del comunismo, cosa que hará el comité de liquidación del centro de evacuación...

—Recuérdame que disuelva mañana ese comité de liquidación.

—Lo tendré en cuenta, camarada Chepurni. Inmediatamente se proclamará la pena de muerte para todos los restos de mediana burguesía, que allí mismo se despedirá...

—Ni más ni menos?

—Se despedirá bajo el signo de una eterna expulsión de Chevengur y de todas las demás bases del comunismo. Y si esos restos se presentaran en Chevengur, la pena de muerte les sería aplicada en veinticuatro horas.

—¡Esto es completamente aceptable, Prosha! Haz favor de escribir la resolución en la parte derecha del papel.

Chepurni aspiró lentamente una pizca de tabaco y percibió el sabor del mismo durante un buen rato. Ahora ya se sentía bien: la clase residual de canallas iba a ser arrojada fuera de los límites del distrito, y el comunismo se instauraría en Chevengur, ya que no podía haber ninguna otra cosa.

Chepurni tomó en sus manos la obra de Carlos Marx y acarició las páginas atiborradas de letra impresa.

—¡Mira que ha escrito este hombre! —dijo con pena Chepurni—. Y nosotros lo hemos hecho todo antes de leer nada. ¡Más le valdría no haber escrito!

Para que la lectura del libro no se hubiera hecho en vano, Chepurni dejó escrita una huella en él a través del título: «Ejecutado en Chevengur, incluida la evacuación de la clase de los canallas residuales. A Marx no le dio la cabeza para hablar de ellos, pero representan un peligro inevitable en el porvenir. Sin embargo, nosotros hemos tomado nuestras medidas.» Despues, Chepurni colocó cuidadosamente el libro so-

bre el alféizar, sintiendo con satisfacción que se tratará de un asunto ya liquidado.

Prokofi escribió la resolución y cada uno se marchó por su lado. Prokofi fue en busca de Kladviusha y Chepurni partió a revisar la ciudad antes de que se instaurara en ella el comunismo. Junto a las casas, en los bancos de tierra, en los troncos tumbados de pequeños robles y en asientos accidentales de distinto tipo, se calentaban gentes extrañas: viejecitas, hijos cuarentones con gorras de visera color azul cuyos dueños habían sido fusilados, adolescentes menudos educados sobre la base de prejuicios, funcionarios desanimados por haber sido despedidos y demás partidarios de esa misma clase social. Nada más divisar a Chepurni, que caminaba lentamente, los sedentes se levantaron a un tiempo en silencio y, procurando no hacer sonar las portezuelas, se metieron despacio en el interior de sus granjas, tratando de desaparecer herméticamente. En todos los portones permanecían durante casi todo el año las cruces sepulcrales dibujadas con tiza por la noche, la víspera de la Epifanía: ese año no había habido todavía aguaceros inclinados que hubieran borrado las cruces de tiza. «Habrá que pasarse mañana por aquí con un trapo húmedo —apuntó en su mente Chepurni—, porque ésto es una verdadera vergüenza.»

En el límite de la ciudad se abría una estepa profunda y poderosa. El espeso aire vital alimentaba tranquilizadora-mente las vespertinas yerbas apaciguadas, y tan sólo en la lejanía, que se estaba apagando, marchaba en una *telega* algún hombre inquieto, levantando polvo en el vacío del horizonte. El sol no se había puesto todavía, pero se le podía mirar directamente —el incansable y redondo calor de su roja fuerza, debería bastar para el comunismo eterno y para el cese total de las vanas querellas entre los hombres, nacidas de la mortal necesidad de comer, siendo que el astro celeste trabajaba todo él, prescindiendo de los hombres, para hacer brotar el alimento. Era preciso que cada hombre cediera ante su vecino para que aquel lugar iluminado por el sol se colmara de esa cosa llamada amistad, abandonándose las discordias.

Chepurni observaba en silencio el sol, la estepa y Chevengur, y percibía agudamente la emoción que provocaba en él

el cercano comunismo. Temía su creciente buen humor, cuya fuerza espesa obstruía el pensamiento de su cabeza y hacía difícil su experiencia interior. Ahora tardaría mucho en encontrar a Prokofi, quien seguro que habría encontrado la manera de formularlo y aclarado así el estado de ánimo de Chepurni.

«¿Por qué estoy tan abrumado? Si lo que está llegando es el comunismo!» —pensaba en silencio Chepurni en la oscuridad de su agitación.

El sol se puso y dejó que el aire desprendiera humedad para las yerbas. La naturaleza se hizo más azul y tranquila tras limpiarse del ruidoso trabajo del sol en aras de la camaradería universal de la abrumada vida. Un tallo quebrantado por el pie de Chepurni reposó su moribunda cabeza sobre el foliado hombro del vecino vivo; Chepurni apartó el pie y olió el aire: de las profundidades de los lejanos lugares esteparios llegaba el olor a tristeza de la distancia y a la melancolía de la ausencia de hombres.

A partir de los últimos setos de Chevengur comenzaban las yerbajos con su espesura sin claros que se alejaba hacia las agrestes landas de la estepa; los pies de Chepurni se sentían cómodos entre el calor de las polvorrientas bardanas que crecían fraternalmente entre las demás yerbas rebeldes. Las malas yerbas habían cercado todo Chevengur protegiéndolo estrechamente de los acechantes espacios abiertos, en medio los cuales Chepurni percibía la inhumanidad emboscada. De no ser por las malas yerbas, por aquellas yerbas pacientes y fraternales, semejantes a gentes desgraciadas, la estepa sería inaceptable; pero el viento transportaba por entre las malas yerbas la semilla de la multiplicación de las mismas, y el hombre, con el corazón oprimido, caminaba por la yerba hacia el comunismo. Chepurni hubiera querido marcharse para descansar de sus sentimientos, pero se quedó a esperar al hombre que caminaba hacia Chevengur desde la lejanía cubierto hasta la cintura de malas yerbas. Podía verse enseguida que el que caminaba no era un resto de la canalla sino un oprimido: avanzaba lentamente hacia Chevengur como hacia un enemigo, sin confiar en que podría encontrar un lugar donde pasar la noche y musitando algo sobre la marcha. El

paso del peregrino era desigual, el cansancio de toda una vida hacía que las piernas se le desplegaran de manera desigual, y Chepurni pensó: «Ahí viene un camarada, le esperaré y me abrazaré a él de la tristeza que tengo, ¡me aterra encontrarme solo en la vigilia del comunismo!»

Chepurni tocó una bardana —ella también quería el comunismo—: toda yerba salvaje no es sino amistad entre plantas vivas. En cambio las flores y los jardincillos, e incluso los pequeños parterres, no son manifiestamente sino un vivero de canallas, y habría que segarlos sin falta y aplastarlos para siempre en Chevengur para que en las calles crezca libremente la yerba que junto con el proletariado soporta el calor de la vida y la muerte de la nieve. En la cercanía las malas yerbas se habían inclinado y susurraron dócilmente como debido al movimiento de un cuerpo extraño.

—¡La amo, Klavdiusha y deseo comérme la, pero usted está siempre demasiado abstraída! —dijo dolorosamente la voz de Prokofi sin esperar a que se marchara Chepurni.

Chepurni lo oyó, pero no se apenó: ¡por ahí mismo venía caminando un hombre que tampoco tenía a Klavdiusha!

El hombre estaba ya cerca, tenía una barba negra y los ojos devotos a algo. Andaba a través de la espesura de yerbas salvajes con sus recalentadas y polvorrientas botas de caña de las que debería emanar olor a sudor.

Chepurni se apoyó lastimeramente en la cerca; se daba cuenta asustado de que el hombre de la barba negra le agradaba mucho, le era muy querido, y si no hubiese aparecido a esa hora, Chepurni habría roto a llorar de aflicción en el vacío y penitente Chevengur; no acababa de creerse, para sus adentros, que Klavdiusha fuera capaz de pendonear y tener pasión por la procreación: la respetaba demasiado por el camaraderil consuelo que prestaba a todos los comunistas solitarios de Chevengur; pero ella fue a acostarse con Prokofi entre las yerbas salvajes, mientras que toda la ciudad estaba pendiente de la llegada del comunismo y Chepurni mismo necesitaba de la amistad debido a su tristeza; si hubiera podido abrazar ahora a Klavdiusha, después habría sido capaz de esperar el comunismo tranquilamente dos o tres días y noches más, pero así no podía vivir: no tenía en quién poner su

camaraderil sentimiento; aunque nadie es capaz de formular el firme y eterno sentido de la vida, uno se olvida de ese sentido de la existencia cuando vive en la amistad y en compañía permanente de sus camaradas, cuando las vicisitudes de la vida son compartidas de modo igualitario y en pequeños retazos entre los abrazados mártires.

El caminante se detuvo delante de Chepurni.

—¿Qué, estás esperando a los tuyos?

—¡Sí, a los míos! —convino Chepurni felizmente.

—¡No llegarán: ahora todos son extraños! ¿O esperas a tus parientes?

—No, a los camaradas.

—Pues sigue esperando —dijo el caminante, y comenzó a arreglar el saco con vueltas que llevaba a su espalda—. Ahora no hay camaradas. Todos los imbéciles que antes más o menos lo eran, hoy han comenzado a vivir normalmente: yo ando mucho y lo veo.

El herrero Sótij ya se había acostumbrado al desencanto, le daba igual vivir en el burgo de Kalityá que en una ciudad extraña, y había abandonado con indiferencia su herrería por todo el verano y había ido a ajustarse para la temporada como ferrallista en la construcción, porque las armazones se parecían a las cercas y le resultaban familiares.

—Sucede —dijo Sótij, sin ser consciente de la alegría que le producía encontrarse por el camino con un hombre—, que los camaradas son personas buenas, solamente que son unos imbéciles y no viven mucho. ¿Dónde se puede encontrar ahora un camarada? El mejor ha sido fusilado y enterrado: se esforzó mucho a favor de los pobres; y el que ha aguantado vagabundeando de acá para allá sin sentido... ¡Y en cuanto a los elementos parásitos, son ellos los que mantienen tranquilamente el poder sobre todos, pero a éstos no los verás nunca, no los esperes!

Sótij terminó de arreglar el saco y dio un paso para seguir caminando, pero Chepurni le rozó con cuidado y se echó a llorar de la emoción y vergüenza de su desprotegida amistad.

El herrero no dijo nada al principio para probar la autenticidad de Chepurni, pero luego también él dejó de sujetar la

paso del peregrino era desigual, el cansancio de toda una vida hacía que las piernas se le desplegaran de manera desigual, y Chepurni pensó: «Ahí viene un camarada, le esperaré y me abrazaré a él de la tristeza que tengo, ¡me aterra encontrarme solo en la vigilia del comunismo!»

Chepurni tocó una bardana —ella también quería el comunismo—: toda yerba salvaje no es sino amistad entre plantas vivas. En cambio las flores y los jardincillos, e incluso los pequeños parterres, no son manifestamente sino un vivero de canallas, y habría que segarlos sin falta y aplastarlos para siempre en Chevengur para que en las calles crezca libremente la yerba que junto con el proletariado soporta el calor de la vida y la muerte de la nieve. En la cercanía las malas yerbas se habían inclinado y susurraron dócilmente como debido al movimiento de un cuerpo extraño.

—¡La amo, Klavdiusha y deseo comérme la, pero usted está siempre demasiado abstraída! —dijo dolorosamente la voz de Prokofi sin esperar a que se marchara Chepurni.

Chepurni lo oyó, pero no se apenó: ipor ahí mismo venía caminando un hombre que tampoco tenía a Klavdiusha!

El hombre estaba ya cerca, tenía una barba negra y los ojos devotos a algo. Andaba a través de la espesura de yerbas salvajes con sus recalentadas y polvorrientas botas de caña de las que debería emanar olor a sudor.

Chepurni se apoyó lastimeramente en la cerca; se daba cuenta asustado de que el hombre de la barba negra le agradaba mucho, le era muy querido, y si no hubiese aparecido a esa hora, Chepurni habría roto a llorar de aflicción en el vacío y penitente Chevengur; no acababa de creerse, para sus adentros, que Klavdiusha fuera capaz de pendonear y tener pasión por la procreación: la respetaba demasiado por el camaraderil consuelo que prestaba a todos los comunistas solidarios de Chevengur; pero ella fue a acostarse con Prokofi entre las yerbas salvajes, mientras que toda la ciudad estaba pendiente de la llegada del comunismo y Chepurni mismo necesitaba de la amistad debido a su tristeza; si hubiera podido abrazar ahora a Klavdiusha, después habría sido capaz de esperar el comunismo tranquilamente dos o tres días y noches más, pero así no podía vivir: no tenía en quién poner su

camaraderil sentimiento; aunque nadie es capaz de formular el firme y eterno sentido de la vida, uno se olvida de ese sentido de la existencia cuando vive en la amistad y en compañía permanente de sus camaradas, cuando las vicisitudes de la vida son compartidas de modo igualitario y en pequeños retazos entre los abrazados mártires.

El caminante se detuvo delante de Chepurni.

—¿Qué, estás esperando a los tuyos?

—¡Sí, a los míos! —convino Chepurni felizmente.

—¡No llegarán: ahora todos son extraños! ¿O esperas a tus parientes?

—No, a los camaradas.

—Pues sigue esperando —dijo el caminante, y comenzó a arreglar el saco con vituallas que llevaba a su espalda—. Ahora no hay camaradas. Todos los imbéciles que antes más o menos lo eran, hoy han comenzado a vivir normalmente: yo ando mucho y lo veo.

El herrero Sótij ya se había acostumbrado al desencanto, le daba igual vivir en el burgo de Kalitvá que en una ciudad extraña, y había abandonado con indiferencia su herrería por todo el verano y había ido a ajustarse para la temporada como ferrallista en la construcción, porque las amazonas se parecían a las cercas y le resultaban familiares.

—Sucede —dijo Sótij, sin ser consciente de la alegría que le producía encontrarse por el camino con un hombre—, que los camaradas son personas buenas, solamente que son unos imbéciles y no viven mucho. ¿Dónde se puede encontrar ahora un camarada? El mejor ha sido fusilado y enterrado: se esforzó mucho a favor de los pobres; y el que ha aguantado vagabundeando de acá para allá sin sentido... ¡Y en cuanto a los elementos parásitos, son ellos los que mantienen tranquilamente el poder sobre todos, pero a éso no los verás nunca, no los esperes!

Sótij terminó de arreglar el saco y dio un paso para seguir caminando, pero Chepurni le rozó con cuidado y se echó a llorar de la emoción y vergüenza de su desprotegida amistad.

El herrero no dijo nada al principio para probar la autenticidad de Chepurni, pero luego también él dejó de sujetar la

cerca que le separaba de los demás hombres y se dejó ablandar con alivio.

—Si lloras eso quiere decir que tú eres uno de esos buenos camaradas asesinados que ha quedado con vida! Vamos del brazo a pasar la noche: tú y yo tenemos que pensar mucho tiempo. Y no llores inútilmente, los hombres no son canciones: yo siempre lloro cuando oigo una canción, hasta en mi boda lloré...

Chevengur se cerraba pronto para dormir y no sentir peligro. Y nadie, ni siquiera Chepurni con su atento sentimiento, sabía que en algunos patios los habitantes mantenían conversaciones en voz baja. Junto a las cercas, entre las acogedoras bardanas se tumbaban los antiguos dependientes y los funcionarios destituidos y hablaban en susurros del verano del Señor y el reino milenario de Cristo, de la paz futura de una tierra refrescada por los sufrimientos —semejantes conversaciones les eran imprescindibles para poder atravesar humildemente el infernal fondo del comunismo—; las provisiones olvidadas de bondad almacenada durante siglos ayudaban a los viejos chevengureños a soporlar lo que les restaba de vida con la plena dignidad de la paciencia y la esperanza. La desgracia, en cambio, era para Chepurni y sus escasos camaradas: ni en los libros, ni en los cuentos populares, ni en parte alguna el comunismo estaba escrito cual canción comprensible de la que uno podía acordarse para consolarse en los momentos de peligro; Carlos Marx miraba desde las paredes cual Savaoth ajeno, y sus terribles libros no podían conducir al hombre a una imaginación tranquilizante del comunismo; los carteles hechos en Moscú y en la capital representaban a la hidra de la contrarrevolución y los trenes llenos de percal y paño que se dirigían a las aldeas cooperativas, pero en ninguna parte se veía el cuadro enternecedor del futuro en nombre del cual se hacía preciso cortar la cabeza de la hidra y conducir trenes cargados. Chepurni tenía que apoyarse tan sólo en su inspirado corazón y conquistar el futuro a través de su dura fuerza sacando a golpes las almas de los mudos cuerpos de los burgueses, y abrazando en el camino al herrero-camionante.

Chepurni y Sótij permanecieron tumbados en la paja en un cobertizo deshabitado hasta la primera alba pura, sumergidos en la búsqueda mental del comunismo y de la bondad de éste. Chepurni se alegraba siempre de ver a un proletario, fuera quien fuera y dijera lo que dijera: tanto acertadamente como si no. Se sentía bien no durmiendo y pudiendo escuchar durante horas enteras la formulación de sus sentimientos ahogados por el exceso de fuerza que tenían; gracias a ello alcanzaba la paz interior y podía por fin dormirse. Sótij tampoco dormía, pero guardaba silencio en muchas ocasiones y comenzaba a dormitar, aunque el estado de duermevela hacía que recuperara sus fuerzas, se despertara, hablara brevemente y, al cansarse, volviera de nuevo a adormecerse. Durante la duermevela de Sótij, Chepurni le estiraba las piernas y le cruzaba los brazos en posición cómoda, para que descansara mejor.

—No me acaricies, no hagas que me avergüenze —le respondía Sótij en la cálida profundidad del cobertizo—. No sé por qué, pero me encuentro bien a tu lado, sin más.

Poco antes de que los dos se sumergieran en el sueño, la puerta del cobertizo comenzó a dejar pasar la luz por sus rendijas y desde el fresco patio llegó el olor a humeante estíercol; Sótij se incorporó a medias y miró al nuevo día con ojos atontados por el irregular sueño.

—¿Qué te pasa? Ponte sobre el costado derecho y olvídate —dijo Chepurni sintiendo que el tiempo hubiera pasado tan deprisa.

—Es que no me dejas dormir —le reprochó Sótij—. En nuestro pueblo hay también activistas como tú, que no dejan respirar a los mujiks. ¡Tú también eres un activista, que el diablo te lleve!

—¡Qué voy a hacer si no tengo sueño, dime!

Sótij se alisó el cabello y se atusó la barba como si, durante el sueño, se dispusiera a presentarse ante la muerte con aspecto cuidado.

—No tienes sueño por tus negligencias, la revolución se está deshaciendo poco a poco. ¡Pégaté a mí, duerme, y por la mañana reúne los restos de rojos y dispara! Porque el pueblo se ha vuelto a poner en marcha sin rumbo...

«Los reuniré inmediatamente» —formuló para sí mismo Chepurni, y se estrechó contra la tranquila espalda del transeúnte para, así, poder recuperar más deprisa las fuerzas en el sueño. En cambio a Sótij ya se le había pasado el sueño y no lograba dormirse. «Ya ha amanecido —pensó Sotij—. Es casi hora de que me ponga en marcha; será mejor que me tumbe después en un barranco cuando haga calor. Mira este buen hombre que duerme: quiere el comunismo y basta: ise cree que todo el pueblo es él!»

Sótij acomodó la cabeza caída de Chepurni, tapó su escuálido cuerpo con el capote y se levantó para marcharse de allí para siempre.

—¡Adiós, cobertizo! —dijo él desde el umbral de la puerta al local nocturno—. ¡Larga vida, y no ardás!

Una perra que dormía con sus cachorros en la profundidad del cobertizo había salido para alimentarse y los animaillitos se habían dispersado afiorando a la madre. Un cachorro gordo se acurrucó contra el cuello de Chepurni y comenzó a lamerle la garganta con la voraz lengua de quien todavía está mamando. El cachorro le hacía cosquillas y esto hizo sonreír a Chepurni, pero luego el irritante frío de la saliva, que se iba enfriando, comenzó a despertarle.

El camarada transeúnte ya no estaba; pero Chepurni había descansado y no lo echó de menos. «Hay que terminar el comunismo lo antes posible —se dijo a sí mismo Chepurni para darse esperanzas—: entonces, también éste camarada volverá a Chevengur.»

Una hora más tarde reunió en el Comité Ejecutivo del distrito a todos los bolcheviques de Chevengur —once personas— y les dijo lo mismo que les decía siempre: «¡Es imprescindible construir el comunismo lo antes posible, muchachos; si no, pasará su momento histórico, ¡que lo formule Prokofi!»

Prokofi, que tenía a su disposición personal la obra completa de Carlos Marx, formulaba la revolución entera como le venía en gana, en función del estado de ánimo de Klavdiusha y de las condiciones objetivas.

Las situación objetiva y el freno del pensamiento consistía a su vez para Prokofi en el oscuro, pero coherente e infalible,

sentimiento de Chepurni. Apenas empezaba Prokofi a exponer de memoria alguna obra de Marx para demostrar la lenta progresión de la revolución y la larga paz del poder soviético, Chepurni adelgazaba a ojos vistas debido a la atención que prestaba y rechazaba de raíz el aplazamiento del comunismo.

—Tú, Prosha, no trates de pensar más fuertemente que Carlos Marx: él imaginó lo peor por prudencia, pero si nosotros podemos ahora organizar el comunismo, tanto mejor para Marx...

—No puedo renunciar a Marx, camarada Chepurni —respondía Prokofi con modesto sometimiento espiritual—. Él lo tiene impreso, y nosotros debemos seguir su teoría al pie de la letra.

Piúsia callaba y suspiraba bajo el peso de su ignorancia. Los demás bolcheviques tampoco discutían nunca con Prokofi: para ellos, todas las palabras no eran más que el delirio de un solo hombre y no acción de las masas.

—Todo lo que estás diciendo vale, Prosha —rechazaba Chepurni con tacto y suavidad—, pero dime una cosa, por favor, éno nos agotaremos nosotros mismos debido al lento avance del espíritu revolucionario? A lo mejor soy yo el primero que se empucha y se desgasta por conservar el poder: ¡uno no puede ser el mejor durante mucho tiempo!

—¡Como diga, camarada Chepurni! —asentía Prokofi con firme docilidad.

Chepurni comprendía vagamente y soportaba en su interior la tempestad de sus sentimientos.

—¡No es como yo quiera, camarada Dvánov, sino como todos vosotros queráis, como quiere Lenin y como Marx lo pensó durante días y noches...! Vamos a cumplir con nuestro deber: limpiemos Chevengur de los restos de la burguesía...

—Estupendo —dijo Prokofi—, ya he sacado un proyecto de resolución obligatoria...

—Nada de resolución, una orden —corrigió Chepurni para que la cosa pareciera más contundente—, las resoluciones las sacaremos después, ahora lo que hace falta es sacarles a ellos.

—Lo sacaremos como orden —aceptó de nuevo Prokofi—. Firme aquí, camarada Chepurni.

—No quiero —denegó Chepurni—, lo he aprobado de palabra y basta.

Pero los restos de la burguesía chevengureña no obedecieron la resolución oral, la orden pegada con engrudo en valillas, contraventanas y cercas. Los autóctonos de Chevengur pensaban que de un momento a otro todo iba a acabar; pues no podía durar mucho aquello que nunca había existido. Chepurni aguardó la marcha de los restos de la burguesía durante veinticuatro horas y fue con Piúsia a echar a la gente de sus casas. Piúsia entraba en cada casa, buscaba al burgués de más edad y sin decir ni palabra le daba un puñetazo en la mandíbula.

—¿Has leído la orden?

—La he leído, camarada —respondía dócilmente el burgués—. Revise mis papeles, yo no soy burgués, soy un antiguo funcionario soviético, me tienen que admitir en la administración en cuanto lo solicite...

Chepurni cogió su papelito...

«Expedido al cam. R. T. Prokópenko para dar fe de que en la fecha de hoy ha sido destituido del puesto de comandante adjunto de la base de reservas de trigo y forraje del Centro de evacuación y que, por su condición soviética y por sus movimientos en su manera de pensar, pertenece a los elementos revolucionarios seguros.

»En nombre del Jefe del Centro de Evacuación, P. Dvánov.»

—¿Qué pasa ahí? —dijo Piúsia solicitando respuesta.

Chepurni rompió el papelito.

—Desálójalo. Hemos atestiguado a toda la burguesía.

—¿Pero cómo es eso, camaradas? —dijo Prokópenko intentando obtener clemencia—. Si aquí tengo el certificado, soy funcionario soviético, ni siquiera me marché con los blancos, cuando todos lo hicieron...

—¡Cómo ibas a marcharte, si tienes aquí tu casa! —dijo Piúsia a Prokópenko para explicarle su conducta, y le golpeó afectuosamente en la oreja.

—Bueno, ocúpate de que la ciudad quede vacía —aconsejó Chepurni a Piúsia definitivamente y se marchó para no ponerse más nervioso y tener tiempo de prepararse para el

comunismo. Pero Piúsia no logró de inmediato la expulsión de los burgueses. En un principio estuvo trabajando solo: apaleaba personalmente a los propietarios restantes, establecía él mismo el mínimo de objetos y alimentos que los restos de la burguesía podían llevar consigo en el viaje, y hasta metía por su cuenta las cosas en hatos; pero hacia el atardecer Piúsia se sintió tan agotado que ya no golpeaba a los habitantes de las casas de turno sino que se dedicaba tan sólo a embalarles en silencio las cosas. «¡Así me voy a corromper todo!» —se dijo asustado Piúsia y se fue en busca de comunistas que le ayudasen.

Pero ni siquiera el destacamento entero de bolcheviques pudo despachar a los capitalistas residuales en veinticuatro horas. Algunos de ellos rogaban que el Poder Soviético les contratara en calidad de jornaleros —sin razón, ni salario—, mientras que otros imploraban que se les permitiera vivir en los santuarios del pasado y así poder simpatizar con el Poder Soviético aunque fuera de lejos.

—No y no —se negaba Piúsia—, ahora no sois hombres y también la naturaleza ha cambiado toda entera...

Muchos semiburgueses lloraban en el suelo despidiéndose de sus objetos y reliquias. Las almohadas yacían sobre las camas como cálidas montañas, los amplios baúles permanecían como parientes inseparables de los capitalistas que se deshacían en sollozos y, al salir a la calle, cada semiburgués llevaba consigo el olor de muchos años de su casa, un olor que, desde hacía tiempo, había penetrado a través de los pulmones en la sangre y se había convertido en parte de su cuerpo. No todos sabían que el olor era el polvo de las cosas de su propiedad, pero todos refrescaban sus sangre a través de la respiración con aquel olor. Piúsia no dejaba que la aflicción de los semiburgueses se enmoheciera: arrojaba los hatos a la calle con lo considerado de primera necesidad, y agarraba después a la humanidad y sin decir palabra la sentaba sobre los hatos como si se tratara de las islas del último refugio; bajo el viento, los semiburgueses dejaban de apenarse y comenzaban a examinar los hatos para comprobar si Piúsia había puesto en ellos todo lo que les correspondía. Hacia el anochecer, tras haber expulsado de sus casas a toda la canalla

residual, Piúsia se sentó con sus camaradas a fumar. Comenzó una fina y cáustica lluvia, el viento se apaciguó agotado y se acostó en silencio bajo la lluvia. Los semiburgueses permanecían sentados sobre sus hatos en largas e ininterrumpidas filas, en espera de no se sabía qué aparición.

Apareció Chepurni y ordenó con su impaciente voz que desaparecieran todos enseguida y para siempre de Chevengur porque el comunismo tenía prisa no podía esperar, y la nueva clase permanecía con los brazos cruzados en espera de las viviendas y de los bienes comunes que le pertenecían. Los restos del capitalismo escucharon a Chepurni pero continuaron sentados en medio del silencio de la lluvia.

—Camarada Piúsia —dijo conteniéndose Chepurni—. Dime por favor, ¿qué chifladura te ha entrado? Que se escondan antes de que los matemos: por culpa de ellos no tenemos dónde dar suelta a la revolución...

—Ahora voy, camarada Chepurni —dijo Piúsia tomando conciencia concreta del asunto, y sacó el revolver.

—¡Escóndete lejos de aquí! —le dijo al semiburgués más cercano. Éste apoyó la cabeza en sus infortunadas manos y se echó a llorar ininterrumpidamente, sin ningún lóbrego preludio. Piúsia alojó una ardiente bala en el hato del semiburgués y éste se irguió sobre sus piernas fortalecidas de inmediato en medio del humo del disparo; Piúsia cogió el hato con su mano izquierda y lo arrojó lejos de sí.

—Tendrás que irte sin él —decidió—. El proletariado te había regalado las cosas, y tenías que haber escapado con ellas, así que ahora te las volvemos a quitar.

Los ayudantes de Piúsia comenzaron apresuradamente a disparar contra los hatos y las cestas de la antigua población chevengureña, y los semiburgueses se dirigieron lentamente, sin miedo hacia los tranquilos alrededores de Chevengur.

En la ciudad quedaron once hombres: diez de ellos dormían y uno deambulaba por las calles abandonadas y se atormentaba. Klavdiushia hacía el número doce, pero a ella se la conservaba en una casa especial en calidad de materia prima de la alegría común, alejada de la peligrosa vida de las masas.

Hacia la medianoche cesó la lluvia y el cielo, agotado, se quedó inmóvil y silencioso. La triste oscuridad veraniega cu-

bría el callado, vacío, terrible Chevengur. Con solícito corazón, Chepurni cerró los portones abiertos de par en par de la granja del ex-Zavín-Duvailo, y se preguntó que dónde se habrían metido los perros de la ciudad; en los patios sólo estaban las bardanas de siempre y el buen sayón; en el interior de las casas nadie suspiraba en sueños por primera vez en muchos siglos. De vez en cuando Chepurni entraba en una habitación, se sentaba en un sillón que se había conservado y aspiraba tabaco para al menos tener ocasión de hacer algún movimiento y escucharse a sí mismo. En algunos armarios había buñuelos caseros apilados, y en una de las casas encontró una botella de vino de iglesia: «Vi Sant». Chepurni apretó el corcho de la botella para que el vino no perdiese su sabor antes de la llegada del proletariado y cubrió los buñuelos con una toalla para que no cogieran polvo. Especialmente bien pertrechadas estaban en todas las casas las camas: las sábanas estaban frescas, frías; las almohadas prometían descanso a la primera cabeza que reposara en ellas; Chepurni se recostó en una de las camas para probarla, pero inmediatamente sintió vergüenza y aburrimiento por estar acostado tan cómodamente, como si hubiera recibido aquel lecho a cambio de su incómoda alma revolucionaria. Pese a estar deshabitadas las casas amuebladas, ninguno de los diez bolcheviques chevengureños había ido a buscar para sí un lugar agradable donde pernoctar sino que se habían acostado todos en el suelo de la casa común de ladrillo reservada ya en el año diecisiete para una revolución que no tenía entonces donde cobijarse. Chepurni mismo consideraba que su única casa era aquel edificio de ladrillo, y en ningún caso esas cálidas y acogedoras moradas.

Por encima de toda Chevengur se extendía un indefensa tristeza, como si la ciudad fuera el patio de la vivienda paterna de donde acabaran de sacar hacia poco el ataúd con la madre y ahora la estuvieran echando de menos, junto con el niño huérfano, las cercas, las bardanas y los zaguanes abandonados. Así que el niño apoya la cabeza contra la cerca, acaricia con la mano las rugosas tablas y llora en la oscuridad de un mundo que se ha apagado, mientras que el padre se seca las lágrimas y dice que, bueno, nada, que todo acabará arre-

glándose y que los dos se acostumbrarán. Chepurni sólo podía formular sus sentimientos gracias a los recuerdos, caminaba hacia el futuro con el corazón oscuro y expectante, no percibiendo sino los contornos de la revolución, gracias a lo cual no perdía el ritmo de su marcha. Pero aquella noche ningún recuerdo ayudaba a Chepurni a definir la situación de Chevengur. Las casas estaban apagadas —no sólo los semiburgueses sino también los animales más pequeños las habían abandonado para siempre; ni siquiera se veían vacas por ninguna parte— la vida había renunciado a aquel lugar y se había ido a morir a las yerbas salvajes de la estepa, dejando su muerto destino a once personas: diez de ellas dormían y una deambulaba sintiendo el desconsuelo de un peligro poco claro.

Chepurni se sentó en la tierra junto a una cerca y tocó suavemente con dos dedos un cardillo que crecía; también él estaba vivo y a partir de aquel momento iba a vivir en el comunismo. El amanecer parecía tardar en llegar, aunque ya debería haber empezado el nuevo día. Chepurni se quedó inmóvil y comenzó a temer si se levantaría el sol por la mañana y llegaría alguna vez la mañana, iporque el viejo mundo ya no existía!

Los nubarrones de la noche colgaban impotentes y agotados en el mismo sitio, toda la húmeda fuerza que habían desprendido había sido utilizada por las yerbas salvajes de la estepa para crecer y multiplicarse; el viento había descendido junto con la lluvia y se había acostado por mucho tiempo en algún lugar, en el espesor de las yerbas. Chepurni recordaba parecidas noches vacías e inmóviles de su infancia, cuando uno se sentía muy triste y estrecho en su propio cuerpo, uno no tenía sueño, y él, pequeño, permanecía tumbado con los ojos abiertos sobre el horno en el silencio asfixiante de la *jatta*; de su vientre a su cuello sentía en el interior de sí mismo el flujo de un seco y débil arroyo que no cesaba de removerle el corazón y que introducía la tristeza de la vida en la mente infantil; la comezón que le producía la intranquilidad, hacía que el pequeño Chepurni diera vueltas sobre el horno, rabiara y llorara como si un gusano le estuviera haciendo cosquillas por en medio de su cuerpo. El mismo de-

sasosiego sofocante y seco agitaba a Chepurni en aquella noche chevengureña, que tal vez había apagado el mundo para siempre.

«Si el sol sale mañana todo irá bien —se decía Chepurni a sí mismo para tranquilizarse—. ¡éA qué viene esa tristeza ante el comunismo, como si fuera yo un semiburgués!...!»

Probablemente los semiburgueses se habrían escondido ahora en la estepa o seguirían caminando a paso lento olvidándose de Chevengur; como todas las personas adultas no percibían dentro de sí la angustia de la inseguridad que sienten los niños y los miembros del partido: la vida futura era para los semiburgueses sólo desgraciada, pero no peligrosa, ni misteriosa; Chepurni, en cambio, estaba sentado y tenía miedo del día siguiente, porque ese primer día sería embarazoso y terrible, como lo sería una virginidad de siempre que madurara de pronto para el matrimonio y hubiera obligación de casarse de un día para otro.

De vergüenza, Chepurni apoyó sus manos en la cara y se quedó inmóvil durante mucho rato soportando aquella absurda sensación de abyección.

En alguna parte en el centro de Chevengur cantó un gallo, y junto a Chepurni pasó lentamente un perro que había abandonado la casa de su amo.

—¡Zhuchok, Zhuchok! —llamó, contento, Chepurni al perro. —Ven aquí, por favor!

Zhuchok se acercó dócilmente y olfateó la mano tendida del hombre, que olía a bondad y a paja.

—Estás bien, Zhuchok! ¡Yo, en cambio, no!

Entre el pelaje de Zhuchok se habían enredado unos cardillos y tenía el trasero manchado de lodo y excrementos de caballo: era un fiel perro provinciano, guardián de los inviernos y de las noches rusas, habitante de una finca de medianos propietarios.

Chepurni condujo al perro a la casa y le dio de comer buñuelos de harina fina, que el perro comió con palpitação de peligro dado que era la primera vez en su vida que probaba un alimento así. Chepurni se percató del miedo del perro y le dio además un trocito de empanada casera rellena de huevo; pero el perro no se comió la empanada,

porque no confiaba en el regalo que le ofrecía la vida, y sólo se dedicó a olfatearla y a caminar en círculo, atentamente, en torno a ella; Chepurni aguardó a que Zhuchok se habituara y se comiera la empanada, y luego, como demostración para el perro, se la tragó él mismo. Zhuchok se alegró de haberse librado del veneno y comenzó a barrer el polvo del suelo con su cola.

—¡Debe de ser un perro pobre y no burgués! —dijo Chepurni sintiendo afecto por Zhuchok—. Nunca has probado la flor de harina: ahora puedes vivir en Chevengur.

En la calle cantaron dos gallos más. «Eso quiere decir que tenemos tres aves —calculó Chepurni— y una cabeza de gatuno.»

Al salir de la habitación de la casa Chepurni tembló con el aire libre y vio otro Chevengur: una ciudad abierta y fresca, iluminada por la luz gris del sol todavía lejano; no daba pavor vivir en sus casas y se podía andar por sus calles porque las yerbas crecían como antes y los senderos estaban intactos. La luz de la mañana estaba floreciendo en el espacio abierto y quemaba los desgastados nubarones, que iban marchitándose.

—¡El sol será, pues, de los nuestros! —y Chepurni señaló con avidez al este.

Dos pájaros desconocidos pasaron volando con rapidez, muy cerca, por encima de Chepurni y se posaron en la cerca agitando sus pequeñas colas.

—¿También vosotros estáis de parte nuestra? —dijo Chepurni dando la bienvenida a los pájaros, y les echó un puñado de restos y de tabaco que sacó del bolsillo—: ¡Comed, por favor!

Ahora Chepurni tenía ya sueño y no sentía vergüenza de nada. Se dirigió hacia la casa común de ladrillo donde estaban tumbados sus diez camaradas pero fue acogido por cuatro gorriones, que llevados del prejuicio de la prudencia, volaron y se posaron sobre la cerca.

—Tenía confianza en vosotros —les dijo Chepurni a los gorriones—. ¡Vosotros sois de los nuestros, pero ahora ya no tenéis nada que temer, ya no hay burgueses: vivid a gusto, por favor!

En la casa de ladrillo estaba encendida una luz: dos hombres dormían mientras ocho permanecían tumbados mirando el techo en silencio; sus caras denotaban abatimiento y se hallaban ensombrecidas por una oscura meditación.

—¿Por qué no dormís? —preguntó Chepurni a los ocho hombres—. Mañana va a ser nuestro primer día, el sol ya se ha levantado, los pájaros vuelan hacia nosotros, y vosotros ahí tumbados, asustados sin razón...

Chepurni se acostó sobre la paja, se envolvió con el capote y se quedó silencioso en el calor y el olvido. Al otro lado de la ventana ya se elevaba el rocío al encuentro del sol desnudo, que no había traicionado a los bolcheviques chevengureños y estaba emergiendo por encima de ellos. Piúśia que había pasado toda la noche en vela se levantó con el corazón descansado y se lavó y se limpió con celo para el primer día de comunismo. La lámpara desprendía una amarilla luz de ultratumba, Piúśia la apagó con el deleite de la destrucción y se acordó de que nadie en Chevengur montaba guardia: los capitalistas podrían alojarse allí si se les ocurría, y de nuevo habría que tener encendida la lámpara para las noches enteras para que los semiburgueses supieran que los comunistas permanecían en armas y velando. Piúśia trepó hasta el tejado y se agachó sobre al hierro de éste ante la rabiosa luz de rocío que bullía bajo el sol; miró también al sol: con ojos de orgullo y de simpatizante sentimiento de propiedad.

—Dale, para que ahora crezcan las plantas hasta de las piedras —susurró Piúśia con sorda excitación: no le alcanzaban las palabras para gritar, no confiaba en sus conocimientos—. ¡Dale! —insistió Piúśia, y una vez más apretó con alegría sus puños para contribuir a la presión de la luz solar contra el barro, las piedras y Chevengur.

Pero el sol no necesitaba de Piúśia para dar contra la tierra seca y duramente, y la tierra primera, en la debilidad de su agotamiento, dejó correr el jugo de las yerbas, la humedad de sus arcillas y se agitó por toda su dilatada y peluda estepa peluda, mientras que el sol no hacía sino ponerse más incandescente y se petrificaba en razón de su densa paciencia seca.

La causticidad del sol hizo que a Piúsia empezaran a picarle las encías bajo las muelas. «Nunca lo había visto salir así —la comparación era ventajosa para Piúsia—; siento que se me despierta el coraje en la espalda como cuando oigo música de viento.»

Piúsia echó una mirada por la otra puerta para ver hacia donde iría el sol, si algo no impediría su marcha, y dio un paso atrás, ofendido: cerca de la entrada de Chevengur los semiburgueses del día anterior habían plantado un campamento; tenían hogueras encendidas, pastaban las cabras y las mujeres lavaban la ropa en los charcos de agua de lluvia. Por su parte, los semiburgueses y expulsados cavaban no se sabía qué, probablemente abrigos subterráneos, mientras que los tres dependientes improvisaban con ropa interior y sábanas una tienda de campaña trabajando desnudos al aire fresco con tal de rehacerse una vivienda y una propiedad.

Piúsia se fijó enseguida: iéde dónde habían sacado los semiburgueses tanto material manufacturado si él mismo se lo había entregado según norma muy estricta?

Piúsia miró al sol con ojos lastimeros como si éste fuese un bien que le habían arrebatado, se rascó luego con las uñas las flacas venas del cuello y, dirigiéndose hacia arriba, dijo con la timidez del respeto:

—¡Espera, no te desgastes en vano para los extraños!

Los bolcheviques chevengureños deshabitados a las esposas y las hermanas, a la limpieza y la buena alimentación, vivían de improvisaciones: se lavaban con arena en lugar de con jabón, se secaban con las mangas y con bardanas, palaban ellos mismos a las gallinas por rincones oscuros en busca de huevos, y la única sopa que tomaban en todo el día la ponían a cocer por la mañana en una tina de hierro de origen indeterminado; cualquiera que pasaba junto a la hoguera en la que se calentaba la tina, metía en ella todo tipo de yerbajos que crecían cerca: ortigas, eneldo, sayón y demás yerbas comestibles; se incorporaban también varias gallinas y una faldilla de ternera si se encontraba casualmente; la sopa se cocía hasta bien entrada la noche, hasta que el recipiente se llenaba de todo tipo de escarabajillos, mariposas y mos-

quitos, y los bolcheviques, tras haber cumplido con la revolución, se disponían a alimentarse. Comían entonces los bolcheviques —una vez cada veinticuatro horas— y descansaban vigilantes.

Piúsia pasó por delante de la tina donde ya había empezado a cocerse la sopa y no metió nada en ella.

Abrió el desván, cogió un cubo pesado y abollado repleto de cintas de ametralladora y le pidió al camarada Kiriéi, que acaba de beberse unos huevos de gallina, que arrastrara rodando tras él la ametralladora. En días de provecho, Kiriéi solía ir a cazar al lago con la ametralladora, y casi siempre volvía con una gaviota, o, cuando menos, una garza real: trataba también de acertar a los peces dentro del agua pero raras veces lo lograba. Kiriéi no le preguntó a Piúsia a donde iban porque, en cualquier caso, tenía ganas de disparar de apretar el gatillo contra lo que fuera, salvo el proletariado en carne y hueso.

—¿Quieres que derribe un gorrión en pleno cielo, Piúsia? —rogó insistentemente Kiriéi.

—¡Ni se te ocurra! —denegó, afligido, Piúsia—. ¿Fuiste tú quien te cargaste anteayer las gallinas en la huerta?

—Es que le dan a uno ganas de comérselas...

—Pero no es lo mismo: a las gallinas hay que retorcerles el cuello. Si malgastas una bala en tonterías, entonces dejas con vida a un burgués de más...

—Bueno, Piúsia, no lo haré más.

En el campamento de los semiburgueses las hogueras ya se habían apagado: eso significaba que ya tenían listo el desayuno y que no iban a pasar ese día sin comer caliente.

—¿Ves a ese pueblo de ayer? —dijo Piúsia señalando a los semiburgueses que se hallaban sentados en pequeños grupos en torno a las apagadas hogueras.

—¡Claro! ¡Ahora no se me escaparán!

—¡Y tú gastando balas en gallinas! Apunta ahora mismo la máquina contra esa gente: Chepurni se va a despertar, y volverá a dolerle el alma por culpa de esos despojos...

Con sus ágiles manos Kiriéi ajustó la ametralladora e hizo pasar la cinta por el sitio adecuado. Mientras movía el

soporte de la ametralladora Kiriéi todavía alcanzaba, siguiendo el rápido ritmo de los disparos, a liberar sus manos por unos instantes y darse con ellas en las mejillas, la boca y las rodillas a modo de acompañamiento. En esos instantes las balas se apartaban de su objetivo y se clavaban en las proximidades haciendo saltar la tierra y arrancando las yerbas.

—¡No pierdas de vista al enemigo, mantén la puntería! —le decía de vez en cuando Piúsia, que permanecía tumbado sin hacer nada—. ¡No te precipites, no vaya a recalentar ese cañón!

Pero Kiriéi, para asociar el trabajo de su cuerpo al de la ametralladora, no podía dejar de acompañarla con manos y pies.

Chepurni comenzó a moverse en el suelo de la casa de ladrillo; aunque no se había despertado todavía, su corazón había perdido ya la regularidad de la respiración debido a los rítmicos disparos de la cercana ametralladora. El camarada Zhéiev, que dormía a su lado, oyó también el sonido de la ametralladora y decidió no despertarse: debía de ser Kiriéi que estaba cazando en las cercanías algún pájaro para la sopa. Zhéiev cubrió su cabeza y la de Chepurni con el capote y amortiguó así el ruido de la ametralladora. La falta de aire debajo del capote, hizo que Chepurni no parara de moverse hasta destaparse completamente; una vez liberada su respiración se despertó porque había en el aire demasiado silencio y amenaza.

El sol estaba ya muy alto, y el comunismo debía, pues, reinar en Chevengur desde por la mañana.

Kiriéi entró en la sala y dejó en el suelo el cubo con las cintas gastadas.

—¡Llévalo al desván! —dijo desde fuera Piúsia, mientras metía la ametralladora en el zaguán—. ¡Deja de hacer ruido, que vas a despertar a la gente!

—¡Pero si ahora ya no pesa nada, camarada Piúsia! —dijo Kiriéi, y se llevó el cubo al desván, al sitio donde estaba habitualmente.

\*

Las construcciones de Chevengur tenían una solidez secular, a la medida del hombre de esa tierra, fiel hasta tal punto a sus sentimientos e intereses que los servía hasta el agotamiento y se dejaba la piel en amasar bienes.

Por eso los proletarios tuvieron después grandes dificultades para trasladar de un lugar a otro, manualmente, semejantes construcciones compactas y habitadas desde hacía tiempo, porque el armazón inferior de las casas, sin cimientos, había echado raíces que habían penetrado profundamente en la tierra. Por eso la plaza de la ciudad —tras del desplazamiento de las casas realizado en tiempos de Chepurni y del socialismo— parecía tierra labrada: los proletarios arrancaban las casas de madera junto con sus raíces y las arrastraban sin contemplaciones. Así que en los penosos sábados comunistas, Chepurni lamentaba haber expulsado y aniquilado a la clase residual de canallas: aquellos canallas hubieran podido trasladar las casas que habían echado raíces en tierra en lugar del proletariado ya suficientemente extenuado. Pero en los primeros días de socialismo en Chevengur, Chepurni no sabía que el proletariado iba necesitar mano de obra auxiliar. El primer día de socialismo Chepurni se había despertado tan reconfortado por el sol, que se había levantado antes que él, y por la visión general de Chevengur, tan fresco y dispuesto, que pidió a Prokofi que partiera inmediatamente en busca de pobres y los invitara a Chevengur.

—Vete, Prosha —le dijo en voz baja Chepurni—, porque somos pocos y pronto empezaremos a echar de menos la camaradería.

A Prokofi le pareció bien la opinión de Chepurni:

—Está claro camarada Chepurni, hay que traerles: el socialismo es cosa de masas... ¿Y no traemos a nadie más?

—Invita a todo tipo de gente —dijo Chepurni para concluir sus indicaciones—. Coge a Piúsia y emprende el camino hasta donde sea: en cuanto veas un pobre nos lo traes como camarada.

—¿Y a los «otros»? —preguntó Prokofi.

—Trae también a los «otros». Aquí el socialismo es una realidad.

—Toda realidad es inestable sin el apoyo de las masas, camarada Chepurni.

Chepurni lo comprendió.

—¡Ya te estoy diciendo que nos aburriámos, y eso no sería en absoluto socialismo! ¡No tienes que demostrarme nada, porque yo lo siento!

Prokofi no replicó a esto último y se fue de inmediato a buscarse un transporte para traer al proletariado. Hacia mediodía encontró en las estepas de los alrededores un caballo vagabundo y con ayuda de Piúzia lo enganchó a un faetón. Al atardecer, tras haber puesto en el carrojaje víveres para dos semanas, Prokofi se dirigió al resto del país, a las afueras de Chevengur; iba sentado en el faetón mirando atentamente un mapa del catastro general para saber a donde ir, mientras Piúzia guiaba al caballo desacostumbrado ya a cabalgear enganchado. Nueve bolcheviques caminaban detrás del faetón contemplando la marcha de éste: tal acontecimiento sucedía por primera vez en tiempos del socialismo y las ruedas hubieran podido no responder.

—Prosha —gritó Chepurni como despedida—. Trata de tener buen ojo y tráenos elementos impecables, nosotros mientras tanto guardaremos la ciudad.

—¡Vaaah! —dijo Prokofi ofendido—. ¡Como si no hubiera visto nunca al proletariado!

Zhéiev, un bolchevique entrado en años, que había engordado gracias a la guerra civil, se acercó al faetón y besó los secos labios de Prokofi.

—No te olvides de traer también mujeres, aunque sean vagabundas, Prosha —le dijo—. Las necesitamos para el cariño, amigo mío, ya ves que te he tenido que besarte a ti.

—Alto con eso por el momento —decretó Chepurni—. Tú no respetas en la mujer a la camarada sino a la naturaleza que nos rodea... Trae mujeres, Prosha, pero no para el deseo sino por criterios sociales. Si la mujer va a ser una camarada para nosotros, invítala, por favor; pero si no es así, arrójala a las estepas!

Zhéiev no quiso repetir su deseo porque de todas formas el socialismo era ya una realidad y las mujeres iban a surgir en él aunque fuera como camaradas hasta entonces secretas.

Pero tampoco Chepurni mismo conseguía entender por qué iba a ser nociva la mujer para el socialismo inicial si ésta era pobre y camarada. Tan sólo sabía, en general, que en la vida anterior siempre se había habido amado a la mujer y ésta había procreado, pero ése era un asunto innato y ajeno, y no cosa humana y comunista; para la vida común de Chevengur, la mujer sólo era aceptable bajo una forma más seca, más humana, y no en la plenitud de su belleza, que no es parte integrante del comunismo, porque la belleza de la naturaleza femenina había existido también durante el capitalismo, de la misma manera que habían existido las montañas, las estrellas y demás acontecimientos que no tenían que ver con el hombre. Fundándose en tales presentimientos Chepurni estaba dispuesto a saludar la llegada a Chevengur de cualquier mujer cuyo rostro se hallase ensombrecido por la tristeza de la pobreza y por la vejez del trabajo: esa mujer no sería entonces apta sino para la camaradería, no introduciría diferencias en el seno de las masas oprimidas y, por lo tanto, no despertaría la curiosidad corruptora de los bolcheviques solteros. Por el momento Chepurni reconocía tan sólo el afecto de clase, en ningún caso el femenino; y en lo que respectaba al afecto de clase Chepurni lo entendía como una atracción estrecha por el proletario del mismo sexo, mientras que el burgués y los rasgos femeninos de la mujer habían sido creados por la naturaleza, al margen de las fuerzas del proletario y del bolchevique. Partiendo también de eso, Chepurni, que se preocupaba celosamente por la integridad y la conservación del Chevengur soviético, consideraba al tiempo positivo que la ciudad estuviera situada en medio de una lisa y pobre estepa, que el cielo que cubría Chevengur se pareciera igualmente a la estepa y que no se divisara por parte alguna las hermosas fuerzas de la naturaleza que habrían distraído a la gente del comunismo y del exclusivo interés mutuo.

La tarde de aquel mismo día en que Prokofi y Piúzia partieron en busca del proletariado, Chepurni y Zhéiev caminaron por los lindes de la ciudad, rodeándola; arreglaron sobre la marcha algunas estacas de las cercas, ya que ahora había que cuidar hasta las cercas; conversaron en el espesor de la noche acerca de la inteligencia de Lenin, y eso fue todo lo

que hicieron durante aquella jornada. Al acostarse para dormir Zhéiev aconsejó a Chepurni que al día siguiente se colocaran por la ciudad algunos símbolos y que se lavaran los suelos de las casas en las que iba a vivir el proletariado que se acercaba para que éstas tuvieran un aspecto decoroso.

Chepurni aceptó lo de lavar los suelos y colocar símbolos en los árboles altos, y hasta se alegró ante la perspectiva de tales ocupaciones porque como le sucedía habitualmente al llegar la noche se le desasosegaba el alma. Era probable que el mundo entero, que toda la burguesía supiera que en Chevengur había surgido el comunismo, y el peligro circundante tenía que ser ahora mucho mayor. En la oscuridad de las estepas y de los barrancos podía oírse en cualquier momento el cabalgar de los ejércitos blancos o el lento rumor de los descalzos destacamentos de bandidos, y eso podía significar que Chepurni no viera más la yerba, ni las casas vacías de Chevengur, ni el sol camaraderil por encima de esta ciudad primigenia, dispuesta ya —con sus suelos limpios y su aire refrescado— a recibir al anónimo y desamparado proletariado que rodaba ahora lentamente por algún camino sin ser estimado por la gente y sin conocer el sentido de su propia vida. Una sola cosa había que tranquilizaba y excitaba a Chepurni: en un lugar lejano y secreto de algún punto cercano a Moscú o a las montañas de Valdái —como había determinado Prokofi con ayuda de un mapa— llamado Kremlin, se hallaba Lenin sentado ante una lámpara, sin dormir, pensando y escribiendo. ¿Qué es lo que estaría escribiendo ahora? Puesto que existía Chevengur, era ya hora de que Lenin dejara de escribir para fundirse de nuevo con el proletariado y se pusiera a vivir. Chepurni dejó en paz a Zhéiev y se acostó entre las acogedoras yerbas de una intransitable calle de Chevengur. Sabía que en esos momentos Lenin pensaba en Chevengur y en los bolcheviques chevengureños, aunque desconociera los apellidos de los camaradas chevengureños. Seguro que Lenin le estaba escribiendo una carta a Chepurni recomendándole que no durmiera, que cuidara del comunismo de Chevengur y que se ganara los sentimientos y la vida de todo el anónimo pueblo sencillo; que no le tuviera miedo a nada porque el largo tiempo de la historia se había

acabado, y la pobreza y la desgracia habían proliferado tanto que ya no existía nada más; y que Chepurni y todos sus camaradas debían esperar que Lenin les rindiera visita en pleno comunismo para abrazar en Chevengur a todos los mártires de la tierra y poner fin al movimiento de desgracias de la vida. Para concluir Lenin le envíaba un saludo y ordenaba al comunismo de Chevengur que arraigarse por los siglos de los siglos.

En ese punto Chepurni se levantó, tranquilo y descansado, echando de menos tan sólo la presencia de algún burgués o hasta de algún soldado sobrante para poder enviarle en ese mismo instante, a pie, a ver a Lenin en su Kremlin y hacerle llegar un despacho de Chevengur.

«En el Kremlin sí que tiene que haber un comunismo antiguo —pensó Chepurni con envidia—. Porque ahí está Lenin... ¿Y si también en el Kremlin me llamaran Japonés? El apodo me viene de la burguesía, y ahora no tengo a nadie que enviar para que dé mi apellido correcto...»

Una lámpara ardía en la casa de ladrillo y los ocho bolcheviques velaban en espera de algún peligro. Chepurni entró y les dijo:

—Camaradas, hemos de pensar algo por nuestra cuenta: ahora no está Prokofi para que lo haga por vosotros... La ciudad está abierta, no hay escrita ninguna idea por ninguna parte: los camaradas que pasen por aquí no sabrán quién vive aquí y para qué. Lo mismo sucede con los suelos: hay que lavarlos. Zhéiev ha acertado al reparar en este desorden, y también habrá que meter el viento en las casas porque cuando se camina aún huele por todas partes a burguesía... ¡Tenemos que pensar, camaradas, si no, ¿para qué estamos aquí?, decídmelo, por favor!

Todos los bolcheviques chevengureños se avergonzaron e intentaron pensar. Kiriéi se puso a escuchar el ruido de su cabeza y a esperar a que saliera de allí algún pensamiento, hasta que el esfuerzo y el aflujo de sangre hicieron que comenzara a salirsele el cerumen de los oídos. Kiriéi se acercó entonces a Chepurni y le informó con discreto pudor:

—Camarada Chepurni, el pensamiento me hace salir pus de las orejas, pero no me viene la idea...

Chepurni, en lugar de hacerle pensar, le dio a Kiriéi otra misión más directa:

—Vete a dar una vuelta alrededor de la ciudad para ver si se oye algo: a lo mejor hay alguien rondando por ahí, o está sin hacer nada y tiene miedo. No lo liquides enseguida, trae-lo vivo aquí, que lo verificaremos.

—Esto lo puedo hacer —aceptó Kiriéi—, la noche es grande, y podrían sacar a la estepa la ciudad entera mientras nosotros pensamos...

—Claro que sí —respondió Chepurni intranquilo—. Pero sin la ciudad ni tú ni yo viviremos: no tendremos otra vez más que una idea y la guerra.

Kiriéi salió al aire libre para velar por el comunismo, y los demás bolcheviques se quedaron sentados, pensando y escuchando cómo el petróleo chupaba la mecha en la lámpara. El mismo silencio reinaba en el exterior: en el vacío retumbante de la oscuridad nocturna y de los bienes conquistados resonaron durante mucho rato los lentos pasos de Kiriéi, hasta que su ruido fue apagándose.

Tan sólo Zhéiev no permanecía sentado inútilmente: había inventado una divisa de la que había oído hablar en cierta ocasión en un mitin militar en la estepa en guerra. Zhéiev pidió que le dieran un trozo de tela limpia porque iba a escribir algo que produciría alegría en los proletarios de paso y les rendiría en Chevengur. Chepurni personalmente fue a la antigua casa de un burgués y trajo de allí un lienzo limpio. Zhéiev extendió el lienzo, lo examinó contra la luz y lo aprobó.

—Da pena —dijo Zhéiev respecto al lienzo—. Cuánto espero y cuántas manos limpias de mujer han trabajado aquí. Bueno sería que también las mujeres bolcheviques aprendiesen a hacer cosas tan delicadas.

Zhéiev se tumbó boca abajo y comenzó a trazar en el lienzo unas letras con carbón de la estufa. Los demás formaban círculo en torno a Zhéiev y le compadecían porque tenía que expresar de golpe la revolución para alivio de todos.

Y Zhéiev, apremiado por la paciencia general, abriéndose camino con aplicación a través de su propia memoria, escribió el símbolo de Chevengur:

«Camaradas pobres. Vosotros sois los que habéis hecho to-

das las cosas y la comodidad del mundo, y ahora lo habéis destruido y deseáis lo mejor el uno con el otro. En nombre de eso se acogen en Chevengur a los camaradas de los caminos viandantes.»

Chepurni fue el primero en aprobar la divisa.

—Correcto —dijo—, es lo mismo que yo sentía, la propiedad es sólo de utilidad pasajera, mientras que los camaradas son una necesidad; sin ellos es imposible la victoria y se convierte uno en carroña.

Y los ocho hombres juntos llevaron el lienzo a través de la vacía ciudad para colgarlo de una pértiga cerca del camino batido donde podían aparecer hombres. Chepurni no tenía prisa por trabajar: tenía miedo de que todos se fuesen a dormir y él se quedara solo, triste e inquieto, en aquella segunda noche comunista; entre los camaradas su alma se desgastaba con el ajetreo y ese desgaste de fuerzas internas atenuaba el miedo. Cuando encontraron y colocaron dos pértigas, sopló el viento de medianoche, cosa que alegró a Chepurni: los burgueses no estaban, pero el viento soplaba como antes y las pértigas se balanceaban, lo que significaba que, definitivamente, la burguesía no era una fuerza de la naturaleza.

Kiriéi debía andar sin parar alrededor de la ciudad, pero no se le oía, y los ocho bolcheviques permanecían allí, inmóviles, acariciados por el viento nocturno; escuchaban el ruido de la estepa y no se separaban para protegerse mutuamente del súbito peligro nocturno que podría resonar inesperadamente desde la inquietante oscuridad. Zhéiev era incapaz de esperar tanto tiempo al enemigo sin matarle; se adentró solo en la estepa, en exploración lejana, y los otros siete hombres se quedaron de reserva para no dejar la ciudad sólo al cuidado de Kiriéi. Los siete bolcheviques se tumbaron en la tierra para entrar en calor y se pusieron a escuchar atentamente la noche circundante que tal vez estaba protegiendo a los enemigos con la amplitud de su oscuridad.

Chepurni fue el primero en distinguir un suave chirrido, que no sabía si venía de lejos o de cerca; algo se movía y amenazaba Chevengur; pero el movimiento de aquel misterioso objeto era muy lento, debido tal vez a su peso y a su fuerza, o tal vez al desgaste y el cansancio.

Chepurni se puso en pie y todos se levantaron con él. Un irritado y compacto fogonazo iluminó por unos instantes el desconocido y nublado espacio, como si se apagara el alba sobre los sueños de alguien, y el golpe del disparo voló como el viento por encima de las agachadas yerbas.

Chepurni y los otros seis echaron a correr hacia adelante formando la fila acostumbrada. El disparo no se repetía y, tras correr hasta el punto de que el corazón, que había sufrido la guerra y la revolución, se le hinchara hasta llegarle a la garganta, Chepurni se volvió y miró hacia el abandonado Chevengur. En Chevengur había luz.

—¡Alto todos, camaradas! —gritó Chepurni—. Nos han tomado la delantera... ¡Zhéiev, Kiriéi, venid todos aquí! ¡Aplástalos a todos sin contemplaciones, Piúśia! ¿Dónde te has metido? No ves que me he debilitado de tanto comunismo...

Chepurni no podía levantarse del suelo de tanto como le pesaba el corazón, que se le había llenado de sangre y le había ocupado todo el cuerpo; yacía en el suelo, revolver en mano, delgado y enfermo; los seis bolcheviques permanecían junto a él con sus armas y examinaban atentamente la estepa, Chevengur y al camarada caído.

—¡No os separéis! —dijo Kiriéi—. Coged a Chepurni en brazos y vamos a Chevengur: ahí está nuestro poder, no vamos a abandonar a un hombre sin familia...

Los bolcheviques se encaminaron a Chevengur. No tuvieron que llevar a Chepurni durante mucho tiempo, porque el corazón se le deshinchó pronto a éste y volvió a su pequeño sitio. Una tranquila y acogedora luz brillaba en Chevengur, y en la estepa no chirriaba nada. Los bolcheviques avanzaban en silencio a paso militar-estepario hasta que divisaron la yerba iluminada por la luz que llegaba a través de la ventana, y la sombra de aquella yerba en el centro transitado de la calle. Sin orden alguna los bolcheviques se alinearon, con sus pechos orientados hacia la autoiluminada ventana del enemigo, alzaron sus armas y efectuaron un disparo al interior de la vivienda a través el cristal. La luz de la casa se apagó y saliendo de la recién creada oscuridad de la vivienda por el agujero abierto en la ventana, surgió el claro rostro de Kiriéi; no

hacía más que mirar a los siete hombres tratando de adivinar quiénes podían ser los que disparaban en Chevengur, además de él, que era el guarda nocturno del comunismo.

Chepurni se familiarizó consigo mismo y se dirigió a Kiriéi:

—¿Por qué gastas el petróleo en silencio en la ciudad vacía mientras los bandidos campan por sus respetos en la estepa? ¿Por qué abandonas la ciudad a la orfandad si mañana tiene que entrar aquí a paso de marcha el proletariado? ¡Dime, por favor!

Kiriéi se tranquilizó y respondió:

—Es que, camarada Chepurni, estaba durmiendo y veía en mis sueños Chevengur entera, como desde un árbol: todo estaba vacío alrededor y la ciudad estaba desierta... Yendo a pie se ve poco; y el viento, como un bandido, te dice cosas al oído: si tuviera cuerpo le largaría un tiro...

—Y para qué gastabas el gas, pedazo de zoquete? —siguió interrogándole Chepurni—. Con qué va a alumbrarse el proletariado cuando llegue aquí de improviso? Al proletariado le gusta la lectura, cabeza de comunista embrutecido, y tú has gastado su petróleo!

—No puedo dormirme en la oscuridad sin música, camarada Chepurni —reveló Kiriéi—. Me gusta dormir en un sitio alegre, con la luz encendida... Me basta con que haya una mosca, pero que zumbe...

—Bueno, vete y haz la ronda a la ciudad sin dormir —dijo Chepurni—. Nosotros vamos a sacar de apuros a Zhéiev... Por culpa de tu señal hemos abandonado nada menos que a todo un camarada...

Tras salir de los confines de Chevengur los siete camaradas se tumbaron en la estepa y escucharon atentamente si se oía a lo lejos algún chirrido y Zhéiev caminaba de vuelta o yacía ya muerto hasta el amanecer. Kiriéi llegó poco después y les dijo:

—Vosotros ahí tumbados mientras está muriendo un hombre; hubiera ido corriendo a por él pero tengo que vigilar la ciudad...

Kiesha le respondió a Kiriéi que no se podía cambiar el proletariado sólo por Zhéiev: las bandas podrían quemar la

ciudad si todos salían corriendo a salvar sólo por el individuo Zhéiev.

—Apagaré la ciudad —prometió Kiriéi—, aquí hay pozos. Pero Zhéiev a lo mejor ha entregado su alma. ¿De qué sirve esperar al proletariado si éste no está, mientras que Zhéiev sí estaba?

Chepurni y Kiesha se levantaron de un salto y, sin dolores Chevengur, echaron a correr hacia la noche esteparia que proseguía, y los otros cinco camaradas les siguieron.

Kiriéi se colocó detrás de una cerca, puso bajo su cabeza una bardana y se tumbó a escuchar al enemigo hasta la llegada del alba.

Las nubes descendieron un poco asentándose en los bordes de la tierra, el cielo se aclaró por el centro, y Kiriéi contempló una estrella —y ella le miró a él— para no aburrirse. Todos los bolcheviques habían salido de Chevengur, tan sólo Kiriéi estaba tumbado, rodeado de la estepa como por un imperio, y pensaba: «Vivo y vivo pero, épara qué? Pues probablemente para sentirme seriamente feliz: ya que toda la revolución se ocupa de mí, la cosa no puede sino ir a mejor se haga lo que se haga... Ahora sólo se está mal; Proshka dijo que era así porque el progreso aún no había terminado, pero que la felicidad saldrá enseguida del vacío... ¡Mira esa estrella: venga a arder! ¿Qué es lo que querrá, ésta? Si al menos cayera podría verla de cerca. Pero no, no va a caer: la sujetó allí la ciencia y no Dios... Ojalá llegue pronto la mañana, estoy aquí tumbado sujetando yo solo el comunismo entero; si abandonara en estos momentos Chevengur también el comunismo se marcharía, o a lo mejor se detendría en alguna parte... ¡No se sabe si el comunismo ése son las casas o sólo los bolcheviques!»

Una gota cayó en el cuello de Kiriéi y se secó enseguida. «Gotea —se dijo Kiriéi—. ¿Pero de dónde vienen las gotas si no hay nubarrones? Seguro que allá en lo alto se concentra algo y luego cae desordenadamente. Vamos, gotea en mi boca —y Kiriéi abrió su garganta, pero ya no cayó nada—. Entonces gotea al lado —dijo Kiriéi y le señaló al cielo una bardana que tenía a su lado—, pero a mí no me moleste, déjame en paz, no sé por qué pero hoy estoy un poco harto de la vida...»

Kiriéi sabía que el enemigo tenía que estar en alguna parte, pero no lo percibía en la pobre estepa sin labrar, ni mucho menos en la ciudad proletaria purificada, y se durmió con la paz del seguro vencedor.

Chepurni, por el contrario, le tenía miedo al sueño en aquellas primeras noches proletarias y hasta le hubiera gustado arremeter ahora contra el enemigo con tal de no sentirse atormentado por la vergüenza y el temor al comunismo que había llegado, y seguir actuando junto con todos sus camaradas. Así que Chepurni caminaba por la estepa nocturna hacia el silencio de los indiferentes espacios, extenuándose a causa de su inconsciente corazón, para alcanzar al enemigo cansado y sin cobijo y quitarle a su cuerpo enfriado por el viento el poco calor que le quedaba.

—Dispara en el silencio general, el muy canalla —musitaba enfadado Chepurni—. ¡No nos deja empezar nuestra vida!

Los ojos de los bolcheviques, acostumbrados a la oscuridad de la noche durante la guerra civil, advirtieron a lo lejos un cuerpo extraño, negro, como una larga piedra tallada a escuadra, o una lápida, que yaciera por tierra. En esa parte la estepa era lisa cual agua de lago, y el cuerpo extraño no pertenecía a la tierra del lugar. Chepurni y los bolcheviques que le seguían moderaron su marcha tratando de medir la distancia que les separaba de aquel objeto desconocido e inmóvil. Pero la distancia era misteriosa, aquel cuerpo negro parecía situado al otro lado de un precipicio: la nocturna yerba salvaje transformaba las tinieblas en una temblorosa ola, lo que quitaba precisión a la mirada. Entonces los bolcheviques se lanzaron hacia adelante sujetando en las manos sus constantes revólveres.

El negro y regular cuerpo empezó a chirriar y, por el sonido, parecía claro que estaba cerca; las pequeñas piedras cretáceas eran trituradas y susurraba la costra superior de la tierra. La curiosidad hizo que los bolcheviques se detuvieran y bajaran sus revólveres.

—¡Es una estrella caída, ahora está claro! —dijo Chepurni sin sentir el ardor de su corazón por la apresurada larga marcha—. Nos la llevaremos a Chevengur y le tallaremos cinco

puntas. No es el enemigo, es la ciencia que acaba de aterrizar en nuestro comunismo...

Chepurni se sentó de la alegría de saber que hasta las estrellas sentían la atracción por el comunismo. El cuerpo de la estrella caída dejó de chirriar y de moverse.

—Ahora ya podemos esperar todo tipo de felicidades —explicó a todos Chepurni—. A partir de ahora acudirán volando hacia nosotros las estrellas, también los camaradas bajarán de ahí, y los pájaros se pondrán a hablar como niños resucitados: iy es que el comunismo no es ninguna bagatela, es el verdadero fin del mundo!

Chepurni se tumbó en la tierra, se olvidó de la noche, del peligro y de la vacía Chevengur, y se acordó de la persona que nunca recordaba: su mujer. Pero debajo de él estaba la estepa y no su mujer, con lo que Chepurni se levantó.

—¡A lo mejor es una ayuda, o una máquina de la Internacional! —dijo Kiesha—. ¡Igual es un rodillo de hierro que aplasta a los burgueses por sí solo! Como estamos luchando aquí, la Internacional esa se acuerda de nosotros...

Piotr Varfoloméievich Vekovói, el bolchevique de más edad, se quitó el sombrero de paja y vio con toda claridad el desconocido cuerpo, pero no fue capaz de recordar de qué se trataba. Acostumbrado a la vida de pastor, era capaz de reconocer por la noche un pájaro en pleno vuelo y de distinguir la especie de un árbol a una distancia de varias verstas; sus sentidos parecían ir por delante de su cuerpo y le advertían de todos los acontecimientos sin necesidad de aproximarse mucho a ellos.

—Seguro que es una cuba de la refinería de azúcar —dijo Vekovói, aunque, de momento, sin excesiva confianza en sí mismo—. Pues sí que es una cuba; ella era la que hacía chirriar las piedras; han tenido que ser los de Krútievo los que la han arrastrado hasta aquí y la han abandonado... El peso resultó mayor que la avaricia: deberían haberla llevado rodando y no arrastrando...

La tierra crujío de nuevo: la cuba comenzó a rodar lentamente y avanzó hacia los bolcheviques. El equivocado Chepurni fue el primero en llegar corriendo a la cuba que se movía y disparó contra ella a una distancia de diez pasos con lo

que la herrumbre del hierro le salpicó la cara. Pero la cuba siguió rodando amenazadoramente hacia Chepurni y los demás: los bolcheviques comenzaron a retroceder a paso lento. No sabían por qué se movía la cuba: chirriaba al rozar el seco suelo con todo su peso, con lo que la intuición de Chepurni no podía centrarse en ello; además, la noche, que iba aproximándose a la mañana, le quitó a la estepa el último resto de luz que habían desprendido hasta entonces las escasas estrellas cenitales.

La cuba ralentizó su marcha y comenzó a balancearse en el sitio, tratando de superar un pequeño montículo de tierra que se le resistía; después se quedó inmóvil completamente. Chepurni, sin pensar, quiso decir algo pero no llegó a hacerlo porque oyó una canción que entonaba una cansada y triste voz femenina:

Soñé con un pececito de un lago,  
y que ese pececito era yo...  
Que nadaba lejos, muy lejos,  
todavía viva y pequeñita...

La canción no llegó a su fin, aunque a los bolcheviques les hubiera gustado escucharla del todo y se quedaron esperando ansiosamente la voz y la canción. La canción no proseguía y la cuba seguía inmóvil: la persona que cantaba dentro debía de haberse cansado y se habría tumbado en el fondo de la cuba, olvidando palabras y música.

—¿Escucháis? —preguntó de pronto Zhéiev sin asomarse todavía al otro lado de la cuba: de hacerlo le hubieran podido liquidar como enemigo que se presentaba de repente.

—Estamos escuchando —respondió Chepurni—. ¿No va a cantar más?

—No —informó Zhéiev—. Ha cantado ya tres veces. Hace un siglo que les sigo la huella. Empujan la cuba desde dentro, y eso la hace rodar. Una vez disparé contra la cuba, pero no sirvió de nada...

—¿Pero quién hay dentro? —preguntó Kiesha.

—No se sabe —preciso Zhéiev—. Alguna burguesa maja y su hermano: antes de que llegarais vosotros se estaban

besando, el hermano murió luego no sé por qué y ella se puso a cantar sola...

—Por eso se le antojó convertirse en pececito —descubrió Chepurni—. ¡Quiere decirse que tiene ganas de recomenzar a vivir! ¡Vaya!

—Eso seguro —confirmó Zhéiev.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Chepurni asociando a la reflexión a todos sus camaradas—. Tiene una voz enternecedora, y en Chevengur no hay arte... ¿Y si la sacáramos para que volviera a la vida?

—No —replicó Zhéiev—. Está demasiado débil y además majara... Y además no tenemos con qué alimentarla: es una burguesa. Si fuera al menos una mujer, pero no es nada, no es más que un soplo de restos del pasado... Lo que necesitamos son simpatizantes y no artistas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chepurni a todos.

Todos callaban porque entre llevarse consigo a la burguesa o abandonarla no había ninguna diferencia en cuanto a utilidad.

—Entonces echemos la cuba a un barranco, y volvamos a lavar los suelos —zanjó Chepurni—. Porque Prokofi debe estar ya lejos. El proletariado puede presentarse ya mañana.

Los ocho bolcheviques apoyaron sus manos contra la cuba y comenzaron a hacerla rodarla fuera de ahí, hacia la lejanía opuesta a Chevengur, donde pasada una versta comenzaba una bajada que terminaba en el despeñadero de un barranco. Mientras la cuba rodaba daba vueltas constantemente en las entrañas de la misma una especie de relleno blando, pero los bolcheviques tenían prisa, aumentaban la velocidad de la cuba y no prestaban atención a la majara burguesa que ahora guardaba silencio. La cuba comenzó a desplazarse pronto por sí sola: había empezado el declive de la estepa hacia el barranco, y los bolcheviques se detuvieron y abandonaron su trabajo.

—Es la caldera de la refinería —dijo Vekovói para justificar su buena memoria—, y yo me preguntaba qué máquina podía ser esa.

—Ya —dijo Chepurni—. Entonces era una caldera, pues que siga rodando, podemos arreglárnoslas sin ella...

—Yo pensaba que no era nada, un rodillo muerto —dijo Kiesha—. ¡Y resulta que era una caldera!

—Sí, una caldera —dijo Vekovói—. Un cacharro con remaches.

La caldera rodaba todavía por la estepa y no sólo no dejaba de sonar debido a la distancia sino que chirriaba y resonaba todavía con más fuerza dado que su velocidad aumentaba más deprisa que el espacio que iba abandonando. Chepurni se sentó en el suelo en espera de oír el final de la caldera. El resonar de su rotación cesó de repente —la caldera iba volando por el aire al fondo del barranco— y al cabo de medio minuto chocó con golpe amortiguado y sordo contra la apagada arena del barranco, como si la caldera fuera acogida y sostenida por los brazos vivos de alguien.

Los chevengureños se tranquilizaron e iniciaron el camino de vuelta por la estepa, que ya se había tornado gris con la aproximación de la luz del nuevo día.

Kiriéi dormía igual que antes junto a la última cerca de Chevengur, con la cabeza colocada sobre una bardana y, como no tenía nadie a quien abrazar, se abrazaba a sí mismo por el cuello. Los hombres pasaron cerca de Kiriéi pero éste no les oyó porque el sueño le había hecho retroceder hacia la profundidad de su vida, desde donde inundaba su cuerpo la luz de su infancia y del reposo, que le daba calor.

Chepurni y Zhéiev se quedaron en las casas del confín y comenzaron a lavar los suelos de las mismas con la fría agua de los pozos. Los otros seis chevengureños siguieron caminando para elegir las mejores casas y adornarlas. Era incómodo trabajar en la oscuridad de las habitaciones, los enseres desprendían un soñoliento olor a olvido y en muchas de las camas yacían los gatos de los burgueses, que habían regresado; los bolcheviques echaron a los gatos y sacudieron de nuevo la lencería de las camas, asombrándose de la innecesaria complicación de la misma para el descanso de un hombre agotado.

Hasta el amanecer los chevengureños sólo lograron poner en condiciones dieciocho casas, siendo que en Chevengur había muchas más. Hicieron después un alto para fumar y se durmieron con las cabezas apoyadas en las camas, las cómo-

das, o sencillamente inclinando las cabezas cubiertas de largo pelo hasta los lavados suelos. Era la primera vez que los bolcheviques descansaban en las casas de los enemigos de clase muertos, sin darle importancia.

Kiriéi se despertó en Chevengur con la sensación de estar solo: no sabía que, por la noche, todos sus camaradas habían vuelto. También encontró vacía la casa de ladrillo, lo que significaba que Chepurni estaba muy lejos persiguiendo a bandidos, o había muerto por la heridas recibidas, junto con todos sus compañeros de armas, en algún lugar entre desconocidas yerbas.

Kiriéi se enganchó a la ametralladora y la llevó al mismo lindo donde había pasado la noche. El sol estaba ya muy alto, iluminando toda la vacía estepa, en la que, de momento, no se veía enemigo alguno. Pero Kiriéi sabía que le había sido confiada la custodia de Chevengur y del comunismo que había en él en toda su integridad; por ello, para mantener el poder proletario en la ciudad, puso en posición rápidamente la ametralladora, se tendió junto a ella y se puso a vigilar atentamente los alrededores. Tras aguantar tumbado todo el tiempo que pudo, Kiriéi sintió necesidad de comerse una gallina que había visto en la calle el día anterior; pero le pareció inadmisible abandonar la ametralladora sin vigilancia —hubiera sido lo mismo que traspasar el armamento del comunismo a manos del enemigo blanco—, y Kiriéi se quedó tumbado un rato más a fin de que le diera tiempo de inventar un sistema de defensa para Chevengur que le permitiera irse a cazar la gallina.

«Si al menos la gallina viniera por sí sola a mi encuentro —pensaba Kiriéi—. De todas formas me la voy a comer... Proshka tiene razón: la vida de alrededor no está organizada. Aunque nosotros tenemos ahora el comunismo y la gallina debería venir por sí sola...»

Kiriéi lanzó una mirada a lo largo de la calle para ver si la gallina se aproximaba. La gallina no venía, pero sí había un perro, que vagabundeaba lentamente; el perro se aburría y no sabía a quién debía servir en el despoblado Chevengur; las gentes pensaban que estaba protegiendo sus bienes, pero el perro había abandonado éstos porque los hombres se ha-

bían ido de sus casas, y se dirigía ahora parsimoniosamente hacia la lejanía —sin preocupaciones, pero también sin sentirse feliz. Kiriéi llamó al perro y le arrancó los cardillos de su pelo. El perro esperaba en silencio lo que le deparaba el destino, mirando a Kiriéi con ojos tristes. Kiriéi amarró el perro a la ametralladora con una correa y se marchó tranquilo a cazar la gallina porque Chevengur estaba en silencio y Kiriéi oiría ladrar al perro desde cualquier parte en cuanto apareciera algún enemigo o algún desconocido. El perro se sentó junto a la ametralladora y agitó la cola, prometiendo así vigilancia y celo.

Kiriéi estuvo buscando a su gallina hasta el mediodía mientras el perro seguía en silencio ante la estepa vacía. A mediodía salió Chepurni de una casa cercana y relevó al perro en la ametralladora hasta que llegó Kiriéi con la gallina.

Dos días más estuvieron los chevengureños lavando los suelos y manteniendo abiertas las ventanas y las puertas de las casas para que los suelos se secanaran y el aire burgués confinado fuera refrescado por el viento de la estepa. Al tercer día llegó a pie a Chevengur un hombre aseado y con bastón, que no fue liquidado por Kiriéi sino por consideración a su vejez, y que preguntó a Chepurni quién era.

—Soy miembro del partido bolchevique —informó Chepurni—. Y aquí tenemos el comunismo.

El hombre echó una mirada a Chevengur y dijo:

—Ya veo. Yo soy instructor avícola de la sección agrícola del distrito de Poche. Nosotros queremos criar Plymouth-Rock, así que he venido aquí a ver si los granjeros nos prestan un gallito y un par de gallinas para la reproducción... Tengo un certificado oficial sobre que todo el mundo debe ayudarme en mi misión. Si faltan huevos, nuestro distrito no saldrá adelante...

Chepurni quiso darle a aquel hombre un gallo y dos gallinas —lo pedía el Poder Soviético— pero no veía tales aves en los patios de Chevengur, y le preguntó a Kiriéi si quedaban en la ciudad gallinas vivas.

—Ya no queda ninguna —dijo Kiriéi—. La última que quedaba me la comí entera el otro día, si las hubiera no estaría tan apenado...

El hombre de Pocheb reflexionó un poco.

—Bueno, entonces perdonen... Ahora esribanme al dorso del certificado que he cumplido mi misión: en Chevengur no hay gallinas.

Chepurni apoyó el papel contra un ladrillo y dejó constancia sobre él de la prueba: «El hombre ha estado aquí y se ha marchado, no hay gallinas, han sido consumidas como víveres del destacamento revolucionario. El presidente del comité revolucionario de Chevengur, Chepurni».

—Ponga la fecha —pidió el enviado de Pocheb—. El mes y el día: sin la fecha la inspección desacreditará el documento.

Pero Chepurni desconocía el mes y la fecha en curso: en Chevengur se le había olvidado contar el tiempo vivido, y lo único que sabía era que corría el verano y estaban en el quinto día del comunismo, así que escribió: «Verano. 5 com.»

—De acuerdo —le agradeció el productor de gallinas—. Con eso basta, sólo me hacía falta una señal. Se lo agradezco.

—¡Bueno, largo de aquí! —le dijo Chepurni—. Acompáñalo hasta los límites de la ciudad para que no se quede aquí.

Por la tarde, Chepurni se sentó en el banco de tierra de junto a una isba y se puso a esperar la puesta del sol. Todos los chevengureños habían vuelto a la casa de ladrillo tras haber hecho durante ese día la limpieza de cuarenta casas preparando la llegada del proletariado. Para saciar el hambre los chevengureños se comieron empanadas de hacía seis meses y col fermentada que la burguesía chevengureña había almacenado por encima de sus necesidades de clase, con la esperanza de que iban a vivir eternamente. Cerca de Chepurni, un grillo, habitante de vida tranquila y sedentaria, comenzó a desgranar su estridente canción. Por encima del río Chevengurka se elevó el calor de la tarde como un extenuado y largo suspiro de la tierra trabajadora ante el descanso que se aproximaba en forma de oscuridad.

«Ahora las masas vendrán aquí enseguida —pensó apaciguado Chepurni—. Dentro de poco el bullicio del comunismo estallará por todo Chevengur, y, entonces, cualquier alma inesperada encontrará aquí su consuelo en la universal reciprocidad...»

Durante la tarde Zhéiev anduvo sin cesar por las huertas y los prados de Chevengur analizando el suelo que pisaba, observando las minucias de la vida de abajo y compadeciéndose de ella. Antes de dormir Zhéiev gustaba de añorar la interesante vida futura y echar de menos a sus padres que hacía tiempo que habían perecido sin llegar a ver la felicidad y la revolución. La estepa se había vuelto invisible y tan sólo un punto de luz, como única defensa frente al enemigo y la duda, brillaba en la casa de ladrillo. Zhéiev se encamino hacia ahí por la yerba que se había quedado callada y debilitada a causa de la oscuridad, y vio al insomne Chepurni sentado en el banco de tierra.

—Sigues ahí —dijo Zhéiev—. Voy a sentarme yo también: para estar un rato callado.

Todos los bolcheviques chevengureños estaban ya acostados en el suelo sobre la paja, musitando y sonriendo en sueños inconscientes. Solo Kiesha caminaba alrededor de Chevengur para protegerlo y tosía en la estepa.

—Me pregunto por qué la gente sueña cuando hay guerra y revolución. En tiempo de paz eso no pasa: duermen todos como troncos.

También Chepurni soñaba constantemente y no sabía, por ello, de dónde procedían tales sueños y por qué turbaban su mente. Se lo hubiera explicado Prokofi pero ahora éste, que era un hombre necesario, no estaba.

—Cuando los pájaros cambian la pluma, he oído cómo cantan en sueños —recordó Chepurni—. Tienen la cabeza bajo el ala, a su alrededor hay plumón y no se ve nada, pero suena su cantarcito apacible...

—¿Y qué es el comunismo, camarada Chepurni? —preguntó Zheiev—. Kiriéi me ha dicho que una vez hubo comunismo en una isla en el mar, pero Kiesha dice que el comunismo lo inventó gente lista...

Chepurni quiso pensar en el comunismo, pero lo dejó en espera de que volviera Prokofi y preguntárselo a él. Pero se acordó de repente de que en Chevengur había ya comunismo y dijo:

—Cuando el proletariado vive por sí solo, completamente solo, el comunismo aparece también por sí solo. ¿Para qué

quieres saberlo, dime, por favor, cuando uno tiene que sentirlo y descubrirlo en la práctica? El comunismo es el sentimiento mutuo de las masas; espera a que Prokofi traiga a los pobres: nuestro comunismo se fortalecerá y entonces lo verás enseguida...

—¿Y no se sabe con precisión? —insistió Zhéiev tratando de obtener una respuesta.

—¿Soy para ti las masas o qué? —dijo ofendido Chepurni—. Ni siquiera Lenin debe saber lo que es el comunismo, porque ése es un asunto de todo el proletariado al tiempo, y no de un solo hombre... Uno no puede llegar a ser más listo que el proletariado...

Kiesha ya no tosía en la estepa: había oído a lo lejos un resonar pectoral de voces y se escondió entre las yerbas salvajes para adivinar con mayor precisión a los transeúntes. Pero pronto cesaron las voces y sólo llegaba la agitación apenas perceptible de una gentes agrupadas en un mismo lugar, y, como si se tratara de personas con suaves pies descalzos, tampoco se oían pasos. Kiesha empezó a caminar hacia adelante —a través de las yerbas salvajes de Chevengur, donde se entremezclaban fraternalmente el trigo, el sayón y la ortiga— pero decidió esperar la luz del próximo día y regresó pronto; las yerbas salvajes desprendían el vapor de la vida de las plantas y las espigas; ahí convivían el centeno y el follaje del sayón, sin perjudicarse entre sí, abrazándose estrechamente y conservándose el uno al otro; nadie los había sembrado, nadie los molestaba, pero al llegar el otoño el proletariado utilizaría la ortiga para sopa y recogería el centeno, junto con el trigo y el sayón, para alimentarse en invierno; más hacia el interior de la estepa crecían los girasoles, el trigo sarraceno y el mijo, y en las huertas de Chevengur había todo tipo de legumbres, amén de patatas. La burguesía de Chevengur llevaba ya tres años sin sembrar ni plantar nada esperando la llegada del fin del mundo, pero las plantas se habían multiplicado de padres a hijos habiendo establecido así una especie de relación entre el trigo y las ortigas: por cada espiga de trigo había tres raíces de ortiga.

Chepurni, observando la estepa cubierta de yerbas, gustaba de decir que también ella era una Internacional de las gra-

míneas y las flores, lo que aseguraba a todos los pobres una copiosa alimentación sin intervención del trabajo ni de la explotación. Gracias a ello los chevengureños veían que la naturaleza había renunciado a oprimir al hombre mediante el trabajo y que ella misma regalaba al comedor desposeído todo lo alimenticio e imprescindible; el comité revolucionario de Chevengur ya se había percatado a su tiempo de la docilidad de la naturaleza vencida y había decidido hacerle en el futuro un monumento en forma de árbol que, naciendo de un suelo salvaje, estrechaba al hombre con sus dos brazos nudosos bajo el sol común.

Kiesha arrancó una espiga y empezó a sorber la pulpa cruda de sus flacos e inmaduros granos, escupiéndola después, olvidándose hasta del sabor de la comida: por el camino cubierto de yerbas sonó suavemente un carroaje; la voz de Piúshia daba órdenes al caballo mientras que la voz de Proshka cantaba:

Canta la ola en el lago,  
el pescador duerme en el fondo,  
y un huérfano en sueños  
camina con débil paso...

Kiesha corrió hasta el faetón de Prokofi y vio que Piúshia y él iban sin nadie, sin sombra de proletariado.

Chepurni hizo levantarse enseguida a todos los durmientes bolcheviques para recibir solemnemente al proletariado llegado y organizar un mitin, pero Prokofi dijo que el proletariado se había cansado y que se había echado a dormir hasta el amanecer en la parte resguardada del viento de un túmulo de la estepa.

—Llega con su orquesta y su líder, o sin nada? —preguntó Chepurni.

—Mañana los verás tu mismo desde todos los ángulos, camarada Chepurni —informó Prokofi—, y ahora no me molestes: Pashka Piúshia y yo hemos hecho mil verstas, hemos visto el océano de la estepa y hemos probado esturión... Te haré un informe y te lo formularé todo más tarde.

—Tú, Prosha, duerme, y mientras yo iré a ver al proletariado —dijo Chepurni tímidamente.

Pero Prokofi se opuso:

—Déjale en paz, que ya ha sufrido bastante... Pronto saldrá el sol y bajará del túmulo a Chevengur...

Chepurni se pasó sentado el resto de la noche en una espera insomne: apagó la lámpara para no perturbar a los que dormían en el túmulo con el gasto del petróleo que les pertenecía, y sacó del desván la bandera del comité revolucionario de Chevengur. Limpió además la estrella de su gorro y puso en marcha un reloj de pared sin dueño, parado desde hacía tiempo. Tras haberse preparado por completo Chepurni apoyó la cabeza sobre sus brazos y se dispuso a no pensar para que el tiempo nocturno pasara más deprisa. Y el tiempo pasó rápido porque el tiempo es la inteligencia y no el sentimiento, y porque Chepurni no tenía ningún pensamiento en su mente. La paja sobre la que dormían los chevengureños se humedeció ligeramente con el fresco rocío: estaba despuntando la mañana. Entonces Chepurni empuñó la bandera y se dirigió al extremo de Chevengur frente al cual estaba el túmulo donde dormía el proletariado péatonal.

Chepurni estuvo unas dos horas con su bandera, de pie junto a una cerca, en espera del amanecer y del despertar del proletariado; veía cómo la luz del sol iba devorando la nebulosa oscuridad por encima de la tierra, vio iluminarse el desnudo túmulo abrazado por los vientos, que las aguas habían lavado, con su suelo despojado y triste, y recordó una visión olvidada parecida a aquel pobre túmulo roído por la naturaleza por el único motivo de sobresalir en la llanura.

En la pendiente del túmulo había gente acostada calentando sus huesos bajo el primer sol, y también ellos parecían los negros y vetustos huesos del dispersado esqueleto de la enorme y desaparecida vida de alguien. Algunos proletarios permanecían sentados, otros yacían estrechados contra sus parentes o vecinos para entrar en calor más deprisa. Un viejo delgado, vestido tan sólo con unos pantalones, permanecía de pie y se rascaba las costillas, mientras que un adolescente estaba sentado junto a sus pies y observaba inmóvil Chevengur sin acabar de creer que ahí había preparada para él una casa en la que podría dormir eternamente. Dos hombres de color marrón se hallaban tumbados y se buscaban los piojos

en las cabezas el uno al otro, como hacen las mujeres, si bien ellos no miraban los cabellos sino que cazaban los bichos al tacto. Curiosamente ningún proletario tenía prisas por entrar en Chevengur, probablemente porque ignoraban todavía que allí habían preparado para ellos el comunismo, la paz y la propiedad colectiva. La mitad de las personas iba vestida tan sólo hasta la cintura, mientras que la otra mitad llevaba únicamente ropa exterior de una pieza, capotes o lienzos de lino bajo los cuales sólo había cuerpos secos, gastados, curtidos por la intemperie, el vagabundeo y todo tipo de necesidades.

El proletariado habitaba indiferente en aquel túmulo chevengureño y ni siquiera miraba al hombre solitario situado en el límite de la ciudad empuñando la bandera de la fraternidad. Por encima del desértico desamparo de la estepa se alzaba el extenuado sol del día anterior, y su luz era vacía, como si iluminase un país extranjero y olvidado, donde no había nadie salvo los hombres abandonados del túmulo que se estrechaban el uno contra el otro no movidos por el amor y la familiaridad sino por la escasa ropa que llevaban. No esperando ayuda ni amistad, presintiendo de antemano los supplicios que le esperaban en la desconocida ciudad, el proletariado del túmulo no se erguía, sino que apenas se removía haciendo uso de sus debilitadas fuerzas. Los escasos niños, que parecían personas mayores, permanecían sentados en medio del proletariado apoyándose en los que dormían: eran los únicos que pensaban, mientras que los adultos dormían o se abandonaban a sus enfermedades. El viejo dejó de rascarse las costillas y se tumbó de nuevo de espaldas, estrechando contra su costado al muchacho para que el viento frío no le diera en la piel y los huesos. Chepurni se fijó en que tan sólo un hombre comía: vertía en su boca algo que llevaba en la cuenca de la mano, lo masticaba a continuación y se daba después con el puño en la cabeza para quitarse el dolor de la misma. «¿Dónde he visto algo igual?» —intentó recordar Chepurni. Cuando Chepurni lo había visto por primera vez, el sol también se levantaba en medio del sueño de la niebla, el viento soplabía a través de la estepa y sobre un túmulo negro, que iba siendo destruido por las fuerzas de la

naturaleza, yacían hombres indiferentes, inexistentes, a los que había que ayudar porque constituyan el proletariado, y a los que era imposible ayudar porque se contentaban con un único y pequeño consuelo: el sentimiento sin sentido del apego mutuo; gracias a aquel apego los proletarios caminaban por la tierra y dormían en las estepas por cuadrillas enteras. En épocas anteriores Chepurni también había caminado con otros hombres en busca de jornal, había vivido en cobertizos, rodeado de camaradas y protegido de las inevitables desgracias por la compasión de los mismos, pero nunca había sentido cuál podía ser su utilidad en semejante vida recíproca e inseparable. Ahora veía con sus propios ojos la estepa y el sol entre los que se encontraban los hombres del túmulo; pero éstos no eran dueños del sol ni de la tierra, y Chepurni entendió con los sentidos que en lugar de la estepa, de las casas, del alimento y de la ropa, que los burgueses habían adquirido para sí mismos, los proletarios del túmulo se tenían el uno al otro, porque todo hombre debe tener algo; cuando entre los hombres existe la propiedad, éstos desperdician fácilmente sus fuerzas en cuidar de la misma, pero cuando no hay nada entre los hombres, ellos comienzan a no separarse y a protegerse mutuamente del frío mientras duermen.

En una época mucho más temprana de su vida —le era imposible recordar cuándo, si hacía un año o en la niñez—, Chepurni había visto aquel túmulo, aquellos pobres de clase proletaria que habían llegado allí por azar y aquel mismo sol fresco que no trabajaba para una estepa tan despoblada. Esto había sucedido ya en una ocasión, pero su débil mente era incapaz de saber cuándo; tan sólo Prokofi hubiera podido adivinar el recuerdo de Chepurni, y aun eso era dudoso: porque todo esto que se veía ahora, Chepurni lo conocía desde hacía tiempo, pero no podía haber sucedido en el pasado puesto que la revolución había comenzado recientemente. Así que Chepurni, en lugar de Prokofi, intentó formularse a sí mismo su recuerdo; él sentía ahora inquietud y emoción por aquel proletariado pegado al túmulo y pensó poco a poco en que ese día iba a pasar porque ya había tenido lugar en tiempos pasados; eso significaba que no tenía sentido afli-

girse ahora: de todas formas ese día iba a terminar tal y como había sido vivido y olvidado aquel otro día, el anterior. «Pero un túmulo así y sobre todo con el proletariado peatonal son cosas que no pueden verse si no hay revolución —trataba de aclararse Chepurni—, aunque también he enterrado dos veces a mi madre: iba caminando tras el ataúd, llorando y recordando que en una ocasión había caminado ya detrás de ese ataúd, había besado los apagados ojos de la muerta, y sobreviví, y sobreviviré también ahora; en aquella ocasión también me fue más fácil desolarme una segunda vez por la misma desgracia. Pero bueno, ¿qué es lo te pasa?»

«Crees recordar, pero aquello nunca sucedió —se formuló juiciosamente Chepurni, gracias a la ausencia de Prokofi—. Como no estoy bien, hay en mi interior elementos piadosos que me ayudan y me dicen: no pasa nada, eso ya sucedió y ahora no te vas a morir, continúa caminando siguiendo tus propias huellas. Pero no hay huellas ni las puede haber: uno vive siempre hacia adelante y hacia la oscuridad... ¿Por qué no viene nadie de nuestra organización? ¿No será que el proletariado no se levanta del túmulo porque espera que se le rinda honores?»

De la casa de ladrillo salió Kiriéi. Chepurni le ordenó a gritos que llevara allí a toda la organización porque las masas se habían presentado y era ya hora. La organización se desperdió por orden de Kiriéi y se presentó ante Chepurni.

—¿A quién nos has traído? —preguntó Chepurni a Prokofi—. Dime, si es el proletariado quien está en aquel túmulo, ¿por qué no ocupa su ciudad?

—Ahí hay el proletariado y los otros —dijo Prokofi.

Chepurni se inquietó:

—¿Qué otros? ¿Otra vez la capa de canalla residual?

—¿Pero quién soy yo, un miembro del Partido o una basura? —respondió Prokofi ofendido—. Los otros son los otros, o sea, nadie. Peor incluso que el proletariado.

—¿Pero quiénes son entonces? ¡Bien tendrán padres de la misma clase! ¡Porque no les habrás recogido entre las yerbas salvajes, sino en un lugar social!

—No tienen padres —explicó Prokofi—. No vivían en ninguna parte, no hacían más que rodar.

—¿Adónde rodaban? —preguntó con respeto Chepurni, que experimentaba un sentimiento de dignidad hacia todo lo desconocido y peligroso—. ¿Hacia dónde van? ¡A lo mejor hay que decirles que se detengan!

Prokofi se asombró ante lo insensato de la pregunta:

—¿Cómo que hacia dónde van? Está claro que al comunismo, y en nuestra ciudad es donde se van a parar definitivamente.

—¡Entonces ve y hazles venir aquí inmediatamente! Diles que la ciudad es de ellos, que la hemos preparado con esmero, y que junto a la cerca le espera la vanguardia para desear al proletariado felicidad y bueno... díselo: el mundo entero, porque, de todas formas, el mundo es de ellos.

—Y si renuncian al mundo? —preguntó Prokofi anticipándose—. A lo mejor tienen bastante por ahora con Chevengur...

—Y para quién será entonces el mundo? —preguntó Chepurni embarullándose con la teoría.

—Para nosotros: nos servirá de base.

—Eres un canalla: nosotros somos la vanguardia, somos de ellos, pero ellos no nos pertenecen... Porque la vanguardia no es la humanidad, es una protección muerta sobre un cuerpo vivo: el proletariado, él es la humanidad! ¡Corre, granuja!

Prokofi logró organizar rápidamente a los proletarios y a los otros que estaban en el túmulo. Resultó que en el túmulo había muchos hombres, más de los que había visto Chepurni, unos cien o doscientos, y todos tenían aspecto diferente, aunque en tanto que proletarios sin excepción todos eran necesariamente idénticos.

La gente empezó a descender del desnudo túmulo hacia Chevengur. Chepurni siempre percibía al proletariado con ternura y sabía que éste existía en el mundo en forma de incansable fuerza solidaria, que ayudaba al sol a alimentar a los cuadros de la burguesía, porque el sol daba de sí sólo para saciarse pero no para la avidez; intuía que el ruido que resonaba en los oídos de Chepurni cuando éste pernoctaba en la estepa, un lugar vacío, era el resonar del trabajo oprimido de la clase obrera mundial, que avanzaba día y noche para conse-

uir alimento, propiedad y tranquilidad para sus enemigos personales, que se multiplicaban gracias a la substancia labiosa del proletariado; gracias a Prokofi, Chepurni atesoraba dentro de sí una convincente teoría sobre los trabajadores, que eran animales respecto a la naturaleza no organizada y héroes del futuro; pero Chepurni había descubierto por sí mismo un reconfortante misterio: que el proletariado no admiraba la vista de la naturaleza, sino que destruía ésta mediante su trabajo —era la burguesía la que vivía para la naturaleza, y se multiplicaba—; el trabajador vivía para sus camaradas y hacía la revolución. Lo único que no sabía Chepurni era si bajo el socialismo era necesario el trabajo o si para alimentarse bastaba con el discurrir natural de la naturaleza. En este punto Chepurni se inclinaba a darle la razón a Prokofi: el sistema solar, sin otra intervención, insuflaría la fuerza vital al comunismo, a condición de que no hubiera capitalismo, porque todo trabajo y todo celo habían sido inventados por los explotadores para conseguir una plusvalía anormal, aparte de los productos producidos por el sol.

Chepurni había esperado recibir en Chevengur a los Unidos héroes del futuro, pero vio a unos hombres que no caminaban con andar marcial sino a su paso habitual; y vio a unos camaradas con los que no se había cruzado nunca antes; a unos hombres sin especial aspecto de clase y sin dignidad revolucionaria, parecían «otros» anónimos que vivían sin significado alguno, sin orgullo y al margen del inminente júbilo universal; hasta la edad de los «otros» era difícil de calcular, y sólo era evidente que eran pobres, que no poseían más que un cuerpo cuyo crecimiento se había producido al margen de su voluntad, y que eran extraños para todos; debido a ello los «otros» caminaban en apretadas filas y se miraban más entre ellos que a Chevengur y a su vanguardia comunista.

Uno de los «otros» cazó una mosca en la espalda desnuda del viejo que caminaba delante de él, acarició la espalda del viejo para borrar los arañazos o la huella del roce y luego aplastó la mosca con crueldad contra la tierra, lo que hizo que Chepurni cambiara vagamente su asombrado sentimiento respecto a los «otros». Tal vez esos proletarios, y los

«otros» con ellos, hacían recíprocamente las veces de única propiedad y patrimonio de la vida, y por eso intercambiaban esas miradas atentas sin reparar excesivamente en Chevengur y protegían cuidadosamente a sus camaradas de las moscas, de la misma manera que la burguesía protegía sus casas y su ganado.

Los que habían descendido del túmulo ya estaban cerca de Chevengur. Como Chepurni no sabía formular elocuentemente sus pensamientos le pidió a Prokofi que lo hiciera, y éste, de buena gana, dijo a los proletarios que se habían acercado:

—¡Camaradas ciudadanos indigentes! Aunque se os entrega la ciudad de Chevengur, no es para pillaje de los miserables, sino para el aprovechamiento de todos los bienes conquistados y para organizar una amplia y fraternal familia que garantice la conservación de la ciudad. Ahora somos inevitablemente hermanos, miembros de una sola familia, porque nuestra propiedad ha sido unida socialmente en una sola economía. ¡Por eso, vivid aquí honestamente, bajo la dirección del comité revolucionario!

Chepurni le preguntó a Zhéiev por qué había inventado la inscripción del lienzo que se hallaba colgado como divisa en el otro extremo de la ciudad.

—No he pensado en ella —le informó Zhéiev—, la he sacado de la memoria y no por mi cuenta... La había oído en alguna parte: la cabeza guarda muchas cosas...

—¡Espera! —dijo Chepurni a Prokofi, y se dirigió personalmente a los indigentes vagabundos que habían formado una masa alrededor de los chevengureños: ¡Camaradas...! Prokofi os ha llamado hermanos y familia, pero es una completa mentira: todos los hermanos tienen padre, y muchos de nosotros no tenemos padre desde el comienzo de la vida. Nosotros no somos hermanos, somos camaradas porque los unos para los otros somos mercancía y precio a la vez, porque no tenemos ninguna otra reserva mueble o inmueble en materia de propiedad... Además... habéis hecho mal en no entrar por el otro extremo de la ciudad, ahí tenemos colgada nuestra divisa, dicha por no se sabe quién, pero que está escrita y es lo que nosotros queremos: ivale más destruir el

mundo entero tan bien instalado, a cambio de tenerse los unos a los otros, crudos y desnudos, y por consiguiente, proletarios de todos los países, unidos antes que nada! He terminado, y os trasmito un saludo de parte del comité revolucionario de Chevengur...

El proletariado del túmulo y los «otros» arrancaron y se dirigieron al centro de la ciudad sin haber dicho palabra y sin aprovechar el discurso de Chepurni para desarrollar su conciencia; sus fuerzas daban solamente para la vida del momento presente, vivían sin que nada les sobrara porque en la naturaleza ni en el tiempo había habido razones para su nacimiento ni para su felicidad; por el contrario, la madre de cada uno de ellos había sido la primera en echarse a llorar fecundada fortuitamente por un padre de paso rápidamente perdido. Tras su nacimiento se sintieron en el mundo otros y erróneos: no había nada preparado para ellos, tenían menos que una brizna de yerba que posee su pequeña raíz, su lugar y su alimentación gratuita en el suelo común.

Todos los «otros» habían sido paridos de antemano sin ningún don: no podían tener ni inteligencia, ni generosidad de sentimientos, porque sus padres no les habían engendrado a partir de las fuerzas sobrantes de sus cuerpos sino mediante la angustia nocturna y la debilidad de sus tristes fuerzas: era el olvido recíproco de dos personas ocultas que vivían en secreto en el mundo, porque si hubiesen vivido demasiado patentemente y felices los habrían aniquilado los hombres reales que figuraban en el censo del Estado y pernoctaban en sus propias casas. La inteligencia no tenía cabida en los «otros»; la inteligencia y los sentidos vivaces los podían tener únicamente aquellas personas que disponían de reservas libres en sus cuerpos y del calor de la paz sobre sus cabezas; pero los padres de los «otros» no disponían sino de los restos de sus cuerpos desgastados por el trabajo y corroídos por devoradoras penas, y habían perdido la inteligencia y la sensible melancolía del corazón en tanto que rasgos elevados debido a la carencia de descanso y de suaves sustancias alimenticias. Y así habían surgido los «otros», de la profundidad de sus madres, en medio de una desgracia total, porque sus madres los habían dejado solos tan pronto las sostenían

las piernas tras la debilidad de los partos, para no tener tiempo de ver a sus hijos y para no cogerles para siempre involuntario cariño. El pequeño «otro» que se había quedado solo tenía que hacer de sí mismo, por sí solo, el hombre futuro, sin poder apoyarse en nadie, sin sentir otra cosa que el debilitado calor de sus entrañas; alrededor estaba el mundo exterior, y el niño «otro» yacía en medio del mismo y lloraba rebelándose contra esa primera desgracia que ya no olvidaría en toda su vida: el calor de la madre perdido para siempre.

Los sedentarios, la gente de confianza del Estado, que vivía en la comodidad de la solidaridad de clase, de los hábitos corporales, y que se dedicaban a acaparar tranquilidad, había creado en torno suyo una especie de vientre materno gracias al cual se desarrollaba y mejoraba como si se hallase todavía en la ya pasada infancia; pero los «otros» habían percibido inmediatamente el mundo en el frío, en las yerbas humedecidas por las pisadas de la madre y en la soledad producida por la interrupción de las protectoras fuerzas maternales.

El comienzo de su vida, al igual que los espacios recorridos de tierra que correspondían a la existencia vivida y superrada, lo recordaban los «otros» como algo opuesto a la madre desaparecida y que en tiempos debía de haberla atormentado. ¿Pero qué es lo que había sido su vida y aquellos caminos escasamente poblados cuya imagen hacía que permaneciera el mundo en la conciencia de los «otros»?

Ninguno de los «otros» había visto a su padre, y tan sólo recordaban a la madre con la vaga añoranza del cuerpo que había perdido la paz, la añoranza que en la edad adulta se había convertido en una devastadora tristeza. El niño no suele exigirle nada a su madre después de nacer —la quiere—, y ni siquiera los «otros» huérfanos se habían enfadado nunca con sus madres aunque los habían abandonado enseguida y para no volver. Pero, al crecer, el niño espera al padre, se satura definitivamente de las fuerzas naturales y los sentimientos de la madre —aunque sea abandonado inmediatamente después de salir de su vientre—, vuelve su rostro lleno de curiosidad hacia el mundo, quiere cambiar la naturaleza por las personas, y es el padre el que representa su primer amigo-camarada, tras el obsesivo calor de la madre, des-

pués de que su vida hubiera estado abrazada fuertemente por sus cariñosos brazos.

Ninguno de los «otros» había encontrado, tras convertirse en muchacho, a su padre y compañero, y si bien la madre lo había parido, ya nacido y vivo el padre en cambio no le esperaba en el camino; por eso el padre se transformaba en enemigo, en adversario de la madre: en una persona que no se hallaba en ninguna parte y que siempre condenaba al impotente hijo a los riesgos de una vida sin ayuda alguna y, por tanto, sin suerte.

Y así la vida de los «otros» era una vida huérfana de padre, transcurría sobre la tierra vacía sin aquel primer camarada que, cogiéndoles de la mano, los hubiera llevado con la gente, para, después de su muerte, dejarles a los hijos en herencia a los hombres, y que éstos les sirvieran de sustitutos tuyos. Todo lo que les faltaba a los «otros» en el mundo entero era un padre, y el viejo que se había estado rascando las costillas en el túmulo, cantó después en Chevengur una canción que le conmovía a él mismo:

¡Quién me abrirá las puertas?  
¡Los pájaros y los animales extraños...?  
¡Y dónde estás tú, padre mío?  
¡Ay de mí, no lo sé...!

Casi todos aquellos cuya llegada había aclamado la organización bolchevique de Chevengur habían hecho de sí mismos un hombre con sus propias fuerzas, rodeados del frenesi de la gente acomodada y de la muerte de los pobres; todos ellos sin excepción eran personas improvisadas; no asombra la yerba que abunda en el prado y donde ella vive al abrigo de una estrecha defensa y el suelo debajo de ella está húmedo —así se puede sobrevivir y crecer sin una pasión ni una necesidad especial—; pero es extraño, y de hecho se da pocas veces, que caigan en el barro desnudo o en la vagabunda arena semillas de anónimas yerbas salvajes, desplazadas por la tempestad, y que de esas semillas surja una vida solitaria, rodeada de los países vacíos del mundo, y capaz de encontrar su sustento en los minerales.

Los demás hombres poseían todo un sistema de protección para fortalecer y desarrollar sus propias y valiosas vidas, mientras que los «otros» disponían tan sólo de un arma para mantenerse sobre la tierra: aquel resto de calor parental en el cuerpo de nifito; pero hasta eso les bastaba a los «otros» sin nombre para salvarse, llegar a la edad viril, recorrer su camino y alcanzar con vida su porvenir. Semejante vida pasada había desgastado las fuerzas de los que habían llegado a Chevengur, y por eso le habían parecido a Chepurni elementos débiles y no proletarios, como si se hubieran pasado la vida calentados e iluminados por la luna y no por el sol. Pero, al gastar todas sus fuerzas para conservar dentro de sí aquel calor originario parental, en contra del viento de la vida ajena y hostil, que les azotaba la cara y los desenraizaba, y tras multiplicar dentro de sí aquel calor a costa de ganarse el jornal entre gente censada y con nombre, los «otros» habían hecho de sí mismos hombres improvisados y de destino desconocido; además semejante ejercicio de paciencia y de las posibilidades internas del cuerpo había creado en los «otros» una mente llena de curiosidad y de duda, una sensibilidad rápida, capaz de trocar la felicidad eterna por un camarada de su mismo género, porque ese camarada tampoco tenía ni padre ni propiedades, pero podía hacerle olvidar las dos cosas, y los «otros» llevaban también dentro de sí una esperanza, convencida y fecunda, aunque triste como una pérdida. Esa esperanza se concretaba en que si se lograba lo principal —hacer de sí mismo un ser vivo y completo— entonces se logaría todo lo demás, cualquier cosa, aunque para ello fuera necesario conducir el mundo entero a su postrema tumba; pero si no se realizaba y vivía lo principal, lo principal hubiera sido realizado y vivido, si no se encontraba lo imprescindible, que no era la felicidad, sino la necesidad, entonces ya no había tiempo en lo que quedaba de vida para hallar lo que se había perdido en tiempos, o lo que se había perdido había desaparecido por completo: muchos de los «otros» habían recorrido todos los caminos, abiertos o intransitables, y no habían encontrado nada.

La aparente debilidad de los «otros» no era sino la indiferencia de sus fuerzas; el exceso de trabajo y los padecimien-

tos de la vida habían hecho que sus rostros no parecieran rusos. Chepurni fue el primero de los chevengureños en percatarse de esto, sin haberse fijado en que de los cuerpos de los proletarios y de los «otros» que habían llegado colgaban tan pocas ropas que podía pensarse que no temían ni a las mujeres que se les cruzaban ni al frío de las noches. Cuando la clase recién llegada se dispersó por las casas de Chevengur, Chepurni empezó a dudar.

—Pero qué proletariado nos has traído, dime? —dijo dirigiéndose a Prokofi—. Si no son más que duda, y además no son rusos.

Prokofi cogió la bandera de manos de Chepurni y leyó para sí el verso de Carlos Marx escrito en ella.

—¡Cómo que no es el proletariado! —dijo—. ¡Es la clase de primera, no tienes más que conducirla hacia adelante, y verás como ni rechistan! Son proletarios internacionales: ¡no ves que no son rusos ni armenios ni tártaros, sino que no son nada? Te he reunido a la internacional en carne y hueso y tú te quejas...

Chepurni sintió algo, pensativo, y declaró en voz baja:

—Nosotros necesitamos el paso de acero de los batallones proletarios, el comité provincial nos envió una circular diciéndonoslo, iy tú nos has venido aquí con los «otros»! ¿Qué andar puede tener un hombre descalzo?

—No pasa nada —dijo Prokofi para tranquilizar a Chepurni—, no importa que vayan descalzos; tienen los talones tan trabajados que se les podría meter tornillos con un destornillador. Son capaces de recorrer descalzos el mundo entero durante la revolución mundial...

Los proletarios y los «otros» desaparecieron definitivamente en las casas de Chevengur, donde continuaron su vida anterior. Chepurni fue a buscar entre los «otros» al escuálido anciano para invitarle a una reunión extraordinaria del comité revolucionario que era necesario hacer porque se habían acumulado bastantes problemas organizativos. Prokofi, que estuvo totalmente de acuerdo con ello, se sentó a escribir los proyectos de resolución en la casa de ladrillo.

El delgado anciano estaba tumbado en el limpio suelo de la que había sido antes casa de Schápov; junto a él se hallaba

sentado otro hombre al que podría echárselo entre veinte y sesenta años, y que se dedicaba a descoser las costuras de unos pantalones de niño para poder después meterse en ellos.

—Camarada —le dijo Chepurni al viejo—. Deberías ir a la casa de ladrillo, ahí está el comité revolucionario y es indispensable tu presencia.

—Me acercaré —prometió el viejo—. Cuando me levante no os evitaré, me han empezado a doler las tripas, en cuanto dejen de dolerme espérame.

Mientras tanto Prokofi estaba ya estudiando los documentos revolucionarios llegados de la ciudad, y había encendido la lámpara a pesar de que aún era de día. Antes de empezar las reuniones del comité revolucionario de Chevengur siempre se encendía la lámpara, y así permanecía hasta que finalizaba el debate de todas las cuestiones; con ello, según opinaba Prokofi Dvánov, se creaba el símbolo moderno de que la luz de la vida solar en la tierra debía ser sustituida por la luz artificial de la inteligencia humana.

A la reunión del comité revolucionario se presentó toda la organización bolchevique de base de Chevengur, y algunos de los «otros» recién llegados estuvieron presentes, de pie y con derecho a voz. Chepurni estaba sentado al lado de Prokofi y en general se sentía contento: como mínimo el comité revolucionario había sabido retener la ciudad hasta que la había poblado la masa proletaria y ahora el comunismo se había asentado para siempre en Chevengur. El único que faltaba era el viejo que por su aspecto parecía el proletario más experimentado: probablemente aún le seguían doliendo las entrañas. Entonces Chepurni envió a Zhéiev a buscar al viejo, ordenándole que tratara primero de encontrar en los desvanes alguna infusión tranquilizante, que se la diera al anciano y lo trajera después con precaución a la reunión.

Media hora más tarde Zhéiev se presentó con el viejo que se había animado bastante gracias a una infusión de bardana, y porque Zhéiev le había dado unas buenas friegas en la espalda y en el vientre.

—Siéntate, camarada —le dijo Prokofi al viejo—. ¡Ya ves los auténticos cuidados sociales que se te han manifestado, no es fácil morir en el comunismo!

—Vamos a empezar —decidió Chepurni—. Ya que el comunismo está instaurado, no hay que distraer al proletariado con reuniones. Prosha, lee las circulares de la provincia y contéstalas con nuestras formulaciones.

—Respecto a la entrega de datos generales —comenzó Prokofi—, según el formulario especial anexo a nuestra circular núm. 238 101, letra A, letra S y también CH, relativo al desarrollo de la NEP<sup>36</sup> en el distrito y sobre el grado, el ritmo y la manifestación del despliegue de fuerzas de clase opuestas a la NEP, así como acerca de las medidas a tomar contra éstas, y acerca de la introducción de la NEP por métodos rigurosas...

—Bueno, ¿y nosotros qué les respondemos? —preguntó Chepurni a Prokofi.

—Les voy a hacer un cuadro donde expondré todo como hace falta.

—¡Pero bueno, si nosotros no hemos dejado que se desplegaran las clases parasitarias; ellas mismas han desaparecido como consecuencia del comunismo! —replicó Chepurni, y le preguntó al viejo—: ¿Cómo lo ves, dime, por favor?

—Así está bien —concluyó el viejo.

—Entonces formúlalo así: estamos bien sin clases —ordenó Chepurni a Prokofi—. Pasa a cuestiones más importantes.

Después Prokofi leyó una directiva acerca de la organización urgente de una cooperativa de consumo, para compensar el incremento del comercio privado, puesto que la cooperativa representaba el voluntario y abierto camino de las masas hacia el socialismo y más allá.

—Esto no es cosa nuestra, esto es para los distritos retrados —dijo Chepurni rechazando la propuesta porque nunca dejaba de tener presente la idea principal de que el comunismo ya se había realizado en Chevengur—. Bueno, ¿cómo lo formularías tú? —le dijo Chepurni al viejo pidiéndole su opinión.

—Está bien —formuló aquél.

Pero Prokofi pensó otra cosa.

<sup>36</sup> Nueva Política Económica.

—Camarada Chepurni —dijo—. ¿No deberíamos pedir artículos adelantados para esa cooperativa? ¡El proletariado ya está aquí y hay que almacenar alimentos para él!

Chepurni se asombró escandalizado:

—Pero si la estepa se ha cubierto por sí sola de todo tipo de yerbas: vete, recoge los perifollo y el trigo y come! Si el sol brilla, la tierra respira y las lluvias caen, ¿qué más necesitas? ¿Quieres cargar de nuevo al proletariado con un esfuerzo inútil? Pero si nosotros hemos ido más allá del socialismo, estamos mejor aún.

—Me adhiero —aceptó Prokofi—. He hecho como que me olvidaba por unos momentos que aquí ya estaba instaurado el comunismo. Y es que he estado viajando por otro territorio y allí están aún lejos del socialismo y tienen que pasar por las cooperativas y sufrir... El siguiente punto es una circular sobre los sindicatos: sobre la necesidad de que los afiliados ayuden pagando a tiempo las cotizaciones...

—¿A quién? —preguntó Zhéiev.

—A ellos —respondió Kiriéi sin ser preguntado e irreflexivamente.

—¿Y quién son ellos? —preguntó Chepurni, no acabando de enterarse.

—No se precisa —dijo Prokofi tras buscar en la circular.

—Escríbelos que precisen para quién y por qué son las cuotas —ordenó Chepurni, que iba acostumbrándose a hacer formulaciones—. Puede que no sea un documento de Partido, o igual organizan puestos succulentos con esas cuotas, y un puesto, compadre, es más o menos lo mismo que una propiedad: tendremos que luchar entonces de nuevo con ellos, con la canalla residual, mientras que aquí el comunista entero reposa en cada alma y todos queremos conservarlo...

—De momento voy a apuntar mentalmente esa pregunta en mi mente porque plantea problemas de clase —determinó Prokofi.

—Mételo en tu cabeza —dijo Zhéiev coincidiendo con él—. En la mente siempre quedan desperdicios de reserva, pero lo vivo se gasta, y escasea en la cabeza.

—Estupendo —acordó Prokofi, y prosiguió—. Ahora viene la propuesta de crear la comisión planificadora para que

componga la cifra y la cantidad de ingresos y gastos, y la propiedad, hasta el final...

—¿El final de qué? ¿Del mundo entero o sólo de la burguesía? —quiso precisar Chepurni.

—No está estipulado. Dice: «necesidades, gastos, recursos y dotaciones para todo el periodo de reconstrucción hasta el final del mismo.» Y luego proponen: «Con ese fin, establecer un plan del distrito en el que se concentre todo el trabajo preliminar, de armonización y regulación de la conciencia política, al objeto de obtener de los elementos cacofónicos de la economía capitalista la sinfonía armoniosa de un principio unificador supremo y de característica racional.» Todo está escrito con mucha claridad porque es una consigna...

Aquí, el comité revolucionario de Chevengur bajó la cabeza como un solo hombre: el documento desprendía la fuerza de una mente superior, y los chevengureños languidecieron ante ella porque estaban más acostumbrados a sufrir que a reflexionar de antemano. Chepurni aspiró tabaco para animarse y pidió con resignación:

—Danos algún resumen, Prosha.

El viejo miró fija y pacientemente a todo el entrustecido pueblo de Chevengur, se apenó un poco por algo, y no dijo nada que pudiera servir de ayuda.

—Tengo preparado el proyecto de resolución: con un resumen no se agota esta cuestión —dijo Prokofi y se puso a rebuscar entre la montaña de papeles que tenía la hoja en la que estaba anotado todo lo que habían olvidado los bolcheviques chevengureños.

—¿Y eso quién lo necesita: ellos o los de aquí? —dijo el viejo—. Hablo del papel que nos has leído: ¿por quién es la preocupación escrita en la carta, por nosotros o por los de ahí?

—Está claro que por nosotros —le explicó Prokofi—. La han enviado a nuestra dirección para que la apliquemos, y no para leerla en voz alta.

Chepurni superó su languidez y levantó la cabeza dentro de la cual había madurado un sentimiento rotundo.

—Mira, camarada, ellos quieren que los más listos inventen la marcha de la vida, de una vez, para siempre y

para la eternidad, y hasta que todos estén bajo tierra; y los otros no deben salirse de su ritmo y aguantar los abusos sin rechistar...

—¿Y a quién puede servir eso? —preguntó el viejo, y medio cerró indiferente sus ojos estropeados por la impresión grabada en ellos por el mundo que había recorrido a pie.

—A nosotros. ¿A quién si no, dime, por favor? —preguntó nervioso Chepurni.

—Pero nosotros podemos vivir muy bien por nuestra cuenta —explicó el viejo—. Esta carta no es para nosotros, es para la riqueza. Cuando los ricos vivían nosotros les cuidábamos, pero nadie necesita afligirse por un pobre: ha crecido en un lugar vacío sin ninguna razón. El pobre es, él mismo, lo más juicioso que hay; construyó para otros, sin querer, el mundo entero igual que un juguete, y se cuida hasta durmiendo, por él o por los demás, porque son todos como uno...

—No está mal lo que dices, viejo —concluyó Chepurni—. Formula así, Prosha: el proletariado y los «otros» incorporados a sus filas han organizado por sí mismos y por medio de su propio afán todo el mundo habitable, y por lo tanto, preocuparse de los que fueron los primeros preocupadores es una vergüenza y una deshonra, y no hay en Chevengur candidatos suficientemente listos para eso. Es así, ¿no, viejo?

—Así quedará bastante bien —valoró el viejo.

—Un escribiente jamás podrá construir la casa a un carpintero —opinó Zhéiev.

—El pastor no necesita preguntar a nadie qué hacer con sus vacas —informó por su parte Kiriéi.

—Hasta que no lo matas, el hombre vive como un tonto —manifestó Piúshia.

—Aprobada casi por unanimidad —calculó Prokofi—. Pasamos a los asuntos corrientes. Dentro de ocho días va a tener lugar en la capital la conferencia del Partido y han invitado a un delegado nuestro que tiene que ser el presidente del poder local...

—Vete, Chepurni, no hay nada que discutir —dijo Zhéiev.

—No hay nada que discutir porque está prescrito —apuntó Prokofi.

El viejo de los «otros» se puso en cuclillas y, perturbando el orden del día, preguntó de esta manera:

—¿Pero quiénes sois vosotros?

—Somos el comité revolucionario, el órgano supremo de la revolución en el distrito —respondió Prokofi con exactitud—. El pueblo revolucionario nos ha otorgado poderes especiales en el marco de nuestra conciencia revolucionaria.

—Eso quiere decir que también sois de los muy listos, de los que escriben documentos por adelantado y hasta la muerte? —comentó su intuición el viejo en voz alta.

—Así es —confirmó Prokofi con dignidad plenipotenciaria.

—Ajá —dijo agradecido el viejo—. Porque yo estaba aquí y me preguntaba por qué estabais sentados ahí por gusto, si es que no os daban trabajos serios.

—Al contrario —dijo Prokofi—. Dirigimos desde aquí, sin parar, toda la ciudad y el distrito; todo el cuidado de velar por la revolución reposa en nosotros. ¿Has comprendido, viejo, por qué en Chevengur te has convertido en ciudadano? Gracias a nosotros.

—¿A vosotros? —preguntó el viejo—. Entonces os tenemos que dar las gracias.

—No hay de qué —rechazó el agradecimiento Prokofi—. La revolución es para nosotros un servicio y un deber. Lo único que tienes que hacer es obedecer nuestras órdenes, así seguirás vivo y te sentirás estupendamente bien.

—Un momento, camarada Dvánov, no te coloques por encima de mí —le advirtió serio Chepurni—. Un camarada mayor nos hace una advertencia sobre el punto referente a que el poder tiene que tener vergüenza, y tú lo enredas. ¡Habla, camarada «otro»!

El viejo guardó silencio, pues en ninguno de los «otros» se producía al principio pensamiento, sino una determinada presión de calor oscuro, que después llegaba a expresarse a duras penas en palabras, enfriándose al fluir.

—Estoy aquí y observo —informó el viejo acerca de lo que había visto—. Tenéis una ocupación floja, pero habláis

con la gente dándoos importancia, como si estuviérais sentados en una colina y los demás en un barranco. Aquí deberían estar sentadas las personas a las que les duele el alma, que vienen ya sólo de la memoria para sentir el sufrimiento lo que les queda de vida: vosotros tenéis un trabajo fácil, de guardias. Pero todavía sois hombres robustos, y deberíais vivir con más dificultades...

—¿Qué pasa, quieres ser presidente del distrito? —le preguntó directamente Prokofi.

—Dios me libre —respondió avergonzado el viejo—. Nunca he trabajado de guardián, no he manejado jamás el chuzo. Lo que digo es que el poder es un asunto idiota, y tienen que ocuparse de él los más inútiles, mientras que todos vosotros valéis.

—¿Y qué tienen que hacer los que valen? —dijo Prokofi al viejo para llevarlo a la dialéctica y ahí avergonzarlo.

—Pues los que valen tienen que vivir: no hay un tercer sitio donde meterse.

—Pero, ¿vivir para qué? —prosiguió Prokofi, apretándole un poco más las tuercas.

—¿Para qué? —repitió el viejo, y se detuvo porque no podía pensar deprisa—. Pues para que estando vivo le crezcan la piel y las uñas.

—¿Y para qué sirven las uñas? —dijo Prokofi apretando al viejo.

—Las uñas están muertas —dijo el viejo saliendo del aprieto—. Crecen desde dentro para que en el hombre no quede nada muerto. La piel y las uñas envuelven al hombre por entero y lo protegen.

—¿Contra quién? —añadió Prokofi para seguir poniéndolo difícil.

—Está claro, contra la burguesía —intervino Chepurni ampliando la discusión—. La piel y las uñas son el Poder Soviético. ¿Es que no alcanzas a formularlo tú mismo?

—¿Y el pelo qué es? —dijo Kiriéi, curioso.

—Lo mismo que la lana —dijo el viejo—; ya le puedes meter un hierro a la oveja que no le duele.

—Yo pienso que en invierno ella tendría frío y se moriría —objeto Kiriéi—. Una vez, de pequeño, esquilé un gatito

y lo enterré en la nieve porque no sabía si era o no un ser. Y luego el gatito tuvo fiebre y la diñó.

—No puedo formularlo así en la resolución —decretó Prokofi—. Nosotros somos el órgano superior, mientras que el viejo ha venido de un sitio deshabitado, no sabe nada y dice que no somos principales, que somos no sé qué guardianes nocturnos y de cualificación baja, que es donde hay que meter sólo a gente inútil, mientras los mejores se pasean por los túmulos y las regiones vacías. No se puede escribir en el documento una resolución así porque el documento lo elaboran los obreros también gracias a la dirección correcta del poder.

—No te enfades tan pronto —dijo el viejo para contener la cólera de Prokofi—. La gente vive y algunos trabajan en medio de la pobreza, y tú, metido en un cuarto, crees que los conoces y que no tienen en sus cabezas sus propios sentimientos.

—Vaya, viejo —dijo Prokofi, habiendo pillado por fin al viejo—. ¡Así que eso es lo que quieras! ¡Pero cómo no comprendes que es necesaria la organización y la unión de las fuerzas dispersas en una sola corriente! Nos reunimos aquí no sólo para pensar sino también para reunir a las fuerzas del proletariado y organizarlas sólidamente.

El viejo proletario no se convenció en absoluto.

—Pues si tú las reúnes, significa que ellas mismas quieren hacerlo las unas con las otras. Y por eso te digo que tu trabajo no tiene riesgo, o sea que aquí cualquiera, hasta el que menos fuerzas tenga, podría cumplirlo, nadie te robaría tu asunto ni aun por la noche...

—¿No querrás que trabajemos por las noches? —le preguntó escrupuloso Chepurni.

—Mientras tengáis ganas, trabajad mejor por las noches —decretó el viejo «otro»—. De día el simple caminante pasará de largo, a él no le importa, le espera su camino; pero para vosotros será una vergüenza: estamos aquí, pensaréis, pensando en la vida ajena en lugar de en los que viven, y el hombre vivo ha pasado de largo y puede que no vuelva por aquí...

Chepurni agachó la cabeza y sintió dentro de sí la quemazón de la vergüenza. «¿Cómo no me he dado cuenta de que

el puesto me hace más inteligente que todo el proletariado? —se consumía Chepurni, confuso—. ¡Pero qué voy a ser inteligente si me da vergüenza y le tengo miedo al proletariado por el respeto que me produce!»

—Así es como tienes que formularlo —tras un silencio de todo el comité revolucionario le dijo Chepurni a Prokofi—. Y de aquí en adelante poned las reuniones del comité revolucionario por las noches y la casa de ladrillo dejadla libre para el proletariado.

Prokofi intentó buscar otra salida:

—¿Pero sobre qué base, camarada Chepurni? La necesito para motivarlo.

—¿Quieres un fundamento? Pues ponlo así... Es una vergüenza y una deshonra ante el proletariado y los otros que vienen de día. Di que los asuntos de poca monta, al igual que las cosas indecentes, conviene resolverlos en tiempo invisible...

—Está claro —reconoció Prokofi—. Por la noche el hombre obtiene mayor concentración. ¿Y a dónde trasladaremos el comité revolucionario?

—A cualquier cobertizo —decidió Chepurni—. Elige el peor.

—Yo, camarada Chepurni, propondría el templo —dijo Prokofi, como propuesta de enmienda—. Las contradicciones serán así mayores, y para el proletariado es un edificio indecente.

—Es una formulación adecuada —concluyó Chepurni—. Haz que conste. ¿Qué más hay en el documento? Termina pronto, por favor.

Prokofi dejó de lado todos los asuntos que quedaban, para tomar luego una decisión personal sobre los mismos, e informó tan sólo de uno, el menos importante y más fácil de batir:

—Queda la organización del trabajo productivo masivo en forma de sábados comunistas, para combatir la ruina y las necesidades de la clase obrera, cosa que debe inspirar a las masas para que sigan marchando hacia adelante y significa de por sí una gran iniciativa.

—¿Una gran iniciativa de qué? —preguntó Zhéiev, que no había oído bien.

—La iniciativa comunista, claro está —explicó Chepurni—, los distritos atrasados apenas se han puesto a ello, y nosotros ya lo hemos terminado.

—Ya que lo hemos terminado, será mejor que no lo empiecemos —propuso enseguida Kiriéi.

—¡Kirusha! —exclamó Prokofi al darse cuenta de la presencia de Kiriéi—. A ti se te ha cooptado, así que calla.

El viejo «otro» no dejaba de mirar durante todo el tiempo el montón de papeles que había sobre la mesa: eso significaba que había mucha gente que los escribía, puesto que las letras sólo podían dibujarse poco a poco y cada una de ellas desgastaba una parte de la mente, por lo que un solo hombre no era capaz de estropear tantas hojas; si fuera uno solo el que escribía habría sido muy fácil matarle; no era pues uno solo el que pensaba por todos sino un montón, por lo que era mejor pagar el menor precio para librarse de ellos, y respetarles por el momento.

—Nosotros os haremos gratis ese trabajo —dijo el viejo ya en tono irritado—, nos encargaremos de ponerlo en marcha en plan barato, sólo que después ya no tenéis que discutirlo más, porque eso nos ofendería.

—Camarada Chepurni, estamos ante la voluntad del proletariado —dijo Prokofi, sacando las consecuencias de las palabras del viejo.

Pero Chepurni se quedó sólo asombrado:

—¡Cómo sacas esa consecuencia si el sol puede apañárselas sin los bolcheviques! Nosotros tenemos conciencia de la actitud correcta ante el sol, y no tenemos ninguna necesidad de trabajar. Lo primero que tenemos que hacer es organizar la pobreza.

—Qué le vamos a hacer, ya la encontraremos —prometió el viejo—. Tenéis poca gente y muchas casas; a lo mejor deberíamos trasladarlas para vivir más cerca unos de otros.

—También se pueden transportar los jardines: pesan menos —señaló Kiriéi—. Los jardines hacen que el aire sea más espeso y además son alimenticios.

Prokofi encontró entre sus documentos la demostración de la idea del viejo: resultó que todo había sido ya inventado de antemano por la gente lista que había estampado sus ile-

gibles firmas en la parte inferior del papel y por ello no tenía nombres; tan sólo faltaba realizar rítmicamente la vida de conformidad con el sentido que los demás le habían dado.

—Tenemos aquí un documento —dijo Prokofi revisando sus papeles—, según el cual Chevengur debe ser replanificado por completo e instalados todos los servicios. Y como consecuencia de ello es claramente necesario trasladar las casas así como asegurar la circulación del aire limpio con la ayuda de los jardines.

—También se puede instalar bien con una reinstalación —aceptó el viejo.

Todo el comité revolucionario de Chevengur entero pareció haberse detenido en plena marcha. A menudo los chevengureños no sabían en qué habían de seguir pensando, así que hacían una pausa mientras la vida penetraba en ellos por sí sola.

—Donde hay un comienzo siempre hay un final, camaradas —dijo Chepurni sin saber qué iba a decir a continuación—. Antes, el enemigo vivía entre nosotros en contra nuestra, y nosotros lo echamos desde el comité revolucionario; y ahora en lugar del enemigo ha amanecido el proletariado, y o bien tenemos que echarle también, o el comité revolucionario no hace ninguna falta.

En el comité revolucionario de Chevengur las palabras se pronunciaban sin que fueran dirigidas a las personas, como si las palabras fueran necesidades naturales personales del orador, así que, a menudo, los discursos no llevaban ni preguntas ni propuestas, sino que incluían solamente una asombrada duda que no servía de materia prima para adoptar resoluciones sino para producir emociones en los miembros del comité revolucionario.

—¿Quiénes somos? —dijo Chepurni, pensando sobre ello por primera vez en voz alta—. ¡No somos nada más que los camaradas de los oprimidos de los países del mundo! Y no debemos separarnos del cálido torrente de toda la clase, adelantándonos, ni permanecer apilados en el sitio, como ella quería. Ya que la clase ha construido el mundo entero, ¿para qué vamos a torturarnos y a pensar por ella, decidme? ¡Sería una ofensa tan grande para ella que sin duda nos ins-

cribiría entre la canalla residual! Y aquí se acabó la reunión: ahora todo está claro y todo el mundo tiene el alma en paz.

El viejo «otro» tenía de tiempo en tiempo ataques de viento y de tempestades, cosa que le sucedía como consecuencia de lo irregular de su alimentación: dado que en ocasiones no veía alimentos en mucho tiempo, la primera vez que comía había que almacenar, con lo que el estómago se cansaba y comenzaba a sufrir erupciones. En tales días el viejo se excusaba a sí mismo de las demás personas y vivía insociablemente en alguna parte. Tras comer con ansiedad en Chevengur, apenas pudo aguantar hasta el final de la reunión del comité revolucionario y se marchó enseguida a los parados de yerbas salvajes, se tumbó allí sobre el vientre y comenzó a padecer olvidándose de todo lo que le era querido y entrañable en tiempo normal.

Chepurni salió al anochecer hacia la capital sobre el mismo caballo que había traído al proletariado. Se marchó solo, al iniciarse la noche, hacia la oscuridad de aquel mundo del que se había olvidado hacía tiempo viviendo en Chevengur. Pero apenas había salido de la ciudad Chepurni oyó los sonidos de la enfermedad del viejo y se vio obligado a ir a descubrirle para verificar la causa de tales señales en medio de la estepa. Hecha la verificación, Chepurni prosiguió su camino convencido ya de que el hombre enfermo es un contrarrevolucionario indiferente; pero con eso no bastaba: había que decidir qué hacer con los enfermos bajo el comunismo. Chepurni estuvo a punto de ponerse a reflexionar acerca de los enfermos bajo el comunismo, pero recordó que a partir de ese momento era todo el proletariado quien tenía que pensar por él y, liberado de los tormentos de la mente, provisto de la futura verdad, se puso a dormitar dentro de la ruidosa y solitaria telega con un sentimiento liviano de su vida, y echando de menos tan sólo al proletariado que acababa de dormirse en Chevengur. «Y, también, qué debemos hacer con los caballos, las vacas y los gorriones?» —ya medio dormido empezó a pensar Chepurni, pero se desprendió enseguida de tales enigmas para seguir confiando tranquilo en la potencia intelectual de la clase entera, que no sólo había sabido inventar la propiedad y todos los

artículos existentes en el mundo, sino también a la burguesía para la protección de esa propiedad; y no sólo la revolución, sino también al Partido para que conservara ésta hasta la llegada del comunismo.

Junto a la telega, y hacia atrás, pasaban las yerbas como si estuvieran volviendo a Chevengur, mientras que el hombre semidormido viajaba hacia adelante sin ver las estrellas que brillaban sobre él desde las espesas alturas del eterno pero ya alcanzable futuro, desde aquellas tranquilas formaciones en las que las estrellas se movían como camaradas, sin alejarse demasiado para no olvidarse las unas de las otras, ni excesivamente cerca para no fundirse en un todo en el que perderían su diferencia y su mutua y vana atracción.

\*

En el camino de vuelta de la capital Kopionkin alcanzó a Páshintsev y los dos llegaron juntos a caballo a Chevengur.

Kopionkin se sumergió en Chevengur como en un sueño, experimentando en todo su cuerpo la cálida paz del plácido comunismo, pero en absoluto como una idea personal sublime aislada en un pequeño y desasosegado lugar de su pecho. Por eso Kopionkin pretendía hacer una revisión completa del comunismo para que éste provocara inmediatamente en él interés y atracción, puesto que Rosa Luxemburgo amaba el comunismo y Kopionkin respetaba a Rosa.

—¡La camarada Luxemburgo sí que era una mujer! —explicó Kopionkin a Páshintsev—. Aquí en cambio la gente vive sin disciplina corporal, tumbada de espaldas, con trípulas como panaderos, y algunos con un pendiente en la oreja: yo creo que a la camarada Luxemburgo esto le parecería indecoroso y le produciría vergüenza y dudas igual que a mí. ¿Y a ti?

Páshintsev no había revisado en absoluto Chevengur: ya conocía toda su causa.

—¿Por qué iba a avergonzarse? —dijo—. Ella también era una mujer con revólver. Lo de aquí es simplemente una reserva revolucionaria, la misma que tenía yo y que tú viste cuando pasaste la noche allí.

Kopionkin recordaba el *jutor* de Páshintsev, los hombres silenciosos y descalzos que pernoctaban en la casa del amo, y de su amigo y camarada Alexandre Dvánov, que junto con Kopionkin buscaba el comunismo entre la gente sencilla y mejor.

—Lo que tu tenías era un refugio para los hombres perdidos en medio de la explotación: pero allí no se veía ningún comunismo. Aquí en cambio ha surgido debido al abandono: la gente deambulaba por los alrededores sin vida, llegó aquí y vive sin moverse.

A Páshintsev eso le daba igual: le gustaba Chevengur, él vivía ahí para acumular fuerzas y formar un destacamento para atacar su antigua reserva revolucionaria y arrancar la revolución de manos de los organizadores universales enviados allí en misión. Páshintsev pasaba la mayor parte de su tiempo tumulado al aire libre, suspirando y escuchando los pocos sonidos que llegaban de la olvidada estepa chevengureña.

Kopionkin erraba solo por Chevengur y pasaba el tiempo estudiando a los proletarios y a los «otros» para averiguar si querían, aunque sólo fuera un poco a Rosa Luxemburgo, pero ni siquiera habían oído hablar de la misma, como si Rosa hubiera muerto en vano y no por ellos.

Al llegar a Chevengur los proletarios y los «otros» se comieron rápidamente los restos alimentarios de la burguesía, y cuando llegó Kopionkin ya sólo se alimentaban de las plantas que arrancaban en la estepa. En ausencia de Chepurni, Prokofi había organizado en Chevengur el trabajo de los sábados, prescribiendo a todo el proletariado recomponer la ciudad y sus jardines; pero los «otros» movían las casas y trasladaban los jardines no para trabajar sino para pagar la tranquilidad y cobijo que recibían en Chevengur, y librarse así del poder y de Proshka. Al volver de la capital Chepurni había dejado que fuera el proletariado quien decidiera acerca de la orden de Prokofi, confiando en que aquél, en la etapa final de sus trabajos, desmontaría las casas en partes inútiles, en tanto que vestigios de su opresión, y viviría en el mundo sin el menor abrigo calentándose los unos a los otros con el solo calor de sus cuerpos vivos. Además no se sabía si bajo el comunismo llegaría el invierno o si duraría siempre el calor

estival, porque el sol se había levantado desde el primer día mismo del comunismo, y eso quería decir que toda la naturaleza estaba de parte de Chevengur.

El verano chevengureño seguía su curso, el tiempo escapaba desesperanzado en sentido contrario al de la vida, pero Chepurni, junto con el proletariado y los «otros», se había parado en medio del verano, en medio del tiempo y de todos los elementos de la naturaleza que se agitaban, y vivía en la paz de su alegría esperando, en justicia, que la felicidad definitiva de la vida se elaborase en el seno del proletariado al que nadie ahora inquietaba. Esa felicidad de la vida existía ya en el mundo, sólo que estaba escondida dentro de las demás personas; pero aún escondida, seguía siendo materia, hecho y necesidad.

Tan sólo Kopionkin andaba por Chevengur sin felicidad y sin esperanza segura. Hubiera violado hacia tiempo el orden chevengureño con su brazo armado si no estuviera esperando a Alexandre Dvánov para que éste valorara Chevengur en su conjunto. Pero cuanto más transcurría el tiempo de la paciencia, tanto más conmovía la clase chevengureña el solitario sentimiento de Kopionkin. A veces a Kopionkin le parecía que los proletarios chevengureños se sentían peor que él, pero que no obstante estaban más tranquilos, tal vez porque, en secreto, eran más fuertes; Kopionkin tenía su consuelo en Rosa Luxemburgo, mientras que los nuevos chevengureños no tenían ante sí ninguna alegría ni la esperaban, contentándose con lo único con que cuentan todos los hombres pobres: el intercambio de vida con otros hombres iguales, compañeros de viaje y camaradas a lo largo de los caminos recorridos a pie.

Se acordó una vez que su hermano mayor salía de casa cada noche para reunirse con su amada, y los hermanos pequeños se quedaban solos en la *jata* y se aburrían sin él; entonces Kopionkin los consolaba y ellos también se consolaban poco a poco entre sí porque lo necesitaban. Ahora Kopionkin también sentía indiferencia hacia Chevengur y quería marcharse para reunirse con su amada Rosa Luxemburgo, pero los chevengureños no tenían amadas y tendrían que quedarse solos y consolarse entre sí.

Los «otros» parecían saber de antemano que iban a quedarse solos en Chevengur y no exigían nada ni a Kopionkin ni al comité revolucionario: éstos tenían ideas y órdenes, mientras que ellos tan sólo tenían necesidad de existir. Durante el día los chevengureños deambulaban por las estepas, arrancaban plantas, desenterraban tubérculos y se nutrían hasta saciarse de los productos crudos de la naturaleza; por las noches se acostaban agrupados para angustiarse menos y para vivir el tiempo más deprisa. De vez en cuando Kopionkin conversaba con Yákov Títich, el escuálido viejo, quien, por lo que pudo comprobar, sabía todo lo que los demás hombres pensaban a medias o eran incapaces de pensar; en cuanto a Kopionkin, éste no sabía nada con exactitud porque había vivido su vida sin protegerla por medio de una conciencia vigilante y rica en recuerdos.

A Yákov Títich le gustaba pasar las noches tumbado en la yerba observando las estrellas y tranquilizarse con el pensamiento de que existían astros lejanos donde había vida no humana, que nadie había probado, que a él le era inaccesible y que no le había sido destinada; Yákov Títich giraba la cabeza, veía a sus vecinos que dormían y se entristecía por ellos: «Tampoco a vosotros os ha tocado vivir ahí», pensaba, y se levantaba a continuación para felicitar a todos en voz alta:

—No importa que no nos haya tocado, la materia es la misma: la estrella y yo somos iguales, el hombre no es un animal, si coge algo no es por avidez sino por necesidad.

Kopionkin, también tumbado, escuchaba esas conversaciones que Yákov Títich sostenía con su alma.

—Uno siempre siente compasión por los demás —decía Yákov Títich sobre todo para sí mismo—. Uno mira el cuerpo triste de un hombre y siente compasión: se consumirá, morirá y pronto habrá que despedirse de él; en cambio, nunca siente uno compasión de sí mismo: sólo si te acuerdas de que has de morir y te van a llorar, y te da pena abandonar a los que te lloran.

—¿De dónde sacas las palabras confusas, viejo? —le preguntó Kopionkin—. No conoces al hombre de clase proletaria, pero estás ahí tumbado y hablas...

El viejo se calló, y Chevengur también estaba silencioso.

Los hombres se hallaban tumbados boca arriba, por encima de ellos se abría lentamente la difícil e indefinida noche; tan en calma estaba que parecía que desde ella brotaban de vez en cuando palabras, y los hombres ya dormidos suspiraban en respuesta a las mismas.

—¿Por qué callas como la oscuridad —volvió a preguntarle Kopionkin—. ¿Te dan pena las estrellas? Las estrellas son también de plata y oro, que no es moneda nuestra.

Yákov Títich no se avergonzaba de sus palabras.

—Yo no hablaba, pensaba —dijo—. Hasta que uno no pronuncia la palabra no es inteligente, porque no hay inteligencia en el silencio, sólo los tormentos del sentimiento...

—¿Quiere decirse que eres inteligente puesto que hablas como en un mitín? —preguntó Kopionkin.

—No por eso he llegado a ser inteligente...

—¿Entonces, por qué? Enséñamelo como camarada —le pidió Kopionkin.

—He llegado a ser listo porque he hecho de mí mismo un hombre sin padres y sin otras personas. Intenta tú mismo darte cuenta en tu cabeza, en voz alta, cuánta vida y material he conseguido y gastado en mí mismo.

—¡Probablemente demasiado! —pensó en voz alta Kopionkin.

Yákov Títich suspiró primero bajo el peso de su conciencia oculta y, después, le confesó a Kopionkin:

—Es verdad que demasiado. Cuando uno es viejo se pregunta qué cómo es posible que la tierra y la gente sigan intactas después de uno. Cuántas cosas he hecho, cuánta comida he comido, cuántas penas he pasado, y la de pensamientos que he tenido: como si consumiera el mundo entero entre mis manos dejando a los demás sólo lo masticado por mí. Y luego me di cuenta que también los demás eran como yo, que también los demás cargaban desde el nacimiento con su penoso cuerpo, y que todos lo soportaban.

—¿Por qué desde el nacimiento? —preguntó Kopionkin, que no acababa de entender al viejo—. ¿Fuiste huérfano o tu padre renunció a ti?

—Crecí sin padre —dijo el viejo—. En lugar suyo tuve que acostumbrarme a la gente ajena, y pasar mi vida sin consuelo...

—Pero si no tuviste padre, ¿por qué aprecias a los hombres tanto como a las estrellas? —dijo Kopionkin, que seguía asombrado—. Deberías querer más a los hombres: sin ellos no tendrías dónde cobijarte; tu casa está en medio del camino por el que pasan ellos... Si fueras un bolchevique de verdad lo sabrías todo, pero no eres más que un huérfano completo ya viejo.

En el silencio original, en pleno centro de la ciudad, comenzó a sonar el gimoteo de un niño, y todos los que no estaban dormidos lo oyeron: hasta aquel momento la noche cubría silenciosamente la tierra y la tierra misma parecía estar ausente bajo la noche. Y a continuación de los sufrimientos del niño sonaron dos voces más: la de la madre del pequeño y el relinchar inquieto de Fuerza Proletaria. Kopionkin se puso en pie inmediatamente y se le quitaron las ganas de dormir, mientras que el viejo, acostumbrado a las desgracias, dijo:

—Está llorando un pequeño, niño o niña.

—Los pequeños lloran y los viejos siguen tumbados —dijo Kopionkin culpando enfadado al viejo, y se fue a dar de comer al caballo y a consolar al que lloraba.

Una indigente vagabunda, que había llegado a Chevengur independientemente de los «otros» y estaba acurrucada en un oscuro zaguán, sostenía a su niño entre sus rodillas y brazos y alentaba deprisa sobre él el calor de su boca para trasmirle su vigor.

El niño yacía silencioso y dócil, sin temer los sufrimientos de la enfermedad, que lo cercaban en una calurosa y solitaria angostura, y sólo gemía de vez en cuando no tanto en son de queja, sino por aflicción.

—¿Qué, qué, cariño? —le decía su madre—. Anda, dime dónde te duele, que te calentaré ahí, te daré ahí un beso.

El niño callaba y miraba a la madre con ojos semicerrados que la habían olvidado ya; y su corazón, aislado en la oscuridad del cuerpo, latía con tanta insistencia, rabia y esperanza como si fuera un ser aislado del niño y amigo suyo que secara las corrientes de purulenta muerte con la veloci-

dad de su ardiente vida; la madre acariciaba el pecho del niño deseando ayudar a su escondido y solitario corazón, y como para calmar la cuerda en la que sonaba ahora la escura vida de su niño, para que la cuerda no dejara de sonar y descansara.

La madre se mostraba ahora no sólo sensible y tierna sino también juiciosa y serena: temía olvidar algo, llegar tarde con su ayuda, que ella conocía y sabía aportarle al niño.

Recordó con lucidez toda la vida, la suya y la ajena que había visto, para escoger de ella lo que ahora era necesario para aliviar al niño: y sola, sin utensilios, medicamentos, ni ropa de cama, en una ciudad hallada en el camino, desconocida para ella, la indigente madre había sabido ayudar al niño además de con el cariño, con remedios; por la tarde había limpiado el estómago del niño con agua templada, había hecho que su cuerpo entrara en calor por medio de cataplasmas, le había dado a beber agua con azúcar para alimentarle y había decidido no dormir mientras el pequeño siguiera con vida.

Pero el niño no dejaba de sufrir; las manos de la madre sudaban porque la temperatura del infantil cuerpo iba aumentando; el pequeño arrugó la cara y gimió, ultrajado por el sufrimiento y porque su madre permanecía a su lado sin darle nada. La madre entonces le acercó uno de sus pechos para que chupara —aunque el niño tenía ya más de cuatro años—, y éste se puso a mamar ávidamente la pobre y escasa leche del seno ajado desde hacía tiempo.

—Por favor, dime algo —le pidió la madre—. ¡Dime que es lo que te apetece!

El niño abrió sus envejecidos y blancos ojos, esperó a acabar de sorber toda la leche, y dijo como pudo:

—Quiero dormir y flotar en el agua; he estado enfermo y ahora estoy cansado. Despiértame mañana para que no muera: puedo olvidarme y morir.

—Sí, muchacho —dijo la madre—. Te estaré vigilando todo el tiempo y mañana pediré carne de vaca para ti.

—Sujétame para que no me roben los mendigos —dijo el chico cada vez más débil—. No les dan limosna y por eso roban... Estoy muy triste contigo, mejor hubiera sido que te hubieras perdido.

La madre miró al niño ya adormecido y se compadeció de él:

—Si no es tu destino vivir en este mundo —susurró—, será mejor que mueras durmiendo, pero no sufras, no quiero que padezcas, quiero que te sientas siempre fresco y ligero.

El chico cayó primero en el sopor de un fresco y tranquilo sueño, pero luego, de pronto, gritó, abrió los ojos y vio que su madre le sacaba, agarrándole por la cabeza, del saco en el que estaba, caliente, en medio de un pan blando, y que la madre estaba repartiendo a desnudas mendigas los trozos en que estaba despedazado su débil cuerpo cubierto de pelo como consecuencia del sudor y la enfermedad.

—Eres una mendiga idiota, madre. ¿Quién te alimentará cuando seas vieja? ¡Tan flaco como estoy y tú me das de limosna a los demás!

Pero su madre no le oye, le mira los ojos que semejaban ya muertos guijarros de río, mientras grita con voz tan monótona que llega a convertirse en indiferente olvidando que el chico sufre ya menos.

—Le estaba curando, le cuidaba, no tengo la culpa —decía la madre para protegerse a sí misma de los años de desolación que la esperaban.

Chepurni y Kopionkin fueron los primeros en llegar de las gentes de Chevengur.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Chepurni a la mendiga.

—Quiero que viva un minuto más —dijo la madre.

Kopionkin se inclinó y tocó al niño: le gustaban los muertos porque también Rosa Luxemburgo se contaba entre ellos.

—¿Para qué quieres el minuto? —dijo Kopionkin—. Pasará; él volverá a morir y tú te pondrás a aullar de nuevo.

—No —prometió la madre—. Entonces no lloraré más, pero no he tenido tiempo de retenerlo en la memoria como era mientras estaba vivo.

—Se puede hacer —dijo Chepurni—. Yo mismo estuve enfermo mucho tiempo y salí practicante de la carnicería capitalista.

—¿Pero si ya se ha extinguido, para qué vas a molestarlo? —preguntó Kopionkin.

—«Bueno, y qué pasa, dime, por favor? —con severa firmeza dijo Chepurni—. Podrá vivir un minuto ya que su madre lo quiere: vivió, vivió y ahora se le ha olvidado! Si se hubiera enfriado ya o si lo hubiesen empezado a comer los gusanos, pero es un niño aún caliente: por dentro está todavía vivo, sólo ha muerto por fuera.

Mientras Chepurni ayudaba al niño a vivir un minuto más, Kopionkin llegó a la conclusión de que en Chevengur no había ningún comunismo, puesto que el niño había muerto apenas lo había traído la mujer.

—Deja de perder el tiempo, que no podrás reorganizarlo —señaló Kopionkin a Chepurni—. Si no se siente el corazón significa que el hombre ha desaparecido.

Sin embargo, Chepurni no abandonó su tarea de practicante: le acarició el pecho al niño, le tocó el cuello debajo de las orejas, inspiró el aire de la boca del niño y esperó la vuelta a la vida del fallecido.

—Qué tiene que ver aquí el corazón —respondió Chepurni, concentrado en su celo y en su fe médica—, ¿qué tiene que ver aquí el corazón, dime? ¡El alma está en la garganta, ya te lo he demostrado!

—De acuerdo, el corazón está en la garganta —aceptó Kopionkin—, es una idea y no está protegiendo la vida, la está gastando; y tú vives en Chevengur, no trabajas nada y por eso dices que el corazón no tiene nada que ver aquí: el corazón es el jornalero del hombre, es un hombre trabajador, y vosotros sois todos unos explotadores y no tenéis aquí el comunismo!...

La madre trajo agua caliente para ayudar a Chepurni en su tratamiento.

—No te tortures —le dijo Chepurni—. Ahora Chevengur entero va a afligirse por él, tú tendrás sólo que hacer en una parte pequeña...

—Pero cuándo va a expirar? —dijo la madre escuchando con atención.

Chepurni cogió al niño en brazos, lo estrechó contra su cuerpo y lo colocó entre sus rodillas para que se sostuviera sobre sus piernas como cuando vivía.

—Lo haces todo sin cabeza —le reprochó afligida la madre.

Prokofi, Zhéiev y Yákov Títich entraron en el zaguán; los tres se pusieron a un lado, y no preguntaron nada para no molestar.

—Mi cabeza no funciona aquí —explicó Chepurni—, acutúo de memoria. El niño debería vivir tu minuto incluso sin mí: aquí actúa el comunismo y toda la naturaleza está de su parte. En cualquier otro lugar te hubiera muerto ya ayer. ¡Ha podido vivir un día y una noche más por estar en Chevengur, te lo digo yo!

«Es muy probable que así sea» —pensó Kopionkin y se asomó a la calle para ver si en el aire, en Chevengur o en el cielo de encima de éste se percibía alguna simpatía por el muerto. Pero estaba cambiando el tiempo y el viento sonaba entre la yerba salvaje, los proletarios se alzaban de la tierra que iba enfriándose y se dirigían a sus casas a pasar la noche.

«Pasa lo mismo que bajo el imperialismo —cambió de opinión Kopionkin—: la naturaleza se agita de la misma manera y no se ve el comunismo. Puede que si el niño suspirara de repente, entonces sí.»

—No le torture más —dijo la madre a Chepurni cuando éste metió entre los dóciles labios del niño cuatro gotas de aceite—. Déjelo descansar, no quiero que se le moleste más, me ha dicho que estaba agotado.

Chepurni rascó los apelotonados cabellos del niño, que ya habían ido poniendo oscuros porque la primera infancia del fallecido había concluido. Sobre el tejado del pequeño zaguán comenzaron a caer gotas de una repentina lluvia que iba calmándose; pero el súbito viento cogió velocidad tras recorrer la estepa, separó bruscamente la lluvia de la tierra, y se la llevó consigo a la lejana oscuridad; volvió a reinar el silencio en la calle, y tan sólo comenzó a oler a humedad y a barro.

—Ahora suspirará y nos mirará —dijo Chepurni.

Los cinco chevengureños se inclinaron sobre el cuerpo frío del niño para poder percibir así enseguida la vida que iba a repetirse en Chevengur, puesto que había sido demasiado breve. El muchacho se hallaba sentado, mudo, sobre las rodillas de Chepurni; su madre le había quitado mientras tanto los gruesos calcetines y se había puesto a oler el sudor de sus

pies. Pasó el minuto que el niño hubiera podido vivir para que su madre le retuviera en la memoria y se consolara, muriendo de nuevo a continuación; pero el pequeño no había querido sufrir dos veces la muerte, yacía difunto como antes en los brazos de Chepurni, y la madre lo entendió.

—No quiero que viva ni siquiera un minuto más —renunció, tendrá que morir y sufrir de nuevo, que se quede como está.

«Qué clase de comunismo es éste? —dudó definitivamente Kopionkin, y salió a la calle cubierta por la húmeda noche—. No ha sido capaz de hacer suspirar al niño ni una sola vez; ha llegado aquí un ser humano y ha muerto. Esto es la peste y no el comunismo. Ya es hora de que te marches bien lejos de aquí, camarada Kopionkin.»

Kopionkin sintió ánimo, la compañía de los horizontes lejanos y de la esperanza; contemplaba Chevengur casi con tristeza porque pronto iba a decirle adiós para siempre. Kopionkin perdonaba siempre a todos los hombres que se cruzaban en su camino y a los pueblos y ciudades que abandonaba; sus esperanzas no cumplidas se veían compensadas por la distancia. Por las noches Kopionkin perdía la paciencia: la oscuridad y el indefenso sueño de los hombres le provocaban el deseo de efectuar incursiones profundas en el principal Estado burgués: también allí reinaba la oscuridad y los capitalistas yacían desnudos e inconscientes, así que uno podía darles muerte y, al amanecer, anunciar el comunismo.

Kopionkin se dirigió hacia su caballo, lo examinó y lo palpó para cerciorarse de si podía o no partir con él en el momento necesario; resultó que podía hacerlo: Fuerza Proletaria estaba tan fuerte y dispuesto a cabalgar hacia la lejanía y el futuro como lo había hecho antes por todos los caminos.

Un acordeón comenzó a sonar en los límites de Chevengur: alguno de los «otros» contaba con música, no podía dormir y se consolaba así de su insomne soledad.

Kopionkin no había oído nunca una música así: parecía preferir palabras que no llegaba a articular del todo, por lo que permanecían cual nostalgia irrealizada.

«La música debería decir a fondo todo lo que quisiera —se emocionó Kopionkin—. Parece llamarme con su son, pero si me acercara no dejaría de sonar.

De todas formas, Kopionkin se encaminó hacia la música nocturna para examinar a fondo a los hombres de Chevengur y escrutar en ellos ese comunismo que no lograba sentir. Hasta en campo raso, en donde no podía organizarse nada, Kopionkin se sentía mejor que en Chevengur; en tiempos había cabalgado por él con Sasha Dvánov, y cuando Kopionkin comenzaba a sentir nostalgia también Dvánov la sentía; sus tristezas iban al encuentro una de otra, deteniéndose así a mitad de camino.

Pero en Chevengur no había ningún camarada cuya tristeza pudiera cruzarse con la suya, por lo que la tristeza de Kopionkin se prolongaba por la estepa, luego por el vacío del oscuro aire, y acababa en el solitario mundo del más allá. Al oír la música Kopionkin pensaba que aquel hombre no debía dormir por la aflicción que le producía que no hubiera allí comunismo. Bajo el comunismo, con su música hubiera pronunciado las palabras hasta el final, y, al acabar la música se le habría acercado. No acababa de decir todo porque sentía vergüenza.

Era difícil entrar en Chevengur y difícil salir de él: las casas no formaban calles, se hallaban en desorden y apiñadas, como si los hombres se hubieran querido apoyar los unos en los otros mediante las viviendas; en los desfiladeros de entre las casas habían crecido yerbas salvajes que los hombres no podían aplastar porque andaban descalzos.

Cuatro cabezas de hombre se asomaron por encima de las yerbas salvajes y dijeron a Kopionkin:

—Espera un poco.

Eran Chepurni y los que habían estado con él junto al niño muerto.

—Espera —le pidió Chepurni—. Tal vez resucite más deprisa sin nosotros.

Kopionkin se puso también en cuclillas entre las yerbas salvajes; la música había cesado y se podía oír ahora el gruñido de los vientos y los torrentes en el vientre de Yákov Títich, que no hacía sino suspirar y seguir aguantando.

—¿Por qué ha muerto? Se da el caso de que ha nacido después de la revolución —preguntó Kopionkin.

—Es verdad. ¿Por qué ha muerto entonces, Prosha? —asombrado, repitió la pregunta Chepurni.

Prokofi lo sabía.

—Todos los hombres, camaradas, nacen, viven y mueren en función de las condiciones sociales, y no de otro modo.

En ese instante Kopionkin se puso en pie: todo se le aclaraó. Chepurni se levantó también: no sabía aún dónde radicaba la desgracia, pero, de antemano, se sintió triste y avergonzado.

—¿Quiere decirse que el niño ha muerto debido a tu comunismo? —preguntó severo Kopionkin—. ¡Entonces tu comunismo es una condición social! Por eso no existe. ¡Ahora vamos a ajustar cuentas, alma de capitalista! Has cogido una ciudad entera en el camino de la revolución... ¡Páshintsev! —gritó Kopionkin hacia el Chevengur que les rodeaba.

—¡Eh? —respondió Páshintsev desde el oculto lugar en que se encontraba.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—¡Ven preparado!

—¿Para qué he de prepararme si lo puedo hacer sin más?

Chepurni no tenía miedo, la conciencia de que había muerto el niño más pequeño de Chevengur a causa del comunismo le atormentaba, y no lograba formular para sí mismo justificación alguna.

—¿Es verdad, Prosha? —preguntó en voz baja.

—Es verdad, camarada Chepurni —respondió aquél.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Tenemos aquí, entonces, el capitalismo? ¿No habrá vivido el niño su minuto? Pero, ¿adónde habrá ido a parar el comunismo, si yo mismo lo he visto, le hemos dejado el sitio libre...?

—Tenéis que llegar hasta la burguesía caminando de noche —aconsejó Kopionkin.

—Y, en la oscuridad, apoderaos de ella mientras duerme.

—Ahí tienen encendida la luz, camarada Kopionkin —dijo con indiferencia Prokofi, que estaba al corriente—. La burguesía vive relevándose día y noche, porque tiene prisa.

Chepurni fue a ver a la mujer vagabunda para averiguar si el difunto niño había resucitado gracias a las condiciones sociales. La madre había llevado al chico a la habitación, lo había colocado sobre la cama, se había acostado a su lado

abrazándole y se había dormido. Chepurni permanecía junto a ellos experimentando una duda: ¿debía despertar a la mujer o no? Prokofi le había dicho en cierta ocasión a Chepurni que si uno sentía pena en el pecho lo que debía hacer era dormir o comer algo sabroso. En Chevengur no había ningún manjar, y la mujer, para consolarse, había elegido el sueño.

—¿Duermes? —preguntó Chepurni a la mujer en voz baja—. ¿Quieres que te busquemos algo rico? En los sótanos queda comida de la burguesía.

La mujer dormía en silencio; el niño estaba recostado contra ella y tenía la boca abierta como si, por tener la nariz tapada, respirara por ella. Chepurni pudo ver que el niño tenía ya los dientes mellados: había tenido tiempo de desgastar y corroer sus dientes de leche, pero no de que le crecieran los dientes definitivos.

—¿Duermes? —se inclinó Chepurni—. ¿Por qué no paras de dormir?

—No —dijo la vagabunda abriendo los ojos—. Me he tumbado y me ha entrado sueño.

—¿De pena o por nada?

—Por nada —respondió la mujer sin ganas y aún soñolienta; tenía su brazo derecho debajo del niño y no miraba a éste porque, por hábito, lo notaba caliente y dormido. Después, la mendiga se incorporó un poco y tapó sus piernas descubiertas que conservaban ciertas reservas de llenura por si le nacían nuevos hijos. «Tampoco está nada mal —constató Chepurni—, seguro que hay quien ha suspirado por ella.»

El niño dejó libre el brazo de la madre y permaneció paciente como un caído en la guerra civil: boca arriba y con el rostro triste —por lo que éste parecía envejecido y consciente de sí mismo—, y con la única y pobre camisa de las de la clase social que va caminando por la tierra en busca de una vida gratuita. La madre sabía que su niño había experimentado la muerte y que ese sentimiento de la muerte era más doloroso que la pena de ella por la separación; sin embargo el niño no se quejaba a nadie y yacía solo, paciente y tranquilo, dispuesto a pasar frío en la tumba durante muchos inviernos. El hombre desconocido permanecía junto al lecho

en que estaban ambos y parecía esperar alguna cosa para sí mismo.

—¿Al final no llegó a suspirar? ¡No es posible: aquí se han acabado los viejos tiempos!

—No —respondió la madre—. He soñado con él, estaba vivo, y los dos caminábamos por un extenso campo cogidos de la mano. Hacía calor, no teníamos hambre y yo quise cogerle en brazos. Pero él me dijo: no, mamá, caminando llegaré antes al final, vamos a pensar tú y yo, no somos más que mendigos. Pero no teníamos adónde ir. Nos sentamos en un hoyo y nos pusimos los dos a llorar...

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —la consoló Chepurni—. Nosotros hubiéramos podido dar Chevengur a tu niño como herencia, pero él no lo quiso y murió.

—Estábamos sentados en el campo y llorábamos: ¿para qué seguir vivos si no podíamos...? Entonces el chico me dijo: «Mamá, será mejor que me muera yo solo, me aburro de andar contigo por el largo camino. Siempre lo mismo y lo mismo» —me dijo. Yo le respondí: «Bueno, muérete, a lo mejor entonces también yo me adormeceré contigo.» Se recostó a mi lado, cerró los ojos pero siguió respirando, estaba vivo y no lograba morir. «No puedo, mamá» —me dijo. «Bueno, ya que no puedes, déjalo —le dije yo—; vamos a caminar despacio otra vez, a lo mejor encontramos algún sitio donde parar.»

—¿Es ahora cuando lo tenías vivo? ¿En este catre?

—Aquí. Estaba tumbado sobre mis rodillas y respiraba, no lograba morir.

Chepurni sintió alivio.

—Dime, por favor, ¿cómo iba a morir en Chevengur? Aquí hemos conquistado para él las condiciones... Sabía que volvería a respirar un poco, tú no deberías haberte dormido.

La madre miró a Chepurni con sus ojos solitarios.

—¿Qué buscas más, mujik? Cuando murió, se acabó.

—No busco nada —se precipitó Chepurni a responder—.

Me basta con que lo hayas visto vivo en sueños; eso significa que ha vivido un poco más dentro de ti y en Chevengur...

La mujer guardaba silencio debido a la pena y a la reflexión.

—No —dijo ella—, ilo que te importa no es mi niño; te interesa tu idea! ¡Vete y déjame, estoy acostumbrada a estar sola. ¡Falta mucho hasta el amanecer y puedo estar acostada a su lado, no malgastes el tiempo que me queda!

Chepurni salió de la casa de la mendiga contento por el hecho de que el chico, bien en sueños, bien en la mente de su madre, hubiera vivido con los restos de su alma, en lugar de morir en Chevengur de inmediato y para siempre.

Eso significaba que en Chevengur había comunismo y que éste actuaba con independencia de los hombres. Pero, ¿dónde estaba entonces? Y Chepurni, que acababa de abandonar a la familia de la mujer vagabunda, no lograba percibir o ver con claridad el comunismo en el Chevengur nocturno, pese a que el comunismo existía ya oficialmente. «Pero en qué consiste la vida no oficial de los hombres? —se preguntaba asombrado Chepurni—. ¡Permanecen tumbados en la oscuridad junto a los difuntos y se sienten bien! ¡Mal hecho!»

—Bueno, qué? ¿Cómo está? —preguntaron a Chepurni los camaradas que se habían quedado fuera.

—Ha estado respirando en sueños, pero quería morir y mientras estuvo en el campo no pudo —respondió Chepurni.

—Por eso ha muerto al llegar a Chevengur —entendió Zhéiev—. Aquí empezó a sentirse libre y le daba igual la vida que la muerte.

—Está muy claro —determinó Prokofi—. Si no hubiera muerto siendo que quería morir, ¿dónde estaría la libertad del sistema mientras a la vez quería fallecer, ¿acaso esto sería la libertad del sistema?

—¡Sí?! ¡Dime por favor! —le apoyó Chepurni, aunque en tono interrogativo, y dejó a un lado todas sus dudas. En un principio no logró entender a qué se refería Prokofi, pero vio que todos estaban contentos con lo sucedido al niño llegado de fuera y también se alegró. El único que no veía en ello ningún rayo de luz era Kopionkin.

—Y por qué la mujer esa no ha salido para estar con vosotros y se ha ocultado con el niño? —les reprochó Kopionkin a todos los chevengureños—. Eso quiere decir que está mejor ahí que en vuestro comunismo.

Yákov Títich se había acostumbrado a vivir en silencio dirigiendo sus reflexiones en el secreto de su sentimiento, pero también era capaz de expresarse con justezas cuando se ofendía, y de hecho lo hizo:

—Se ha quedado con su pequeño porque entre ellos no hay más que la sangre y vuestro comunismo. Y si abandona al muerto vosotros no tendréis base.

Kopionkin empezó a respetar al viejo «otro» y reforzó todavía más la justezas de sus palabras:

—Todo el comunismo de Chevengur lo tenéis ahora en ese lugar sombrío: junto a la mujer y el niño. ¿Por qué avanza dentro de mí el comunismo? ¡Porque tengo una relación profunda con Rosa, aunque ella esté muerta al cien por cien!

Prokofi consideraba el acontecimiento de aquella muerte como una formalidad, y le habló mientras tanto a Zhéiev de las muchas mujeres que había conocido con estudios superiores, inferiores y medios, por grupos separados. Zhéiev le escuchó con envidia: sólo había conocido mujeres analfabetas, groseras y sumisas.

—¡Era encantadora! —dijo Prokofi acabando de contar una historia—. Había un arte especial en su personalidad, era una mujer y no una hembra, ¿entiendes? Algo así como... ¿Entiendes...?

—Puede que como el comunismo —le sopló tímidamente Zhéiev.

—Más o menos. Me salía cara, pero me apetecía. Me pedía pan y telas —había sido un año de gran escasez— y yo le llevaba algo a mi familia; tenía en la aldea a mis padres y hermanos, así que pensé: vete de aquí, mi madre me parió y tú me estás destruyendo. Así que me fui tranquilamente a mi casa, la echaba de menos, pero en cambio llevé cosas y di de comer a mi familia.

—¿Y qué estudios tenía? —preguntó Zhéiev.

—Superiores. Me enseñó sus papeles: entre otras cosas se había pasado siete años estudiando pedagogía; se dedicaba a educar en los colegios a los hijos de los funcionarios.

Kopionkin oyó que alguien en la estepa hacía tronar una telega: puede que fuera Sasha Dvánov.

—Chepurni —dijo—, cuando llegue Sasha hay que echar a Proshka. Es un canalla de tomó y lomo.

Chepurni aceptó, igual que anteriormente:

—Té cambiaré gustoso uno bueno por el mejor: llévatelo, por favor.

La telega retumbó al pasar cerca de Chevengur, pero no entró en la villa: eso significaba que en algún sitio, fuera del comunismo, también vivía gente y hasta viajaba.

Una hora más tarde incluso los más inquietos y vigilantes de los chevengureños se habían entregado al descanso hasta el frescor de la mañana siguiente. El primero en despertarse fue Kiriéi que llevaba durmiendo desde la tarde del día anterior, y que vio cómo salía de Chevengur la mujer con la carga del niño en los brazos. A Kiriéi también le hubiera gustado marcharse de Chevengur porque le empezaba a aburrir aquella vida sin guerra, en terreno conquistado. Dado que no había guerra los hombres deberían vivir con sus familias, pero la familia de Kiriéi estaba lejos: en el extremo oriente, en la costa del Pacífico, casi en el confín de la tierra, allí donde comenzaba el cielo que cubría, con compacta indiferencia, el capitalismo y el comunismo. Kiriéi había recorrido a pie el camino de Vladivostok a Petrogrado, desbrozando la tierra para el Poder Soviético y para la idea de éste; había llegado ahora a Chevengur y había dormido hasta que había comenzado a sentirse descansado y a aburrirse. Kiriéi contemplaba el cielo por las noches pensando en él como en el océano Pacífico, y en las estrellas como en las luces de los barcos que navegaban hacia el lejano occidente, pasando a la altura de su patria costera. Yákov Títich también había callado; había encontrado en Chevengur unos *lapti*, los había remendado con el fieltro de una bota, y se dedicaba a cantar tristes y largas canciones con su voz áspera. Escogía las canciones para sí, tratando de sustituir con éstas, en su alma, el movimiento hacia lo lejos; pero también para el movimiento había preparado ya los *lapti*: las canciones no le bastaban a la vida.

Kiriéi escuchaba las canciones del viejo y le preguntaba: «¿Por qué te apenas, Yákov Títich, si ya has vivido lo tuyo?»

Yákov Títich renegaba de su vejez, consideraba que no tenía cincuenta sino veinticinco años puesto que había pasado

la mitad de su vida durmiendo y enfermo, así que la vejez, como era una pérdida, no contaba.

—Pero adónde vas a ir, viejo? —le preguntaba Kiriéi—. Aquí te aburres, pero en otra parte lo pasarás mal: estás cogido por los dos lados.

—Iré por el medio, saldré al camino y, con el alma ya libre, caminaré, extraño para todos e innecesario para mí mismo: donde la vida me vio, allí volverá a dejarme.

—¡Pero también en Chevengur está uno a gusto!

—Es una ciudad vacía. El hombre de paso tiene aquí paz; pero las casas están de sobra, el sol arde sin fuerza y el hombre vive sin piedad: no importa quién llega y quién se va, no hay avaricia para con los hombres, porque los bienes y la comida son baratos.

Kiriéi no escuchaba al viejo porque veía que mentía:

—Chepurni respeta a la gente y quiere del todo a los camaradas.

—Los quiere porque le sobran los sentimientos, y no por necesidad: lo suyo es volátil... Mañana tendrá que largarme.

Kiriéi, en cambio, no tenía ni idea de en dónde estaría mejor: aquí, en Chevengur, en medio de la paz y de la libertad vacía, o en otra ciudad lejana y más difícil.

Los días que siguieron fueron todos, como desde el inicio mismo del comunismo, de tiempo soleado, y las noches veían nacer la luna nueva. Nadie había reparado en ésta última ni la había tenido en cuenta; sólo Chepurni se alegraba, como si también la luna fuera imprescindible para el comunismo.

Por las mañanas, Chepurni se bañaba en el río y permanecía el resto del día sentado en medio de la calle sobre un árbol tendido que alguien había perdido, y observaba a la gente de la ciudad como floración del porvenir, ardiente deseo de todos y emancipación para él mismo del poder intelectual: era una pena que Chepurni no pudiera expresarlo.

Alrededor de Chevengur y dentro de él deambulaban los proletarios y los «otros» en busca de alimento ya preparado en la naturaleza y en las que habían sido fincas de los burgueses, y lo encontraban porque seguían vivos hasta ese momen-

to. De vez en cuando alguno de los «otros» se acercaba a Chepurni y le preguntaba:

—¿Qué debemos hacer?

Cosa que asombraba a Chepurni:

—¿Por qué me lo preguntas? Tu razón de ser debe salir de ti mismo. Lo que tenemos aquí no es ningún reino, es el comunismo.

El «otro» se quedaba pensando qué era lo que podía hacer.

—De mí no sale nada —decía—, ya me he esforzado.

—Pues entonces vive y recárgate —aconsejaba Chepurni—, así saldrá algo de ti.

—Dentro de mí no se perderá nada —prometía dócilmente el «otro»—. Te he preguntado porque fuera no hay nada: ideberías ordenarnos alguna preocupación!

Otro de los «otros» acudió a preguntar por la estrella soviética: por qué era ahora ésta el principal signo distintivo en el hombre, y no la cruz o el círculo. Chepurni lo envió a Prokofi, que le explicó que la estrella roja representaba los cinco continentes de la tierra unidos bajo un solo mando y teñidos por la sangre de la vida. El «otro» le escuchó y acudió de nuevo a Chepurni para verificar la información. Chepurni cogió en sus manos la estrella e inmediatamente vio que era un hombre con las piernas y los brazos abiertos para abrazar a otro hombre, y en absoluto secos continentes. El «otro» no sabía para qué habían de abrazarse las gentes. Chepurni le explicó entonces con claridad que en lo relativo a ese punto el hombre no tenía culpa alguna: era, sencillamente, que su cuerpo estaba hecho para el abrazo, porque, si no, ¿qué iba a hacer con sus brazos y sus piernas? «La cruz también es un hombre —recordó el «otro»—; pero, ¿por qué tiene una sola pierna si el hombre cuenta con dos?» También esto logró descifrarlo Chepurni: «Antiguamente, los hombres querían sujetarse entre sí tan sólo con los brazos; pero como no lo lograban, se detuvieron y dispusieron de sus piernas.» El «otro» se contentaba con esta explicación. «Parece verdad» —decía, y se marchaba a seguir viviendo.

Al anochecer empezó a llover, porque la luna se había puesto a lavarse; los nubarrones hicieron que oscureciese tempano. Chepurni entró en una casa y se tumbó en la oscu-

ridad para descansar y concentrarse. Un poco más tarde se presentó otro de los «otros» y le manifestó a Chepurni un deseo general: que se tocaran canciones con las campanas de la iglesia, porque el único hombre de la ciudad que tenía un acordeón había partido con el instrumento en dirección desconocida, y los que se habían quedado estaban acostumbrados a la música y no podían esperar. Chepurni respondió que aquél era asunto de los músicos y no suyo. Y pronto resonó el ángelus de la iglesia por encima de Chevengur; el sonido de las campanas era suavizado por la caída de la lluvia, y parecía una voz humana que cantara sin respirar. Acompañado por el ángelus y la lluvia acudió a ver a Chepurni otro hombre al que era ya imposible distinguir en el silencio de la oscuridad caída.

—¿Qué has inventado? —preguntó Chepurni, que dormitaba, al que entró.

—¿Quién ha inventado aquí el comunismo? —preguntó la vieja voz del hombre que acababa de entrar—. Enséñanos el comunismo en algo que se vea.

—¡Ve a llamar a Prokofi Dvánov o a cualquiera: todos te enseñarán el comunismo!

El hombre salió y Chepurni se quedó dormido: ahora dormía bien en Chevengur.

—Dice que hay que buscar a tu Proshka, que él lo sabe todo —dijo el hombre a un compañero que le estaba esperando fuera sin protegerse la cabeza de la lluvia.

—Vamos a buscarle, no lo he visto desde hace veinte años, ahora es mayor.

El anciano caminó unos diez pasos y cambió de opinión:

—Mañana lo encontraremos mejor, Sasha. Vamos antes a buscar rancho y cobijo para la noche.

—De acuerdo, camarada Gópner —dijo Sasha.

Pero cuando empezaron a buscar rancho y sitio para pernoctar no encontraron nada: resultó que no hacía falta que los buscaran. Alexandr Dvánov y Gópner estaban en el comunismo y en Chevengur, donde todas las puertas permanecían abiertas porque las casas estaban vacías y todos los hombres se alegraban de ver nuevos hombres porque los chevengureños, en lugar de bienes, sólo podían adquirir amigos.

El campanero comenzó a tocar a maítines de pascua con las campanas de la iglesia de Chevengur: no podía tocar «La Internacional» aunque era de procedencia proletaria y la profesión de campanero era sólo una de las que había tenido antes. La lluvia cayó por completo, el aire se impregnó de silencio y la tierra comenzó a oler a la agobiada vida centrada en ella. La música de las campanas, al igual que el aire de la noche, incitaba al hombre chevengureño a renunciar a su estado y marchar hacia adelante: y puesto que el hombre no tenía allí sino un cuerpo vacío en lugar de propiedad e ideales, y delante no había más que la revolución, la canción de las campanas las llamaba también al desasosiego y al deseo, y no a la clemencia y a la paz. En Chevengur no había arte alguno, cosa que, en una ocasión, ya había echado de menos Chepurni, pero, en cambio, el son de una melodía cualquiera, incluso el dirigido hacia lo alto de las mudas estrellas, se convertía automáticamente en evocación de la revolución, en conciencia ante el júbilo de clase todavía no alcanzado.

El campanero se cansó y se tumbó a dormir en el suelo del antiguo campanario. Pero el sentimiento podía conservarse dentro de Kopionkin durante mucho tiempo, incluso durante años. Era incapaz de transmitir sus sentimientos a otras personas, y sólo en nostalgia, que se saciaba con actos justos, podía usar la vida que discurría en su interior. Tras la música de las campanas, Kopionkin no quiso esperar nada más grande: montó sobre Fuerza Proletaria y ocupó el comité revolucionario de Chevengur sin encontrar ninguna resistencia. El comité revolucionario tenía su sede en la misma iglesia en que habían tocado las campanas. Era tanto mejor. Kopionkin esperó dentro de la iglesia a que llegara el alba, y confiscó después todos los expedientes y documentos del comité revolucionario; ató en un solo paquete todos los papeles y escribió en el documento de arriba: «A partir de ahora acelerar la acción. Pasar para lectura a los proletarios llegados de fuera. Kopionkin.»

\*

Nadie apareció por el comité revolucionario hasta el mediodía; el caballo de Kopionkin relinchaba de sed, pero Kopionkin le obligó a sufrir en nombre de la conquista de Chevengur. Al mediodía se presentó Prokofi en el templo; una vez en el atrio sacó del pecho el portafolios y con éste en la mano cruzó toda la institución y llegó hasta el altar para ponerse a trabajar. Kopionkin estaba esperándole en uno de los ambones.

—¿Ya estás aquí? —le preguntó a Prokofi—. Detente donde estás, y espérame.

Prokofi se sometió, sabía que Chevengur ignoraba toda forma correcta de gobierno y que los elementos razonables habían de vivir en medio de una clase atrasada, a la que habían de ir sacando poco a poco adelante bajo su mando.

Kopionkin confiscó a Prokofi el portafolio y dos revólveres de mujer, y lo condujo después arrestado al nártex.

—¿Te crees que puedes hacer la revolución, camarada Kopionkin? —pregunto Prokofi.

—Claro que puedo. ¿No ves que la estoy haciendo?

—Pero has pagado acaso las cuotas de afiliado? ¡Enséñame el carné del Partido!

—No quiero. Te fue entregado el poder, y no has abastecido de comunismo al pobre pueblo. Vete al coro, quédate ahí y espera.

El caballo de Kopionkin bramó de sed y Prokofi retrocedió hacia el nártex del altar. Kopionkin encontró un recipiente con *kutia*<sup>37</sup> en el armario de pan bendito, se lo pasó a Prokofi para que éste tuviera algo que llevarse a la boca y lo encerró a continuación pasando una cruz por entre los dos picaportes.

Prokofi observaba a Kopionkin a través de los motivos recortados en la puerta, y guardaba silencio.

—Ha llegado Sasha, anda por la ciudad buscándote —dijo de repente Prokofi.

Kopionkin sintió que con la alegría se le había despertado el apetito, pero, ante la presencia del enemigo, hizo un esfuerzo y mantuvo la compostura.

<sup>37</sup> Plato de arroz o de cereales, con miel o pasas, que se sirve en los convites funerarios.

—Si Sasha ha llegado, sal de inmediato: él sabe perfectamente qué hacer con vosotros; ahora ya no me preocupas.

Kopionkin arrancó la cruz de los picaportes de la puerta, montó en Fuerza Proletaria y se lanzó enseguida al galope a través del nártex, del atrio, hacia Chevengur.

Alexandr Dvánov caminaba por la calle sin comprender todavía nada: lo único que veía era que en Chevengur se estaba bien. El sol brillaba por encima de la ciudad y de la estepa como único color en medio del yermo cielo, y con la irritada insistencia de una fuerza demasiado madura concentraba en la tierra el claro color de su florecer. Chepurni acompañaba a Dvánov intentando explicarle el comunismo, pero sin llegar a lograrlo. Reparando por fin en el sol, se lo señaló a Dvánov:

—Ésa es nuestra base, que brilla sin consumirse.

—¿Dónde está vuestra base? —dijo Dvánov mirándole.

—Ahí. Nosotros no hacemos sufrir a la gente, porque vivimos gracias a la fuerza que le sobra al sol.

—Por qué sobrante?

—Pues porque si no fuera sobrante el sol no la mandaría abajo y se pondría negro. ¡Pero como es sobrante, nos la envía y nos dedicamos a vivir la vida entre nosotros! ¿Has comprendido?

—Quiero verlo con mis propios ojos —dijo Dvánov, que caminaba cansado y crédulo; quería ver Chevengur no para controlarlo, sino para sentir mejor su lograda fraternidad local.

La revolución había pasado como pasa el día; en las estepas, en las regiones, en el profundo territorio ruso, los disparos habían cesado por mucho tiempo, y la yerba había ido invadiendo poco a poco los caminos de los ejércitos, de los caballos y de todos los caminantes bolcheviques rusos. Los abiertos espacios de las llanuras y del país yacían en medio del vacío y del silencio, habiendo expirado como un trigal segado, y el tardío sol se consumía solitario en la altura que dormitaba por encima de Chevengur. En la estepa ya no aparecía nadie que montara un caballo de combate: algunos habían sido liquidados, sus cadáveres no habían sido encontrados y sus nombres olvidados; otros habían domado a sus ca-

ballos y conducían a los pobres de sus pueblos natales, no ya hacia la estepa sino hacia un futuro mejor. Y si alguien aparecía en la estepa nadie se fijaba en él porque se trataba de algún hombre inofensivo y tranquilo que pasaba de largo a resolver algún asunto de su incumbencia. Al llegar a Chevengur junto con Gópner, Dvánov había visto que en la naturaleza no había la angustia de antes, ni peligro y desgracia en las aldeas situadas al borde del camino: la revolución había pasado por estos lugares, había liberado los campos para la apacible nostalgia y había desaparecido no se sabía dónde, como si se escondiera en la oscuridad interior del hombre tras haberse fatigado recorriendo los caminos. El mundo se hallaba como si estuviera atardeciendo, y Dvánov sintió que también dentro de sí empezaba a instalarse el atardecer, el tiempo de la madurez, el tiempo de la felicidad o de la añoranza. En una tarde así, al atardecer de su vida, el padre de Dvánov había desaparecido para siempre en las profundidades del lago Mútevo, deseando contemplar antes de que le llegara su hora el amanecer futuro. Ahora estaba comenzando otra tarde, tal vez el día cuya mañana había querido ver el pescador Dvánov había sido ya vivido, y el hijo de éste revivía aquel atardecer. Alexandre Dvánov no se amaba a sí mismo con tanta fuerza como para querer conseguir el comunismo en beneficio de su vida personal, pero caminaba hacia adelante junto con los demás porque todos lo hacían y tenía miedo a quedarse solo, quería estar con los hombres porque no tenía padre ni familia propia. A Chepurni, en cambio, le atormentaba el comunismo igual que torturaba al padre de Dvánov el secreto de la vida tras la muerte; Chepurni no había podido soportar el misterio del tiempo y había puesto fin a la longitud de la historia organizando urgentemente el comunismo en Chevengur —de la misma manera que el pescador Dvánov no había soportado su vida y la había transformado en muerte para experimentar antes anticipadamente la belleza del otro mundo. Pero Dvánov quería a su padre por algo distinto a la curiosidad de éste, de la misma manera que también le gustaba Chepurni por otra cosa que su pasión por el comunismo súbito: Dvánov necesitaba al padre por sí mismo, como el amigo primero y ya perdido,

y a Chepurni como un camarada huérfano al que los hombres no aceptarían de no existir el comunismo. Dvánov quería a su padre, a Kopionkin, a Chepurni y a muchos otros porque todos ellos, al igual que su padre, iban a perecer de impaciencia ante la vida, y él iba a quedarse solo en medio de extraños.

Dvánov se acordó del viejo Zajar Pávlovich que apenas se mantenía con vida. «Sasha —solía decir éste—, haz algo en este mundo, ¿no ves que los hombres viven y mueren? Si nosotros no necesitamos más que un poquito de cualquier cosa.»

Y Dvánov decidió ir a Chevengur para conocer el comunismo que había allí, y volver junto a Zajar Pávlovich para ayudar a éste y a todos los demás que apenas vivían. Pero, por fuera, el comunismo no se percibía en Chevengur, debía estar oculto en el interior de los hombres —Dvánov no lo había visto por ninguna parte—, la estepa estaba vacía y solitaria y junto a algunas casas se hallaban sentados los «otros» adormecidos. «Se me está acabando la juventud —pensaba Dvánov—, hay silencio dentro de mí y está pasando la tarde por toda la historia.» Aquella Rusia donde vivía y por la que Dvánov caminaba estaba yerma y agotada: la revolución había pasado, su cosecha había sido recogida y ahora la gente comía en silencio el grano maduro para que el comunismo se convirtiera en carne permanente de su cuerpo.

—La historia es triste porque es pasajera y sabe que la van a olvidar —dijo Dvánov a Chepurni.

—Tienes razón —respondió maravillado Chepurni—. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¡Por eso los pájaros no cantan por las noches, sólo los grillos, y qué canción va a ser la de éstos! ¡Aquí precisamente los grillos cantan todo el tiempo y hay pocos pájaros: es porque aquí la historia se ha acabado! ¡Mira por dónde no habíamos sabido ver esos indicios!

Kopionkin le alcanzó a Dvánov por detrás; se quedó mirando a Sasha con la avidez de la amistad que sentía por él y olvidó descender del caballo. Fuerza Proletaria fue el primero en relinchar ante Dvánov y sólo entonces descendió Kopionkin al suelo. Dvánov tenía rostro sombrío: le avergonza-

ba su excesivo sentimiento por Kopionkin, y temía expresarlo y equivocarse.

Kopionkin también sentía vergüenza por las secretas relaciones de camaradería que había entre los dos, pero se vio animado por el caballo que relinchó alegre.

—Sasha —dijo Kopionkin—. ¿Acabas de llegar?... Deja que te besé un poco para dejar de sufrir.

Tras besar a Dvánov, Kopionkin se volvió hacia su caballo y comenzó a conversar con él en voz baja. Fuerza Proletaria miraba a Kopionkin con astucia y desconfianza, sabía que no era momento de charlas y no le creía.

—¡No me mires, ¿no ves que me he enterneCIDO?! —decía Kopionkin en voz baja. Pero el caballo no apartaba su seria mirada de Kopionkin, y continuaba callado—. Es verdad que eres un caballo, pero también un tonto —le dijo Kopionkin—. Tienes sed, ¿por qué entonces te callas?

El caballo suspiró. «Ahora sí que estoy perdido —pensó Kopionkin—. Hasta a este cabrón le he hecho suspirar.»

—Sasha —dijo Kopionkin—, ¿cuántos años han pasado ya desde la muerte de la camarada Rosa Luxemburgo? En estos momentos estoy pensando en ella: iha pasado tanto tiempo desde que ya no está con vida!

—Mucho —dijo en voz baja Dvánov. Kopionkin apenas oyó su voz y se volvió asustado. Dvánov lloraba silenciosamente sin tocarse el rostro con las manos, y sus lágrimas se precipitaban al suelo de vez en cuando: no tenía dónde ocultar su rostro de Chepurni y Kopionkin.

—A un caballo se le puede perdonar —le reprochó Kopionkin a Chepurni—. ¡Pero tú eres un hombre y podrías largarte!

Kopionkin había ofendido en vano a Chepurni: éste se había estado sintiendo culpable todo el tiempo y buscaba la manera de ayudar a aquellos dos hombres. «¿Será posible que no les sea suficiente el comunismo, que se afligen aun teniéndolo? —se preguntaba el entristecido Chepurni.

—¿Vas a seguir ahí plantado? —pregunto Kopionkin—. ¡Hoy acabo de dejarte sin comité revolucionario y tú no haces más que mirarme!

—Quédate con él —respondió con respeto Chepurni—. ¡Yo mismo quería suprimirlo: ¿para qué necesitamos el poder con gente semejante?

Fiódor Fiódorovich Gópner había dormido y descansado, había recorrido Chevengur y, como no había calles, se había perdido en la capital del distrito. Ningún habitante sabía la dirección de Chepurni, presidente del comité revolucionario, pero sí dónde estaba en aquel momento y llevaron a Gópner hasta Chepurni y Dvánov.

—Sasha —dijo Gópner—, no veo aquí ningún oficio, para trabajador no tiene sentido vivir aquí.

Chepurni se apenó en un principio y pasó un rato desconcertado, pero luego recordó de qué tenía que vivir la gente en Chevengur e intentó tranquilizar a Gópner:

—Aquí, camarada Gópner, todos tenemos una sola profesión, el alma, y por oficio la vida. ¿Qué dices, te parece bien?

—No sólo no me parece bien, sino que me parece fatal —respondió inmediatamente Kopionkin.

—No está mal —dijo Gópner— sólo que entonces no se sabe qué es lo que mantiene juntos a los hombres. ¿Qué pasa, los pegas entre sí con saliva o los has juntado a base de dictadura?

Chepurni, como hombre honrado que era, había comenzado a poner en duda la plenitud del comunismo de Chevengur, si bien debería tener razón porque lo había hecho todo según su idea y de acuerdo con el sentido colectivo de los chevengureños.

—Deja en paz a ese tonto —dijo Kopionkin a Gópner—. Ha organizado aquí la gloria en lugar del bien. Ha muerto aquí un niño a causa de los esfuerzos colectivos.

—¿Quiénes constituyen aquí la clase obrera? —preguntó Gópner.

—El sol brilla sobre nuestras cabezas, camarada Gópner —informó Chepurni en voz baja—. Antes, la explotación lo tapaba con su sombra, pero aquí ya no la hay y el sol es quien trabaja.

—¿Entonces piensas que has conseguido poner en marcha el comunismo? —preguntó de nuevo Gópner.

—Aparte de éste, aquí no hay nada, camarada Gópner

—explicó tristemente Chepurni, haciendo un esfuerzo de pensamiento para no equivocarse.

—Por ahora no lo percibo —dijo Gópner.

Dvánov miraba a Chepurni con tanta compasión que sentía dolor en todo su cuerpo durante las tristes y tensas respuestas de éste. «Es duro para él, y aunque no lo sabe —constataba Dvánov—, va en la dirección correcta, y hace lo que puede.»

—Pero nosotros no conocemos el comunismo —dijo Dvánov—, y por eso no podremos verlo aquí de inmediato. Además, no deberíamos interrogar al camarada Chepurni: nosotros mismos no sabemos más que él.

Yákov Títich se les acercó para escuchar; todos le miraron y se callaron distraídos para no ofenderle: consideraron que podía ofenderle que hubieran hablado sin estar él. Yákov Títich permaneció callado un rato y dijo:

—La gente no puede hacerse gachas, no hay alforfón... Yo fui herrero, quiero llevar la herrería más lejos, junto al camino; voy a trabajar para la gente de paso, a lo mejor gano así para alforfón.

—En la estepa, un poco más adentro, el alforfón crece solo, arráncalo y come —aconsejó Chepurni.

—Hasta que uno llegue y lo recoja le entrarán más ganas de comer —dudó Yákov Títich—; sería más fácil hacer algo en la herrería.

—Que trasladen la herrería, no distraigas al hombre de su quehacer —dijo Gópner, y Yákov Títich se encaminó a la herrería por entre las casas. La bardana había invadido desde hacía tiempo la herrería, y debajo de la bardana había un huevo —probablemente la última gallina se había escondido ahí de Kiriéi para ponerlo—, y el último gallo debía haber muerto en la oscuridad de algún cobertizo afectado de melancolía conyugal.

El sol había bajado mucho después del mediodía, el aire había empezado a oler a chamusquina, y había hecho su aparición la tristeza vespertina, que hace que todo hombre solitario sienta la necesidad de ir a ver a un amigo o, sencillamente, deirse al campo a caminar entre las apaciguadas yerbas, pensar y tranquilizarse de la turbación del día. Pero los

«otros» de Chevengur no tenían adónde ir, ni nadie a quien esperar: vivían sin separarse unos de otros, y durante el día tenían tiempo de recorrer por entero las estepas de los alrededores en busca de plantas comestibles, y ninguno tenía un sitio en el que permanecer solo. Yákov Títich sintió una inexplicable languidez en el interior de la herrería: el tejado se había recalentado, por todas partes colgaban telarañas, muchas arañas habían muerto y podían verse sus sútiles cadáveres, que acababan por caer al suelo y convertirse en irreconocible polvo. A Yákov Títich le gustaba recoger por los caminos y en el fondo de los patios minúsculos restos y examinarlos: ¿qué habían sido antes?, se preguntaba. ¿Qué corazón amante los había adorado y conservado? Tal vez se trataba de trocitos de seres humanos, de esas mismas pequeñas arañas o de mosquitos: nada permanecía íntegro, todas las criaturas que habían tenido vida, amadas por sus hijos, habían sido destruidas y se habían convertido en partes que no se les parecían, y a quienes habían permanecido con vida después de ellos y continuaban sufriendo no les quedaba nada sobre lo que llorar. «Que muera todo —pensaba Yákov Títich—, pero que, por lo menos, quede entero el cuerpo muerto para tener algo que retener y recordar: pero no, los vientos soplan, el agua corre y todo desaparece y se convierte en polvo. Eso no es vida, es un tormento; el que muere, muere por nada, y ahora no se puede encontrar a nadie que viviera en tiempos, no son todos más que pura pérdida.»

Al anochecer los proletarios y los «otros» se reunieron para alegrarse y entretenerte mutuamente antes de ir a dormir. Ninguno de los «otros» tenía familia porque todos habían vivido hasta entonces con tal pena y concentrando tanto sus fuerzas, que no le quedaba a ninguno sobras corporales para la procreación. Tener una familia exige una semilla y el vigor que da toda propiedad, pero los hombres se agotaban ya en mantener la vida en sus propios cuerpos; y el tiempo necesario para el amor lo empleaban en dormir. En Chevengur habían comenzado a sentir tranquilidad, a tener alimento suficiente, y sus camaradas, en lugar de alegrarles, les producían tristeza. Antes los camaradas les eran preciosos contra la desgracia, les eran imprescindibles para el calor durante el sueño

y el frío en la estepa, para asegurarse mutuamente mientras se conseguía el alimento —si no lo lograba uno, lo procuraría el otro—; en definitiva, los camaradas servían para tenerlos siempre al lado si uno no contaba con esposa, ni propiedades, ni nadie con quien satisfacer y gastar un alma que se atesora sin fin. En Chevengur había bienes, había trigo salvaje en las estepas y en las huertas crecían hortalizas engendradas por los restos de los frutos del año anterior que habían quedado en el suelo; en la vacía tierra de Chevengur no existía la aflicción por no tener alimentos, ni la angustia por no tener donde pernoctar, y los «otros» comenzaron a ponerse tristes: se habían empobrecido los unos para los otros, y se miraban sin interés; se habían convertido en inútiles para sí mismos, y ahora tampoco había entre ellos ninguna materia útil. Uno de los «otros» que respondía al nombre de Karpi dijo a todos aquel anochecer en Chevengur:

—Quiero una familia: cualquier cabrón es fuerte por su semilla y vive tranquilo, mientras que yo vivo sin apoyo y por casualidad. ¡Menudo abismo tan grande tengo bajo los pies!

La vieja mendiga Agapka también se puso triste.

—Tómame a mí, Karpi —dijo—, te daré hijos, te lavaré la ropa y te guisaré. Parece extraño, pero es bonito ser una mujer casada: vivir tan llena de preocupaciones como de cardillo, no conocer la pena y llegar a hacerte imperceptible para ti misma! ¡Aquí una vive todo el tiempo como ante sus propios ojos!

—Eres una bruta —dijo Karpi rechazando a Agapka—. Me gustan las mujeres lejanas.

—¿No te acuerdas de que una vez te calentaste conmigo? —le recordó Agapka—. Seguro que no te era entonces tan lejana, cuando te metías más y más en mis entrañas enfermas!

Karpi no negó la verdad y sólo rectificó la fecha del suceso:

—Eso pasó antes de la revolución.

Yákov Títich dijo que el comunismo estaba ahora presente en Chevengur, que a todos se les había dado lo que se les antojaba: antes, los pobres no tenían nada en el vientre, mientras que ahora comen todo lo que crece en la tierra, ¿qué más se puede pedir? Es hora de vivir y de empezar a pensar en algo: en las estepas murieron muchos soldados del Ejército

Rojo por culpa de la guerra; estuvieron dispuestos a morir para que los hombres futuros fueran mejores que ellos, y nosotros somos futuros pero malos, queremos ahora mujeres, nos aburrimos, ¡es hora de que empecemos en Chevengur el trabajo y los oficios! Mañana habrá que llevar la herrería fuera de la ciudad porque por aquí no pasa nadie.

Los «otros» no le escucharon y se fueron lentamente cada uno por su lado sintiendo que querían algo, aunque no sabían qué. Muy pocos de los chevengureños de adopción habían estado temporalmente casados, recordaban, y se lo decían a los demás, que la familia era una cosa agradable porque teniendo familia uno ya no quería nada más y su alma se agitaba menos; sólo se quería tranquilidad para sí mismo y felicidad en el futuro para los hijos; además, los niños solían dar compasión y le hacían a uno más bueno, más paciente y más indiferente a todo lo que sucedía en la vida.

El sol se hizo immenseo y rojo, y se ocultó tras el borde de la tierra, habiendo dejado en el cielo su calor que se enfriaba; de niños los «otros» pensaban que lo que sucedía era que el padre se había marchado lejos dejándoles solos y estaba cociendo patatas para la cena en una gran hoguera. El único trabajador de Chevengur se había quedado en reposo durante toda la noche; en lugar del sol —el astro del comunismo, del calor y de la camaradería—, la luna —el astro de los solitarios, de los vagabundos, de los que caminan en vano— había empezado poco a poco a brillar en el cielo. La luz de la luna iluminó tímidamente la estepa y los espacios vacíos aparecieron a la vista como si se hallaran tendidos en el mundo del más allá, donde la vida es pensativa, pálida e insensible, donde la sombra del hombre susurra entre las yerbas debido al oscilante silencio. En la profundidad de la noche caída varios hombres se marcharon del comunismo a la desconocida vida; habían llegado juntos a Chevengur pero se fueron por separado: unos iban en busca de mujeres para retornar después a Chevengur a la verdadera vida, otros, enflaquecidos por la alimentación vegetal de Chevengur, partieron hacia otros lugares para comer carne, y hubo uno —toddavía muchacho— que también se marchó para tratar de encontrar el mundo de sus padres.

Cuando Yákov Títich vio desaparecer silenciosamente de Chevengur a tantos hombres fue a ver a Prokofi.

—Vete a por las mujeres para el pueblo —le dijo Yákov Títich—, los hombres han empezado a necesitarlas. Tú nos traiste, así que ahora trae a mujeres, los hombres han descansado y dicen que sin ellas no seguirán aguantando.

Prokofi quiso decir que las mujeres también eran trabajadoras y que no les estaba prohibido vivir en Chevengur, por lo que debería ser el proletariado mismo quien se trajera de la mano a las mujeres de lejanos lugares poblados; pero recordó que Chepurni prefería a las mujeres delgadas y agotadas para que éstas no distrajeran a los hombres del comunismo reciproco, así que le respondió a Yákov Títich:

—Crearéis familias aquí y pariréis pequeña burguesía.

—¡Si es pequeña no hay que temerla! —dijo Yákov Títich ligeramente asombrado—. Lo pequeño es débil.

Llegó Kopionkin y con él Dvánov, mientras que Gópner y Chepurni permanecieron fuera; Gópner quería estudiar la ciudad: saber cómo estaba hecha y qué había en ella.

—¡Sasha! —dijo Prokofi, que, aunque quiso alegarse, no lo logró de inmediato—. ¿Has venido a vivir con nosotros? Me acordé de ti durante mucho tiempo, pero luego empecé a olvidarte. Cada vez que te recordaba pensaba enseguida: no, tú ya has muerto. Y me olvidaba de nuevo de ti.

—Yo en cambio me he acordado de ti —respondió Dvánov—. Cuanto más vivía más te recordaba, y también a Prójor Abrámovich, a Piotr Fiódorovich Kondáiiev, y a toda la aldea. ¿Siguen vivos?

Prokofi amaba a su familia, pero ahora estaba muerta toda, no tenía a nadie a quien amar y bajó su cabeza, que trabajaba para muchos pero a la que casi nadie quería.

—Han muerto todos, Sasha, ahora empieza el futuro...

Dvánov cogió la sudorosa y febril mano de Prokofi, percibió en él la vergüenza escrupulosa por su pasado de niños, y besó sus secos y afligidos labios.

—Vamos a vivir juntos, Prosha. No te preocupes. Aquí tienen a Kopionkin y pronto vendrán Gópner y Chepurni... En vuestra ciudad se está bien, hay paz, cae lejos de todo, y por todas partes crece yerba, yo no había venido nunca.

Kopionkin suspiró por dentro sin saber qué pensar ni decir. Yákov Títich no tenía nada que ver con todo aquello y, una vez más, recordó la tarea común:

—¿Qué dices entonces? Tenemos que buscar mujeres nosotros mismos, o nos las vas a traer tú en manada? Algunos ya han partido.

—Ve a reunir a la gente —dijo Prokofi—, iré enseguida y pensaré allí.

Yákov Títich se marchó, y Kopionkin supo entonces qué era lo que tenía que decir:

—No debes pensar por el proletariado, tiene su propia cabeza...

—Iré ahí con Sasha —dijo Prokofi.

—Si es con Sasha, entonces ve y piensa —aceptó Kopionkin—, creía que ibas a ir solo.

En el exterior había luz, en medio del desierto del cielo, por encima del vacío de la tierra esteparia, brillaba la luna con su abandonada luz íntima que casi cantaba de sueño y de silencio. Aquella luz penetraba en la herrería de Chevengur a través de las vetustas rendijas de las puertas impregnadas todavía de hollín, que se había aposentado allí en épocas más laboriosas. Los hombres caminaban hacia la herrería: Yákov Títich estaba reuniéndoles a todos, y él mismo caminaba detrás de todos, alto y apenado cual pastor de los oprimidos. Cuando alzaba la cabeza para mirar al cielo sentía que en su pecho se debilitaba la respiración; era como si la iluminada y ligera altura situada por encima suyo le sorbiera el aire para volverle más ligero y para que él pudiera volar hacia allí. «Qué bueno sería ser ángel —pensaba Yákov Títich— si existieran. El hombre se aburre a veces de no estar más que con hombres.»

Las puertas de la herrería se abrieron y entraron allí los hombres; muchos se quedaron fuera.

—Sasha —dijo en voz baja Prokofi a Alexandr—, no tengo casa en la aldea, quiero quedarme en Chevengur porque hay que vivir con todos, si no me echarían del Partido; apóyame tú ahora. Tampoco tú tienes donde vivir, así que vamos a organizar aquí a todos en una familia sumisa, vamos a hacer de toda la ciudad un hogar.

Dvánov veía que Prokofi se atormentaba, y le prometió ayudarle.

—¡Tráenos mujeres! —empezaron a gritarle a Prokofi muchos de los «otros»—. ¡Nos has conducido aquí y nos has abandonado solos! ¡Tráenos aquí mujeres! ¿Es que no somos personas? ¡Tenemos miedo aquí solos: no vivimos y pensamos! Nos hablas de camaradería, y la mujer es para el hombre un camarada íntimo, ¿por qué entonces no la instalas en la ciudad?

Prokofi miró a Dvánov y se puso a decir que el comunismo no era tan sólo preocupación de ellos sino de todos los proletarios existentes; por lo tanto los proletarios deberían vivir ahora con su propia cabeza, tal y como había acordado el comité revolucionario de Chevengur en su última reunión. El comunismo iba a realizarse por sí solo, y no podía ser de otra manera porque en Chevengur no había más que proletarios.

Y Chepurni, que se mantenía alejado, se sintió completamente satisfecho con las palabras de Prokofi: eran la formulación exacta de sus propios sentimientos.

—Para qué queremos la cabeza —exclamó uno de los «otros»—. ¡Queremos vivir según nuestros deseos!

—Vivid, por favor —aceptó inmediatamente Chepurni—. ¡Prokofi, vete mañana a buscar!

Prokofi todavía disertó un poco más acerca del comunismo: que en definitiva acabaría por instaurarse completamente, y que era mejor organizarlo de antemano para no sufrir; que cuando las mujeres llegaran multiplicarían los hogares, y no sería como ahora que había un solo Chevengur, donde vivía una única familia de huérfanos, y donde los hombres andaban de acá para allá cambiando de sitio para pasar las noches, y acostumbrándose los unos a los otros a fuerza de estar siempre pegados.

—Dices que al fin se instaurará el comunismo! —dijo lentamente Yákov Títich—. Esto quiere decir que va a ser pronto: ¡cuando el fin está cerca, es corto! O sea que toda la duración de nuestra vida pasará sin el comunismo: ¿para qué vamos a quererlo entonces con todas nuestras entrañas? ¡Es mejor vivir en el error, porque éste es largo y la verdad corta! ¡Deberías tener más en cuenta lo que es el hombre!

El olvido lunar se extendía desde el solitario Chevengur hasta las profundas alturas en donde no había nada, y a eso se debía que la luz lunar se apenara tanto en el vacío. Dvánov miraba hacia allí y sentía deseos de cerrar los ojos para no abrirlos hasta el día siguiente cuando el sol se hubiera levantado y el mundo fuera de nuevo estrecho y cálido.

—¡Es un pensamiento proletario! —determinó de repente Chepurni acerca de las palabras de Yákov Títich; se alegraba de que ahora el proletariado pensara con su cabeza y que no fuera necesario pensar ni preocuparse por él.

—¡Sasha! —dijo desconcertado Prokofi, y todos se dispusieron a escucharle—. ¡El viejo tiene razón! ¿Recuerdas cuando tú y yo íbamos a pedir limosna? Tú pedías comida pero no te la daban, y yo no la pedía, mentía e inventaba trucos, y siempre comía con sal y tenía para fumar.

Prokofi se detuvo por precaución, pero se percató de que los «otros» habían abierto la boca, sinceramente atentos, y, sin temor a Chepurni, prosiguió:

—¿Por qué nos sentimos tan bien, pero, al mismo tiempo, molestos? Porque, como con razón ha dicho aquí un camarada, toda verdad debe llegar en pequeña cantidad y sólo al final, mientras que nosotros hemos establecido la verdad y todo el comunismo ahora, y por eso ella no acaba de gustarnos! ¿Por qué todo es correcto entre nosotros, no hay burgueses, todo es solidaridad y justicia, pero el proletariado se apena y sueña con casarse?

En ese punto Prokofi tuvo miedo de desarrollar su idea y se calló. Fue Dvánov quien terminó por él:

—¡Tú pretendes aconsejar a los camaradas que sacrificuen la verdad, porque de todas formas ésta tendrá una vida corta y no llegará más que al final, para que se dediquen a otra felicidad que va a durar mucho más, hasta que llegue la verdad auténtica!

—Tú lo sabes muy bien —dijo con tristeza Prokofi, y de repente se emocionó todo él—. ¡Tú sabes cuánto he querido a mi familia y mi casa de nuestra aldea! Por amor a mi casa te arrojé a la muerte como un burgués, y ahora quiero acostumbrarme a vivir aquí, quiero organizarlo todo para los po-

bres como si se trataran de mi familia, y yo mismo alcanzar la tranquilidad entre ellos, pero no lo logro...

Gópner escuchaba pero no comprendía nada; le preguntó a Kopionkin pero tampoco éste sabía qué era lo que las gentes necesitaban aquí, salvo mujeres. «Lo veis? —meditaba Gópner—. Cuando la gente no actúa comienza a sobrarle la mente, y eso es peor que ser idiota.»

—Prosha, voy a prepararte un caballo —prometió Chepurni—. Mañana al alba, por favor, tienes que partir; el proletariado necesita amor: eso significa que quiere dominar todos los elementos salvajes de Chevengur, y eso es magnífico!

Los «otros» se fueron cada uno por su lado para esperar a las mujeres —ya no tendrían que esperar mucho—, y Dvánov y Prokofi salieron juntos fuera de los límites de la ciudad. Por encima de ellos, como en el más allá, se arrastraba incorpórea la luna próxima ya a acostarse; su existencia carecía de utilidad: ella no hacía que las plantas vivieran, y el hombre dormía en silencio bajo su luz. La luz del sol, que iluminaba desde lejos a la hermana nocturna de la tierra, contenía una materia turbia, caliente y viva, pero esa luz llegaba a la luna filtrada a través de la longitud muerta de los espacios abiertos; todo lo turbio y vivo se perdía por el camino, y sólo quedaba la luz verdaderamente muerta. Dvánov y Prokofi se alejaron; sus voces apenas se oían debido a la lejanía y porque hablaban en voz baja. Kopionkin los observaba, pero le dio vergüenza seguirles: le pareció que los dos hombres hablaban con tristeza y le habría dado vergüenza acercarse a ellos.

Las pacíficas yerbas salvajes, que habían invadido la tierra debajo de Chevengur no por avidez sino por necesidad vital, ocultaban el camino bajo los pies de Dvánov y Prokofi; los dos hombres caminaban separados por la rodera del camino real muy transitado en tiempos: cada uno de ellos deseaba sentir al otro para sacudir la incertidumbre de su propia vida errante, pero se habían desacostumbrado el uno al otro —se sentían incómodos y no podían comenzar a hablar de inmediato sino tímidamente. A Prokofi le daba pena entregar Chevengur en propiedad a las mujeres de los proletarios y de los «otros»; solamente no le importaba regalarle cosas a Klav-

diusha, pero no sabía por qué. Se preguntaba si valía verdaderamente la pena despilfarrar, llevar ahora a la vetustez y a la pérdida a la ciudad entera con todos los bienes que encerraba para que un día, al final y por un breve tiempo, se estableciera una verdad que producía pérdidas; ésto sería mejor mantener en cuidadosa reserva todo el comunismo y toda la felicidad de la ciudad a fin de librarla a las masas en porciones limitadas, de vez en cuando y según la necesidad de clase, protegiendo la inagotabilidad de los bienes y de la felicidad?

—Estarán contentos —decía convencido y casi alegre Prokofi—. Están acostumbrados a las penas; no se les hacen cuesta arriba. Les daremos por el momento un poco y nos querrán. Porque si se lo entregamos todo de golpe, como Chepurni, se gastarán enseguida todos los fondos y querrán más, no tendremos nada que darles, nos derrocarán y nos matarán. Y es que no saben cuánto y qué cosas tiene la revolución: la lista entera de la ciudad la tengo solamente yo. Chepurni, en cambio, quiere que, de golpe, no quede nada, y llegue el final, con tal de que ese final sea el comunismo. Pero nosotros no permitiremos que las cosas lleguen al final, vamos a dar la felicidad poco a poco y almacenarla de nuevo; así nos alcanzará para siempre. ¿Dime, Sasha, es correcto lo que estoy diciendo?

Dvánov aún no sabía hasta qué punto era eso correcto, pero quería sentir plenamente los deseos de Prokofi, imaginárselo todo a través del cuerpo y de la vida de éste para poder ver luego personalmente por qué tenía que salir todo como debía según afirmaba Prokofi. Dvánov rozó levemente a Prokofi y le dijo: «Continúa hablando, yo también quiero vivir aquí.»

Prokofi pasó la mirada por la clara pero muerta estepa y por Chevengur que quedaba al fondo; la luna brillaba en los cristales de las ventanas detrás de las cuales dormían los solitarios «otros»; dentro de cada uno de éstos había una vida de la que era preciso preocuparse ahora para que no saliera de la estrechez de sus cuerpos y no se convirtiera en una actividad innecesaria. Pero Dvánov no sabía lo que encerraba el cuerpo de cada hombre, mientras que Prokofi lo sabía casi con exactitud: sospechaba especialmente de los hombres silenciosos.

Dvánov recordaba muchas aldeas y ciudades, con muchas personas dentro, y Prokofi, paralelamente a la memoria de Alexandr, retenía que las desgracias en las aldeas rusas no eran un tormento sino una costumbre, que el hijo separado de la casa paterna ya nunca más volvía a ver a su padre ni le echaba de menos, puesto que el hijo y el padre no estaban ligados por los sentimientos sino por la propiedad; pocas y raras eran las mujeres que no hubieran asfixiado a propósito al menos a un hijo a lo largo de sus vidas, y no tanto por pobreza sino para poder seguir viviendo libremente y acostarse con su hombre.

—Tú mismo puedes ver, Sasha —continuó con convicción Prokofi—, que la satisfacción de sus deseos les lleva a repetirse y hasta a desear algo nuevo. Y todo ciudadano quiere realizar sus sentimientos lo antes posible, para que los tormentos no hagan que se sienta menos a sí mismo. Pero así no podrán satisfacerlos nunca: hoy querrán los bienes, mañana una mujer, luego la felicidad todo el día y toda la noche: así ni siquiera la historia bastaría. Mejor será reducir poco a poco al hombre, que ya se acostumbrará: de todas formas tendrá que sufrir.

—¿Qué es lo que quieres hacer entonces, Prosha?

—Quiero organizar a los «otros». Me he dado cuenta de que donde hay organización sólo piensa un hombre y los demás viven vacíos y siguiendo al primero. La organización es un truco ingenioso: todos se conocen a sí mismos pero nadie se posee a sí mismo. Y todo el mundo se encuentra bien, salvo el primero porque tiene que pensar. Con la organización se le puede quitar al hombre mucho de lo superfluo.

—Pero para qué se necesita hacer eso, Prosha? Si te va a ser penoso, serás el más infeliz, sentirás miedo de vivir solo, separado y por encima de todos. Los proletarios viven los unos para los otros, éy a ti quién te va a hacer vivir?

Prokofi examinó a Dvánov con mirada práctica: semejante hombre era un ser inútil, no era un bolchevique; era un mendigo con el saco vacío, era él mismo un «otro»; hubiera sido mejor hablar con Yákov Títich porque éste al menos sabía que el hombre es capaz de soportarlo todo con tal de que se le proporcionen nuevos y desconocidos sufrimientos, y

no sentiría dolor alguno: el hombre sólo siente la desgracia por costumbre social, y no porque se la invente él mismo de repente. Yákov Títich hubiera entendido que lo que se proponía Prokofi no entrañaba peligro alguno, mientras que Dvánov sólo sentía demasiado al ser humano, pero no sabía medirlo con exactitud.

Y las voces de los dos hombres se apagaron lejos de Chevengur en la inmensa estepa lunar; Kopiorikin pasó largo rato esperando a Dvánov en la linde de la ciudad, pero como éste tardaba en llegar se tumbó agotado entre las cercanas yerbas salvajes y se durmió.

Le despertó ya al alba el tronar de una telega: el silencio hacía que en Chevengur todos los sonidos se transformaran en truenos y alarma. Era Chepurni que se dirigía hacia la estepa en busca de Prokofi sobre un carro preparado para que éste trajera a las mujeres. Prokofi, a su vez, estaba muy cerca; hacía tiempo que caminaba de vuelta a la ciudad junto con Dvánov.

—¿Qué tipo de mujeres he de reclutar? —preguntó Prokofi a Chepurni, y se sentó en el carro.

—¡Nada especial! —explicó Chepurni—. Que sean mujeres, desde luego; pero, ¿sabes?, que lo sean poco, basta con que se diferencien del hombre. ¡Nada de atracción, tráenos solamente elementos amortiguados!

—Entendido —dijo Prokofi, e hizo que el caballo arrancara.

—¿Sabrás apañarte? —preguntó Chepurni.

Prokofi volvió hacia él su rostro inteligente y seguro:

—¡Menudo milagro! Te traeré a quien quieras, sean quienes sean los aglutinaré en masa, y no quedará nadie para aflijirse en solitario.

Y Chepurni se tranquilizó: el proletariado se consolaría ahora; pero, de repente, echó a correr tras Prokofi que ya había arrancado y, agarrándose a la parte trasera de la telega, le pidió:

—¡Prosha, tráeme una a mí también: de repente me han entrado ganas de encanto! ¡Se me había olvidado que yo también soy proletario! ¡Como no veo ya a Klavdiusha!

—Se ha ido al pueblo a ver a su tía —informó Prokofi—, la traeré a la vuelta.

—No lo sabía —dijo Chepurni, y se metió en la nariz una pizca de tabaco de polvo para sentir el tabaco en lugar de la pena por la separación de Klavdiusha.

Fiódor Fiódorovich Gópner había dormido ya suficientemente y observaba desde el campanario de la iglesia de Chevengur la ciudad y su zona colindante, en donde, según le decían, se había instaurado el porvenir y se había realizado por entero el comunismo, con lo que lo único que uno tenía que hacer era vivir y estar ahí. En tiempos, cuando era joven, Gópner había trabajado en la reparación de la línea telegráfica angloindia, y la tierra se parecía allí a la estepa chevengurense. Eso había sucedido hacía mucho y nadie hubiera podido adivinar por entonces que Gópner llegaría a vivir bajo el comunismo, en una ciudad audaz, por la que tal vez Gópner había pasado de vuelta del telégrafo anglo-indio sin haberse fijado: eso le daba pena porque habría sido mejor para él haberse quedado para siempre en Chevengur ya entonces, pero, de todas formas, tampoco se sabía: lo único que se decía era que allí vivía bien el hombre sencillo, pero Gópner no lo había percibido todavía.

Dvánov y Kopionkin pasaron por debajo, y no sabiendo dónde descansar se sentaron junto a la cerca del cementerio.

—¡Sasha! —gritó desde arriba Gópner—. ¡Esto se parece al telégrafo angloindio; aquí también se ve lejos, es un sitio abierto!

—¿Angloindio? —preguntó Dvánov, y se imaginó aquellos horizontes lejanos y misteriosos por donde atravesaba el telégrafo.

—¡Está colgado de soportes de yerro fundido, Sasha, todos marcados, y el hilo pasa por la estepa, las montañas y los países cálidos!

Dvánov comenzó a sentir dolor de vientre, cosa que le sucedía siempre que pensaba en regiones lejanas e inalcanzables, con nombres atractivos y cantarines —India, Oceanía, Tahití y la isla Soledad<sup>38</sup>—, que se hallaban en medio del azul Océano en cuyo fondo de coral se apoyaban.

<sup>38</sup> Nombre en español de la isla Falkland oriental (Malvinas).

Yákov Títich también paseaba aquella mañana; visitaba a diario el cementerio porque tan sólo éste se parecía a un bosque, y gustaba de escuchar el monótono sonar de los árboles padeciendo bajo el viento. A Gópner le gustaba Yákov Títich: era un hombre delgado y viejo, y con la piel de las orejas azulada a fuerza de estar tensa, lo mismo que le sucedía a Gópner.

—¿Te sientes bien aquí, o no mucho? —le preguntó Gópner; había bajado ya del campanario y se hallaba sentado junto a la cerca en medio de un grupo de hombres.

—No estoy mal —respondió Yákov Títich.

—¿No necesitas nada?

—Me voy defendiendo.

Llegó un nuevo día soleado, largo como todos los días de Chevengur; debido a lo largos que eran los días, la vida se había vuelto más perceptible, y Chepurni consideraba que la revolución había ganado tiempo en beneficio de los «otros».

—¿Qué podríamos hacer hoy? —les preguntó Gópner a todos, y todos se agitaron un poco; tan sólo Yákov Títich, que estaba de pie, permaneció tranquilo.

—Aquí no se puede hacer nada para calmar los nervios —dijo—, sólo hay que esperar algo.

Yákov Títich se fue hasta el prado y se tumbó al sol para entrar en calor; las últimas noches había dormido en la casa que anteriormente había pertenecido a Ziuzin, y le había cogido cariño a ésta porque en ella vivía una solitaria cucaracha, a la que Yákov Títich daba de comer de vez en cuando; la cucaracha llevaba una existencia anónima, sin esperanza alguna, y sin embargo vivía con paciencia y constancia, sin manifestar al exterior sus sufrimientos, por lo que Yákov Títich la trataba con miramiento y hasta se comparaba en secreto con ella. El tejado y el techo de aquella casa se habían hecho viejos y se habían deteriorado; a través de ellos se filtraban las gotas de rocío que caían sobre el cuerpo de Yákov Títich y le hacían pasar frío, pero no podía cambiar de refugio porque sentía por la cucaracha la misma pena que por sí mismo. Yákov Títich había vivido antes en lugares desnudos en los que no había a qué habituarse ni tomarle cariño, salvo algún compañero de camino igual que él mismo; pero Yá-

kov Títich necesitaba imperiosamente encariñarse con algún objeto vivo para poder hallar en la atención y la indulgencia hacia éste la paciencia necesaria para su propia existencia, y también, a partir de la observación, cómo vivir mejor, con menor dolor; además, en la compasión con que Yákov Títich contemplaba la vida ajena encontraba desahogo su propia vida; y es que Yákov Títich no sabía qué hacer con ella: no existía sino como un resto, como un deshecho de la población humana. Los «otros», apenas habían llegado a Chevengur, habían perdido su camaradería mutua: habían adquirido bienes y abundante mobiliario doméstico que palpaban a menudo sin saber de dónde procedían: eran objetos demasiado caros como para regalarlos a nadie; los «otros» los acariciaban con manos intimidadas como si tales objetos representasen la vida solidificada y sacrificada de sus padres muertos y de sus hermanos perdidos en algún lugar de otras estepas. Los chevengureños llegados de fuera habían construido en tiempos isbas y habían cavado pozos, pero no aquí sino lejos: en las tierras siberianas colonizadas, por donde había pasado en tiempos el camino circular de su existencia.

Yákov Títich se había quedado casi solo en Chevengur, como después de su nacimiento y, acostumbrado antes a los hombres, contaba ahora con su cucaracha; viviendo para ella en una casa miserable, Yákov Títich se despertaba por las noches con el frío golpear de las gotas de rocío que caían del techo.

Fiódor Fiódorovich Gópner había destacado a Yákov Títich de entre la masa de «otros»; le parecía el más desgraciado de todos y un hombre que sólo seguía viviendo por la inercia de haber nacido. Pero la aflicción se había enquistado dentro de Yákov Títich, no la percibía ya como un estado de malestar y vivía para olvidar por medio de lo que fuera: antes de llegar a Chevengur había vagabundeadó con la gente y se había inventado todo tipo de historias: que su padre y su madre estaban vivos, que se dirigía lentamente a su encuentro y que cuando llegara se encontraría, por fin, maravillosamente; o se inventaba la historia de que el caminante que marchaba a su lado era un hombre que le pertenecía, y que dentro del mismo se encontraba lo esencial de lo que le fal-

taba por el momento a Yákov Títich, con lo que podía sentirse tranquilo y seguir caminando con renovadas fuerzas; y, ahora, Yákov Títich había recurrido, para vivir, a la cucaracha. Gópner, por su parte, no había sabido qué hacer desde que había llegado a Chevengur, había estado paseando durante los dos primeros días y había visto que la ciudad había sido desmontada y hecha un amasijo por los sábados comunistas<sup>39</sup> pero que la vida en ella se encontraba descompuesta en naderías que no tenían a qué engancharse para hallar justificación. Pero Gópner mismo no lograba descifrar por el momento que pieza había que ajustar en Chevengur para que en la ciudad funcionara la vida y el progreso, por lo que le preguntó a Dvánov:

—Sasha, ya es hora de que pongamos a punto esto.

—¿Poner a punto qué? —preguntó Dvánov.

—¿Cómo que qué? ¿Por qué hemos venido aquí entonces? Todos los detalles del comunismo.

Dvánov guardó una inmovilidad paciente.

—Esto no es ninguna máquina, Fiódor Fiódorovich, aquí viven hombres y no les podrás poner a punto hasta que ellos mismos no se las arreglen. Antes pensaba que la revolución era una locomotora, pero ahora veo que no.

Gópner quiso representarse todo aquello con exactitud, se rascó el pabellón de la oreja, en donde gracias al descanso había desaparecido ya el color azulado de la piel, e imaginó que, puesto que no había locomotora, cada hombre debería contar con su propia máquina de vapor de la vida.

—¿Y para qué es así? —preguntó Gópner casi con asombro.

—Probablemente para acumular más fuerzas —dijo al final Dvánov—. De otra manera no se podría arrancar.

La azul hoja de un árbol cayó con suavidad cerca de Dvánov; sus bordes se habían tornado ya amarillos: la hoja había vivido lo suyo, había muerto y volvía ahora a la paz de la tierra; el verano tardío estaba finalizando, y llegaba el otoño, la estación de los abundantes rocíos y de los desiertos caminos esteparios. Dvánov y Gópner contemplaron el cielo: les pa-

<sup>39</sup> Trabajo colectivo voluntario en la antigua URSS, realizado en las horas de ocio.

reció más alto porque estaba perdiendo ya la turbia fuerza del sol que convertía el cielo en brumoso y bajo. Dvánov sintió nostalgia del tiempo pasado, que se extrañaba y desaparecía constantemente, mientras que el hombre permanecía en el mismo sitio con sus esperanzas puestas en el futuro; Dvánov se percató entonces de por qué Chepurni y los bolcheviques chevengureños ansiaban tanto el comunismo: éste era el final de la historia, el final del tiempo; el tiempo discurría sólo en la naturaleza, mientras que en el interior del hombre se hallaba detenida la tristeza.

Un «otro» descalzo y excitado pasó corriendo junto a Dvánov; tras de él iba como un loco Kiriéi llevando en los brazos un perro mediano porque éste no podía alcanzar la velocidad de su amo; un poco más atrás venían corriendo cinco más de los «otros» que todavía no sabían adónde se dirigían; eran hombres ya maduros pero que hacían todo lo posible por avanzar con infantil felicidad, mientras el viento que soplabía contra sus rostros sacaba de sus largos y apelmazados cabellos la basura y las cerdas del cardillo que se les habían pegado al dormir. Detrás de todos pasó Fuerza Proletaria, a trepidante galope, montado por Kopionkin, que, con la mano, señaló a Dvánov la estepa. Por el horizonte de la estepa, como si de un monte se tratara, caminaba un hombre alto y lejano; todo él se hallaba rodeado de aire y tan sólo las plantas de sus pies rozaban la línea de la tierra; en dirección a éste corrían los hombres de Chevengur. Pero el hombre caminaba y caminaba, y comenzó a desaparecer al otro lado de lo visible, con lo que los chevengureños recorrieron a toda prisa media estepa y retornaron luego sobre sus pasos: otra vez solos.

Chepurni llegó corriendo más tarde, manifestando gran agitación y alarma.

—¡Decidme qué hay ahí, por favor! —preguntó a los «otros» que caminaban lenta y tristemente.

—Había un hombre que caminaba —contaron los otros—. Pensábamos que venía hacia nosotros, pero ha desaparecido.

Chepurni permanecía inmóvil y no comprendía esa necesidad de un solo hombre lejano cuando tenía a su lado mul-

titud de hombres y de camaradas. Y le comentó esa extraña situación a Kopionkin, que se había acercado a caballo.

—¿Crees que lo sé yo? —dijo Kopionkin desde lo alto del caballo—. He ido tras ellos gritándoles: Ciudadanos, camaradas idiotas, ¿adónde vais al galope? ¡Deteneos! ¡Pero ellos siguieron corriendo: puede que les hayan entrado ganas de la Internacional, igual que a mí, y que no les baste una sola ciudad en toda la tierra!

Kopionkin esperó a que Chepurni pensara y añadió:

—También yo me marcharé pronto de aquí. Ese hombre camina por la estepa hacia algún sitio, mientras que yo he de permanecer aquí sin moverme y existir para que haya tu comunismo, ¡pero el comunismo no se ve por ninguna parte! Pregúntale a Sasha, él también está desconsolado.

En ese instante Chepurni ya había llegado a percibir con claridad que el proletariado de Chevengur deseaba la Internacional, es decir a personas lejanas, indígenas y alógenas, para unirse a ellos y hacer que toda la multicolor vida terrestre creciera en un solo arbusto. En tiempos antiguos pasaban por Chevengur gitanos, diversos monstruos y negros; si ahora asomaran por aquí sería posible atraerlos, pero no había ni rastro de ellos desde hacía tiempo. Eso significaba que, tras la entrega de las mujeres, Prokofi tendría que viajar a los sureños países esclavistas y traer a Chevengur a los oprimidos. Y a aquellos proletarios que por debilidad y vejez no pudieran llegar a pie a Chevengur, enviarles ayuda en forma de bienes y hasta hacerles llegar la ciudad entera en bloque si la Internacional la necesitara; ellos podrían vivir en cuevas cavadas en la tierra o en cálidos barrancos.

De vuelta a la ciudad «los otros» comenzaron a subirse de vez en cuando a los tejados de las casas y a examinar la estepa para ver si se aproximaba alguna persona, si llegaba Proshka con las mujeres o si sucedía algo en la lejanía. Pero sobre la yerbas salvajes no había sino el silencioso y vacío aire, y por el camino principal cubierto de yerbas el viento llevaba a Chevengur cardos corredores sin hogar: la solitaria yerba peregrina. La casa de Yákov Títich se hallaba colocada exactamente de través sobre lo que antiguamente había sido el camino real, y el viento del sureste había acumulado con-

tra ella una montaña entera de cardos correderos. Yákov Títich quitaba de vez en cuando de la casa los montones herbosos para que pasara la luz a través de las ventanas y pudiera contar los días que transcurrían. Salvo para esa necesidad, Yákov Títich no salía nunca de día, y recogía por las noches en la estepa las plantas alimenticias. Volvieron a asaltarle de nuevo los vientos y los torrentes, y vivía solitario con su cucaracha. En cuanto a ésta, se acercaba cada mañana al cristal de la ventana y miraba al iluminado y cálido campo; sus pequeñas antenas temblaban de emoción y soledad: veía el caliente suelo y sobre éste montañas de abundante comida; en torno de aquellas montañas se refocilaban minúsculos seres, y ninguno de ellos tenía conciencia de sí mismo de tantos como eran.

Chepurni fue a visitar en cierta ocasión a Yákov Títich: Prokofi seguía sin aparecer, Chepurni sentía ya aflicción por su perdido e imprescindible amigo y la espera era tan larga que no sabía dónde meterse. La cucaracha seguía sentada junto a la ventana —el día, cálido y majestuoso, se extendía sobre los grandes espacios abiertos, pero el aire se había vuelto ya más ligero que en verano, y parecía un espíritu muerto. La cucaracha se consumía y miraba.

—¡Títich! —dijo Chepurni—, déjala salir al sol. A lo mejor también ella echa de menos el comunismo pensando que queda aún muy lejos.

—¿Y cómo voy a vivir sin ella? —preguntó Yákov Títich.

—Vete con la gente. ¿No ves? Yo he venido a verte

—No puedo estar con la gente —dijo Yákov Títich—. Soy un hombre estropeado, y el defecto suena mucho.

Chepurni era incapaz de juzgar a un hombre de clase porque el mismo se parecía a éste y no podía sentir más allá.

—¿Y qué pasa si tienes un defecto? Dime por favor. El comunismo ha salido del defecto del capital, así que también de tus sufrimientos te saldrá algo. Deberías pensar en Prokofi: ha desaparecido.

—Ya aparecerá —dijo Yákov Títich y se tumbó sobre el vientre, agotado de soportar el dolor de sus entrañas—. Sólo han pasado seis días, y a la mujer le gusta el tiempo, es temerosa.

Tras visitar a Yákov Títich, Chepurni siguió caminando: quiso encontrar para el enfermo algún alimento ligero. Sobre la piedra de herrero donde en tiempos ceñían las llantas de las ruedas se hallaba sentado Gópner, y a su lado, tumbado boca abajo, yacía Dvánov durmiendo la siesta. Gópner sujetaba en la mano una patata, la palpaba y la manoseaba hasta en sus últimos detalles como si estuviera estudiando cómo estaba hecha; en realidad Gópner se sentía triste, y siempre que eso sucedía agarraba un objeto cualquiera y ponía en él toda su atención para olvidarse de aquello que echaba de menos. Chepurni le habló a Gópner de Yákov Títich, le contó que éste estaba enfermo y que sufrió solo en compañía de una cucaracha.

—¿Y por qué lo has dejado solo? —preguntó Gópner—. ¡Hay que cocinarle alguna papilla! ¡Iré a verle un poco más tarde, maldita sea!

Chepurni también quiso al principio cocinar algo, pero descubrió que las cerillas se habían acabado hacia poco en Chevengur y no sabía qué hacer. Pero Gópner sí que lo sabía: sólo había que poner en marcha, sin agua, la bomba de madera que se hallaba sobre un pozo de poco fondo en uno de los jardines trasladados; en el pasado, el instrumento bombeaba agua con la que humedecer el suelo bajo los manzanos, y se ponía en marcha por medio de un molino de viento; Gópner se había fijado en cierta ocasión en aquella instalación energética, y había dedicado ahora la bomba a alumbrar fuego mediante rotación en seco del émbolo. Gópner ordenó a Chepurni que rodeara de paja el cilindro de madera, pusiera en marcha el molino de viento, y esperara hasta que el cilindro se calentara y encendiera la paja.

Chepurni se alegró y se marchó, mientras que Gópner se dedicaba a despertar a Dvánov.

—Sasha, levántate deprisa, tenemos algo que hacer. El viejo enfermo se está acabando, y la ciudad necesita fuego... ¡Sasha! Ya es todo bastante aburrido, y tú, encima, te dedicas a dormir.

Dvánov se removió con gran esfuerzo y dijo como desde lejos, desde el fondo de su sueño:

—Pronto me despertaré, papá, dormir también es aburrido... Quiero vivir fuera, aquí tengo muy poco sitio...

Gópner dio la vuelta a Dvánov y lo colocó de espaldas para que respirara del aire y no de la tierra; verificó el corazón de Dvánov, para ver cómo latía éste durante el sueño. El corazón latía profundamente, con prisa y precisión, y podía temerse que no soportara su velocidad y su precisión y dejaría de ser, que dejara de segmentar la transitoria vida de Dvánov, una vida casi silenciosa durante el sueño. Gópner se quedó pensativo junto al hombre que dormía, en la fuerza rítmica y protectora que sonaba en su corazón, como si el difunto padre de Dvánov hubiera cargado para siempre o por mucho tiempo el corazón de éste con su esperanza; la esperanza no lograba realizarse y latía dentro del hombre; si se realizara, el hombre moriría; si no se realizaba, el hombre permanecería, pero se fatigaría; así que el corazón latía en su sitio, sin salida, en el interior del hombre. «Será mejor que siga viviendo —pensó Gópner observando la respiración de Dvánov—, ya haremos algo para que no se fatigue.» Dvánov yacía sobre la yerba de Chevengur, y fuera cual fuera la dirección hacia la que su vida aspiraba a llegar, los objetivos de ésta tenían que estar entre las casas y la gente, porque más allá no había nada excepto las yerbas cabizbajas de los espacios despoblados y el cielo que con su indiferencia señalaba la orfandad solitaria de los hombres en la tierra. Quizás por eso precisamente latía el corazón, por temor a quedarse solo en este mundo abierto e idéntico en todas partes; el corazón, con su latir, se liga a lo más profundo de la especie humana que lo ha cargado de vida y sentido; al tiempo, su sentido no puede ser lejano e incomprendible: debe estar ahí mismo, cerca del pecho, para que el corazón pueda latir, de lo contrario se desconectaría de la sensación y se quedaría inmóvil.

Gópner pasó una mirada avara por Chevengur: no importaba que no fuera bonito, que las casas formaran montones intransitables y que los hombres vivieran en silencio; aun así se tenían más ganas de vivir en ella que en cualquier lugar lejano y vacío.

Dvánov estiró su cuerpo que había entrado en calor gracias al sueño y al descanso y abrió los ojos. Gópner le miró

con solícita atención; sonreía pocas veces y en los momentos de simpatía se volvía aún más sombrío: temía perder a la persona por la que sentía simpatía, y ese horror se expresaba en un humor lúgubre.

Chepurni ya había puesto en marcha el molino y la bomba; el émbolo de la bomba, que daba vueltas dentro del seco cilindro de madera, comenzó a rechinar por todo Chevengur, pero, en cambio, iba fraguando el fuego para Yákov Títich. Gópner, con sentido económico y voluptuoso del trabajo, escuchaba aquel chirrido de la máquina que se extenuaba, y su boca se iba llenando de saliva al vislumbrar el bien que iba a proporcionar a Yákov Títich cuando cocinaran para su estómago el caliente y provechoso alimento.

Habían pasado ya meses enteros en Chevengur en absoluto silencio, y ahora, por primera vez, había comenzado a chirriar en ella una máquina laboriosa.

Todos los chevengureños se reunieron alrededor de la máquina y contemplaron su celo por un hombre que sufria; se maravillaban de su afanosa preocupación por el débil viejo.

—¡Combatientes de la miseria! —dijo Kopionkin que había sido el primero en presentarse para identificar el alarmante ruido—. ¡No ha sido más que un proletario quien la ha inventado e instalado, y lo ha hecho además para otro proletario! No tenía nada que regalarle a su camarada, así que le ha fabricado el molino de viento, y una máquina frotadora.

—¡Ah! —dijeron los otros—. Ahora se ve.

Chepurni, sin separarse de la bomba, comprobaba la temperatura del mismo: el cilindro iba calentándose cada vez más, pero lentamente. Chepurni ordenó entonces a los chevengureños que se tumbaran en torno a la máquina para que no le diera a ésta por ningún lado el fresco viento. Los hombres permanecieron hasta el anochecer, hasta que el viento se hubo calmado del todo y el cilindró se enfrió sin haber provocado llamas.

—No se ha calentado más de lo que puede soportar la mano ni una sola vez —dijo Chepurni respecto a la bomba—. A lo mejor mañana por la mañana hay tormenta, y entonces conseguiremos calor enseguida.

Al anochecer Kopionkin encontró a Dvánov; hacía tiempo que quería preguntarle si en Chevengur había o no comunismo, si tenía que quedarse o podía marcharse, y ahora se lo preguntó.

—Es el comunismo —le respondió Dvánov.

—¿Por qué entonces no logro verlo? ¿O es que no crece? Yo debería sentir tristeza y felicidad: mi corazón se debilita enseguida. Le tengo miedo hasta a la música: cuando alguien empieza a tocar el acordeón yo me siento a llorar de tristeza.

—Pero si tú mismo eres un comunista —dijo Dvánov—. Después de la burguesía el comunismo nace de los comunistas y se da entre ellos. ¿Dónde lo andas buscando, camarada Kopionkin, si lo guardas dentro de ti? Nada se opone en Chevengur al comunismo, y por eso nace solo.

Kopionkin fue hacia su caballo y lo soltó a la estepa para que pastara por la noche; por si acaso, nunca antes lo había hecho, habiendo conservado siempre su caballo al alcance de la mano.

El día se había terminado como si un hombre con el que se estaba hablando en una habitación hubiera abandonado la pieza, y Dvánov sintió frío en los pies. Se hallaba solo en medio de un solar en espera de ver a alguien. Pero no vio a nadie; los «otros» se acostaban temprano; estaban impacientes por que las mujeres llegaran cuando antes, y deseaban dormir para consumir el tiempo más deprisa. Dvánov salió fuera de los límites de la ciudad donde las estrellas ardían más lejanas y tranquilas porque no se hallaban situadas encima de la ciudad sino sobre la estepa, a la que el otoño iba ya devastando. En la última casa estaban conversando algunos hombres; uno de los lados de esa casa estaba cubierto de yerbas como si también el viento comenzara a trabajar para Chevengur, igual que el sol, y transportara allí las yerbas para recubrir con ellas las casas de cara al invierno, creando en el interior de las mismas una reserva de calor.

Dvánov entró en la casa. Tumbado boca abajo en el suelo yacía Yákov Títich, padeciendo su enfermedad. Sobre un taburete estaba sentado Gópner, que pedía disculpas al enfermo porque ese día había soplado un viento débil y había sido imposible encender fuego; era probable que al día si-

guiente hubiera tempestad: el sol se había ocultado entre lejanos nubarrones y allí brillaban los relámpagos de la última tormenta veraniega. Chepurni estaba de pie, turbado, sin decir nada.

Aunque Yákov Títich sufrió, echaba sobre todo de menos la vida, una vida que ahora no le era grata, pero que su mente recordaba con agrado, por lo que la añoraba en silencio. Sentía vergüenza ante los hombres que habían venido por no ser capaz de sentirse bien dispuesto hacia ellos: todo le daba ahora igual, incluso la presencia de aquellos hombres en el mundo; también la cucaracha había escapado de la ventana para vivir en algún sitio, en los habitáculos de los objetos, habiendo optado por el olvido en la estrechez de los objetos cálidos en lugar de vivir sobre la tierra de detrás del cristal, recalentada por el sol, pero demasiado amplia y terrible.

—No debiste haberte encariñado con la cucaracha, Yákov Títich —dijo Chepurni—. Por eso es por lo que has enfermado. Si vivieras dentro del marco de la gente, ésta haría que actuaran sobre ti las condiciones sociales del comunismo; pero vives solo y, claro, has enfermado: se te ha echado encima toda la canalla microbiana, si vivieras con los demás nos ataría a todos y a ti te tocaría sólo una pequeña parte...

—¿Por qué no se ha de querer a una cucaracha, camarada Chepurni? —preguntó Dvánov con tono inseguro—. A lo mejor se puede. A lo mejor el que no quiere tener una cucaracha, tampoco querrá tener nunca un camarada.

Chepurni, de inmediato, se quedó profundamente pensativo —en tales momentos todos sus sentimientos parecían suspenderse y todavía entendía menos.

—Entonces nada, que atraiga a la cucaracha —dijo confiando en Dvánov—. Su cucaracha también vive en Chevengur —concluyó tranquilizado Chepurni.

A Yákov Títich se le tensó tan fuertemente alguna membrana del estómago que, horrorizado ante la idea de que fuera a estallarle, gimió anticipadamente; pero la membrana volvió a relajarse. Yákov Títich suspiró de lástima por su cuerpo y por todos aquellos hombres que permanecían a su alrededor; veía que ahora, cuando su cuerpo se encontraba triste y dolido, yacía en solitario en el suelo, mientras que los hom-

bres se hallaban de pie junto a él, cada uno con su cuerpo, sin saber adónde dirigirlo mientras Yákov Títich padecía; Chepurni experimentaba más vergüenza que los otros, se había hecho ya a la idea de que en Chevengur la propiedad había perdido todo su valor, y que el proletariado estaba allí fuertemente unido, mientras que los cuerpos vivían aparte e impotentes ante el asalto de los sufrimientos, que en ese punto las gentes no estaban unidas y eso era precisamente lo que provocaba que Kopionkin y Gópner no lograran ver el comunismo: éste no había alcanzado todavía a ser la materia intermedia entre los cuerpos de los proletarios. También a ese respecto Chepurni suspiró: si al menos Dvánov ayudara... pero éste había llegado a Chevengur y permanecía callado; o si al menos el proletariado se fortaleciera lo antes posible, puesto que ahora no tenía en quien apoyarse...

En la calle oscureció por completo, la noche empezó a hacerse profunda. Yákov Títich esperaba que dentro de unos instantes todos se marcharían a dormir y él se quedaría solo consumiéndose.

Pero Dvánov no pudo abandonar a aquel viejo flaco y enfermo; quería recostarse a su lado y pasar así tumbado toda la noche, todo el tiempo de su enfermedad, tal y como se recostaba al lado de su padre cuando era niño; pero no lo hizo por timidez y porque se daba cuenta de la vergüenza que sentiría si alguien se recostara a su lado para compartir la enfermedad y la solitaria noche. Cuanto más pensaba Dvánov en qué hacer tanto más imperceptiblemente se iba olvidando de su deseo de quedarse a pasar la noche en casa de Yákov Títich, como si la mente absorbiera la vida de los sentimientos de Dvánov.

—¡Vives sin organizarte, Yákov Títich! —dijo Chepurni, inventándose la causa de la enfermedad.

—¡Qué tonterías se te ocurren! —respondió ofendido Yákov Títich—. Si es como dices organízame entonces el cuerpo. Aquí no has hecho más que mover las casas con los muebles, pero el cuerpo sigue sufriendo como antes... Vete a descansar, pronto caerá el rocío.

—¡Que lo intente, maldita sea! —dijo sombrío Gópner y salió a la calle. Trepó al tejado para revisar los agujeros a tra-

vés de los cuales penetraba el rocío y enfriaba al enfermo Yákov Títich.

También Dvánov se subió al tejado y se quedó allí agarrado a la chimenea; la luna desprendía ya su frío brillo, los humedos tejados reflejaban la luz con su despoblado rocío, y la estepa producía desolación y terror en aquel hombre que se había quedado allí solo. Gópner descubrió un martillo en el cuarto trastero, trajo de la herrería las tijeras de techador y dos planchas de hierro viejo, y comenzó a arreglar el tejado. Dvánov, abajo, cortaba el hierro, enderezaba los clavos e iba al tejado dicho material, mientras Gópner, sentado en el tejado, llenaba de martillazos todo Chevengur; era la primera vez que bajo el comunismo en Chevengur sonaba un martillo, y que, además del sol, un hombre se había puesto a trabajar. Chepurni, que se había adentrado en la estepa para detectar si llegaba Prokofi, volvió rápidamente al oír el sonido del martillo; los demás chevengureños tampoco pudieron contenerse y se acercaron para contemplar asombrados cómo, de repente, un hombre se había puesto a trabajar y con qué lo hacía.

—No temáis, por favor —les dijo a todos Chepurni—. ¡Se ha puesto a martillar en aras de la utilidad y la riqueza, no tenía nada que regalar a Yákov Títich y le está arreglando el tejado que le cubre, no hay ningún mal en ello!

—No hay ningún mal en ello —respondieron muchos de ellos y se quedaron de pie hasta la medianoché, momento en el que Gópner bajó del tejado y dijo: «Ahora no se filtrará.» Y todos los «otros» suspiraron de satisfacción porque, a partir de entonces, el agua no gotearía sobre Yákov Títich y éste podría sufrir en paz: los chevengureños se sintieron avaros de Yákov Títich porque había sido necesario parchear todo un tejado para mantenerle a salvo.

Los chevengureños pasaron durmiendo el resto de la noche, su sueño fue apacible y repleto de consuelo: en un extremo de Chevengur se hallaba una casa recubierta de cardos corredores y en el interior de la misma permanecía tumbado un hombre que ese día había ganado en estima para ellos, y a quien echaban de menos en sus sueños; era el mismo cariño que siente por un juguete el niño que duerme y que espe-

ra a que llegue la mañana para levantarse y tener en sus manos el juguete que le vincula a la felicidad de la vida.

Sólo dos hombres permanecían sin dormir en Chevengur aquella noche: Kiriéi y Chepurni; ambos pensaban ávidamente en el día siguiente: todos se levantarían, Gópner haría fuego sirviéndose de la bomba, los fumadores excederían sus cigarrillos de bardanas picadas, y todos volverían a sentirse bien. Privados de familia y de trabajo, Kiriéi, Chepurni y todos los chevengureños que dormían se veían obligados a animar a los hombres y a los objetos para así, de alguna manera, multiplicarse y aliviar una vida que iba creciendo en un cuerpo que cada vez se le quedaba más estrecho. Ese día habían animado a Yákov Títich y todos se habían sentido mejor, todos se habían dormido tranquilamente, como si hubieran estado cansados, gracias a la avara compasión por Yákov Títich. Hacia el final de la noche también Kiriéi se durmió apaciblemente; Chepurni, después de susurrar «Yákov Títich está ya durmiendo, y yo no», apoyó también en la tierra su debilitada cabeza.

El siguiente día amaneció con una fina lluvia, y el sol no asomó por encima de Chevengur; los hombres se despertaron pero no salieron de las casas. La inquietud otoñal se instalaba en la naturaleza, y la tierra se dormía por mucho tiempo bajo la paciente lluvia que la cercaba.

Gópner confeccionaba una caja para la bomba de agua, a fin de proteger ésta de la minúscula lluvia y lograr así hacer fuego. Cuatro de los «otros» permanecían en torno a Gópner imaginando que también ellos participaban en el trabajo de éste.

Kopionkin sacó de debajo del forro de su gorro el retrato de Rosa Luxemburgo y se sentó a copiarlo para hacer un cuadro: le habían entrado deseos de regalarle a Dvánov el cuadro de Rosa Luxemburgo; así, tal vez éste sintiera amor por ella. Kopionkin encontró un trozo de cartón y, sentado ante la mesa de una cocina, se puso a dibujar en él con un carbón quemado; sacó la lengua, la movió, y experimentó un especial y apacible deleite que no había conocido nunca en su vida anterior. Con cada mirada al retrato de Rosa, Kopionkin se henchía de emoción, susurraba para sí «Mujer, querida ca-

marada», y lanzaba un suspiro en medio del silencio del comunismo de Chevengur. Por el cristal de la ventana corrían gotas de lluvia, las ráfagas de viento que soplaban de vez en cuando secaban las gotas enseguida, y la vecina cerca ofrecía un melancólico espectáculo. Kopionkin seguía suspirando, humedecía con su lengua la palma de la mano para transmitirle mayor habilidad, y se puso a contornear la boca de Rosa; cuando le tocó el turno a los ojos de ésta Kopionkin desbordaba de ternura, pero su pena no era dolorosa, sino la debilidad de su corazón apenas esperanzado: debilidad porque el esmerado arte de dibujar absorbía la fuerza de Kopionkin. En ese momento no habría sido capaz de montar de un salto sobre Fuerza Proletaria y galopar como un loco por el lodo de las estepas a Alemania, hasta la tumba de Rosa Luxemburgo, para llegar a ver el túmulo de tierra de la misma antes de que éste fuera destruido por las lluvias otoñales; Kopionkin sólo era capaz ahora de pasarse de vez en cuando la manga del capote por los ojos que el viento de la guerra y de los campos habían cansado: diluía su tristeza en el celo del trabajo, quería imperceptiblemente atraer a Dvánov a la belleza de Rosa Luxemburgo y proporcionarle la felicidad, ya que sentía vergüenza de abrazar a Dvánov de buenas a primeras y amarle.

Dos de los «otros», y junto con ellos Páshintsev estaban partiendo sauce rojo en el aluvión de arena de los alrededores de Chevengur. No interrumpían su tarea pese a la lluvia y ya habían amontonado una considerable cantidad de temblorosas varas. Chepurni había detectado de lejos aquella ocupación, inadecuada sobre todo porque los hombres se mojaban y podían resfriarse, y acudió a informarse.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó—. ¿A qué fin destrozad la vegetación y coger frío?

Pero los tres trabajadores, completamente absortos, cercenaban ávidamente con sus hachas la débil vida de las varas.

Chepurni se sentó sobre la húmeda arena.

—¡Pero hombre! —decía a cada movimiento de Páshintsev—. Parte y corta, éy para qué, eh?

—Para calentarse —dijo Páshintsev—. Hay que esperar a tiempo el invierno.

—¡Ya! ¡Necesitas esperar el invierno! —dijo Chepurni con la astucia que le caracterizaba—. ¡Pero lo que tú no tienes en cuenta es que en invierno suele haber nieve!

—Sí cae, suele haber —asintió Páshintsev.

—¿Y si no cae? Díme, por favor —le reprochó Chepurni con mayor astucia todavía, y pasó a continuación a la demostración directa—: Pues la nieve cubrirá Chevengur, y bajo la nieve estaremos calientes. ¡Para qué entonces quieras las varas y lo de calentarse? ¡Trata de convencerme, por favor, que no acabo de sentir nada!

—No estamos partiéndolas para nosotros —dijo Páshintsev persuasivo—, lo hacemos para cualquiera, para quien lo necesite. Yo no necesito calor para nada, cubriré la casa con nieve y viviré así.

—¡Para cualquiera?! —preguntó Chepurni dubitativamente, pero luego se sintió satisfecho—. Entonces corta más. Pensé que cortabais para vosotros, pero como es para cualquiera tienes razón: no es un trabajo, es una ayuda gratuita. ¡Entonces, corta! Sólo que, ¿por qué estás descalzo? ¡Ponte al menos mis botas, vas a coger un resfriado!

—¡Resfriarme yo?! —respondió enfadado Páshintsev—. Si yo me hubiera puesto enfermo alguna vez, hace tiempo que tú habrías muerto.

Chepurni hacía rondas y lo observaba todo por error: se le olvidaba a menudo que en Chevengur ya no había comité revolucionario y que él ya no era presidente del mismo. En aquel momento recordó que no era el Poder Soviético y se alejó de los cortadores de varas con sentimiento de vergüenza, temiendo que Páshintsev y los dos «otros» pensaran de él: ¡ahí va el más inteligente y el mejor, que quiere ser el jefe rico de los pobres del comunismo! Así que Chepurni se escondió tras la primera cerca con la que se topó para que le olvidasen enseguida y no tuvieran tiempo de pensar nada. Desde el cercano cobertizo llegaba el resonar de débiles y apresurados golpes contra la piedra; Chepurni arrancó una estaca de la cerca, se aproximó a aquel cobertizo con la estaca en la mano, queriendo ayudar a los que trabajaban. En el cobertizo, sentados sobre la rueda del molino, estaban Kiriéi y Zhéiev, que labraban pequeños surcos en el rostro de aquella

piedra. Resulta que Kiriéi y Zhéiev habían decidido poner en marcha el molino de viento y moler distintos granos maduros para fabricar harina fina; con esa harina pensaban hacer tiernos panecillos para el suficiente Yákov Títich. Tras labrar cada surco los dos hombres meditaban si habían de seguir picando la piedra o no y, al no llegar al final de su pensamiento, proseguían su labor. Una misma duda embargaba a ambos: para hacer funcionar la muela se precisaba un eje, pero no había nadie en todo Chevengur que supiera fabricarlo, salvo Yákov Títich, que en los viejos tiempos había trabajado como herrero. Sin embargo, cuando éste pudiera confecionar el eje es que estaría ya restablecido y no necesitaría panecillos, por lo que no era necesario tallar la piedra: cuando Yákov Títich se levantara, si es que sanaba, no serían necesarios ni los panecillos, ni el molino con su eje. Así que, de vez en cuando, Kiriéi y Zhéiev se detenían para dudar, y volvían después, por si acaso, a emprender el trabajo, para sentir dentro de sí la satisfacción que les procuraba preocuparse de Yákov Títich.

Chepurni se pasó un rato contemplándoles y se puso a durar también:

—Estáis trabajando para nada —dio prudentemente su opinión—: ahora sentís la piedra y no a los camaradas. Cuando Prokofi llegue os leerá a todos en voz alta cómo el trabajo, junto con el capitalismo, produce esa puta contradicción... Fuera llueve, la estepa está empapada, y él sin llegar; vaya donde vaya no paro de acordarme de él.

—Igual tienes razón y no sirve de nada —se confió Kiriéi a Chepurni—. De todas formas Yákov Títich se pondrá bien; el comunismo es más fuerte que un panecillo. Será mejor que vaya a darle al camarada Gópner pólvora de cartuchos para que encienda antes el fuego.

—Lo está haciendo sin pólvora —dijo Chepurni a Kiriéi, y le detuvo—. Las fuerzas de la naturaleza bastan para todo: hay astros enteros que brillan, ¿y no va a encenderse la paja...? ¡Apenas se ha escondido el sol detrás de los nubarrones vosotros os habéis puesto a trabajar en su lugar! ¡Hay que vivir de manera más adecuada, ahora ya no estamos bajo el capital!

Pero Kiriéi y Zhéiev no sabían con exactitud por qué estaban trabajando y tan sólo percibieron el triste tiempo que hacía en la calle cuando se levantaron de la rueda, dejando sobre ésta última su preocupación por Yákov Títich.

Tampoco Dvánov y Piúshia sabían en un principio para qué se habían dirigido al río Chevengurka. La lluvia sobre la estepa y sobre el valle del río creaba en la naturaleza un especial y melancólico silencio, como si los húmedos y solitarios campos quisieran acercarse a los hombres penetrando en Chevengur. Dvánov pensaba con muda felicidad en Kopionkin, Chepurni, Yákov Títich y en todos los «otros» que vivían ahora en Chevengur. Dvánov pensaba en aquellos hombres en tanto que partes del único socialismo, que se hallaba rodeado de la lluvia, la estepa y la gris luz de todo un mundo extraño.

—¿Piensas en algo, Piúsia? —preguntó Dvánov.

—Pienso —respondió enseguida Piúsia y se turbó un poco: se olvidaba a menudo de pensar y en aquel momento no pensaba nada.

—Yo también estoy pensando —informó satisfecho Dvánov.

Lo que entendía por eso no era pensamiento sino el disfrute de imaginar constantemente objetos queridos; tales objetos eran en aquel momento para él los hombres de Chevengur; imaginaba los desnudos y pobres cuerpos de éstos como materia del socialismo que Kopionkin y él habían estado buscando en la estepa y que habían encontrado ahora. Dvánov sentía su alma absolutamente colmada; no tenía apetito desde la mañana del día anterior y ni siquiera se acordaba de la comida; ahora temía perder el tranquilo bienestar de su alma y deseaba encontrar una segunda idea que le permitiera vivir con ella y gastarla para preservar la idea principal en intacta reserva, y volver a ella sólo de vez en cuando para ser feliz.

—Piúsia —dijo Dvánov—, ¿verdad que tú y yo tenemos en Chevengur el tesoro del alma? ¡Hay que cuidar ésta con la mayor avaricia posible y no tocarla cada segundo!

—¡Vale! —aprobó rotundamente Piúsia—. ¡Si alguien se atreve a tocarla le arranco inmediatamente el corazón!

—Los que viven en Chevengur son también seres humanos, necesitan vivir y alimentarse —prosiguió su pensamiento Dvánov, tranquilizándose cada vez más.

—Claro que lo necesitan —compartió la reflexión Piúsia—. ¡Sobre todo porque aquí tenemos el comunismo, pero los hombres están flacos! ¡Acaso se puede mantener el comunismo en el cuerpo de Yákov Títich, siendo que está tan delgado? ¡Él mismo apenas cabe en su cuerpo!

Se acercaron ambos a un barranco muerto, cubierto desde hacía mucho tiempo de yerba rasa; la boca de ese barranco se abría a la cuenca del río Chevengurka y ahí, al llegar al valle, se apagaba. Por el amplio fondo del barranco se pudría un arroyo que se alimentaba de un manantial que vivía en la profundidad de la extremidad superior de aquél; el arroyo tenía agua permanentemente, la conservaba incluso en los años más secos, y por sus orillas crecía siempre yerba fresca. Lo que más deseaba ahora Dvánov era asegurar comida para todos los chevengureños a fin de que vivieran en el mundo mucho tiempo y sin daño y, con su presencia, proporcionaran al alma y al pensamiento de Dvánov la paz de una felicidad intocable; todos los cuerpos de Chevengur deberían vivir firmemente porque sólo en esos cuerpos, con su sentimiento material, vivía el comunismo. Dvánov se detuvo preocupado.

—Piúsia —dijo él—, vamos a hacer una presa en el arroyo. Para qué corre aquí el agua en vano, al margen de la gente?

—De acuerdo —aceptó Piúsia—. ¿Y quién beberá el agua?

—La tierra en verano —explicó Dvánov; había decidido construir un riego artificial en el valle del barranco para al siguiente verano, según la sequía y la necesidad, cubrir con el agua el valle y ayudar así a producir cereales y a que salieran yerbas alimenticias.

—Es buen sitio para huertas —señaló Piúsia—. Éste es sitio de mantillo: en primavera la tierra negra es arrastrada hasta aquí desde la estepa, pero en verano, con el calor, no hay más que grietas y arañas.

Una hora más tarde Dvánov y Piúsia trajeron palas y empezaron a cavar una zanja para desviar el agua del arroyo y construir así la presa en un sitio seco. La lluvia seguía cayen-

do sin cesar y era difícil arrancar con la pala la húmeda capa de yerbas.

—Y en cambio la gente estará siempre ahíta —repetía Dvánov manejando la pala con el celo de la avidez.

—¡Claro que sí! —respondió Piúsia—. El líquido es una gran cosa.

Dvánov dejó de temer ahora que se le perdiera o deteriorara lo que constituía su preocupación principal, que era la de proteger a los hombres de Chevengur: había encontrado una segunda idea complementaria, la de la irrigación del barranco, para distraerse con ella y ayudarle a mantener íntegra la primera dentro de sí mismo. Por el momento Dvánov tenía todavía miedo de utilizar a los hombres del comunismo, quería vivir discretamente y conservar el comunismo sin mermas, en forma de primeros hombres.

Al mediodía Gópner consiguió hacer fuego por medio de la bomba de agua, Chevengur se llenó de sones de alegría, y Dvánov, junto con Piúsia, acudió corriendo allá. Chepurni había encendido ya una hoguera y hacía sopa para Yákov Títich en un puchero colocado sobre ella, celebrando lo que hacía y orgulloso de que los proletarios hubieran sido capaces de hacer fuego en Chevengur en un lugar húmedo.

Dvánov le comentó a Gópner su intención de construir una presa sobre el arroyo para poder regar y que hortalizas y cereales se criaran mejor. Gópner argumentó a esto que la presa no se podía construir sin entibado y que precisaban encontrar en Chevengur un árbol seco para empezar a fabricar los pilotes de dicho entibado. Dvánov y Gópner estuvieron buscando un árbol seco hasta el anochecer, en que llegaron al viejo cementerio burgués que se hallaba situado en las afueras de Chevengur gracias a que la ciudad se había agrupado estrechamente después de que las casas hubieran sido trasladadas durante los sábados rojos; las familias ricas habían colocado en el cementerio altas cruces de roble en recuerdo de su difunta parentela, y las cruces habían permanecido durante decenios en tanto que inmortalidad de madera de los muertos. Gópner encontró que estas cruces eran adecuadas para el entibado si se les quitaba el brazo horizontal y las pequeñas cabezas de Jesucristo.

A punto de caer la noche, Gópner, Dvánov, Piúsia y cinco de los «otros» comenzaron a descepar cruces; más tarde, tras haberle dado de comer a Yákov Títich, llegó Chepurni, que se incorporó también a la tarea de descepar, para ayudar a los que estaban trabajando ya en aras de la futura sociedad de Chevengur.

En medio de los ruidos del trabajo, dos gitanas, que venían de la estepa, penetraron en el cementerio con silenciosos pasos; nadie se percató de su presencia, y ellas no se acercaron a Chepurni ni se detuvieron delante de él. Chepurni, que estaba poniendo al descubierto la raíz de una cruz, percibió de repente un olor a algo húmedo, a una presencia cálida que el viento hacia mucho había aventado de Chevengur; dejó de cavar y se quedó inmóvil, en espera de que lo desconocido se revelara con algún signo más, pero reinaba el silencio y persistía el olor.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo Chepurni sobresaltado sin saber de quién se trataba.

—Nos encontramos a un joven y él nos ha mandado aquí —dijo una de las gitanas—. Hemos venido para contratarnos como mujeres.

—¡Prosha! —sonrió Chepurni recordando—. ¿Dónde está?

—Pues allá —respondieron las gitanas—. Nos palpó para saber si estábamos enfermas y nos mandó para aquí. Estuvimos caminando y caminando, por fin hemos llegado, y vosotros estáis cavando tumbas y no tenéis novias que valgan...

Chepurni, turbado, examinó con la mirada a las mujeres recién llegadas. Una era joven y por lo visto callada; sus pequeños ojos negros reflejaban la paciencia de una vida de sufrimiento, mientras que el resto de la cara lo tenía cubierto de una piel cansada y poco consistente; la tal gitana llevaba sobre su cuerpo un capote del Ejército Rojo, y en la cabeza una gorra de soldado de caballería; sus negros y frescos cabellos mostraban que aún era joven, pero ya no guapa porque el tiempo de su vida había transcurrido hasta entonces con dificultades e inútilmente. La otra gitana era vieja y con los dientes mellados, aunque su mirada era más alegre que la de la joven porque, acostumbrada a las penas desde hacía mu-

chos años, la vida le parecía cada vez más llevadera y feliz; la vieja mujer ya no sentía la repetida pena: la repetición la había convertido en alivio.

El aspecto frágil de las semiolvidadas mujeres hizo que Chepurni se enterneциera. Miró a Dvánov para que éste comenzara a hablar con las esposas recién llegadas, pero los ojos de Dvánov estaban llenos de lágrimas de emoción y él seguía casi asustado e inmóvil.

—¿Pero podréis soportar el comunismo? —preguntó Chepurni a las gitanas, al tiempo flaqueante y tenso ante la presencia enternecedora de las mujeres—. ¡Cuidado mujeres, esto es Chevengur!

—¡Oye, guapo, no quieras asustarnos! —respondió la gitana mayor con la rapidez y el desparpajo que dan el trato con la gente—. Las hemos visto de todos los colores, pero no hemos usado nada lo de las mujeres: lo hemos traído aquí. ¿Qué es lo que quierés? ¡Tu amigo nos dijo que aquí todas las mujeres vivas serían novias, y nos sales con que no aguantaremos! ¡Lo que hemos aguantado es más de lo que tendremos que soportar aquí: será más fácil, noviete!

Chepurni la escuchó y formuló una disculpa:

—¡Claro que lo aguantarás! Lo he dicho sólo para probar-te. Para quien ha soportado el capitalismo sobre su vientre, el comunismo es bien poca cosa.

Gópner cavaba incansable para arrancar las cruces como si las dos mujeres no hubieran aparecido por Chevengur, y Dvánov se agachó también y prosiguió su trabajo para que Gópner no pensara que se interesaba por las mujeres.

—Marchaos con la población, mujeres —dijo Chepurni a las gitanas—. Dad a los hombres vuestros cuidados, ¿veis?, nosotros estamos sufriendo para el bien de ellos.

Las gitanas se fueron a Chevengur para estar con sus maridos.

Los «otros» estaban metidos en las casas, zaguanes y cobertizos, confeccionando manualmente lo que cada uno podía: unos cepillaban tableros, otros, con el alma serenada, remendaban sacos para meter luego en ellos ramos de espigas esteparias; otros iban de casa en casa preguntando «¿Dónde están los agujeros?», y buscaban las chinches en los agujeros de

las paredes y de las estufas para aplastarlas allí mismo. Ninguno de los «otros» se preocupaba de su propio bien; habían visto cómo Gópner arreglaba el tejado para Yákov Títich, y, buscando consuelo a sus vidas, comenzaron también a considerar como su propio bien a algún otro chevengureño, y se pusieron a recoger grano para él o a cepillar tableros con la idea de que éstos tal vez sirvieran para fabricar algún regalo u objeto. En cuanto a los que se dedicaban a aplastar chinches, todavía no habían encontrado para sí, en una persona determinada, el bien único, el bien que proporciona la paz del alma y ganas de trabajar con el solo propósito de salvaguardar al hombre elegido de las desgracias de la pobreza; éstos sólo sentían el frescor de sus cuerpos que se iban fatigando simplemente al desgastárseles las fuerzas; no obstante, también ellos se consolaban un poco al pensar en que las chinches no picarían más a los hombres. Hasta la bomba de agua se apresuraba a trabajar con el fin de calentar el fuego para Yákov Títich, pese a que ni el viento ni la máquina eran seres humanos.

Uno de los «otros», que respondía al nombre de Karchuk, había terminado de confeccionar una larga caja y se había ido a dormir completamente satisfecho pese a que ignoraba para qué podía servirle la caja a Kiriéi, a quien había comenzado a percibir como imprescindible para su alma.

Kiriéi, mientras tanto, tras montar la muela del molino se había ido a aplastar algunas chinches y, después, se había ido también a descansar, habiendo decidido que los pobres se sentirían ahora mucho mejor: los parásitos dejarían de extenuar sus delgados cuerpos; además Kiriéi se había percatado de que los «otros» miraban con frecuencia al sol —lo admiraban porque éste les alimentaba—, y que ese día todos los chevengureños habían rodeado la bomba de agua que el viento hacía girar, y también habían admirado el viento y la máquina de madera; Kiriéi se sintió entonces atenazado por una pregunta: ¿por qué bajo el comunismo los hombres amaban el sol y la naturaleza y no se fijaban en él? Así que por la tarde se dedicó otra vez a recorrer las viviendas para aplastar chinches y, así, no trabajar peor que la naturaleza y la máquina de madera.

Apenas Karchuk se había adormecido, sin terminar sus reflexiones acerca de la caja que había confeccionado, cuando entraron en la casa las dos gitanas. Karchuk abrió los ojos, asustado y sin decir palabra.

—¡Hola, novio! —dijo la gitana vieja—. Danos de comer y dinos después dónde dormir: el pan será en común y el amor repartido entre los dos.

—¿Qué? —preguntó Karchuk que era medio sordo—. No lo necesito, me encuentro bien así, pienso en mi camarada...

—Para qué quieres un camarada? —le discutió la gitana mayor, mientras que la joven seguía inmóvil, silenciosa y pudibunda—. ¡Compartirás tu cuerpo conmigo, entonces no te dará pena darme cosas y te olvidarás de tu camarada, te lo juro!

La gitana se quitó el pañuelo y quiso sentarse sobre la caja que estaba preparada para Kiriéi.

—¡No toques la caja! —gritó Karchuk aterrizado de que la gitana fuera a estropearle la caja—. ¡No se ha hecho para ti!

La gitana recogió su pañuelo de la caja y se sintió ofendida en su condición de mujer.

—¡Eres un pobre hombre! Si no sabes hacer la mueca, no merece la pena que pidas el agraz...

Las dos mujeres salieron y se acostaron en el cuarto trastero sin calor matrimonial.

\*

Simón Serbínov iba en un tranvía por Moscú. Era un hombre agotado e infeliz, de un corazón complaciente y rápido y una mente cínica. Serbínov no había tomado billete para el viaje, y a duras penas deseaba existir; evidentemente se hallaba deteriorado real y profundamente, y no podía sentirse hijo feliz de la época y de los que producían permanente simpatía; lo único que sentía era la energía de la tristeza de su individualidad. Amaba a las mujeres y al futuro, y no le gustaba ocupar puestos de responsabilidad, con el morro metido en el pesebre del poder. Hacía poco que Serbínov había vuelto de inspeccionar una construcción socialista en las llanuras abiertas y lejanas del país Soviético. A lo

largo de cuatro meses había recorrido lentamente el profundo silencio de la naturaleza de la provincia. Serbínov había pasado horas en los comités ejecutivos de los distritos ayudando a los bolcheviques de allí a movilizar a los mujiks, enraizados todavía a sus casas, y había leído en voz alta a Gleb Úspenski<sup>40</sup> en salas de lectura instaladas en isbas. Los mujiks vivían y callaban, y Serbínov proseguía su viaje hacia la profundidad de los sóviets para proporcionar al partido la verdad exacta extraída de la vida laboral. De la misma manera que a algunos revolucionarios agotados, a Serbínov no le gustaba el hombre obrero o campesino uno por uno: prefería tenerlos reunidos en masa y no por separado. Por eso Serbínov, recorría de nuevo los rincones natales de su Moscú, con la felicidad de un hombre culto, observando atentamente los elegantes objetos de las tiendas, escuchando la silenciosa marcha de los lujosos automóviles y respirando los gases de los tubos de escape de los mismos como si de excitante perfume se tratara.

Serbínov viajaba por la ciudad como si se tratara de una sala de baile en la que le esperara su dama, si bien ésta se hallaba lejos, perdida entre la ardiente y joven muchedumbre, y no acertaba a ver al caballero interesado por ella, mientras que el caballero no podía llegar hasta ella porque tenía un corazón objetivo y se encontraba con otras mujeres igual de dignas, tan llenas de cariño y de inaccesibilidad que hacían que pudiera uno preguntarse cómo venían al mundo los niños; pero cuantas más mujeres encontraba Serbínov y más objetos veía —para la confección de los cuales los maestros tenían que haberse abstraído de todo lo bajo y sucio que había en sus cuerpos— tanta más melancolía sentía. No le producía alegría la juventud de las mujeres aunque él mismo también era joven: estaba convencido de antemano de lo inalcanzable de la felicidad que necesitaba. Había estado el día anterior oyendo un concierto de música clásica; la música cantaba al hombre maravilloso, hablaba de las posibilidades perdidas, y Serbínov, que ya había perdido la costumbre,

<sup>40</sup> Escritor populista (1843-1902), que describe la vida del campesinado ruso y su miseria.

había de acudir en los entreactos a los aseos para vivir allí su emoción y secarse los ojos sin ser visto.

Mientras Serbínov pensaba no veía nada y se desplazaba mecánicamente en el tranvía. Al dejar de pensar se fijó en una mujer claramente joven que se hallaba cerca de él y que le miraba a la cara. Serbínov no se avergonzó de la mirada de ella, y también la miró porque la mujer le contemplaba con ojos tan simples y enternecedores que cualquiera podía soportarlo sin turbarse.

La mujer llevaba un abrigo veraniego de buena calidad y un limpio vestido de punto; la ropa cubría la desconocida y agradable vida de su cuerpo, cuerpo que debía de estar acostumbrado al trabajo porque la mujer carecía de pronunciadas y obesas formas; era incluso elegante, y carecía por completo del habitual atractivo sensual. A Serbínov le enterneció sobre todo el hecho de que la mujer pareciera feliz y le mirara a él y en derredor con ojos de simpatía e interés. Esto hizo que Serbínov frunciera enseguida el ceño: las gentes felices le eran ajena, no le gustaban y las temía. «O yo me estoy deteriorando —se analizaba a sí mismo con sinceridad— o es cierto que las gentes felices son inútiles para los desgraciados.»

La mujer extrañamente feliz bajó en la parada Teatralnaia. Parecía una planta solitaria y resistente en tierra extraña, a quien la confianza hacía ser inconsciente de su soledad.

Sin ella, Serbínov se sintió inmediatamente triste en el tranvía; la cobrador, grasienda a fuerza de frotar la ropa de los demás, iba apuntando los números de los billetes en una hoja de control; unas gentes de provincias iban con sus sacos a la estación de Kazán y se alimentaban para afrontar el largo recorrido, y el motor eléctrico gemía indiferente bajo el suelo del tranvía, encerrado sin compañera en la angostura de metal y de engranajes. Serbínov saltó del tranvía y sintió miedo al pensar en que aquella mujer podía haber desaparecido para siempre de su vista en aquella ciudad superpoblada en la que uno podía vivir años enteros sin ningún encuentro y en solitario. Pero la gente feliz vive con menos prisa: aquella mujer se hallaba junto al teatro Mali y aparaba una mano en la que un vendedor de periódicos iba poniendo poco a poco, como vuelta, monedas de diez cópecs.

Serbínov se acercó a ella con la audacia que proporciona el miedo a la tristeza.

—Pensé que la había perdido ya —dijo—. Iba buscándola.

—Ha buscado poco —respondió la mujer y contó las monedas para ver si la vuelta era correcta. Esto le gustó a Serbínov; él no revisaba nunca la vuelta, dado que no respetaba ni su propio trabajo, ni el ajeno gracias al cual se consigue el dinero; así que ahí, en aquella mujer, encontró una escrupulosidad que le era desconocida.

—¿Quiere pasear un poco conmigo? —le preguntó la mujer.

—Soy yo quien se lo pide —dijo Serbínov sin ningún fundamento.

La mujer, confiada y feliz, no se ofendió y le sonrió.

—A veces se encuentra a alguien y resulta de repente que se trata de una buena persona —dijo la mujer—. Después uno la pierde sobre la marcha, la echa de menos y la olvida. ¿Le he parecido buena persona, no es así?

—Lo es —asintió con convencimiento Serbínov—. La echaría de menos mucho tiempo si la perdiera enseguida.

—¡Ahora en cambio me echará poco de menos, ya que no he desaparecido enseguida!

En la manera de caminar, y en todo el comportamiento de aquella mujer, había el orgullo poco frecuente de una tranquilidad franca, sin nerviosismo servil, ni deseo de mantenerse intacto frente a otra persona. Caminaba, reía movida por su buen humor, debido a su buen humor, charlaba y callaba sin estar pendiente de contar su vida, y no pretendía actuar en función de la simpatía de su acompañante. Serbínov hizo todo lo posible por gustarle, pero sin resultado alguno: la mujer no cambió de actitud hacia él. Serbínov abandonó entonces toda esperanza y, con tristeza sumisa, se puso a meditar en el tiempo, que ahora se precipitaba, acercando su definitiva separación de aquella mujer feliz, dotada de una vida refrescante, a la que no podía amar pero separarse de la cual le producía demasiada tristeza. Serbínov recordó las veces en que había vivido una separación eterna, que nunca había contabilizado. A cuántos camaradas y personas había dicho en alguna ocasión y sin pensarlo «hasta la vista», y no había

vuelto a verles en la vida, ni podría verles. Serbínov no sabía qué era lo que debía hacer para satisfacer su sentimiento de respeto por aquella mujer, cosa que le habría facilitado despedirse de ella.

—Entre amigos no hay medio de saciarse hasta alcanzar la indiferencia, aunque sea por un tiempo —dijo Serbínov—. La amistad no es el matrimonio.

—Para los camaradas se puede trabajar —respondió la acompañante de Serbínov—. Cuando una llega a cansarse mortalmente se siente mejor, hasta puede vivir sola; y para los camaradas queda el provecho del trabajo. Y es que una no va a darse a sí misma, yo quiero pertenecerme íntegra...

Serbínov percibió en su amiga de un instante una estructura sólida, tan independiente como si aquella mujer fuera invulnerable a los hombres o constituyera el resultado final de una clase social desconocida, desaparecida y cuyas fuerzas hubieran dejado de actuar en el mundo. Serbínov se la imaginó como un vestigio de un clan aristocrático; si todos los aristócratas hubieran sido como ella, la historia ya no habría producido nada posteriormente y, al contrario, ellos mismos se habrían forjado en la historia el destino que les conviniera. Toda Rusia estaba poblada por gente que se perdía y se salvaba; Serbínov se había dado cuenta de ello hacía tiempo. Numerosos eran los rusos que se dedicaban aplicadamente a destruir dentro de sí las capacidades y dones de la vida: unos bebían vodka, otros permanecían inactivos, con la mente medio muerta, en medio de una docena de hijos, y había quienes se retiraban al campo a dar, en vano, rienda suelta a su fantasía. Pero aquella mujer no se había destruido a sí misma sino que se había hecho. Y tal vez por ello había llegado a conmover los sentimientos de Serbínov porque él no había sabido hacerse a sí mismo y moría al ver a ese ser humano maravilloso que había prometido la música. ¿O era tan sólo la tristeza de Serbínov, la sensación de su propia imprescindibilidad inalcanzable ya, y tal vez su acompañante se convertiría en su amante y se cansaría de ella al cabo de una semana? ¿Pero entonces de dónde venía aquel rostro enternecedor, protegido por su orgullo, y aquella reserva extrema de un alma acabada capaz de entender y

de ayudar acertadamente a otro ser humano, pero sin exigir ayuda para sí misma?

Seguir el paseo no tenía sentido; lo único que demostraría sería la debilidad de Serbínov ante la mujer, así que le dijo «hasta luego», deseando que su acompañante guardara de él un recuerdo digno. Ella también dijo «hasta luego» y añadió: «Si se siente triste, venga a verme.»

—¿Se siente usted triste alguna vez? —preguntó Serbínov lamentando tener que despedirse de ella.

—Claro que sí. Pero me doy cuenta de por qué me siento triste y no me atormento.

Le dijo a Serbínov dónde vivía y éste se alejó de ella. Volvió sobre sus pasos. Caminaba entre la espesa muchedumbre callejera y poco a poco se iba tranquilizando, como si las apreturas de la gente ajena le protegieran. Serbínov fue después al cine y escuchó otra vez música en un concierto. Era consciente del por qué de su tristeza y se atormentaba. La mente no le ayudaba en nada: era evidente que se le estaba descomponiendo. Por la noche, estuvo acostado en el silencio de la fresca habitación de un hotel, Serbínov siguió haciendo trabajar a su mente. Serbínov se asombraba de que, en su descomposición, su mente prosiguiere secretando la verdad, y no la importunó con el melancólico recuerdo de la mujer con la que se había encontrado. Ante él, en continuo torrente de viajes, pasaba la Rusia soviética: su patria, tan indigente y tan cruel consigo misma, que se parecía un poco a la aristócrata mujer de ese día. La triste e irónica mente de Serbínov le iba recordando pausadamente a los pobres e inadaptados hombres que se empeñaban en implantar el socialismo, de un modo descabellado, en las vacías zonas de llanuras y barrancos.

Y algo empezaba ya a aparecer claro en los tristes campos de la Rusia que iba siendo olvidada: los hombres a quienes no les gustaba arar la tierra para sembrar centeno, con paciente sufrimiento estaban plantando el jardín de la historia para la eternidad y para estar inseparablemente vinculados en el porvenir. Pero los jardineros, al igual que los pintores y los cantantes, carecen de sólidas mentes con sentido práctico; sus débiles corazones comienzan de repente a emocionar-

narse: la duda hace que arranquen plantas apenas florecidas y siembren la tierra de pequeños cereales del burocratismo; un jardín necesita los cuidados de una larga espera hasta obtener los frutos, mientras que los cereales crecen pronto y su cultivo no exige imprescindiblemente ni el trabajo ni el desgaste que la paciencia supone para el alma. Y tras la destrucción del jardín de la revolución sus vergeles habían sido entregados únicamente al cereal que crece solo, para que todos se alimentasen sin la tortura del trabajo. Realmente, Serbínov había podido ver la poca gente que trabajaba, puesto que el cereal alimentaba gratis a todos. Y eso iba a durar mucho tiempo: hasta que el cereal se comiera toda la tierra fértil y los hombres se quedaran sobre el barro y la piedra, o hasta que los jardineros, descansados, volvieran a cultivar de nuevo un fresco jardín sobre la empobrecida tierra secada por el inhóspito viento.

Serbínov se durmió sumido en su habitual tristeza, con el corazón afligido y amortiguado. A la mañana siguiente pasó por el comité del Partido y recibió la orden de partir a una provincia lejana con la misión de investigar allí el hecho de la disminución en un veinte por ciento de la superficie sembrada; tenía que salir al día siguiente. Serbínov pasó el resto del día sentado en un bulevard en espera de que llegara la noche y, aunque el corazón de Serbínov latía con tranquilidad, sin ninguna esperanza en la felicidad de tener una mujer para él, esa espera le pareció un esfuerzo agotador.

Al anochecer iba a ver a la joven que había conocido el día anterior. Y la fue a visitar a pie para gastar en el camino el necesario tiempo y no cansarse tanto de la espera.

Era probable que la dirección no fuera exacta. Serbínov dio con una finca en la que las casas se repartían mitad por mitad entre nuevas y viejas, y se puso a buscar a su conocida. Subió muchas escaleras; cuando alcanzaba la tercera planta de las casas se detenía a contemplar los arrabales del río Moskvá en donde el agua olía a jabón y las orillas, pisoteadas por desnudos pobres, parecían accesos a letrinas.

Serbínov llamó a pisos desconocidos, le abrieron personas mayores que se sentían inquilinos preocupados sobre todo por su tranquilidad y que se asombraban de que Serbínov

quisiera ver a una persona que no vivía ni estaba empadronada allí. Serbínov, incapaz de quedarse solo en aquella noche, salió entonces a la calle y comenzó un planificado y detallado recorrido de todas las viviendas; al día siguiente se sentiría mejor: viajaría hasta la superficie perdida, en la que teóricamente debían de crecer yerbas salvajes. Serbínov encontró por casualidad a su conocida, cuando ésta descendía por la escalera mientras él subía, ahorrándose de esa forma la veintena de visitas a inquilinos que hubiera tenido que realizar hasta encontrarla. La mujer llevó a Serbínov a su cuarto, y volvió a salir por unos minutos. La habitación estaba vacía como si la mujer no viviera en ella sino que la utilizase tan sólo para reflexionar. Hacían de cama tres cajas de las de artículos de cooperativa; hacía de mesa el alféizar de la ventana, y la ropa colgaba de clavos situados en la pared, bajo la protección de una humilde cortina. Desde la ventana se divisaba el mismo empobrecido río Moskvá en cuyas orillas seguían sentados pensativos los mismos cuerpos desnudos en los que Serbínov se había fijado mientras subía y bajaba por las tristes escaleras de aquel bloque de casas.

Una puerta cerrada separaba el cuarto de la habitación contigua, en la que leyendo en alta y monótona voz, un alumno de la universidad laboral intentaba memorizar la ciencia política. Era posible que anteriormente hubiera vivido allí algún seminarista que estudiaría los dogmas de los concilios ecuménicos para, después, siguiendo las leyes del desarrollo dialéctico del alma, acabar en la blasfemia.

La mujer volvió con dulces para su reciente amigo: un pastel, bombones, un trozo de tarta y media botella de vino dulce de iglesia —Lágrima Christi. ¿Sería realmente tan ingenua?

Serbínov comenzó a comer poco a poco aquellos manjares de la dulce mesa femenina, mordiendo los dulces en los mismos lugares en que habían sido tocados por los dedos de la mujer. Serbínov se lo fue comiendo todo poco a poco y se sintió satisfecho, mientras que la mujer charlaba y se reía como si se alegrara de haber sacrificado los alimentos en lugar de a sí misma. Se equivocaba: Serbínov se limitaba a admirarla y a sentir su propia tristeza de hombre desolado; a

partir de ahora ya no podría vivir en paz, permanecer solo y satisfacerse la vida por su cuenta. Aquella mujer provocaba en él añoranza y vergüenza; se habría sentido más aliviado si hubiera abandonado el cuarto y salido al excitado aire de Moscú. Por primera vez en su vida Serbínov no tenía opinión personal acerca de otra persona, y no podía reírse de ésta para volver a ser libre y salir de allí como el solitario hombre de antes.

Por encima de las casas, por encima del río Moskvá y de toda la arrabalera vetustez de la ciudad brillaba ahora la luna. Bajo la luna, como bajo un apagado sol, susurraban las mujeres y las muchachas: desamparado amor de los hombres. Todo había sido dispuesto de antemano: el amor, para tener la posibilidad de realizarse y de concluir, se desarrolla como un hecho, en forma de materia determinada y concreta. Serbínov le negaba al amor no sólo la idea sino también el sentimiento; consideraba que el amor era sólo un cuerpo con redondeces, que ni siquiera era posible pensar en el amor porque el cuerpo de la persona amada había sido creado para el olvido de los pensamientos y los sentimientos, para el silencioso trabajo amoroso y el mortal agotamiento; y que, en el amor, el agotamiento era precisamente el único consuelo. Serbínov permanecía sentado sintiendo esa breve felicidad de la vida de la que no se podía disfrutar: va disminuyendo permanentemente. Así que Simón no intentaba disfrutar de nada, consideraba que la historia universal era una inútil institución burocrática donde al hombre se le despojaba con minuciosa aplicación del sentido y del peso de la existencia. Serbínov era consciente de su fracaso general en la vida y bajó la mirada a las piernas de la dueña de la habitación. La mujer andaba sin medias y sus desnudas piernas rosadas se hallaban repletas del calor de la sangre, mientras que su ligera falda cubría la plenitud del resto de su cuerpo, que ya se había encendido de vida densa, madura y contenida. «¿Quién apagará tu calor? —pensaba Serbínov—. Desde luego que no voy a ser yo, no soy digno de ti, mi alma es como un rincón de provincia perdido y repleto de miedo.» Miró una vez más la línea ascendente de las piernas de ella y no logró entender nada con claridad; había un camino que lleva-

ba desde aquellas frescas piernas femeninas hasta la necesidad de ser leal y entregado a su habitual trabajo revolucionario, pero ese camino era demasiado largo y Serbínov bostezó de antemano cansado de pensar.

—¿Cómo le va? —preguntó Simón—. ¿Y cómo se llama?

—Me llamo Sonia y mi nombre completo es Sofía Alejandróvna. Me va muy bien: o trabajo o espero a alguien...

—Hay cortas alegrías en los encuentros —declaró Serbínov para sí mismo—. Al cerrar en la calle el último botón del abrigo uno suspira y siente pena por que todo haya pasado en vano y uno tenga que ocuparse de nuevo de sí mismo.

—Pero esperar a la gente es también una alegría —dijo Sofía Alejandróvna— y, junto con los encuentros, la alegría suele ser larga... Lo que más me gusta es esperar a la gente, me paso la vida esperando...

Ella puso las manos sobre la mesa y las colocó después sobre sus robustas rodillas, sin ser consciente del exceso de movimientos. Su vida resonaba alrededor como un ruido. Incluso Serbínov entrecerró los ojos para no perderse en ese cuarto ajeno lleno de ruido y olor que le eran extraños. Las manos de Sofía Alejandróvna eran delgadas y viejas en comparación con el resto del cuerpo, con los dedos arrugados como los de una lavandera. Y esas desfiguradas manos consolaron un poco a Serbínov, que comenzó a sentir menos celos de ella al pensar en que iba a tocar a otro hombre.

Las golosinas de la mesa ya se habían acabado; Serbínov lamentó haberse apresurado en comerlas porque ahora tenía que marcharse. Pero no podía irse, temía que hubiera gente mejor que él; esa era la causa por la que había acudido a ver a Sofía Alejandróvna. El día anterior en el tranvía Serbínov se había percatado ya de que en ella había aquel don superabundante de vida que le había emocionado e irritado.

—Sofía Alejandróvna —le dijo Serbínov—. Quería decirte que mañana me marcho...

—¡Bueno, no pasa nada! —respondió ella con asombro. Estaba claro que no echaba de menos a la gente, podía alimentarse de su propia vida, cosa que nunca había sabido hacer Simón.

Necesitaba a las demás personas más para gastar el exceso de fuerzas que para obtener de ellas lo que le faltaba. Serbínov desconocía aún quién era ella; probablemente, la hija infeliz de unos padres ricos. Pero se equivocaba en eso: Sofía Alexándrovna trabajaba en el mantenimiento de máquinas de la fábrica textil de Trojgorka, y al nacer había sido abandonada por su madre en el lugar de nacimiento. Pero puede que hubiera amado a alguien y tenido hijos: medio preguntaba Serbínov o medio lo adivinaba.

—He amado, pero no he tenido hijos —respondió Sofía Alexándrovna—. Ya hay suficientes personas sin que yo tenga hijos... Si de mí hubiera podido nacer una flor la habría parido.

—¡¿Cómo pueden gustarle las flores?! Eso no es amor, es una ofensa que haya dejado de parir y de criar...

—No me importa. Cuando tengo flores no salgo de casa ni espero a nadie. Al lado de ellas me siento tan bien que me gustaría parírlas. Sin eso una tiene la impresión de que el amor no resulta bien...

—Sin eso, en efecto, no puede resultar —dijo Simón.

Había empezado a tener la esperanza de aplacar sus celos, esperaba que, en definitiva, Sofía Alexándrovna resultara una persona igual de infeliz, y tan encogida en la vida como lo era él. Le desagradaban las personas de éxito o felices, porque se van siempre a los lugares frescos y lejanos de la vida dejando solos a sus próximos. Muchos de sus amigos habían hecho sentirse a Serbínov huérfano; y, aunque hacía tiempo que se había vinculado a los bolcheviques por miedo a quedarse detrás de todos, tampoco eso le había ayudado: los amigos de Serbínov seguían desgastándose por completo al margen de él, y Serbínov ni siquiera lograba retener nada para sí de los sentimientos de aquéllos cuando le abandonaban ya avanzando hacia su propio futuro. Serbínov se reía de ellos, censuraba la indigencia de sus intenciones, decía que la historia se había acabado hacía tiempo y que ahora sólo sucedía que los seres humanos se aplastaban entre sí; pero una vez en casa, aplastado por el dolor de la separación, ignorando dónde se le esperaba y se le quería, cerraba la puerta con llave y se sentaba de través en la cama con la espalda apoyada en la pared.

Serbínov permanecía sentado en silencio y escuchaba el maravilloso traqueteo de los tranvías cargados de personas que iban a visitar a otros, transportándolas por los cálidos bulevares veraniegos; y, poco a poco, lágrimas de autocompasión acudían a los ojos de Serbínov; sentía cómo éstas absorbían la suciedad de sus mejillas y no encendía la luz eléctrica.

Más tarde, cuando las calles se apaciguaban y los amigos y los amantes se hallaban ya dormidos, Serbínov se tranquilizaba: a esa hora eran ya muchos los que estaban solos —unos dormían, otros, agotados por la conversación o por el amor, yacían en solitario—, así que Serbínov también aceptaba estar solo. A veces sacaba su diario y apuntaba lo que habían sido sus pensamientos e imprecaciones: «El ser humano no es un sentido sino un cuerpo, lleno de apasionados tendones, desfiladeros repletos de sangre, montículos, aperturas, deleite y olvido.» «Extraño era, pero se resignó grandemente», lo que significa «extraño es el toro, pero se resigna a ser cabra»<sup>41</sup>. «La historia ha sido inaugurada por un fracasado, por un hombre vil que inventó el porvenir para aprovecharse del presente: hizo moverse a todos de sus sitios quedándose él mismo en la retaguardia, en un lugar habitable, sedentario y cálido.» «Por ser un subproducto de mi madre, como su menstruación, no tengo la posibilidad de respetar nada. Temo a los hombres buenos que me abandonarán porque soy malo, y temo quedarme a la zaga de todos y sentir frío. ¡Maldigo la población que va fluyendo, echo de menos a la sociedad y ser miembro de ella!» «En la sociedad misma no seré un miembro sino una extremidad que se va entumeciendo.»

Serbínov observaba con suspicaces celos a todas las personas: ¿no serían mejores que él? Si eran mejores había que pararlas, porque de otra forma se le adelantarian y no llegarían a ser sus iguales y sus amigos. También Sofía Alexándrovna le había parecido mejor que él y, por consiguiente, perdida para él. Serbínov deseaba atesorar a las personas como si fueran dinero y medios para vivir; había iniciado incluso una

<sup>41</sup> La traducción es literal, pero en ruso hay un juego de palabras entre «byl» (era) y «byk» (toro).

cuenta detallada de las personas que conocía, e iba completando permanentemente en un gran libro casero la lista de beneficios y pérdidas.

Iba a tener que apuntar a Sofía Alexándrovna en el apartado de pérdidas, pero Simón quiso limitar el daño mediante un procedimiento que antes no había utilizado nunca en su contabilidad humana, lo que le llevaba a obtener siempre un déficit. ¿Qué sucedería si abrazara a aquella Sofía Alexándrovna, llegando a parecer un hombre tierno y alocado que deseaba casarse con ella? En ese caso Simón hubiera podido cultivar dentro de sí la pasión, hacerse con el obstinado cuerpo de un ser superior a él, dejar en él su impronta, establecer, aunque fuera por poco tiempo, un vínculo con la gente y salir al exterior tranquilo y esperanzado para continuar realizando con éxito la caza del hombre. En algún lugar desfilaban a toda prisa con nervioso crujir los tranvías abarrotados de personas que se alejaban dejando solo a Serbínov. Simón se acercó a Sofía Alexándrovna, la alzó cogiéndola por debajo de los brazos y la colocó de pie ante sí, lo que puso de relieve que era una mujer que pesaba sus kilos.

—¿Qué hace? —preguntó sin miedo Sofía Alexándrovna, con voz tensa y alerta.

El corazón se le detuvo a Serbínov ante la proximidad del ajeno cuerpo de ella, caldeado por una vida próxima e inaccesible. A Serbínov se le hubiera podido cortar en ese momento con un hacha: no habría reconocido el dolor. Jadeaba, le gorgoteaba la garganta, percibió el débil olor a sudor que desprendían los sobacos de Sofía Alexándrovna y sintió deseos de relamer aquellos duros cabellos estropeados por el sudor.

—Quiero tenerla un poco en mis brazos —dijo Simón—. Hágame este favor, me iré enseguida.

Por pudor ante los tormentos del hombre, Sofía Alexándrovna alzó un poco los brazos para que a Serbínov le fuera más cómodo sostenerla con su débil abrazo.

—¿Se siente mejor ahora? —preguntó ella mientras sus alzados brazos se iban adormeciendo.

—¿Y usted? —preguntó Serbínov prestando oído a la voz de una locomotora que distraía cantando acerca del trabajo y la paz en medio del mundo estival.

—Me da igual.

Simón la soltó.

—Es hora de que me vaya —dijo él con indiferencia—. ¿Dónde está el baño? Hoy no me he lavado.

—A la entrada, a la derecha. Hay jabón, pero no toalla porque la he dado a lavar y me seco con una sábana.

—Déme la sábana —aceptó Serbínov.

La sábana desprendía olor a ella, a Sofía Alexándrovna. Estaba claro que ella se frotaba con esmero por la mañanas con la sábana refrescando su cuerpo recalentado por el sueño. Serbínov mojó los ojos cansados y calientes: era siempre lo primero que se cansaba de su cuerpo. Decidió no lavarse la cara, formó apresuradamente con la sábana una cómoda bola y la metió en uno de los bolsillos de su abrigo colgado en el pasillo frente al baño; cuando Serbínov perdía alguna persona deseaba conservar algún documento irrefutable de ésta.

—He puesto la sábana a secar sobre el radiador —dijo Serbínov—, la he mojado. Adiós, me marcho...

—Hasta luego —respondió afablemente Sofía Alexándrovna, pero no supo dejarle marchar sin alguna muestra de atención—. ¿Adónde va mañana? —preguntó ella—. Ha dicho que se iba de viaje.

Serbínov le dijo el nombre de la provincia, en la que había desaparecido el veinte por ciento de la superficie sembrada, y en busca de la cual debía partir.

—He pasado toda mi vida allí —le dijo Sofía Alexándrovna acerca de aquella provincia—. Allí tenía un camarada maravilloso. Si lo ve déle saludos de mi parte.

—¿Qué clase de hombre es?

Serbínov pensaba en que iba a volver a su habitación y en que se sentaría a apuntar a Sofía Alexándrovna entre las pérdidas de su alma, en la columna de las propiedades que nunca se recuperan. Caería la tardía noche sobre Moscú, muchas de las personas que él quería se irían a dormir y verían en sueños el silencio del socialismo, mientras Serbínov las apuntaba con la felicidad del perdón absoluto y ponía una señal, en el capítulo de gastos, a cada nombre de amigo perdido.

Sofia Alexándrovna sacó una pequeña fotografía de un libro.

—No fue marido mío —dijo acerca del hombre de la fotografía— ni tampoco le amé. Pero cuando me faltó comencé a sentirme triste. Mientras vivía en la misma ciudad que él me sentía más tranquila... Siempre me sucede que cuando vivo en una ciudad añoro otra...

—Yo no amo ninguna ciudad —dijo Serbínov—. Sólo me gustan los sitios con mucha gente por las calles.

Sofia Alexándrovna contemplaba la fotografía. Representaba a un hombre de unos veinticinco años, con los ojos hundidos, como muertos, parecidos a guardas cansados; el resto de su cara era imposible de retener en cuanto se dejaba de mirarla. A Serbínov le dio la sensación de que aquel hombre estaba pensando en dos ideas a la vez sin encontrar consuelo en ninguna, y que por eso semejante rostro no podía detenerse tranquilo ni quedar en la memoria.

—No es muy atractivo —dijo Sofia Alexándrovna percibiendo la indiferencia de Serbínov—. ¡Pero es tan fácil entablar amistad con él! Siente su fe y eso hace que los demás se sientan tranquilos. Si hubiera muchos así en este mundo pocas mujeres se casarían...

—¿Pero dónde podré encontrarle? —preguntó Serbínov—. Tal vez haya muerto... ¿Por qué no se casa usted?

—¿Y para qué? Cuando una se casa tiene que soportar los abrazos, los celos y la sangre; ha estado casada un mes, ya debe de saber usted lo que es eso. Probablemente, con él una no necesitaría nada, sólo con apoyarse en él se sentiría igual de bien.

—Si lo encuentro le enviaré una postal —prometió Serbínov y se apresuró a salir a ponerse el abrigo para llevarse consigo la sábana.

Desde los rellanos de la escalera Serbínov podía ver la noche moscovita. Ya no había nadie en la orilla del río y el agua fluía cual sustancia muerta. Simón iba susurrando sobre la marcha que si hubiera lastimado a Sofia Alexándrovna entonces habría sentido atracción por ella y sería capaz de amar aquella escalera; se sentiría feliz esperando cada día la llegada de la noche, tendría un lugar en que aplicar su vida de re-

tardatario: tendría a otra persona frente a él y esto haría que Simón se diera al olvido.

Sofia Alexándrova se quedó sola para dormir un aburrido sueño hasta el trabajo matutino. A las seis de la mañana se acercaba a su puerta el joven vendedor de periódicos, metía por debajo de la misma el diario *Rabotchaia gazeta*<sup>42</sup> y, por si acaso, la llamaba: «¡Ya es la hora, Sonia! Con el de hoy son ya diez: me debes treinta cópecs. ¡Levántate y léete los hechos!»

Al anochecer, tras volver de su turno Sofia Alexándrovna se duchó de nuevo, secándose ésta vez con una funda de almohada, y abrió la ventana hacia el calido Moscú que se iba apagando. Siempre esperaba a alguien a esas horas, pero nadie venía a verla: unos se hallaban ocupados en reuniones y a otros les aburría estar con una mujer sin besarla. Cuando oscurecía, Sofia Alexándrovna, con el vientre apoyado en el alféizar de la ventana, dormitaba esperando. Abajo circulaban las telegas y los automóviles y una pequeña y huérfana iglesia, a escondidas, tocaba suavemente a misa. Bajo la mirada de Sofia Alexándrovna habían desfilado ya muchos transeúntes; ella, esperanzada, acompañaba a cada uno de ellos con la mirada, pero todos pasaron de largo por el portal de su casa. Tan sólo uno, tras detenerse un momento junto a la entrada, arrojó al suelo un cigarrillo encendido y entró en el edificio. «No viene a verme» —decidió Sonia, y se quedó inmóvil. En alguna parte, en la profundidad de los rellanos, se oía el inseguro caminar de un hombre que se detenía a menudo para descansar o pensar. Los pasos se detuvieron junto a la puerta de Sofia Alexándrovna. «Sigue subiendo» —susurró Sonia. Pero el hombre llamó a su puerta. Sin darse cuenta de cómo había atravesado el espacio que iba desde la ventana a la puerta pasando por un pequeño pasillo, Sofia Alexándrovna se halló abriendo la puerta. Era Serbínov.

—No he podido marcharme —dijo él—. La he echado de menos en el fondo de mí mismo.

Simón seguía sonriendo como antes, pero en aquel mo-

<sup>42</sup> Diario obrero.

mento más tristemente. Veía ya que ahí no iba a alcanzar la felicidad, pero que detrás había dejado una ruidosa habitación de hotel, y dentro de ésta el libro del inventario de camaradas perdidos.

—Tome su sábana de mi abrigo —dijo Serbínov—. Está ya seca y no conserva su olor. Disculpe por haber dormido esta noche sobre ella.

Sofia Alexándrovna se daba cuenta de que Serbínov estaba agotado, y en silencio, sin suponer que podría interesarle al visitante por sí misma, empezó a ponerle la mesa con su propia cena. Serbínov se comió la cena de ella como si fuera lo normal y, tras saciarse, sintió la desgracia de su soledad con mayor fuerza todavía. Tenía muchas fuerzas, pero al no poder aplicarlas, le oprimían estérilmente el corazón.

—¿Por qué no ha partido? —preguntó Sofia Alexándrovna—. ¿Su tristeza ha aumentado desde ayer?

—Tengo que ir a buscar yerbas salvajes a una provincia. Antes los piojos eran la amenaza del socialismo, y ahora son las yerbas salvajes. ¡Venga usted conmigo!

Sofia Alexándrovna se negó.

—No, no puedo irme de aquí.

Serbínov estuvo a punto de quedarse a dormir allí, en ninguna otra parte habría dormido tan plácidamente. Se palpó la espalda y el costado izquierdo; hacía varios meses que algo de lo de allí dentro, que antes era suave y paciente, iba transformándose ahora en duro y doloroso: probablemente se le iban muriendo los cartílagos de la juventud, osificándose para siempre. Ese día por la mañana había muerto su olvidada madre. Simón ni siquiera sabía dónde se hallaba la casa en que vivía ésta, que debía de ser alguna de las penúltimas de Moscú, lindando ya la zona rural. En el instante en que Serbínov limpiaba esmeradamente sus dientes liberando su boca de excrecencias con vistas a los besos, o en el que comía jamón, su madre había muerto. Ahora Simón no sabía qué necesidad tenía de una madre. La última persona para quien la muerte de Serbínov hubiera supuesto un eterno desconocido había perecido. De entre los vivos que le quedaban a Simón no había nadie como su madre: podía no amarla, había olvidado su dirección, pero vivía porque en tiempos y

durante mucho tiempo su madre le había protegido por la necesidad que tenía de él, de la multitud de personas que no necesitaban a Simón para nada. Esa cerca había caído ahora, en alguna parte del extrarradio de Moscú, casi en la provincia, yacía dentro de un ataúd una viejecita que había preservado al hijo en lugar a sí misma; en los recién cortados tablones de su ataúd había mucha más vida que en el disecado cuerpo de ella. Y Serbínov sintió la libertad y la ligereza de la vida que le restaba: su muerte no provocaría ya la queja de nadie, nadie iba a morir de pena tras su muerte tal y como le había prometido su madre una vez, cosa que habría cumplido si Simón hubiera muerto antes que ella. Resultaba que Simón vivía gracias a que sentía compasión por su madre y protegía la paz de ésta prosiguiendo su vida en este mundo. Ella, su madre, le servía a Simón de protección y de coartada frente a todas las personas ajenas y, gracias a ella, aceptaba el mundo como algo que sentía interés por él. Pero su madre había desaparecido ahora, y sin ella todo se hizo evidente. Ya no era imprescindible vivir puesto que ninguno de los vivos sentía mortalmente necesidad de Simón. Así que Serbínov había ido a ver a Sofia Alexándrovna para pasar un rato con una mujer: también su madre lo era.

Tras unos minutos, Serbínov se dio cuenta de que Sofia Alexándrova tenía sueño y se despidió de ella. No le dijo nada acerca de la muerte de su madre. Quería aprovechar a ésta como un pretexto fundamental para poder volver a visitar a Sofia Alexándrovna. En el camino de vuelta a su casa Serbínov recorrió unas seis verstas; por dos veces comenzaron a caer sobre él las gotas de una débil lluvia, que luego se apagaba. Al pasar por uno de los bulevares Serbínov sintió que estaba a punto de llorar; se sentó en un banco en espera de las lágrimas, se inclinó y preparó su rostro, pero no pudo llorar. Rompió a llorar más tarde, en una cervecería nocturna donde sonaba la música y la gente bailaba, pero no por su madre, sino por la multitud de artistas y de gente inalcanzables para Serbínov.

El domingo Serbínov fue a ver a Sofia Alexándrovna por tercera vez. Ella aún dormía y Simón tuvo que esperar en el corredor a que se vistiera.

A través de la puerta Serbínov dijo que su madre había sido enterrada el día anterior y que había venido a recoger a Sofía Alexándrovna para ir juntos al cementerio a ver el lugar en que iba a reposar su madre hasta el final mismo del mundo. La mujer, sin acabar de vestirse, le abrió la puerta de su cuarto y, sin siquiera lavarse, acompañó a Serbínov al cementerio. Allí empezaba ya el otoño; las hojas muertas caían sobre las tumbas de las personas enterradas. Entre las yerbas altas y los grupos de árboles se ocultaban las cruces de la memoria eterna, que parecían hombres con los brazos abiertos en vano para abrazar a los muertos. Una cruz cercana al sendero tenía inscrita la silenciosa queja de alguien:

Yoigo vivo y lloro  
mientras ella yace muerta y calla.

La tumba de la madre de Simón, cubierta de polvo y tierra recién removida, yacía en la estrechez de otras tumbas y en solitario entre los vetustos túmulos de éstas. Serbínov y Sofía Alexándrova se hallaban bajo un viejo árbol; las hojas de éste sonaban monótonamente a impulsos del constante y alto viento, como si el paso del tiempo se hiciera audible y tras correr por encima de ellos desapareciera. A lo lejos se veían de vez en cuando personas que iban a visitar a sus padres muertos, pero cerca no había nadie. Sofía Alexándrovna respiraba tranquilamente al lado de Simón, miraba la tumba y no comprendía la muerte: no tenía a nadie que pudiera morir. Quiso sentir aflicción y compadecerse de Serbínov, pero lo único que experimentaba era un ligero hastío producido por el prolongado arrastrar del viento ante la imagen de las abandonadas cruces. Serbínov permanecía ante ella como una impotente cruz, y Sofía Alexándrovna no sabía cómo paliar su tristeza sin sentido, qué hacer para que se sintiera mejor.

Serbínov, a su vez, estaba atemorizado ante los miles de tumbas. En ellas yacían los difuntos, que vivían porque creían en que la memoria y el pesar por ellos iban a ser eternos tras su muerte, pero habían sido olvidados: el cementerio estaba casi vacío y las cruces sustituían a los vivos que de-

berían haber acudido para recordar y apenarse. Lo mismo le habría sucedido a él, Simón: la única persona que habría venido a verle, muerto, junto a una cruz, se hallaba ahora dentro de una caja bajo sus pies.

Serbínov rozó con la mano el hombro de Sofía Alexándrovna para que ésta le recordara alguna vez después de separarse. Sofía Alexándrovna no reaccionó. Simón la abrazó entonces por detrás y apoyó su cabeza contra el cuello de ésta.

—Aquí podrían vernos —dijo Sofía Alexándrovna—. Vámonos a otro sitio.

Se metieron por un sendero y se adentraron en las profundidades del cementerio. Aunque había poca gente no cesaban de pasar: se les cruzaban viejecitas de mirada penetrante, sepultureros que emergían de repente con palas del silencio de los matorrales; el campanero veía a la pareja desde el campanario. De vez en cuando pasaban por rincones olvidados y más acogedores, y entonces Serbínov apoyaba a Sofía Alexándrova contra un árbol o simplemente la sujetaba casi en el aire cerca de sí mientras ella le miraba con desgana; pero se oía una tos o el chirriar de la grava bajo unos pies, y Serbínov se llevaba a otra parte a Sofía Alexándrovna.

Poco a poco dieron toda la vuelta al cementerio sin encontrar cobijo en ninguna parte, y volvieron a la tumba de la madre de Simón. Ambos estaban ya cansados; Simón sentía que se le había debilitado el corazón a causa de la espera y la necesidad que tenía de entregar su pena y su soledad a otro cuerpo amistoso y tal vez quitarle a Sofía Alexándrovna aquello que le era precioso para que ella siempre echara de menos su pérdida, escondida ya en Serbínov, y, así, se acordara de él.

—¿Por qué necesitas eso ahora? —preguntó Sofía Alexándrovna—. Será mejor que hablemos.

Se sentaron sobre el tocón de un árbol que sobresalía de la tierra y apoyaron los pies contra la pendiente del túmulo de la madre. Simón callaba sin saber cómo compartir su pena con Sofía Alexándrovna sin antes haber compartido con ella a sí mismo: incluso los bienes se convierten en comunes en una familia únicamente después del amor recíproco de los cónyuges; siempre, a lo largo de toda su vida, Serbínov había

observado que el intercambio de sangre y de cuerpo provocaba luego el intercambio de otros objetos cotidianos; de otra manera no podía ser porque sólo después de intercambiar lo más valioso es posible compartir lo insignificante. Serbínov también aceptaba que sólo podía pensar así debido a lo descompuesto de su mente.

—¿Qué puedo decir ahora?! —dijo él—. Es duro para mí en este momento; la pena vive en mí como una materia y nuestras palabras van a quedar al margen.

Sofia Alexándrovna volvió hacia Simón su rostro de repente entrisciado como si temiera los sufrimientos; ella no le había entendido o no se había percatado de nada. Simón la abrazó con aire sombrío y la trasladó de la dura raíz al suave montículo de la tumba materna situando sus pies sobre las yerbas de abajo. Se olvidó de si había en el cementerio personas extrañas o de si todas ellas se habían marchado, mientras que Sofia Alexándrovna, sin decir palabra, volvió la cara y la escondió en los terrones de tierra, que sostenían el fino polvo que las palas habían extraído de ataúdes ajenos.

Al cabo de cierto tiempo Serbínov encontró en las espesuras de sus bolsillos un pequeño y alargado retrato de la delgada viejecilla y lo ocultó en la reblanecida tumba para no recordar a su madre ni sufrir por ella.

\*

En Chevengur, Gópner había construido un invernadero para Iákov Títich: al viejo le gustaban las flores cautivas, porque en ellas sentía la paz de su vida. Pero ya por encima del mundo entero, y también por encima de Chevengur, desprendía su luz el vespertino y entornado sol de mediados de otoño; las flores esteparias de Iákov Títich apenas olían porque la respiración se le iba debilitando. Iákov Títich llamaba al más joven de los «otros», Yegori, de trece años, y se pasaba horas sentado junto a él, rodeado de aromas, bajo el tejado de cristal. Le apenaba morir en Chevengur, pero ya era hora porque su estómago había dejado de amar los alimentos y hasta la bebida la transformaba en dolorosos gases; pero Yákov Títich no quería morir de enfermedad sino por haber

perdido la paciencia consigo mismo: había empezado a sentir su cuerpo como a una persona ajena, como una segunda persona, a cuyo lado llevaba aburriéndose nada menos que sesenta años y contra la cual Yákov Títich había comenzado a sentir ahora una ira inagotable. En aquel momento contemplaba el campo en el que Fuerza Proletaria labraba mientras Kopionkin seguía al animal y, con mayor fuerza aún, deseaba sumirse en el olvido, ocultarse de la profunda tristeza que le producía su continua presencia al lado de sí mismo. Le hubiera gustado convertirse en caballo, en Kopionkin, en cualquier objeto con una determinada cualidad, con tal de arrancar de su espíritu aquella vida desgastada por los sufrimientos y adherida a él como la seca costra de una herida. Paltaba con sus manos a Yegori, y a veces se sentía un poco aliviado: éste era un muchacho, una vida mejor, y si uno no podía vivirla al menos podría tenerla cerca de sí y pensar en ella.

Kopionkin, con los pies desnudos, roturaba la estepa, que había llegado a convertirse en un erial, con la fuerza de su caballo guerrero. No araba para alimentarse a sí mismo sino para la felicidad futura de otro hombre, para Alexandre Dvánov. Kopionkin veía que Dvánov había adelgazado mucho en Chevengur; recogió entonces puñado a puñado los granos de centeno que se habían conservado del mundo viejo en los graneros y enganchó a Fuerza Proletaria al arado para labrar la tierra y sembrar el trigo otoñal con el fin de obtener alimento de su amigo. Pero Dvánov no había adelgazado a causa del hambre, por el contrario: en Chevengur pocas veces tenía ganas de comer, había adelgazado de felicidad y preocupación. Tenía la sensación constante de que los chevengureños se sentían atormentados por algo y vivían en común de manera poco sólida. Así que Dvánov les otorgaba su propio cuerpo mediante el trabajo; para que Kopionkin echara raíces a su lado en Chevengur, Alexandre le escribía a diario, imaginándola, la historia de la vida de Rosa Luxemburgo; y para Kiriéi, que seguía ahora a Dvánov por añoranza de su amistad y lo velaba por las noches para que éste de repente no abandonara Chevengur, Dvánov sacó del fondo del río un tronco mediano de color negro porque Kiriéi quería tallar en él un arma de madera. En lo que respectaba

a Chepurni, éste, conjuntamente con Páshintsev, talaba sin parar matorrales al recordar que los inviernos eran en ocasiones de poca nieve, y si esto sucediera la nieve no protegería las casas contra el frío, y todos los habitantes del comunismo podrían coger frío y morir al inicio de la primavera. Tampoco Chepurni lograba la paz por las noches: permanecía tumbado sobre la tierra en medio de Chevengur y añadía ramas a la hoguera inextinguible para que en la ciudad no desapareciera el fuego. Gópner y Dvánov habían prometido instalar pronto en Chevengur la electricidad, pero agotaban permanentemente sus energías en otros trabajos acuciantes. En espera de la electricidad, Chepurni yacía bajo el húmedo cielo de las tinieblas otoñales, y con su mente somnolienta vigilaba el calor y la luz para los «otros» que dormían. Todavía reinaba la oscuridad cuando los demás se despertaban, y ese despertar era el momento de alegría para Chepurni: por todo el silencioso Chevengur se oía ahora el chirrido de las puertas y el sordo ruido de los portones; los pies descalzos y descansados andaban por las casas buscando alimento y el encuentro con los compañeros; retumbaban los cubos de agua, y amanecía en todas partes. En ese momento Chepurni se dormía sintiéndose satisfecho, y los «otros», a su vez, se ocupaban de cuidar el fuego colectivo.

Cada uno de los «otros» se dirigía a la estepa o al río y arrancaba allí espigas, desenterraba las raíces comestibles o pescaba en el río con la gorra colocada en el extremo de un palo los minúsculos peces que se habían multiplicado. Los «otros» comían sólo de vez en cuando: se procuraban alimentos para agasajarse entre sí. Pero los comestibles habían comenzado a escasear en los campos, y los «otros» deambulaban hasta el anochecer entre las malas yerbas angustiados por su propia hambre y por la de los demás.

Al despuntar la noche los demás se reunían en un lugar abierto y herboso, y se disponían a comer. De repente Karchuk —que trabajaba todo el día hasta la extenuación, por lo que al anochecer le gustaba estar entre el pueblo— se levantaba.

—Ciudadanos y amigos —decía Karchuk con su voz satis-

fecha—. Yashca<sup>43</sup> tiene en el pecho tos e infortunio, propongo que se le alimente con comida más ligera: he recogido para él nada menos que miles de rosquitas de yerba y las he rociado con zumo de leche de tallos de flores para que Yasha coma sin preocuparse...

Yashca permanecía sentado sobre una bardana y tenía cuatro patatas.

—Yo también, te aplicaré mi principio, Karchuk —le respondía Yashca—. ¡No sé por qué, pero desde por la mañana me han entrado ganas de sorprenderte con patatas asadas! Tengo ese deseo: obsequiarte con buen alimento antes de que te vayas a dormir!

Alrededor se alzaba el pavor de la noche. El vacío y frío cielo transitaba lúgicamente sin dejar salir fuera de él a las estrellas, y nada en ninguna parte producía alegría. El «otro» ser humano comía y se sentía bien. En medio de aquella naturaleza ajena, antes de que llegaran las largas noches otoñales, se había provisto como mínimo de un camarada a quien consideraba objeto propio, y no sólo objeto sino también ese bienestar misterioso en el que el hombre confía tan sólo en su imaginación, pero que, no obstante, le cura el cuerpo; ya el simple hecho de que el otro ser humano imprescindible viva entero en este mundo, es suficiente para que se convierta en fuente de paz para el corazón y de paciencia para uno, en su materia suprema y en riqueza de su escasez. Gracias a esa presencia en el mundo de una segunda persona que le pertenecía a uno, Chevengur y la humedad nocturna se convertían en unas condiciones de vida aceptables y hasta confortables para cada «otro» solitario. «Que se alimente —pensaba Karchuk, observando cómo comía Yashca—. Luego, gracias a la digestión, tendrá más sangre y dormirá mejor. Mañana se despertará sin hambre y con calor en el cuerpo: iestupendo!»

Yashca, tras sorber el último líquido alimenticio, se puso en pie en medio del círculo de gente.

—Camaradas, nosotros vivimos ahora aquí como población y tenemos nuestro propio principio de la existencia...

<sup>43</sup> Diminutivo de Yákov.

¡Y aunque somos masas populares, aunque somos el poso más rojo, nos falta alguien y estamos esperando a alguien...!

Los demás callaban y apoyaban sus cabezas contra su propio cuerpo inferior debido al cansancio de las preocupaciones diurnas por el alimento y del uno por el otro.

—Nos falta Proshka —dijo Chepurni con tristeza—. ¡No está con nosotros en Chevengur nuestro querido Proshka...!

—Ya es hora de organizar con más fuerza la hoguera —dijo Kiriéi—. ¡Tal vez Proshka se presente por la noche, y nosotros estamos a oscuras!

—¿Y cómo puede organizarse? —dijo Karchuk sin comprender—. ¡La hoguera debe arder de modo grandioso! ¡Cómo piensas organizarla si las varas han crecido sin calibre?! Quémalas y seguro que tendrás entonces un humo organizado...

Pero en ese momento los demás comenzaron a respirar profundamente al alcanzarles un sueño repentino y ya no podían oír a Karchuk. El único que no quería descansar era Kopionkin. «Sandeces» —pensó acerca de todo aquello, y se fue a aposentar a su caballo. Dvánov y Páshintsev se acostaron espalda contra espalda y, tras darse calor recíprocamente, perdieron sus mentes, sin percatarse cómo, hasta por la mañana.

Pasaron dos días; al tercero llegaron las dos gitanas, que pernoctaron inútilmente en el desván de Karchuk. De día ellas también quisieron sumarse a los de Chevengur, pero éstos no trabajaban en los distintos lugares de la ciudad ni donde las malas yerbas, y les daba vergüenza ante los camaradas tratar amablemente a las mujeres en lugar de trabajar. Kiriéi ya había acabado de cazar todas las chinches de Chevengur y de confeccionar un sable de madera negra, y en el momento de la aparición de las gitanas estaba arrancando un tocón para conseguir el material con el que confeccionar una pipa para Gópner. Las gitanas pasaron a su lado y desaparecieron en las sombras de los espacios; Kiriéi sintió debilidad en todo su cuerpo provocada por la tristeza, como si acabara de ver el final de su vida, pero poco a poco se sobrepuso a esa pena desgastando su cuerpo cavando la tierra. Una hora más tarde las gitanas fueron vistas de nuevo, esta vez en lo alto de

la estepa, y desparecieron inmediatamente como la cola de un convoy que retrocede.

—Bellezas de la vida —dijo Piusia, colgando en los setos los andrajos recién lavados de los «otros» para que se secaran.

—Materia consistente —definió Zhéiev a las gitanas.

—Sólo que no se observa ni pizca de revolución en sus cuerpos! —afirmó Kopionkin. Llevaba tres días buscando entre el espesor de las yerbas y en todos los lugares propios de los caballos una herradura, pero no encontraba sino todo tipo de objetos pequeños y sin importancia como las cruces que se llevan colgando del cuello, *laptis*, diversos tendones y demás basura de la vida burguesa—. No hay hermosura en el rostro sin estar comprometido —dijo Kopionkin al encontrar una jarra en la que antes del comunismo se recolectaba dinero para la organización de los templos—. Una mujer sin la revolución no es más que una semimujer; a ésa no las echo de menos... Le puede facilitar el sueño a uno, pero después ya no es un instrumento de combate; es más liviana que mi corazón.

Dvánov arrancaba clavos de unos baúles en un pequeño zaguán cercano para las necesidades de todo tipo de construcciones de madera; a través de la puerta abierta había visto marcharse a las pobres gitanas y había sentido pena de ellas: en Chevengur habrían podido llegar a ser esposas y madres; y los hombres, apretujados los unos a los otros en un precipitado trabajo para no dispersarse por la espantosa y huérfana tierra, se habrían fortalecido más por medio del intercambio de los cuerpos, de la sacrificada solidez de la sangre profunda. Dvánov contempló con asombro las casas y los setos: cuánto calor de manos trabajadoras, cuántas vidas enfriadas estérilmente sin haber logrado encontrar a la persona esperada, se ocultaban en aquellas paredes, tarimas, y tejados! Y Dvánov dejó por un momento de buscar los clavos, quiso preservarse a sí mismo y a los demás del derroche de trabajo para dedicar sus mejores fuerzas a Kopionkin, Gópner y a seres como aquellas gitanas que habían abandonado celosamente atareado Chevengur, dirigiéndose a la estepa y a la miseria. «Es mejor que me consuma de tristeza en lugar de trabajar esmeradamente, si los seres humanos siguen

sintiéndose desdichados —se convenció Dvánov—. Todos aquí se han olvidado con el trabajo, y la vida se ha hecho más fácil; en cambio la felicidad siempre se aplaza...»

El transparente calor otoñal iluminaba los silenciosos alrededores de Chevengur con una luz mortecina y brillante, como si por encima de la tierra no hubiera aire, y a las caras se les pegaba de vez en cuando una aburrida telaraña; pero las yerbas ya estaban inclinadas hacia el polvo de la muerte, y no absorbían más luz ni calor, lo que significaba que no sólo vivían siguiendo al sol sino también sujetas a los plazos de éste. En el horizonte de la estepa se elevaban los pájaros y volvían a descender en los lugares en que había más comida; Dvánov seguía a los pájaros con la mirada, y lo hacía con la misma angustia con la que solía observar en su niñez las moscas que vivían bajo el techo de la casa de Zajar Pávlovich. Pero los pájaros alzaron el vuelo y se vieron cubiertos por un polvo lento: una *troika* de caballos sacó a la vista un carro y, a trote de distrito, se dirigió a Chevengur. Dvánov trepó a una empalizada asombrado de que apareciera por allí un desconocido, y, de repente, no muy lejos, se oyó el poderoso resonar del galope de un caballo: se trataba de que Kopionkin, cabalgando sobre Fuerza Proletaria, había salido disparado de Chevengur y se dirigía al galope hacia el lejano carro para darle la bienvenida al amigo o destruir al enemigo. Dvánov se dirigió también al límite de la ciudad para ayudar a Kopionkin si fuera preciso. Pero Kopionkin ya lo había arreglado por sí solo, el cochero iba a pie y llevaba de las bridas a los caballos que caminaban a paso tranquilo; el faetón iba vacío detrás; el viajero caminaba delante, mientras Kopionkin le escoltaba cabalgando detrás. Kopionkin sujetaba el sable en una mano y, con la otra, alzada, una cartera y un minúsculo revólver que apretaba contra la cartera con su grande y sucio dedo pulgar.

El hombre que viajaba por la estepa caminaba ahora a pie y desarmado, pero su rostro no reflejaba el paciente terror de la agonía que precede a la muerte, sino que mostraba una sonrisa que expresaba curiosidad.

—¿Quién es? ¿A qué ha vendido a Chevengur? —le preguntó Dvánov.

—He venido del centro para buscar malas yerbas. Pensaba que ya no existían pero veo que en la práctica están creciendo —respondió Simón Serbínov—. ¿Y quiénes sois vosotros?

Los dos hombres estaban casi cara a cara uno delante del otro. Kopionkin, contento de toparse con el peligro, observaba alerta a Serbínov; el cochero suspiraba al lado de los caballos mascullando para sí su irritación: presentía que los vagabundos de aquel lugar le confiscarían los caballos.

—Aquí tenemos comunismo —explicó Kopionkin desde el caballo—. Y nosotros somos aquí camaradas porque antes vivíamos sin medios para la vida. ¿Y tú qué eres?

—Yo también soy comunista —informó Serbínov, estudiando con la mirada a Dvánov y tratando de recordar dónde había visto antes aquella cara.

—Has venido a beneficiarte del comunismo —dijo Kopionkin, desilusionado de que no se hubiera encontrado ante ningún peligro, y arrojó la cartera junto con el minúsculo revólver a las yerbas que crecían en derredor—. Ese instrumento de mujer no nos sirve, lo que necesitaríamos sería un cañón; si nos hubieras traído un cañón quedaría claro que eras un bolchevique. Pero tienes una cartera grande y un revólver pequeño: eres un escribiente, y no un miembro del Partido... ¡Vámonos a casa, Sasha!

Dvánov saltó a la cómoda grupa de Fuerza Proletaria y junto con Kopionkin partieron al galope.

El cochero de Serbínov dio la vuelta a los caballos hacia la estepa y se subió al pescante dispuesto a salvarse. Serbínov, meditabundo, caminó un poco hacia Chevengur y luego se detuvo: ante él, las viejas bardanas vivían apaciblemente los últimos días de su calurosa vida veraniega; lejos, en el centro de la ciudad, alguien golpeaba madera con rítmica aplicación y de la vivienda situada en el límite llegaba el olor a patatas asadas. Resultaba que también aquí la gente vivía y se alimentaba de sus alegrías y tristezas diarias. ¿Qué es lo que buscaba él, Serbínov? No se sabía. Así que Serbínov se dirigió a Chevengur, un lugar desconocido. El cochero se percató de la indiferencia de Serbínov respecto a él y, tras poner previamente a los caballos a paso lento, cabalgó después a

toda prisa hacia los espacios abiertos de la estepa dejando atrás Chevengur.

En Chevengur los «otros» rodearon inmediatamente a Serbínov; les interesaba profundamente por ser un hombre desconocido y vestido por completo. Miraban y admiraban a Serbínov como si acabaran de recibir un automóvil de regalo y les estuviera esperando una agradable diversión. Kiriéi sacó del bolsillo de Serbínov una pluma estilográfica y le arrancó enseguida el plumín para poder confeccionarle una boquilla a Gópner. Karchuk, a su vez, le regaló a Kiriéi las gafas de Serbínov.

—Vas a ver más lejos y más —le dijo a Kiriéi.

—No debí haber enviado al diablo su bolsa y su petate —se afligió Kopionkin—. Hubiera sido mejor utilizarlo para confeccionar con él una gorra bolchevique de visera para Sasha... Aunque no, que siga ahí tirado, le regalaré a Sasha la mía.

Los zapatos de Serbínov se trasladaron a los pies de Yákov Títich ya que éste necesitaba un calzado ligero para andar por el cuarto; los de Chevengur utilizaron el abrigo para hacerle unos pantalones a Páshintsev, que desde la época misma del vedado revolucionario vivía sin ellos. Serbínov se sentó pronto en una silla que había en la calle, llevando el chaleco como única prenda y descalzo. Piúshia tuvo la idea de traerle dos patatas asadas, así que los demás empezaron también a traerle cosas según elección de cada uno: uno un abrigo corto, el otro unas botas de fieltro, y Kiriéi le entregó a Serbínov un saco con utensilios de mesa.

—Toma —le dijo Kiriéi—, seguro que eres listo y lo necesitarás, porque a nosotros no nos hace ninguna falta.

Serbínov cogió también los utensilios. Más tarde encontró entre la reseca capa de yerba su cartera y su revólver; sacó de la cartera los papeles que contenía y la tiró. Entre los documentos se hallaba su libro con el inventario de seres humanos que hubiera deseado tener en propiedad; Simón no quería perder ese libro y al atardecer permaneció sentado vestido, con abrigo corto y botas de fieltro —en medio del silencio de la ciudad agotada— delante del libro abierto; ardía un cabo de vela que Kiriéi había encontrado entre los fondos de

la burguesía, y en la casa olía al cuerpo grasiendo de una persona extraña que en tiempos había vivido allí. Cuando se hallaba aislado y en un lugar desconocido Serbínov siempre comenzaba a sentir angustia y dolor de vientre, por lo que no pudo escribir nada en su libro y no hizo sino leerlo, percatándose de que todo su pasado se había desarrollado en detrimento suyo: ni un solo ser humano había quedado a su lado para toda la vida, ni la amistad de nadie había llegado a transformarse en sólida intimidad. Serbínov estaba ahora solo; únicamente el secretario de la institución recordaba que Serbínov estaba en misión de servicio, pero que tenía que volver; así que le estaba esperando en función del buen orden laboral. «Le soy imprescindible —imaginó Serbínov, experimentando un sentimiento de afecto por el secretario— y no me esperará en vano, no traicionaré el recuerdo que tiene de mí.»

Alexandr Dvánov fue a controlar a Serbínov, que en aquel momento estaba ya medio feliz de pensar que, en algún punto, el secretario se preocupaba por él y que por lo tanto Simón tenía un compañero. Era lo único en que pensaba Serbínov y lo único que le consolaba en el nocturno Chevengur: era incapaz de sentir en profundidad ningún otro pensamiento, y si no lo sentía no podía apaciguarlo.

—¿Qué busca en Chevengur? —le preguntó Dvánov. Se lo voy a decir sin rodeos: aquí no podrá cumplir el objetivo de su viaje de trabajo.

Pero Serbínov ni siquiera pensaba en cumplirlo, intentaba de nuevo recordar el familiar rostro de Dvánov pero no lo lograba y se sentía inquieto.

—¿Es verdad que aquí se ha reducido la superficie sembrada? —quiso averiguar Serbínov para contentar al secretario, sin que a él mismo le interesase demasiado la siembra.

—No —explicó Dvánov—, ha aumentado, hasta la ciudad está invadida por las yerbas.

—Eso está bien —dijo Serbínov y consideró que el objetivo de su viaje había sido cumplido: pondría en su informe que la superficie había incluso aumentado en un uno por ciento, y que en ningún caso había disminuido; no había visto en ninguna parte tierra vacía: las plantas vivían incluso apretujadas sobre ella.

En alguna parte del aire húmedo de la noche tosía Kopionkin, un hombre que se estaba haciendo viejo, que no lo graba dormirse y daba vueltas en solitario.

Mientras Dvánov iba a ver a Serbínov lo hacía con suspicacia, pensando en librar a Chevengur del enviado en misión de servicio; pero al ver a aquél no supo qué decirle. En un principio Dvánov siempre temía a la gente porque no disponía de auténticas convicciones que le hicieran sentirse superior; por el contrario, el aspecto del ser humano provocaba en Dvánov sentimientos en lugar de convicciones, y comenzaba a sentir por aquél un excesivo respeto.

Serbínov aún no se daba cuenta de dónde se encontraba, debido al silencio del distrito; el abundante olor a yerbas de alrededor hizo que comenzara a sentir añoranza por Moscú; ansiaba volver, así que decidió marcharse de Chevengur a pie al día siguiente mismo.

—¿Tenéis aquí la revolución o qué? —le preguntó Serbínov a Dvánov.

—Tenemos el comunismo. ¿No oye? Ahí está tosiendo el camarada Kopionkin: es comunista.

Serbínov se asombraba pocas veces, siempre había considerado que la revolución era mejor que él. Sólo en aquella ciudad había visto su desamparo y pensó que se parecía a una piedra de río, que la revolución iba avanzando pasándole por encima mientras que él se quedaba en el fondo, por lo que pesaba a causa de su apego a sí mismo.

—Pero tenéis en Chevengur penas y tristezas? —preguntó Serbínov.

Y Dvánov le respondió que sí, que las penas y las tristezas formaban también parte del cuerpo humano.

En ese momento Dvánov apoyó su frente contra el cristal, solía sentirse dolorosamente cansado hacia el atardecer, no tanto debido a la actividad como por haberse pasado el día entero observando con precaución y con temor a los habitantes de Chevengur.

Serbínov abrió la puerta al aire; todo era silencio y oscuridad; sólo desde la estepa llegaba el prolongado sonido de antes de que cayera la noche, pero era tan pacífico que no perturbaba la tranquilidad de la noche. Dvánov se tumbó en la

cama y se durmió boca arriba. Apresurándose para hacerlo antes de que se acabara la vela, Serbínov escribió una carta a Sofía Alexándrovna: informaba a ésta de que en Chevengur había sido organizado el comunismo por los proletarios vagabundos reunidos en un solo lugar, y que entre ellos vivía el semiintelectual Dvánov, quien, por lo visto, había olvidado las razones por las que había acudido a aquella ciudad. Serbínov observó a Dvánov dormido, su rostro cambiado por tener los ojos cerrados, y sus piernas estiradas en una paz de muerte. Se parece, escribió Serbínov, a la fotografía de su primer amante, pero me es difícil imaginar que él la amara. Serbínov añadió también que durante las misiones de servicio le dolía el estómago, y que él estaría dispuesto, al igual que este medio intelectual, a olvidar cuál era el motivo por el que había acudido a Chevengur y quedarse en él para existir.

La vela se apagó y Serbínov se acostó sobre el baúl temiendo no poder dormirse enseguida. Pero se durmió inmediatamente y el nuevo día amaneció ante él en un santiamén, como lo habría hecho para un hombre feliz.

Por aquella época en Chevengur se habían almacenado numerosos objetos, Serbínov paseaba y los observaba sin entender la utilidad de los mismos.

Ya por la mañana a Serbínov le había llamado la atención una sartén de madera de abeto que había sobre la mesa, y que en el tejado, que había sido perforado, permanecía incrustada una bandera de hierro incapaz de someterse al viento. La ciudad en sí se había apretado en tal estrechez que Serbínov pensó en el real aumento de la superficie sembrada a cuenta del espacio habitable. Hasta donde alcanzaba la vista, los de Chevengur trabajaban con celo; permanecían sentados en la yerba o de pie en cobertizos y zaguanes, y cada uno de ellos trabajaba en aquello que le era necesario: dos hombres estaban tallando un tronco de madera; otro cortaba y curvaba el hierro que había sido arrancado del tejado por falta de material, y otros cuatro, recostados contra el seto, trenzaban unos *lapti* de reserva por si alguien deseara hacerse peregrino.

Dvánov se despertó antes que Serbínov y se apresuró a ir en busca de Gópner: los dos amigos se encontraron en la he-

rería y allí fue donde los halló Serbínov. Dvánov había realizado un invento: convertir la luz del sol en electricidad. Para ello Gópner había sacado de sus marcos todos los espejos de Chevengur y había reunido también todos los cristales más o menos gruesos. Con aquel material Dvánov y Gópner habían confeccionado complicados prismas y reflectores para que la luz del sol al atravesarlos o reflejarse se transformara y, en el extremo del aparato, se convirtiera en corriente eléctrica. El aparato estaba listo hacía dos días pero no producía electricidad. Los demás venían a ver la máquina de luz de Dvánov y, aunque ésta no podía funcionar, decidieron, pese a todo, algo necesario: considerar la máquina correcta e imprescindible ya que había sido inventada y construida por el trabajo físico de dos camaradas.

Cerca de la herrería había una torre construida con lodo y paja. Por la noche trepaban a la misma los «otros» y encendían una hoguera para que los que deambulaban por la estepa pudieran ver dónde había un refugio para ellos; pero, o bien las estepas se habían quedado vacías o las noches se habían vuelto despobladas, porque nadie se había presentado todavía a la luz del faro de barro.

Mientras Dvánov y Gópner trataban de conseguir la mejora de su aparato solar, Serbínov se encaminó hacia el centro de la ciudad. Entre las casas quedaba muy poco espacio para poder caminar, y ahora era casi imposible transitar porque los «otros» habían sacado sus últimos artículos a la calle para terminarlos: ruedas de madera de dos *sazhen* de diámetro, botones de hierro, monumentos de barro que representaban con mucho parecido a los camaradas queridos, incluido Dvánov, una máquina autorrotativa construida con despertadores estropeados, una estufa que no necesitaba combustible en la que se había utilizado el relleno de todos los edredones y almohadas de Chevengur, pero dentro de la cual sólo podía calentarse a la vez una persona, la que más frío tuviera. Había además otros objetos cuya utilidad Serbínov no podía imaginar en absoluto.

—¿Dónde tenéis aquí el Comité Ejecutivo? —preguntó Serbínov al atareado Karchuk.

—Lo hubo pero ya no está: lo había ejecutado ya todo —le explicó Karchuk—. Pregúntale a Chepurni: ¿no ves que

le estoy haciendo al camarada Páshintsev una espada con un hueso de toro?

—¿Y por qué vuestra ciudad está en campo abierto pero edificada con tanta estrechez? —siguió preguntando Serbínov.

Pero Karchuk se negó a responderle:

—Pregúntaselo a quien quieras, ¿no ves que estoy trabajando y eso significa que no estoy pensando en ti sino en Páshintsev, que es para quien va a ser esta espada?

Así que Serbínov preguntó a otro hombre que acababa de traer barro del barranco para la confección de monumentos, y que tenía un rostro de rasgos mongoles.

—Nosotros vivimos entre nosotros sin pausas —le explicó Chepurni, que era quien transportaba el barro.

Serbínov se rió de él y de las ruedas de madera de dos *sazhen*, así como de los botones de hierro. A Serbínov le daba vergüenza reírse, pero Chepurni estaba delante de él, le miraba y no se enfadaba.

—Estáis trabajando duramente —dijo Serbínov para dejar de sonreír lo antes posible—, pero he visto vuestros trabajos, y son inútiles.

Chepurni miró a Serbínov de los pies a la cabeza, fijamente y con aire serio, y vio en él a un ser humano que se había quedado retrasado respecto de las masas.

—Es que nosotros no trabajamos para la utilidad, sino el uno para el otro.

Serbínov ya no se reía: no lograba entender nada.

—¿Cómo? —preguntó.

—Así exactamente —confirmó Chepurni—. ¿Y cómo podría ser de otro modo, hombre? Tú debes de ser un sin partido; la burguesía era la que quería la utilidad del trabajo, pero no le resultó: uno no tiene aguante para torturar su cuerpo por un objeto —Chepurni se percató del aire sombrío de Serbínov y sonrió—. Pero esto no es ningún peligro para ti, te acostumbrarás a vivir con nosotros.

Serbínov siguió caminando sin imaginar nada: era capaz de inventar muchas cosas, pero no podía entender lo que tenía ante sus ojos.

A la hora del almuerzo invitaron a Serbínov a comer a la pradera y le dieron de primero potaje de yerbas y de segun-

do verduras trituradas: con los dos platos Simón se sació de sobra. Estuvo a punto de abandonar Chevengur para volver a Moscú, pero Chepurni y Dvánov le pidieron que se quedara hasta el día siguiente: a la hora del desayuno le confeccionarían algo como recuerdo y le prepararían también algo para el viaje.

Serbínov se quedó, y decidió no pasar después por la capital de la provincia para hacer el informe, sino escribirlo y enviarlo por correo, porque, tras el almuerzo, escribió al Comité de la provincia diciendo que en Chevengur no había comité ejecutivo pero sí muchos objetos felices aunque inútiles; la superficie sembrada no había disminuido, por el contrario había aumentado debido a que la ciudad había sido replanificada y se había concentrado más, pero no había nadie que se sentara a llenar los datos e informar acerca de esto, porque era imposible encontrar ningún secretario cuerdo entre todos los habitantes de la ciudad. Como conclusión, Serbínov expresó su idea de que, probablemente, Chevengur había sido conquistada por una pequeña nacionalidad desconocida o por unos vagabundos que estaban de paso por aquellas tierras, que desconocían el arte de la información y que la única señal que emitían al mundo era la de un faro de barro sobre el que por las noches ardía paja o cualquier otra materia seca; que entre los vagabundos había un intelectual y un maestro cualificado, pero que los dos se habían olvidado completamente de sí mismos. Serbínov proponía que las conclusiones prácticas se sacaran en la capital de la provincia.

Simón releyó lo escrito: quedaba inteligente, ambiguo, enemistoso y burlón tanto contra la capital como contra Chevengur, tal y como hacía siempre cuando escribía respecto a personas a las cuales no confiaba poder convertir en sus amigos. Se había dado cuenta enseguida de que en Chevengur todas las personas se habían repartido recíprocamente entre sí antes de su llegada y que a él no le quedaba nadie, por lo que Serbínov no podía olvidar el objetivo de su viaje de trabajo.

Después del almuerzo Chepurni se puso de nuevo a acarrear barro, y fue a él a quien se dirigió Serbínov para aver-

guar qué había que hacer para enviar dos cartas y dónde estaba correos. Chepurni cogió ambas cartas y dijo: «Echas de menos a los tuyos? Envíaremos las cartas hasta un punto de correos por medio de un hombre que vaya a pie. Yo también echo de menos a Prokofi, pero no conozco su paradero.»

Karchuk había terminado la espada de hueso para Páshintsev; hubiera deseado seguir trabajando para vencer el aburrimiento, pero no tenía nadie en quien pensar, nadie para quien trabajar, así que raspaba la tierra con una uña sin sentir ninguna idea de la vida.

—Karchuk —le dijo Chepurni—. Ya has cumplido con Páshintsev y ahora estás afligido al no tener a nadie por quién preocuparte: lleva, por favor, al vagón de correos las cartas del camarada Serbínov, así podrás pensar en él por el camino...

Karchuk miró a Serbínov de arriba abajo melancólicamente.

—Quizá vaya mañana —dijo—, por el momento no siento a este hombre... O tal vez arrancaré al anochecer si tengo inclinación por el visitante.

Al atardecer el suelo se puso húmedo y se levantó la niebla. Chepurni encendió la hoguera de paja sobre la torre de barro para que pudiera verla desde lejos el desaparecido Prokofi. Serbínov se hallaba tumbado, tapado con una yacifa, en una casa vacía: tenía ganas de dormirse y de tranquilizarse en el silencio de la provincia; le parecía que no sólo la distancia sino también el tiempo le separaban de Moscú, y se acurrucaba debajo de la yacifa percibiendo sus piernas y su pecho como a otra persona, también digna de compasión, y le daba calor y la acariciaba.

Karchuk entró sin pedir permiso, como un habitante del desierto o un miembro de una hermandad.

—Me voy —dijo—. Dame tus cartas.

Serbínov le entregó las cartas y le rogó:

—Quédate un rato conmigo. De todas formas vas a caminar por culpa mía toda la noche.

—No —respondió Karchuk, negándose a hacerle compañía—, pensaré en ti en solitario.

Teniendo perder las cartas, Karchuk cogió una en cada mano, las apretó fuerte y partió.

Por encima de la niebla de la tierra había un cielo limpio, y a él acababa de subir la luna; su obediente luz se debilitaba en la húmeda oscuridad de la niebla y alumbraba la tierra como si ésta fuera el fondo del mar. Los últimos seres humanos andaban silenciosos por Chevengur, y alguien había comenzado a cantar sobre la torre de barro para que se le oyera en la estepa, ya que no confiaba tan sólo en la luz de la hoguera. Serbínov se tapó la cara con la mano, deseando no ver y dormir, pero abrió los ojos bajo la mano y el sueño se alejó todavía más: un acordeón empezó a desgranar a lo lejos una alegre y combativa canción que, a juzgar por cómo sonaba, era una especie de «Manzanita»<sup>44</sup>, pero mucho más expresiva y sentida, una especie de fox trot bolchevique que Serbínov desconocía. Entre los sonidos de la música chirriaba un carro, lo que significaba que alguien se desplazaba, y se oyeron también los relinchos de dos caballos: en Chevengur relinchaba Fuerza Proletaria, y en las estepas le respondía una amiga que iba acercándose.

Simón salió fuera. En el faro de barro se elevaron solemnes llamas; acababa de prenderse un montón de paja y de viejos setos; el acordeón, sujeto por manos firmes, tampoco disminuía su son sino que éste iba aumentando cada vez más invitando a la población a que ocupara un sitio en la vida.

En el faetón iba Prokofi y el desnudo músico —que en tiempos había abandonado Chevengur a pie siguiendo a su esposa—, y tiraba del carro una flaca yegua que relinchaba. Detrás del faetón caminaban unas cuantas mujeres descalzas: eran unas diez o más e iban en dos filas; en la primera de ellas marchaba Klavdiusha.

Los de Chevengur recibieron a sus futuras esposas en silencio; permanecieron de pie bajo la luz del faro, pero no dieron ni un paso adelante ni dijeron palabras de bienvenida porque, aunque los que acababan de llegar eran seres humanos y camaradas, eran a un tiempo mujeres. Kopionkin sentía vergüenza y respeto ante las mujeres que habían sido traídas; además temía mirar demasiado a las mujeres por respon-

sabilidad ante Rosa Luxemburgo, y se marchó para calmar a Fuerza Proletaria, que bramaba con fuerza.

El faetón se detuvo. Los «otros» desengancharon enseguida la yegua y se llevaron el carroje en volandas hacia las profundidades de Chevengur.

Prokófiev cortó la música e hizo una señal a la procesión de mujeres de que no se apresuraran más.

—¡Camaradas del comunismo! —clamó Prokofi hacia el silencio del pequeño pueblo—. He cumplido vuestra decisión: ante vosotros tenéis a vuestras futuras esposas traídas a Chevengur en orden de marcha; para Zhéiev he engatusado a una pobre especial...

—¿Y cómo la has engatusado? —preguntó Zhéiev.

—Maquinalmente —le explicó Prokofi—. Músico, vuélvete con tu instrumento hacia las esposas y tócales una fanfarria para que no se sientan tristes en Chevengur y amen a los bolcheviques.

El músico tocó.

—Magnífico —aprobó Prokofi—. Klavdiusha, distribuye a las mujeres para que descansen. Mañana les pasaremos revista y las organizaremos en una marcha solemne ante la organización de la ciudad: la luz de la hoguera no deja que se vean las caras.

Klavdiusha condujo a las mujeres que dormitaban hacia la oscuridad de la vacía ciudad.

Chepurni rodeó con sus brazos el pecho de Prokofi y le dijo aparte:

—Prosha, las mujeres no son ahora una necesidad urgente, lo importante es que hayas vuelto. ¿Quieres que mañana te confeccione cualquier cosa y te la regale?

—Regálame a Klavdiusha!

—Te la regalaré, Prosha, pero tú mismo te la has regalado. ¡Llévate, por favor, algo más!

—Deja que lo piense —opuso su decisión Prokofi—, ahora mismo, no sé por qué, no siento ninguna demanda ni apetito... ¡Hola, Sasha! —le dijo a Dvánov.

—¡Hola, Prosha! —le respondió lo mismo Dvánov—. ¿Has visto en alguna parte otras gentes? ¿Por qué siguen viviendo por ahí?

<sup>44</sup> Canción revolucionaria muy conocida en la antigua URSS.

—Viven allí por culpa de la paciencia —formuló Prokofi para consuelo de todos—, no se alimentan de la revolución; se les ha organizado la contrarrevolución, y sobre la estepa se agitan ya negras tormentas, sólo quedamos nosotros con honor...

—Dices tonterías, camarada —dijo Serbínov—. Yo vengo de allí y también soy revolucionario.

—Bueno, pues peor todavía; deberías estar allí —concluyó Prokofi.

Serbínov no supo que responderle. La hoguera de la torre se apagó y aquella noche no volvió a encenderse.

—Prosha —preguntó Chepurni en la oscuridad—, dime, por favor, ¿quién te ha regalado la música?

—Un burgués que pasaba. El me regaló la música y yo le dejé vivir a bajo precio: ya sabes que en Chevengur no hay más placer que la campana, pero eso ya es religión.

—Aquí, Prosha, tenemos ahora placer sin campanas ni otras mediaciones.

Prokofi se metió en el local inferior de la torre y se durmió de agotamiento.

Chepurni también se acostó cerca de él.

—Respira más, calienta el aire —le pidió Prokofi—. He cogido frío en los lugares vacíos.

Chepurni se alzó un poco y durante mucho tiempo estuvo respirando aceleradamente, luego se quitó el capote, envolvió con él a Prokofi y arrimado a él se sumió en la alienación de la existencia.

El día siguiente amaneció apacible; el músico se convirtió en el hombre más importante y tocó con el acordeón una marcha de preámbulo que emocionó a todos los «otros» ya descansados.

Las esposas estaban sentadas y dispuestas, ya calzadas y vestidas por Klavdiusha con lo que pudo encontrar en los desvanes de Chevengur.

Los «otros» se presentaron más tarde y, turbados, no miraban a aquellas que les habían sido destinadas para que las amaran. Ahí estaban Dvánov, Gópner, Serbínov y los primeros conquistadores de Chevengur. Serbínov acudió para pedir que se le preparara los medios para marcharse, pero Ko-

pionkin se negó a darle para el viaje a Fuerza Proletaria. «Puedo darte el capote —le dijo—, me ofrezco a mí mismo por veinticuatro horas, llévate lo que quieras pero no me pidas el caballo, no me enfades: ¿cómo podría desplazarse a Alemania?». Serbínov pidió entonces a Prokofi la yegua que había traído el día anterior y se dirigió a Chepurni. Éste replicó a Serbínov que no debería marcharse, que tal vez se acostumbrara a vivir allí, porque había comunismo y, de todas formas, no tardarían en presentarse en ella todos los hombres: ¿para qué entonces ir en busca de ellos cuando todos se dirigían hacia Chevengur?

Serbínov se alejó de él. «¿Adónde quiero ir? —pensaba él—. Aquella caliente parte de mi cuerpo que desapareció en Sofía Alexándrovna ha sido digerida ya dentro de ella, destruida y expulsada como un alimento cualquiera que no deja huella...»

Chepurni había comenzado a expresarse en voz alta, y Serbínov se olvidó de sí mismo para escuchar la palabra desconocida.

—Prokofi representa el afán contra las cargas que pesan sobre el proletariado —profirió Chepurni en medio de la multitud—. Acaba de proporcionarnos las mujeres en cantidad razonable, aunque la dosis no deja de ser algo débil... ¡Después me dirigiré al cuerpo de mujeres, para hacer que con la palabra resuene la alegría de la espera! Que alguien me diga, por favor: ¿por qué respetamos las condiciones naturales? Porque nos las comemos. ¿Y por qué invitamos a las mujeres con nuestro gesto? Porque a la naturaleza la respetamos por el alimento y a las mujeres por el amor. Y aquí quiero expresar nuestro agradecimiento a las mujeres que han venido a Chevengur como camaradas de un orden especial, e invitarlas a que, junto con nosotros, vivan y se alimenten del mundo, y obtengan la felicidad en Chevengur por medio de los camaradas-hombres...

Las mujeres se asustaron nada más oírle: los hombres de antes siempre empezaban el asunto con ellas directamente por el final, pero éstos se aguantaban, pronunciaban antes un discurso; así que las mujeres levantaron los abrigos y capotes masculinos con los que las había vestido Klavdiusha

hasta la nariz, tapando el orificio de la boca. No le temían al amor, porque ellas no habían amado, sino a las torturas, casi a la destrucción de sus cuerpos por parte de aquellos secos y pacientes hombres vestidos con capotes de soldado y con rostros que mostraban la rudeza de sus vidas. Estas mujeres no habían tenido juventud ni ninguna otra edad definida, habían canjeado sus cuerpos, su edad y su florecimiento por alimentos, y dado que obtener el alimento acarreaba siempre para ellas un perjuicio, sus cuerpos se habían desgastado mucho tiempo antes de la muerte; por eso parecían niñas y viejecitas, madres y hermanas pequeñas mal alimentadas; las caricias de los maridos debían haberles producido dolor y terror. Prokofi, durante el viaje, intentó abrazarlas; las había llevado al faetón para hacer la prueba, pero ellas habían gritado ante su amor como se grita cuando se está enfermo.

Ahora las mujeres permanecían sentadas ante las miradas de los de Chevengur y estiraban bajo su ropa las arrugas de la piel sobrante sobre sus desgastados huesos. Entre las llegadas a Chevengur, sólo Klavdiusha era lo suficientemente confortante y rellena, pero hacia ella ya había manifestado sus simpatías Prokofi.

Yákov Títich era el que meditaba más al observar a las mujeres: una de ellas le pareció que estaba más triste que las demás; tenía frío debajo del viejo capote; cuántas veces había estado dispuesto a entregar media vida, cuando aún le quedaba mucha, a cambio de encontrar para sí un verdadero parente, un hermano de sangre, entre los extraños y los «otros». Y aunque los «otros» fueran en todas partes camaradas suyos, lo eran únicamente de estrecheces y desgracias, de las desgracias de la vida, y no por proceder de un solo vientre. Ahora en Yákov Títich no quedaba la mitad de la vida sino su último resto, pero podría regalar a cambio de un familiar la libertad y el pan de Chevengur, y por aquél emprender de nuevo el desconocido camino de peregrinaciones y miserias.

Yákov Títich se acercó a la mujer que había elegido y le palpó la cara, pensando que, por fuera, ella se le parecía.

—¿De quién eres? —le preguntó—. ¿Con qué vives en este mundo?

La mujer apartó su cabeza y Yákov Títich vio su cuello más abajo de la nuca: allí había una larga y profunda cavidad y dentro de ella se concentraba la suciedad del desamparo; toda su cabeza, cuando la mujer la había levantado de nuevo, se sujetaba con timidez sobre el cuello como sobre un tabllo que se estaba secando.

—¿De quién eres pues, tan escasa?

—De nadie —respondió la mujer, y, frunciendo el ceño, comenzó a agitar los dedos, ajena a Yákov Títich.

—Vámonos a casa, te rascará para quitarte la suciedad del cuello y las costras —dijo de nuevo Yákov Títich.

—No quiero —dijo la mujer—. Dame un poco de algo, entonces me levantaré.

Durante el viaje Prokofi le había prometido que la casaría; pero ella, al igual que sus compañeras, no sabía muy bien qué era eso, y sólo adivinaba que su cuerpo sería torturado por un solo hombre en lugar de por muchos, por eso había pedido un regalo antes de las torturas, ya que después a uno no le regalaban nada sino que le echaban. Se encogió todavía más debajo del capote que le venía muy grande, protegiendo debajo de él su cuerpo desnudo que le servía tanto de vida como de medio para vivir, y también de única esperanza no alcanzada; más allá de la piel, comenzaba para la mujer un mundo ajeno en el que ella no lograba conseguir nada, ni siquiera la ropa para resguardarse del frío y preservar su cuerpo como fuente de alimento para ella y de felicidad para otros.

—Pero qué esposas son éstas, Prosha? —preguntó dubitativo Chepurni—. Si son abortos ochomesinos, les falta sustancia!

—¿Y a ti que te importa? —le replicó Prokofi—. Deja que el comunismo les sirva de noveno mes.

—¡Tienes razón! —exclamó satisfecho Chepurni—. En Chevengur madurarán deprisa, como en un vientre cálido, y entonces ya nacerán enteras.

—¡Eso es! ¡Además de que el resto del proletariado no desea manjares especiales, le basta con librarse del desasosiego de la vida! ¿Qué es lo que quieras? Las cojas por donde las cojas son mujeres, seres humanos que tienen un vacío donde alojarse.

—No existen esposas así —dijo Dvánov—. Así son las madres, para quienes las tienen.

—O las hermanas pequeñas —definió Páshintsev—. Yo tuve una hermanita igual de oxidada, que comía mal y que acabó muriendo debido a sí misma.

Chepurni escuchaba a todos y por su costumbre pensaba establecer una conclusión, pero dudaba recordando la escasez de su cerebro.

—¿Pero qué es lo que tenemos más aquí, maridos o huérfanos? —preguntó, pero sin pensar en ese problema—. Propongo, y así lo formulo, que, lo primero, todos los camaradas besen una vez a esas lastimosas mujeres, entonces será más claro qué se puede sacar de ellas. Camarada músico, pásale por favor la música a Piúzia para que nos toque algo de música con notas.

Piúzia comenzó a tocar una marcha en la que se adivinaba el movimiento de un regimiento: no le gustaban las canciones de la soledad, ni los valses, y le daba vergüenza tocarlos.

A Dvánov le tocó ser el primero en besar a todas las mujeres: al besarlas abría la boca y apretaba entre los suyos los labios de cada mujer con el ansia del cariño, y abrazaba levemente con el brazo izquierdo a la mujer de turno, para que ésta permaneciera quieta y no se apartara de él mientras Dvánov la estaba tocando.

También Serbínov tuvo que besar a todas las futuras esposas, pero le tocó ser el último, aunque también esto le contentó: Simón se sentía siempre más tranquilo en presencia de otro ser humano aunque fuera desconocido, y tras los besos pasó veinticuatro horas viviendo satisfecho. Ahora ya no deseaba tanto marcharse, apretaba sus manos de contento, y sonreía, invisible en el movimiento de la multitud y el rápido ritmo de la marcha que sonaba.

—Y bien, qué dices, camarada Dvánov? —preguntó Chepurni, interesado por lo que iba a seguir, al tiempo que se limpiaba la boca—. ¿Son esposas o nos servirán de madres? ¡Piúzia, márcanos silencio para la conversación!

Pero Dvánov no lo sabía: no había visto a su madre ni nunca había sentido a una esposa. Se acordó de la seca vetustez de los cuerpos femeninos que acaba de sujetar para besar-

los y cómo una de las mujeres se había estrechado contra él, débil como una ranita, bajando para esconderla, la acostumbrada triste cara; a su lado, Dvánov retuvo sus recuerdos —la mujer olía a leche y a camisola sudada. Y volvió a besarla, esta vez en el borde de la camisola y en el pecho, tal y como solía besar siendo niño el cuerpo y el sudor de su padre ahorrado.

—Mejor que sean madres —dijo.

—¡Los que haya aquí huérfanos que elijan ahora una madre! —anunció Chepurni.

Huérfanos lo eran todos y las mujeres sólo diez: nadie dio un primer paso en dirección a las mujeres para adquirir una madre, todos de antemano se la ofrecían al compañero más necesitado. Entonces Dvánov entendió que también las mujeres eran huérfanas, así que sería mejor que fuesen ellas las primeras en elegir para sí hermanos o padres entre los de Chevengur, y que en eso quedara.

Las mujeres eligieron enseguida entre los «otros» a los más mayores; con Yákov Títich quisieron vivir incluso dos, y éste se llevó a ambas. Ninguna de las mujeres creía en la paternidad o en la hermandad de los de Chevengur, por lo que trataron de encontrar un marido que no necesitara durante el sueño nada más que calor. Únicamente una medio niña, morena, se le acercó a Serbínov.

—¿Qué quieras? —le preguntó con miedo aquél.

—¡Quiero que nazca de mí una bolita caliente, y ver qué le sucede!

—No puedo, me voy a ir de aquí para siempre.

La morena sustituyó a Serbínov por Kiriéi.

—No estás mal como mujer —le dijo Kiriéi—. ¡Te regalare lo que quieras! Cuando nazca tu bolita caliente no se enfriará nunca.

Prokofi cogió del brazo a Klavdiusha.

—Bueno, ¿y nosotros qué vamos a hacer, ciudadana Klobzd?

—Bueno, Prosha, nosotros somos conscientes, sabemos lo que hay que hacer...

—Tienes razón —apostilló Prokofi. Levantó un puñado de triste barro y lo arrojó hacia algún lugar de la soledad—.

No sé por qué pero me siento todo el tiempo lleno de sentimientos serios: es hora ya de que organice una familia, o es que tengo que soportar el comunismo... ¿Cuántos fondos has conseguido ahorrar?

—¡Qué cuánto ni cuánto! Lo que he vendido en el viaje es lo que he ganado, Prosha; por dos pellizas y por la plata me pagaron justo lo que valían, y lo demás se ha ido en gastos.

—Bueno, no importa: por la tarde me harás las cuentas, aunque confío en ti estoy preocupado. ¿Y sigues guardando el dinero en casa de tu tía?

—¿Dónde si no, Prosha? Ahí está seguro. ¿Pero cuándo me vas a llevar a la jefatura de la provincia? Me prometiste, entre otras cosas, enseñarme la capital y me has traído de nuevo a este sitio, que no puede ser más vulgar. ¿Qué voy a hacer yo aquí, sola entre las pordioseras? ¡Ni siquiera tengo ante quien lucir mi vestido! ¿A quién se lo voy a enseñar? ¿Es ésta la sociedad del distrito? Son vagabundos acuartelados. ¿A qué viene atormentarme con semejantes gentes?

Prokofí suspiró: ¿qué se podía hacer con una individua como aquella cuya inteligencia estaba muy por debajo de sus encantos femeninos?

—Vete, Klavdiusha, ocúpate de las mujeres forasteras y yo voy a pensar: una cabeza sirve, pero otra más está de sobra.

Los bolcheviques y los «otros» habían abandonado el lugar anterior y habían comenzado de nuevo a trabajar en la confección de artículos para aquellos camaradas a quienes ellos sentían a través de su idea. Tan solo Kopionkin decidió no trabajar aquel día; sombrío, limpió y atendió a su caballo y luego untó su arma con grasa de ganso que guardaba entre sus pertrechos intocables. Luego fue en busca de Páshintsev que se hallaba puliendo las piedras.

—Vashia —le dijo Kopionkin—. ¿Qué haces aquí metido desgastándote si han llegado las mujeres? Semión Serbínov antes que ellas trajo ya a Chevengur bolsas y *voyages*. ¿De qué sirve vivir olvidándose? La burguesía atacará sin falta, ¿dónde están tus bombas, camarada Páshintsev? ¿Dónde está tu revolución y su reserva intacta?

Páshintsev arrancó del ojo dañado una suciedad disecada, y, mediante la fuerza de su uña, la hizo volar hacia el seto.

—¡Me hago cargo de ello, Stepán, y te saludo! ¡Por eso precisamente estoy destrozando mis fuerzas en las piedras, porque si no me aflijo y lloro entre las bardanas...! ¡¿Pero dónde se ha metido Piúsia, de qué clavo pende su música?!

Piúsia se hallaba recogiendo acederas en las partes traseras de lo que antes habían sido casas campesinas.

—¿Se te antoja escuchar otra vez los sonidos? —preguntó desde detrás de un cobertizo—. ¿Echas de menos el he-roísmo?

—¡Piúsia, tócanos a Kopionkin y a mí la «Manzana», dános el ritmo del ánimo de vivir!

—Bueno, espera, ahora os lo marcaré.

Piúsia trajo el instrumento cromático, y con el rostro serio de artista profesional tocó para los dos amigos la «Manzana». Kopionkin y Páshintsev lloraban emocionados mientras Piúsia trabajaba en silencio delante de ellos: pues en esos momentos no vivía sino que desempeñaba una labor.

—¡Para, no me acongojes más! —le rogó Páshintsev—. Dame mejor cosas melancólicas.

—De acuerdo —asintió Piúsia y empezó a tocar una melodía lánguida. El rostro de Páshintsev se secó, se sumergió en los melancólicos sonidos y pronto comenzó a cantar siguiendo la música:

Ah, camarada de combate,  
avanza y canta,  
tiempo es ya de que vayamos al encuentro de la muerte  
cuando da vergüenza vivir y tristeza perder la vida...  
Ah, camarada, marcha al paso,  
nuestras madres nos prometieron la vida,  
pero «Espera, me dijo la mía,  
entierra antes al enemigo,  
y luego, tú, descansa encima...»

—Basta de graznar —cortó Kopionkin, que estaba sentado sin hacer nada, al cantante—, como no te ha tocado mujer, quieras asediarte una con tu canción. Ahí viene corriendo para acá una bruja.

Se aproximó la futura mujer de Kiriéi, que tenía la piel tan negra como la de la hija de un pechenega<sup>45</sup>.

—¿Qué quieres? —le preguntó Kopionkin.

—Nada. Quiero escuchar, la música hace que me duela el corazón.

—¡Uf, la muy canalla! —y Kopionkin se levantó para marcharse.

En ese momento llegó Kiriéi para llevarse a su esposa de vuelta a casa.

—¿Por qué te escapas, Grusha? He recogido mijo para ti, vamos a moler los granos: por la noche comeremos crepes, se me antoja algo de pasta.

Y los dos se dirigieron al cuarto trastero en el que Kiriéi antes tan sólo pernoctaba de vez en cuando, pero del que ahora había hecho refugio estable para Grusha y para sí.

Kopionkin a su vez caminó cruzando Chevengur: quiso asomarse a la estepa abierta a la que hacía tiempo no había salido porque se había acostumbrado sin darse cuenta al angosto ajetreo de Chevengur. Fuerza Proletaria, que descansaba en el interior de uno de los graneros, oyó los pasos de Kopionkin y relinchó a su amigo con su melancólica bocaza. Kopionkin se lo llevó consigo y el caballo empezó a saltar a su lado presintiendo una cabalgada por la estepa. En los límites de Chevengur Kopionkin saltó al caballo y desenvainó el sable; de su pecho, que había permanecido callado durante mucho tiempo, salió un grito indignado, y galopó hacia el silencio otoñal de la estepa haciéndola retumbar como si fuera de granito. Tan sólo Páshintsev vio la carrera de Fuerza Proletaria por la estepa y su desaparición junto con el jinete en la lejana bruma parecida a la noche naciente. Páshintsev acababa de subirse al tejado desde donde le gustaba observar el vacío de los espacios del campo y el fluir del aire por encima de ellos. «Ya no volverá —pensó Páshintsev—. Es hora ya de que también yo conquiste Chevengur, para agradarle a Kopionkin.»

<sup>45</sup> Pueblo nómada de raza mongol, que se estableció en el siglo IX en la orilla septentrional del mar Negro.

Kopionkin volvió pasados tres días, entró en la ciudad al paso, a lomos del enflaquecido caballo, y dormitando.

—Cuidad Chevengur —dijo a Dvánov y a dos de los «otros» que se le cruzaron en el camino—, dadle yerba al caballo, de beber le daré yo mismo cuando me levante —y Kopionkin, tras bajar del caballo, se durmió sobre un lugar desnudo, deteriorado por tránsito frecuente.

Dvánov llevó el caballo a un lugar de yerbas altas, mientras pensaba en la construcción de un barato cañón proletario para la defensa de Chevengur. Las yerbas crecían allí mismo, así que Dvánov soltó a Fuerza Proletaria y se quedó de pie en la espesura de avena loca; en ese momento no pensaba en nada, y el viejo conserje que había en su mente velaba por la paz de su tesoro: no podía dejar entrar más que a un visitante, un solo pensamiento que vagabundeara por el exterior. Pero fuera no existía tal pensamiento: se extendía la vacía tierra, casi apagada ya; el sol menguante trabajaba en el cielo cual aburrido objeto artificial, mientras que los habitantes de Chevengur no pensaban en el cañón sino el uno en el otro. Entonces el conserje abrió la puerta trasera de los recuerdos, y Dvánov volvió a sentir en el interior de su cabeza el calor de la conciencia; va, de niño, camino de la aldea por la noche; su padre le lleva de la mano y Sasha cierra los ojos, duerme y se despierta mientras anda. «¿Qué te pasa, Sasha, estás cansado de tanto andar? ¿Qué te pasa, te has cansado por lo largo que ha sido el día? Ven entonces a mis brazos, duerme sobre mi hombro.» Y su padre lo coge en brazos a su cuerpo, y Sasha se duerme cerca del cuello de su padre. El padre lleva a la aldea pescado para vender, y su zurrón, lleno de sargos, desprende olor a humedad y a yerbas. Al final del día había caído un chaparrón; el camino está cubierto de pesado lodo, de frío y de agua. Sasha se despierta de repente y se pone a gritar: por su pequeño rostro se desliza un pesado frío; su padre está insultando a un campesino que acaba de adelantarles sobre una telega herrada, y cuyas ruedas habían salpicado al padre y al hijo de lodo. «¿Papá, por qué el barro salta de la rueda y pelea?» «La rueda, Sasha, da vueltas; el barro se agita, se desprende de ella y se lanza con todo su peso.»

—Hace falta una rueda —determinó Dvánov en voz alta—. Un disco de madera herrado; desde él se pueden arrojar contra el enemigo ladrillos, piedras y basura, porque no tenemos obuses. Lo haremos girar con una brida de caballo y, ayudando con las manos, hasta podremos lanzar polvo y arena... Gópner está ahora sentado en la presa, puede que haya otra vez alguna rotura oculta...

—¿Le he molestado? —preguntó Serbínov que se había acercado lentamente.

—No, ¿por qué lo pregunta? No estaba pensando en mí. Serbínov estaba fumando el último cigarrillo de su reserva de Moscú, y se preguntaba con temor qué fumaría después.

—Usted conoció a Sofía Alexándrovna, ¿no es así?

—Sí, la conocí —respondió Dvánov—, usted también?

—La conocí.

Kopionkin, que se hallaba durmiendo junto al camino de tierra, se alzó a medias apoyándose en las manos, gritó algo breve en medio del delirio y se puso a dormir y a roncar de nuevo, haciendo mover con el aire que expulsaba por su nariz los tallitos de yerba muertos.

Dvánov miró a Kopionkin y se tranquilizó al verle dormido.

—Me acordaba de ella hasta que llegué a Chevengur, pero aquí la he olvidado —dijo Alexandre—. ¿Dónde y por qué le habló de mí?

—Vive en Moscú, trabaja en una fábrica. Le recuerda a usted; he observado que aquí, en Chevengur, las personas son el uno para el otro como ideas, y que también usted es una idea para ella; usted le sigue trasmitiendo todavía paz espiritual; para ella es usted un calor activo...

—No nos ha comprendido del todo bien. Aunque de todas formas me alegra saber que ella está viva; yo pensaré también en ella.

—Piense. Ya sé que para usted pensar significa mucho: significa tener o amar...

Merece la pena pensar en ella: está sola, contemplando Moscú. Ahora suenan ahí los tranvías, y hay muchísimas personas, pero no todo el mundo quiere adquirirlas.

Dvánov no había visto nunca Moscú, por lo que, de toda la capital, sólo imaginó a Sofía Alexándrovna. Y su cora-

nes se llenó de vergüenza y del viscoso pesar de los recuerdos. Hacía tiempo Sofía le trasmítia el calor de la vida, y él hubiera podido encerrarse hasta el final de sus días en la estrechez de una sola persona; sólo ahora era consciente del horror de aquella vida suya no realizada, en la que se habría quedado atrapado para siempre, como en una casa desmoronada. Un gorrión pasó volando rápidamente con el viento, se posó sobre un seto y pió atemorizado. Kopionkin alzó un poco la cabeza y, tras recorrer el olvidado mundo con sus ojos muertos, se puso a llorar con todas sus fuerzas; sus brazos se apoyaban impotentemente en el polvo, sujetando su cuerpo debilitado por la conturbación vivida en el sueño: «¡Sasha, Sasha querido! ¿Por qué no me dijiste nunca que ella sufre en la tumba y que le duele su herida? ¡Cómo puedo vivir yo aquí habiéndola dejado abandonada, sola, en los tormentos sepulcrales!» Kopionkin había pronunciado estas palabras con quejumbroso llanto ante el agravio, con el insufrible dolor que bramaba dentro de su cuerpo. Con el pelo crespo, de edad avanzada y deshaciéndose en copioso llantó, intentó ponerse en pie de un salto para arrancar corriendo: «¡Dónde está mi caballo, cabrones? ¡Dónde está mi Fuerza Proletaria? ¡Lo habéis envenenado en ese cobertizo vuestro, me habéis engañado con el comunismo, voy a morir por culpa vuestra!», y Kopionkin se desplomó otra vez y se volvió a dormir.

Serbínov miró hacia el horizonte, donde a mil verstas de distancia estaba Moscú, y allí, en una orfandad sepulcral yacía su madre y sufría sepultada en la tierra. Dvánov se acercó a Kopionkin, colocó la cabeza del que dormía sobre un gorro y se percató de que tenía los ojos semiabiertos y de que éstos se movían rápidamente en el sueño. «A qué vienen esos reproches? —susurró Alexandre—. ¿Acaso mi padre no sufrió en el fondo del lago y no me espera a mí? Yo también lo recuerdo.»

Fuerza Proletaria dejó de comer yerba y se acercó con precaución a Kopionkin, sin hacer ruido con las patas. El caballo aproximó su cabeza al rostro de Kopionkin y olió la respiración del hombre, lamió luego suavemente con su lengua los párpados medio cerrados de éste, y Kopionkin, tranquilí-

zado, cerró los ojos por completo y se quedó inmóvil inmerso en un sueño que proseguía. Dvánov amarró el caballo al seto, cerca de Kopionkin, y junto con Serbínov se dirigió a la presa donde estaba Gópner. A Serbínov ya no le dolía el vientre, iba olvidando que Chevengur era un sitio ajeno, que estaba allí en misión de servicio por una semana, y su cuerpo se había acostumbrado a los olores de esta ciudad y al enrarecido aire de la estepa. Junto a una de las *jatas* de las afueras se hallaba colocado, apoyado en la tierra, y a cubierto de la lluvia por medio de una bardana, el monumento a Prokofi hecho de arcilla; Chepurni había estado hacia poco pensando en Prokofi y le había hecho aquella estatua, con lo que había satisfecho por completo y concluido su sentimiento por aquél. Ahora Chepurni echaba de menos a Karchuk, que había partido a llevar las cartas de Serbínov, y preparaba el material para el monumento de barro dedicado al camarada ausente.

La estatua de Prokofi se parecía muy poco a éste, pero, en cambio, recordaba tanto a Prokofi como a Chepurni a un tiempo. Con la inspiración del cariño y la rudeza de un trabajo torpe el autor había dado forma a la estatua del querido camarada elegido, y el monumento le había salido como una convivencia, poniendo al descubierto la honestidad del arte de Chepurni.

Serbínov desconocía el valor de otro arte, y resultaba estúpido cuando en las conversaciones de Moscú, en medio de un grupo de personas, disfrutaba permaneciendo sentado contemplando a la gente, sin entender y sin escuchar lo que ésta decía. Se detuvo delante del monumento, y Dvánov junto a él.

—Habrá que hacerlo de piedra y no de barro —dijo Serbínov—, porque el tiempo, el mal tiempo, lo fundirá. Porque ésto no es arte, es el fin de la chapuza prerrevolucionaria del trabajo y del arte en el mundo entero; es la primera vez que veo un objeto sin mentira y sin explotación.

Dvánov no dijo nada, no sabía cómo podía ser de otra manera. Y los dos se dirigieron al valle del río.

Gópner no se ocupaba de la presa, estaba sentado en la orilla y confeccionaba con trozos de madera un marco de

ventana para el invierno como regalo a Yákov Títich. Éste temía que se le resfriaran en invierno sus dos mujeres-hijas. Dvánov y Serbínov esperaron a que Gópner terminara el marco para empezar a construir los tres juntos el disco de madera concebido para el lanzamiento de piedras y ladrillos contra los enemigos de Chevengur. Dvánov se hallaba sentado y podía oír que la ciudad había comenzado a quedarse silenciosa. Aquel que había recibido una madre o una hija salía poco de su vivienda y procuraba trabajar bajo el mismo techo con su pariente confeccionando objetos desconocidos. ¿Sería posible que se sintieran más felices en el interior de las casas que al aire libre?

Dvánov no podía saberlo y, tristeido por ese desconocimiento, hizo un movimiento de más. Se puso en pie, reflexionó y fue en busca de material para la construcción del disco artillero. Estuvo deambulando hasta el atardecer por la intimidad de los cobertizos y los patios traseros de Chevengur. En ese embotamiento, en la espesura de bosquecillos de ajenjos, uno también hubiera podido existir, con abnegación, de alguna manera, en paciente abandono, siendo útil a la gente lejana. Dvánov encontraba distintos objetos muertos como calzado viejo, cajas de madera que antes habían contenido alquitrán, gorriones difuntos y otras cosas más. Dvánov cogía estos objetos, expresaba su condolencia ante la muerte y el olvido de los mismos, y los volvía a colocar de nuevo en su sitio para que todo permaneciera íntegro en Chevengur hasta la llegada de los días mejores de redención en el comunismo. En la espesura de armuelles, el pie de Dvánov se introdujo en alguna cosa y apenas pudo librarse: se había metido entre los radios de una rueda de cañón olvidada allí desde los tiempos de la guerra. Por su diámetro y resistencia servía perfectamente para fabricar con ella la máquina artillera. Pero era difícil llevarla rodando, la rueda pesaba más que Dvánov y Alexandre llamó a Prokofi, que estaba dando un paseo con Klavdiusha al aire libre, para que le ayudara. Llevaron entre ambos la rueda a la herrería; Gópner palpó la estructura de la rueda, la aprobó y se quedó a pernoctar allí, cerca de la rueda misma, para reflexionar tranquilamente sobre el conjunto del trabajo a realizar.

Prokofi había elegido como vivienda un edificio bolchevique de ladrillo en el que antes vivían y pernoctaban todos sin separarse. Ahora reinaba allí el orden, la ornamentación femenina de Klavdiusha, y se encendía el horno cada dos días para que el aire se mantuviera seco. En el techo habitaban moscas, el cuarto estaba rodeado de sólidas paredes que preservaban la paz familiar de Prokofi, y el suelo estaba lavado como para el domingo. A Prokofi le gustaba descansar tumbado en la cama observando los movimientos de las moscas que deambulaban por el recalentado techo, igual que lo hacían las moscas de su niñez rural por el techo de la *jata* de sus padres; así que permanecía acostado, se sosegaba e inventaba ideas que le permitieran procurarse medios para vivir y consolidar su familia. Ese día había traído a Dvánov para ofrecerle té con confitura y alimentarle con buñuelos hechos por Klavdiusha.

—¿Ves las moscas en el techo, Sasha? —dijo Prokofi señalando las moscas con el dedo—. En nuestra *jata* también vivían moscas, ¿te acuerdas o has dejado ya escaparlos?

—Me acuerdo —respondió Alexandre—. Pero aún me acuerdo más de los pájaros que volaban por el cielo como moscas bajo el techo; ahora vuelan por encima de Chevengur como si fuera por encima de una habitación.

—Claro: es que tú vivías junto al lago y no en una *jata*, no tenías más cubierta que el cielo, y el pájaro era para ti como mosca de familia.

Después de tomar el té, Prokofi y Klavdiusha se tumbaron en la cama, entraron en calor y callaron, mientras que Dvánov se durmió tumbado en un diván de madera. A la mañana siguiente Alexandre señaló a Prokofi los pájaros que volaban bajos por encima de Chevengur. Prokofi los miró; parecían moscas veloces en la matutina habitación de la naturaleza; no lejos caminaba Chepurni, descalzo y con el capote colocado sobre el cuerpo desnudo, tal y como había llegado de la guerra imperialista el padre de Prokofi. De vez en cuando las chimeneas de las estufas arrojaban humo que olía igual que la *jata* de su madre cuando ésta preparaba la comida de la mañana.

—Sasha, deberíamos preparar forraje para el comunismo de cara al invierno —manifestó preocupado Prokofi.

—Sí, Prosha, deberíamos empezar a hacerlo —convino Dvánov—. Sólo que tú te has traído confitura únicamente para ti, mientras que Kopionkin lleva años alimentándose de agua fría.

—¿Cómo que para mí? Ayer te la ofrecí a tí, ¿o es que te echaste poco en el vaso y no te enteraste? ¿Quieres que te traiga ahora una cucharada?

Dvánov no quiso comer confitura, tenía prisa por encontrar a Kopionkin para estar a su lado los momentos de tristeza.

—¡Sasha! —gritó Prokofi hacia Dvánov mientras éste se alejaba—. ¡Fíjate en los gorriones, se agitan en nuestro medio como moscas gordas!

Dvánov no le oyó y Prokofi volvió al cuarto familiar en el que volaban las moscas, mientras contemplaba a través de la ventana los pájaros que volaban sobre Chevengur. «Da lo mismo —decidió acerca de las moscas y de los pájaros—. Iré a visitar a la burguesía con la calesa, traeré dos toneles de confitura para el comunismo entero, que los «otros» beban té hasta hartarse y pasen un rato tumbados bajo el cielo pajero, como si estuvieran en sus viviendas.»

Tras pasar una vez más la mirada por los cielos, Prokofi calculó que el cielo cubría unos bienes incomparablemente más grandes que el techo: Chevengur entero se hallaba colocado bajo el cielo como los muebles de la vivienda en las familias de los «otros». De repente pensó: «Y si los «otros» se marcharan siguiendo su camino, Chepurni muriera y Chevengur quedará para Sashka? En ese punto Prokofi se dio cuenta de que se había equivocado en sus cálculos, que en ese mismo instante tenía que identificar Chevengur como su vivienda familiar, para convertirse allí en hermano mayor y heredero de todos los muebles situados bajo el cielo abierto. Incluso si se tuviera en cuenta tan sólo a los gorriones de Chevengur, se vería que eran más gordos que las moscas y que sobrepasaban a éstas en número. Prokofi inspeccionó su vivienda con mirada estimativa y decidió, para mayor provecho suyo, canjearla por la ciudad.

—¡Klavdiusha, ¿me oyes, Klavdiusha?! —llamó él a gritos a su esposa—. ¡No sé por qué, pero se me antoja regalarte nuestros muebles!

—¡Pues adelante! Regálamelos —respondió Klavdius ha—. ¡Así podría llevarlos a casa de mi tía antes de que se estropeen los caminos!

—Llévatelos antes —dijo Prokofi—. Pero quédate tú misma ahí un tiempo hasta que me haga dueño de Chevengur.

Klavdiusha comprendía que le eran imprescindibles las cosas, pero no adivinaba para qué necesitaba Prokofi quedarse solo para hacerse con la ciudad, si casi le correspondía por derecho propio, y le preguntó acerca de ello.

—No tienes el menor sentido político —le respondió el cónyuge—. Si empiezo a hacerme con la ciudad estando contigo entonces, entonces tendré que regalártela a ti sola.

—Regálamela, Prosha, vendré a recogerla con carros desde la capital!

—¡No te apresures hasta que haya orden de requisas...! ¿Y por qué te la iba a regalar? La gente diría: se acuesta con ella y no con nosotros, gasta su cuerpo en ella así que no le dará pena regalarle la ciudad... Pero si tú no estás todos sabrán que no me llevo la ciudad para mí...

—¿Cómo que no te la llevas? —se ofendió Klavdiusha—. ¿A quién entonces se la vas a dejar?

—¡Vaya, pareces la oficina de la existencia! ¡Escucha cómo lo formulo yo! ¿Para qué iba a necesitar yo la ciudad si no tuviese una familia y mi cuerpo estuviera entero? ¡Cuando me haga con la ciudad ordenaré evacuarla y te llamaré enviándote un telegrama desde otra localidad...! Prepárate para el viaje y yo, mientras tanto, iré a hacer el inventario de la ciudad...

Prokofi sacó de un baúl el formulario del Comité Revolucionario y se fue a hacer el inventario de sus futuros bienes.

El sol, debido a su celo, trabajaba en el cielo en aras del calor de la tierra, pero en Chevengur el trabajo había disminuido. Kiriéi yacía en el zaguán encima de un montón de yerba junto a su esposa Grusha, manteniéndola a su lado y, predominantemente, descansando.

—Camarada, ¿por qué has dejado de fabricar regalos para el comunismo? —le pregunta Prokofi a Kiriéi cuando llegó allí para hacer el inventario.

Kiriéi se despertó, pero Grusha, por el contrario, cerró los ojos por sentir vergüenza del matrimonio.

—¿Qué me importa el comunismo? Tengo a Grusha de camarada, no doy abasto trabajando para ella; tengo ahora tal gasto de vida que no llego a conseguir el alimento...

Una vez hubo partido Prokofi, Kiriéi estrechó su cabeza contra Grusha un poco más abajo de su cuello e inspiró la vida que se conservaba allí y el débil olor a calor profundo. En cualquier instante de deseo de felicidad, Kiriéi podía recibir tanto el calor de Grusha como su cuerpo pleno dentro del suyo y sentir luego la paz del sentido de la vida. ¿Qué otra persona le hubiera podido regalar aquello que no le escatimaba Grusha, y qué le podía escatimar a ella Kiriéi? Por el contrario, ahora se sentía siempre atormentado por la preocupación atenazante acerca de que no le proporcionaba a Grusha suficiente alimento y retrasaba el equipamiento de ella en cuanto a vestimenta. Así mismo, Kiriéi ya no se consideraba un hombre valioso, porque las mejores, las más recónditas y tiernas partes de su cuerpo habían pasado al interior de Grusha. Al salir a la estepa en busca del alimento, Kiriéi se percataba de que, por encima de él, el cielo estaba más pálido que antes, que los pocos pájaros que había piaban más apagadamente, y que una especie de debilidad de espíritu anidaba constantemente en su pecho. Tras recoger frutos y cereales, Kiriéi regresaba extenuado junto a Grusha; a partir de entonces había decidido pensar sólo en ella, considerarla su idea del comunismo y sentirse tranquilo y feliz únicamente con ello. Pero pasaba el tiempo del indiferente descanso y Kiriéi volvía a sentir la desgracia y el sin sentido de la vida cuando ésta carecía de la sustancia del amor: el mundo se expandía de nuevo a su alrededor, el cielo se transformaba en calma azul, el aire se podía oír, los pájaros cantaban por encima de la estepa acerca de su desaparición, y todo esto le parecía a Kiriéi creado más allá de su vida; volvía a tener un momento de intimidad con Grusha, y el mundo entero se le presentaba de nuevo opaco y quejumbroso, y Kiriéi ya no lo deseaba.

Los «otros», que tenían menos años, habían reconocido en las mujeres a las madres y tan sólo se calentaban al lado de ellas porque el aire en Chevengur se había enfriado con la llegada del otoño. Y aquella existencia al lado de las madres

les era suficiente; ya nadie entregaba una parte de su cuerpo a los compañeros de alrededor mediante el trabajo dedicado a confeccionar regalos. Por las tardes los «otros» llevaban a sus mujeres a las partes alejadas del río y allí las lavaban: las mujeres estaban tan delgadas que sentían vergüenza de acudir al baño público, que, pese a todo, había en Chevengur, y que podría haber sido encendido.

Prokofi visitó a toda la población presente e hizo la lista de todos los objetos muertos de la ciudad, traspasándolos a su anticipada propiedad. Al final llegó a la herrería situada en un extremo de la ciudad y la apuntó en su papel bajo las miradas de Gópner y Dvánov, que estaban trabajando allí. Kopionkin se aproximaba desde lejos con un tronco al hombro, que también era sostenido torpemente por Serbínov, quien como buen intelectual sólo soportaba la octava parte del peso.

—¡Fuera de aquí! —dijo Kopionkin a Prokofi que se hallaba en el paso hacia la herrería—. La gente soporta pesos y tú estás aquí sosteniendo un papel.

Prokofi les dejó pasar, pero apuntó la existencia del tronco y se marchó satisfecho.

Kopionkin dejó caer el tronco y se sentó para coger una bocanada de aire.

—¿Sasha, cuando tendrá Proshka alguna desgracia para que se detenga en un sitio y se eche a llorar?

Dvánov miró a Kopionkin con ojos que se habían vuelto más claros debido al cansancio y la curiosidad.

—¿Acaso, si eso sucediera, tú no le protegerías de la desgracia? Nadie le ha atraído hacia sí, y él se ha olvidado de sentir la necesidad de la gente y ha comenzado a reunir bienes en lugar de reunir camaradas.

Kopionkin cambió de opinión; una vez había visto en la estepa de sus combates cómo lloraba un hombre al que nadie necesitaba. El hombre se hallaba sentado en una piedra. El viento del tiempo otoñal soplabía en su cara; ni siquiera le recogían los convoyes del Ejército Rojo porque había perdido toda su documentación, teniendo además una herida en la ingle, y lloraba no se sabía por qué, si porque lo abandonaban o porque en su ingle hubiera un vacío, mientras que su vida y su cabeza se habían conservado enteras.

—Le protegería, Sasha, no puedo dominarme ante un ser humano afligido... Le subiría a mi caballo y le llevaría a la lejanía de la vida...

—Entonces no hay que desearte la desgracia porque luego sentirás lástima de tu enemigo.

—Tienes razón Sasha, no lo voy a hacer —dijo Kopionkin—. Que siga existiendo en medio del comunismo; él mismo acabara por incorporarse al personal humano.

Al anochecer comenzó a llover en la estepa, pero la lluvia pasó junto al borde de Chevengur, dejando la ciudad seca. A Chepurni ese fenómeno no le asombró, sabía que la naturaleza hacía tiempo que estaba al tanto de que había comunismo en la ciudad y que la lluvia no la mojaba a destiempo. No obstante un grupo entero de los «otros», junto con Chepurni y Piúsia, fue a la estepa a revisar el lugar mojado para cerciorarse. En cambio Kopionkin creyó en la lluvia y no fue a ningún lado sino que se quedó descansando con Dvánov cerca de la herrería, apoyados ambos en una cerca. Kopionkin sabía poco respecto a la utilidad de la conversación y en aquel momento estaba diciéndole a Dvánov su opinión acerca de que el aire y el agua eran cosas baratas pero imprescindibles; lo mismo se podía decir de las piedras: también éstas eran de alguna utilidad. Las palabras de Kopionkin no tenían tanto por objeto expresar el sentido de algo, como manifestar su simpatía por Dvánov, mientras que los silencios le ponían en verdaderos apuros.

—Camarada Kopionkin —le preguntó Dvánov—, ¿qué tiene más importancia para ti: Chevengur o Rosa Luxemburgo?

—Rosa, camarada Dvánov —respondió asustado Kopionkin—. En el interior de ella había más comunismo que en Chevengur; precisamente por eso la mató la burguesía, pero la ciudad está entera aunque la rodeen las fuerzas de la naturaleza...

Dvánov no tenía en reserva ningún amor inmóvil, vivía únicamente por medio de Chevengur y temía gastarlo. Existía tan sólo con la gente cotidiana —con los mismos Kopionkin, Gópner, Páshintsev y los «otros»— pero sintiéndose constantemente angustiado al pensar en que éstos podían

desaparecer cualquier mañana o morir los unos tras los otros. Dvánov se inclinó, arrancó un tallito de yerba y examinó su tímido cuerpo: podría protegerla también a ella cuando no le quedara nadie.

Kopionkin se puso en pie para recibir al hombre que venía corriendo de la estepa. Chepurni, sin decir nada y sin detenerse, pasó a gran velocidad en dirección al interior de la ciudad. Kopionkin le agarró por el capote y lo detuvo:

—¿Por qué corres sin haber alarma?

—¡Los cosacos! ¡Los cadetes<sup>46</sup> a caballo! ¡Camarada Kopionkin, vete a combatirlos, por favor, yo voy a por mi fusil!

—Quédate en la herrería, Sasha —dijo Kopionkin—. Yo solo acabaré con ellos, así que no salgas fuera, volveré enseguida.

Cuatro de los «otros» que habían ido con Chepurni a la estepa pasaron corriendo de vuelta mientras que Piúzia se emboscaba y formaba él solo una línea de defensa: su disparo resonó en forma de llamada en el lívido silencio. Dvánov salió corriendo en dirección al disparo revólver en mano; al poco se vio adelantado por Kopionkin cabalgando a Fuerza Proletaria, que se apresuraba con su paso pesado; tras los primeros combatientes avanzaba ya desde la entrada de Chevengur la compacta fuerza armada de los «otros» y los bolcheviques: quienes no tenían arma habían cogido una estaca de un seto o un atizador de estufa; también las mujeres se unieron a ellos. Serbínov corría tras Iákov Títich con su minúsculo Browning en la mano, buscando con la mirada contra quién disparar. Chepurni salió sobre el caballo que había llevado a Prokofi, mientras que Prokofi mismo corría detrás aconsejándole a aquél que organizara primero el estado mayor y nombrara a un comandante, o el desastre sería seguro.

Chepurni, mientras galopaba, descargó hacia el horizonte todo un cargador e intentó, sin lograrlo, alcanzar a Kopionkin. Kopionkin saltó al galope por encima de Piúzia tendido en el suelo, y no pensaba disparar contra el adversario sino que sacó el sable para tocar más de cerca al enemigo.

Los enemigos cabalgaban por el antiguo camino. Sujetaban sus fusiles transversalmente, alzándolos un poco con las manos, sin ponerse en posición de disparar, y espoleaban a sus caballos. Tenían mando e iban en formación, y por eso mantuvieron los caballos orientados y sin miedo ante los primeros disparos de Chevengur. Dvánov se dio cuenta de la ventaja del enemigo y, tras afianzar los pies dentro de una pequeña quebrada, derribó con la cuarta bala de su Nagán al jefe del destacamento. Pero el adversario tampoco se desordenó, y puso sus caballos al trote ligero. En aquel tranquilo ataque había una fuerza automática de victoria, pero también entre los de Chevengur había la fuerza de la vida que se defiende. Además, de parte de Chevengur estaba el comunismo. Esto lo sabía perfectamente Chepurni, quien, tras detener su caballo, alzó el fusil y derribó de sus monturas a tres del destacamento del enemigo. Piúzia, a su vez, pudo herir desde las yerbas las patas de dos caballos y éstos cayeron detrás del destacamento intentando arrastrarse sobre sus tripas y cavando con sus morros el polvo de la tierra. Cerca de Dvánov pasó corriendo a toda prisa Páshintsev con la coraza y la celada de su armadura; en la mano derecha, tendida hacia adelante, llevaba el caparazón de una granada de mano y se proponía vencer al enemigo únicamente por el miedo mental a la explosión, ya que la bomba había sido vaciada y Páshintsev no llevaba consigo ninguna otra arma.

El destacamento enemigo, bruscamente, como espontáneamente, se detuvo en seco como si estuviera compuesto tan sólo por dos jinetes. Los soldados desconocidos en Chevengur, obedeciendo una orden inaudible, alzaron los fusiles directamente contra los «otros» y los bolcheviques que se les acercaban, y, sin disparar, continuaron avanzando hacia la ciudad.

La tarde permanecía inmóvil por encima de los hombres, y la noche no acababa de oscurecer. El enemigo maquinial hacía tronar las pezuñas por la tierra virgen, cerrando a los «otros» la estepa abierta, el camino hacia los países futuros del mundo, hacia el éxodo de Chevengur. Páshintsev gritó exigiendo a la burguesía que se rindiera y manipuló su granada haciendo como que la ponía a punto. Otra orden inaudi-

<sup>46</sup> Oficiales del Ejército blanco.

ble fue pronunciada en el destacamento que avanzaba: los fusiles se encendieron y se apagaron, siete de los «otros» y Páshintsev fueron derribados, y cuatro chevengureños, esforzándose por aguantar sus hirvientes heridas, corrieron hacia adelante para entrar en el cuerpo a cuerpo con el enemigo.

Kopionkin había llegado ya a la altura del destacamento e hizo que Fuerza Proletaria se alzara de manos para destruir así la banda con el sable y el peso del caballo. Y Fuerza Proletaria dejó caer sus pezuñas sobre el cuerpo del primer caballo, que quedó medio sentado con las costillas aplastadas, mientras que Kopionkin hizo voltear su sable en el aire y le ayudó con toda la fuerza viva de su cuerpo para cercenar de un tajo a uno de los enemigos antes de que éste ni siquiera pudiera recordar su cara. El sable chocó con un tintineo contra la montura del jinete enemigo, produciendo una quemadura en la mano de Kopionkin. Agarró entonces con su mano izquierda la joven y pelirroja cabellera del soldado de caballería, la liberó por un instante para tomar impulso y con la misma mano izquierda aplastó el cráneo del enemigo y arrojó a éste al suelo. Un sable enemigo cegó los ojos de Kopionkin; sin saber qué hacer agarró el acero con una mano y cortó con la otra el brazo del atacante junto con su sable, y lo arrojó a un lado junto con el peso de la ajena extremidad arrancada a la altura del codo. En aquel instante Kopionkin vio a Gópner, que luchaba rodeado de caballos con el Nagán agarrado por el cañón. Debido a la tensión y a la delgadez de su rostro o a los cortes de sable, la piel de sus mejillas y cerca de las orejas había estallado y la sangre manaba de allí en oleadas. Gópner intentaba limpiarla para que no le hiciera cosquillas en el cuello y no le impidiera luchar. Kopionkin golpeó con el pie el vientre del jinete de la derecha que le impedía acercarse a Gópner, y lo único que logró fue impulsar a su caballo para que saltara, lo que evitó que aplastara a Gópner que ya había sido masacrado a sablazos.

Kopionkin escapó del cerco del enemigo, mientras que por el otro flanco Chepurni acababa de toparse con la patrulla desplegada por el adversario, a lomos de un jamelgo que se deslizaba por entre las móviles filas de los jinetes enemigos intentando matarles con el peso de su fusil, en el que ya no

había balas. Tras el impulso de un elevado y furioso movimiento del brazo que sujetaba el fusil, que no dio en el blanco, Chepurni salió despedido del caballo y desapareció en la espesura de las aplastantes patas de los caballos. Kopionkin, aprovechando una breve pausa, lamió su herida mano izquierda, con la que había agarrado la hoja del sable, y se lanzó después a matarlos a todos. Atravesó el destacamento entero del enemigo sin sufrir daño alguno, con la memoria vacía, y dio otra vez la vuelta a Fuerza Proletaria, que bramaba, para ahora sí retenerlo todo en la memoria porque de otra forma el combate no le proporcionaría consuelo y la victoria no incluiría, por encima de la muerte del enemigo, la sensación del esfuerzo realizado. Cinco soldados de caballería se separaron del grupo de la patrulla y, cerca, se dedicaban a matar a sablazos a los «otros» que luchaban; pero los «otros» sabían defenderse con paciencia y tenacidad, porque no era aquél el primer enemigo que les cercaba la vida. Hostigaban al ejército con ladrillos y habían encendido a la salida de la ciudad hogueras de paja, de las cuales cogían con las manos ascuas pequeñas y las lanzaban a los morros de los impetuoso animales de la caballería. Yákov Títich golpeó con tal fuerza el trasero de un caballo con un tizón ardiente, que éste crepitó con el sudor de la piel de debajo de la cola del animal, y la nerviosa yegua, relinchando se llevó al soldado a unas dos verstas de Chevengur.

—¿Por qué peleas con fuego? — preguntó otro soldado que se había acercado a tiempo con su caballo —. ¡Te voy a liquidar!

—Mátame — le dijo Yákov Títich —. No podemos venceros con nuestros cuerpos, y no tenemos hierro...

—Deja que coja carrera para que no sientas la muerte.

—Hazlo. Han muerto muchas personas ya, pero nadie cuenta la muerte.

El soldado se alejó, lanzó su caballo y taló a Yákov Títich que estaba de pie en el suelo. Serbínov corría de acá para allá con una última bala que había guardado para sí mismo, y, deteniéndose de vez en cuando, comprobaba con miedo el mecanismo del revólver para ver si el proyectil seguía allí.

—Le dije que le iba a matar y lo he partido en dos —dijo el soldado dirigiéndose a Serbínov mientras limpiaba su sable contra el pelo del caballo. ¡Que no juegue con fuego!

El soldado no tenía prisas por luchar; buscaba con la mirada a quién más matar y quién era culpable. Serbínov le apuntó con su revólver.

—¿Qué haces? —se asombró el soldado—. ¡Si no te estoy haciendo nada!

Serbínov pensó que el soldado tenía razón y guardó su revólver. Pero el soldado azuzó su caballo y lo lanzó contra Serbínov. Simón cayó bajo el golpe que le asestó en el vientre una de las pezuñas, sintió que su corazón retrocedía lejos y que desde allí intentaba abrirse de nuevo camino hacia la vida. Serbínov controlaba su corazón y no le deseaba demasiado éxito, pues Sofía Alexándrovna seguiría con vida: que guardara ella dentro de sí la huella de su cuerpo y que continuara existiendo. El soldado se inclinó y sin alzar el brazo le cortó a Serbínov el vientre con el sable; del vientre no salió nada —ni sangre, ni entrañas.

—Tú has sido quien ha querido dispararme —dijo el soldado de caballería—. Si no te hubieras lanzado el primero ahora seguirías entero.

Dvánov corría con dos revólveres Nagán, uno de los cuales se lo había quitado al comandante del destacamento que había matado. Le perseguían tres jinetes, pero Kiriéi y Zhéiev les salieron al paso, y los desviaron hacia ellos.

—¿Adónde vas? —dijo a Dvánov, deteniéndolo, el soldado que había matado a Serbínov.

Sin responder, Dvánov lo derribó del caballo disparando los dos Nagán, y corrió en ayuda de Kopionkin que estaría a punto de morir en alguna parte. Alrededor reinaba ya el silencio; el combate se había trasladado al centro de Chevengur y allí resonaban las patas de los caballos.

—¡Grusha! —clamó Kiriéi en el silencio que se había establecido en el campo. Yacía con el pecho abierto por un sablazo y sólo le quedaba un hilito de vida.

—¿Qué te pasa? —dijo Dvánov acercándosele corriendo. Kiriéi no pudo pronunciar palabra alguna.

—Adiós, pues —dijo Alexandre, inclinándose hacia él—. Besémonos para que te sea más fácil.

Kiriéi abrió la boca en espera, y Dvánov abrazó sus labios con los tuyos.

—¿Grusha está viva o no? —pudo pronunciar Kiriéi.

—Ha muerto —dijo Dvánov para aliviarle.

—Yo también voy a morir; empiezo a sentir desgana —sobreponiéndose pudo añadir aún Kiriéi, y murió en aquel mismo instante, dejando sus ojos, cubiertos de escarcha, abiertos hacia afuera.

—No tienes nada más que mirar —susurró Alexandre. Cubrió la mirada de Kiriéi con sus párpados y acarició su ardiente cabeza—. ¡Adiós!

Kopionkin escapó de las estrecheces de Chevengur cubierto de sangre y sin sable, pero vivo y prosiguiendo el combate. Le perseguían al galope cuatro soldados de caballería sobre caballos medio reventados. Dos de ellos detuvieron sus caballos por unos instantes y dispararon sus fusiles contra Kopionkin. Kopionkin dio la vuelta a Fuerza Proletaria y voló desarmado hacia el enemigo deseando luchar cuerpo a cuerpo. Pero Dvánov se percató de que se dirigía hacia la muerte y, apoyándose en una rodilla para afinar la puntería, empezó a fustigar a los soldados de caballería con sus dos Nagán, por turno. Kopionkin chocó ya con los soldados de caballería que se deslizaron debajo de los estribos de sus alocados caballos; dos soldados cayeron; otros dos no tuvieron tiempo de liberar sus pies y los caballos heridos los arrastraron al galope hacia la estepa, haciendo bambolearse a los cadáveres bajo sus vientres.

—¡Estás vivo, Sasha! —exclamó Kopionkin—. En la ciudad está el ejército enemigo, y los hombres se han acabado todos... ¡Espera! Me ha empezado a doler algo...

Kopionkin apoyó su cabeza contra la crin de Fuerza Proletaria.

—Bájame, Sasha, quiero tumbarme un poco en el suelo...

Dvánov lo bajó al suelo. La sangre de las primeras heridas ya se había secado sobre el capote desgarrado y cortado a sablazos de Kopionkin, y la sangre fresca y líquida aún no había tenido tiempo de traspasar la prenda.

Kopionkin se tumbó boca arriba para descansar.

—No me mires, Sasha, ¿no ves que no puedo existir...?

Dvánov se dio la vuelta.

—No me mires más, me da vergüenza ser un cadáver delante de ti... Me detuve en Chevengur y hora me estoy acabando, y Rosa va a sufrir sola en su tumba...

Kopionkin se sentó de repente e hizo oír una vez más su tronante voz guerrera:

—¡Pero nos están esperando, camarada Dvánov! —Y se tumbó con el rostro muerto, boca abajo, mientras todo él se tornaba ardiente.

Fuerza Proletaria levantó el cuerpo de Kopionkin agarrándolo por el capote y se lo llevó en dirección a su lugar natal en la olvidada libertad esteparia. Dvánov siguió al caballo hasta que se rompieron las cintas del capote de Kopionkin, y entonces éste se quedó medio desnudo, excavado por las heridas más que cubierto por la ropa. El caballo olió al difunto y empezó a lamer ansiosamente la sangre y el líquido de las heridas, para compartir con su compañero caído el último patrimonio de éste, disminuyendo así la podredumbre de la muerte. Dvánov se subió a Fuerza Proletaria y lo dirigió hacia la abierta noche de la estepa. Cabalgó hasta la mañana sin dar prisas al caballo; de vez en cuando Fuerza Proletaria se detenía, volvía la cabeza hacia atrás y escuchaba, pero Kopionkin guardaba silencio en la abandonada oscuridad y el caballo, por propia iniciativa, reemprendía el camino.

Con el día, Dvánov reconoció el viejo camino que había visto en su infancia y empezó a guiar por él a Fuerza Proletaria. Aquel camino atravesaba una aldea y pasaba luego a una versta del lago Mútevo. Y Dvánov atravesó aquella aldea, que era su patria chica, a lomos del caballo, que iba al paso. Las isbas y las dependencias se habían renovado. De las chimeneas de las estufas salía humo, era después del mediodía, y las malas yerbas hacía tiempo que habían sido segadas de los tejados, que habían perdido su capa de tierra. El guarda de la iglesia comenzó a tocar las horas, y el sonido de la conocida campana lo oyó Dvánov como en tiempos de su infancia. Detuvo el caballo junto al desagüe del pozo para que éste bebiera y descansara. Encima del banco de tierra situado junto a la cercana *jata* se hallaba sentado un viejo jorobado: era Piotr Fiódorovich Kondáiiev. Éste no reconoció a Dvánov

y Alexandre no le dijo quién era. Piotr Fiódorovich cazaba moscas en la solana y las trituraba entre sus dedos con la felicidad de una existencia satisfecha, sin pensar, debido al olvido de sí mismo, en el desconocido jinete.

Dvánov no sintió lástima de su patria chica y la abandonó. El sosegado campo empezó a prolongarse en despobladas cosechas; desde la tierra baja llegaba el olor a tristeza de las yerbas caducas y allí nacía un cielo sin salida, que convertía al mundo entero en un lugar vacío.

El agua del lago Mútevo se agitaba ligeramente inquietada por el viento del mediodía, que ahora ya se había ido callando en la lejanía. Dvánov se acercó a caballo al borde del agua. En ella se bañaba y de ella se alimentaba en su temprana vida; hacía años había dado la paz a su padre en sus profundidades y, en aquellos momentos, el último camarada íntimo de Dvánov languidecía echándole de menos tras solitarios decenios en la estrechez de la tierra. Fuerza Proletaria bajó la cabeza y dio un golpe en suelo con la pata: algo le molestaba bajo ella. Dvánov miró y vio una caña de pescar que la pata del caballo había traído arrastrando desde la meseta de la rivera. Al anzuelo de la caña de pescar permanecía enganchado el disecado y roto esqueleto de un pececito, y Dvánov supo que aquella era su caña de pescar olvidada allí en su infancia. Recorrió con la vista todo el lago, inmutable y silencioso, y se puso alerta pues su padre estaba presente todavía: sus huesos, la materia antes viva de su cuerpo, el deterioro de su camisa humedecida por el sudor, la patria entera de la vida y de la amistad. Y allí había un lugar estrecho y unido inseparablemente a Alexandre, en el que se esperaba el regreso a través de la amistad eterna de aquella sangre que un día había sido separada en el interior del cuerpo del padre para el hijo. Dvánov obligó a Fuerza Proletaria a penetrar en el agua hasta el pecho y, sin despedirse del caballo, continuando su propia vida, bajó de la montura al agua, en busca del camino que en tiempos, movido por la curiosidad, había recorrido su padre hacia la muerte, mientras que Dvánov lo recorría ahora dominado por el sentimiento de vergüenza de seguir vivo ante el débil y olvidado cuerpo, cuyos restos se habían desintegrado en la tumba, porque Alexandre era una

sola y misma cosa con aquella huella de la existencia de su padre todavía sin destruir, una huella que todavía ardía débilmente.

Fuerza Proletaria oyó el murmullo de las yerbas subacuáticas, y a su cabeza se aproximaron los sedimentos del fondo; pero el caballo dispersó con la boca el agua turbia y bebió un poco del claro lugar del centro; salió a continuación a tierra firme y se dirigió con austero paso a casa, a Chevengur.

Se presentó allí al tercer día de haber partido con Dvánov porque había pasado mucho tiempo tumbado y durmiendo en una cañada de la estepa y, tras descansar, había olvidado el camino y había estado deambulando por las tierras vírgenes hasta que le había atraído la voz de Karchuk, quien también se dirigía a Chevengur caminando junto a un viejo que seguía el mismo camino. El viejo era Zajar Pávlovich: no había esperado el regreso de Dvánov y se había presentado allí para llevárselo con él a casa.

Karchuk y Zajar Pávlovich no encontraron alma viviente en Chevengur: la ciudad estaba vacía y triste; tan sólo en un lugar, junto al edificio de ladrillo, se hallaba sentado Proshka, que lloraba en medio de todos los bienes que le habían correspondido.

—¿Por qué lloras, Prosha, y sin quejarte a nadie? —le preguntó Zajar Pávlovich—. ¿Quieres que te dé otra vez un rúblo para que me traigas a Sasha?

—Te lo traeré gratis —prometió Prokofi, y partió en busca de Dvánov.

1927

FIN

[532]

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
Andréi Platónov 1899-1951 .....	9
Alexandr Dvánov, el «alquimista» .....	15
Stepán Kopionkin, el «guerrero» .....	17
Chepurni, el «Japonés», presidente del comité revolucionario de Chevengur .....	19
El lenguaje .....	23
Los colores y los tropos .....	27
La naturaleza y los sueños .....	32
Andréi Platónov .....	34
La traducción .....	40
BIBLIOGRAFÍA .....	47
CHEVENGUR. VIAJE CON EL CORAZÓN PROPICIO .....	49

[533]

## Colección Letras Universales

### ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 256 *Emma*, JANE AUSTEN.  
Edición de Juani Guerra.
- 257 *Ricardo II*, WILLIAM SHAKESPEARE.  
Edición bilingüe del Instituto Shakespeare  
de Valencia, bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 259 *Ubú rey*, ALFRED JARRY.  
Edición de Lola Bermúdez Medina.
- 260 *El amor del último magnate (western)*, FRANCIS SCOTT  
FITZGERALD.  
Edición de María Lozano.
- 261 *Pensamientos*, BLAISE PASCAL.  
Edición de Mario Parajón.
- 262 *El castillo*, FRANZ KAFKA.  
Edición de Luis Acosta.
- 263 *Emilia Galotti*, GOTTHOLD EPHRAIM LESSING.  
Edición de Jordi Jané.
- 264 *La cabaña del tío Tom*, HARRIET BEECHER STOWE.  
Edición de Carme Manuel.
- 265 *Cantos*, GIACOMO LEOPARDI.  
Edición de Mª de las Nieves Muñiz.
- 266 *Mireya*, FRÉDÉRIC MISTRAL.  
Edición de Pilar Blanco.
- 267 *Las aventuras de Huckleberry Finn*, MARK TWAIN.  
Edición de Juan José Coy.
- 268 *Las Filípicas. Sobre la corona*, DEMÓSTENES.  
Edición de Antonio López Eire.
- 269 *El difunto Matías Pascal*, LUIGI PIRANDELLO.  
Edición de Miquel Edo.
- 270 *Chevengur*, Andrei Platónov.  
Edición de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova.

### DE PRÓXIMA APARICIÓN

- Gargantúa y Pantagruel*, FRANÇOIS RABELAIS.  
Edición de Alicia Yllera.